

**Joaquim Pedro
de Oliveira Martins**

**HISTORIA
DE PORTUGAL**

CLÁSICOS DE HISTORIA 570

***JOAQUIM PEDRO
DE OLIVEIRA MARTINS***

HISTORIA DE PORTUGAL

(1879)

Tomo I, 2ª edición. Lisboa 1880
<https://books.google.co.cr/books?id=ZHkNAQAIAAJ&hl=es>

Tomo II, 3ª edición. Lisboa 1882
<https://books.google.es/books?id=1XkNAQAIAAJ&hl=es>

Traducción automática revisada

CLÁSICOS DE HISTORIA 570

ÍNDICE

Advertencia.....	4
Libro I. Descripción de Portugal	
I. Los Lusitanos.....	7
II. Fundamentos de la nacionalidad.....	10
III. Geografía portuguesa.....	14
IV. La tierra y el hombre.....	18
V. La historia nacional.....	24
Libro II. Historia de la independencia (Casa de Borgoña: 1109-1385)	
I. La separación de Portugal.....	26
II. La conquista de Al-Gharb.....	36
III. Monarquía y Justicia.....	44
IV. La crisis.....	53
Libro III. La conquista del mar tenebroso (Casa de Avís: 1385-1500)	
I. El Infante D. Enrique el Navegante.....	66
II. Portugal en África.....	73
III. El príncipe perfecto.....	77
IV. En busca del Preste Juan de las Indias.....	83
Libro IV. El viaje a la India	
I. D. Francisco de Almeida.....	89
II. Alfonso de Albuquerque.....	98
III. Don João de Castro.....	106
IV. Resumen de la derrota. Regreso al reino.....	114
Libro V. La catástrofe (Casa de Avís: 1500-1580)	
I. La corte de D. Manuel I.....	122
II. La Inquisición (D. Juan III).....	134
III. La Jornada de África (D. Sebastián).....	140
IV. El sebastianismo.....	149
Libro VI. La descomposición (Dominio español 1580-1640; Casa de Braganza 1640-1777)	
I. La educación de los jesuitas.....	155
II. Los Felipes.....	165
III. Portugal restaurado.....	170
IV. Las minas de Brasil (Don Juan V).....	182
V. El terremoto. El marqués de Pombal.....	192
Libro VII. Anarquía espontánea. (Dinastía Braganza. 1777-1826)	
I. La sociedad.....	207
II. La invasión francesa.....	217
III. 1820.....	224
IV. Don Miguel.....	229
V. La revolución liberal.....	238
Apéndices	
I. Cronología.....	244
II. Cuadros genealógicos de las dinastías nacionales.....	251
III. Notas sobre la historiografía en Portugal.....	254

ADVERTENCIA

«En la antigüedad era costumbre llevar un registro de las cosas que se hacían, tanto malas como buenas. De las malas, para saber cómo evitarlas; y de las buenas hazañas de los valientes, para que los buenos aspiraran a hacer cosas similares.»

Crónica del Condestable.

La historia es, ante todo, una lección moral: esta es la conclusión que, a nuestro juicio, se desprende de todos los eminentes avances logrados recientemente en el campo de las ciencias sociales. La realidad es la mejor maestra de las costumbres, la crítica la mejor brújula de la inteligencia; por lo tanto, la historia exige, sobre todo, la observación directa de las fuentes primarias, una representación veraz de los sentimientos, una descripción fiel de los acontecimientos; y, junto a esto, la impasible frialdad del crítico, para coordinar y comparar, de manera impersonal u objetiva, el sistema de los sentimientos que actúan y el de los actos positivos.

El desarrollo de criterios racionales y el creciente predominio de los procesos propios de las ciencias desterraron los viejos modelos e hicieron de la historia un nuevo género. Ni los discursos morales o literarios sobre la historia, al estilo del siglo XVII, ni el árido doctrinarismo del siglo XVIII, que a partir de hechos e instituciones mal comprendidos, construyó sistemas generales quiméricos; ni la opinión, ampliamente seguida en nuestros días, de considerar la historia únicamente en sus fenómenos externos, investigando eruditamente las épocas y condiciones de los acontecimientos, merece, en nuestra opinión, ser imitada.

Todos estos sistemas —sucesivos intentos de determinar el género de forma definitiva— poseen un valioso elemento de verdad. Los modelos clásicos pusieron de manifiesto el carácter moral de la historia; los abstractos, la necesidad de comprender los fenómenos dentro de un sistema de leyes generales; y, finalmente, los eruditos, la condición indispensable de un conocimiento real y positivo de la cronología y demás elementos que componen el entorno externo o físico de las sociedades.

Todo esto, sin embargo, no constituye aún la historia propiamente dicha, aunque estas sean condiciones indispensables para su comprensión. Lo íntimo y esencial reside en el sistema de instituciones y en el sistema de ideas colectivas, que son para la sociedad lo que los órganos y los sentimientos lo son para el individuo; reside, por otro lado, en el diseño real de costumbres y personajes, en la vívida representación de lugares y elementos que conforman el escenario del teatro histórico.

Estos dos aspectos son igualmente esenciales: porque la coexistencia independiente de motivos colectivos y naturales y actos individuales es un hecho innegable en la vida de las sociedades.

En la [*Historia de la Civilización Ibérica*](#) intentamos estudiar el sistema de instituciones e ideas de la sociedad peninsular para explicar su vida colectiva, orgánica y moral. Allí consideramos la sociedad como un individuo y buscamos representarla física y moralmente. Ahora nuestro propósito es diferente.

Al abordar la historia particular de Portugal, nos vemos impulsados a considerar principalmente el segundo de los aspectos esenciales de la historia general. La sociedad portuguesa, como una molécula del organismo social ibérico, peninsular o español —estas tres expresiones

tienen aquí un alcance equivalente—, obedeció, en sus movimientos colectivos, al sistema de causas y condiciones determinado por la historia general de la Península Hispánica. Por esta razón, siempre buscamos, en la obra anterior, indicar cómo se realizaban simultáneamente las leyes generales en las dos naciones hispánicas: dos, porque la historia constituía así políticamente la Península.

La mitad de la historia portuguesa está, por lo tanto, escrita en la *Historia de la Civilización Ibérica*: la mitad que trata de la vida de la sociedad, como un ente orgánico y moral. Se entenderá, pues, que nos abstendremos ahora de repetir lo dicho y que nos limitaremos a remitir al lector al libro precedente, indicando, cuando sea necesario, dónde se encuentra la explicación de las causas generales a las que el texto alude.

Queda por hacer la segunda mitad; queda por caracterizar lo particular de la historia portuguesa. Resta dar vida a sus personajes y representar de forma realista el escenario en el que se desenvuelven: tal es el propósito de este libro, cuyas dificultades de ejecución superan con creces las del anterior. Antes, bastaban el conocimiento y el pensamiento; uno para describir cómo eran las cosas, el otro para indicar el principio y el sistema de la civilización. Ahora se requiere un talento especial, intuición histórica y un estilo que transmita la vitalidad propia de los seres vivos. Será necesaria toda la paciencia del lector para disculpar las imperfecciones del libro.

Es necesario señalar otro aspecto y evitar una impresión equivocada en quien lea ambas obras sucesivamente. La *Historia de Portugal* consiste en una serie de escenas en las que, en su mayoría, el carácter de los hombres, sus acciones, los motivos inmediatos que las determinan y las condiciones y la forma en que se realizan, merecen más reproche que aplauso. Crímenes brutales, pasiones viles, abyecciones y miserias suelen componer la existencia humana; y por ello, más de un moralista ha condenado el estudio de la historia como perjudicial para la educación. En cambio, la *Historia de la Civilización Ibérica* destila un entusiasmo optimista que, a primera vista, parecería contradictorio con el carácter mezquino y ruin que presentan las acciones humanas. Un ejemplo bastará para demostrar este antagonismo: antes considerábamos las conquistas americanas y asiáticas una hazaña heroica; y ahora veremos la montaña de ignominia que es el imperio portugués en Oriente.

Esta contradicción, real según el criterio abstracto, no existe, sin embargo, según el criterio histórico. Toda buena filosofía nos dice que el hombre real es la imagen tosca de un hombre ideal; que esta imagen vive en el mundo inconscientemente; y que todas las acciones de los hombres, manchadas por defectos y vicios, obedecen a un sistema de leyes, idealmente sublimes. Es esta verdad la que el pueblo consagró al formular el adagio: Dios escribe recto con renglones torcidos.

Señalada esta importante consideración —que ahora no podemos desarrollar completamente— se verá que, en la historia de una civilización, las características particulares de las acciones de los hombres se funden con el sistema general de principios y leyes que las determinan. De hecho, pierden su individualidad y solo tienen valor como elementos componentes de un todo superior: que sean humanamente buenos o malos no importa, porque sólo tenemos que atender al destino que los determina; y la moralidad es un criterio incompetente para la esfera o categoría colectiva en cuestión.

En la esfera de los movimientos institucionales e ideológicos, en la categoría de la vida social, las acciones humanas son siempre absolutamente excelentes; porque la supremacía de la sociedad sobre el individuo reside en la existencia de una conciencia superior de la Idea, en el organismo que se denomina sociedad. Los poetas épicos, seres privilegiados cuya voz no es individual, sino colectiva, son los órganos vivos de la conciencia de una civilización: así Camões siente y expresa la grandeza histórica del imperio de las Indias, que, en opinión del propio poeta, es una Babilonia, una Sión, un abismo de ignominia.

Habiendo aclarado este aspecto del problema, aunque de forma incompleta y apresurada, resta decir que en la segunda mitad de la historia, la que trata de individuos y episodios, la que describe costumbres y pensamientos, el criterio es distinto: por eso afirmamos que la historia es una lección

moral. En los vicios y virtudes, en los errores y aciertos, en la perversidad y nobleza de los individuos que fueron, hay un excelente ejemplo. En la sabiduría o la insensatez de los actos políticos y administrativos del pasado, hay un medio para prevenir y orientar el rumbo de las acciones futuras. La historia es, en este sentido, la gran maestra de la vida.

Si los vicios, los errores, el crimen y la locura prevalecen sobre las virtudes, los éxitos, la nobleza y la sabiduría de los hombres —como sin duda sucede—, ¿debemos, por lo tanto, condenar la historia como perniciosa? Desde luego que no. Presentar la verdad cruda y real es la mejor manera de educar, si reconocemos en el ser humano una fibra intrínseca de aspiraciones ideales y justas, siempre vivas, aunque más o menos borradas. Conocerse a uno mismo ha sido, desde la más remota antigüedad, la condición principal de la virtud.

LIBRO I. DESCRIPCIÓN DE PORTUGAL

«Donde la tierra se acaba y la mar comienza.»
Camões, *Lusiadas*, III, 20

I. LOS LUSITANOS

«Se ha hallado el pueblo del que los historiadores han trazado la genealogía portuguesa: son los lusitanos. En opinión de estos autores, a lo largo de todas las fases políticas y sociales de España, durante más de tres mil años, esa raza de celtas siempre supo, como Anteo, resurgir viva y fuerte; reproducirse, inmortal en su esencia; y nosotros, los portugueses del siglo XIX, tenemos el honor de ser sus legítimos herederos y representantes.»

Con esta ironía, velada pero seria, el señor Herculano arremetió contra sus predecesores, los historiadores nacionales, y aferrándose valientemente a la férula magistral, reprendió al pueblo, culpable de creer en una tradición que, para el erudito, adolece, además de otros defectos, de ser reciente. Sólo desde finales del siglo XV el nombre *lusitani* comenzó a sustituir al de *portugalenses* en los libros; pero esta innovación, que se perpetúa entre los eruditos, acabó por convertirse en una creencia nacional y casi popular.

¿Qué valor merece la innovación? Ninguno; y por varias razones. «Le falta de todo: la conveniencia de las fronteras territoriales, la identidad racial, el linaje lingüístico, para establecer una transición natural entre los pueblos bárbaros y nosotros.» Ahora bien, estos argumentos, decisivos para el historiador sabio, no nos parecen —perdonen nuestra osadía— pertinentes. Lo mismo ocurre con todas las naciones, o casi todas, a la hora de establecer su árbol genealógico, recurriendo a los arcanos de un pasado desconocido para reconocer la fisonomía de los muertos de hace muchos siglos y determinar entre ellos los primeros ancestros de una nación. Sería absurdo exigir la coincidencia de límites territoriales, o mejor dicho, la identidad de fronteras, entre la ubicación de una tribu primitiva y la de una nación moderna: ni siquiera a los pueblos que hoy representan, de forma menos indiscutible, una raza pura, se les podría hacer tal exigencia. La existencia o no de una identidad racial es precisamente el problema que debe abordarse; y, sin esto, negarla es proceder dogmáticamente y no científicamente.

Se argumenta que las nociones de Estrabón sobre las fronteras de los lusitanos son ambiguas; además, se afirma que no coinciden con las que Augusto atribuyó a la provincia de Lusitania. El geógrafo antiguo parece incluir a veces a los galaicos entre los lusitanos, extendiendo sus fronteras hasta la costa norte de la península; en otras ocasiones los separa, estableciendo el río Duero como línea divisoria. La demarcación de Augusto adoptó esta segunda versión. Las fronteras orientales se extendían, tanto para el geógrafo como posteriormente para la administración romana, mucho más allá de la frontera portuguesa, incluyendo Salamanca, y llegando casi hasta Toledo. Desde allí hacia el sur, y luego hacia el este, siguiendo el curso sinuoso del río Guadiana, los lusitanos de Estrabón y la Lusitania de Augusto tenían este río como frontera, prácticamente desde su nacimiento hasta su desembocadura en la costa del actual Algarve.

Si atribuyéramos un valor positivo a los relatos de los geógrafos antiguos y aceptáramos una identidad histórica y social entre las fronteras primitivas y las actuales, nos parecería, al contrario, que pocas naciones podrían encontrar en la etnología de los antiguos, con mejores razones, el fundamento de su vida moderna. Ya avancemos la frontera norte hasta el río Miño (conquista de Lusitania sobre Gallaecia), o retrasemos la frontera este hasta el río Duero (conquista de Tarraconense sobre Lusitania), habremos hecho coincidir las fronteras antiguas con las actuales. ¿Qué pueblo primitivo, en el transcurso de su historia, no conquistó ni fue conquistado? ¿Qué pueblo no ganó ni perdió, de un lado o del otro, a favor o en contra de sus vecinos?

Si la forma en que, desde el siglo XV o XVI en adelante, los historiadores nacionales vinculan el Portugal moderno con la antigua Lusitania justifica las fundadas ironías de nuestro historiador moderno, no nos parece conveniente el proceso que siguió para negar la doctrina; ni tampoco es cierta la opinión de que no hay nada en común entre los portugueses y los lusitanos. Cuando hoy vemos renacer las tradiciones nacionales germánicas e italianas de forma erudita, y desde allí afirmadas en el espíritu popular, ¿qué valor tiene el hecho de que la tradición lusitana fuera borrada durante siglos, sólo para renacer en una era relativamente reciente y de forma erudita? Si los portugueses de la Edad Media no conocían a sus antepasados lusitanos, ¿habrían conocido a sus antepasados italianos o teutónicos, a los piemonteses o a los prusianos hasta el siglo XVIII? ¿Acaso les resulta más posible a ellos que a nosotros establecer una transición natural y una historia ininterrumpida desde los primeros tiempos hasta la actualidad? Ciertamente no. Si la erudición pudiera demostrar la unidad de la raza ibérica, los lusitanos quedarían relegados a la condición de una variedad sin autonomía; sin embargo, lo cierto es que sabemos poco o nada, tanto de los íberos en general como de los lusitanos en particular: por lo tanto, las fábulas de los antiguos anticuarios no merecen la atención moderna. ¿Acaso existe otra manera de abordar este problema? ¿Es que la falta de registros escritos no nos sirve de nada? Entre las ingenuas fábulas de los anticuarios y las áridas y formales exigencias de los estudiosos modernos, ¿no hay otro camino? Nos parece que sí.

Hoy en día, todos reconocen la tenacidad indestructible de las poblaciones primitivas: como raíces profundas que ningún arado puede destruir, a pesar de que el suelo sea removido por el hierro de las conquistas, todas las hojas aplastadas por el pisoteo de los caballos de guerra, quemadas y reducidas a cenizas por los fuegos de las invasiones; a pesar de que se siembren nuevas semillas en la tierra y brote nueva vegetación; estas raíces profundas reverdecen, crecen, dominan una tierra que les pertenece y, finalmente, convierten o aplastan, transforman o exterminan, de una manera oscura, lenta, pero invencible, las plantas intrusas.

La persistencia de características primitivas en los pueblos, un hecho ahora indiscutible, nos permite hacer —permítasenos la expresión— la historia al revés: juzgar desde hoy hacia ayer, inferir desde el presente hacia el pasado. La cuestión de la raza lusitana se nos plantea hoy en estos términos: ¿existe una originalidad colectiva en el pueblo portugués, en contraste con los demás pueblos de la Península? Creemos que sí, circunscrita a rasgos secundarios; creemos que las diversas tribus ibéricas, individualizadas claramente, sin embargo forman en su totalidad un cuerpo etnológico dotado de características generales, comunes a todas. La unidad de la historia peninsular, a pesar del dualismo de la época moderna, es la prueba más evidente de esta opinión.¹

Este dualismo, sin embargo, también nos lleva a creer que, entre las diversas tribus ibéricas, la lusitana fue, si no la más, una de las más singulares. Ciertamente no olvidamos la posterior influencia de los acontecimientos de la historia portuguesa; pero estos, por sí solos, no bastan para explicar la distinta manera en que las cosas, en sí mismas, se presentan a nuestro espíritu nacional. Hay en el genio portugués algo vago y fugaz, que contrasta con la afirmación definitiva del castellano; hay en el heroísmo lusitano una nobleza que difiere de la furia de nuestros vecinos; hay en nuestra literatura y pensamiento un tono profundo o sentimental, irónico o delicado, que se buscaría en vano en la historia de la cultura española: violenta sin profundidad, apasionada pero sin

1 Véase *Hist. civil. ibérica*, Introducción. II.

sustancia, capaz de invectiva pero desprovista de toda ironía, amorosa sin ternura, magnánima sin caridad, a menudo sobrehumana, a veces inferior al hombre, rayana en la bestialidad. Siempre fúnebre y trágica, la historia española difiere de la portuguesa, que es más propiamente épica; y las diferencias históricas reflejan las diferencias de carácter.

¿Podemos ahora regresar al pasado y preguntarnos por la causa principal de este fenómeno? Ciertamente no. O bien sombras impenetrables lo ocultan, o la escasez de nuestro conocimiento aún no nos ha permitido desvelarlo. Como hipótesis —y nuestra modestia excusará nuestra audacia—, nos inclinamos a creer que la individualidad del carácter lusitano (incluyamos o no a los galaicos) proviene de una mayor dosis de sangre celta (esto ya se ha cuestionado) que corre por nuestras venas, mezclada con nuestra sangre ibérica. Las vagas indicaciones de los antiguos nos hablan de los celtas a orillas del Guadiana y nos dan cuenta de su presencia en la costa occidental de la península. Sin embargo, la evidente analogía entre las manifestaciones particulares de los lusitanos, y de estos con los galos, y la fisonomía que los estudios académicos sobre los celtas de Francia e Irlanda han atribuido a estos últimos, es más valiosa que eso. Acabamos de intentar esbozar nuestra fisonomía diferencial: no es necesario volver al tema ahora.

Si la idea de un origen lusitano fue ridículamente expresada por los anticuarios clásicos, la idea de un origen celta corrió la misma suerte cuando, casi en nuestros días, algunos afirmaron vincular directamente el portugués con la lengua de los bardos. ¡Ojalá se olviden todas esas quimeras!

II. FUNDAMENTOS DE LA NACIONALIDAD

¿Qué valor tiene la cuestión de la nacionalidad en relación con la cuestión de la independencia política?

Causas complejas, de orden muy diverso y de mérito muy distante; circunstancias que no es pertinente detallar ahora, han llevado a la sustitución, en nuestro tiempo, del principio de equilibrio internacional por el principio de nacionalidades en la organización de los organismos políticos independientes de Europa.

Invasiva como todas las doctrinas, y además hábilmente explotada por los estadistas, la doctrina de las nacionalidades ha intentado —si no lo intenta aún— predominar absolutamente en el triple conjunto de bases naturales que siempre han determinado, y siempre determinarán, la existencia de las naciones: la geografía, la raza y la necesidad de equilibrio, puesto que Europa es, en efecto, una anficiónía². Sobre estos tres elementos naturales, o más bien constreñidos por ellos, el egoísmo de las naciones o la ambición de los gobernantes trazaron la delimitación de las fronteras en el mapa. Por escaso que sea el conocimiento de la historia, todos saben que, de los tres, el primero ha sido atacado con mayor impunidad por la voluntad humana; la rebelión de los otros dos se traduce de manera más inmediata y efectiva en guerras de equilibrio y en guerras comerciales o estratégicas. Las guerras propiamente dichas y exclusivamente de raza son raras, si es que alguna vez existieron; y los pueblos oprimidos por extranjeros, cuando poseen un sentimiento religioso hacia su comunidad de origen, se extinguen, ya sea en revueltas estériles o emigrando. El equilibrio, el comercio y la estrategia, sin embargo, a menudo se aprovechan del sentimiento racial, fomentándolo, para dar a las guerras la sanción que en otros tiempos se encontraba, de manera análoga, en creencias propiamente religiosas.

La raza es, por tanto, el más débil de los vínculos necesarios para garantizar la cohesión independiente de un pueblo. Además, la doctrina —si admitiéramos su identidad con la realidad— exigiría que la expresión de la raza estuviera siempre ligada a ciertas características que corresponden a la vastedad necesaria, a la creciente importancia de las funciones orgánicas, a la originalidad activa de las naciones modernas. ¡Ay de nosotros, entonces, si invocáramos el hecho de ser o no lusitanos como argumento para defender nuestra independencia nacional!, porque ese hecho no aumentará ni nuestra fuerza ni nuestras razones; porque ese hecho ni siquiera justifica nuestra separación de la monarquía leonesa.

No nos alzamos contra ella como lusitanos oprimidos: ni siquiera teníamos la más mínima idea de ser lusitanos, ni de nada más. La población del Condado Portucalense, ibérica, con mezcla de celtas, romanizada, sometida al dominio de los godos, luego de los árabes y finalmente del monarca leonés, ciertamente no podía tener un sentimiento de cohesión colectiva o nacional, incompatible con el estado de la cultura, con la tradición y con la situación sociopolítica: así lo revelan todos los documentos históricos. «Portugal —dice el señor Herculano—, nacido en el siglo XII en un rincón de Galicia, expandiéndose por el territorio del sarraceno Al-Gharb e incluso buscando aumentar su población con colonias traídas de más allá de los Pirineos, es una nación completamente moderna.» Esto es evidentemente cierto; y sin embargo, no por ello deja de tener raíces antiguas. No confundamos esta cuestión con la de la independencia, y creemos que habremos pisado el terreno firme y verdadero de la historia.

² Es decir, una confederación, como la anficiónía délfica que agrupaba a doce tribus de la Grecia central. (Nota del editor digital.)

La causa de la separación de Portugal de la monarquía leonesa no es oscura, ni requiere largas digresiones para definirse; es la ambición de independencia del gobernador del condado, quien la mantenía alejada del rey soberano; es el distanciamiento de esta nueva región arrebatada a los sarracenos; es la necesidad de fragmentar la soberanía, lo cual, debido a la alianza de esta idea con la de la propiedad y al desconocimiento de los medios administrativos capaces de mantener el orden en vastos territorios, se volvió inevitable en la Edad Media. Portugal se separó del mismo modo que el reino de Navarra se había dividido en tres, y por las mismas razones. Portugal defiende la separación; el monarca soberano se opone a ella. La cuestión se debate en más de una ocasión con las armas; no por un choque de sentimientos nacionales, sino porque los príncipes defendían lo que era, o se consideraba, su propiedad. Estas primeras guerras portuguesas ciertamente no abogan de forma particular por la independencia, pues eran ley en toda España, ley en toda Europa, podríamos decir. Un viejo prejuicio nos lleva a considerar al conde Enrique el fundador de nuestra independencia, cuando al conde solo le preocupaba su independencia personal y privada. El sentimiento de independencia nacional, la idea de que los reyes son los líderes y representantes de una nación, y no los dueños de una propiedad que defienden y buscan expandir, bien puede decirse que data únicamente de la Casa de Avís, después del memorable día de Aljubarrota.

En los siglos XII y XIII, Portugal era un territorio concreto, propiedad de un príncipe concreto: su origen y su identidad resultaban irrelevantes. El conde Enrique era francés. Así pues, la época de la primera dinastía refuta por completo la idea de una raza que poseyera, de forma más o menos definida, conciencia de su existencia colectiva.

Si no surge la idea de raza, la nueva nación obedece aún menos los dictados de la geografía: los barones audaces, codiciosos y turbulentos ignoran por completo las teorías y los sistemas. Llegan hasta donde les alcanza la punta de la espada: todo les conviene, todo les sirve, con tal de expandir su dominio.

Por lo tanto, las fronteras de Portugal fluctuaron durante los dos primeros siglos a merced de los vaivenes de la guerra, con León y Castilla por un lado, y los sarracenos por el otro; y Portugal llegó a formarse a partir de dos fragmentos: uno del reino leonés y el otro de los emiratos sarracenos.

Cuando Fernando el Grande de Castilla, descendiendo desde el este, conquistó la actual Beira a los musulmanes, Galicia encontró en Coímbra y en la línea defensiva del Mondego una frontera que la protegía de futuras incursiones, hasta el valle del Duero o incluso más allá. A mediados del siglo XI, la extensión geográfica de Galicia llegaba hasta el Mondego; sin embargo, las nuevas conquistas habían sido constituidas por el rey en un condado cuyos límites eran al norte el Duero, al este una línea que pasaba por Lamego, Viseu y Ceará, y que, descendiendo de nuevo hacia la costa, seguía las laderas septentrionales de la Serra da Estrela. Condado de Galicia al norte, de Coímbra al sur del Duero, sarracenos al sur del Mondego: esta era la situación del territorio del actual Portugal en la segunda mitad del siglo XI.

Sin embargo, en esta época, aparece una expresión que no correspondía a un valor político, militar o administrativo para designar el territorio entre los ríos Duero y Miño y la actual provincia de Trás-os-Montes: esa parte de la comarca de Galicia ya se llamaba Portucale.

En los últimos años del siglo XI, afortunadas expediciones permitieron al célebre Alfonso VI tomar posesión de Santarem, Lisboa y Sintra, extendiendo las fronteras cristianas hasta el río Tajo. Nuestros territorios entre los ríos Mondego y Tajo se constituyeron en un condado o gobierno y se confiaron a la protección de Gonçalo Mendes da Maia, el renombrado caudillo; y los tres gobiernos, cuyos límites sucesivos eran el Duero, el Mondego y el Tajo, constituyeron una suerte de virreinato a favor del yerno de Alfonso VI, Raimundo de Borgoña. Sin embargo, este período fue breve, pues poco después de 1097, tras la derrota del conde borgoñón y la pérdida de la frontera del Tajo, Alfonso VI llevó a cabo una nueva división del territorio, otorgando autonomía política a la denominación geográfica de Portucale o Portugal, y anexionándole el antiguo condado de Coímbra.

El Condado de Portugal, así ampliado, fue entregado a un primo del Conde de Galicia, cuyos dominios se habían retirado repentinamente del Tajo al Miño: al Conde Enrique, también yerno del poderoso Alfonso VI.

En la primera mitad del siglo XII, el conde y la heredera, su viuda, extendieron las fronteras del estado hacia el este hasta Zamora, y hacia el norte, entre los ríos Miño y Bivey, hasta Tuy y Orense. Las guerras civiles de los estados peninsulares, por tanto, provocaron una constante división de territorios y asentamientos. La frontera nororiental pronto volvió a sus límites actuales más allá del Duero; pero el gobierno de Alfonso Henriques, el primero que se atrevió a romper definitivamente los frágiles lazos de vasallaje con León, vio cómo la frontera se ampliaba en la margen opuesta hasta el río Sado, ya que, a mediados del siglo XII, Lisboa, Santarém, Sintra, Almada y Palmela cayeron definitivamente bajo su dominio, añadiendo nuevas tierras a las del antiguo Condado de Portucale.

Las fronteras norte y este, más allá del río Duero, eran ya, en la época de la ascensión al trono de Sancho I, las mismas que hoy: la margen izquierda del río Miño, pasando por Melgaço hasta Lindoso, desde allí hasta Braganza vía Miranda, donde desemboca el Duero en el punto donde actualmente se encuentran Portugal y España. La frontera oriental, entre los ríos Duero y Tajo, se delimitó en tiempos del rey Dionís en su ubicación actual: a finales del siglo XII, la frontera discurría desde la desembocadura del río Coa, aguas arriba, hasta su confluencia con el río Pinhel, y, siguiéndolo, pasaba entre Sabugal y Sortelha, hacia las fuentes del río Elga. Desde allí hasta el Tajo, entonces y ahora, la frontera es la misma.

Al sur del río Tajo resulta difícil, si no imposible, determinar cronológicamente las fronteras portuguesas. La nacionalidad del dominio en las ciudades de la región del Alentejo permitiría trazar con precisión geográfica la línea fronteriza; más aún porque los territorios entre las ciudades, devastados y áridos, estaban en manos de quienquiera que estuviera armado en ese momento. Pero las sucesivas incursiones de un lado a otro, la captura y luego la caída, seguida de la reconquista de la misma ciudad, en un lapso de meses, a menudo imposibilita delimitar la frontera antes del momento en que una determinada región pasa definitivamente al dominio portugués, para no volver a abandonarlo jamás.

Así pues, la captura de Évora en 1166 proporcionó a la línea de Sado, conquistada poco antes, una cabeza de puente al este contra las fortalezas sarracenas de Jerumenha, Elvas y Badajoz. Desde allí, la frontera portuguesa se extendería hasta Marvão, quizá incluso hasta Arronches.

Tal es la línea de las primeras fronteras del Portugal moderno.

En el primer cuarto del siglo XIII, Alcácer do Sal, una base estratégica en la línea montañosa al sur, y Elvas, un puesto de avanzada en la línea oriental, cayeron en manos de los portugueses; y a la determinación final de nuestra frontera alentejana se sumó, hasta mediados de siglo, la conquista del Algarve, que completó, entre el río Guadiana y el mar, el Portugal moderno.

En las heridas de las guerras de conquista, no son los musulmanes quienes frenan la ambición personal de los príncipes; pues el destino del imperio islámico estaba sellado, y todos los estados cristianos de la Península se esforzaban por cumplirlo. ¿Es acaso la raza la que delimita las fronteras de la nueva nación? Es inútil responder. ¿Es la geografía? No parece, ya que vemos atravesar la frontera las llanuras del Alentejo, las cuencas del Tajo y del Duero, y descender perpendicularmente sobre las cumbres montañosas, en lugar de seguir su orientación. ¿Cuál de los tres elementos permanece? El equilibrio. El equilibrio es, en efecto, el elemento que equilibra la balanza: la ambición de los príncipes de Portugal se enfrenta a la resistencia de los reyes de León; las armas invocadas demuestran que, si uno de los antagonistas carece de la fuerza suficiente para someter al adversario, el otro debe usar con prudencia su poder limitado: al intentar cruzar más allá del río Miño o apoderarse de Badajoz, la reacción demuestra las limitaciones de sus recursos.

Del equilibrio de estas dos fuerzas antagónicas surge la delimitación geográfica del Portugal moderno, para el cual solo en el extremo norte y el extremo sur, a lo largo de los ríos Miño y Guadiana, se decidió reconocer una frontera natural.

III. GEOGRAFÍA PORTUGUESA

Cuando se observa el fragmento de la Península del cual la historia forjó Portugal, separado del cuerpo geográfico al que pertenece, se aprecia de inmediato cómo la voluntad humana pudo vencer las tendencias de la naturaleza. Los ríos y las sierras descienden perpendiculares a la costa occidental, siguiendo un curso y partiendo de un origen que se extiende mucho más allá de las fronteras, hasta el corazón del cuerpo peninsular. Las cumbres y los extensos valles cambian de nacionalidad en ese punto convencional que el hombre ha considerado oportuno fijar.

Erigido frente al mar como un anfiteatro cuyos primeros escalones son constantemente salpicados por las olas, el territorio portugués adquirió, sin embargo, de esta ubicación un carácter propio; al mismo tiempo que en los habitantes de Portugal quizá una distinta combinación de sangre marcó una fisonomía particular. Así como las cumbres de las montañas y el corazón de los valles están conectados por el curso de nuestros ríos, también lo están las venas y los tendones que nos unen a la Península Ibérica; así también en nuestra sangre los elementos primigenios revelan el hecho de un origen y de una raza hermana.

Y si la diferencia en la composición, sobre una base común, nos da una fisonomía moral distinta sin ser otra, así también las condiciones de nuestro territorio nos ofrecen un destino distinto, pero dirigido hacia el mismo fin. La navegación y el descubrimiento son nuestra gloria y nuestra mayor hazaña: navegando y cuestionando las olas silenciosas, construimos; conquistando, derrocamos. Navegantes, no conquistadores, desvelamos todos los secretos de los océanos; pero nuestro imperio en Oriente fue un desastre, para Oriente y para nosotros. A bordo lo éramos todo; en tierra sólo pudimos demostrar el heroísmo de nuestro carácter y la incapacidad de nuestro dominio. Hazañas de hombres a quienes ningún gran instinto, ningún pensamiento elevado, dirige, eso es en lo que se convertirá nuestro imperio oriental. Una epopeya del espíritu inquisitivo, audaz y paciente, nuestras navegaciones nos convierten en genios de ese elemento misterioso, al que, quizá, nos atrajo nuestra alma celta. Cuando el castellano, con espada y mosquete, impone la ley a una Europa humillada, nosotros, amarrados al banco de los remeros, sujetando el timón, arriando las velas, zarpamos mar adentro, con la mirada fija en las estrellas que nos guían. Navegamos suavemente a lo largo de la costa; nadie nos ve; sólo las olas escuchan las monótonas melodías de los marineros, cuyo ritmo obedece al del romper de las olas contra el casco; y revestidos de acero, arrogantes y llenos de poder, con su grito estridente y trágico, ensordecen y aturden al mundo. Nadie diría que son dos pueblos hermanos; y lo son, porque ambos obedecen a un mismo motivo, un pensamiento que yace, igualmente, en las profundidades de su alma inconsciente, como la llama que arde en el corazón del mundo, dando origen a rocas tan diversas en aspecto, color, rigidez, estructura y mérito.

Portugal es un anfiteatro levantado en frente del Atlántico, un coliseo. La inmensidad del circo desafía y tienta a los espectadores, involucrándoles finalmente en la laboriosa tarea de las navegaciones, que constituían su destino.

* * *

Al viajar de norte a sur por la estrecha franja occidental de la Península, uno se encuentra con las sucesivas prolongaciones de las sierras españolas, algunas llegando al mar, otras terminando más lejos de la costa. Entre ellas se abren las cuencas o estuarios de ríos paralelos que se dividen en dos sistemas: el norte y el sur, delimitados por la cordillera de Estrella-Aire-Monte-Cintra.

En el sistema norte, el Duero discurre como la arteria principal de una región montañosa, coronada, en sus límites norte y sur, por las dos sierras culminantes de Galicia y Beira. De un lado a

otro, como sucesivas terrazas o escalones de esa meseta montañosa que se cierra en este lado de la frontera portuguesa, descienden otras sierras, entre cuyas depresiones se sumergen los ríos nacionales del norte: el Miño, que limita con Galicia; al norte del Duero se encuentran el Lima, el Cávado y el Ave; al sur, el Vouga y el Mondego. Las sierras entre el Miño y el Lima son las del Suajo; entre el Lima y el Duero, las del Gerez y el Marão, separadas por el Tamega, afluente de este último; entre el Duero y el Vouga, el Monte-muro; y entre el Vouga y el Mondego, el Caramullo.

Al sur, las bahías de los ríos Tajo y Sado, divididas por la península de Arrabida, forman el centro de un sistema de arroyos radiales que atraviesan la zona más llana, bordeada por un lado por la sierra de la Estrella, frente al Algarve. Al norte, en la raíz sur de la primera, discurre el Tajo, entrando en Castilla; destacando desde el este, al sureste, el Sorraia, en medio de la llanura; y, más pronunciado al sur, el Sado, que nace en la ladera norte de las montañas del Algarve.

Si la mitad norte de Portugal está cerrada al este por un sistema de contrafuertes avanzados desde los Pirineos cantábricos, la mitad sur, escenario de las guerras castellano-portuguesas, contradice innegablemente la opinión de quienes ven la orografía como la base necesaria para la delimitación de las fronteras nacionales.

Partiendo del sur, el río Guadiana atraviesa la sierra andaluza para cruzar del mar al interior de la península ibérica. Cambiando de curso en Badajoz, el Guadiana, tras irrigar nuestras tierras fronterizas, toma dirección este a través de las extensas llanuras de Extremadura, que sólo tratados separan de nuestro Alentejo. En esta mitad sur de nuestra frontera oriental, las llanuras y las aguas del río que las irriga cambian su naturaleza sin alterar su carácter; y lo mismo ocurre con las estribaciones que unen las sierras de Guadalupe y Morena en un solo cabo, donde en Portugal se sitúa Portalegre al norte y Évora al sur. En la parte norte de la frontera, como una garra que se clava en el esqueleto español y se adentra en la región alentejana de Portugal, discurre, en primer lugar, el valle por cuyo centro fluye el Tajo, extendiéndose con él, más allá de Extremadura, hasta Toledo; y luego seguir las cumbres de Guardunha que separan el Tajo del Zêzere, presionando este río contra la sierra de la Estrella.

La ladera sur de las montañas del Algarve y la franja o alfombra de jardines sobre la que se asienta su base o el trono de esas montañas, forman una provincia geográfica terminal y, por así decirlo, excepcional, vuelta hacia el continente frontero, con el que comparte clima y producciones.

* * *

Geognósticamente, el territorio portugués se divide en tres regiones principales: la de las rocas ígneas y paleozoicas, la de los terrenos secundarios y la de los terrenos terciarios.

Tracemos una línea que, partiendo de Aveiro hacia el norte, siguiendo la costa, gira hacia el este bordeando el Miño. Desde allí, se extiende a lo largo de toda la frontera oriental hasta las montañas del Algarve; descendiendo hacia el oeste, bordeando la costa hasta Sines; luego, adentrándose en el interior para rodear la cuenca del Sado, pasando por Grandola, Cercal, Panoias, Aljustrel, Ferreira, Torrão, hasta Vendas-Novas. Luego, la Sorraia, pasando por Lavre, Mora y Ponte-de-Sôr, desemboca en el Tajo en Abrantes y se dirige al norte a través de Thomar, Alvaizere y Anadia; y se habrá delimitado en Aveiro un perímetro que abarca aproximadamente tres cuartas partes de la superficie total de la nación.

La región de terrenos secundarios se compone de dos zonas aisladas. La primera se extiende a lo largo de la margen derecha del Tajo, desde Lisboa hasta Barquinha; limita desde allí con Aveiro con la línea trazada anteriormente; y siguiendo la costa, desciende hacia el sur, circunscribiendo la Serra de Sintra, para volver a Lisboa. La segunda está constituida por el litoral del Algarve, en la vertiente sur de las montañas, hasta el mar.

La tercera región, finalmente, la de los terrenos terciarios, desciende a lo largo de la costa, desde la punta de Bogio, al sur del río Tajo, extendiéndose hasta Sines y abarcando las dos zonas

divergentes de los valles del Sado y del Sorraia, bordeada por la línea previamente determinada que delimita el límite de la primera región.

Esta última, como hemos visto, es la más extensa e importante. Comprende las dos provincias al norte del Duero, casi la totalidad de las regiones de Beiras y Alentejo, y buena parte del Algarve. Estremadura, por sí sola, abarca casi las dos últimas regiones, una al norte y otra al sur del Tajo.

En el norte predominan los terrenos del Cretácico y el Jurásico, conformando estos últimos casi la totalidad de la región del Algarve. Un pequeño afloramiento de granito en Sintra, los basaltos cerca de Lisboa y las dunas costeras desde Marinha Grande hasta Aveiro son los rasgos geológicos dispersos de esta parte de Portugal.

En la región al sur del Tajo, sólo Arrábida y S. Tiago-de-Cacem muestran breves manchas de terreno jurásico; y estos, los terrenos modernos formados por los depósitos de los ríos Tajo y Sado y que bordean sus riberas, y las zonas arenosas de la costa entre Bogio y el cabo Espichel, son las únicas excepciones a la vasta extensión de terrenos terciarios en la región.

En la primera y más extensa zona geognóstica de Portugal, el río Tajo se divide en dos subregiones bien diferenciadas. En su conjunto, predominan los terrenos de estructura esquistosa, de edad primaria o paleozoica, que comprenden rocas eruptivas o ígneas. Sin embargo al norte del Tajo, la abundancia de estas rocas, exclusivamente graníticas, es aproximadamente igual a la de los esquistos; mientras que al sur, más allá de donde estos predominan, no sólo aparecen granitos, sino además pórfidos y dioritas.

Entre Castello-de-Vide, Portalegre, Niza y Crato, se encuentra quizás el afloramiento granítico más grande y compacto al sur del Tajo. A continuación viene el afloramiento de Évora, curvándose de forma irregular hacia el norte hasta Vimeiro, hacia el noreste hasta Lavre, y por el lado opuesto hacia Vianna, Aguiar y São Manços. Finalmente, los pequeños afloramientos de Galveas, Santa Eulalia, Freia, Reguengos, Vidigueira y Valle-Vargo al este de Serpa, completan el sistema de afloramientos graníticos de la subregión sur del Tajo. Los pórfidos y dioritas forman una larga cresta que va desde el sureste al noreste, desde Serpa, pasando por Beja, Alvito, Torrão, Alcaçovas, que termina cerca de Cabrella, casi en la frontera de la región Terciaria. Además de esta formación principal, destacan los afloramientos ocasionales de Alter, Bonnavilla, Monforte y los dos más importantes de Campo-maior y Elvas, cerca de la frontera.

Al norte del Tajo, las condiciones varían. La masa de rocas eruptivas predomina claramente sobre la de esquistos. Tras el macizo de Guardunha, entre Castello-Branco y Fundão, cruzando el valle del Zezere, se encuentra la extensa base de la Serra da Estrela, y luego los cimientos de Montemuro. Las formaciones graníticas provienen de la frontera, entre Alfayates y Barca-d'Alva, pasando por Covilhan y Taboa al sur, a través de Viseu al oeste, hasta llegar al Duero, cuya margen izquierda ascienden hasta la frontera de León. Pequeños son los afloramientos esquistosos en el área circunscrita: S. João-da-Pesqueira y Villa-nova-da-Fozcoa, a orillas del Duero, Villa-da-Egreja en los orígenes del Vouga, Pinhel y Valhelhas en la vertiente sur de la Sierra de la Estrella.

Sin embargo, las laderas occidentales de las sierras de Guardunha, Estrella y Monte-muro, limitadas al sur por el río Tajo, forman dos vastas áreas de terreno paleozoico, una atravesada por el río Zezere y la otra por los ríos Mondego y Vouga: estas son las áreas que limitan con la región de terrenos secundarios hasta Aveiro; y con el mar desde Aveiro hasta la desembocadura del río Duero, con el cinturón de dunas en medio.

Al norte del río Duero, predominan los esquistos por encima de la línea Regoa-Chaves, mientras que por debajo se encuentran granitos. A lo largo de la costa, desde Oporto hasta Póvoa, destaca un afloramiento de rocas eruptivas; y, al este, otro en las sierras de Gerez y Suajo, al oeste del río Tâmega, que se extiende cerca de Braga formando un ramal que, pasando por Barcelos, llega hasta Viana e incluso Caminha.

Al este de la línea Chaves-Regoa, los afloramientos eruptivos son irregulares y dispersos: siguen la margen portuguesa del Duero desde Bemposta hasta Miranda; aparecen en dos puntos del extremo norte de la frontera; se extienden desde Montalegre, pasando por Chaves, hasta Valpassos y Torre de Chama; y a través de la Serra do Marão, desde Mondim y Ribeira de Pena, pasando por Vila Pouca y Vila Real, terminando cerca del Duero en Villarinho. El resto, la Serra do Marão, desde Campean hasta Santa Martha, las alturas a la izquierda del Corgo, la mayor parte del valle del Tua y todo el valle del Sabor, están formados por terrenos paleozoicos.

IV. LA TIERRA Y EL HOMBRE

Conocida ya la orografía y la geognosia del territorio, indicaremos brevemente el conjunto de caracteres agrícolas y climatológicos, ambos subordinados a las anteriores y, en conjunto, vinculadas para así formar la fisonomía natural de las diversas regiones del territorio portugués.

Su antigua división en provincias obedecía más a estas condiciones naturales que la actual división en distritos: las causas determinantes de una y otra son la razón de esta diferencia. Las provincias nacieron, o mejor dicho, se delimitaron de forma espontánea y natural; los distritos se crearon de forma deliberada y, en cierta medida, artificial. Algunos surgieron de las características de las regiones, y la administración se limitó a reconocer los hechos naturales; otros, inspirados en opiniones abstractas, obedecieron a principios administrativos y estadísticos (superficie, tamaño de la población, etc.), procurando que se ajustaran lo menos posible a los límites naturales, geográficos y climatológicos. Por estos motivos, estudiaremos ahora el territorio portugués por provincias, y no por distritos; dejando el análisis del estado actual y las estadísticas modernas de la nación para una obra próxima³.

La división de las provincias se basó en características físicas de gran valor. Comenzando en el norte, el territorio más allá del río Duero comprende dos zonas separadas por el río Tâmega: Trás-os-Montes al este y Entre-Douro-e-Minho al oeste. Además de obedecer a la geografía, como se puede observar, buscando límites naturales en los ríos, la división de las dos provincias consagró diferencias esenciales: las geognósticas ya observadas (predominio de rocas eruptivas al oeste, esquistos al este del Tâmega) y, más allá de estas, las climáticas. Portugal, como ya se ha dicho en otros lugares, es en general una especie de anfiteatro de montañas erigidas sobre el océano. Esta circunstancia caracteriza inmediatamente las regiones de manera similar, dividiéndolas en dos categorías: la marítima y la interior; la cismontana y la transmontana; aquellas que están directamente expuestas a la acción de las brisas marinas, y las laderas orientales, los valles interiores y las terrazas o escalones de las montañas, protegidas de las brisas marinas por imponentes crestas occidentales.

Esta circunstancia confiere características completamente distintas a las dos provincias de Douro-Minho y Trás-os-Montes, separadas por las sierras de Gerez y Marão, que protegen a esta última de la acción de las brisas marinas. Cualquiera que haya cruzado el río Tâmega habrá observado sin duda la profunda diferencia en el paisaje y en el carácter y apariencia de los habitantes a ambos lados del río. El habitante de Trás-os-Montes, vivaz, ágil y robusto, se distingue inmediatamente del habitante del Minho, más bien reservado pero paciente y trabajador, tenaz, persistente e ingenuo. Más allá del Tâmega, el clima es seco (entre el 40 y el 80 % de humedad relativa), con escasas precipitaciones (entre 500 y 1000 milímetros, y solo entre 70 y 80 en verano), calor intenso en el fondo de los valles estrechos, pero templado en las zonas de mayor altitud. Intensos son los fríos invernales que coronan las montañas de nieve y congelan el agua en los valles (temperatura media de 12° a 15°). Aquí, las brisas marinas, al detenerse en su recorrido por las montañas, se condensan y producen lluvias copiosas: por lo tanto, en la región del Miño, la ladera occidental de las montañas orientales está surcada por numerosos ríos paralelos que se suceden, cuyos valles, al confluir a lo largo de la costa, forman la primera de las llanuras costeras de Portugal. Esta fértil región está habitada por una población numerosa y activa, pero sin distinción de carácter ni elevación de espíritu: una consecuencia necesaria de la humedad y la fertilidad. Carece de esa clase de vigor propio del aire seco y de los amplios horizontes delineados por un cielo

3 *Portugal contemporáneo*. (Se publicará dos años después de la *Historia de Portugal*, en 1881.)

brillante y puro. El Miño es Flandes, y no la Ática. Las lluvias caen abundantemente (de 1200 a 2000 milímetros anuales, y de 80 a 200 en verano) sobre una tierra labrada por arroyos. La humedad (entre el 70 y el 100 %) debilita el temperamento y embota la vivacidad intelectual, que ni el frío excesivo irrita ni el calor excesivo provoca, como ocurre en las zonas tropicales casi primigenias. Con un clima templado (entre 12° y 15°), sin grandes variaciones invernales, la población, satisfecha, feliz y bien alimentada por la vegetación y el aire húmedo, se asemeja a un ejército de hormigas laboriosas, sin el aspecto alado y brillante de un enjambre dorado de abejas.

El clima determina el paisaje. Más allá de Tamega, los campos de trigo dorado, los pámpanos rastreros, el majestuoso roble y el castaño gigante adornan las laderas de las altas montañas, cuyas escarpadas crestas rocosas, coronadas de nieve en invierno, destacan sobre el azul del firmamento, otorgando solidez y nobleza a la escena e infundiendo al espíritu una cualidad sublime. La naturaleza vive en la luz, y el alma siente que los elementos poseen fuerzas que los animan.

Más allá de Tamega el paisaje cambia: la humedad crea una vegetación abundante por doquier; no hay un solo palmo de tierra donde no broten multitud de plantas; pero como el suelo es poco profundo, como afloran las rocas por todas partes, y como los campos nacen del terreno vegetal formado en las grietas del granito por hojas y ramas descompuestas, y en los estuarios de los ríos por los sedimentos de las inundaciones, la vegetación es baja y humilde, el pino marítimo de constitución débil, el roble enano, aún enredado por las ramas de las vides colgantes. La densidad de población completa la obra de la naturaleza, en una región donde el vino no madura: la acidez punzante le confiere cierto parecido a las bebidas fermentadas del norte, la sidra o la cerveza, y con ello, al carácter de la gente, características también similares a las de los bretones y flamencos. La vegetación, escasa de por sí, se ve aún más mermada por la mano del hombre; las apremiantes necesidades de la numerosa población dan lugar a una cultura más hortícola que agrícola: pequeños campos rodeados de valles, bordeados de encinas, donde cuelgan racimos de uvas verdes. En medio de todo esto pulula la familia: el padre, la madre, los hijos, sucios, tras unos bueyes enanos que aran una pequeña porción de tierra o tiran de un carro diminuto. Bajo un cielo casi siempre brumoso, sobre un terreno casi siempre inundado, encerrados en un valle atestado de maizales, dominado por todos lados por bosques de pinos sombríos, sin aire vigorizante, ni luz abundante, ni horizontes amplios, el hormiguero del pueblo del Miño no puede separarse de la tierra, como si se fundiera con ella; y, con sus bueyes, sus arados y sus azadas forma un todo, donde no surge ninguna voz de independencia moral, aunque a menudo se levante un grito utilitario de resistencia.

El paisaje es rural, no agrícola; la poesía de los campos es naturalista, no idealista. Quien haya ascendido alguna vez a las montañas del Miño y dominado desde allí las espesas crestas arboladas, sin contornos definidos, y los valles salpicados de muros y hileras de robles escarpados, sin duda habrá sentido la ausencia de un amplio soplo de idealismo, de una vívida inspiración de luz: solo aquí y allá, entre la monotonía del color del trigo, un rincón del alegre verde del lino nos recuerda que incluso en el corazón del habitante del Miño hay un lugar para el idilio infantil del amor.

* * *

Descendiendo al sur del río Duero, entre la Beira montañosa y la Beira costera, surgen diferencias análogas a las que distinguen a Minho y Tras-os-Montes; análogas, decimos, y no idénticas, porque en esta nueva región comienzan a sentirse las influencias de causas generales, como la latitud. La zona montañosa se sitúa entre los paralelos 41° y 42°; la Beira desciende hasta los 39° 30'. Portugal, situado entre los 37° y los 42° y trazado como una estrecha franja de norte a sur, presenta en la latitud de sus regiones una causa general que siempre concurre con causas particulares, como la altitud, la exposición y la constitución geológica de las montañas, para determinar las características de sus diferentes provincias.

En esta región, de la que ahora hablamos, se alza en el centro la sierra de la Estrella, cuya vertiente marítima se denominaba Beira Alta, mientras que las laderas transmontanas opuestas, unidas en Guardínha, recibían el nombre de Beira Baja. La región se compone de tres zonas de las

dos provincias: la costa, formada por los estuarios de los ríos Vouga y Mondego, las sierras occidentales o marítimas; y las sierras orientales o transmontanas.

La Serra da Estrella es la más alta de las sierras portuguesas; es la prolongación de la columna vertebral de la península; es la línea divisoria entre las dos mitades de Portugal, tan diferentes en fisonomía y temperamento; es, en definitiva, como el corazón del país; y quizá en sus barrancos y laderas, a través de sus valles y colinas, aún pervive el auténtico representante del antiguo lusitano. Si existe un tipo genuinamente portugués; si por los avatares de la historia ha sobrevivido algún ejemplo puro de una raza prehistórica con la que podamos identificarnos, es allí donde debemos buscarlo; y no entre los galaicos al norte del Duero, ni entre los turdetanos de la costa sur, ni entre las poblaciones costeras mestizas, con sangre de muchas razas y con los sentimientos y costumbres de las más diversas naciones.

El pastor, casi bárbaro, de esas cumbres que rozan las nubes (entre 1800 y 2000 metros de altitud), apoyado en su cayado, ataviado con pieles, siguiendo a su rebaño de ovejas doradas, es quizá descendiente de los compañeros de Viriato. En esas alturas, alfombradas de hierba en verano y de nieve en invierno, ni aldeas ni árboles se atreven a trepar: solo el pastor nómada las habita. Desde lo alto de su trono rocoso, ve cómo la vida brota poco a poco en las laderas: primero el enebro, bajo y roído por el ganado, rodea las cumbres desnudas; luego aparecen la retama, el brezo blanco, los robles; después, a mitad de la ladera, los castaños, los campos cultivados y los enjambres de aldeas; finalmente, en las tierras bajas más remotas, la extensión de lagunas, una alfombra de esmeraldas engastadas en hilos de diamantes, que el sol moldea al reflejarse en el laberinto de canales.

La sierra de la Estrella, reforzada al norte por el contrafuerte del Monte Muro, con Marão y Gerez, forma una muralla natural que frena los vientos marinos. Atravesada únicamente por los valles de los ríos Duero y Tua —dos fisuras—, esta barrera, cuyas cumbres alcanzan los 2000 m, encierra y protege el norte de Portugal, siendo la principal causa de las abundantes precipitaciones y el clima fértil de la costa más allá del río Mondego.

La región de Beira ocupa la vertiente occidental, donde el aire es más húmedo que en Trás-os-Montes (entre un 65 % y un 100 %), las precipitaciones son más abundantes (entre 700 y 1200 milímetros) y la temperatura es similar; donde el castaño colosal, el cedro, el roble y el pino marítimo dan al paisaje todos los matices y la grandeza propios de árboles que viven durante siglos; la región de Beira es menos exuberante, pero más robusta. Quien haya recorrido estas tierras sin duda habrá admirado la estructura hercúlea de estos hombres, cuyos rostros no resplandecen con un brillante reflejo de la vida interior, sino que muestran un pleno desarrollo de la vida animal. Tierra de audaces bandidos, representantes anacrónicos de una independencia de otras épocas, la región de Beira es la cuna de fornidos trabajadores que cada año, en verano, van a cultivar los campos al sur del Tajo, vestidos con ropa ligera y sus calzones cortos de lino, descalzos, con la camisa de lana cubriendo sus torsos, el gorro frigio en la cabeza, la manta y la azada al hombro.

Descendiendo hacia la costa, el *beirão* es anfibio: pescador y agricultor. La agricultura brota del mar: los vehículos son barcos, los fertilizantes son algas y mariscos. Junto a un sembradío de maíz hay una marisma. El mar se abre paso a través de los canales, atravesando la llanura, en cuyo centro, como una arteria, discurre plácidamente el río Vouga. A tres leguas de la costa se ve fondeada la barca, las mujeres remendan las redes junto a ella sobre la tierra negra y húmeda; los bueyes la aran o el labrador la abre con la azada. El calor (de 15° a 16°) y la humedad constante (del 65 al 80 %) aceleran la germinación de las semillas, multiplican las cosechas y las fiebres. Este paisaje encantador y original, donde el mar y la tierra se funden, nos llena de un placer vívido al contemplarlo desde las alturas de Angeja, al pie de las montañas, atrayéndonos como la sombra de la manzanilla, llena de frescura y venenos. Los elementos, en plena efervescencia, se vengan de la temeridad de los hombres.

La exposición oriental o transmontana de las laderas de la Serra da Estrela y las colinas subordinadas de Guardunha confiere a la provincia de Beira Baixa un nuevo aspecto: el aire es más seco y las lluvias menos abundantes; los olivares prosperan mejor y los habitantes combinan la vida agrícola con la industria, tejiendo la lana de los rebaños de montaña con la fuerza de los torrentes que se precipitan en los barrancos del valle del Zêzere.

Si bien es similar en muchos aspectos a la región del Alto Alentejo, Beira Baixa marca la transición de la mitad norte a la mitad sur del país.

* * *

Empecemos de este a oeste. El Alto Alentejo tiene el clima de Trás-os-Montes; la temperatura media es más alta (de 16° a 17°) porque la menor altitud de las montañas hace que el frío invernal sea menos intenso; las precipitaciones estivales también son menores (de 30 a 50 milímetros). Limita abiertamente con España, aunque la frontera sólo lo separa convencionalmente de la Extremadura castellana. Las mismas llanuras onduladas, los mismos cultivos de cereales, los mismos bosques de alcornoques y encinas, las mismas viñas, las mismas costumbres, los mismos hombres, se encuentran a ambos lados de la frontera. Rostros bronceados, bien afeitados, ojos vivaces, gestos expresivos, porte noble y seguro, excéntricos, juguetones, hospitalarios y comunicativos: el alentejano expresa en su totalidad la grandeza, a veces austera, de la tierra que habita. Sin duda, no es un griego de Atenas, sino un griego de Beocia. Sus campos son un granero, sus bosques, un vivero. Cuando, en los largos y rectos caminos, entre espesos matorral de encinas, bajo el sol abrasador, vislumbramos a lo lejos una pequeña nube de polvo iluminada por la luz, y oímos el alegre tintineo de campanillas y cascabeles en los collares de las mulas, es el jornalero quien, a trote ligero, con su rostro redondo y alegre, el vientre apretado con sus calzones negros, se dirige a la feria de Vila Viçosa en mayo, o a la de Évora en junio, para atender sus labores agrícolas. A lo lejos, se divisa el arriero en su carreta cubierta, guiando la manada de mulas cargadas de odres; luego el pastor con su capucha de piel de cabra, el cayado al hombro, arreando las ovejas, la piara de cerdos gordos como mulas, o el ganado rubio de largos cuernos. El sol abrasador da tono a todos los colores, vida a todos los movimientos; sofoca, el polvo ciega, la piel suda. El alentejano habla poco y rara vez canta: no es misantropía, es indiferencia; el idilio no puede seducir a quienes viven en plena comunión con el vasto campo, el cielo siempre azul, el sol siempre ardiente. Solo en verano baila al son de la guitarra en las noches tranquilas, velando a sus santos predilectos, no para olvidar una tarea que no le duele, sino para dar rienda suelta a sus amores fugaces.

Aquellos que una vez se embarcaron hasta más abajo de Serpa, donde las cataratas marcan el fin de la navegación, y el río Guadiana desemboca en el Algarve; al llegar a su desembocadura, uno tiene la impresión de entrar en un jardín desde el desierto; de dejar un oscuro barranco para adentrarse en una llanura luminosa. El Algarve se extiende desde Vila Real hasta Lagos, protegido por la punta del Cabo de San Vicente, pero este curso sombrío del Guadiana divide dos regiones característicamente distintas. El habitante del Algarve es como un andaluz. A diferencia del habitante del Alentejo, todo le interesa, habla de todo, está constantemente inquieto, con una vivacidad casi infantil. En el Algarve no hay silencio ni impasibilidad; hay un movimiento constante, conversaciones, cantos, de una población como la de los griegos de las islas, a veces embarcada en sus navíos costeros, a veces ocupada en sus campos que son jardines. Si la llanura y los largos horizontes de las montañas confieren al espíritu una solemne placidez; El constante murmullo de las olas, sobre las que el Algarve se apoya como una terraza, infunde en el espíritu una agitación perpetua, algo vertiginosa, pero a la vez encantadora. Bajo el calor de un sol casi africano en verano; en el seno de una primavera eterna en invierno, el habitante del Algarve no conoce las penurias: ni el frío lo obliga a trabajar la tierra para vestirse, ni el hambre al duro trabajo de la azada para alimentarse. Mientras navega por el mar, comerciando, pescando, contrabandeando, la higuera, el almendro, el naranjo crecen en sus campos, cuya savia el sol transforma en fruto cada año. El algarrobo en las laderas de sus montañas, la palmera junto a los setos, solo piden que se recojan sus

frutos y ramas, que el mercader, en su barca, a lo largo de la costa, espera para intercambiar por dinero.

* * *

Durante nuestro viaje pasamos por alto las mortíferas tierras bajas del Guadiana: no merece la pena detenerse en esa región desolada, pues ahora, de regreso por la costa, el litoral del Alentejo y la parte occidental de Estremadura, más allá del Tajo, comparten con ella el mismo carácter sombrío y enfermizo. Entramos en la región de las tierras terciarias: las aguas se estancan o escasean en las tierras bajas, y la población languidece. Abrasada por las áridas y sofocantes arenas, que ni siquiera el fuego puede ablandar, y sin montañas que condensen el vapor marino, o envenenada por los miasmas de las marismas, que el sol abrasador mantiene en constante fermentación, la población, amarillenta y demacrada, se consume, doblegada por el trabajo letal de las salinas o del cultivo del arroz. Estas tierras bajas del sur contrastan con las del norte del país. Más allá, lluvias copiosas y una humedad fértil. Aquí el aire es seco (entre 500 y 700 milímetros al año, entre 30 y 50 en verano; humedad del 30 al 80 %), áspero y cargado de emanaciones fétidas. Más allá, una temperatura suave; aquí, un calor sofocante (17° de media). Más allá, una población exuberante; aquí, soledades y arenas desnudas, salpicadas de ciervos traicioneros y alces majestuosos que alcanzan con altivez sus penachos carmesí. Más allá, hombres y familias trabajadoras; aquí, tribus harapientas en chozas, tiritando con el frío de las estaciones en una atmósfera abrasadora, mujeres demacradas, niños de tez verdosa, hombres sumidos en la indiferencia de la desolación o en el vértigo del crimen.

* * *

Entre estas dos regiones costeras extremas, sin embargo, se encuentra la central, que nos redime de la miseria de una y la opulencia de la otra. Quien descende de Canha o Alcácer do Sal a Setúbal, en la península entre los ríos Tajo y Sado, y domina el paisaje circundante desde el promontorio de Arrábida, respira por fin una vida plena y una dulce alegría. Quizás no exista en el reino panorama más bello, más extenso, más noble ni más variado. A nuestros pies, las intrincadas montañas se cubren de densos bosques, la retama dorada, las bayas carmesí de los madroños, el romero, la lavanda, todos sus aromas se mezclan para embriagarnos. Con vistas a Palmela, divisamos sus murallas almenadas; Setúbal se perfila en el valle, abierta como un jardín de naranjos; al fondo, las olas rompen contra las rocas del cabo. Y en la orilla opuesta, las colinas del noble Azeitão se ondulan sobre la espesa alfombra de pinares que descende hasta el Tajo. Alzando la vista, podemos ver más allá del mar la punta de São Vicente al sur; al este, Évora a un lado, las llanuras de la ribera del Tajo al otro; al norte, Lisboa en un anfiteatro que domina su bahía; más allá, Sintra y las montañas de la Estremadura costera, que, hasta el Mondego, conforman la primera zona extremeña, por donde iniciaremos nuestro recorrido por la última de las regiones de nuestro territorio.

La costa central, entre los ríos Mondego y Tajo, es la zona más benigna del país. Allí, el aire, templado por la brisa marina, mantiene una humedad elevada (entre el 60 y el 85 %), y las precipitaciones regulares, aunque no abundantes (entre 700 y 800 milímetros anuales, y entre 20 y 30 en verano), proporcionan un riego que fertiliza la tierra sin llegar a ser tan fértil como la del norte. Ni el calor del verano (entre 15° y 16°) abrasa la vegetación, ni el frío del invierno la atrofia. Por todo ello, la población es numerosa, sin llegar a ser excesiva como en la región del Miño; y sus habitantes combinan la laboriosidad de la vida agrícola con la libertad de una existencia más amplia. Además, aunado a las características geográficas de la región, la flora es variada e incluye pinos marítimos y piñoneros, viñas, olivos y robles, trigo, maíz y centeno. Desde los campos que el Mondego fertiliza cada año, pasando Leiria y Alcobaça cubiertas de bosques, a través de las llanuras aluviales del Nabão, llegamos al Tajo; y, cruzándolo, entramos en su valle, que es para nosotros como el Nilo para Egipto. Allí, de hecho, el campesino evoca el tipo de aquellos pueblos del norte de África, libios o moros, cuya sangre corre mezclada en nuestras venas. A caballo, con un

*pampilho*⁴ al hombro, zapatos ferrados y un gorro rojo en la cabeza, el habitante del Ribatejo, arreando los rebaños de toros en las húmedas y verdes llanuras, es como un nómada del Nilo. La vasta llanura, salpicada de aldeas y arboledas de álamos, sauces y chopos, bordeada a lo lejos por las cumbres de las montañas, tiene el carácter de los paisajes de Egipto o Túnez, dominados por el gigantesco esqueleto de las montañas del Atlas.

Al igual que los habitantes de Beira, los de Ribatejo también combinan la vida agrícola con la marítima o fluvial: son ellos quienes remontan el río Tajo hasta Lisboa en sus barcas para entregar su tributo de cereales y frutas. A lo largo del Tajo, el Portugal marítimo se funde con el Portugal agrícola, uniendo las dos fisonomías típicas de la nación. Río arriba, el Alentejo por un lado y la Beira por el otro se comunican así con la población marítima de la costa. Lisboa, y Sines al sur, Aveiro al norte, son los puntos cardinales de esa costa occidental, desde donde se han emprendido tantas grandes aventuras y extensos viajes. Capital geográfica, Lisboa es también nuestra capital marítima; y si los viajes y descubrimientos son el corazón de nuestra particular historia nacional, Lisboa es también nuestra capital histórica. Las melodías lacrimosas que, al son de la guitarra, resuenan a lo largo de la costa occidental, esas canciones, monótonas como el sonido del mar, tristes como la vida de los marineros, cantadas de noche en el Vouga, en el Mondego, en el Tajo y en el Sado, ¿acaso traducirán recuerdos inconscientes de alguna raza antigua que, morando en nuestra costa, nos infundió la vaga esperanza de un mundo futuro por descubrir, de tierras perdidas por conquistar por el mar?

Los sueños llenos de encanto y melancolía, acariciados durante tanto tiempo por el murmullo incesante del mar bretón y por el susurro de los bosques drúidicos; el amor de la naturaleza por el hombre, traducido en esas leyendas piadosas en las que los animales hablan, los pájaros se acunan en las manos de los santos, y la voz de las hadas se mezcla con el susurro de los árboles y el murmullo de las aguas... Este vaporoso y encantador brote del alma celta, quizá floreció en el espíritu nacional portugués cuando la conclusión de las guerras de independencia le permitió manifestarse.

D. João de Castro⁵, el marino, posee, como un druida, el amor ingenuo por la naturaleza: «¡Oh, la vergüenza y la gran codicia de los hombres, que, por culpa de los metales, excavan tanto la tierra que le arrancan las entrañas, derriban grandes colinas, rebajan montañas escarpadas y altísimas en los olivares de los campos, y no contentos con *arruinar tanto la tierra*, rompen y perforan el mar por obtener una perla; ¡y para escudriñar una obra maravillosa de la naturaleza son tímidos y perezosos!»

4 Vara de madera larga terminada en un aguijón con el que van guiando al ganado.

5 João de Castro (1500-1548) cartógrafo, gobernador, capitán general y virrey de las posesiones portuguesas en la India. (Nota del editor digital.)

V. LA HISTORIA NACIONAL

De este viaje, breve, pálido y esbozado de forma imprecisa, quedaría —nos atrevemos a creer— en la mente del lector una impresión verídica. Pálida e indeterminada, sin colores vivos ni rasgos definidos, es la fisonomía de la nación, tanto en la naturaleza como en sus hombres. Ningún rasgo profundo distingue nuestra geografía; benigno, moderado o templado es nuestro clima, y también nuestro carácter.

Si algo nos distingue verdaderamente, es la falta de alarde de nuestro genio. Aquellas cualidades que podríamos llamar peculiares consisten en la facilidad con que recibimos y asimilamos las de los demás. Navegantes —y esta característica por sí sola no nos distingue de otros pueblos marítimos—, la forma en que nos aventuramos en alta mar también refleja nuestra fisonomía colectiva: navegamos con prudencia y paciencia a lo largo de las costas africanas, o de isla en isla en el océano, paso a paso, siempre avanzando, tenaces, pero jamás temerarios.

Esta pasividad individual de nuestro genio se refleja en nuestra historia. Que nadie busque en ella movimientos originales profundamente marcados por una idea nacional: les aguardaría el castigo reservado a todas las quimeras. Nadie busque tampoco el esquema de un desarrollo propio y orgánico, que obedezca a leyes particulares, y constituya en su totalidad aquello a lo que se denomina civilización. Por ese lado aparecemos indestructivamente ligados al cuerpo peninsular, y a pesar de estar políticamente separados, obedecemos a las leyes generales que determinan la vida histórica. El conjunto de nuestros pensamientos morales, el carácter de los movimientos que componen el sistema en que se desarrollaron las instituciones, o las condiciones de las clases sociales, e incluso las líneas generales de nuestra vida política, son apenas un aspecto del conjunto de la historia de la península ibérica. Y puesto que en otro libro⁶ nos ocupamos de este asunto, no volveremos ahora a ocuparnos de él, para no fatigar al lector con inútiles repeticiones.

Procuraremos en esta obra determinar el modo particular, propio o nacional, mediante el que llevamos a cabo un proyecto histórico general, definiendo nuestra identidad colectiva. Nos ocuparemos también de los movimientos políticos con los que resueltamente defendimos nuestra autonomía. Y finalmente mostraremos que, dado que la ausencia de un fuerte carácter nacional y la maleabilidad con que recibimos y asimilamos influencias extranjeras es lo que más nos distingue como pueblo, la independencia de la nación no surgió de hechos naturales, sino de la voluntad de sus hombres.

Ciertamente, existieron causas de otra índole que le brindaron un enérgico apoyo; y sin mencionar ahora las influencias marítimas y coloniales, nos referimos a las influencias extranjeras sobre España, que por momentos nos colocaron, a sus hijos, en un estado de antagonismo transitorio con el desarrollo de la historia peninsular. Es sabido que nuestra primera dinastía procedía de Borgoña; en los primeros tiempos, numerosos nobles y soldados extranjeros contaban entre nosotros; y las conquistas de Lisboa, Alcácer y el Algarve se llevaron a cabo con la ayuda de ejércitos y flotas extranjeras. Más tarde, los ingleses vinieron a luchar junto al rey Juan I; y, en tiempos más recientes, generales franceses comandaron las campañas de la Restauración patrocinadas por Francia; y los ingleses dirigieron las guerras de principios de siglo, subvencionadas por Gran Bretaña. Limitándonos a las influencias militares, ciertamente no ignoramos las influencias políticas, literarias, científicas o morales: solo deseamos señalar unos principios, y no narrar un orden determinado de los hechos.

6 [*Historia de la civilización ibérica.*](#)

Tras todo lo expuesto, el lector seguramente habrá comprendido el sistema de preceptos al que obedece nuestro estudio; y nos parece que esta es la vía verdaderamente científica para abordar la historia nacional, despojándola de ilusiones patrióticas y quimeras. ¡Ay de nosotros si, amando nuestra independencia con fervor, imaginamos que puede mantenerse firme sobre un fundamento de fábulas, frente a la verdad recta e indestructible de la ciencia! La independencia de los pueblos se basa, sobre todo, en la voluntad colectiva: tal fue la base de la nuestra; y tal voluntad seguirá siéndolo, si a ella la acompaña el juicio correspondiente: sin él, la voluntad es mero capricho.

Por lo tanto, en consonancia con lo expuesto, dividimos la historia de la nación en cuatro períodos sucesivos. En el primero, el de la dinastía borgoñona, aún no nos distinguimos claramente del sistema de los estados peninsulares: somos uno de ellos, y la independencia surge exclusivamente del espíritu separatista de la Edad Media, personificado en la ambición absolutista de los reyes y barones portugueses. Tras Aljubarrota, sin embargo, el sentimiento de independencia nacional se populariza, puesto que la revolución del Maestro de Avís lo hace coincidir con el interés particular de la región portuguesa. Entretanto, la vida marítima se había ido desarrollando; y la nueva dinastía, al conquistar la costa africana a los marroquíes, sigue la corriente histórica peninsular; e inicia, con las navegaciones y los descubrimientos, un movimiento particularmente nacional: puede decirse entonces que, por un momento, Portugal estuvo a la vanguardia de la historia de España.

La tercera época, a nuestro juicio, comprende la desafortunada empresa del dominio oriental, adonde nos condujo la actividad marítima. Los elementos de la vida independiente, forjados en la época anterior, dieron como resultado una colonización anticuada y una literatura neolatina: en estas dos circunstancias demostramos carecer de una fibra de auténtica originalidad nacional. La perversión de las costumbres, la magnitud de las empresas, los limitados recursos de nuestros medios y los errores políticos, en definitiva, nos condenan a la pérdida de la independencia. Si en la cuarta y última época de nuestra historia la recuperamos, nuestra vida se presenta, sin embargo, distinta. Al imperio oriental perdido lo sustituye la exploración y colonización de Brasil, que proporciona un punto de apoyo externo al pequeño cuerpo europeo; y más tarde, tras haber perdido Brasil a su vez, nos dirigimos ahora a ver si África puede proporcionarnos los medios para sufragar los gastos de un país pequeño y medianamente rico, sobre el que recaen las crecientes cargas de las intrigas nacionales. Como una Holanda arraigada en el cuerpo de España en su extremo occidental, como aquella lo está en el de Alemania, sólo puede encontrar el fundamento de una independencia excepcional en un punto de apoyo externo; sólo a costa de recursos coloniales podemos satisfacer las múltiples y costosas necesidades de la organización económica, científica y moral que hoy son inseparables e indispensables para la existencia de una nación.⁷

7 Véase *O Brazil e as colon. port.*, libros IV y V.

LIBRO II.

HISTORIA DE LA INDEPENDENCIA

(Casa de Borgoña: 1109-1385)

«Nuestra intención, en resumen, no es buscar nuevas razones, descubiertas mediante nuestra propia invención, sino añadir, a modo de resumen, los dichos ajenos que nos han gustado.»

F. Lopes, *Chr. de D. Pedro I.*

I.

LA SEPARACIÓN DE PORTUGAL

El Condado de Portugal, creado a finales del siglo XI en favor del conde borgoñón Enrique, yerno de Alfonso VI, existió durante un breve periodo bajo el régimen de vasallaje indiscutiblemente reconocido. Esta fue la época en la que España tendió a constituirse como un sistema de estados independientes, a medida que las sucesivas regiones abandonaban el dominio musulmán para cederlo a los descendientes de los godos asturianos o a sus aliados actuales⁸; y el Condado de Portugal obedeció a esta tendencia general, en un esfuerzo que su conde ya no ocultaba desde la muerte de su suegro. Su vigencia se remonta a la fecha de la muerte de Alfonso VI.

Es, en efecto, a partir de la muerte de Alfonso VI que debe contarse la era de la independencia de Portugal; si bien durante muchos años fue más una ambición que un hecho; si bien esta ambición refleja una idea que los acontecimientos históricos posteriores impidieron materializar. Sea cual sea el valor que se le diera en el siglo XI a la expresión geográfica de *Portucale*, es un hecho probado, según todas las memorias y documentos de la época, que para todos el territorio entre los ríos Miño y Mondego se consideraba parte de Galicia. La constitución del condado carece de valor en contra de esta opinión, pues es bien sabido que la formación de los estados medievales, en la Península y fuera de ella, nunca obedeció a prescripciones geográficas o etnológicas. Por lo tanto, la desmembración de Galicia a finales del siglo XI no debe atribuirse a causas de este tipo, ni a la conciencia de solidaridad nacional. La división que demarcó el río Miño se debió únicamente a motivos políticos.

Este mismo hecho, sin embargo, dio origen a una ambición en la que debemos reconocer el inicio de la vitalidad de la nación portuguesa en estos primeros y aún inciertos periodos de su existencia. La solidaridad nacional espontánea sí existía para los gallegos; y dado que Galicia había estado políticamente dividida en dos, a ambas orillas del Miño, quedaba por ver cuál de estas mitades asumiría el papel de representar un sentimiento de independencia común a todos los miembros, aún entonces desconectados, del cuerpo peninsular.

Varios factores contribuyeron a asignar este papel a la mitad portuguesa de Galicia; y quizás sobre todo, el mérito personal del conde portugués. Circunstancias de este tipo fueron decisivas en una época en la que la anarquía sistemática de la constitución de la sociedad hacía que sus destinos

8 Véase [*Historia de la civilización ibérica*](#), libro III, § 1.

inmediatos dependieran principalmente de la perspicacia o la valentía de sus líderes. No hay nada en común entre la vida de aquellos tiempos y la de épocas posteriores; y en cierto sentido, incluso puede decirse que los hechos de la historia política son independientes de los de un orden social; porque la sociedad es como un elemento pasivo que, en este sentido (pero solo en este sentido), obedece a las consecuencias del capricho desordenado de los actos y caracteres de los jefes militares que la gobiernan, sin representarla adecuadamente.

En los tres primeros siglos, es decir, en la primera época de la historia portuguesa, la independencia es un hecho originado por el mérito personal de los jefes militares de los barones de esta orilla del río Miño. No existe una nacionalidad propiamente dicha; o al menos, los monumentos históricos no nos la revelan; pero sí que nos muestran, también unánimemente, una ambición colectiva o social que se extiende a toda Galicia. Al mérito personal se suma, en los primeros monarcas portugueses, la circunstancia de ser los intérpretes de este sentimiento. Por lo tanto, la tendencia permanente y el principio claramente definido de la política portuguesa, en los primeros siglos, fue unificar Galicia, constituyendo en el noroeste de la Península un Estado tan homogéneo como Aragón o Navarra en el noreste.

Todas las guerras civiles están vinculadas a este propósito —si es que este nombre aún es apropiado para los conflictos entre Portugal y León— y las reiteradas alianzas de los barones gallegos de las dos zonas divididas por el río Miño: la facilidad con la que los reyes portugueses cruzaron las aguas de ese río armados y se apoderaron de los territorios de la Galicia leonesa en varias ocasiones, son clara evidencia de la opinión expresada.

La historia, o el azar, no quiso que este primer pensamiento político, que llamaremos la hegemonía de Portugal en Galicia, para usar expresiones modernas, llegara a buen término; más bien, dispuso que los límites convencionales del Condado de Portucale solo inscribieran el punto de partida para la formación de una nacionalidad, cuyo carácter, definido posteriormente, provenía principalmente de la fisonomía geográfica de la región; una nacionalidad que llegó a perder la tradición de ese principio primitivo, puesto que el genio de las poblaciones entre los ríos Mondego y Tajo superó al del norte, en la dirección e ímpetu que dio a la vida colectiva portuguesa.

Si, en esta primera época de nuestra historia, el hilo conductor que dirige la política con mayor o menor conciencia es, sin duda, el de la hegemonía de Portugal en Galicia, sería absurdo suponer que, junto a este principio, que entra en declive a partir de cierto momento, no se manifestaran también, de forma correlativa y cada vez más pronunciada, los síntomas del desplazamiento del centro vital —digamos— del cuerpo de la nación.

La circunstancia que determina de forma más decisiva este carácter de nuestra historia temprana es la conquista de los territorios sarracenos al este del río Mondego, llevada a cabo por los barones portugueses sin la ayuda del soberano de León. Es este movimiento el que, comenzando por romper los lazos de solidaridad entre gallegos (leoneses y portugueses), va sumando gradualmente a estos últimos a los lusitanos (si se me permite decirlo, para precisar mejor nuestro pensamiento), hasta el punto de que estos últimos predominan en la fisonomía posterior de la nación; donde trasladan la capital del reino de Guimarães y Coímbra a Lisboa; va sustituyendo la actividad agrícola, al principio casi exclusiva, por la vida comercial y marítima, que posteriormente se volverá predominante y casi absoluta.

La primera época de la historia portuguesa ofrece así al crítico dos movimientos⁹ para la observación, opuestos en un sentido, pero coincidentes en otro: la afirmación positiva de la independencia. Pero esta afirmación, decisiva en las guerras leonesas, y no menos en las guerras sarracenas, se expresa por un lado en la política hegemónica de Galicia; por otro, de forma completamente inconsciente y espontánea, expresa una política contraria, que es la de la formación de una nación *lusitana*, de la cual la Galicia portuguesa desciende a la condición de provincia en el

9 Hemos limitado el ámbito de nuestras observaciones a la política, habiendo ya esbozado en la [Historia de la civilización ibérica](#) las características generales de los movimientos propiamente sociales. Véase el Libro III.

norte, al igual que el Algarve, más propiamente turdetano, llega a serlo en el sur. La zona comprendida entre los ríos Duero y Guadiana, es decir, la columna vertebral de la Sierra de la Estrella, delimitada por las Beiras al norte, el Alentejo al sur y la Extremadura al oeste: esto es lo que, a partir del siglo XIV, comenzó a representar el cuerpo homogéneo de la nación portuguesa.

* * *

Sin embargo, la política de hegemonía en Galicia no se basó únicamente en el Portugal primitivo, en una ambición colectiva indeterminada. Fue una idea decisiva y fija de los monarcas portugueses, y tuvo orígenes tan antiguos como la propia constitución del condado portugalense.

Creado por la desmembración de Galicia, el condado cedido a los borgoñones es natural que no satisficiera los deseos ambiciosos del príncipe. Al igual que las almas que, desorientadas por las extravagancias del cristianismo bárbaro medieval, vivían en un estado de aspiraciones nebulosas, ilimitadas e infinitas, la ausencia de criterios intelectuales o morales, y la ley de la fuerza pura que los gobernaba, arrojaron a los barones a una vida de aventuras cuyo único criterio era su ambición, cuyo único límite era el impuesto por una fuerza adversa. La ambición del rey leonés fue, para el conde borgoñón, el límite de sus temeridades.

Pero tan pronto como Alfonso VI murió, dejando una vasta herencia para repartir, Enrique exigió una gran parte para sí. Con la cadena de vasallaje a un rey poderoso rota por la muerte, y quizás ya liberado de la gratitud hacia un suegro que tanto había favorecido al conde, es de esta época que, en nuestra opinión, data la independencia de Portugal; y no de la época, por lo demás incierta e imposible de determinar, en la que Alfonso Henriques asumió el título de rey. Es dar demasiada importancia al hecho externo y secundario del título, convertirlo en el símbolo de la independencia de la nación. A pesar de ser rey, Alfonso Henriques rindió homenaje; y su monarquía, de hecho, no es ni más ni menos independiente —como monarquía— que el condado de Enrique o el infantado de Teresa. La fuerza, y no la definición de un dominio, solo efectiva cuando se basa en las armas, es lo que caracteriza exclusivamente los movimientos de los siglos XI y XII.

Ahora bien, esta fuerza ya era un hecho para Enrique, desde la muerte de su suegro. La unidad que su brazo fuerte dio al dominio de los territorios que heredó y conquistó, el rey se la llevó consigo a la tumba; y entre los dos herederos rivales, Doña Urraca y el rey de Aragón, el conde de Portugal disponía de un lugar idóneo para ejercer su astuta influencia e imponer condiciones y un precio a una alianza que ambos deseaban por igual.

Alejémonos de esas crónicas de perfidia, violencia, adulterio y barbarie que conforman la historia del legado de Alfonso VI. Al igual que los generales de Alejandro, los príncipes de la Península desgarran el manto del emperador; y la Edad Media, tan fantásticamente idealizada con rasgos de nobleza y galantería, no es en realidad menos corrupta y repugnante que la época de los sátrapas de Oriente. La ferocidad es más violenta, la lujuria menos refinada, la perfidia más ingenua, porque los hombres son verdaderamente bárbaros, y no griegos barbarizados.

El pacto de alianza entre Enrique de Borgoña y la reina Urraca propició la expansión del condado hacia el norte, en Galicia, y hacia el este, a lo largo de la cuenca del Duero; abarcando Tuy, Vigo y Santiago por un lado, y Zamora, Salamanca, Toro e incluso Valladolid por el otro. La división y delimitación del nuevo Estado se llevó a cabo con gran solemnidad y con la participación de barones leoneses y castellanos. Fue la definición de un Portugal que la historia no permitió que perdurara.

En esta convención o tratado, quedaron fundadas todas las pretensiones de los soberanos portugueses sobre la posesión de Galicia y la parte de la Vieja Castilla conocida geográficamente como Tierra de Campos: territorios que el conde Enrique había logrado arrebatarse en la disputa por la herencia de Alfonso VI. El conde disfrutó de la posesión de estos extensos dominios durante tan solo tres años; y, tras su muerte, se repitió la misma historia de ignominias, adulterios y barbaridades que asolaron el gobierno de su heredera viuda, tal como lo había hecho con el de la

viuda del conde Raymundo. Las dos hijas del rey Alfonso VI eran, además, hermanas en carácter y apetitos sensuales.

* * *

La viuda del príncipe Enrique, que vivía públicamente âmancebada con el conde gallego Fernando Peres, utilizó sus escándalos como pretexto para una revuelta que puso en peligro la conservación de los vastos dominios heredados de su marido. Lo mismo le ocurrió a la reina Urraca, que se enamoró perdidamente del conde de Trava.

Dijimos pretexto y no motivo porque, en las costumbres ingenuamente disolutas de la Edad Media, el concubinato no era algo que ofendiera ninguna modestia privada o pública desconocida; sin embargo, los amantes de las princesas sí ofendían los celos de sus colegas de la nobleza; y el poder efectivo que uno de ellos poseía, bajo la sombra del amor que lo prefería, llenaba a sus compañeros de envidia y odio.

Los recuerdos de la época retratan a Doña Teresa como una mujer astuta, vivaz y hermosa. Su perspicacia se combinaba con un amor que, como diríamos hoy, la llevaba a ceder. En cierta ocasión, en la catedral de Viseu, apareció con su amante en medio de la iglesia, repleta de gente, frente al prelado que predicaba. La autoridad de los obispos entonces era comparable a la impunidad de sus libertades; y el obispo de Viseu no dudó en decirle a la reina, a viva voz, desde el púlpito o desde las gradas del altar, que abandonara a su amante o se casara: aquella unión era un escándalo, una vergüenza proceder de esa manera. La condesa, roja de ira y vergüenza, huyó rápidamente de la iglesia, seguida por su amante.

¿Por qué no habría de seguir la venganza al escándalo, para no romper la constante alianza entre desvergüenza y crueldad, virtudes propias de la Edad Media? Porque, naturalmente, las invectivas del obispo reflejaban la fuerza del bando envidioso y rebelde, que ya había convertido al joven hijo del príncipe Enrique en un símbolo de la revuelta contra la apasionada viuda. La conciencia del obispo no se perturbaría por tan poco; pues el clero también escuchaba demasiado los deseos carnales, y los amores sacrílegos eran tan frecuentes como los amores libres o adúlteros.

La princesa, tan astuta como voluptuosa, postergó su venganza. Besos lascivos, perfidias indignas y feroces barbaridades: estos eran los elementos que definían a la mujer medieval. Los dones femeninos se pervertían naturalmente en un ambiente de brutalidad anárquica, tanto en sentimientos como en acciones; y cuando una mujer ostentaba autoridad o poder, o bien, como la Fredegunda de los Merovingios, alimentaba su naturaleza feroz con sangre, o bien satisfacía las necesidades sensuales de su temperamento con una desvergüenza desesperada. Ni la crueldad ni la sensualidad eran menores en los hombres; pero la naturaleza, que en ellos otorga predominio a los pensamientos, como en las mujeres a los sentimientos, hacía que la rudeza de los primeros se subordinara a la ambición y los cálculos políticos, o a la valentía y las hazañas bélicas.

Sin embargo, no conviene imaginar a la mujer medieval como un ser formado únicamente de crueldad y amor; y mucho menos se debe suponer que doña Teresa fuera tal criatura. La condesa, infanta o reina de Portugal —pues ostentaba todos estos títulos— era también astuta y sagaz, cualidades que su hijo heredó. No poseía el espíritu viril de una amazona, pero sí la perspicacia y el juicio propios de los príncipes de la época. Sabía controlar su ira y sobrellevar afrentas como la de Viseu, cuando no podía vengarlas. El amor simplemente traducía un impulso de los sentidos, dejando la acción de la inteligencia libre e independiente. En medio de las turbulentas circunstancias de su breve reinado, no abandonó sus deberes como señora y dama del Estado portugués.

A menudo se leen descripciones de una vida sentimental y heroica, en la que las mujeres enloquecen por pasiones poéticas y los hombres, nobles y audaces, son víctimas de los conflictos del amor y el honor. Nada más lejos de la realidad que esta Edad Media de las óperas. Carnalidad desenfrenada, cinismo y perfidia, una frialdad calculadora, una ambición feroz, una avaricia sórdida, la corrupción de toda moral: esto es lo que, en realidad, constituye la vida aristocrática de

la Edad Media. ¿Cuál es la causa de tales desórdenes? Reside en la coexistencia y conjunción de condiciones bárbaras y tradiciones refinadas. ¿De dónde surge la ilusión con la que muchos han supuesto bellezas espontáneas en los personajes y nobles dedicación en las acciones, creando con fantasía una falsa imagen de encanto? De la ingenuidad de los tipos bárbaros.

En efecto, en la naturaleza espontánea hay algo seductoramente bello que nos llama a un reino de deleite inconsciente: así, todas las descripciones de las sociedades primitivas producen en nosotros una impresión vivificante, y nos vemos inmediatamente impulsados a glorificar y ennoblecer a los hombres aún no corrompidos por la historia. Es necesario, sin embargo, observar que tales hombres primitivos no son los del siglo XI; que en la Edad Media existen y perviven, principalmente a través de la Iglesia, todas las tradiciones de la cultura antigua; y que la conjunción de barbarie y refinamiento siembra en los caracteres una semilla de perversión, lista para dar lugar a actos monstruosos, tan corruptos en principio como bárbaros en su forma. El sentimiento de hastío y repugnancia hacia el Imperio bizantino es común: pues las causas originales de esta repugnancia son también comunes a las sociedades neolatinas o neogóticas de España¹⁰. Solo varían las proporciones, los elementos combinados son los mismos. En Oriente, la cultura es mayor, las costumbres más refinadas; aquí, la rudeza es mayor y predomina el aspecto bárbaro. Por lo tanto, allí, los vicios buscan ocultarse bajo el manto de las convenciones; y aquí se expanden ingenua y francamente, bajo el sol de una ignorancia casi primitiva.

* * *

Tan pronto como murió la reina Urraca, Alfonso VII, tras reconquistar las ciudades de Castilla a sus vecinos aragoneses, puso la mirada en Occidente para reconstituir plenamente la monarquía leonesa, devolviendo a su dominio los territorios de Campos y Galicia. La invasión y la guerra duraron solo una campaña; y la amorosa Teresa se doblegó ante la fuerza de las circunstancias, reconoció la conquista y confesó humildemente su vasallaje a su sobrino leonés.

Portugal se replegó a las fronteras originales —del Miño al Mondego— del condado establecido por Alfonso VI; y los cálculos del conde borgoñón se vieron frustrados, después de menos de veinte años de gobierno vacilante.

Esta desgracia de la reina de Portugal finalmente decidió al envidioso conde gallego, su amante: las tendencias de rebelión, hasta entonces reprimidas o mal definidas, tomaron forma y unidad; y la declarada revuelta de los barones encontró en los desastres de 1127 razón suficiente para alzarse en campo abierto.

El príncipe portugués lideró la revuelta. Esta no será la única ocasión en que veremos a hijos alzarse en armas contra sus padres, a hermanos contra hermanos; prueba de que, si bien los sentimientos se pervertían por instintos brutales, los lazos familiares eran meros vínculos frágiles que se rompían ante cualquier impulso de ira o ambición. Ni sentimientos ni instituciones fijas; una anarquía total en el individuo y en la sociedad, un completo desorden en la moral y la ley: estos son los fundamentos históricos de la Edad Media, cuyo dios es la fuerza.

D. Alfonso Henriques, el primer rey portugués, capitaneó o simplemente portó el estandarte —hipótesis justificada por su corta edad— de la revuelta liderada por el arzobispo de Braga, D. Paio, Sueiro Mendes el Grueso, Ermigio Moniz, Sancho Nunes, yerno de la reina Teresa, y García Soares. A los Pactos de Braga les siguió la batalla de Guimarães. La reina, abrazando a su amante, fue seguida por barones leales de este lado de la frontera y por barones de más allá del río Miño, que se habían sometido a Alfonso VII. La batalla la decidió su hijo, y la reina, abatida por la derrota, huyó a esconderse en el condado de su amante. De protectora, los caprichos de la guerra la convirtieron en protegida; y la historia también le debe al conde gallego el mérito de mencionar que no la abandonó cuando la vio despojada de poder y título. Quizás los placeres de la pasión suavizarían la desgracia de las armas para la bella hija del gran Alfonso, y quizás también su

¹⁰ *Historia de la civilización ibérica*, pág. 141 ss.

desesperación maternal: si es que los lazos de sangre tenían un mérito mayor para la madre que para el hijo.

La batalla de Guimarães, sin embargo, tuvo una trascendencia mayor que la de un simple asunto familiar: representó una ruptura en la solidaridad entre las dos Galicias y una victoria portuguesa sobre los leoneses. Fue el primer síntoma de un nuevo rumbo que se estaba configurando en la historia nacional. Esta ruptura de la solidaridad, unida a la fortaleza de la monarquía leonesa bajo Alfonso VII, serían dos factores que impidieron que los intentos del primer rey portugués tuvieran éxito en el norte.

Poco después de Guimarães, Alfonso Henriques, prefiriendo el papel de invasor al de atacante, intentó recuperar las fronteras perdidas en 1127 a manos de la reina Teresa. Invadió la región de Galicia de más allá del Miño en dos ocasiones; y en ambas se vio obligado a retirarse, en 1130 y en 1132.

¿Quién era Alfonso Henriques? Ya versado en el arte de gobernar, según la concepción entonces aceptada de tal cargo, el joven príncipe poseía las cualidades necesarias para consolidar una independencia que hasta entonces había sido precaria. Era audaz, incluso temerario, valiente, una cualidad no tan común en la época, como muchos podrían pensar. Si bien parecía un general débil, pues siempre perdía las batallas contra las tropas leonesas, era un guerrillero eficaz. Al mando de un grupo de soldados, irrumpía repentinamente en cualquier lugar, y la furia irresistible del ataque le proporcionaba la mayoría de sus victorias. Ni la magnitud de las empresas lo amedrentaba, ni las distancias le impedían responder de inmediato, desde el extremo norte hasta casi el extremo sur del país. A estas aptitudes militares sumó otras no menos valiosas, dada la precaria situación en la que se había hecho con el reino. Era pragmático, astuto, fríamente ambicioso, sin quimeras ni ilusiones. Era un hombre de espíritu moderadamente práctico, y esto constituía buena parte de su fortaleza: ¡ay de los políticos que también son apóstoles! Como el tierno tallo que se dobla con la más mínima brisa en el cañaveral, así Alfonso Henriques, sin dudarlo, obedecía en cuanto la fortuna le era adversa. Una vez pasada la tormenta, se levantaba de nuevo; y a la astuta felicidad con la que se humillaba, respondía de inmediato con la pérfida obstinación con la que se rebelaba. Esto lo hacía indomable. Tenía algo de fugitivo, tanto en su política como en su forma de hacer la guerra. Ubicuo en el ámbito militar, era un Proteo en los negocios. Sus enemigos, leoneses y sarracenos, no encontraban forma de capturarlo. Sumiso y humilde ante la derrota, aceptaba todas las condiciones, soportaba todas las adversidades; para luego mentir sobre todas las promesas, romper todos los tratados, con una franqueza ingenua, una sencillez natural que incluso asombró a la Edad Media. Ni orgullo caballeresco, ni sentimientos familiares, ni odios personales, ni venganzas descomunales: ninguna quimera, ninguna gran ambición, ningún sentimiento poético llenaba su estrecha cabeza, ocupada por completo en la firme idea de consolidar su independencia. El predominio absoluto de una idea práctica, al servicio de una inteligencia lúcida, un carácter sin grandeza y una valentía probada, lo hacían invencible, incluso cuando era derrotado. Su terquedad lo hacía como una hoja de acero: se doblaba un instante con un esfuerzo momentáneo, luego se estiraba y quedaba libre; imposible de mantener doblada una vez liberada. Su pensamiento tenía la tenacidad de un resorte, no la rigidez del bronce ni el peso del plomo. Vivía en su Portugal como un jabalí en su guarida: atacaba, cargaba, destrozando todo con sus fuertes colmillos. Perseguido, huía. No tenía la nobleza del león, ni la astucia feroz del tigre: poseía la ruda, pero tenaz e inteligente valentía del jabalí. Solo se le consideraba débil, aunque los actos de su vida no revelan que este defecto le perjudicara mucho: gustaba de que le adularan.

Fue Alfonso Henriques quien realmente propició la separación de Portugal; no solo por sus propios méritos, sino porque la dirección política del reino comenzó, en su época, a estar guiada por los acontecimientos de manera positiva hacia la definición de la independencia de la nación.

Una parte de los barones de la Galicia leonesa, que se habían rebelado contra el soberano, buscaron refugio en 1137 bajo la protección de Alfonso Henriques, a quien rindieron homenaje; y

así, resurgió la cuestión de las fronteras septentrionales de Portugal. Alfonso VII no había podido, en años anteriores, descender para repeler las invasiones de su turbulento vecino, absorto como estaba en la derrota de los navarros; ahora, sin embargo, tenía libertad de movimiento y se apresuró a someter Galicia. Por su parte, Alfonso Henriques fue llamado a defender la frontera sur, donde los sarracenos, en un ataque afortunado, habían derribado el castillo de Leiria. Es durante estos años que el destino de Portugal se debate entre Lusitania y Galicia, y que la actividad del guerrero es solicitada en el norte contra los leoneses, en el sur contra los sarracenos. Aún vacilantes e indecisos, pronto presenciaremos el cambio definitivo de rumbo hacia la expansión de las fronteras meridionales.

El ataque simultáneo leonés y sarraceno de 1137 obliga a Alfonso Henriques a doblegarse, firmando la Paz de Tuy, en la que renuncia a sus pretensiones más allá del río Miño, confesando, al mismo tiempo, su vasallaje al soberano de León. *Ut arundo fragilis ferebatur*; ¡el príncipe se doblegó como un caña ante este soplo de fortuna adversa! Lo abandonó todo, la ambición e incluso la independencia. Pero ¿quién confía en la palabra del luchador perseverante? Tras defender su señorío en el norte, no tarda en insistir en una guerra leal pero peligrosa. Espera una mejor ocasión para vengarse; porque no le cuesta nada suscribir un tratado, al que ciertamente no piensa someterse, salvo en la medida en que la fuerza de las circunstancias lo obligue a hacerlo. No así los habitantes de la frontera noreste, quienes, a pesar de la paz de Tuy, continuaron la guerra por cuenta propia: ¡tan frágiles eran aún los lazos que unían a los vasallos con el conde soberano de Portugal! Desde Tuy, el leonés, ascendiendo por el valle de Lima a través de la Galicia portuguesa que había devastado, se dirige al encuentro de las hordas de ricos rebeldes en Arcos-de-Val-de-Vez. Las tradiciones hablan de un duelo o reyerta en el que los caballeros enemigos lucharon por sus ejércitos, venciendo los portugueses en el palenque, en el que numerosos combatientes murieron, según las reglas de la caballería. A pesar de su victoria, los portugueses no pudieron resistir a Alfonso VII, sobre todo porque Alfonso Henriques había desistido de continuar una guerra infructuosa.

Mientras tanto, ¿qué hacía el príncipe? Tramaba la venganza por Leiria; y en 1139 llevó a cabo el audaz asedio de Ourique, pagando una estocada con otra; y precediendo a este duelo mortal entre Portugal y el sarraceno Al-Gharb, asestó un golpe que, con la velocidad fulminante del rayo, alcanzó al ejército musulmán casi cerca de Chelb o Silves, en el corazón del sur de España. Esta audaz, pero afortunada, aventura sería seguida pocos años después por la empresa más seria e importante de la conquista de la estratégica línea del Tajo; un hecho de vital importancia en aquel período en que el futuro destino de la nación aún se debatía entre Galicia y Lusitania.

* * *

Dado que el antiguo Condado de Portugal, derrotado en su intento de absorber Galicia, conquistó la región entre los ríos Mondego y Tajo, avanzando incluso de forma amenazante hacia el sur, era evidente que se estaba formando un nuevo Estado; y este Estado nació de las acciones del conde portugués, no de concesiones o beneficios del señor feudal. Este Estado era, por tanto, un reino, puesto que la idea de independencia estaba vinculada, de forma más o menos definida, a esta palabra, según el derecho político de los godos. Fue, pues, cuando el plan de apoderarse del sur del reino comenzó a rondar el espíritu del guerrero, orgulloso de la victoria en Ourique, es decir, alrededor de 1139 o 1140 (la investigación académica no ha podido precisar el año exacto), que Alfonso Henriques se proclamó rey. El caso no era nuevo, pues su madre se había proclamado a sí misma reina de Portugal en ocasiones; sin embargo, las circunstancias que se dieron entonces hicieron que este título, usurpado legalmente, estuviera tan bien fundado que nunca dejó de ser la de los soberanos portugueses.

La justificación política de la independencia, evidente para los críticos de hoy, no lo era tanto para el rey, para quien las conquistas solo satisfacían la ambición y los títulos la vanidad. Se veía a sí mismo como más poderoso y grande; pero ciertamente no era consciente de que esto representaba

el primer paso hacia la formación de una nueva nación peninsular. Herido, se había vengado por completo del sarraceno; pero aún necesitaba borrar la mancha de Tuy, romper aquellos tratados que vinculaban, como vasallo, su corona aún apenas establecida, su reino aún precario, a la corona soberana de León. Un giro del destino podría volver a precipitarlo, desde las alturas a las que sus ambiciones lo habían elevado, a la humilde condición de conde de Portugal.

En Val-de-Vez, Alfonso VII había firmado los preliminares de una paz que los acontecimientos de los años posteriores no permitieron traducir en un tratado definitivo; y ahora ya no era lícito para los leoneses exigir, ni para los portugueses aceptar, las duras condiciones del vasallaje perfecto.

El papado ejercía entonces una suerte de soberanía espiritual sobre los príncipes cristianos de Europa, pues entre estos guerreros, valientes y temerosos como salvajes, el sacerdote tenía el poder de condenar en nombre de Dios. Una excomunión a menudo valía más que un ejército. Así, el cardenal Guido, legado del Papa, dictó en Zamora en 1143, adonde Alfonso Henriques acudió a reunirse con el emperador (título utilizado por Alfonso VII), las condiciones del tratado de paz. Los portugueses renunciaron a sus pretensiones sobre las fronteras cedidas por la reina Urraca, y Alfonso VII, a su vez, reconoció la independencia del nuevo reino y el título de su soberano. Esta soberanía e independencia no eran, sin embargo, absolutas. En la jerarquía feudal existían distintos grados de soberanía y el correspondiente vasallaje. Los Tratados de Zamora modificaron la naturaleza de esta relación, pero no rompieron del todo los lazos que unían a Portugal a la gran monarquía peninsular. Alfonso Henriques siguió siendo rey, pero su reino no dejó de formar parte del Imperio español; ni él mismo, por lo tanto, dejó de estar subordinado al emperador. Se trataba de un vasallaje político, que sustituía al vasallaje puramente personal del régimen anterior. Sin embargo, el derecho feudal aún no había sido abolido hasta el punto de prescindir de la obligación personal; por consiguiente, el soberano portugués continuó siendo vasallo de su vecino, no como soberano, sino como señor de Astorga, que le había sido concedida a Alfonso Henriques con ese fin.

Estas sutilezas propiamente bizantinas, inspiradas por la política eclesiástica que dejó su huella en el feudalismo, formaron un sistema de engaños mutuos, de mentiras más o menos sinceras, con las que se encubrían los brutales actos de fuerza y los pérfidos actos de astucia.

Alfonso Henriques, *regendi imperii jam bene sciolus*, un maestro consumado en el arte del engaño y del combate, ya había urdido su plan y, por lo tanto, aceptó sin reservas todas las exigencias del tratado. La independencia y la soberanía que este le otorgaba eran meramente personales o vitalicias; y, según la concepción aristocrática, la herencia era inseparable del dominio. Su reino era, pues, un reino ficticio, ya que, al no existir en el derecho político godo otra base para la sucesión que la elección, o bien Portugal sería absorbida por el imperio a su muerte, o bien le el hijo de Alfonso Henriques tendría que volver a disputar, con las armas, la cuestión vital de la independencia. Los términos del tratado, desde luego, no lo engañaban, con la independencia y la soberanía que le garantizaban personalmente; y si el leonés había tenido la traicionera intención de engañarlo, le estaba preparando una lección al maestro, una tan elocuente como la cruel lección que le había dado al sarraceno.

Entre los dos litigantes, el astuto italiano probablemente era el consejero de ambos. Guido, como el insecto taimado y hábil, urdió la trama. Le mostraría al leonés cómo engañar a su adversario: concederle todo, dejando ese tenue cordón umbilical de Astorga, para que en el momento oportuno pudiera devolver los territorios portugueses a la monarquía soberana. Volviéndose entonces, con una sonrisa, le susurraría al portugués que el tratado era inútil de principio a fin si deseaba seguir su consejo. Todas las habilidades del emperador resultarían inútiles: ¡él tenía un método infalible! Alfonso Henriques debió de escuchar atentamente las confidencias del cardenal. Existía un derecho superior al derecho feudal: el derecho canónico. Existía un soberano, rey de reyes: el papa. ¿Por qué no habría de ser Alfonso Henriques vasallo del papa? Si sometía sus reinos a la soberanía papal, ningún emperador de España se atrevería a tocarlos. Solo así su corona

permanecería segura sobre su cabeza y la de sus descendientes. La soberanía papal, además, era infinitamente menos problemática. Se trataba de una pequeña suma de dinero. Una nimiedad. Cuatro onzas de oro al año ni siquiera se consideraban un obstáculo para la independencia de facto. Si el rey aceptaba, él mismo redactaría la carta; él, que había redactado el tratado; y él mismo sería el portador de la misiva al papa. Si vino a España para hacer la paz, se iría con el corazón satisfecho habiendo ganado otro vasallo para la Iglesia. Y otro censo anual para el tesoro romano, añadiría mentalmente.

Alfonso Henriques aceptó de inmediato. El censo le importaba poco, pues ni siquiera estaba seguro de cumplir con el pago. El cardenal se engañaba a sí mismo, suponiendo que el rey temblaba ante la idea de las excomuniones: un rey que no dudaría en revocar bulas papales y nombrar y destituir obispos a su antojo.

El cardenal partió con la carta del rey; y mientras éste se disponía a suprimir el pago del censo en cuanto le conviniera, el cardenal dedicó el viaje a meditar sobre cómo recaudar las onzas de oro sin enemistarse con los leoneses. Sólo años después Alfonso VII supo cómo su vecino y casi rival había eludido las disposiciones del Tratado de Zamora. Insistiendo ante el Papa en que rechazara el vasallaje, no lo consiguió; pero Alfonso Henriques tampoco obtuvo aquello por lo que había pagado el precio de cuatro onzas de oro anuales, pues el Papa evitaba cuidadosamente llamarlo *rey*, y a sus estados *reino*, en las piadosas cartas que le escribía como soberano a vasallo.

En vano insistió y exigió Alfonso Henriques. Finalmente, en los últimos años de su reinado, y a cambio de un regalo de mil moratinos y un aumento en el censo anual, Alejandro III tomó su decisión y sancionó el título, garantizando su sucesión hereditaria, bajo la condición de tributo y confirmación, concedida a sus sucesores.

* * *

Portugal, que por entonces ya tenía un motivo para ser territorialmente independiente de Galicia, encontró ahora una base legal para independizarse de León. La soberanía papal puso al nuevo reino bajo la protección de las pretensiones de la monarquía leonesa; y si bien Alfonso Henriques no escapó a la condición de vasallaje, pues sólo había cambiado de protector o soberano, lo cierto es que con ese cambio obtuvo una verdadera libertad, esperando lo que en realidad logró: que el vasallaje se convirtiera en algo meramente nominal.

Incluso durante el reinado del primer rey portugués, se reanudó la guerra con León; pero un examen superficial de los registros históricos basta para demostrar que el carácter y las condiciones de esta nueva campaña fueron completamente diferentes. No se trataba de un vasallo rebelde luchando por su independencia: era el choque de dos monarquías que se reconocían mutuamente como tales. La serie de guerras entre los diversos estados de la Península —un camino que llegó a determinar las condiciones definitivas de sus constituciones políticas— tiene un episodio en la campaña de 1160. Alfonso Henriques, ya rey de facto y de derecho, ya dueño de la línea estratégica de Santarem, y poseedor, además, de avanzadas fortalezas al sur, de varias plazas fuertes en el Alentejo, contaba con fuerzas suficientes para influir decisivamente en el debate sobre las cuestiones políticas de los estados peninsulares. Una vez que decidió actuar, es lógico que la antigua ambición de expandir las fronteras norte y noreste fuera la causa determinante de sus acciones.

Fernando II de León se casó con una hija del rey portugués, pero ni ante su yerno ni ante su hija, Alfonso Henriques renunciaba a sus ambiciosos planes. Rara vez la política tenía en cuenta los lazos familiares. El rey de León había usurpado la corona de Castilla y esperaba que su esposa le consiguiera la alianza de los portugueses; quizá existían entendimientos entre ambos monarcas. Cuando se quebrantó la paz más solemne con tal audacia, ¿qué sorpresa hay en que se ignoraran los acuerdos o pactos privados? Alfonso Henriques era, como es sabido, un maestro en el arte de gobernar. De hecho, tan solo un año después del matrimonio de la infanta, aprovechó el momento en que el rey Fernando se enfrentaba a la insurrección castellana para enviar a su hijo, el heredero Sancho, a la batalla del Arganal, donde fue derrotado (1165). Invadiendo Galicia en persona, el rey

se apoderó fácilmente de Tuy y del distrito de Toronho hasta Lerez, continuando desde allí hacia el este (1166). Esta nueva ocupación portuguesa de Galicia duró hasta el desastre de Badajoz (1169).

Avanzando hacia el sur, Alfonso Henriques decidió consolidar sus posesiones en la región del Alentejo, conquistando Badajoz a los sarracenos. Este acto, sin embargo, fue a la vez un episodio de la guerra con León, pues el walí de Badajoz se había sometido a la soberanía de Fernando II y la fortaleza se encontraba fuera de los límites marcados al este, en Zamora, para las futuras conquistas del rey de Portugal sobre los musulmanes.

La ciudad cayó bajo el ataque de los portugueses. Tomados por sorpresa, los defensores se atrincheraron en la ciudadela, resistiendo. Se inició un asedio, pero mientras tanto, el rey de León, advertido, acudió rápidamente a defender lo que era suyo; y Alfonso Henriques quedó atrapado entre dos enemigos. De sitiador, pasó a estar rodeado.

Finalmente, el temerario capitán cayó en manos del enemigo; finalmente, el cazador lo atrapó a las afueras del escondite. Forcejea, se retuerce y, derrotado, lucha desesperadamente; pero ya está corpulento, viejo y canoso. Carece ya de fuerza para cargar con la cabeza gacha y enseñando los dientes contra la jauría de lobos. Tropieza y cae. Lo atrapan. Prisionero, se inclina sumiso, escondiendo su ira y sus afilados dientes ante su noble vencedor. Un nombre así le viene de perlas a Fernando II, cuya magnanimidad perdonó las perfidias y los ataques de su vecino y suegro. «¡Devuelve lo que robaste, quédate con lo tuyo y vete en paz!» Abatido, con una rodilla herida y cojeando, Alfonso Henriques parte de allí hacia Santarem, para terminar lo que le queda de vida. No siente ira ni profunda pena por la afrenta sufrida: sólo se duele por la verde Galicia, perdida para siempre.

Como el avaro, en cuya alma la pasión exclusiva absorbió todos los sentimientos y pasiones humanas, así en el alma de Alfonso Henriques la monomanía de conquista, enfermedad común entre los príncipes de la Edad Media, había atrofiado el desarrollo de todas las pasiones. Pero, si entre los miembros de una nación hermana, si entre los herederos de una historia común, existe amor por ese país y veneración por los antepasados, nadie merece mayor respeto en el alma de los portugueses que aquellos, a cuyas valientes armas se debe la obra de la constitución política de la nación. En este sentido, las manías se vuelven sublimes; un ladrón es, con frecuencia, un verdadero héroe; la perfidia, una virtud; la crueldad, un título de gloria; porque una de las tendencias más generales del espíritu colectivo es sustituir el criterio moral y abstracto por el criterio histórico, que se basa en la consagración de los hechos consumados.

La separación de Portugal fue un hecho consumado, gracias al carácter valiente, mediocre, tenaz, brutal y traidor de Alfonso Henriques.

II. LA CONQUISTA DE AL-GHARB

En sus campañas contra León, Alfonso Henriques, siempre derrotado como guerrero, logró vengar sus pérdidas mediante la astucia. De las dos caras que presenta la historia de la fundación de la monarquía, ya hemos visto la primera: nos queda por ver la segunda. Hemos presenciado las acciones del político; ahora seremos testigos de las fructíferas empresas del conquistador.

El príncipe llevó a la guerra las artimañas de la corte, sin renunciar a la firmeza, valentía, serenidad y audacia necesarias. Con esta combinación de elementos, imprimió un carácter original a la guerra (*novi genere pugnandi*). Avanzó de noche, sigilosamente, (*furtim*), como un jefe bandido que asalta una aldea fortificada en las laderas de una montaña lejana (*quasi per latrocinium*). Así atacó y tomó Santarem. Así conquistó la mayoría de los castillos de las provincias de Belatha y Al-Kassr, ¡este enemigo de Dios!, relata el cronista árabe. El punto de ataque estaba elegido de antemano. En una noche oscura y tormentosa, partió con un grupo de hombres resueltos: bien podría decirse que una banda de bandidos. Rápidamente recorrieron la distancia y, al llegar a su destino, desmontaron, acercándose sigilosamente a las murallas. Alfonso Henriques apoyó la escalera contra la muralla; fue el primero en subir, con la daga entre los dientes. Se detenía, escuchaba, con la mirada inquisitiva, conteniendo la respiración; finalmente, ponía el pie entre las almenas y, empuñando la daga, se situaba pegado a la muralla. En las sombras no podían distinguirlo. Caía como un halcón sobre el centinela y lo apuñalaba antes de que pudiera lanzar un grito. Mientras tanto, sus compañeros subían. La banda se reunía en la explanada, armada y resuelta, y al grito de ¡*Santiago!*!, caían sobre la guarnición dormida y la masacraban: «¡Así fue como este enemigo de Dios tomó la mayoría de los castillos de las provincias de Belatha y Al-Kassr!»

Pero había otra forma de hacer la guerra, cuya invención no pertenece a Alfonso Henriques: era el sistema de algaras, incursiones o correrías, a través de los extensos territorios fronterizos. A ambos lados, en una zona más o menos amplia, según lo dictara la disposición geográfica y la estrategia, se extendían los páramos periódicamente devastados. Aquí y allá, rodeados por cinturones de murallas, se extendían los asentamientos, alrededor de los cuales, como un oasis, aparecían parcelas de tierra cultivada. Confiar en el coraje y la velocidad de los caballos para cruzar los peligrosos pasos de estos desiertos, donde las incursiones desde los castillos podían cortarles la retirada, y abalanzarse impetuosamente sobre los campos, prendiéndoles fuego; sobre los rebaños, robándolos; sobre los rezagados, matándolos; devastando los campos, talando los árboles, quemando las casas y regresando rápidamente con el botín: tal era el proceso seguido por igual por cristianos y sarracenos, ya reducido a un sistema de incursiones anuales durante la cosecha, y considerado el principal recurso financiero de la rudimentaria economía de la época.

Si la toma de Santarem (1147) es un tipo de la primera especie, la batalla de Ourique (1139), es una variante de la segunda. La fortuna impulsó la audacia de Alfonso Henriques, quien dirigió la incursión a través de las fortificadas posiciones de Santarém y Alcácer, dejando Palmella, Sintra y Lisboa a la retaguardia; cruzando el Tajo para saquear los campos de Chelb o Silves, el emporio sarraceno de la España lusitana. Rara vez una incursión se limitaba a un simple saqueo. Las guarniciones de los castillos intercambiaban señales, coordinaban las salidas; y el episodio de una batalla casi siempre acompañaba a la actividad de depredación. La batalla de Ourique, independientemente de la superioridad numérica de los combatientes, le otorgó a Alfonso Henriques una victoria que lo infundió valor para emprender campañas más regulares y fructíferas.

Los primeros nueve años del reinado del príncipe estuvieron absortos en los asuntos leoneses, hasta que en 1137 una invasión sarracena destruyó Leiria, que él mismo había construido para defender Coímbra de los ataques repentinos del enemigo. Ourique vengó la catástrofe, que el rey, por su parte, remedió reconstruyendo el castillo, entonces la frontera más meridional de sus estados. Pero pronto los musulmanes contraatacaron, regresando como una ola que, extendiéndose por territorio cristiano, llegó hasta las alturas de Trancoso, dejando las murallas de Leiria en ruinas por segunda vez. Alfonso Henriques logró sofocar la invasión, que se retiró tras la protección del río Tajo; y respondió con un intento fallido de tomar Lisboa; luego, aliado con el walí de Mértola contra el de Santarém, saqueó los distritos de Mérida y Beja. Entre estas campañas, el rey libró las batallas del Tratado de Zamora y obtuvo la victoria que el cardenal Guido le había preparado.

El período de diez años entre 1137 y 1147 ofrece, en estas guerras, el aspecto de un movimiento oscilante, como un péndulo suspendido en un punto que es Lisboa: invasiones sarracenas al norte del Tajo, invasiones portuguesas al sur: inestabilidad de los resultados de ambas. El eje de este movimiento era evidentemente Lisboa, y el sistema de sus líneas defensivas era Sintra-Almada-Palmela-Santarém. La conquista de la línea del Tajo se convirtió en la condición indispensable, no solo para la expansión, sino incluso para la preservación de la monarquía de Alfonso Henriques.

Sin embargo, sabía muy bien que los recursos militares a su disposición, si eran suficientes para las incursiones anuales y bastaban para tomar los castillos aislados *quasi per latrocinium*, eran en cambio demasiado escasos para intentar una empresa tan vasta como la conquista del sistema de fortalezas que formaba el núcleo defensivo del centro de lo que posteriormente se convertiría en el reino portugués. En el fallido intento de toma de Lisboa en 1140, contó con la ayuda de un escuadrón de cruzados. Sus esperanzas se basaban en dicha ayuda; pues, sin fuerzas navales para entrar en el río Tajo —y aún no se había creado una armada portuguesa—, sería absurdo intentar la empresa.

Mientras tanto, habían transcurrido siete años desde la primera aparición de los cruzados, sin que otros acudieran a brindarle la oportunidad de realizar sus designios. Impaciente, todavía orgulloso del resultado de la incursión de Beja (1145), seguro del lado de León por la paz de Zamora, fortalecido por la confirmación de su título, confiado en la protección papal, la sangre le hierve en las venas y decide tomar Santarém, con sus hombres, a su manera, es decir, por sorpresa nocturna (1147). El resultado correspondió a su esperanza; ¿y quién sabe si la temeridad lo habría llevado a continuar del mismo modo contra Lisboa? No fue necesario, sin embargo. Ese año llegaron los cruzados, a quienes tanto anhelaba; y con ellos se entregó a la tarea. A partir de entonces, la guerra adquirió un carácter regular de asedios y campañas: los medios correspondían a los fines, y estos a la idea de la nación que comenzaba a definirse.

* * *

La toma de Lisboa marca el nacimiento de la nación portuguesa, hasta entonces sumida en el limbo de su creación. El asedio se nos presenta como un consejo internacional, una suerte de congreso bélico, en el que Europa bautiza a la recién nacida ante la luz de la historia. Creada por la voluntad de un solo hombre, amparada por la égida de la Iglesia, la existencia de Portugal queda confirmada por la sanción de los ejércitos cruzados de Europa. El carácter cosmopolita de su vida futura, de su posterior fisonomía política, parece haberle sido impuesto desde el principio, cuando, alrededor de aquella cuenca del Tajo, donde doscientos barcos anclaban, engalanados con las banderas de tantas naciones europeas, se extendía el cordón del ejército de flamencos, loreneses, alemanes e ingleses.

Las columnas de caballeros cruzados luchan junto a los séquitos de los barones portugueses, extendiéndose en forma de media luna, atacando la colina de Lisboa; y con sus puntas apoyadas contra el río, forman la mitad del cinturón que la armada anclada rodea. Junto a los francos e ingleses, de estatura colosal, rojos como la sangre, de músculos hercúleos, llegan astutos italianos,

maestros consumados en el arte de la minería y la zapa. Fuera del mar y del lado de la tierra, el artificio acude en auxilio de la fuerza. Los ingleses montaron sus manganelas o catapultas, los francos sus torres; y Alfonso Henriques se maravilló ante estos maravillosos instrumentos, ante los cuales la escalera y la daga del ladrón nocturno parecían miserables. Quizás la comparación ofendió su bien fundada vanidad de audacia; quizás le resultó más rápido y sencillo confiar el resultado a sus usos rapaces favoritos: el hecho es que decidió iniciar un asalto. Fue el 3 de agosto cuando por primera vez resonó el estruendo de los golpes de los arietes, el estridente silbido de las flechas y de las piedras lanzadas con las hondas, el clamor apocalíptico de los combatientes, levantando un coro de feroces imprecaciones, pronunciadas en los idiomas más delirantes. Al estruendo le respondía el refulgir de la brea, el aceite y la estopa ardiente que las murallas de Lisboa arrojaban sobre los asaltantes, ayudadas por el sol que, iluminándolo todo, congestionó las cabezas de los hijos de las gélidas Germania, Britania y Franconia. A las olas de fuego, a la luz del sol, se unió un nuevo estallido, y llamas y densas volutas de humo negro se elevaron salpicadas de chispas, perdiéndose en el aire: las torres ardieron. El asalto fue repelido; el intento había fracasado.

El asedio comenzó. En pocos días, la feroz voracidad de los hombres rubios del norte destruyó todo alrededor de Lisboa: jardines y huertos, villas, granjas y granjas. Dentro de la ciudad, escaseaban los víveres, y grupos de soldados huyeron hambrientos: desde lo alto de las murallas, los que quedaban los persiguieron con ráfagas de piedras. Los gastadores minaron la ciudad, apilando la leña cortada de los alrededores contra las defensas: en el día decisivo, el fuego, consumiendo estos soportes provisionales, arruinaría los cimientos de las murallas. Los italianos construyeron una gran torre que se terminó a mediados de octubre, cuando la resistencia de Lisboa estaba en su apogeo. Se quemaron robles, se aprestaron los tiros, se prepararon las columnas de soldados y tuvo lugar el asalto, momento en que se oyó el estruendo de una sección entera de las murallas derrumbándose en el lado oriental.

Lisboa capituló. Los cruzados, consumidos por la codicia de oro, plata y mujeres hermosas (*auri et argenti et pulcherrimarum fæminarum voluptas*), se dirigieron a Siria, y Alfonso Henriques tomó posesión de la ciudad. Las fortalezas satélite de Lisboa no pudieron resistir: Sintra, Palmela y Almada cayeron rápidamente ante los vencedores.

La base geográfica y marítima de Portugal estaba asegurada y jamás se perdería; y si bien el rey había sido el artífice de la separación, era él quien impulsaba día a día la labor de una independencia plena y formal. Lisboa era tan valiosa para este propósito como la protección de Roma.

* * *

Estos días en Zamora y Lisboa marcaron el apogeo del reinado del primer monarca portugués. Derrotado en Badajoz por su yerno leonés (1169), también sufrió derrotas en sus nuevas conquistas a manos de los sarracenos (1161-1171). Alfonso Henriques ya no era el mismo: la edad había mermado el vigor de su juventud; y el perdón de Badajoz y las flotas cruzadas debió de quebrar también la ciega confianza que depositaba en sus recursos y habilidades. Comprendió que en el corazón de los hombres podía haber algo más que ambición y astucia; y que en el arte de la guerra, métodos más valiosos que la escalera y la daga, la *razzia* y el asalto nocturno. Estas reflexiones, sumadas a la herida en la rodilla que lo mantenía paralizado, atormentaban al viejo capitán en su guarida de Santarém (1171).

El entusiasmo generado por la captura de Lisboa lo había impulsado a continuar, aprovechando la triste pesadumbre de los vencidos y la aparición de nuevas flotas que ahora se dirigían hacia Lisboa para reponer fuerzas en el río Tajo, en sus viajes a Palestina.

Al-Kassr, o Alcácer-do-Sal, era, además de Lisboa, el centro estratégico de la línea defensiva de Alem-Tejo, que protegía Chelb o Silves. Poco después de la rendición de Palmela, Alfonso Henriques, confiando demasiado en sus propias fuerzas, sitió el castillo de Alcácer solo y a la antigua usanza, pero fue cruelmente derrotado (1151). Años más tarde, contó con la ayuda de una

flota inglesa, sin lograr capturar la fortaleza deseada (1157); que finalmente cayó ante el ataque combinado de las fuerzas portuguesas y aliadas de la cruzada de 1158. Évora y Beja también se rindieron en aquella ocasión; y todo parecía indicar que, con Silves privada de su línea de fortalezas fronterizas, caería rápidamente en manos del afortunado príncipe.

Sin embargo, no fue así. Estas sucesivas conquistas de las fortalezas del Alentejo no tuvieron la importancia decisiva que había tenido Lisboa. Encaramadas como promontorios rocosos aislados en medio de vastos campos desolados, las fortalezas del Alentejo ofrecían a los guerreros abundantes botines; y por esta razón los cruzados se detuvieron allí con tanta facilidad, como preludio en España del programa previsto para Siria. Saqueadas, incendiadas o arrasadas, su valor para el reino era ciertamente escaso o nulo. El rey no disponía de fuerzas suficientes para guarnecer tantos castillos y fronteras tan extensas: incluso para mantener la línea del Tajo, tuvo que ceder las fortalezas fronterizas de Tomás, Palmela y Leiria a órdenes monástico-militares extranjeras (Hospital, Temple, Santiago). Los territorios despoblados y áridos no aumentaron ni su número de soldados ni su riqueza. Para que esto sucediera, era necesario que la paz y el tiempo propiciaran el desarrollo natural de las fuerzas económicas. Así pues, tan pronto como las flotas cruzadas, cargadas de botín, abandonaron la bahía del Tajo, Alfonso Henriques, al encontrarse solo con sus recursos militares, se vio obligado a abandonar las avanzadas conquistas del Alentejo. Años antes, había tomado y abandonado Beja; y ahora (1158), de las fortalezas conquistadas, solo guarneció y mantuvo Alcácer.

Estas campañas en la región del Alentejo se desarrollan ante Silves, al igual que las de Extremadura lo hicieron ante Lisboa: mientras el sarraceno siga asolando el Algarve, toda conquista en este vasto y devastado territorio será precaria, incapaz de prosperar hasta que se vea a salvo de las invasiones. ¿Por qué Alfonso Henriques no atacó directamente Silves, aprovechando alguna escuadra cruzada, en lugar de malgastar sus fuerzas en la estéril empresa de incursiones, conquistas y saqueos de las fortalezas del Alentejo? Porque, evidentemente, carecía de la visión global de las águilas dominantes; solo poseía de ellas lo común a todas las aves de presa: el ataque relámpago y las garras llenas de fuerza y tenacidad.

Tras saquear Alcácer, los cruzados se habían retirado; y las noticias de los sucesivos desastres de los últimos once años habían decidido a los almohades a intentar seriamente frenar el avance de Alfonso Henriques. Invadieron el Alentejo; y cerca de Alcácer, con seis mil portugueses muertos, el ejército fue derrotado, dando lugar a la pérdida de toda la región del Alentejo (1161), y poniendo en peligro Lisboa: los sarracenos lograron tomar Palmella y Almada, pero consideraron prudente abandonar estos puntos estratégicos de la península entre los ríos Tajo y Sado. Dado que otras empresas obligaron al ejército almohade a retirarse tras fortificar Alcácer, Alfonso Henriques y sus compañeros de aventuras pudieron reanudar libremente sus incursiones y asaltos. De hecho, en 1162 un grupo de burgueses tomó Beja por sorpresa; y en 1166 una cuadrilla de bandidos, liderada por Giraldo, con una escalera al hombro y una daga entre los dientes, entró una noche en Évora, la saqueó y la llenó de cadáveres. ¿Eran portugueses? ¿Eran sarracenos? Eran ambas cosas; una de las muchas compañías de bandidos que luchaban de forma independiente, sin noción alguna de patria ni religión. Su único culto era la lucha, y adoraban al dios de la violación, el saqueo y la matanza. Procedían de todas las naciones. y hablaban una jerigonza, medio árabe entre los cristianos, medio latina entre los musulmanes, una lengua franca.

Alfonso Henriques no pudo descansar ante tales hazañas. Allí estaba de nuevo a caballo, cruzando el Alentejo, galopando por los páramos y atacando ciudades: Moura, Serpa, Alconchel; y, adentrándose en la Extremadura española, Cáceres y Tordjola o Trujillo (1166). Esta era su pasión, su furia: ¿qué importaba si, en cuanto diera la espalda, la bandera musulmana volvería a ondear en las murallas que había escalado traicioneramente? Regresaría también, al verano siguiente, para repetir su hazaña. Y así, por falta del genio militar del conquistador, las escenas se repetían, los castillos pasaban sucesivamente de mano en mano; y portugueses y sarracenos solo podían llamar

suya la tierra que en ese momento pisaban. Si las propias fuerzas portuguesas no le permitían otra cosa; si sin la ayuda de los cruzados no podía aventurarse en la empresa de Silves; habría sido mejor sacrificar la pasión al interés propio, consolidando el dominio, que poner en peligro al Portugal de este lado del Tajo, consumiendo estérilmente las fuerzas militares del nuevo reino en incursiones más allá del Tajo. El rudo capitán, sin embargo, carecía de la inteligencia necesaria para tal tarea: las incursiones lo arrastraron, la presa lo sedujo y la guerra lo gobernó, en lugar de que él gobernara la guerra. Sin un plan fijo, sin rumbo, temerariamente, se había aventurado hasta Trujillo y quería tomar Badajoz; invadiendo territorios que, a pesar de ser sarracenos, eran vasallos del monarca vecino de León. Su insensatez sufrió el destino de todas las insensateces; y ya lo hemos visto cojeando y doblemente herido, en la rodilla y en su orgullo, caminando para ocultar su vergüenza en Santarém (1169).

El desastre de Badajoz debió haber resonado en todo Al-Gharb, donde las incursiones y hazañas de la banda de Alfonso Henriques sembraron angustia y terror; y el musulmán, enemigo por patria y religión, no debía favoritismo alguno al impetuoso príncipe, ni la magnánima generosidad de su yerno leonés. Un nuevo y poderoso ejército cruzó el Tajo y sitió al príncipe herido en Santarém (1171). Fernando II acudió en su ayuda y, como un verdadero rey, supo acallar los resentimientos personales ante un peligro común a todos los príncipes cristianos de la Península. Salvado dos veces por su yerno, quien lo había derrotado; humillado, abatido, herido y anciano, Alfonso Henriques ya no era el inquieto soldado de antaño. Santarém, que había conquistado por sus propios medios, escalando las murallas, fue su tumba. Allí, en un lecho, gimíó de dolores de diversa índole: todo el Alentejo estaba perdido; y ahora (1184) Yusuf, el gran emir de Marruecos, vino en persona a la cabeza de su ejército, para rodearle otra vez.

¿Volvería su yerno a rescatarlo? Durante cinco años, el ejército musulmán había marchado triunfalmente por sus reinos. No había logrado entrar en Abrantes, pero había destruido Coruche, que estaba destinada a la defensa de Lisboa y la línea del Tajo, como Leiria lo había estado para Coímbra y la línea del Mondego. Évora solo había resistido las invasiones, que habían tomado Alcácer y Serpa, Beja, Moura, Jerumenha y todo el Alentejo (1179-1182). Como un jabalí, atrapado en su guarida y perdido, el guerrero contaba las horas, y ya sentía la penetración de las lanzas en su carne, debilitada por la edad, y la rotura de sus huesos, aún tan fuertes, pero mal controlados por tendones flácidos. Lloró; tal vez lamentó sus errores. Afortunadamente, sin embargo, una vez más, circunstancias imprevistas conspiraron para salvarlo. La magnanimidad de su yerno debió de evitar que acabara en algún escondite en las montañas de Asturias. Y esta circunstancia verdaderamente excepcional de un príncipe generoso también debió salvarlo del primer asedio. En lugar de Fernando, quien no acudió en su ayuda, la fortuna acudió en su rescate, matando al emir de Marruecos y propagando la peste entre el ejército almohade.

El asedio se levantó; y Alfonso Henriques pudo respirar con tranquilidad los últimos años de su ya concluida vida.

* * *

El pensamiento que no supo cómo o no pudo materializar, fue puesto en práctica por su hijo y heredero. La forma seria de conquistar el Alentejo era ir como los cruzados por mar para atacar Silves. Tan pronto como Sancho I heredó el reino, tras la aparición de la primera armada en el Tajo, se decidió llevar a cabo la empresa. Para entonces ya existía una flota portuguesa; y si bien la nación carecía geográficamente de la mitad sur, su corazón, Lisboa, latía con fuerza y vitalidad: prueba de ello son los barcos de la primera expedición al Algarve. Se abría entonces una segunda época; y ya fuera fruto del genio del monarca, de la expansión natural de las fuerzas nacionales o de la combinación de ambas, lo cierto es que, al entrar en esta segunda era, respiramos un aire distinto, observamos un tipo diferente y una nueva fisonomía de la nación.

Las conquistas se consolidan, las ciudades se pueblan y fortifican, la administración comienza a tomar forma, se abandona la guerra de escaramuzas: hay una estrategia política y una visión clara

en las campañas. Sancho I ya es rey: Alfonso Henriques había sido como un bandido, a imitación de Pelayo.

El distrito de Chenchir o Al-faghar, como los árabes llamaban a nuestro actual Algarve, era lo que sigue siendo hoy: un jardín que se extiende a lo largo de la costa, protegido por una muralla de montañas que lo resguardan de los vientos del norte. La guerra no había logrado mermarlo, como sí ocurrió con la costa bereber, su vecina. Un pedazo de África, dividido por el mar en Calpe, en el Algarve los árabes habían encontrado un fragmento de su tierra natal: el clima y la flora aún no eran europeos; y quienquiera que, a finales del siglo XII, visitara Silves o Chelb, se sentiría transportado a una ciudad oriental. Entre las diversas etnias que habían llegado a la península, fueron los árabes de Yemen quienes la poblaron principalmente. Chelb, al sur, y Hayrun (Faro), más al norte, eran las dos ciudades principales de Al-faghar; pero la primera excedía en mucho a la segunda. Contaba con unos treinta mil habitantes; era opulenta en tesoros y en hermosos edificios. Se decía que era la principal de las ciudades de la España árabe. Adornada con palacios coronados por terrazas de mármol, surcada por calles donde los bazares ofrecían las joyas de Oriente, rodeada de exuberantes huertos y jardines, Chelb era la perla de Chenchir, donde los pródigos de Mauritania venían a disfrutar de su lujoso ocio con hermosas mujeres de pura sangre árabe. Era al mismo tiempo una ciudad imponentemente fortificada.

Cuando las flotas combinadas de portugueses y cruzados aparecieron por primera vez en la costa de Al-faghar, Chelb intimidó a los guerreros frisonos y daneses hasta el punto de dominar su codicia, con la que buscaban semejante botín. No se atrevieron a atacar, limitándose a tomar Albur (Alvor) y a retirarse con un botín abundante. Para los cruzados, hombres rubios del norte que, bajo la ingenuidad azul de sus ojos, ocultaban una crueldad fría y práctica, y un apetito salvaje por placeres prohibidos en los climas nórdicos; la empresa de Chelb tenía el valor de la riqueza por robar, de las mujeres hermosas, del misterioso y seductor Oriente, para ser disfrutado en los lechos de seda de la India o en las mullidas alfombras de Persia. Estos eran placeres voluptuosos que anhelaban; calculando al mismo tiempo los tesoros de piedras preciosas, marfiles, telas finas, mirra, incienso y metales relucientes, con los que regresarían a sus escarpadas montañas, a sus frías costas, para deslumbrar las noches veladas a la luz de la lámpara, donde arde la tenue luz del aceite de foca. Positivos y prácticos a la vez, observaron bien lo imposible de la aventura y prefirieron a la temeridad de atacar Chelb, la modestia de saquear Albur. Lo que llevaban consigo les bastaba.

No ocurrió lo mismo con Sancho I. La conquista de Al-Faghar tuvo para él una mayor trascendencia. Y los portugueses, más familiarizados con las seducciones de las costumbres árabes, menos susceptibles a las tentaciones de la carne, más abiertos a los arrebatos de la pasión, como todos los hombres del sur, tenían un propósito más firme y distintas intenciones.

Poco después del primer intento fallido de alcanzar el objetivo principal, una segunda y más poderosa armada de guerreros del norte apareció en el río Tajo. Se decidió entonces conquistar Silves. Sancho y las tropas portuguesas avanzarían por tierra, a través del Alentejo, para asaltar la ciudad desde el norte, cortando así los refuerzos de Alcácer y las demás fortalezas al otro lado del Tajo; mientras tanto, las armadas combinadas navegarían por mar y, remontando el estuario de Silves, la asediarían desde el sur, apoyándose en los barcos.

Silves, situada en una colina y defendida por fuertes murallas, dentro de cuyo recinto, en el corazón de la ciudad, se encontraba la medina o alkasba, estaba unida a una torre albarrana por un parapeto. La torre defendía una gran cisterna que abastecía de agua a la ciudad: su conquista sería, por tanto, el prelude del asedio. Tras desembarcar, los cruzados comenzaron a arrasar las afueras, destruyendo granjas y casas, masacrando a los rezagados, incendiando y saqueando, según la norma invariablemente seguida en estas empresas. Cuando alrededor de las murallas no quedó más que escombros, ruinas y cenizas, atacaron la torre albarrana. Este primer intento fallido tuvo lugar el 21 de julio de 1189. El día 29, el rey Sancho llegó por tierra, se reforzó el asedio y se prepararon los medios para el ataque decisivo. Los sitiados, en su desesperación, avivaron la furia y la codicia de

sus enemigos con insultos y crueldades. En las almenas de la albarrana, colgaron prisioneros cristianos por los pies; y allí, frente al ejército, como escarmiento y amenaza, los mataron con lanzas. La furia era ardiente, el trabajo incansable. Las máquinas de guerra estaban preparadas y listas: comenzaron los asaltos. Los germanos habían instalado un ariete cubierto, cuyas puntas de hierro actuaban impunemente en el derrumbe de las murallas: era la *origa* de los griegos, la *testudo* de Vitruvio, el *ericium* de las guerras romanas, traducido al portugués como *ouriço*: un ariete protegido contra las masas de estopa ardiente en aceite que los defensores vertían sobre él. Numerosas torres, incontables artificios batían las murallas y elevaban a los sitiadores hasta la altura de las almenas. La albarrana finalmente se derrumbó, la cisterna se llenó de escombros. Las fuentes de los patios ajardinados de Chelb dejaron de fluir; y la sed favoreció a las máquinas y armas de los cristianos. Sin embargo, los musulmanes, atrincherados en la medina, resistieron.

A partir de ese momento, el asedio entró en una nueva fase. Los asaltos se repetían, infructuosos, y la alkasba parecía inexpugnable. Recurrieron a la pericia de los zapadores italianos; pero los árabes eran igualmente maestros en el oficio. Las galerías subterráneas se cruzaban, se unían y se abrían paso. Cansados de luchar en vano bajo el sol abrasador, trasladaron las batallas al corazón de la tierra. Los gastadores eran soldados, y en esas galerías resonaban feroces batallas. La leña acumulada ardía; y a la luz de las llamas, buscaban, uno a uno, a los enemigos, feroces como tigres, daga o cimitarra en mano, y se estrangulaban y despedazaban como bestias. El crepitar del fuego acompañaba las maldiciones roncadas, y en sus ojos había más llamas que en las pilas de troncos y ramas ardiendo. La sangre corría, tiñendo el barro de los túneles subterráneos del color de la arcilla con la que, en tiempos mejores, los árabes pavimentaban sus alegres terrazas y sus patios ajardinados.

La furia de la lucha se alimentaba de una sed abrasadora. Los sitiados ardían de fiebre. Se tumbaban desnudos sobre los adoquines de las calles, sobre las tejas de las casas, para refrescarse. Comían el barro del suelo. Se retorcían de desesperación y morían en las esquinas. Las calles dejaban que los cadáveres se pudrieran, y las madres abandonaban a sus hijos, estrellándoles los cráneos contra los marcos de las puertas.

Entre los sitiadores, la furia era de otra índole. El asedio ya duraba un mes, y los cruzados no habían venido para una campaña tan larga. Al-Kashbah no cayó; los musulmanes no se rindieron. Mientras tanto, los cruzados morían de heridas e insolación, y el botín prometido no llegaba. No podían perder el tiempo así. Eso decían algunos; otros no querían abandonar su agotador trabajo y despedirse de una presa a medio conquistar. Sancho I, desanimado, pensó en retirarse. Entonces estalló la ira, porque la segunda opinión se había impuesto en los corazones de los cruzados. Los portugueses y los rubios del norte estuvieron a punto de llegar a las manos. Finalmente, Al-Kashbah se rindió a principios de septiembre; pero esto dio lugar a nuevas disputas. El rey quería una ciudad, no botín. Los cruzados querían lo contrario. Sancho ofreció pagarles el valor del saqueo; los cruzados se negaron. Había cosas que el rey no podía pagar con oro: el delirio del saqueo, la orgía de las matanzas y las violaciones. Estos feroces cazadores moros querían deleitarse en el interior de las misteriosas alcobas y hundir sus brazos en los cofres del tesoro, empapando de sangre las suaves almohadas sobre las que abrazarían a las hijas de cabello oscuro de Yemen.

Bien alimentados, partieron de inmediato. Sancho los instó a culminar la empresa tomando Hayrun. Se negaron; no querían arriesgar las ganancias y estaban eufóricos. Anhelaban regresar a su tierra natal, relatar sus hazañas y depositar a los pies de las bellas e inocentes hijas del norte, sus amantes y sus hijas, los collares, los pendientes y las pulseras de oro que habían arrebatado en sus lechos, junto con su honor y sus vidas, a las hijas de Mahoma.

Sancho I, incapaz de seducirlos o convencerlos, abandonó la empresa; y dejando Silves guarnecida y el oeste del Algarve ocupado, se dirigió al norte: para consolidar la conquista, tomó Beja. Pero, mientras la antigua Faro permaneciera en manos sarracenas, el rey portugués no debía considerar Al-Faghar como propia.

* * *

El primer dominio portugués en el extremo sur del reino fue, en efecto, efímero. Cuando el hijo de Yusuf, Yacub, llegó para ayudar a Chelb, la ciudad ya estaba perdida; y no supo o no pudo reconquistarla. Se vengó saqueando el reino; y, cruzando el Tajo, asoló toda Extremadura, sitiando Tomar. No supo o no pudo conquistarla y se retiró, para regresar al año siguiente. Entonces Silves cayó de nuevo en manos de los sarracenos (1191), quienes, victoriosos, tomaron Beja y, en su ataque relámpago, llegaron a amenazar Lisboa desde las murallas de Almada, que se había rendido.

Portugal se retiró una vez más a los límites del Tajo; sin embargo, Silves, aunque derrotada, presagiaba el desenlace inevitable de este largo y cruento duelo. El rey se dedicó a consolidar sus estados, poblarlos y organizar la administración. Incapaz de llevar a cabo la conquista de Al-Faghar, con el reino militarmente debilitado por las incursiones y desilusionado por la eficacia de la ayuda de los cruzados, abandonó acertadamente el sistema de incursiones y ataques sorpresa, con el que, sin lograr mantener un dominio estable, se agotaban las fuerzas vitales de la nación. Su sabio gobierno preparó las decisivas empresas que siguieron.

La primera de estas conquistas fue la toma de Alcácer en 1217. Durante el reinado de Alfonso II, los portugueses ya habían participado en la batalla de Las Navas de Tolosa (1212), en la que los príncipes cristianos de la península, en cruel venganza por la derrota de Alarcos, asestaron el golpe final al dominio sarraceno. Alfonso II no sentía afinidad por la guerra. La gestión y administración del gobierno de su padre le habían inculcado una inclinación por la paz, alimentada además por su natural avaricia y la dura situación en la que lo había dejado la debilidad de Sancho I en sus últimos años, tras haber entregado todo el reino, tesoros y castillos a la nobleza y el clero. Alfonso II no deseaba participar en la empresa de Alcácer: estaba ocupado reconquistando el reino.

El castillo de Kassr-al-Fetah, o castillo de la puerta o entrada, era considerado la llave del Alentejo; y sin la posesión de tal punto estratégico, los intentos de consolidar el dominio portugués al sur del Tajo resultaban inútiles. Un castillo sobre todo perjudicial, como lo describen las memorias contemporáneas (*Castrum super omnia castra nocivum*. GOSUINI CARMEN), pues desde allí se enviaban anualmente a Marruecos cien prisioneros cristianos, capturados en las incursiones en los territorios fronterizos hasta Lisboa.

Con la ayuda de una poderosa flota cruzada, Alcácer cayó definitivamente en manos cristianas a mediados de 1217. Nueve años después, Sancho II, en quien renació el espíritu guerrero de sus ancestros, reanudó la conquista del Algarve, avanzando a lo largo de la frontera oriental, descendiendo por el valle del Guadiana, y tomando sucesivamente Elvas, Serpa, Moura, Mértola, Ayamonte, Tavira y Cacella, que los árabes llamaban Hisn-Kastala (1226). Las deplorables disputas que le arrebataron la corona le impidieron completar la conquista del Algarve, que a mediados del siglo XIII cayó finalmente (1249), de forma poco clara, en manos del usurpador de la corona fraternal, Alfonso III.

Una vez consolidada la separación y establecido geográficamente el país, ahora nos corresponde observar los movimientos internos de la nación y ver cómo se afirma la independencia en su seno, definida plena y completamente solo en la crisis que puso fin a la dinastía borgoñona.

III. MONARQUÍA Y JUSTICIA

«El rey Dionis era un avaro; Alfonso IV, un hombre de juicio; Pedro I, un loco con lúcidos momentos de justicia y economía.» Así caracteriza el señor Herculano a los tres monarcas, a quienes ya se les había concedido el derecho a reinar sobre el reino plenamente constituido, dentro de los límites de sus fronteras actuales. Pero ¿qué eran entonces un rey y un reino?

Quien no pueda desprenderse de las impresiones de períodos más recientes se formará una idea errónea de estas épocas. Solo a partir del siglo XV, el desarrollo de las naciones peninsulares permitió a los reyes tomar conciencia del carácter jurídico y social de su cargo¹¹. Hasta el siglo XIV, los estados peninsulares, o —limitándonos ahora al ámbito de nuestras observaciones— Portugal, no merecen propiamente el nombre de nación, si le otorgamos a este término su significado moderno. Las comparaciones ilustran la historia de forma magnífica; y en nuestros días encontramos ejemplos de similitud casi absoluta. Aquellos principados eslavos, donde la ocupación turca siempre encontró resistencia, se asemejan a la España de antaño; Montenegro reproduce las tradiciones de Asturias, cuna de los bandidos de Pelayo; Serbia o Herzegovina, en cuyas llanuras, invadidas por los turcos, llegan periódicamente bandas de indomables montañeses para realizar sus incursiones, se asemejan a la Portugal de antaño. La historia se repite incluso en la independencia final, lograda gracias a la expansión del invencible centro de resistencia.

Las regiones destinadas a tal existencia no pueden ser propiamente naciones, pues para alcanzar ese grado de carácter colectivo deben primero atravesar los períodos preparatorios de organización. El proceso, en este caso, tiene dos momentos característicos. Primero aparece la banda, luego la familia. El rey es el jefe de los bandidos antes de ser protector, padre, de sus súbditos. Si la guerra es más un sistema de saqueo que una sucesión de campañas, la justicia es también más la expresión arbitraria de un instinto que la aplicación regular de un principio. La sociedad, que se desarrolla espontáneamente según la ley natural, define sus ideas colectivas a medida que avanza a través de la serie de momentos evolutivos de la historia.

La sustitución del principio de justicia —que incluye las relaciones entre individuos, y entre clases e instituciones— por el principio militar marca el momento de la primera transformación; y el paso de la naturaleza inorgánica de la banda a la forma social primitiva y cruda: la familia universal, cuyo padre o patriarca es el rey.

La locura de Don Pedro I es, por lo tanto, a nuestro juicio, tan valiosa como el bandolerismo de Alfonso Henriques. Los dos reyes representan los dos tipos: el de la guerra y el de la justicia. Así como el primero fue salvaje y feroz, el segundo es tumultuoso, lleno de caprichos y acciones arbitrarias. Pero si Alfonso Henriques era el jefe de la banda, Don Pedro I, es sin duda el padre de la familia portuguesa.

Su furor justiciero no es más insensato que la furia bélica del primer rey. Hemos intentado esbozar la fisonomía de aquella época primitiva; ahora, basándonos en la clara fuente de las crónicas más cercanas, buscaremos resaltar los rasgos del segundo período. En la guerra no había reglas ni planes: era una lucha sin cuartel. En la justicia no hay procesos ni garantías: es un dominio sujeto al capricho. Pero si, en un caso, la valentía ennoblecía y la victoria exaltaba las hazañas del bandido, en el otro, la rectitud infundía fuerza y la protección paternal coronaba las decisiones del *cadí*.

11 [*Historia de la civilización ibérica*](#), libro III, § IV.

La justicia de Pedro I se caracteriza, pues, para nosotros, por el mérito de un tipo, al igual que la guerra de Alfonso Henriques. Ambas figuras son, por así decirlo, símbolos, precisamente porque son como locos. Las fisonomías de los demás reyes se desvanecen en el trasfondo del cuadro, confundiéndose más o menos por completo en la masa de los sentimientos del pueblo; y sus acciones acompañan el desarrollo de las fuerzas e instintos colectivos, sin dominarlos de forma superior, típica ni simbólica. El lector perspicaz no olvida que estas valoraciones excluyen el mérito individual de las personas. Sancho I tiene una vida hermosa, tristemente terminada en un letargo de debilidad; Alfonso II, una fisonomía común y poco amigable, sin nobleza, pero fuerte y penetrante; Sancho II tiene mucho de su predecesor en el nombre; Alfonso III destaca por su educación francesa, donde aprendió la disimulación y la perfidia, de la mano de un buen sentido para gobernar; Dionis es un avaro. En palabras de Herculano, Alfonso IV es un hombre de juicio. Sin embargo, reunidos en grupo, conforman un conjunto de fisonomías indefinidas o comunes: son más o menos belicosos, mejores o peores en lo personal, lo cual poco importa a la historia; son buenos o malos administradores de la república, de su patrimonio, cuya riqueza fomentan, siguiendo el curso natural de la sociedad.

Sin embargo, al principio y al final de esta serie se encuentran los dos individuos típicos, los dos locos: uno, frenético, blandiendo la daga mortal; el otro, ceñudo y feo, empuñando el látigo del verdugo, o sonriente y alegre, bailando y cantando en las calles en medio de su familia: un juez y un padre.

Pedro I sentía una profunda pasión por la justicia: era una obsesión para él, como lo había sido la guerra para su abuelo. Insistía en juzgar todos los crímenes. Los criminales llegaban a la corte desde los confines del reino. Cuando uno llegaba atado, mientras el rey comía, se levantaba apresuradamente de la mesa y cambiaba su comida por la tortura. Disfrutaba ayudando y dirigiendo a los verdugos; les indicaba los recursos y procedimientos para obtener confesiones de los acusados. Jamás abandonaba el látigo: atado a su cinturón durante un viaje, lo tomaba y castigaba con sus propias manos al canalla que le traían en el camino. Los adúlteros merecían su odio especial: nunca los perdonaba. El rey Pedro tenía un escudero, Alfonso Madeira, *luitador e trovador de grandes ligeirices*, a quien, aunque amaba más de lo que conviene decir aquí, el rey mandó castrar por haber pecado con Catalina Tosse: el muchacho se volvió inmoral y murió de causas naturales. Una mujer fue infiel a su marido, quien no se ofendió; el rey, indignado, ordenó que la quemaran en la hoguera. Al marido, desolado, le respondió que le debía una recompensa por haberle vengado. Había un hombre casado con hijos, pero antes de la boda había forzado a su esposa. ¿Sentencia? Que muera. Lo ahorcó, entre los gritos y súplicas de su esposa e hijos. Su odio por los pecados de la carne perseguía con furia a las hechiceras; y las brujas no merecían menos de su atención.

Cuando le daba un ataque de ira, su tartamudeo hacía que su expresión facial fuera aún más aterradora. Su habla le impedía expresar adecuadamente su enojo; y, con el rostro enrojecido y la lengua trabada, blandiendo el látigo en un delirio, resultaba asombroso. Sin embargo, los tartamudos tienen esta peculiaridad: el defecto, además de aumentar el horror de su furia, en sus momentos de dulzura, les confiere un humor casi irónico. Así era Don Pedro. Tenaz cazador, descansaba de sus deberes como juez en las cabalgadas por el monte, seguido por sus jóvenes, con sus sabuesos, halcones y jaurías de perros. Entonces, su rostro se suavizaba y se volvía benigno, benevolente, generoso y despreocupado. *Foi grande criador de fidalgos*. Glotón, pasaba las horas perdidas en la mesa, con gran abundancia de comida.

Así como su justicia carecía de nobleza, lo mismo ocurría con sus diversiones. Podría decirse que era un rey campesino; y quizá por eso el pueblo lo amaba tanto. No tenía distinciones ni delicadezas, ni en sus sentimientos ni en sus tratos. Era brutal en todo. Si el juez y el verdugo eran uno solo, sus festejos eran extravagantes ferias plebeyas. Los instintos aristocráticos y las formas de la vida cortesana nobiliaria —torneos, duelos y demás— no encontraban cabida en él. Era un demócrata, un tirano de la vieja escuela, en cuyo espíritu se encarnaba toda la brutalidad popular:

¡por eso mismo era adorado! Sus terribles castigos, transmitidos de boca en boca, lo convertían en un pedestal de poder; y su continuo jolgorio popular cimentaba ese poder con el cariño íntimo que merece el que comparte con nosotros unas mismas aficiones. El pueblo se veía a sí mismo como rey en la persona de Don Pedro.

Cuando regresaba en barcas de Almada a Lisboa, los lisboetas salían a recibirlo con bailes y jolgorio. Desembarcaba y encabezaba la multitud, bailando al son de las *longas* (trompetas), como el rey David. Estas festividades lo cautivaban casi tanto como su cargo de juez. Por ellas, incluso hacía locuras. En ciertas noches, en palacio, el insomnio lo perseguía; se levantaba, llamaba a los trompeteros, ordenaba encender antorchas; y allí estaba, en las calles, bailando y armando un escándalo con los toques de las trompetas. La gente, que dormía, salía asombrada a las ventanas para ver qué sucedía. ¡Era el rey! ¡Qué maravilla! ¡Qué placer! ¡Qué gusto verlo tan alegre! Todos se vestían a toda prisa y bajaban aún aturcidos por el sueño. Y las calles, momentos antes silenciosas y oscuras, brillaban con luces y tenían el clamor de la multitud en vítores, el movimiento de danzas universales.

¿Era una locura? Sin duda. La Edad Media es una experiencia vertiginosa. El pueblo, afligido por las miserias del mundo y los terrores celestiales, vivía en un sueño de dolores intensos y miedos profundos: giraba en un día de reposo. ¡Bendito sea el rey que nos defiende con su mano! ¡Que viene a danzar con nosotros por las noches en estas calles sombrías! ¡Que persigue a hechiceros y brujas! Él es nuestro justo juez, nuestro buen padre, nuestro amigo y hermano: ¡adorémoslo!

No solo les brindó justicia y danzas el rey: también pan. Sabio administrador, amasó grandes tesoros; y esta noticia, además del temor y el amor, aumentó el respeto por tan buen rey. La brutalidad y el egoísmo de las costumbres medievales a menudo se traducían en un terrible flagelo —el hambre— que los pobres siempre sufrían en mayor o menor medida. Ahora se sentía rico con los tesoros del rey, guardados en las torres del castillo. Además, el rey Pedro lo alimentaba. Sus festividades no se limitaban a danzas y música. Cuando Alfonso Tello fue nombrado caballero, se celebró un festejo monumental. Durante la vigilia de armas, cinco mil antorchas iluminaron las calles, desde Santo Domingo hasta el palacio; y el rey, entre las olas de fuegos artificiales, radiante y bondadoso, tartamudeando, bailó con el pueblo toda la noche. Al día siguiente, el campo rebosaba de tiendas de campaña, montañas de pan y grandes tinajas llenas de vino. Se asaban vacas enteras en enormes espetones alrededor de las hogueras. Había comida suficiente para toda Lisboa. El pueblo se regocijaba en estos banquetes de la monarquía.

La vieja tragedia de sus amores y rebeldías no hizo sino acrecentar su popularidad; el tirano se alzaba, justo y bondadoso, sobre un telón de fondo de amores desdichados que cautivaban al pueblo. Inés de Castro, la sombra de un ángel, lo coronó desde el más allá. Pero este piadoso recuerdo era, en el alma del rey, una espina que lo atormentaba sin cesar. Su cruel genio exigía venganza. Pagó con su vecino de Castilla y logró capturar a dos de los asesinos. El pueblo no aprobó el intercambio; y el rey perdió gran parte de su fama, según el cronista. El castigo a los asesinos fue severo: Don Pedro, fuera de sí, con las palabras atascándose en la garganta, e incapaz de soportar los numerosos insultos deshonestos y viles, se vengó azotando a los desdichados en el rostro. Su ira alcanzó su punto álgido con una vil ironía. Quiso cebollas y vinagre para acompañar el conejo en su *salsa de villano*. Finalmente, ordenó que les arrancaran el corazón aún vivos, a uno por el pecho, al otro por el costado. Disfrutó con su muerte, y acabó vengado.

Pedro I es la viva imagen de la Edad Media, política y doméstica. Todos los vicios y todas las virtudes, la ferocidad y la ingenuidad, los odios terribles y las amistades espontáneas, resumidos en un carácter primitivo, donde quizás la lepra de antiguos vicios civilizados impregnó de nuevas manchas, formaron la persona de este rey, un verdadero símbolo: por eso el pueblo, viéndose retratado en él, lo adoraba.

La política de independencia había colocado en la familia portuguesa a un miembro cuya arrogancia y pretensiones amenazaban con desequilibrar el fiel de la justicia social. El clero aspiraba a usurpar la autoridad de la monarquía. Más allá de la fuerza que le otorgaban las tradiciones jurídicas; más allá de la autoridad espiritual y las legiones de bulas de excomunión, el terror de las almas ingenuamente creyentes; más allá del poder fundado en la riqueza excesiva y la máquina absorbente de la *mano muerta*, un pozo donde cayeron las herencias y legados de los arrepentidos y rudos luchadores. Más allá de todas las causas generales, el clero invocó en Portugal un argumento particular: el rey era un vasallo, el papa un soberano. Por tal precio, Alfonso Henriques había obtenido un simulacro de sanción legal para su rebelión.

La situación del clero católico dentro de la sociedad portuguesa primitiva —y de las sociedades contemporáneas en general—, resulta de tal concurso de elementos heterogéneos que ninguna de las facetas del sistema de costumbres retrata, mejor que esa, la caótica confusión de este nuevo mundo que se estaba formando sobre las ruinas y los restos del antiguo. Políticamente, el hecho de que exista un poder superior por tener un fundamento trascendente, ajeno al poder civil, es la causa principal del conflicto: ante la Iglesia, todos están igualmente sujetos, desde el rey hasta el más vil de los viles. La base religiosa de este poder se consolida por la fuerza de la riqueza: los barones creen firmemente en la verdad de la revelación y en la otra vida donde serán juzgados. Tienen una religión basada en el miedo; y con un carácter forjado por la barbarie, viven en la tierra según la ley de la fuerza, redimiendo con limosnas y herencias, en la hora de la muerte, las largas listas de crímenes. Creyéndose próximos a comparecer ante el juez supremo, reconociendo en la muerte la futilidad de la fuerza y la perfidia, ante Aquel que todo lo puede y todo lo ve, compran el perdón con los frutos del saqueo y los crímenes; y así constituyen el fundamento de un poder real, verdadero y mundano. Salvo los muertos, los que quedan deben pactar con el clero heredero; deben luchar por todos los medios por la influencia y el poder. De modo que, en la hora de la muerte, puedan repetir los actos que provocaron las luchas que llenaron sus vidas. Así se cierra un círculo vicioso que la política no puede romper, porque la religión no lo permite. Puesto que los pueblos germánicos, al subyugar el antiguo imperio, no pudieron desarrollar su independencia religiosa, viéndose obligados a aceptar el cristianismo, era inevitable que esto sucediera mientras los dogmas cristianos gobernarán las conciencias.

En este sentido, la influencia del clero es perfectamente legítima; y no lo es menos en virtud de la autoridad que le confiere el conocimiento, ya pervertido, sí, pero aún preponderante sobre reyes y príncipes iletrados. Su influencia es legítima, históricamente legítima en su fuerza, el clero, sin embargo, recibió a su vez la acción refleja del entorno en el que vivía. Era tan avaricioso, tan feroz, tan bárbaro, tan vicioso, como los seculares; y su cultura añadió a los defectos de la brutalidad los de la civilización. Las perversidades refinadas, las sutiles perfidias tuvieron en él a los mejores maestros; y a través de él entraron en el cuerpo de una sociedad bárbara. Los sacerdotes eran los educadores políticos de los príncipes, cuando no sus adversarios declarados. Enseñaban la astucia a quienes solo sabían cometer actos brutales. A los vicios del instinto, sabían añadir las perversidades de la inteligencia.

Si los príncipes de la Iglesia influyeron de tal manera, los plebeyos eclesiásticos acompañaron a las masas en el torbellino torpe y sangriento de la danza infernal de los medios de comunicación. Los hombres de la Iglesia cometieron todos los crímenes. Los sacerdotes, que habitaban los templos y monasterios, cometían unos delitos que eran otros tantos sacrilegios, dada la calidad de la gente y la condición del lugar. Robaban, herían, mataban, mentían. Los casados eran bígamos; los solteros, amancebados públicamente. Daban el brazo a prostitutas, vivían con ellas y desfloraban a doncellas. Rechazaban a sus hijos, repudiando a sus esposas. Además de criminales, eran indignos. Se convertían en carniceros en la plaza pública, matando y degollando ganado, vendiendo carne. Eran juglares, payasos, bufones. Escondían sus coronas, se dejaban crecer el pelo y abandonaban sus atuendos eclesiásticos para poder entregarse con mayor libertad a su libertinaje.

Y, cometiendo tales crímenes, pervirtiendo así los legítimos privilegios del sacerdocio y la ilustración, no dejaban de reclamar el derecho a una justicia especial. Por consiguiente, el rey podía ahorcar a un acusado por ser laico, mientras que su cómplice eclesiástico quedaba impune. Los testigos laicos eran inútiles contra ellos, y los eclesiásticos ni siquiera se presentaban: la solidaridad de clase lo impedía. La locura era tal que algunos incluso llegaban a ordenarse sacerdotes únicamente para cometer crímenes impunemente.

Agréguense a estas costumbres los extravagantes hábitos de la época; añádase a ello la serie de conflictos políticos y económicos derivados de la particular situación de la Iglesia; súmese el estatus especial de vasallaje en el que Alfonso Henriques situó al trono portugués; y las razones necesarias para los largos y pintorescos conflictos de la primera época de la historia nacional quedarán inmediatamente claras.

Los prelados de Braga, Coímbra y Oporto eran como tres reyes en un reino cuyos límites ya no cabían en uno solo. Si las guerras de secesión, primero, y luego la conquista del sur del reino y el traslado del centro del norte a Lisboa, marcan los momentos decisivos en la historia de la independencia desde un punto de vista geográfico, la resolución de los conflictos eclesiásticos y la consolidación del poder monárquico marcan, sin duda, un avance igualmente decisivo en esa historia desde la perspectiva más íntima y orgánica de la justicia social.

De esos tres *reyes* mitrados, el rey de Oporto fue el que más problemas causó a los monarcas portugueses. El reinado de Sancho I, iniciado con tanto brillantez con la conquista de Silves y dirigido con tanta sabiduría a consolidar el devastado centro del reino, es uno de los más notables en la historia de los conflictos con el clero. El rey era tan irascible como crédulo: siempre lo acompañaba una hechicera a la que consultaba a diario. No poseía la furia guerrera de su padre, ni la energía justiciera del nieto: parece haber sido un hombre común, pero serio.

En la primera década del siglo XIII, Martinho Rodrigues, un hombre audaz y ambicioso, lleno de fuerza y de vicios, gobernaba el obispado de Oporto. La autoridad de la corona en aquel entonces se limitaba al antiguo Oporto, hoy suburbio de Gaya, y el obispo ejercía un poder supremo en la ciudad. Las exacciones y tiranías, comunes a todos los señoríos feudales, llevaron a los burgueses de Oporto a rebelarse contra el obispo, implorando la ayuda que el rey no les negó. Aclamado por el pueblo, Sancho I entró en la ciudad; las puertas de las iglesias fueron derribadas, la multitud invadió y saqueó los templos, profanó los altares; y el obispo fue encarcelado en el palacio episcopal durante cinco meses, hasta que fingió someterse a las exigencias, con la intención, que finalmente emprendió, de ir a Roma a buscar venganza ante el Papa. Mientras tanto, el gobernante de Coímbra cerró las iglesias y negó los servicios religiosos a los fieles: esta era una de las tácticas habituales de confrontación. Sancho I fue a Coímbra, actuó como si fuera un obispo, obligó a los sacerdotes, por la fuerza, a celebrar oficios divinos, ordenando que se sacaran los ojos a los recalitrantes.

Finalmente (1210), Martinho Rodrigues regresó de Roma con bulas de Inocencio III. El enviado o legado papal debía leerlas al rey en persona, pues el canciller Juliano, aprovechándose de la ignorancia del soberano, solía alterar su lectura. Sancho I escuchó con humildad la guía papal. Enfermo y cansado de la vida, y ante la inminente partida al otro mundo, rememoraba todo lo que había hecho: los ultrajes, los sacrilegios. El remordimiento llenó de terror su espíritu duro, obtuso y fiero. Se inclinó y se arrepintió. Este era siempre el momento psicológico de la victoria de la Iglesia: la superstición, atada y sumisa, entregaba a sus más terribles enemigos en la hora de la muerte inminente. Sancho I pidió a los monjes de Alcobaça que rezaran estos salmos lastimeros por su alma, que a los desdichados les parecían un eco de las terribles sinfonías de la eternidad. Reclinado en su lecho de muerte, el aterrorizado rey vio el espantoso rostro del Juez supremo; y se sintió ya arrojado al abismo ardiente, al corazón de las llamas crepitantes, roído y macerado por monstruos diabólicos, gritando de dolor infernal.

Cedió en todo; dejó a los fieles burgueses a su suerte, entregó rentas, herencias, tierras, propiedades: incluso dio más de lo que poseía. ¿Podría obtener el perdón por semejante sacrificio? Los sacerdotes le dijeron que sí y lo bendijeron, prometiéndole la salvación.

Fuera de la cámara donde agonizaba el rey (1211), el heredero, Alfonso II, vulgar y obeso, avaro e incapaz de comprender la cruel situación de su padre, maquinaba con el canciller Gonçalo Mendes, discípulo de Julião, un plan de venganza. Comenzó por confirmar todas las donaciones que el difunto había hecho al clero, pues primero debía saldar cuentas con sus hermanos y su partido. Sancho I les había legado la mitad del reino; Alfonso lo quería todo para sí, y era lo suficientemente astuto como para comprender que no podía enfrentarse a todos sus adversarios a la vez. El hijo carecía de la nobleza de carácter de su padre. En las Cortes de 1211, confirmó también la exención de cargos públicos, pero al mismo tiempo prohibió al clero adquirir propiedades. El clero de Braga protestó, y Alfonso II ordenó arrasarlo los campos, destruir las granjas y confiscar las rentas. La guerra había estallado de nuevo entre la monarquía y el clero. El rey murió sin arrepentirse, a pesar de las amenazas de las bulas de Honorio III.

El segundo Sancho tenía mucho del carácter del primero: era sinceramente devoto, y en la Edad Media la sinceridad implicaba la segura derrota. Es cierto que para entonces el terror a las excomuniones había disminuido: así de excesivas las había hecho el clero. Los interdictos y la negación de enterramiento en terrenos sagrados acompañaban constantemente a todas las reclamaciones eclesiásticas. Si bien la fuerza de las armas canónicas había menguado, el poder del clero, la clase más opulenta del reino, no había disminuido. Lo que los obispos exigían a Sancho era demasiado; y como se les negó, depusieron al buen y valiente rey (1245). En Francia, el usurpador lo suscribió todo; sentado en el trono, el tercero, al igual que el segundo Alfonso, supo defenderse: trajo del extranjero la gran experiencia, la astucia y la consumada tenacidad que había aprendido en las cortes más refinadas de Europa central.

Evidentemente, el clero cae en esta larga e interesante batalla. La base legal de sus reivindicaciones se desvanece gradualmente, a medida que las tradiciones romanistas y el espíritu secular inspiran las acciones de los monarcas, prevaleciendo sobre las máximas del derecho canónico. Esta sustitución refleja la gradual clarificación que se está produciendo en las conciencias: las supersticiones infantiles de aquellos primeros y oscuros amaneceres se abren paso en el claro día del renacimiento de la cultura intelectual.

D. Dionis (1279-1325) ya no es analfabeto y mide bien el valor de la ciencia: la fundación de las Escuelas lo demuestra. Por otro lado, ve que la principal causa de la fuerza del clero reside en el ultramontanismo, una palabra entonces aún desconocida para expresar la influencia y la autoridad soberana de los papas sobre las Iglesias nacionales. Liberarse de esta peligrosa intervención era la manera de disminuir la gravedad de los conflictos. Quizás la tradición de los concilios visigodos de España influyó en la creación de las asambleas de prelados, cuyas *concordatas*, al registrar las leyes de la Iglesia, la sustrajeron de la influencia extranjera, nacionalizando al clero y convirtiendo sus asuntos en asuntos internos. El rey, que así fomentó la educación, nacionalizó la Iglesia y, por otro lado, consolidó el desarrollo económico del país, intuía las características modernas de las naciones. Portugal avanzaba rápidamente hacia su independencia, es decir, hacia su constitución orgánica. El pueblo solía decir: «*el rey Dom Diniz fez tudo o quiz*» (el rey Don Dionis hizo todo lo que quiso).

Pedro, el justiciero, con su típica individualidad, concluye de forma definitiva y abrupta la vieja cuestión de la influencia de Roma al establecer el *placito regio*: «Ninguna bula ni carta papal se publicará en Portugal sin mi consentimiento.»

Procedía sumariamente; y su política, toda personal, aclamada con entusiasmo por un pueblo que lo adoraba, era la voz indomable de la nación que hablaba por su boca. Su locura era la síntesis del pensamiento colectivo. Cuando el obispo de Oporto reaccionó, el rey acudió en persona, se encerró en una habitación con él y se quitó el jubón para estar más cómodo: debajo llevaba una falda escarlata. El obispo, temblando de miedo, esperó sin atreverse a pedir ayuda. D. Pedro se

acercó y, con calma, le quitó la capa; desenrolló el látigo y lo azotó, diciéndole entre risas y tartamudeos: «¡Venga! ¡vamos! ¡toma!»

No podía concebir leyes bajo cuya sombra los criminales quedaran impunes; y por eso le importaba poco ahorcar a los sacerdotes.

—¿Y los privilegios de la Iglesia?

—Los ahorcaremos —respondía con buen humor y lentamente, porque no podía hablar rápido—. ¡Los vamos a colgar! ¡Así es como pasará a manos de Jesucristo su vicario, que lo juzgará en el otro mundo!

Y se reían, viendo al hombre tonsurado forcejear en la horca.

Todo había cambiado; los tiempos eran otros; las excomuniones ahora eran simples papeles garabateados; los privilegios de la Iglesia eran una tradición. El rey permanecía allí, con la mirada fija en la horca, ¡riendo!

«Y el pueblo decía que jamás se habían visto diez años como los del reinado del rey Don Pedro en Portugal.» (Fernão Lopes)

* * *

La nobleza no tiene una historia tan importante como la del clero. Las peculiares condiciones de la constitución del reino portugués agravaron aún más los obstáculos, ya existentes en toda España, para la plena formación del feudalismo. Todos los conflictos de la nobleza con la corona no se originan en una cuestión de ambición política, ni en una idea definida de emancipación revolucionaria, como la del clero, sino en la avaricia, la codicia y la brutalidad personal de los hombres, entre los que cabe incluir también a los reyes.

Aparte de las revueltas en Oporto y las guerras entre Braganza y otros municipios de Trás-os-Montes por el señorío de Lamas, nada en Portugal sugiere una descentralización del poder político similar a la que se produjo fuera de nuestras fronteras.

Pocos son los conflictos entre el rey y los barones que no tenían su origen en el origen de los realengos. Distantes y, por lo tanto, con menor poder, los nobles locales no dudaban en reclamar como propias las tierras vecinas del rey y apoderarse violentamente de ellas. Además, los nobles falsificaban títulos e inventaban donaciones para reclamar territorios sujetos a la justicia real. De estas causas surgían conflictos inextricables que solo la fuerza resolvía. Cuando el mayordomo o el alguacil del rey aparecían para cobrar un tributo o reclamar un prisionero, el noble, usurpador de la tierra o del privilegio, salía con sus hombres: «*Cá por aquí é honra!*», y los ahorcaba. Los ahorcaba, o los mataba de forma aún más bárbara. A un portero que iba a apoderarse de una propiedad le cortaron las manos y luego lo asesinaron. A otro, atado a la cola de un caballo, lo arrastraron al galope, pisoteando todo la *honra*. A otro fue *pendurado pelos braços*; En otra ocasión, el noble *prendidit eos per gargantas*: los juicios eran tan bárbaros como su latín.

El robo y el asesinato componen la epopeya aristocrática, cuyos amores son estupro, violaciones y adulterios; cuyo espíritu es la avaricia y la perfidia. Apoderarse de las tierras del rey es la principal empresa de la caballería en Portugal. Y el rey no vale más que los caballeros. ¿Cuántas veces, en realidad, su intervención no sería una usurpación? ¿Cuántas veces la brutal ira del noble no tendría un fundamento justo? Alfonso II pasa la mitad de su reinado despojando a sus hermanos de su herencia; y todo el tiempo indagando sobre el fundamento legal de la posesión de dominios aristocráticos: uno se hace una idea de la regularidad del segundo proceso, después de haber observado la primera hazaña. La confusión es tan grande que el rey Dionis (1309) decide abolir todos los *honores* posteriores a 1290.

Fue también durante su reinado cuando otro acto de gran alcance disminuyó el poder de la nobleza, de manera análoga a lo ocurrido con el clero. Así como el clero tenía su máxima autoridad fuera de la nación, en Roma, las órdenes militares, establecidas en Portugal, tenían sus autoridades fuera del reino. La nacionalización de las órdenes militares (1310) fue equivalente a lo que se había

logrado con las asambleas del clero. El *Templo*, poderosa institución destruida por Clemente V, legó sus bienes al *Hospital*, pero los tres reyes de Castilla, Aragón y Portugal, *como todos tres fuésemos uno a catar nuestro drecho*, lograron nacionalizar los bienes de los templarios. Fue con ellos que el rey Dionis fundó la Orden de Cristo portuguesa.

* * *

Los monjes militares desempeñaron un papel importante en la reconstrucción económica de los territorios portugueses. Desde los primeros tiempos, las Órdenes de Jerusalén se habían encargado de la tutela de numerosos asentamientos. El Templo, el Hospital y el Sepulcro recibieron abundantes donaciones; y Alfonso Henriques concedió al primero un tercio de todas las conquistas al sur del río Tajo. La falta de fuerzas para llevar a cabo las grandes empresas de Lisboa, Alcácer y Silves, puntos decisivos en la conquista del sur del reino, fue subsanada por los cruzados; pero las flotas partieron con el botín, y los cristianos, solos, no pudieron conservar lo que habían adquirido. Esta fue la razón de la concesión permanente de tierras a las Órdenes militares. Como hemos visto, Sancho II extendió las fronteras del reino por la región del Alto Alentejo; y, careciendo de recursos para mantener sus conquistas, llamó al reino a los caballeros de Santiago y Calatrava, cuyo señorío era castellano.

Esta era la única manera de guarnecer los castillos dispersos por las vastas y desoladas llanuras del sur del reino. La inestabilidad del dominio y la escasez de población —cuyas consecuencias aún se sienten hoy en día— impidieron la expansión de la agricultura; y, ante la falta de productos agrícolas, cristianos y sarracenos tuvieron que recurrir a un sistema de incursiones y campamentos permanentes. Al igual que en la Serbia actual, el campesino trabajaba armado en la limitada superficie cultivada alrededor de las plazas fortificadas. Además de la constante ocupación de *alancear mouros*, estaban las grandes aceifas anuales, que se llevaban a cabo cuando las cosechas estaban maduras; esto hacía que la agricultura fuera precaria e insegura. Todas estas causas, combinadas, dieron como resultado la devastación generalizada, ya consumada en la época de la que hablamos. En las cartas de los primeros siglos de la monarquía, los límites de los municipios estaban delimitados por un afloramiento rocoso en lo alto de las montañas, por un roble aislado, por el antiguo camino morisco, por una piedra de un color distinto: nunca por casas, pueblos o granjas.

El norte del reino, protegido de las invasiones y defendido por las estratégicas líneas de los ríos Tajo y Mondego, no había sido, durante siglos, escenario de guerras santas. Las depredaciones, menos extendidas y menos frecuentes, solo se debían allí a las disputas entre señores y a las guerras civiles. Alfonso II ordenó la destrucción de las propiedades del arzobispo de Braga. Las guerras entre los hijos de Sancho I, los disturbios que acompañaron la caída de Sancho II, la rebelión armada de Alfonso IV contra su padre y la del viudo de Inés de Castro, sin duda trajeron ruina y desastre; pero nada comparable a las devastaciones del sur; ni siquiera a las atrocidades de los primeros tiempos, cuando la ambición de conquistar Galicia convirtió la región del Miño en escenario de luchas casi constantes con León.

Las guerras castellanas de la época del rey Fernando se desarrollan en un nuevo escenario, pues el antiguo Condado de Portugal ya había sido reducido a la categoría de provincia portuguesa. El corazón del reino se encuentra en Lisboa, la tierra predilecta del rey Dionis, *ca hy nascera, hy fora criado y bautizado, e hy fora rey*. Ni el norte del río Mondego, rico y poblado, ni el sur del río Sado, demasiado agreste e inhóspito, atraen la atención administrativa de los gobiernos. Todos los recursos se destinan al centro del reino, para su renovación y cultivo, y al desarrollo de la navegación y el comercio a través del magnífico puerto, donde todos los barcos que viajaban desde los mares del norte al Mediterráneo acudían a reabastecerse desde que Lisboa se convirtió al cristianismo. El rey Dionis firmó el primer tratado mercantil con Inglaterra (1308). Armadores de Normandía, Flandes e Inglaterra ya frecuentaban el río Tajo para comerciar a finales del siglo XIII. Y las preocupaciones de los reyes no se limitaban simplemente a favorecer este comercio, ya que

los vastos bosques de pinos plantados a lo largo de la costa estaban destinados a proporcionar madera para la construcción naval y, al mismo tiempo, a defender la tierra de la invasión de las dunas en la costa entre los ríos Tajo y Mondego.

El último de esta serie de fenómenos, que demuestran la creciente formación de un organismo nacional, es la aparición de Lisboa, la ciudad amada, como centro de actividad marítima y comercial. Definitivamente separado de León, olvidadas las ambiciones de absorber Galicia, completado geográficamente hasta el mar del Algarve, rota la dependencia feudal de Roma, nacionalizados el clero y las órdenes militares, fortalecido el poder de los reyes e iniciada la organización de la justicia, de la administración y de la enseñanza, el cuerpo de la nación portuguesa, hasta entonces acéfalo, encontró su capital en Lisboa. La ciudad a orillas del Tajo ofreció más que un centro de vida orgánica; le dio un destino definido, marítimo, a una nación en tierra española, que no tenía razón de ser, ni por una naturaleza homogénea y especial de sus habitantes, ni por la conformación especial y autónoma de su territorio.

Corinto o Venecia de Occidente, Lisboa, *grande cidade de muytas e desvairadas gentes*, era más que la capital del reino: era la razón de ser de su independencia.

IV. LA CRISIS.

Cuando Portugal finalmente se encaminaba hacia una constitución rápida y definitiva, el azar quiso que el trono recayera por herencia en un príncipe de cualidades débiles, pero atractivas.

*Do justo e duro Pedro nasce o brando,
(Vede da natureza o desconcerto!)
Remisso e sem cuidado algum Fernando.*¹²

El hijo de Pedro I fue una criatura infeliz, desequilibrada en sus cualidades y defectos. Ciertamente no era el hombre que la nación necesitaba para consolidar plenamente su independencia; y en cierto sentido, puede decirse que las condiciones en las que se encontraba fueron la causa de los males que tanto padeció. Careció de la firmeza necesaria para llevar a cabo los planes concebidos por una inteligencia perspicaz. Era inventivo, pero quimérico. Midió el alcance de sus actos y pensamientos, pero no supo sopesar el valor de los medios. El conjunto de leyes que promulgó para promover la navegación y el comercio honrará eternamente su inteligencia y la aguda percepción con la que vio en el desarrollo marítimo el futuro de la nación. La considerable labor de fortificación de la capital (1377) contribuye también a demostrar que reconocía la certeza —que él aprendió duramente— de que Portugal ya era, y siempre sería, Lisboa.

Los estudiosos modernos lo acusan de haber deteriorado la moneda: ¿qué otro remedio existía entonces contra la escasez del tesoro? ¿Qué otros ejemplos dieron los demás príncipes? ¿Qué otro ejemplo damos aún hoy, cuando, para no restringir el peso ni disminuir la pureza del oro, acuñamos papel moneda? Lo acusan porque ordenó la recaudación de impuestos sobre todo (1375); ¿y qué otro remedio existía, con la limitada ciencia de la época, contra los monopolios y la usura, más dañinos que las batallas en tiempos de guerra? Fijar los precios de los bienes y los salarios fue una medida aplaudida casi hasta nuestros días; obligar a los terratenientes a vender su grano y determinar la distribución del botín fueron actos de salvación pública que, después del rey Fernando y siempre, se han repetido y se seguirán repitiendo siempre que una crisis obligue a suspender las garantías o la justicia civil. Pero el rey que devaluó la moneda y ordenó la inspección del mercado de todas las cosas fue el mismo que creó el seguro marítimo en Lisboa. Fue él quien fundó la marina mercante nacional; fue él quien, mirando hacia el mar, no olvidó la tierra, obligando a los propietarios de las llanuras del Alentejo a cultivarlas o arrendarlas. El gobierno del rey Fernando es de corte cesarista. El desarrollo político y económico de la nación la condujo a un momento de crisis orgánica, que pronto se transformó en una crisis militar y dinástica.

El pobre rey, tan bondadoso y tan sagaz, tenía, sin embargo, una debilidad que lo arruinaba todo: estaba loco por las mujeres. Singular en la Edad Media, la figura del rey Fernando parece situarse al final de una era histórica, como un indicio y un tipo mal esbozado de personajes futuros. Quizás superior en inteligencia, por eso era tan desencantado en su modo de proceder. Quizás el nombre de escéptico le conviniera: una especie moral que el desarrollo de la inteligencia, sin el desarrollo paralelo de la voluntad ni del carácter, hace tan común en nuestros días. Por último, sin embargo, el rey Fernando era bondadoso en demasía: tenía un fondo sincero que le perdió, porque su cinismo no se combinaba con la indiferencia. En el fondo, era un pobre hombre con talento. Este tipo de individuo siempre es comprensivo; y por eso el pueblo, aunque se burlaba de él, nunca lo odió. Sus debilidades, placeres y amores siempre eran criticados con benevolencia. El pueblo sabía

¹² Del justo y severo Pedro nació el gentil (¡vean el desconcierto de la naturaleza!), el descuidado y negligente Fernando.

que el carácter del rey no era perverso. No podían respetarlo ni temerlo, sino sonreír amigablemente ante sus extravagancias. Era el hijo pródigo de la nación.

A sus cualidades y simpáticos vicios añadía el ser apuesto, ágil, caballeroso como los buenos, caritativo, afable; *gram criador de fidalgos e muito companheiro com elles; cavalgante, torneador, grande justador e lançador atavolado* —el juego era una de las prendas del noble antiguo—, generoso con todos y un gran anfitrión para los extranjeros. Amaba a todos, pero de una manera familiar y sencilla que no inspiraba respeto. Los reyes extranjeros, al conocerlo tan singularmente bueno y sencillo, se reían de él.

Era un hombre infeliz, en el sentido popular de la expresión en castellano. Lo daba todo por la caza: una pasión desenfrenada. Tenía nada menos que cuarenta y cinco halconeros ballesteros, y no estaba satisfecho: quería poblar con ellos una calle entera de Santarém. Cuando mandaba a buscar aves, nunca le traían menos de cincuenta, entre azores y halcones, gerifaltes y neblíes, todos de primera calidad. Tenía un regimiento de moros para cazar garzas y otras aves que acudían a las lagunas en busca de alimento. No perdonaba nada, ni siquiera a las inocentes palomas. Eran una legión sus jaurías de perros para cazar conejos, zorros y liebres. Perseguir liebres o disparar a palomas era su *grande sabor e desenfadamento*. La pasión de su abuelo Henriques había sido perseguir moros y disparar a las almenas de los castillos: los tiempos y los ánimos eran completamente distintos ahora.

Sin embargo, no era la caza lo que perdía al rey. Siempre enamorado y mujeriego (*amador de mulheres e achegador a ellas*, según F. Lopes), tenía una naturaleza tierna y afectuosa. Le gustaban las faldas y acariciar la piel suave y turgente de los pechos femeninos. La carnalidad lo arrastraba a los mayores excesos, y es probable que fuera ingenuamente vicioso. Tenía una sola hermana, la infanta D. Beatriz, a quien ofreció en matrimonio cinco veces y rechazó otras tantas a diversos príncipes, en las diversas alianzas políticas que su fértil imaginación creaba, y que su invencible indolencia descartaba rápidamente. La corte de esta hermana era un semillero de damas, donde el rey satisfacía constantemente sus gustos mujeriegos. Fue en esta corte donde vio y se enamoró perdidamente de Leonor Telles. Parece, sin embargo, que antes de esto no había amado; porque es característico de temperamentos como el del rey carecer de pasiones. Su deleite era el disfrute indolente de las caricias y la ternura femeninas, no el amor. Por lo tanto, nada probaba la *suspeita desonesta que alguns tinham da virgindade da infanta ser por elle minguada*. El rey se contentaba con *os jogos e fallas tão a meude misturadas com beijos e abraços e outros desenfados de similhante preço*. Sólo los corazones fuertes se entregan al amor y a la locura.

Don Fernando carecía de ese carácter viril. Personaje singular, perspicaz, ingenioso, bondadoso y afable; carecía de la pasión que caracteriza a los hombres y de la voluntad que define a los reyes. Era una indolencia hecha de espíritu y sensualidad; un ser romántico y compasivo; una mujer, débil e inteligente, sentada en el trono. Leonor Telles lo conquistó porque tenía el temperamento de un hombre; y el secreto de esta tenaz alianza no reside en la pasión del rey, sino en la inversión de las personas y de los sexos. Ella se convirtió en rey; él en el amante, pasivo, indolente y sensual.

* * *

El reinado de Don Fernando estuvo marcado por una serie de guerras con el vecino reino de Castilla. Las numerosas desgracias de estas empresas temerarias tuvieron el efecto positivo de afirmar definitivamente la independencia formal y positiva de la nación, como lo demuestra la batalla de Aljubarrota. Al igual que ciertas enfermedades agudas que azotan a un hombre de temperamento indeciso y constitución débil en la edad de la virilidad, y que provocan una revolución orgánica que fija y consolida la salud, así también las guerras castellanas del rey Fernando constituyeron una crisis para la nación. Su destino vacilante, sus órganos apenas formados, sufrieron la prueba de la violenta convulsión. Las antiguas, ahora anacrónicas, tentaciones de conquistar Galicia despertaron una vez más; el reino fue invadido más de una vez; la

miseria, la ruina, la devastación y la penuria afligen el cuerpo de la nación como una fiebre ardiente. Ciertamente, le falta un rey que la lidere, un hombre fuerte que la represente y la guíe. Pero este mismo hecho contribuye a caracterizar la crisis, demostrando que la vitalidad colectiva ya existía y no provenía únicamente de la imposición de la fuerza militar. Portugal se había convertido, en dos siglos, en una amalgama de pueblos guerreros, cuya unidad radicaba en el genio de sus barones; un organismo donde la conciencia de una vida colectiva era real y definida. Tal es, a nuestro juicio, el mérito de esta revolución nacional, cuyo supuesto líder, el Maestro de Avís, es más instrumento que héroe.

Pero no adelantemos los hechos.

El rey Fernando consideró conveniente apoyar la usurpación del trono de Castilla por Enrique de Trastámara, cuando el poder del rey Don Pedro aún era suficiente para derrotar a su rival en Nájera. Tras el derrocamiento del rey caído por parte del usurpador, que regresó de Francia con la ayuda de Duguesclin, Fernando consideró conveniente aliarse con los aragoneses y los moros de Granada contra el victorioso Trastámara. Había urdido el plan quimérico de luchar tanto con el vencido como con el vencedor y, superándolos a ambos, ocupar el trono de Castilla, del cual prometió una parte a los aragoneses y otra a los granadinos. La empresa no se apartaba de los precedentes históricos, pues el régimen político de España, fragmentada en varias monarquías, era un sistema de saqueo sucesivo de reinos. Sin embargo, era quimérica por dos razones: una desconocida entonces y otra evidente: la incapacidad del rey y el fatal giro del destino que predestinó a España a una solución unificada. Si Portugal logró escapar a los preceptos de este destino, se lo debió al hecho de que, al obtener Lisboa, se convirtió en una nación más cosmopolita, comercial y marítima que propiamente española: otra Holanda, dentro del cuerpo de otra Alemania.

La política de Don Fernando fue, por lo tanto, históricamente insensata, una falta que sería absurdo atribuirle al rey; pero también era absurda a nivel personal, pues sus planes eran quimeras tan pronto surgidas como abandonadas. ¿Acaso el rey tenía la idea, más o menos definida, de sustituir al castellano en la labor de unificación política de los estados peninsulares? Nada nos permite suponerlo; y además, tal idea aún no estaba del todo clara para los monarcas de Castilla.

Lo cierto es que Don Fernando declaró la guerra e inició la campaña invadiendo Galicia (1369); *mas sua ida foi de tal guisa que mais sua honra fora não ir alla dessa vegada*. Muchos barones gallegos acudieron a recibirlo y aclamarlo. ¿Tradiciones de otras épocas? ¿Acaso aún latentes ambiciones de independencia, que en más de una ocasión habían considerado afines a la soberanía de Portugal? Es probable; pero también es seguro que el saqueo fue el motivo inmediato de su adhesión: *muytos vinham-se a ele e pediam-lhe os bees dos que se iam para D. Henrique, o que era dado ledamente*. El enemigo, de Castilla, hizo lo mismo. El conde Andeiro fue el más ferviente de los partidarios gallegos del rey Fernando. Salió a su encuentro, gritando con entusiasmo: *hu vem aqui meu senhor El rey D. Fernando?* Y el rey, espoleando su caballo, radiante y feliz por tan fácil conquista, al verse ya sentado en el trono de Castilla, avanzó, respondiendo: *Soy Eu som! Eu som!* La invasión fue un paseo hasta La Coruña; pero ni el conde ni el rey sospechaban lo caro que pagarían por los placeres de aquellos breves días.

El castellano avanza por Galicia, y Don Fernando corre a esconderse en Coímbra. La devastadora invasión llega a Braga y Guimarães, atravesando toda la región del Miño. Toda la provincia clama por el socorro: ¡Que venga el rey, contra los castellanos! El rey, indeciso e indolente, aguardaba el cumplimiento de su quimera: no hay necesidad de luchar; toda Castilla se le entregará, como se le entregó con los brazos abiertos Galicia. Mientras tanto, paseaba con el ejército entre Santarém y Lisboa. Iba, venía, avanzaba y retrocedía, tan desconcertado que la gente de la capital ya se reía de sus paseos: *exvollo vae, exvollo vem!*

Finalmente, en Coímbra —ciudad que resultó fatal para ambos Fernandos— decidió acudir al río Miño, cuando el rey de Castilla, tras arrasarlo todo, ya se había retirado al otro lado de la frontera. Sin embargo, a lo largo de la frontera, la batalla continuó, al igual que el bloqueo

marítimo: Portugal ya contaba con flotas. Pero la guerra se prolongó, y Castilla, sin duda alguna, no lo llamaba para ser su rey. Comenzó a *assentar-se del a covardice*; abandonó a sus aliados; y, molesto y desilusionado en esta ocasión, firmó el Tratado de Alcoutim.

Su quimera, sin embargo, sólo le dejó en paz durante tres años.

Don Pedro murió en Montiel, asesinado por Trastámara (1369). La hija mayor del difunto estaba casada con el duque Juan de Lancaster, de la Casa de Inglaterra; de ahí surgieron sus pretensiones al trono castellano y el feroz duelo que Inglaterra y Francia libraron en España durante muchos años. La influencia francesa era dominante en Castilla; y pronto, en las sucesivas convulsiones, la alianza inglesa se impuso en Portugal. Don Fernando, movido por el deseo de venganza o aún aferrado a sus antiguas ambiciones, y con la esperanza de engañar a su aliado, firmó en Braga (1372) el tratado de alianza con los ingleses contra los castellanos. Enrique de Trastámara, en cuya corte había varios nobles portugueses, al igual que los gallegos de la invasión anterior habían estado con el rey Fernando, envió a Pacheco (el tercer asesino de Doña Inés de Castro) para comprobar si el rey estaba realmente preparado para la guerra. Su carácter era tan voluble que el castellano seguía sin creerle. Pacheco regresó, tras su espionaje: sin duda, el rey estaba listo para la campaña. Entonces Enrique, amablemente, le pidió que abandonara esta quimera e le instó a la paz. Su enemigo, instigado por las *hespanholadas* de Alfonso Tello, vio debilidad en la insistencia. Inútiles las conversaciones, el rey de Castilla prefirió invadir a ser invadido; y rápidamente entró por Beira (1372) y atacó Lisboa, asediada al mismo tiempo en el mar por una escuadra que había partido de Sevillassimultáneamente (1373).

¿Qué hacía Don Fernando? Desde lo alto de las murallas de Santarém, donde se había encerrado, observaba pasar al ejército enemigo sin atreverse a mover. Dos razones se lo impedían. Esperaba la ayuda inglesa en cualquier momento; y si el botín de esta guerra le correspondía, sería bueno que él mismo lo disputara. Sin embargo, permitir que el reino fuera invadido de esa manera, sitiar la capital, abandonar al pueblo, abandonar Lisboa, era sin duda vergonzoso; pero ¿y si, en esos días, Leonor Telles, embarazada, estuviera en cama, de parto? ¿Cómo podía el pobre rey atender a ambos deberes? ¿A quién debía obedecer primero: al tirano político, la corona, o al tirano doméstico, la reina? Como todos los débiles, eligió a la más cercana; hizo oídos sordos a los clamores de la nación, para atender solo a los suspiros de la enferma. No lo hizo por pasión, sino por indolencia: al fin y al cabo, ¡esperaba que Lisboa siempre resistiera, que siempre supiera defenderse!

En efecto, no se equivocaba. La ciudad valía mucho más que el rey. Al ver acercarse al castellano, se volvió temeraria, pues pretendía defender las afueras con barricadas, extramuros. Lisboa ofrecía la homogeneidad de la resistencia; y en vano intentaron Don Dionis, el príncipe que había huido a Castilla por condenar la boda de Leonor Telles; en vano intentaron Pacheco y los demás portugueses de Don Enrique convencer al pueblo de Lisboa de las ventajas de la rendición. No estábamos en el norte, medio gallego, donde la idea de nacionalidad flotaba indecisa a ambos lados del Miño; estábamos en el corazón del país, en una tierra sin tradiciones leonesas, que nunca fue *separada*, que nunca obedeció a otro rey que al portugués, a quien debe lo que es. Los intentos de Don Dionis, Pacheco y los demás fueron inútiles, y el ejército se aproximó. Entonces quedó claro lo temerario que era defender las afueras; y apresuradamente, todos se replegaron al interior de las murallas. La multitud se precipitó hacia las puertas, encorvada bajo el peso de sus bultos y arcones, donde habían guardado lo más preciado: familias enteras llegaban en grupos, madres llorando, arrastrando hileras de niños, atónitos ante tal panorama. Los castellanos ya entraban en las aldeas y granjas de los alrededores: el fuego aún ardía en la chimenea, la puerta estaba abierta, las habitaciones vacías. Arrasaron y quemaron todo, desde la hierba hasta los tejados.

La cobardía del rey había vuelto a apoderarse de él; y como el inglés no acudió en su ayuda, aceptó la paz y partió de Santarém hacia Vallada para firmarla (1373). *Quanto eu haarricado venho!*, exclamó riendo a su regreso. En efecto, no deseaba ningún mal a Don Enrique; y, si la

empresa fracasaba, lo mejor era mostrarse optimista y poner fin, de una vez por todas, al gran sufrimiento que Lisboa padecía durante el asedio. Además, le agradaba su enemigo, tanto, que le concedió a su hermana Doña Beatriz, para que se casara con el hermano del castellano, Sancho. Triste destino el de esta princesa, que estaba en manos del rey como los juguetes que los niños dan, toman y devuelven según sus caprichos infantiles.

El mismo método que empleó con su hermana, estaba reservado para su hija, la otra Beatriz, nacida en Santarém durante la invasión anterior. Enrique de Trastámara había fallecido; y el heredero, Juan I, con la idea de unir las dos coronas de Castilla y Portugal, había pedido a Don Fernando, que no tenía otro hijo, la mano de la pequeña Beatriz; a lo que éste accedió, celebrándose el compromiso, porque aún era demasiado pronto para el matrimonio: la niña tendría ocho años, como mucho.

Pero el rey, dice el cronista, siempre mantenía sus tratos con los ingleses tan secretamente como podía. ¿Qué tratos eran estos? Se trataba de la alianza con Lancaster, mediante la que Don Fernando quizás aún veía la posibilidad de realizar su quimera. El conde Andeiro, que en la primera guerra había abierto Galicia a los portugueses, se había exiliado en Inglaterra, en ocasión de Alcoutim, a petición de los castellanos. Andeiro era el confidente del rey y su agente ante Lancaster. Llegó desde Inglaterra, en secreto, a Estremoz, donde el rey se encontraba entonces: trajo nuevos tratos y acuerdos, con la promesa de una delegación. El rey lo aceptó todo con facilidad y garantizó al duque inglés la mano de su hija prometida al rey de Castilla.

Esta vez decidió proceder con energía. Los castellanos, sin embargo, ya al tanto de todo, habían ordenado que las escaramuzas comenzaran en las fronteras entre los ríos Tajo y Guadiana, escenario de las hazañas de Nunalvares (el futuro condestable, que ahora comenzaba su epopeya), mientras desplegaba la mayor parte de sus fuerzas para la campaña de Lisboa. La energía de los portugueses se centró en enviar la escuadra a Sevilla para aniquilar al enemigo. De hecho, mientras controlara el Tajo, Lisboa no podría ser sitiada eficazmente. Pero la *sandía presumpção* de Alfonso Tello le costó la escuadra en Saltes (1381). La victoriosa armada castellana entró en el Tajo, llevando a bordo al infante Don Juan, hermano del rey, hijo de Don Pedro el Cruel, quien se había refugiado allí tras haber asesinado a su esposa, María Telles, hermana de Leonor: también le habían ofrecido la mano de la joven Beatriz, y la ambición le perderá. Juan repite las palabras de Don Dionis en la campaña anterior; pero, desdichado, es recibido a tiros. Las andanadas expresaban elocuentemente la independencia de Lisboa. Y el príncipe humillado volvió a Castilla con la negativa formal de todas las sediciones que había anunciado y prometido.

Finalmente, Lancaster llegó por mar con sus hombres, avivando aún más la guerra que ya asolaba el Alentejo. Castilla se había declarado a favor del papa de Aviñón, Clemente VII; los ingleses y el rey Don Fernando se declararon a favor del papa de Roma, Urbano VI. La religión exacerbaba los odios de los combatientes. Y los ingleses del duque, mercenarios y bárbaros del inhóspito norte, se lanzaron a esta parte del sur como lobos hambrientos ante un festín. Estos ingleses, según relata el cronista, no vinieron a defender la tierra, sino a destruirla y a sembrar el mal, matando, robando y violando mujeres. Y no se limitaron a eso. En una guerra que les era indiferente, tanto en sus causas como en sus motivos, entre pueblos enemigos a los que no distinguían, todos eran enemigos para ellos, y ese era su objetivo constante. Emprendieron guerras por iniciativa propia, para saquear. Arrebataron Monsarás, Redondo y Évora a los portugueses. Y la población, desesperada, recurrió finalmente al método peninsular clásico de ataques sorpresa y asesinatos. El pueblo comenzó a matar innecesariamente a muchos, hasta el punto de que más de un tercio fueron enterrados en los campos y aldeas del Alentejo. En la extraordinaria confusión en la que la indolencia y las quimeras del rey sumieron al país, cada uno luchó por sí mismo, con el único fin de defenderse.

Si los ingleses dejaron algo por robar o algún campo por quemar alrededor del Tajo, los castellanos de la flota, desembarcando cuando el ejército anglo-portugués hubo subido a Évora para

enfrentarse al enemigo, culminaron la destrucción en una incursión monumental que no perdonó eras ni riberas, árboles ni animales. Alrededor de las murallas de Lisboa, todo era un desierto árido y asolado.

Por tercera vez, la cobardía se apoderó del rey; y sin luchar, dando la espalda a los ingleses, engañado, firmó la paz de Badajoz con los castellanos (1381). De nuevo, la infanta Doña Beatriz fue prometida a otro pretendiente, Fernando de Castilla, que sin embargo no llegó a ser su esposo; pues, al regresar a casa el rey Don Juan, victorioso y viudo, persistió en su antiguo plan de unir los reinos. El matrimonio de su hija con el monarca vecino, ya enfermo, es el último y más insensato de los actos de Don Fernando. Con él, la dinastía se extinguió; y por herencia, desde su lecho de muerte, legó a la nación que, a pesar de su profundo dolor, aún lo amaba, poniendo en peligro su independencia.

* * *

Fue en el vivero femenino de la corte de su hermana donde el rey Don Fernando vio a Leonor Telles. Ella fue la tercera Leonor que eligía como compañera y, para su desgracia, la única que obtuvo. La primera, de Aragón, fue rechazada por su astuto padre, quien percibió lo defectuoso y débil que era el carácter de su pretendiente yerno. La segunda, de Castilla, fue repudiada en cuanto vio a la tercera y se enamoró de ella.

María Telles, hermana de Leonor, era dama de compañía de la infanta Beatriz; Leonor, casada, vivía en su casa solariega de Beira. Estaba de paso por Lisboa, visitando a su hermana, cuando el rey la vio. ¿Cómo comenzó este romance? Los antecedentes del rey y el carácter de la futura reina sugieren claramente que no debió tratarse de una de esas pasiones repentinas, comunes entre los hombres de armas, de las que el rey Fernando era incapaz, al igual que Leonor Telles.

La ambición fría y calculadora era común a ambas hermanas. La dama de compañía de la Infanta, de quien el desdichado y loco príncipe Juan se había enamorado perdidamente, había preparado cuidadosamente una entrevista para él esa noche en su habitación. Cuando el Infante llegó, consumido por el amor, vio un altar y un sacerdote ante su lecho. «Casémonos primero, luego nos amaremos.» El Infante, cegado por la pasión, se casó por amor; pero la dama de compañía pagó más tarde con su vida por el error de jugar con fuego.

Leonor Telles poseía conocimientos suficientes para enseñar: no necesitaba las lecciones de su hermana. Percibió que el rey, en su frivolidad, la prefería a la propia infanta; pero el papel de amante no le convenía: anhelaba el de reina. Permaneció allí, y con sus tentaciones avivó la inclinación del sensual y pasivo monarca. Era bella, atractiva y de buena figura. D. Fernando se acostumbró a los encantos de la sirena; y, en los débiles, la costumbre engendra necesidades feroces a las que sacrifican todo. Con el tiempo, la idea de que Leonor estuviera casada, y naturalmente la insistencia con la que, con seriedad y afectación de decoro, hablaba de la necesidad de volver a casa con su esposo, hicieron que el rey sintiera la imposibilidad de romper con la costumbre de sus amores inocentes y tiernos. La indolencia es mucho más obstinada en sus exigencias que la fuerza; una costumbre sensual tiene mayor tenacidad que una pasión: Leonor Telles debía saberlo perfectamente. El momento decisivo se acercaba: ya no podía permanecer en Lisboa, su esposo la llamaba, las lenguas maliciosas podían hablar...

El rey recordó entonces que aquello podía servirle para algo: rompería el matrimonio, pues una dama tan noble y casta no podía ser su amante. El rey Fernando, el ingenuo, no albergaba ni una pizca de cinismo. Habló seriamente, en privado, con su hermana. Por muy femenina que fuera, este asunto era más serio que una guerra con Castilla por el repudio de la princesa que le habían prometido en los Tratados de Alcoutim. El pueblo decía que al rey le habría convenido más conservarla un tiempo y luego casarse con otra. ¡Buen consejo! Para alguien que vivía completamente inmerso en la atmósfera femenina y delicada de la corte de doña Beatriz, donde reinaba María Telles. ¡Como si María y Leonor no fueran damas excelentes, modestas, pero seductoras en su tierna dignidad!

María puso la condición del matrimonio; Leonor Telles concedió que mucho quería al rey, pero aun quería más a su nombre. Lo organizaron todo en secreto y se dirigieron clandestinamente al norte para casarse (1371) en Leça do Bailio, cerca de Oporto: en realidad, temían Lisboa. Cuando regresaron a la corte y se confirmaron los rumores, se agitaron las opiniones en la capital. El pueblo llano acusaba al rey con odio visceral; pero también había personas experimentadas que observaron con calma que «no era de extrañar; algo similar les había sucedido a otros; todo hombre enamorado comete una especie de locura; el amor es como el dolor, que duele y no duele al mismo tiempo». Muchos se burlaron del desdichado esposo que, sensatamente, había huido a Castilla, y de la facilidad con la que el papa concertaba y disolvía matrimonios. Esta complicidad entre religión y amor no contribuyó en absoluto a aumentar el respeto por la Iglesia. En resumen, dado que las risas entraron en escena, el odio popular no fue muy intenso. Lisboa aguardaba el desenlace de aquella comedia y aguzaba el juicio sobre el carácter de la reina. Nadie sabía aún cuántas mañas guardaba.

Pero no todos fueron tan pacientes; y parte del pueblo decidió exigir responsabilidades, reclamar garantías e incluso protestar: estas personas percibían la maldad de la reina. La cobardía se apoderó del rey, y Leonor Telles aún no podía contar con su propio partido. Huyeron, pues, en secreto, a Santarém; y el pueblo, engañado, esperó en vano al rey en el atrio de São Domingos, donde se había programado la asamblea. Durante la huida, el afectuoso rey observó: «Miren a esos villanos traidores, cómo se han reunido: sin duda me arrestarían si voy allí». Y no pudo ocultar su temor, acurrucándose en el regazo de la reina, como buscando protección. Leonor Telles sonrió en silencio. Era reina, pero una reina ridiculizada: la venganza la impulsaba, y también su desdén por aquel pobre, perdido y débil rey.

Este primer acto fue sin duda su primer error. Desde el principio, incluso los más indulgentes vieron que no había remedio; y el partido de los enemigos de la reina creció en número y ganó fuerzas y atrevimiento. Ella había puesto en peligro sus planes con un acto imprudente; y todos sus esfuerzos por ganarse la compasión fueron en vano. «Era muy amable y generosa con quien se lo pedía, pero hiciera lo que hiciera, lo arruinaba todo; y su caridad y su astucia no podían ocultar sus actos deshonestos».

En efecto, la reina no mejoró la debilidad del rey ni lo distrajo de sus locuras y desatinos; y, además, era reconocidamente mala. Se la acusó de haber orquestado el asesinato de su hermana a manos de su esposo, el infante; y era de conocimiento público que, en medio de la agitación de la Tercera Guerra de Castilla, había intentado matar al maestre de Avís, falsificando un falso decreto real para tal fin. El pueblo ya la describía como una bestia sanguinaria; y el pueblo sabía cuánto odio reprimido albergaba Lisboa contra aquella miserable, a la que insultaba y se burlaba de ella. Todos se sintieron ofendidos por la forma en que trató al pobre rey, que tanto la amaba, por lo atrevida y habladora que era con él, y por cómo el rey, sumiso e indolente, inclinaba la cabeza y permanecía en silencio. Era una desgracia que había entrado en palacio. Además de cruel, sanguinaria y maleducada, era públicamente deshonesto. Todos sabían que tenía a su amante en palacio, justo delante de las narices de su marido. Y el pobre rey no sospechaba nada, en su ceguera. Cuando Andeiro llegó de Inglaterra con los tratados de Lancaster, en secreto, el rey lo llevó a la torre de su palacio en Estremoz: la sala de la siesta era el dormitorio del conde; y el rey se marchaba, y la reina venía a pasar horas olvidadas a solas con su amante. El rey, hombre de buen corazón, no veía lo que escandalizaba a todos. A ella le importaba poco. Incluso llegó a jactarse de sus desvaríos. Adulterio y crueldad, placer y derramamiento de sangre, se aliaban en esta mente perversa, inteligente y altiva; tan desdeñosa como desvergonzada. Quería establecer, mediante el odio, una fuerza que no podía vencer con amor. Rechazada, acusada y ridiculizada por un pueblo al que quizá deseaba tratar bondadosamente, decidió imponerse a través del odio desenfrenado y la desfachatez de su comportamiento. Era una forma de venganza, a la antigua usanza, siendo a la vez Cleopatra y Semiramis.

En el otoño de 1383, murió el rey Don Fernando; y tan pronto como se cerró el ataúd del difunto, estalló la revolución.

* * *

La revolución de 1383-1385 tuvo el carácter de un juicio divino. La dinastía se arrogó el papel de vengadora: ¡que muera por ello! Mediante una serie de extravagancias políticas y domésticas, el rey Don Fernando había llevado a una crisis la lenta y prolongada labor de la independencia nacional, fundada con una daga por Alfonso Henriques y consolidada con un látigo por Pedro el Cruel. Es cierto que no había cesado de fomentar la cohesión material interna de la nación; pero ¿de qué servía, si la dejaba de nuevo sumida en el problema vital de la sucesión, el problema de la independencia?

Tan pronto como murió el rey, los diferentes actores de la tragedia comenzaron a ocupar sus lugares en la escena.

El castellano encarceló inmediatamente al infante Don Juan en Toledo: el más peligroso de sus rivales, por derecho de herencia; pero perdido a los ojos del pueblo, debido a la mancha del ataque a Lisboa con la flota enemiga.

La reina viuda, considerando que el momento era oportuno, para ganarse la compasión, montó una escena de lágrimas. Había abandonado momentáneamente su política de venganza, ahora que podía perderlo todo si no contaba con el respeto o el amor de su pueblo. No quería entregar el reino a Castilla: quería que su hija fuera aclamada reina, y ella, regente, de hecho, la monarca. Quizás pensaba casarse con Andeiro, a quien parecía amar con todo su corazón: ¿sería este el castigo fatal por sus crímenes, por ser la causa de su caída?

Como la reina conocía la mala opinión que se tenía de ella, «fingió estar muy desconsolada y lloró profusamente. En una habitación oscura, sumida en la tristeza, con lágrimas y sollozos —de los que no carecen las mujeres cuando les son útiles—, lamentó su impotencia, quejándose del gobierno que el rey había dado al reino, ahora pobre e infeliz». (Fernão Lopes.) En su dolor, en su buena voluntad de servir a la nación (para que no se la expulse del trono), está dispuesta a todo. De hecho, la muerte de su esposo la dejó a merced de la voluntad del pueblo. Era obedecida en todo, tanto por el pueblo como por los nobles; pero veía claramente que esta obediencia no era personal, porque nadie la amaba ni la respetaba. De un momento a otro podía perderlo todo. Los lisboetas querían que se formara un consejo de gobierno, compuesto por dos hombres de bien de cada distrito, y ella accedió a esta tutela. Cuando la reina Beatriz, esposa del castellano, fue aclamada, observó los tumultos generales y los votos contradictorios de las ciudades. En Lisboa, la aclamación provocó disputas y conflictos; muchos estaban a favor del infante Don Juan o del infante Don Dionis, que estaban en Castilla; otros gritaban: *Arreal, arreal, cujo for o reino, leval-o-há!* En Santarém el infante Don Juan fue aclamado positivamente. Elvas, incapaz de tomar una decisión en medio de tanta confusión, gritaba: *Arreal, arreal, por Portugal!*

Este era, en efecto, el clamor de la nación: ¡Por Portugal! Nadie gozaba del suficiente favor del pueblo como para merecer una corona disponible y ocupar un trono vacante. Portugal no deseaba que un castellano se sentara en ese trono. La reina tampoco lo deseaba y se esforzaba por ganarse al pueblo y, de hecho, heredar el reino. Una vez organizada la regencia, pensó inmediatamente en la guerra, pues el rey de Castilla ya se preparaba para ocupar Portugal. Nombró a los guardias fronterizos del reino y otorgó al Maestre de Avís el territorio entre los ríos Tajo y Guadiana.

Sin embargo, hubo dos hombres que, en el fondo, protestaron contra todo esto: Nunalvares y Álvaro Paes. El primero es la figura más noble y hermosa que nos legó la Edad Media portuguesa. El tipo cristalizado en los romances, el tipo de caballería y pureza, se había encarnado en la persona del futuro condestable. *Solía escuchar y leer libros de historia, y en especial la historia de Galahad, que contenía la esencia de la Mesa Redonda.* Poseía la nobleza ideal de un caballero y la castidad de un místico. Era un lirio en espíritu, y un león en valentía y generosidad. Durante mucho tiempo

se resistió al deseo de su padre de casarlo, porque las mujeres no le importaban ni le alegraban el corazón. Por todo ello, la infamia de la reina, abrazando a su amante, y las lágrimas fingidas derramadas por su esposo, le ruborizaban las mejillas de vergüenza y lo llenaban de indignación. La indispensable tarea de salvar a Portugal jamás podría llevarse a cabo con una mujer así: Dios no concede grandes hazañas a los impuros. Un día, mientras paseaba solo por el palacio, pensando en el futuro del reino, se le ocurrió que solo la muerte de Andeiro podría poner fin a las desgracias del pueblo.

El caballero tenía entonces 24 años; y este tipo de virtud joven, pura e ingenua era la imagen de una nación, también joven, que aún creía en un futuro cercano. A la indignación de una franqueza vehemente se sumaba la fría sabiduría y el cálculo experimentado del padraastro del futuro Gran Doctor: todo conspiraba para matar a Andeiro, para perder a la reina. Era, en verdad, el juicio de Dios, cuya sentencia, en cuanto se hiciera pública, sería aclamada por toda la nación. Así se lo aseguraron al Maestre de Avís, Álvaro Paes, en Lisboa. La ciudad que Leonor Telles tanto odiaba, y que tanto temía a la reina, hablaba por medio de él. ¿Acaso el autor del plan del 6 de diciembre de 1383 ya pensaba en la fundación de una nueva dinastía? ¿Acaso pretendía sólo asesinar al favorito, aterrorizar a la reina y entregarla, encadenada, al poder de una oligarquía urbana, en la que Lisboa se arrogaría el papel de defensora del reino, al frente de un consejo de gobierno, con el regente vilipendiado y coaccionado, y el Maestre, un hombre sencillo, como instrumento y líder? Era un plan audaz, pero puesto en práctica más de una vez por diversas ciudades opulentas de España. Sin embargo, ¿acaso Álvaro Paes no contaba con la experiencia que los años habían forjado en el Maestre, ni con el carácter generoso y noble de Nunalvares, ni con la fuerza invencible de los futuros textos y doctrinas del gran doctor João das Regras?

Tras acordar el programa del día 6, Álvaro Paes abrazó y besó al Maestre. Ese día, el Maestre fue al palacio a despedirse de la Reina: partía hacia su región fronteriza en el Alentejo. Momentos después regresó, acompañado de algunos nobles. Al preguntarle la Reina, sorprendida, le contestó que la frontera estaba muy densamente poblada, llevaba poca gente, los censos estaban mal y quería comprobarlos...

Leonor Telles se encontraba entonces en su aposento, sentada entre sus damas de compañía, cosiendo en el estrado. Arrodillado a los pies de la reina, Andeiro, de cuerpo bien proporcionado, *lustroso* y viril (de unos cuarenta años), vestido, a pesar del luto, con un jubón de satén y un tabardo de tela negra, sin la arpillera blanca propia de la época, le habló en voz baja. Era una escena familiar, y todo parecía sereno, salvo el tono y el semblante del Maestre y sus acompañantes, de pie, frunciendo el ceño e indecisos, como cuando se planea un crimen.

La reina, inquieta pero fingiendo indiferencia y compostura, llamó al escribano del consejo privado y ordenó que se abriera el libro de vasallos del distrito: que el Maestre eligiera a quien quisiera. El escribano, con el libro abierto en la mano, leyó con indiferencia: «*ítem, Dom...*», etc., pero el Maestre prestó poca atención. Frente a frente, los personajes de la tragedia se miraban con recelo, pero no se confesaban. Quizás solo el escribano, con su tabardo negro y su voz monótona, era sincero. Andeiro se levantó y fue a otra habitación a avisar a sus seguidores; al ver esto, el Maestre temió perderse a sí mismo o perderlo a él. Lo invitó a comer y lo llevó afuera. La reina, entre sus damas de compañía, cosía en el estrado. Había llegado el momento crucial de la crisis; era necesario consumir el acto. El Maestre empujó al Conde hacia la abertura de una ventana. Estaba a punto de hablar; sin embargo, siendo más bien tiempo para matar que para atender, le propinó un fuerte golpe en la cabeza. Desarmado, el desdichado hombre no pudo defenderse; y tan pronto como inclinó la cabeza, partida en dos, sus hombres lo remataron a estocadas. Fue una hazaña astutamente planeada, bárbara y ejecutada cobardemente. Nunalvares, cuando se le ocurrió la misma solución, sin duda pensó en un plan diferente.

Una vez cometido el vil asesinato, comenzó la farsa del tramoyista Álvaro Paes. Enviaron a un paje a gritar por las calles, instando a la gente a socorrer al Maestre, pues lo estaban matando en

el palacio. Mientras tanto, dentro reinaba una gran conmoción. Algunos huían por las ventanas, otros por los tejados; todos corrían como locos, presas del terror, empujándose por los pasillos y entre las puertas. La reina, al enterarse de la muerte de su amante, rugió de rabia, como una bestia a la que le han robado sus cachorros: ¡era su cruel debilidad! Ella también veía su vida en peligro, y quizá en ese momento deseó la muerte. Con valentía, envió un mensaje al Maestre, que descansaba plácidamente en una terraza del palacio, ajeno a la violencia, preguntándole si él también deseaba matarla. Él respondió respetuosamente que no. Era un hombre sencillo, acostumbrado a ver a Leonor Telles como la esposa del rey. Por lo tanto, además de ser muy joven (26 años), no se atrevió a ir tan lejos. Era fogoso y brutal, inaccesible a la nobleza franca de un Nunalvares, y de instintos recios: un instrumento capaz de ejecutar los astutos planes de Álvaro Paes, dispuesto a todo, porque no distinguía claramente la línea que separa la nobleza de la villanía; como, además, les ocurría a casi todos los hombres de armas de la Edad Media. Fue la revolución, sus compañeros y su esposa quienes lo convirtieron, en su madurez, en un rey sabio.

En la calle, Álvaro Paes llegó a caballo (una cosa rara, pues ya era viejo y corpulento) al frente de la procesión de fanáticos, gritando con furia. La turba, asaltando el palacio, derribó las verjas de hierro, trajo escaleras para el asalto y pilas de leña para quemarlo todo. Fue un clamor increíble de insultos y calumnias, dirigidos a la reina. Desde dentro, se temía que el fuego prendiera y que todo terminara en un incendio vengativo. Se agotaban gritando que el Maestre estaba vivo, que Andeiro había muerto; pero nadie los oía entre el clamor de la multitud. Finalmente, el Maestre de Avís apareció en una ventana y fue aclamado: «¡Ven con nosotros —gritaban—, y entrégale esos palacios al diablo!» Allí mismo, a los pies del palacio, se alzaba la Catedral. Era necesario celebrar la fiesta con el repique de las campanas, como exigía el pueblo. pero los sacerdotes, apiñados en lo alto de la torre, no sabían qué querían de ellos: por este crimen el obispo y otros dos fueron arrojados a la calle; y los cadáveres, arrastrados hasta el Rossio, permanecieron allí para ser devorados por los perros.

El Maestre también tenía hambre tras un día tan largo. Fue a comer tranquilamente con Álvaro Paes. El hombre había cumplido su promesa; y, sentados a la mesa, satisfechos con su victoria, le indicó al joven lo que le quedaba por hacer: pedir perdón a la reina después de cenar. ¿Quién sabe?, le diría más tarde, masticando... casarse con ella... Y el Maestre, un pobre bastardo ambicioso y sencillo, vio cómo se abrían ante él horizontes seductores.

En efecto, tras la cena, el Maestre de Avís fue al palacio y, de rodillas, imploró el perdón de la reina. Tal sencillez la dejó atónita. Guardó silencio, sin saber qué responder; y ante la insistencia del pobre hombre, finalmente, con desdén, contestó: «hablemos de otras cosas...» El Maestre se marchó desorientado y apresurado, seguido por sus guardias; cuando la reina, tras ellos, se topó de repente con el cadáver del conde, ensangrentado y cubierto con una vieja alfombra. Ya no pudo contenerse; y su espíritu, perdido, estalló en duras quejas: «¡Entiérrenlo al menos, ya que lo matasteis de forma tan deshonrosa!» No le prestaron atención, ni les importó la imprecación de la reina, y se fueron a sus aposentos; era tiempo perdido.

Al día siguiente, la reina partió hacia Alemquer, consumida por el odio hacia Lisboa: deseaba verla arrasada y quemada, que cayeran lenguas de fuego sobre sus mujeres. Ansiaba venganza, una represalia que hiciera clamar al mundo entero. ¿Qué importancia tenían la nación y la independencia para su alma trastornada? En el absoluto egoísmo de la pasión, lo olvidó todo; y así, cambió el rumbo de su política e invitó al rey de Castilla a tomar posesión de Portugal. Estaba irremediablemente perdida.

Sin embargo, la mayoría de la nobleza la apoyaba, y la baja nobleza constituía entonces el ejército. Algunos no querían colaborar con la revuelta de los plebeyos de Lisboa, ni doblegarse ante el gobierno de Álvaro Paes. Otros eran leales a la legitimidad de la regencia. De quienes no apoyaban a la reina, el resto, junto con gran parte de la burguesía, estaban a favor del infante D. João, encarcelado en Toledo. El plan de Álvaro Paes y el partido del Maestre de Avís fracasaban

estrepitosamente, y desanimado este último decidió abandonar la empresa y huir a Inglaterra, al igual que su sucesor histórico, el Prior de Crato. Sin embargo, pudieron contenerlo. ¿Con qué propósito? Para condenarlo a un segundo acto vergonzoso. Eran incapaces de obrar con audacia, de seguir un plan temerario; y solo uno así podría traer la victoria. Eran incapaces de sentir el pulso violento de una nación fuerte que anhelaba vivir. Sus métodos eran mezquinos, viles y crueles. Se apoderaron del castillo de Lisboa, llevándose consigo a las esposas e hijos de quienes lo defendían para el infante Juan. Reclutaron seguidores, comprándolos con dinero, según la regla de Álvaro Paes: *dar lo que no es tuyo, prometer lo que no tienes y perdonar a quienes te han ofendido*. El saqueo y la impunidad fueron la base de la fuerza del grupo, ya ridículamente apodado los «Mexias de Lisboa». El segundo plan propuesto, para evitar la huida de los Mexias, fue la vieja, común y vulgar idea de Álvaro Paes: casarlo con Leonor Telles. El señor aceptó y le propuso el asunto a la reina, quien respondió con una carcajada. ¿Acaso se podía caer más bajo? No.

Sin embargo, es el pueblo quien crea a los Mesías. Si valen poco o nada, da igual. Son un estandarte en el que la multitud escribe un lema. Van, pero no guían. Portugal, en efecto, estaba generando una revolución mesiánica: clamaba por la salvación; era consciente de que podía y sería salvada. Esta fuerza latente e invencible, sin embargo, era desconocida para la sencillez del Maestre y para el lento instinto de Álvaro Paes. Ambos caminaban alrededor de un faro, como ciegos, sin verlo. Ambos eran como ciertas criaturas de la oscuridad, a las que la falta de necesidad priva de ojos.

Para comprender la gravedad del momento, para concebir la audacia de la revolución, se requería o bien la ingenua franqueza de los fuertes, o bien la refinada sabiduría de los maestros. El de Avís tuvo la fortuna de encontrar a dos hombres que lo coronaron rey y transformaron su ridículo título de *Mexias* en el verdadero y poderoso título de Defensor del Reino, el mesías de la nación (1384).

El reinado de Álvaro Paes llega a su fin cuando el futuro condestable y el gran doctor se hacen cargo, uno de la guerra, el otro de la política. Temerarias y audaces, casi enloquecidas, expresan ambas una sabiduría suprema, pues traducen la voluntad hasta entonces indefinida del pueblo y emplean los únicos medios para su salvación. Nunalvares convierte toda la frontera en un teatro de incesantes campañas; presta poca o ninguna atención a las órdenes del Defensor del Reino; a veces desobedece formalmente; y al ver el Maestre el resultado de las armas del noble capitán, comenzó a reconocer su propia inferioridad; y la natural sencillez de su genio tuvo el bien de abrirle los ojos a la verdad. Aprendió, en las acciones de los demás, a sopesar las suyas, y así adquirió la actitud de un moderador prudente. Sabio fue el arte con el que sopesó los inevitables conflictos de Nunalvares con João das Regras; del caballero idealista y heroico, y del político hábil y consumado; del ingenuo representante de fantasías doradas, con el frío cálculo de las cosas positivas; del último hombre de la Edad Media, con el primero del nuevo Portugal monárquico. Entre ambos, el Maestre de Avís era un péndulo que regulaba las dos fuerzas opuestas.

La política buscaba de nuevo alianzas con Inglaterra, despertando la antigua ambición castellana de la Casa de Lancaster; y la guerra, a veces terrible en batallas, a veces noble, en desafíos y duelos, despertaba la revolución en todo el país. Los grandes hombres, los gobernantes de las tierras, estaban con Castilla o con el infante D. João; pero el pueblo estaba con el Mesías: creían y esperaban el milagro. Se formaron *uniões* espontáneas; y las levass de plebeyos arrebataron para el Maestre los castillos y las ciudades fortificadas, a los señores y a los alcaldes de los concejos.

Gran parte del reino obedecía al gobierno de Lisboa; pero la reina, el rey de Castilla y el ejército invasor, en su marcha hacia la capital, ocupó Coímbra. Leonor Telles acabó allí. Arrepentida por haber convocado al castellano que la despreciaba; reconociendo que, erróneamente, por la precipitación, había forjado con sus propias manos las cadenas de su cautiverio; viendo ahora cuán engañada había sido y cuán error había sido no evaluar correctamente la vitalidad del país, aún

intentó urdir un plan para liberarse, perdiendo a su yerno y a su hija. Sus planes fracasaron; y, disgustada y llena de desesperación, acató la orden de su yerno, quien desde Coímbra ordenó que la encerraran en el monasterio de Tordesillas. ¿Cómo terminaría su vida? ¿Quién sabe? ¿Quizás arrepentida, santamente envuelta en el hábito monástico? ¿Quizás consumida por la desesperación, sin arrepentimiento alguno?

El ejército castellano descendió sobre Lisboa, y este segundo asedio de la capital (1384) fue aún más cruel que el primero, durante el reinado del rey Fernando. El hambre asoló a los heroicos habitantes de Lisboa, que ya estaban enfermos por el estado de lo que comían. La peste, sin embargo, se extendió por los campamentos castellanos, dejando un rastro de cadáveres; y cuando, un día, la reina de Castilla, pretendiente al trono de Portugal, también enfermó, los enemigos levantaron el asedio. El pueblo encontró en esto la fuerza para creer en la protección divina.

Durante más de un año, las guerras continuaron en las provincias periféricas; pero Lisboa, Coímbra y todo el centro del país estaban, en 1385, bajo el control del Maestre. Los actos finales de la revolución estaban a punto de consumarse: las Cortes de Coímbra y la batalla de Aljubarrota.

En Coímbra, el Gran Doctor era el general y el líder. Esta lucha a base de discursos fue diversa, pero no por ello menos encarnizada; pues gran parte de la nobleza, decidida a defender el reino de Castilla, no aclamaba al Maestre de Avís como rey. Legitimistas, se consideraban vinculados al Infante D. João; y la completa unión de los nobles para la defensa ya no existía, puesto que se trataba de consolidar, con una nueva monarquía, la independencia y la constitución definitiva del reino.

El rey de Castilla era cismático y excomulgado, sí, por apoyar a Clemente VII contra Urbano VI; y además, los malos hábitos de Leonor Telles no permitían tener certeza sobre la legitimidad de doña Beatriz. Todos apoyaban a João das Regras, porque nadie quería al castellano. «Dom João — continuaba el doctor y aquí comenzaban los murmuraciones— es un bastardo, porque el rey D. Pedro nunca se casó con doña Inés de Castro.» Hubo un momento en que Nunalvares estuvo a punto de pelearse con Martim Vasques, el jefe de los leales; y los tribunales casi se convirtieron en un campo de batalla. El Maestro de Avís intervino, calmando al enfurecido capitán, más hábil en la guerra que en el consejo.

Ahora reinaba el *grão-doctor*. Además de ser ilegítimos, continuaba sin alterarse, los hijos de Doña Inés de Castro se habían alzado en armas contra su patria. Este argumento, que seguramente impresionaría a los leales, tuvo un gran peso, pero no los convenció. Entonces el Doctor recurrió a sus reservas y prevaleció. Presentó las bulas en las que el Papa se había negado a conceder las peticiones del rey Pedro para la legitimación de sus hijos. ¿Acaso podía haber prueba más contundente? ¿Se atrevería alguien a albergar dudas? Y tras esto, desentrañó todas las consecuencias: la división de las fuerzas del reino contra el castellano, enemigo común; la imposibilidad de aclamar rey a un príncipe encarcelado en Castilla, etc. El ataque fue irresistible, y todo cedió; el trono fue declarado vacante, y el rey Juan I, Maestre de Avís, fue elegido para ocupar el cargo.

¿Qué mejor prueba de la vitalidad de la nación, de su ya consumada independencia, que estas Cortes de 1385, en las que exalta una dinastía sin fundamento en la tradición ni en la herencia, arraigada únicamente en la voluntad absoluta común a los portugueses? Sólo en este momento puede afirmarse que la historia de la independencia ha concluido; porque la dinastía borgoñona siempre cargó con el pecado original de la donación primitiva, según el derecho feudal: el reino era un señorío rebelde, como Galicia y Vizcaya lo habían sido tantas veces y durante tantos largos periodos en la propia España. Ahora las cosas estaban cambiando; y cambiaron, porque la nación, expandiéndose hacia el sur, acogiendo a nuevos pueblos, impulsando la actividad comercial y marítima en Lisboa, mientras se constituía interna u orgánicamente, era ya un ser distinto del anterior, un ser dotado de una vida independiente y propia. La crisis, que hemos estado relatando,

parece tener, para la vida nacional portuguesa, la importancia que la naturaleza otorga a las crisis que determinan el paso de uno a otro de sus tipos orgánicos.

Sin embargo, la mera aclamación no era suficiente; se necesitaba un bautismo para la nueva monarquía. Aljubarrota respondió con las armas a la elocuencia de la corte; y victorioso en el consejo y en el campo de batalla, el trono del rey Juan I se mantuvo firme. Siguiendo el consejo de los ingleses, sus aliados y maestros de las nuevas tácticas militares con las que aplastaron a la caballería francesa en Agincourt, el Maestre de Avís atrincheró a su pequeño ejército. Los capitanes Northberry, Hartcelle y d'Artberry dispusieron su estrategia. Se cortaron ramas de los árboles con las que se erigió una empalizada para detener las cargas de caballería; en medio de esta empalizada, un estrecho sendero, bordeado internamente por arqueros y ballesteros a pie, se abría como una tentación y una trampa para el noble ardor de los enemigos.

La desproporción numérica entre los combatientes era enorme. El castellano traía consigo veinte mil jinetes, entre los que se contaban dos mil franceses, gascones y berneses. Alrededor del rey Juan I no había más de dos mil lanceros, ochocientos ballesteros y cuatro mil soldados de infantería. Evidentemente, solo la destreza podía superar la superioridad numérica. Al mediodía apareció el ejército enemigo, espléndidamente formado, con armas que relucían al sol, estandartes y banderas adornadas con blasones, y los séquitos de los ricos-hombres de España y del sur de Francia, montados en sus caballos de guerra. Los portugueses, silenciosos, humildes y discretos, tras sus trincheras, aguardaban el choque de esta brillante fuerza. Había valentía y entusiasmo entre muchos, pero el miedo no faltaba, y menos aún la firme resolución de morir en la derrota, incrédulos ante la posibilidad de repeler un ataque tan poderoso. El condestable y los caballeros avivaron el ardor bélico; los obispos, confesando, absolviendo y administrando la comunión, infundieron paz a las conciencias, preparándolas para la muerte y avivando el valor con odios religiosos. Había exaltación, pero persistían las dudas sobre el desenlace del día. Incluso había temor; pero unos treinta soldados de infantería, que huyeron aterrorizados, fueron masacrados por los castellanos, lo cual nos sirvió para evitar deserciones y consolidar nuestra resolución defensiva.

El ejército enemigo aún no había decidido su plan de ataque. Unos optaron por la prudencia: venían de lejos, estaban cansados y hambrientos por el viaje; no tenían más que esperar, y los portugueses, como bestias salvajes en su guarida, tarde o temprano se verían obligados a salir por falta de provisiones. Otros consideraban una vergüenza que tan nobles caballeros se detuvieran ante una empalizada mal defendida por un puñado de soldados inexpertos. Aunque el rey estaba enfermo con fiebres y era conducido en una litera, prevaleció esta última opinión, y atacaron con gallardía. «Entonces los jinetes enemigos repetidamente intentaron penetrar en la empalizada portuguesa, pero toda ella estaba trazada de tal manera que no pudieron lograrlo. Así pues, los castellanos tuvieron que desmontar y luchar con armas cortas.» (F. Lopes.)

Se cumplió lo previsto, y la batalla terminó con la completa aniquilación de la orgullosa caballería. El rey de Castilla huyó en su litera. Todo el bagaje de su ejército cayó en manos de los vencedores: innumerables carros, animales de carga y decenas de miles de cabezas de ganado.

Lo mismo que, algo más tarde, Agincourt significó para Europa occidental, Aljubarrota lo fue para España: el último día de la caballería feudal y el primer ensayo de aquellas batallas a pie con las que, dos siglos después, la infantería castellana de Carlos V conquistaría Europa.

La Edad Media portuguesa culmina el día de la Aljubarrota: concluye la primera época de la nación, el período de su laboriosa y lenta formación. Nuevos horizontes, vastas ambiciones, pensamientos aún inconscientes de un largo futuro, maduran en secreto dentro de la nación, formada, aclamada, bautizada en sangre. Una ambición imprecisa la reclama desde lejos: ¡el mar!

LIBRO III.

LA CONQUISTA DEL MAR TENEBROSO

(Casa de Avís: 1385-1500)

«...cuántas veces me vi atrapado bajo las olas embravecidas, tratando de encontrar el fondo de los bancos de arena y la dirección de los canales y las desembocaduras de los ríos, que hasta entonces nunca habían sido cultivados y que estaban cubiertos de densa vegetación; e incluso así, para averiguar la veracidad de las rutas, las corrientes del mar, las curvas y remansos de los ríos, los puntos de origen de los puertos, el refugio de las ensenadas, las diferencias entre los picos, la altura de las ciudades, y para hacer mapas de cada lugar y río que contuvieran un atisbo de la tierra, los bajos, los bancos de arena, las rutas y cómo se debía entrar, perdí gran parte de mi salud y de mi disposición natural.»

Dom Joham de Castro, *Primero roteiro da costa da India*.

I.

EL INFANTE D. ENRIQUE EL NAVEGANTE

Desde mediados del siglo XII, la noticia de la existencia de un imperio cristiano en el Lejano Oriente se extendió por toda Europa. La Iglesia armenia informó al papa Eugenio III sobre un príncipe llamado Juan, cuyos dominios se extendían más allá de Armenia y Persia, y que había introducido el sacerdocio en el imperio: era un papa del Lejano Oriente, el Preste Juan, que había realizado numerosas conquistas. Esta leyenda, difundida por Europa, despertó aún más la devota curiosidad de los cristianos, pues estas regiones lejanas se describían como paraísos repletos de oro y encanto.

Durante la Edad Media también circularon leyendas extravagantes sobre el Atlántico. Tradiciones, oscurecidas por la ignorancia, dieron un carácter fantástico a los antiguos viajes de los cartagineses por las costas de África y las islas del mar Atlántico. Esta infinitud de aguas, en la que se sumergían todas las costas conocidas, estaba poblada de monstruos y sombras extravagantes: ¡era el mar oscuro! Los hombres del norte, que en sus barcos habían descendido de los gélidos mares del Ártico, pirateando en las costas de Francia, comenzaron a desplazarse hacia el sur; y ya en el siglo XV habían llegado a las Islas Canarias y comerciaban a lo largo de la costa africana, hasta el cabo Bojador, donde también, por tierra, llegaron los bereberes de Marruecos.

Las tradiciones de los antiguos geógrafos, idealizadas por la imaginación británica, dieron lugar a la formación de leyendas maravillosas. El mar tenebroso era un océano de luz, sembrado de islas verdes, donde se alzaban ciudades con murallas de oro resplandeciente. Al final de los largos y peligrosos viajes se encontraba el paraíso terrenal. Para los geógrafos árabes, menos fructíferos en poesía, el mar tenebroso era una vasta e infinita llanura, que terminaba en una maraña de nieblas y vapores acuosos; e incluso si los marineros, dice Ibn Jaldún, conocieran la dirección de los vientos,

al no haber ningún país habitado más allá, estarían irremediablemente perdidos, porque el límite del océano no es otro que el océano mismo.

Además de estas tentaciones marítimas, existía la ambición por Oriente y su comercio, avivada en toda Europa por las Cruzadas; y más particularmente en España, debido al estrecho contacto que la ocupación árabe había establecido con los monopolistas de ese comercio durante la Edad Media.

Ormuz¹³ era el principal centro comercial de todo el océano Índico. Desde allí, las mercancías se dirigían a Europa y el norte de Asia por diversas rutas. Las procedentes de Asia viajaban en caravanas hacia Armenia, pasando por Trebisonda, para llegar a Tartaria; las que venían de Europa llegaban por mar a Suez y desde allí en caravanas, pasando por El Cairo, hasta Alejandría; o bien seguían el valle del Éufrates por tierra hasta Bagdad, pasando por Damasco, de camino a Beirut, cruzando el Mediterráneo.

Sin embargo, a principios del siglo XV, ¿tenía la empresa emprendida con tanto vigor y habilidad por el príncipe Enrique la firme intención de llegar al imperio del Preste Juan de Indias por mar, como finalmente sucedió? Nos parece que no. Explorar el oscuro mar en busca de las islas de las que se tenían noticias más o menos vagas; explorar y ocupar la costa occidental de África: estas parecen haber sido empresas aún no vinculadas en aquel momento con el viaje a los reinos del Preste Juan. Este viaje, no obstante, ocupaba la mente del príncipe, pues pensaba llevarlo a cabo por una ruta diferente: por tierra. La conquista de Ceuta está directa y principalmente ligada a esta idea. Alarifes árabes procedentes de España habían recorrido el interior de África hasta Tombuctú, cuyos palacios rivalizaban con los de Córdoba o Granada. Ceuta era la llave marítima del imperio de Marruecos; y quizá, a través de África, se podría llegar al dorado Oriente. En cualquier caso, la tierra ofrecía un campo de exploración más definido que aquel mar desconocido e infinito, sumido en las tinieblas.

En el espíritu ambicioso del príncipe, ambas empresas encajaban: conquistar el imperio marroquí, o al menos su litoral, para garantizar el monopolio del comercio en Sudán; y, al mismo tiempo, a través de la oscuridad, alcanzar las islas de aquel mar desconocido y navegar a lo largo de las costas occidentales para visitarlas y explorarlas. Tenaz e incluso severo en su carácter, el Don Enrique lo sacrificó todo por el progreso de su empresa: ni las lágrimas de su desdichado hermano, caído en Tánger, ni los consejos ni las súplicas de su otro hermano, el noble Don Pedro, quizá muerto por su culpa en Alfarrobeira, pudieron doblegarlo. A las conquistas de África sacrificó la vida de ambos príncipes; a los viajes, su tiempo libre, las rentas de la Orden de Cristo y las vidas olvidadas de tantos que perecieron en las costas o en la inmensidad de los terribles mares. Dominado por un pensamiento grandioso, era inhumano, como casi todos los grandes hombres; pero, entre el reducido número de nuestros nombres célebres, el del príncipe Enrique se sitúa junto a los de Alfonso I y Juan II. Uno fundó el reino, el otro el efímero imperio de Oriente: entre los dos, el príncipe Enrique fue el héroe tenaz y valiente, a cuya fuerza Portugal debió el honor de preceder a las naciones de Europa en la labor de reconocimiento y vasallaje del mundo entero.

* * *

La nobleza sincera de Nunalvares, la sabiduría del gran doctor João das Regras y el auge de la fuerza nacional habían convertido a D. João I casi en un héroe: sus ilustres hijos lo hacían el padre más feliz. Un hombre afortunado y mediocre, favorecido por todos, recibió como esposa a la princesa, virtuosa y noble, cuyas enseñanzas y ejemplo plantaron la semilla de las grandes hazañas en el corazón de los infantes: D. Pedro, quizá la figura más digna de toda la historia nacional; D. Fernando, cuyos méritos palidecen ante el martirio que lo santificó; D. Duarte, el sabio y desdichado rey; D. Henrique, finalmente, en cuya mente se gestaron los futuros destinos de Portugal. Es una pléyade de hombres célebres que presiden una nación constituida y robusta: con

13 Seguiremos la ortografía de Kiepert en sus Atlas, en referencia a los nombres geográficos de Oriente, traducidos en nuestras crónicas por los oídos de los soldados de la India.

tales elementos, todo se logra en el mundo. Buenos guerreros, a la antigua usanza, los infantes, sin embargo, ya no se asemejan a las figuras de antaño. La corte presenta una fisonomía distinta: podría decirse que estamos ante una Academia. D. Duarte se ocupa de asuntos sabios, escribe su *leal conselleiro*. Don Pedro, cuyos extensos viajes se han convertido en leyenda, trae consigo un vasto saber, muchos libros, cartas, conocimientos; la literatura y la geografía lo ocupan por igual, y también escribe: dedica su tratado sobre la *Virtuosa bemfeitoria* a su hermano mayor. Por las noches, al atardecer, se leen, *poco a poco y con atención*, como ordena el rey Duarte en su obra, las seductoras historias de Galahad, Merlín y Tristán. No se trata de una corte medieval, sino de una corte renacentista, rebotante de nuevas ideas y de una cultura exquisita. La educación transforma la política, y las teorías monárquicas de Italia son aclamadas y adoptadas. Se revisa la legislación, se limitan los privilegios aristocráticos y burgueses, y avanza la labor de la unidad orgánica del cuerpo nacional. Los príncipes, valientes y sabios, son estadistas en el sentido moderno del término; el rey, que en su juventud había obedecido los impulsos de Nunalvares y las enseñanzas de João das Regras, ahora obedece las exhortaciones de sus hijos, quienes le muestran, con libros y mapas, la conveniencia de ir a tomar Ceuta: el primer paso de una larga y ambiciosa historia que se desarrolló ante los oídos atentos del antiguo Maestre de Avís. La reina, orgullosa de sus hijos, lo aprobó de tal manera que, incluso moribunda y desde su lecho de muerte, obligó a su esposo a partir. El rey Juan I, pasivo, ahora y siempre, obedeció; y, desde el principio hasta el final de su fructífera existencia, pareció destinado a cosechar los laureles ganados por otros, a recoger la cosecha sembrada por otro. Sin embargo, poseía la habilidad propia de los hombres de juicio: la de sopesar, observar y juzgar con rectitud y prudencia.

* * *

Los planes del príncipe Enrique contaban con la plena aprobación del rey, quien le otorgó amplia libertad para proceder e incluso le incitaba a ello si el infante carecía de estímulo. Ya en el año de Ceuta, el príncipe Enrique había realizado un primer intento, enviando una flota a sondear y explorar la costa de África: un ensayo apenas.

Tras finalizar la empresa de Ceuta, se puso manos a la obra con determinación y se instaló en Sagres. Era una lengua de roca incrustada entre las olas, azotada por los vientos del noroeste. Era como permanecer en la cubierta de un barco; y la academia del infante parecía una nave en la que navegaban los destinos aún desconocidos de la nación. Los antiguos habían llamado a este promontorio *sacrum*, sagrado, y el nombre que conserva hoy refleja, en pensamiento y lenguaje, la denominación del pasado. Sagres sería en el siglo XV, como lo había sido en la antigüedad, el pedestal de un templo. Los antiguos celtas, dispersos desde el Guadiana hasta la costa, creían que en el templo circular del promontorio sagrado, los dioses se reunían por la noche, en misteriosas conversaciones con ese mar lleno de engaños y tentaciones, abierto al capricho de los hombres para devorarlos mejor. Ahora, los herederos modernos de los druidas erigieron un nuevo templo en Sagres, donde incluso de noche, no dioses, sino hombres, se entretenían conversando con los mares desconocidos, con las regiones inexploradas. El espíritu era el mismo, la religión distinta: la del Renacimiento: la ciencia, la irresistible tentación que atraía a los hombres hacia la naturaleza; que los hacía agotarse desflorando la virginidad de los mares, cuestionando el silencio de las noches, en su afán por saber, por dominar, por comprender el mundo entero y sus secretos: «¡Cuántas veces me he visto atrapado bajo las feroces olas, por conocer el fondo de los bancos de arena y adónde conducían los canales!»

En Sagres, el infante había reunido todos los recursos disponibles entonces para la cosmografía y el arte de la navegación. Don Pedro le había traído, de sus viajes, el manuscrito de las peregrinaciones de Marco Polo. Estos libros, los mapas de Valseca, las obras de Juan de Muller (de Koeningsberg), de Jorge Purbach, las narraciones e itinerarios de los pilotos, las toscas cartas náuticas, le resultaban fascinantes; el infante, con su cosmógrafo Jaime de Mallorca, ya famoso, a su lado, rodeado de discípulos, pasaba los días disertando y las noches reflexionando en silencio

sobre los enigmas planteados en los textos y dibujos. Al igual que Ramón Lull, quien, entre las drogas y retortas de su laboratorio, se agotó buscando el principio de la vida, los cuerpos simples o elementales de la materia, para obtener el secreto de la existencia física y orgánica: así el infante buscaba desentrañar los secretos de islas y continentes, de golfos y ensenadas, velados por el manto entre azul y negro del mar tenebroso.

Esta pasión naturalista del Renacimiento en sus primeros tiempos, esa tenaz curiosidad científica, difería esencialmente del misticismo, de carácter religioso, de la Edad Media, rebotante de fantasías cabalísticas y de las ingenuidades de las primitivas religiones. El hombre ya prefería la ciencia a la imaginación: rechazaba las fábulas y lo confiaba todo a procesos y medios positivos. «Ahora está claro —dice Pedro Nunes un siglo después— que estos descubrimientos de costas, islas y tierra firme no fueron casuales; sino que nuestros marineros partieron muy bien entrenados y provistos de instrumentos y reglas de astrología y geografía, que son aspectos que los cosmógrafos deben conocer. Llevaban cartas náuticas muy bien orientadas, a diferencia de las utilizadas por los antiguos, que no tenían más que doce vientos representados, y navegaban sin brújula.» La brújula, el astrolabio y el cuadrante ya guiaban las expediciones marítimas que el infante enviaba anualmente desde Sagres para explorar el océano o navegar por la costa meridional. Porto Santo, Madeira y las Azores fueron así arrebatadas a las tinieblas del mar¹⁴. Pero a pesar de los sucesivos intentos, aún no había sido posible ir más allá del cabo Bojador¹⁵, el límite extremo hasta el cual se conocía la costa: durante doce años, los barcos habían ido y venido sin resultado. Era una barrera natural, doblada por un muro de terrores fantásticos.

Gil Eannes finalmente zarpó en 1434 y regresó con la ansiada noticia. El mundo no terminaba allí, ya se sabía; pero ¿sería posible ir más allá de ese finisterre de África? Gil Eannes regresó para responder afirmativamente. Se disiparon, por lo tanto, los temores; y los barcos continuaron a lo largo de la costa, pasando Cabo Verde, hasta Guinea, donde, llenos de satisfacción, los marineros capturaron a los primeros negros, los zenaga de Senegal.

Fue un anticipo de las tremendas hazañas a las que los llevarían las tentaciones del mar; y las pérdidas humanas y económicas, ya palpables, junto con los largos viajes sin resultados fructíferos, enfriaron el entusiasmo inicial. ¡La costa de África parecía interminable! Y el Preste Juan y los atractivos de Oriente consistían tan solo en la *malaqueta* o ají de Guinea.¹⁶

El infante falleció en 1460, y con su muerte cesó la actividad marítima. La empresa, inicialmente concebida, parecía demasiado colosal para las fuerzas de la nación: no podían conquistar por completo ni el mar ni Marruecos; y lo que se había logrado, a la luz de los resultados prácticos, resultaba desalentador y producía cansancio.

* * *

Antes de adentrarnos en la historia de esta empresa, es nuestro deber repasar brevemente la formación de las fuerzas navales portuguesas, indispensables para emprender viajes de descubrimiento y expediciones militares a la costa bereber.

Se puede afirmar que, hasta finales del siglo XII, no existía armada en el occidente de España. Las luchas de la Reconquista, que entonces se libraban, se desarrollaban exclusivamente en tierra; y la ineptitud marítima de los cristianos, junto con el relativo progreso de los árabes, contribuyó a dificultar la preservación de las fortalezas costeras conquistadas. Los primeros sólo contaban con pequeños barcos de cabotaje; mientras que los segundos disponían de navíos regularmente armados y equipados, con los que patrullaban toda la costa occidental, reabasteciéndose en sus puertos, abasteciéndose de munición y hombres cuando eran asediados, y desembarcando con frecuencia para saquear los campamentos cristianos y capturar a los más lentos o indefensos. Sin embargo, ya en el siglo XI, el obispo de Compostela ordenó la llegada de pilotos de Génova, bajo cuya

14 Véase la cronología particular de los viajes de descubrimiento en *O Brasil e as colonias portuguesas*, lib. I, 1 sig.

15 En el antiguo Sáhara Español, al sur de las Canarias. (Nota del editor digital.)

16 Véase *O Brasil e as colonias portuguesas*, pág. 15-16.

supervisión construyó dos galeras, que se dirigieron a la costa del Algarb sarraceno para saldar antiguas y cuantiosas deudas en moneda de igual valor. Los genoveses eran nuestros maestros en el arte de la navegación.

Pero desde mediados del siglo XII, el estudio de las flotas cruzadas, con cuya ayuda se tomaron Lisboa y posteriormente Alcácer, amplió el conocimiento, demostrando al mismo tiempo que, sin poderío marítimo, la conquista del sur del reino jamás se habría podido llevar a cabo. Navíos portugueses ya participaron en la expedición a Silves durante el reinado de Sancho I; y lo que hemos escrito sobre el carácter más regular y sistemático de la política y las campañas de aquella época nos lleva a creer que la fundación de la armada portuguesa data de su reinado. De hecho, esta armada existía durante los reinados de Sancho II y Alfonso III, como lo atestiguan las expediciones marítimas que culminaron con la conquista definitiva del Algarve y las hazañas del legendario Fuas Roupinho. Ya existía un cuerpo de tropas especiales de embarque.

Pero ¿cómo eran esos barcos? El lector seguramente habrá visto, alguna tarde, al atardecer, las barcas que regresaban del mar a las playas de Ovar o Póvoa de Varzim. Habrá visto la construcción y los tipos de estas naves primitivas, y los rostros pintorescos de sus tripulaciones: allí tienen una flota del siglo XIII. La conocerá verdaderamente, si, con su imaginación, sustituye los aparejos de pesca por armas. Y cuando las barcas, varadas en la arena húmeda, descargaban —hoy el pescado, antes el botín, los aparejos y la gente— hombres y mujeres, con las manos sobre las rodillas, inclinados hacia adelante con la espalda contra el costado de la barca, alineados a lo largo de su eslora, la impulsaban, maniobrando al son de un canto rítmico, para hacerla rodar sobre troncos hasta quedar seca, lejos del peligro de las olas. Esta escena se repetía para desembarcar y botar las naves; y Sancho II realizó avances, aún desconocidos hoy en nuestras costas pesqueras: ordenó la construcción de *debadoyras* (cabrestantes) para varar los barcos, que eran arrastrados por cuerdas. En tiempos de Alfonso III, el poderío marítimo portugués era ya tal que nuestros barcos acudieron en auxilio de Castilla; y el Papa nos invitó a acompañar a los pueblos del norte en la cruzada.

El reinado del rey Dionis marca una segunda era en la historia de la armada nacional. Las flotas mercante y militar eran mutuamente indispensables, y los esfuerzos administrativos del rey se dirigieron principalmente a fomentar la primera, cuya importancia quedó patente en el tratado comercial firmado en 1308 con Inglaterra. Además, el rey se centró en mejorar el puerto de Paredes, en la costa norte del Cabo da Roca, defendiéndolo de las dunas que, a pesar de todo, lo invadían y lo destruían. Con esta misma idea en mente, ordenó la plantación del pinar de Leiria. También durante su reinado, tras la muerte del conde del mar, Nuno Cogominho, cuya familia había ostentado dicho cargo, la familia genovesa Pezzagna asumió el almirantazgo de la armada portuguesa. Nacionalizada, la familia de los Peçanhas mantuvo durante mucho tiempo el condado del mar o almirantazgo, como ya entonces se decía, al modo árabe.

El progreso alcanzado en el siglo XIV preparó los poderosos recursos con los que, en el siglo siguiente, el infante D. Enrique pudo llevar a cabo las dos empresas a las que había dedicado su vida. D. Fernando, el amable y desafortunado rey, merece una mención especial en esta historia. Aunque las quimeras de su política llevaron sus empresas al fracaso, la sabiduría y el alcance económico de su legislación le otorgan el derecho a la preeminencia en la historia de la formación del poder naval portugués. Ya entonces, la aduana de Lisboa producía entre 30.000 y 40.000 doblones al año, lo que demuestra el progreso comercial del reino y confirma la opinión, expresada en el libro anterior, sobre el desplazamiento del centro de gravedad nacional de norte a sur y la nueva fisonomía adquirida tras el antiguo caso de la separación del condado portugués del cuerpo de la monarquía leonesa.

El rey que justamente pretendía impedir que los terratenientes poseyeran tierras improductivas, obligándolos a cultivarlas o a dárselas a quienes lo hicieran en su nombre, fue el mismo que, mediante un cuerpo de leyes, protegió y fomentó el comercio marítimo de Lisboa, ya entonces una ciudad cosmopolita. Genoveses, lombardos, aragoneses, mallorquinos, milaneses,

corsos, vizcaínos, gente de tan diversos lugares —de toda España y de las costas mediterráneas de otros países— se establecieron en Lisboa para comerciar. Más de doce mil toneladas de vino salían del Tajo cada año, sin contar las de los barcos del segundo cargamento, en marzo. El cronista describe la capital como una «gran ciudad de gente abundante y diversa». Era una Venecia en formación, que sucedería a la antigua; y, como en las ciudades republicanas de Italia, el comercio era también privilegio de los mercaderes, prohibido a nobles y clérigos.

El rey D. Fernando fue testigo del pleno desarrollo de una potencia comercial y marítima; y sus acciones para impulsar su progreso demuestran la lucidez de su visión. Creó un fondo mutuo de seguros marítimos con los ingresos de un impuesto especial sobre el comercio. Redujo a la mitad los aranceles de importación de las mercancías transportadas por buques nacionales, estableciendo así un arancel diferencial según el pabellón, bajo cuya influencia se multiplicó el número de buques mercantes portugueses. Otorgó a quienes deseaban construirlos el derecho a talar madera en los bosques reales. Eximió de aranceles a los materiales de construcción naval y a los buques contruidos en el extranjero para nacionales; y concedió la misma exención a la exportación de mercancías del primer cargamento de los nuevos buques. Además de esta protección eficaz y enérgica, también prestó dinero a los armadores para el comercio, compartiendo con ellos el diezmo de las ganancias, que se pagaban dos veces al año.

En otro lugar dijimos que el gobierno del rey D. Fernando era un régimen cesarista, y en efecto lo fue en todos los sentidos: en la sabia protección otorgada al desarrollo material de la nación, en la violencia de las medidas de salvación pública, en el desorden de la moral cortesana y en el carácter bondadoso e ingenuamente libertino del rey. Este César de finales de la Edad Media preparó el camino para la nación, cuya brillante vida de dos siglos, alejada del camino ordinario de la agricultura y la industria, se convertiría en la vida de una Roma imperial, una Cartago, una Venecia: una metrópolis congestionada de un imperio colosal, subordinada en su destino al mérito individual de sus gobernantes, déspotas o Césares, más que a la fuerza espontánea de un espíritu nacional, a la maquinaria activa de un sistema de instituciones y clases, orgánicamente construido y funcionando con normalidad. De todos los precursores del imperio marítimo portugués, D. Fernando es el más grande; Y si las quejas formuladas, a finales del siglo XVI, contra quienes desviaron a los portugueses del arado al timón, del campo al mar, están plenamente justificadas, la sabiduría del rey Fernando fue como el peor de los errores. Camões, a través del anciano de Restello, condenó a quienes arrastraron a Portugal hacia el mar; del mismo modo que Plutarco condenó a Temístocles por haber conducido a los griegos por la senda de las empresas marítimas.

Pero estas lamentaciones del espíritu utilitarista, si bien contienen algo de verdad, tienen escaso mérito histórico. Si Grecia no hubiera sido una nación colonizadora y marítima, su voz educadora jamás se habría escuchado en el mundo. Lo mismo puede decirse de nosotros. Si no hubiéramos extendido nuestro nombre por los mares, un nombre sin razón de ser en Europa, unidos a la fértil Galicia y a la próspera Castilla hubiéramos tenido menos hambre y menos dolor, ciertamente menos miseria, pero también careceríamos de una honrosa historia. El nombre mismo de Portugal no habría existido sino como un erudito recuerdo de cierto condado que, en manos de príncipes astutos y audaces, logró vivir separado durante algunos siglos del grueso de la nación española.

¿Se traduce esto en mera banalidad vaga y sentimental? Desde luego que no. ¡Ay de aquellos que no han vivido! Y vivir, para los hombres y las naciones, difiere de absorber, digerir y segregar, porque es algo más que satifacer las necesidades orgánicas. Además, el destino, la providencia, la determinación, o como se quiera llamar —traduciendo con sucesivas palabras, antiguo, presente o futuro, un misterio eterno— elige o condena, como también afirman los que se debaten entre ambas expresiones, a hombres y naciones a una tarea específica. Fuimos elegidos o condenados a conquistar para el mundo ese mar tenebroso, henchido de vagas ambiciones o de fúnebres terrores.

Este era el momento oportuno para expresar todas nuestras reflexiones sobre la empresa nacional, su destino, su misión, o como se prefiriera llamarla. Debíamos valorar el viaje a las Indias, que en seguida relataremos, tras describir la derrota en Ceuta y Tánger y, dentro del reino, la consolidación del poder cesariano de los reyes. Y teníamos que hacerlo ahora, cuando las tripulaciones aún se encuentran en el muelle, los barcos siguen amarrados, las velas aún por desplegar, y todavía no se han disparado las salvas de partida.

Esta flota, anclada en el río Tajo, ya era poderosa en tiempos del rey Fernando. La preocupación del rey por la marina mercante se extendía también a la armada. La armada que bloqueó Sevilla (1372) fue, en palabras del cronista, *formosa campanha de ver*. Micer Lançarote Peçanha, de ascendencia genovesa, era almirante; y el cosmopolitismo de la nueva patria portuguesa se aprecia claramente en los nombres de los capitanes: un castellano, João Focin; un Badasal de Spinola; un Brancaleon. Al igual que Roma, Lisboa acogió y nacionalizó a gentes de todas partes; y de esta aglomeración de personajes, naturalmente heterogénea, en el momento culminante del siglo XVI, emergería un espíritu superior al espíritu nacional: la noción de una patria moral o ideal, como la patria de Virgilio.

La flota sevillana contaba con treinta y dos galeras, treinta navíos redondos, además de los que venían por su cuenta. Durante veintitrés meses bloqueó el Guadalquivir y luego se retiró tranquilamente. Otra flota, casi tan poderosa como esta, se dirigió al Mediterráneo en la posterior guerra de Castilla, sólo para sufrir el desastre de Saltes (1381) debido a la temeridad del fanfarrón Alfonso Tello.

Ahora la armada, en el Tajo, espera al rey y a los príncipes para ir a conquistar Ceuta, en África.

II. PORTUGAL EN ÁFRICA

Todos estaban impacientes por partir; pero el fresco viento del norte, el viento estacional, silbaba contra las paredes de la habitación donde la reina Felipa agonizaba por la peste. Nadie había puesto más empeño en la empresa que ella: había mandado forjar tres espadas con incrustaciones de piedras preciosas para sus hijos, que serían armados caballeros en Ceuta; pero el destino no le permitió ver la hazaña culminada. Murió; y los sudarios aún no habían sido retirados de las paredes del convento de Odivellas cuando la flota partió. Murió el día 20; hoy sería el 25 de julio de 1415.

El tratado de paz firmado con Castilla el año anterior había proporcionado tranquilidad a una corte donde el deseo de lograr grandes hazañas era ferviente. Se dice que el rey había considerado la posibilidad de inaugurar un torneo anual en Lisboa, donde los caballeros más célebres de Europa competirían con los portugueses; pero este extravagante plan fue sustituido por el proyecto más sensato de ir a Ceuta. Para evitar alertar al enemigo, se mantuvo absoluto secreto sobre el destino de la gran flota que se estaba reuniendo en Lisboa. Todos la temían: los aragoneses, y especialmente los árabes de Granada. Soldados y barcos llegaban de diversas partes. El rey Duarte había equipado ocho galeones en Lisboa, y el príncipe Enrique había llegado de Oporto con una flotilla de cincuenta y dos navíos de todas las clases. Había ingleses, franceses y alemanes en la armada; que, una vez completa, constaba de 33 grandes galeones, 27 más pequeños, con tres bancos de remos, 32 galeras y 120 fustas, transportes y otras embarcaciones auxiliares. Cincuenta mil hombres habían embarcado.

Al avistar el cabo de San Vicente, los barcos arriaron las velas ante las reliquias que allí se hallaban. La escuela del Infante aún no existía en Sagres, pero el tributo rendido al lugar sagrado resultará simbólico para muchos. Esta fue la primera gran empresa marítima de Portugal; o mejor dicho, la primera vez que las flotas portuguesas partieron de Lisboa con el objetivo de expandir el reino más allá del mar. Los pilotos aún eran inexpertos, y las corrientes del estrecho dispersaron la poderosa armada, parte de la cual fue arrastrada hasta Málaga, mientras que el resto fondeó en Ceuta.

Las proporciones de esta obra no nos permite relatar todas las batallas y asedios, ni tampoco importa; pues, salvo excepciones que hemos acatado y que acataremos, todas se asemejan. La toma de la ciudad no presentó nada nuevo ni particular; tomada por sorpresa, no pudo resistir. Los habitantes la abandonaron tras una batalla en la que comprobaron la inutilidad de la defensa; y los cristianos saquearon la ciudad desierta, derribando las columnas de alabastro, las puertas y ventanas de mármol, los techos tallados con paneles dorados de los palacios de la opulenta Ceuta. Mientras la multitud de soldados se dispersaba por las sinuosas calles y casas de la ciudad abandonada, los fugitivos, desde lejos, en las colinas, clamaban desesperados y miserables en un grito triste y escalofriante. Más allá, dentro de las murallas de la ciudad perdida, además de todas sus posesiones, yacían los cadáveres insepultos de los muchos que habían muerto en batalla el día anterior.

Ceuta era portuguesa; y unas campanas, robadas previamente en Lagos, se utilizaron de inmediato para solemnizar la consagración de la mezquita de los infieles. El príncipe Enrique, principal artífice y valiente ejecutor de la empresa, recibió el título de duque, entonces nuevo en Portugal; y los tres hermanos fueron nombrados caballeros.

Pero ¿qué se debía hacer con Ceuta? Muchos opinaban que debía abandonarse, ya que el botín estaba recogido: estos eran los que desconocían los vastos planes del príncipe, o que no los aprobaban.

Ceuta se conservó como punto de partida para más dilatadas empresas.

* * *

Habían transcurrido veinte años, durante los cuales el príncipe se había dedicado principalmente a su trabajo en Sagres. Y viendo que los descubrimientos de las islas atlánticas tenían poco valor comparado con sus ambiciosos sueños, y que el avance a lo largo de la costa marítima africana era escaso, volvió a obsesionarse con la idea de las conquistas marroquíes, abandonadas desde hacía un tiempo. La misteriosa Atlántida se resistía a aparecer; parecía haberse reducido a Madeira o al archipiélago de las Azores, donde no había ni encantamientos, ni murallas doradas, ni pueblos extraños: solo desiertos densos con bosques, salvajes y poco fértiles. ¿Acaso el reino encantado del Preste Juan huiría ante las naves aventureras, como un espejismo engañoso?

El rey D. Juan I ya había muerto para entonces, y el reino estaba gobernado por el bondadoso, aunque desafortunado, Don Duarte. Su ambicioso hermano Enrique lo impulsó a emprender la conquista de Tánger, tras convencer al príncipe Fernando para que le acompañara. El rey, o bien la aprobó, o bien no tuvo la energía suficiente para oponerse a la temeraria empresa. Sin embargo, en el consejo donde se debatió, el otro hermano, el infante D. Pedro, cuyo buen juicio parece haberlo apartado ya de la corte, donde reinaba la ambición incansable del infante D. Enrique, observó que faltaba todo lo necesario para esperar un buen resultado. No había dinero para financiar el ejército; y, sin un gran peso para su conciencia, el rey no podía arrebatárselo al pueblo. No debía mudar la moneda (deteriorarla) en su propio beneficio: ¡le faltaba el fundamento principal de la empresa! Incluso si se tomaran Tánger, Arzilla y Azamor, ¿qué haría con ellas? Con el reino despoblado y menguado, era una locura enviar gente a guarnecerlas: sería como cambiar una buena capa por una mala gorra, perder Portugal sin ganar África. No servía el ejemplo de los castellanos, porque ellos contaban con recursos más vastos. El príncipe había visto mucho mundo y había aprendido a medir con justicia la limitada importancia de la nación: la ignorancia, madre de todas las temeridades y audacias, no le cegaba.

Don Enrique, persistente, decidido y, sobre todo, violento, ciertamente no perdonó la sabia prudencia con la que su hermano se opuso a sus designios. Las relaciones, ya frías, entre ambos quizás se agriaron definitivamente aquí. Y quizás en estas circunstancias deba atribuirse la indiferencia con la que D. Enrique escuchó las súplicas de su hermano, cuando más tarde le pidió que ayudara, antes que a su sobrino Alfonso V; una indiferencia que, si bien no causó, sin duda contribuyó a la muerte del infante Pedro en Alfarrobeira.

Las advertencias de este último en el consejo fueron tanto más serias cuanto que sus argumentos eran absolutamente fundados y positivos, y sus méritos eran grandes, mereciendo el respeto que todos le profesaban. Por lo tanto, a pesar de que los razonamientos generalmente no logran zanjar una disputa, el rey (o D. Enrique) consideraron necesario ampararse en la opinión del Papa. Se consultó, pues, a Roma; y la respuesta que llegó de allí honra el nombre de quien la dio: «Si las tierras son cristianas y hay templos convertidos en mezquitas, la guerra es santa; si no lo son, debe hacerse una distinción: ¿son vecinos problemáticos y ponen en peligro a los cristianos? Que se les amoneste, que se les amenace, y sólo como último recurso se deben usar las armas; pero ¿acaso no es este el caso? Así pues, han de dejarse en paz, porque la tierra y todo lo que hay en ella pertenece al Señor, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y alimenta a las aves del cielo.»

Esta última de las tres hipótesis señaladas por el Papa era la verdadera, lo cual no impidió que el infante persistiera en su obstinación. El pueblo del reino consideraba este viaje tan arduo que la mayoría prefería pagar las multas (impuestas a quienes se negaban a alistarse) antes que arriesgar la vida. Sin embargo, ni las multas, ni el dinero del rey, ni los préstamos bastaron para cubrir el presupuesto de la flota; por lo que se confiscaron los bienes de los huérfanos. Pero, a pesar de todo, de los 14.000 hombres que se esperaban para el viaje, sólo se lograron reunir 6.000.

Finalmente, los dos hermanos partieron; pero pronto un mal presagio entristeció a los soldados: el viento desgarró la bandera del príncipe al desplegarla. Aquella bandera, sobre la cual el moro proferiría insultos, ya había sido arrancada de Portugal...

El resultado coincidió con las predicciones generales: tras ser derrotada, la expedición portuguesa tuvo que capitular a los pies de las murallas de Tánger (1437), dejando a D. Fernando como rehén por Ceuta, que fue el precio de la libertad del ejército. Tristes y desesperadas lágrimas regaron entonces las arenas de la costa africana: no serían las últimas, ni las más copiosas. Don Enrique regresó con las reliquias de su expedición, dejando a su hermano prisionero: «Que el rey se acuerde de mí... rezad por mi alma, ¡porque esta es la última vez que nos veremos!», dijo el desdichado resignándose, entre lágrimas. De allí, los moros lo llevaron a Fez. Fue como Isaac al altar, o como Jesús al Calvario. Lo llevaron montado en un caballo flaco y descalzo, con una silla de montar hecha jirones por brida, la silla hecha jirones, los arzones sueltos. También le dieron un bastón para guiar a la bestia de carga. Tras él iban, atados a las bestias de carga, los demás prisioneros. La gente acudía en masa al camino de Fez, convocada por el pregón: «¡Venid a ver al Rey de los Cristianos!». Y las burlas, las piedras, los escupitajos cayeron sobre los desdichados, que caminaban, en su pasión, bajo la luz de un sol abrasador. Algunos se estremecían coléricos, ante las burlas; el infante, sumiso y resignado, recordaba que Jesús había sufrido tanto, e incluso más, por él. Sin embargo, sería mejor ser crucificado de inmediato que terminar lentamente en los sombríos establos de Fez, barriendo la inmundicia, comido por gusanos, devorado por las fiebres. Porque ni siquiera la lentitud del martirio libró su cadáver de los insultos de la turba. Colgado desnudo por los pies en las almenas de la ciudad, ese fue el destino que le dieron. Más bien, clavado en la cruz, podría haber expirado como Cristo. El pobre infante es el primer mártir de nuestra epopeya. Y si estamos orgullosos de todo lo que hemos hecho, ¡ahora es el momento de derramar aquí una lágrima de añoranza y tristeza por este desafortunado precursor de nuestro imperio!

* * *

De vuelta en el reino, sano y salvo, el infante D. Enrique se opuso firmemente a la rendición de Ceuta. El rey, sumido en lágrimas por la suerte de su hermano, murió al año siguiente, triste y taciturno. Con la crueldad de un apóstol, D. Enrique lo sacrificó todo y a todos por su fe. Por nada consentiría la rendición de Ceuta: ¿y los reinos del Preste Juan? ¿Y el Imperio de Oriente? Hombres, familia, palabras, todo era en vano ante ese espejismo que, durante tantos años, lo había llevado al delirio.

Con su propio brazo había conquistado Ceuta; había arrastrado a su hermano hasta Tánger; lo había abandonado allí, perdido en las feroces manos de sus enemigos: todo aquello fue un holocausto en el altar de su ideal. ¿Quién sabe si él mismo no lloraría en silencio la crueldad de su destino y la desgracia del hermano al que había conducido al patíbulo? Sin embargo, no es probable; al menos, la impresión que recibe el lector de estas historias, tras la narración de sus actos, es que la humanidad no prevalecía en el carácter del príncipe.

Regresó a su hogar en Sagres con sus libros, sus mapas, sus cosmógrafos y sus marineros; volvió la mirada al mar, pues, durante muchos años, ¡quizás para siempre!, la mitad de su empresa se había perdido. Sus navegantes surcaban los mares y realizaban rescates a lo largo de la costa africana; y las islas Azores emergían sucesivamente de las sombras del mar oscuro. El Papa Nicolás V le concedió señorío y dominio sobre todos los descubrimientos en África (1454); y el príncipe, en medio de la adversidad, no desfalleció en su fe.

Sin embargo, el reino había pasado de manos de la reina viuda a las del infante D. Pedro (1438) y de estas, finalmente, a las del loco, malvado y estúpido Alfonso V (1446); mientras tanto, intrigas miserables, a las que Don Enrique no quiso oponerse para salvar a su hermano, quien se lo pidió, llevaron a la desgracia de Alfarrobeira (1449); y el infante, con la influencia que ejercía sobre la mente insensata de su sobrino, decidió fácilmente lanzarse de nuevo a las aventuras africanas: Don Pedro ya había muerto, y no pudo repetir lo que había dicho sobre la expedición de Tánger. Cuando murió en 1460 Don Enrique, ese príncipe tan fatídico para los suyos pero tan beneficioso para el reino, Alfonso V ya había logrado tomar Alcácer-Seguer (1458). Diez años después, la conquista de Arzila condujo a la rendición de Tánger. El dominio portugués en la costa de

Marruecos estaba alcanzando su apogeo; pero ¿cuál fue el resultado de estas empresas? ¿Llegaba el comercio con las Indias a Portugal, como pensaba el príncipe Enrique? No. Monopolizada por los árabes en Oriente, en cuanto perdieron Ceuta, se desvió hacia otros puertos del Mediterráneo. Desaparecida esa ilusión, ¿qué quedaba? Una serie de fortalezas, una escuela de soldados, una fuente de conflictos permanentes, estéril en ingresos, pasto para la vana y combativa necesidad de la nación; un precipicio abierto que se tragaba, infructuosa e ignominiosamente, muchas de las fuerzas vitales del país. La opinión del sabio príncipe Pedro era absolutamente cierta: no teníamos los recursos, en el pequeño y pobre reino, para poblar Marruecos; y trasladar parte de una población escasa de Portugal a África era como cambiar «una buena capa por una mala gorra». La conquista de Ceuta aún había despertado una ilusión; pero ahora, desaparecida, las campañas africanas eran una serie de empresas quijotescas que culminarían en la locura absoluta del rey Sebastián.

Contrariamente a la opinión generalizada, creemos, por lo tanto, que la decisión del rey Juan III de abandonar las fortalezas africanas sólo estuvo viciada por su tardanza; y que Portugal no tenía nada que esperar de su dominio en Berbería, puesto que el destino lo condujo a Oriente, y puesto que quedó manifiestamente demostrado que era imposible llegar allí a través de Marruecos. El dominio portugués de las fortalezas costeras de África, un incidente en nuestra historia nacional, es simplemente un episodio en la gran historia de los descubrimientos y conquistas ultramarinas; y su mayor mérito fue servir de escuela para los guerreros de la India, como estación de aclimatación, como Malta o Gibraltar hoy para los ingleses. Comparado con las hazañas de Alfonso V y las gestas de Lopo Barriga, no valió la pena el coste; incluso si no fue la causa de la catástrofe final del rey Sebastián.

III. EL PRÍNCIPE PERFECTO

Perfecto no significa sin defectos, sino acabado, completo; no tiene aquí una trascendencia moral, sino un valor político. D. Juan II es un ejemplo perfecto del tipo de príncipes renacentistas, para quienes Maquiavelo escribió (poco después) el catecismo: es un maestro del arte moderno de reinar.

El magro ejemplo de su predecesor y padre, Alfonso V; los desórdenes del reino y la debilidad del rey, habían educado el espíritu agudo y observador del joven príncipe.

La tragedia de Alfarrobeira (1449) comenzó con un crimen el espectacular pero triste reinado del Africano; y el epíteto dado al rey contribuyó a formar la tradición de un hombre lleno de valor y tenacidad, algo que el pobre Alfonso V nunca fue. Luchar con coraje, en un momento de furia, era una cualidad común que no le faltaba; pero de ahí al valor consumado hay una enorme distancia. El gran defecto de su juventud había sido la facilidad con la que se dejaba halagar. Tutelado en su minoría de edad, primero por su madre, luego por su tío y su suegro, el pobre rey sufrió las consecuencias comunes a casi todos los príncipes, aclamados como él desde niños. Alrededor del rey, aprendiz pero futuro emperador, se formó el grupo de adversarios de la regencia, hombres ambiciosos que no contaban con el aprecio del infante D. Pedro, y depositaban grandes esperanzas en la generosidad y el carácter excepcional del joven rey. Explotaban sus debilidades, avivando su odio en momentos de ira, distrayéndolo con chistes y ocurrencias en tiempos de abatimiento, alabando todas sus cosas: sus arrebatos y cobardía, su dulzura y su ira, como aduladores profesionales. De la insensatez del rey esperaban obtener una generosa ración de favores y regalos. Aunque el infante ya había renunciado a la regencia, aún le temían profundamente y no cesaban de sembrar la discordia entre el sobrino y el yerno. D. Pedro instó en vano a su hermano, D. Enrique, a disipar estas traiciones. Aburrido de la vida, anhelando abandonar el mundo, el antiguo regente comprendió que todo conspiraba para arruinarlo. «Era un gran príncipe, de gran consejo, prudente, con una memoria prodigiosa, versado en latín, con conocimientos tanto científicos como literarios, y muy aficionado al estudio.» Fue uno de los pocos a quienes la sabiduría había hecho verdaderamente buenos.

Su orgullo herido, la traición de sus validos, la insensata locura del rey, lo llevaron a encontrarse con Alfarrobeira, cuando el príncipe acudía a la corte para defenderse de las calumnias: y llegó armado, sabiendo que lo esperaban para matarlo en el camino. En efecto, lo mataron, junto con su fiel Achates, el noble conde de Avranches, un tipo de lealtad caballeresca, siempre rara, y ahora completamente ausente en las cortes italianizadas. Con su príncipe muerto, el conde se preparó para morir también, buscando venganza: «¡Oh, cuerpo! Siento que ya no puedes más; tú, alma mía, ya llegas tarde.» Y furioso, se defendía y mataba. Cuando finalmente lo abatieron, herido, cruzó los brazos, diciendo: «¡Saciad a los muchachos! ¡Vengad la vileza!». Y murió, atravesado por lanzas.

Libre de su problemático consejero, Alfonso ve a los nobles de su círculo, tan simples e impetuosos como el rey, capaces de dar rienda suelta a sus caprichos y librar batallas sin restricciones. El rey, presa de su delirio, agobia al pueblo con impuestos y dilapida el patrimonio de la corona con extravagancia, lo sacrifica todo a las incursiones africanas, que la decadencia interna del imperio marroquí ya estaba propiciando.

Pasó más de veinte años en empresas que lo envejecieron. Era corpulento y, con la edad, había engordado tanto que sólo podía usar ropa holgada. Tenía una barba espesa y era calvo; el pelo le oscurecía las manos, las orejas y la nariz, revelando la vulgaridad y la feroz violencia de su

temperamento. Aunque bien proporcionado, era tan común en apariencia como en espíritu. Brutal y vengativo, obtuso pero terco, e incluso cruel, su fisonomía reflejaba la de los soldados rasos; y dejó su huella en esos guerreros de África: toscos, sin el menor refinamiento ni sutil perversidad, ni un ápice de distinción; como toros que embisten a ciegas y que cualquier banderillero experto doma.

Esto es exactamente lo que le ocurrió a Alfonso V en Francia, donde Luis XI se deleitó riéndose del hombre sencillo, engañándolo con promesas, cansándolo con viajes, irritándolo con ironías fuera de lugar y colmándolo de halagos, cumplidos y atenciones, como un banderillero a un toro cuando lo carga de púas afiladas y vistosas.

Alfonso V había ido a Francia a pedir ayuda porque los castellanos lo habían derrotado. En 1474, Enrique IV (de Castilla), al morir, dejó como heredera a doña Juana, *la beltraneja* (como la llamaban debido a los adulterios de su madre), confiando el gobierno del reino a su vecino portugués y pidiéndole que se casara con su sobrina. Alfonso V consideraba el reino de Castilla como la nueva África de su vejez y se propuso conquistar la corona en disputa: conquistar, decimos, porque los castellanos invocaron contra *la beltraneja* los mismos argumentos que, un siglo antes, habíamos invocado contra la esposa de Juan I, doña Beatriz. Castilla ofreció el trono a Isabel, como nosotros se lo habíamos dado al Maestre de Avís.

Alfonso V tomó las armas. A su lado se encontraba la figura reservada de su hijo. Temerario de las locuras del anciano, le había sacado de su debilidad un documento secreto en el que el rey anulaba todas las donaciones que había hecho durante la guerra que excedieran los diez mil *réis* de renta. El padre dio y luego retuvo; el hijo dobló cuidadosamente el papel, guardándolo para el futuro...

La batalla de Toro (1476) no fue exactamente una derrota militar, pero sí una derrota para el rey y sus ambiciones. El pobre anciano, gordo, exhausto e incapaz de resistir, corrió a refugiarse en Castro-Nuño y se tumbó a dormir. Avendaño, el noble local, le había declarado su apoyo; pero su esposa, una astuta castellana, le hizo notar su gran tamaño, roncando ruidosamente como un hombre gordo, y le dijo a su marido: «¡Mira a quién te has entregado!» En efecto, el rey no sirvió de nada; los castellanos rebeldes reconocieron de inmediato su error, y Alfonso V decidió ir a pedir ayuda a Luis XI.

El príncipe heredero aprendió mucho, pues lo observaba todo con su mirada profunda y perspicaz. Dejó partir a su padre y permaneció al frente del reino, continuando, por honor pero sin fervor, una guerra que sabía que no conduciría al fin deseado. Mientras su padre estaba ausente, fue aclamado, o mejor dicho, proclamado rey: se dice que la abdicación llegó desde Francia. Sin embargo, Alfonso V, finalmente desilusionado, decidió regresar; y el príncipe le entregó inmediatamente la corona. ¿Para qué conservarla? En realidad seguía reinando en nombre de su padre, derrotado, vencido, casi moribundo. El rey Juan II ya había memorizado todas las máximas que Maquiavelo escribió en su libro *El Príncipe*: es mejor ser alabado que odiado, cuando no causa daño; el bien es preferible al mal cuando se puede elegir entre ambos para lograr un fin. Por lo tanto, como príncipe sabio, decidió reinar bajo el nombre de su padre, ya completamente dócil y subyugado por tantas miserias, aguardando el momento inminente para volver a tomar el nombre de rey; una mera formalidad.

En el transcurso de dos años (1479-81), la paz, negociada por el príncipe perfecto, convirtió a la Beltraneja, confinada en un convento, en una excelente dama; y al rey en un cadáver, ahogado en una agonía de aflicciones punzantes.

El hijo no compartía los delirios de su padre y, desde el principio, comprendió lo absurdo de la guerra castellana. ¿Acaso no sería más noble y caballeroso defender con valentía los derechos de la corona, el honor del anciano y la vida y el destino de la desdichada princesa, confiada a la protección de Portugal? Sin duda. Pero el rey Juan II opinaba (Maquiavelo) que el príncipe no debía preocuparse por la infamia de sus actos cuando estos fueran necesarios para la preservación del

Estado; y que, tras sopesar bien todas las circunstancias, llevar a cabo una determinada virtud a menudo puede traer la ruina, mientras que la infamia traería consigo seguridad y fortuna.

Así fue en 1479. El príncipe dijo que había momentos para ser como búhos y momentos para volar como halcones. ¿Acaso traducía con mayor elocuencia y concisión las palabras del italiano? El príncipe debía imitar bien a las bestias (pues hay dos formas de luchar: con leyes y con fuerza; la primera propia de los hombres, la segunda de las bestias) y saber emplear las astucias del zorro y del león; porque el león no se defiende de las trampas, ni el zorro de los lobos: por lo tanto, es necesario ser zorro para reconocer las redes y león para ahuyentar a los lobos. El rey Juan II, aún menos clásico, recurrió a los ejemplos de caza de la Edad Media: ¡había momentos para ser como búhos y momentos para volar como halcones!

Los hijos del rey Juan I, al abrir las puertas de la nación a la cultura renacentista, convocando a eruditos, viajando y fundando bibliotecas, sembraron semillas italianas en la dura tierra del antiguo Portugal. Alfonso V surgió de la tierra como un antiguo matorral, resistente y feroz, lleno de espinas. Pudo ser un aborto, o un anacronismo medieval. El rey Juan II nació italianizado, con todos los vicios y virtudes de la cultura renacentista. Su corte era un retrato de las pequeñas cortes de Italia; y el príncipe, como un italiano, lleno de perfidia y ambición, lucidez y astucia, instintos sanguinarios y firmes decisiones políticas.

Los días del búho habían terminado, pues ya no tenía que tolerar la insensatez de su padre; ahora (1481), el halcón sería rey. Pero para ser verdaderamente rey, aún tendría que adoptar la forma del ave nocturna muchas veces, hasta que viera caer por tierra el poder de esa hidalguía a la que los yerros de su padres había ensoberbecido. Esto, sin embargo, no satisfizo sus grandes ambiciones. El *homem*, como Isabel de Castilla lo llamó con asombro, aspiraba a más. La posibilidad de que él o sus herederos ocuparan el trono de una España unida había cautivado su juventud, e incluso esperaba, antes de Toro, realizarla. Entonces, rechazado, pero no desesperado, dio el paso en 1479, con la esperanza de volar como un halcón en el momento oportuno. Pero sus ambiciones no se detuvieron ahí: recordaba al difunto príncipe Enrique y los vastos planes, abandonados, que habían cocido a fuego lento en su mente. Su monarquía se extendía desde España hasta la India; y con la Península en Europa, con África, la India, el reino encantado del Preste Juan, soñaba con la monarquía de Felipe II.

* * *

En algo el portugués superaba al italiano: era sobrio, severo y detestaba el lujo. La corte tenía lo fúnebre y austero, siempre agradable para los portugueses. Su figura, también, no tenía nada de imponente ni de grácil. Los hábitos de un búho le daban más carácter que los de un halcón; sin embargo, a ambas aves prefería el color que aplicaba a todo, el negro. De maravilloso ingenio, gran agudeza y una mezcla para todo; de memoria viva y aguda; sin embargo, carecía de los dones externos. Carecía de elegancia, ni en el cuerpo ni en el habla; arrastraba las palabras, hablaba con dificultad y con voz nasal. La naturaleza ciertamente no lo ayudó; y además, en su educación principesca, no obedeció la regla de Maquiavelo: no es necesario estar dotado de todas las cualidades, pero es esencial afectarlas; poseerlas y usarlas puede ser peligroso: fingirlas siempre es útil: sé fiel, misericordioso, humano, religioso y recto; pero de tal manera que, dueño de ti mismo, puedas y sepas hacer todo lo contrario cuando la situación lo requiera. Don João no era ni misericordioso ni humano, y no consideraba necesario fingirlo para su papel: esto provocó que muchos lo detestaran, lo cual era malo; y, si bien la mayoría lo temía, nadie lo amaba, lo cual era aún peor. La perspicacia y la autoridad no le bastaban para saber cómo envolverlas en una benevolencia simulada; porque la dulzura o la humanidad no estaban en su alma.

Tan pronto como murió su padre, convocó a las Cortes ante las que se presentó. Había decidido formalmente revocar las donaciones de su predecesor para reclamar para la corona lo que los nobles habían saqueado al pobre y acaudalado Alfonso V. De entre todos estos nobles, el principal era el poderoso duque de Braganza, cuyos dominios sumaban cincuenta villas, ciudades y

castillos, además de innumerables propiedades; cuyo séquito ascendía a 3.000 jinetes y más de 10.000 infantes: un rey en un reino del que poseía, al menos, un tercio. Acostumbrado a considerar al rey como un igual, perteneciente al linaje de reyes y heredero del famoso condestable, el duque creía sincera e ingenuamente en la justicia de su rebelión. Le hizo un gran flaco favor al rey, librándole una guerra silenciosa, y mantuvo correspondencia con el conde de Atuguías, su tío, que entonces residía en Castilla, un hombre prudente que intentó disuadirlo, respondiéndole con enigmas típicos de la época: «No deberías considerar tal cosa, y mucho menos cometerla... quieres abrir un manantial para calmar tu sed. Encontrarás el agua tan caliente que tus uñas se quedarán sumergidas... *tradiderunt quos deligebam*.» En efecto, lo estaban traicionando, y el rey tenía espías por todas partes. Un tal Figueiredo informaba secretamente de todo al rey Juan II, quien respondía con su voz lenta, grave y nasal: «Ten cuidado, y luego te recompensaré.» El espía iba y venía, y cuando, finalmente, el duque fue arrestado por sorpresa y ejecutado, el rey —un buen discípulo de los italianos— le ofreció la mano a Figueiredo para que la besara: «Hasta ahora fingí no conocerte; de ahora en adelante te cuidaré. Pide lo que quieras: hay tiempos para búhos y tiempos para halcones...»

El duque fue decapitado públicamente en la plaza de Évora (1483), tras una farsa de juicio. En efecto, en tales casos, los juicios son meras formalidades. La fuerza impera en las disputas políticas, precisamente porque cuestionan los fundamentos orgánicos de la sociedad y, por ende, del derecho civil. El duque y el rey eran viejos enemigos: y a los antiguos odios se sumaban ahora las intenciones rebeldes de uno, las tiránicas del otro. Sin embargo, el carácter antinatural de la política de los reyes en el Renacimiento llevó al rey Juan II a desempeñar un papel repugnante, otorgando al vencido una palma, como si fuera un mártir. La altivez del noble, casi un rey, mantiene su orgullosa dignidad incluso en el patíbulo. Se niega a responder ante el tribunal, a participar en la farsa que le repugna. Y cuando los verdugos, angustiados, lo visten con su atuendo final —una loba rozagante, una capucha y un gorro de luto, con los pulgares atados al cinturón con una cinta—, él observa serenamente: «¡Lo sufriré todo, incluso una soga al cuello, si su alteza lo ordena!»

La digna muerte del duque de Braganza despertó ambiciones de venganza entre la nobleza, y comenzaron a gestarse tramas para asesinar al rey, que bien lo sabía. Sus espías estaban por todas partes; y la política dependía de intrigas de alcoba y de los servicios de los miserables. El rey utilizaba todos los medios a su alcance, y la *sancta santis* de la razón de Estado lo absolvía de todo crimen. Había un tal Tinoco, confidente del obispo de Évora, que tenía por manceba a su hermana y, por lo tanto le quería mucho. El rey descubrió el caso y lo sobornó. Tinoco llegó, disfrazado de fraile, a Setúbal para informar sobre la conspiración en la que estaba involucrado el prelado y que el duque de Viseu lideraba; y recibió cinco mil cruzados de oro y un beneficio de seiscientos mil réis: porque el rey Juan II no regateaba el precio de los buenos servicios. Así se fraguó y resolvió la segunda y desleal desgracia que causó la triste muerte del duque de Viseu. El rey lo mandó llamar a Setúbal y lo apuñaló con sus propias manos. Prescindió de un juicio, pero no de un auto de fe póstumo, para justificar su crimen y la persecución de los demás conspiradores. El obispo de Évora fue arrojado al fondo de una cisterna en Palmella, donde se suicidó con veneno; los demás fueron asesinados o ejecutados donde los encontraran los verdugos del rey; y uno, que había logrado huir a Francia, no escapó con vida, pues el rey envió allí a un sicario para matarlo.

El príncipe *perfeito* había mostrado ser un experto en el arte de gobernar, y nadie se atrevía a resistirle. La primera parte de su plan se había cumplido, y el halcón estaba a punto de extender sus amplios vuelos.

Nadie podía resistirle, pero en el fondo de su conciencia algo lo delataba como asesino. Una noche, en Santarém, despertó sobresaltado al oír que alguien lo llamaba. ¿Quién era? Nadie. ¡Ilusiones!, le dijo la reina en la cama: era algo maligno que acechaba en las grietas bajo los tejados. Pero el rey no se tranquilizó, y levantándose, se cubrió con un ropón, tomó la espada y la rodela, en la mano izquierda una tea, y vio que una sombra le guiaba. ¿Quién era? Le abría las puertas por

delante de él, y le mostraba el camino. Así fueron hasta llegar a las falsas del tejado, la sombra y el rey. A los gritos de la reina acudieron, y lo encontraron en el sobrado, despejado, alegre y seguro, dice el cronista, mintiendo paladinamente. El búho nocturno perseguía al ambicioso halcón; y las trazas del príncipe no había logrado borrar por completo la conciencia del hombre.

* * *

Fernando e Isabel de Castilla, que le habían tomado las medidas, incluso en tiempos de su padre, admiraban profundamente sus cualidades y lo tenían en alta estima. Él, incluso después de firmar la paz en 1479, no había renunciado a sus grandiosos planes. Los reyes castellanos sólo tenían una hija, y el rey D. Juan II tenía un hijo: el matrimonio de ambos sería una forma más sencilla y rápida que la guerra de otorgarle al heredero un gran trono. El matrimonio se discutió, se organizó y se celebró (1490); y en ese día de grandes esperanzas, el rey, sombrío y de voz nasal, quiso demostrar que él también podía ser magnífico. La boda en Évora se hizo famosa, y especialmente el banquete, una formidable *kermesse*. En el comedor, donde estaban reunidos los novios, el rey y toda la corte, apareció una enorme máquina: era una plataforma con ruedas, con un carro encima tirado por dos bueyes. Los bueyes fueron asados enteros, con sus pezuñas doradas; Y el carro estaba cargado de ovejas, también asadas, también enteras, con las pezuñas doradas. Llegó un noble, con una aguijada al hombro, conduciendo el carro, y unos jóvenes empujando la máquina. Rodearon la sala cumplimentando al castellano, quien elogió enormemente la idea; y entre los aplausos de todos, el carro partió y se repartieron bueyes y ovejas entre la gente atónita que se encontraba afuera. Terminado el idilio culinario, todos se dirigieron a su respectivo banquete, la corte y el pueblo. En los viejos tiempos del rey D. Pedro, estas fiestas eran únicas: el rey comía en la calle entre su pueblo y bailaba al son de los tambores con las muchachas de la calle.

Por la noche hubo *mômos* que se hicieron famosos. «El rey entró por las puertas del salón con nueve grandes barcos, cada uno con su propio capitán, y los barcos estaban hechos de tela de lino pintada con motivos que imitaban el agua. Entre un gran estruendo de artillería, que resonaba, y trompetas, tambores y altos juglares que tocaban, y con muchos gritos y silbidos de capitanes, contramaestres y marineros, vestidos con brocados y sedas, con trajes alemanes, en barcos llenos de antorchas y muchas velas doradas iluminadas, con toldos de brocado y muchas ricas banderas.

»Y así llegó un velero, algo asombroso, con muchos hombres dentro y muchos cañones, sin que nadie viera cómo avanzaba el artilugio, lo cual era maravilloso.

»El toldo de brocado y las velas de tafetán blanco y púrpura, el aparejo de oro y seda, y las anclas doradas. Y así, esta nave, como las demás, tenía muchas velas de cera doradas, todas encendidas, y las banderas y estandartes eran de las armas del rey y la princesa, todas de damasco y oro. Y delante de la barca del rey, que era la primera en surcar las olas, iba un cisne muy grande y hermoso con plumas blancas y doradas, y tras él, en la proa, iba un caballero armado de ricas armas, que en nombre del rey pronunció su discurso y, de rodillas, entregó a la princesa un breve, según su intención, que era servirla en los festejos de su matrimonio; y para el logro de su amor, retó a una justa de armas, él con ocho partidarios, a todos los que desearan luchar en su contra.

»Y por orden del rey de armas, con trompetas y por oficiales designados para este propósito, se publicó en voz alta el breve y el desafío, con las condiciones de las justas y sus recompensas, tanto para el más valiente que acudiera a la corte como para el que mejor luchara. Y cuando terminó, los barcos zarparon, y el rey salió con sus acompañantes, y todos los barcos, que llenaban toda la sala, se marcharon con grandes gritos y el rugido de la artillería, trompetas, tambores, chirimías y sacabuches, de modo que parecía que la sala temblaba y quería derrumbarse.

»El rey bailó con la princesa, y sus asistentes con las damas que habían elegido, y luego llegó el duque con nobles de su casa y otras muchas representaciones. Y luego se escenificó otro entremés, en el que muchos nobles se refugiaron en una fortaleza, enclavada entre una roca y un bosquecillo de muchos árboles verdes, y dos grandes salvajes en la puerta, con los que un hombre de armas luchó y los derrotó, y cortó algunas cadenas y candados que aseguraban las puertas del

castillo, que se abrieron de inmediato, y muchos nobles muy ricos emergieron por un puente levadizo; y al abrirse las puertas, salieron volando tantas perdices vivas y otras aves que toda la sala se sumió en el caos y se llenó de pájaros que volaron de un lado a otro hasta que fueron capturadas. Y después de este gran y costoso entremés, hubo otro en el que entraron veinte nobles, todos vestidos de peregrinos, con bordones de oro en las manos, y grandes collares de cuentas de oro al cuello, sombreros con multitud de imágenes, mantos de brocado que les cubrían hasta las rodillas, con parches de terciopelo y satén... Y así llegaron muchos hombres ricos a quienes no mencionaré... y todos bailaron hasta el amanecer; y fue una fiesta tan grandiosa que, si no la hubieran presenciado muchos que aún viven hoy, no me habría atrevido a escribirlo.»

El príncipe *perfeito* también sabía ser magnífico, y como un Médicis, en el momento oportuno. De hecho, el matrimonio colmó sus esperanzas y ambiciones, abriendo horizontes de nuevas celebraciones e imperios.

Colón aún no había descubierto América, pero el futuro imperio del príncipe Alfonso ya se expandía hacia regiones desconocidas. El rey Juan II quería otorgarle al heredero una buena dote a cambio de Castilla; deseaba que, además de ser emperador de toda España e Italia, fuera emperador de los Estados Orientales del Preste Juan. Las propuestas de Colón, aunque rechazadas, lo entusiasmaron; y por tierra y mar envió expediciones en busca del legendario príncipe. El cabo del extremo sur de África, la frontera que durante tanto tiempo había sido inexpugnable, ¡ya había recibido el nombre de Cabo de Buena Esperanza! (1486)

Estas eran todas las esperanzas que el rey albergaba, contemplando a su hijo. En ese momento, que podemos y debemos llamar revelador, el rey Juan II tomó conciencia del famoso destino que aguardaba a España; de su imperio universal; de la extraordinaria magnitud de su poder político y de su influencia moral. Simbolizó todo esto en la figura de su amado hijo; porque la ceguera humana siempre ha necesitado las lentes de un símbolo para ver, de alguna manera, la realidad de las cosas. Los símbolos pasan, las cosas permanecen, y del mismo modo los hombres mueren mientras las ideas viven eternamente. Y, en su debilidad, el espíritu humano, al ver extinguido o destruido el símbolo que, para él, era toda la realidad, se entumece, desespera y cae.

El fatal accidente de la caída de un caballo, que mató al príncipe Alfonso (1491), fue para el rey Juan II como el disparo del cazador, que en un instante precipita, en círculos, al ave que, con suaves alas, se elevaba, embriagada, en el océano de aire y luz. El amplio vuelo del halcón se detuvo, y todas las ilusiones se extinguieron ante el frío cadáver del príncipe, casado durante un año. ¡Esa vida que había terminado se llevó consigo todos los sueños dorados, todas las esperanzas, todas las quimeras!

Fue un llanto universal. En los funerales, hombres, mujeres e incluso niños, frenéticos, se arrancaban la barba y el pelo, se abofeteaban, se golpeaban la cabeza contra el túmulo fúnebre, y se arañaban la cara hasta sangrar. El luto era general. Imitando al rey y a la princesa viuda, todos andaban con el pelo corto; y quienes, por su pobreza, no podían comprar la tela burda, que se había vuelto excesivamente cara, adoptaban trajes extravagantes: las mujeres llevaban las faldas al revés, y los hombres se ponían encima sacos de forraje y las mantas de las monturas de sus bestias de carga.

D. Juan II, humillado, abatido por el dolor, volvió a vestirse con el hábito de la lechuza para morir (1495). En agonía, apenas capaz de articular palabras, con una voz larga y nasal que la proximidad de la muerte volvía satánica, dijo, apoyando su cabeza felina en su mano demacrada: «¡Que los hijos de Braganza me persigan sin piedad!»

IV. EN BUSCA DEL PRESTE JUAN DE LAS INDIAS

En el verano de 1486, Bartolomé Díaz zarpó de Lisboa con la intención de doblar el Cabo de Buena Esperanza; lo logró, pero no pudo ir mucho más allá porque las tripulaciones, atemorizadas, no se lo permitieron. Ese mismo año, el rey envió a Antonio de Lisboa y Pero Montaroyo por tierra hacia Oriente, pero no pasaron de Jerusalén, pues allí tuvieron que reconocer que, sin saber hablar el árabe, no podían continuar el viaje.

Al año siguiente, por lo tanto, se eligieron dos hombres que sabían árabe para ir por tierra a buscar al Preste Juan. El viaje por mar se abandonó por considerarse imposible o se pospuso hasta que las expediciones terrestres hubieran recabado información más concluyente. Alfonso de Payva y Pero da Covilhan partieron de Lisboa, vía Nápoles, con cartas de crédito del príncipe banquero Cosme de Medicis. Desde allí, los viajeros se embarcaron hacia Rodas, luego a Alejandría, desde donde pasaron por El Cairo hasta Tur, en la costa del Mar Rojo, al pie del Sinaí, como mercaderes, acompañando a las caravanas. Desde Tur fueron a Adén, donde se separaron: Covilhan a la India y Payva a Sauâkin (Shuaquem), en la costa de Abisinia; acordaron reencontrarse en El Cairo a su regreso.

Covilhan, en Adén, zarpó hacia Kananor, en Malajawara (Malabar), y desde allí se dirigió a Kolikodu (Calicut) y Goa. Luego cruzó el Océano Índico, llegando a Sofala, donde recabó información sobre la costa oriental de África y sobre la Isla de la Luna (Madagascar). Regresó inmediatamente a El Cairo, deseoso de enviar la importante información obtenida a Lisboa, y allí se enteró de la muerte prematura de Payva. Al recibir las cartas del viajero en Lisboa, el rey Juan II envió de inmediato a sus emisarios árabes con órdenes de visitar Ormuz y la costa de Persia. Tras completar esta misión, Covilhan, cuya primera tarea era obtener noticias del Preste Juan, partió hacia Abisinia. Para entonces, el príncipe encantado que, según Marco Polo, habitaba Asia Central, ya había sido trasladado a Nubia; y la leyenda personificó, en el oscuro Negus, al extravagante monarca, tan mencionado y admirado en tiempos anteriores. Covilhan, de quien no se conservan más cartas, había conocido la verdad en Oriente hacía muchos años; pero no pudo transmitirla a Portugal. Encarcelado, pero no maltratado; al contrario, favorecido y rico, vivió treinta y tres años en Etiopía, donde falleció.

Si su viaje no satisfizo la principal curiosidad del monarca portugués, si el Preste Juan siguió siendo un mito, lo cierto es que se obtuvieron resultados más valiosos. Covilhan merece el honor de haber trazado la ruta de navegación a la India, afirmando que se podía llegar a Oriente navegando al sur de África. En las cartas que envió desde El Cairo, decía que los barcos que navegaran a lo largo de la costa de Guinea, continuando su rumbo, llegarían al extremo sur del continente africano; y que, navegando hacia el este desde allí, hacia la isla de la Luna, pasando por Sofala, se encontrarían de camino a la India.

A partir de esta y otra información recibida, se elaboró el programa para la audaz expedición de 1497, cuyo destino inmediato era Kalikodu, o Calicut, como se la llamaba allí, donde había estado Covilhan. Vasco de Gama fue elegido por el rey Manuel I (hacía tres años que el rey Juan II había muerto) para comandar la expedición. Era un hombre audaz pero prudente, y combinaba cualidades militares con las de un marinero, algo común entonces, e incluso después. Lo mismo ocurrió con Alfonso de Albuquerque, con João de Castro y con muchos otros; y esta circunstancia merece el debido reconocimiento. La diversidad de aptitudes no obstaculizó los planes; y hubo unidad en el mando, porque el capitán era también el piloto. El mayor juicio y prudencia guiaron los preparativos de la expedición. Todas las noticias de Covilhan fueron sopesadas y debatidas,

comentándolas con el conocimiento previo. Se examinaron los itinerarios y las cartas náuticas; Y Bartolomé Díaz relató en persona todo lo que le había sucedido, los obstáculos que tuvo que afrontar y las dificultades que superó.

Con su vasta experiencia, dirigió la construcción de los barcos, descartando las dimensiones exageradas y recomendando la solidez de las estructuras. Se trataba de cuatro navíos pequeños, de no más de cien toneladas, para que pudieran entrar en todos los puertos, visitar todas las ensenadas y navegar por los bajos de la costa. Su construcción era refinada y robusta como nunca antes se había visto: maderas selectas, del apropiado grosor, cuidadosamente trabadas, y todo el casco meticulosamente calafateado. No se prestó menos atención al aparejo: llevaban tres juegos del velamen y las correspondientes jarcias; el cordaje tres veces doblado; y provisiones, armamento y cañones en abundancia. Se habían elegido los mejores pilotos, y el rey no permitió que se escatimara nada. Inspeccionó personalmente las atarazanas y se entretenía con los capitanes, escuchando las observaciones de Bartolomé, Pedro Díaz y Vasco de Gama, quien le mostró el nuevo astrolabio de Behaim, un tosco triángulo de madera, pero muy efectivo. Se habían encargado otros más pequeños, de latón, basados en este modelo.

Tres barcos llevaban los nombres de los tres arcángeles: *San Gabriel*, *San Miguel* y *San Rafael*. A finales de junio, todos estaban terminados, listos y anclados en el mar, frente a la iglesia de Restello, donde los capitanes velaron la noche del 7 de julio. Al día siguiente, después de la misa, acompañados por el rey y todo el pueblo de la ciudad, en procesión y cantando, con antorchas en las manos, se dirigieron a la playa y embarcaron.

Dice Camoens que en ese momento,

... un anciano de aspecto venerable,
que habitaba en las playas entre la gente,
con sabiduría nacida solo de la experiencia,
extrajo estas palabras de su pecho experto:
¡Oh, maldito sea el primero que en el mundo
se lanzó sobre las olas en un leño seco!

En el corazón de muchos, existía, de hecho, un rechazo formal por la persistente terquedad de los monarcas en sacrificar dinero y personas a la quimera de la navegación. La prudencia de la experiencia, endurecida y fría, no creía en su éxito, tras tantos intentos fallidos. Los resultados obtenidos votarían en contra de la prudencia; pero las palabras del poeta profetizaban las nefastas consecuencias de un imperio que todos, audaces y prudentes, celebraron cuando Vasco de Gama regresó. Camoens, ya en su crepúsculo vital, pudo relatar las hambrunas sufridas en alta mar, las tormentas y los naufragios, las peregrinaciones por los áridos reinos del temible Adamastor; y el collar cuyas cuentas eran los blancos huesos que se extendían a lo largo de las costas arenosas de las dos Áfricas: un rosario de tragedias fúnebres. También podría relatar las oleadas de traición y crímenes procedentes de aquel mar de la India, que llegaron a Europa para hundir a Portugal en el fango.

* * *

Tras una travesía de siete días, el 15 de julio llegaron a las Islas Canarias, donde la niebla dispersó la pequeña flota, que, entre el 23 y el 27, se reunió en Cabo Verde para partir de allí el 3 de agosto. Pasaron tres meses navegando hacia Santa Elena: allí descansaron, pues habían navegado mar adentro sin adentrarse en el Golfo de Guinea. También desembarcaron para determinar la latitud con un astrolabio, ya que el balanceo de los barcos les impedía hacerlo a bordo; tuvieron algunos enfrentamientos con los nativos y finalmente partieron el 16 de noviembre. El 19 avistaron el Cabo de las Tormentas o Cabo de Buena Esperanza, dos nombres que en esta ocasión justificaron por igual. Pasaron tres días allí, azotados por las tormentas. El viento y el mar eran tan fuertes que se sumergían las velas, y era difícil saber si navegaban sobre las olas o si estaban envueltos por

ellas. En lo alto de los castillos de popa, los barcos lucían retablos pintados con imágenes de los santos que les daban nombre; y cuando el mar estrelló un panel contra el toldo con un bramido, toda la tripulación del buque insignia palideció de miedo. Era un presagio funesto, y parecía queles abandonaba el favor divino. Un mar terrible y cruel que venía de popa arrebató la barca, lanzándola contra el costado del barco y dañando el timón. Arriaron las velas, cortaron el toldo y comenzaron a arrojar la carga al mar. Finalmente, el tiempo se calmó: ¡Alabado sea Nuestro Señor, que en las mayores fortunas socorre con su infinita misericordia!

Tras doblar el cabo el 22, el 25 fondearon en la bahía de San Blas, donde la calma les obligó a permanecer hasta el 7 del mes siguiente. Navegando durante una semana por la costa sur de África, llegaron el 15 a los islotes Chaos, el destino final del viaje de Bartolomé Díaz. Comenzaban a seguir las instrucciones de Covilhan, el piloto ausente, que había navegado por las tierras del Preste Juan, a quien buscaban. Pretendían seguir la costa, pero las corrientes, a las que tanto temían, los arrojaban al vasto y desconocido mar del Sur. Los marineros se rebelaron en vano: Vasco da Gama, como por un destino inexorable y prudente, en su audacia, venció las revueltas y las corrientes.

Finalmente salieron del mar tenebroso, y sólo entonces el temible cabo podía considerarse conquistado. Las tormentas y las corrientes amainaron. De día, calma y un cielo azul puro; de noche, dos o tres veces, en lo alto de los mástiles, brilló la luz de San Pedro Gonçalves, el San Telmo de Lisboa. Todo prometía bonanza. Subieron a los mástiles para ver las señales del milagro y trajeron con devoción las gotas de cera verde que el santo había dejado allí. A veces incluso se pelearon con algún incrédulo, y más de uno murió por ello. Los marineros recordaban piadosamente a su santo, que desde Lisboa, todos los años era conducido en procesión a Xabregas, donde cada año lo llevaban en procesión, luciendo sus más ricos ropajes, exhibiendo su oro, adornado con cilantro y flores, con danzas, música, jolgorio y meriendas en los jardines del arrabal. El buen santo los protegía: ya no se rebelaban y continuaron felices su camino, confiando también en la habilidad y el valor del capitán, que los había apaciguado con su intrepidez.

El 10 de enero desembarcaron en Inhambane, donde se comunicaron con los cafres; el 22 navegaron hasta Quelimane, donde *fidalgos* ataviados con tocados de seda bordados los visitaron a bordo. Por primera vez llegaban a la *India*. Vieron diversos pueblos y vestigios de aquella civilización lejana, buscada con tanto fervor. Surgieron del mar de África y de la oscura sombra del continente negro. Aquellos *fidalgos*, a quienes consideraban casi como hermanos, serían sus más crueles enemigos.

Permanecieron un mes en Quelimane para reparar los barcos y recuperarse, pues el escorbuto había empezado a afectar gravemente a los navegantes; y, tras partir, llegaron a Mozambique el 2 de marzo. Los síntomas anteriores se agravaron: vieron a muchos *fidalgos*: ¡estaban, sin duda, a las puertas de la India! ¡Por fin iban a llegar al imperio del Preste Juan!

Lo que observaron acrecentó su deseo, reavivando su curiosidad. Todo era nuevo para ellos, pero todo fortalecía sus esperanzas de llenar sus bolsillos con el botín de aquellas cosas brillantes: marfiles y sedas, oro y piedras preciosas, que relucían en los tocados y túnicas de los nobles de Mozambique. Alrededor de la escuadra anclada, navegaban las canoas, sin cubierta ni aparejo: tablones cosidos con cuero y velas de hojas de palma. Los *moros* venían a comerciar con ellos. El propio sultán deseaba saludar a Vasco de Gama, quien lo recibió a bordo. Le pidió pilotos que lo guiaran a la India, a la tierra del Preste Juan; le pidió informes sobre el famoso emperador. El moro le dijo que el Preste era un poderoso príncipe, con muchas ciudades en aquella costa, grandes navíos y abundancia de mercaderes. Esto fue, por lo menos, lo que Vasco de Gama entendió; y eran noticias que le llenaban de alegría.

Mostróse después traicionero el sultán, y la escuadra, sin sus pilotos, navegó por la costa hasta Mombasa, donde por suerte se salvó de la acechanza que los moros tramaban contra ella. Ya habían identificado como peligrosos rivales a estos hombres que habían llegado por mar a las regiones que, desde Arabia, Egipto y Nubia, habían sido hasta entonces su imperio indiscutido. Salvado por un

milagro, Vasco de Gama navegó hacia Malinde, donde el sultán lo recibió; pero desconfiando ya de estos *fidalgos* de Zanzíbar, se aprovechó de un *moro* que había permanecido a bordo en Mozambique y que conocía la ruta a Kalikodu. Zarparon, y en veintiséis días estaban en la India (del 24 de abril al 20 de mayo). Fue entonces cuando su asombro alcanzó su punto máximo. Todo lo que habían visto antes no se comparaba ni remotamente con lo que veían ahora, tras desembarcar. El esplendor y el esplendor natural de Oriente los llenaron de admiración y codicia. Y en su ignorancia religiosa, vieron por todas partes a los cristianos del Preste Juan. Los nativos adoraban a la Virgen María, y nuestros hombres, de rodillas, rezaban a los ídolos de la religión india. Esta confusión, agravada por la imposibilidad de entenderse, dio lugar a escenas ingenuamente cómicas. Algunos, dubitativos, observaron que si los ídolos eran demonios, sus oraciones eran solo para Dios; y con esta reserva mental, guardaron silencio. Para mayor asombro, un *moro* vino a hablar con ellos en portugués: «¡Boa ventura! boa ventura! muitos rubis! muitas esmeraldas!»

Y nada de esto era un sueño; era «pura verdad, sin mentiras». Los nativos los acogieron con los brazos abiertos, y los sencillos marineros del Alentejo y Beira, los ingenuos e ignorantes marineros del Tajo, también, con la efusión de un instinto humano, como patricios. Se podría decir que se conocían muy bien, y que poco o nada los distinguía: de Lisboa a la India había una corta distancia, porque el sentimiento no tiene límites. Todos eran cristianos, también tenían reyes; el mundo era uno, ¡y el hombre igual en todas partes! La ingenua naturalidad con la que se lograron las mayores hazañas es la gran prueba de la fuerza heroica de los hombres del Renacimiento.

En aquel tiempo, en la India —y con este nombre designamos todas las costas e islas comprendidas entre los meridianos de Suez y Tidor, y entre los 20° S y los 30° N de latitud, que son el escenario de las campañas portuguesas—, pueblos extranjeros impusieron un dominio muy similar al que posteriormente ostentarían los portugueses: un monopolio comercial y marítimo, y como consecuencia, puestos comerciales, colonias y estados. Los pueblos a los que íbamos a despojar de este dominio eran los árabes y los etíopes, los persas, los turcomanos y los afganos, quienes, procedentes del Mar Rojo y del Mar Árabe, mezclados con la ola religiosa del Islam, habían subyugado la península desde el Indo hasta el Ganges; África Oriental desde Adal hasta Monomotapa; y extendiéndose hacia el lejano oriente, llegaron, como nosotros, hasta Camboya y Tidor en las Molucas, pasando por Arakan y Pegu, la península malaya y Birmania y Schan (Siam) en el continente; a través de Sumatra y Borneo y por el archipiélago de la Sonda. Los portugueses llamaron *mouros* a todas estas gentes, expresión genérica ya utilizada en Europa para designar a los sectarios del Islam, y por eso también adoptada ahora que, tan lejos y a través de tantos mares, nos habíamos vuelto a encontrar, frente a frente, con el *turco*, el antagonista del *cristiano* en todo el mundo.

«¡Que el diablo se lleve al que os trajo aquí!» Así saludó un moro de Túnez en Kalikodu a los portugueses; y al igual que en Mozambique y en Mombasa, los *moros* (de ahora en adelante usaremos esta expresión genérica, ya explicada) indujeron u obligaron a Samoudri-rajá (Çamorim) de Kalikodu, a que matase a los portugueses. La India vivía en un régimen semifeudal y el rajá era visto como un rey o conde. Kalikodu era el emporio comercial de la costa malabar, y los dominios de su rajá formaban el llamado reino de Kanará.

Sin duda, sería fácil convencer al príncipe de que Vasco de Gama era un pirata y que su rey era una fantasía; y sin pensarlo, ciertamente, los moros de Kalikodu estaban definiendo de antemano el dominio portugués, que solo se diferenciaba de la piratería común en ser un saqueo organizado por un estado político. Convencido o coaccionado, el rajá ordenó la captura de los marineros, quienes embarcaron y se defendieron. Tras unos meses en la isla de Andjediwa, frente a la costa, Vasco da Gama decide regresar y zarpa hacia Portugal el 29 de agosto de 1598. Un año después, ese mismo día, llega a Lisboa. Durante el viaje, Nicolás Coelho se separa de la flota en Cabo Verde, y Vasco da Gama llega vía Terceira para enterrar allí a su hermano, fallecido en el mar.

La llegada de Vasco da Gama despertó un gran entusiasmo en Lisboa: el rey Manuel también tenía sus Indias, ¡y Portugal, su Colón! Y del Preste Juan, ¿qué noticias hay? ¿Y de Covilhan? Nada. El navegante había logrado doblar el Cabo y encontrar la India; pero no había conseguido descifrar el enigma, que para entonces ya había sido objeto de tres siglos de sucesivas indagaciones.

Y es que estas cosas tenían poca importancia para la historia. Lo esencial era descifrar el otro enigma, aún mayor: el del mar tenebroso. Poco quedaba por hacer; y en veinte años más, no habría, en la superficie redonda del globo, ni un solo rincón de tierra desconocida, ni un centímetro por explorar en la vasta extensión de los mares. Bajo las olas embravecidas, para descubrir los secretos de la tierra y los misterios y engaños del océano, los portugueses, con su heroica curiosidad, tomaron en sus manos el futuro de Europa y del mundo. Al año siguiente del descubrimiento de la India, Pedro Álvarez Cabral, enviado allí con una imponente flota, no pudo resistir la tentación de la curiosidad. Navegando hacia el este, adentrándose en el Atlántico, una pregunta incesante lo atormentaba: ¿qué hay al oeste? Colón había descubierto algunas Indias en el hemisferio norte: ¿podría haber más Indias en el hemisferio sur? Navegó hacia el oeste, indagando, observando; ¿qué importaban unos meses más en el largo viaje desde Oriente? En efecto, descubrió Brasil: la tierra del Occidente se extendía desde el extremo norte hasta el extremo sur, abarcando ambos hemisferios; y sólo entonces se pudo decir que América había sido completamente descubierta.

La noticia de las tierras recién descubiertas causó poca impresión en Lisboa: en la corte ardía el deseo de descubrir al Preste, al encantado Preste Juan; de concertar un buen tratado con él para traer a Portugal al menos algo de tantas cosas maravillosas que Vasco de Gama había visto con sus ojos y que, al contarlas, henchía de codicia los corazones de sus oyentes.

Cabral había sido enviado con ese objetivo, y no para descubrir tierras: ya había demasiadas Veracruces, y los nombres en el repertorio escaseaban para nombrar islas y cabos, puertos y bahías, costas y continentes. Se deseaba algo más, otras esperanzas se cocían a fuego lento:

«¡Boa ventura! boa ventura! muitos rubis! muitas esmeraldas!»

* * *

Que le hubieran confundido con un pirata llenó de ira a Vasco de Gama. Además de la necesidad de demostrarle al traidor *Çamorim* el poder del rey de Portugal, era indispensable apaciguar el orgullo del hidalgo ofendido. No podía hacerlo en esta ocasión, pero confiaba en la próxima para vengarse.

En cuanto regresó Vasco de Gama, se decidió enviar una gran armada a la India; pues ahora, conociendo la ruta, ya no había temores ni razones para reducir el número ni la tripulación de los barcos. Pedro Álvarez Cabral había sido nombrado almirante de la flota, que contaba con trece barcos y transportaba mil doscientos hombres.

La construcción de los barcos había progresado con los viajes cada vez más frecuentes y más prolongados. Navíos y galeras, embarcaciones de vela y remos, se habían preparado mejor y aumentado de tamaño. Sin embargo, en el primer cuarto del siglo XVI, cuando la codicia comercial aún no había pervertido la prudencia, la capacidad no superaba las 400 toneladas. El barco navegaba a vela, disparando artillería desde los costados, sobre cubierta o bajo la cubierta. En la popa y la proa, en los castillos, lujosamente adornados con tallas y dorados, también se colocaban cañones; así como pequeñas culebrinas. De un castillo al otro discurría un balcón o veranda, desde donde, en la batalla, disparaban los mosqueteros y desde donde se realizaba el abordaje de los barcos enemigos. Muchos barcos estaban equipados con espolones o proas de acero para el ataque. Las galeras, barcos de remos, se dividían en *bastardas* y *subtís*; las primeras con 27 bancos para tres remeros y 7 cañones grandes; las segundas con 25 bancos y solo 5 cañones. La artillería pesada disparaba únicamente por la proa, a los lados; sin embargo, cañones más pequeños, llamados cunas, se colocaban entre los remeros. También existían las *fustas*, pequeñas galeras de 16 o 20 bancos de dos remos, con dos cañones grandes. Las galeras, sin embargo, también navegaban a vela; y para ello tenían dos mástiles, donde izaban velas latinas; las fustas solo tenían uno. Sin embargo, existían

galeras que, debido a que se parecían más al aparejo de las carracas, se denominaban galeras bastardas.

La flota de Pedro Álvarez Cabral zarpó del río Tajo el 9 de marzo del año 1500. Los gritos de los marineros para izar los cabrestantes simultáneamente, una melodía triste y fúnebre como el mar; el susurro amortiguado de las amarras contra los cabrestantes; los silbatos de los capitanes dirigiendo las maniobras; las banderas multicolores ondeando al viento; y las velas medio recogidas en los mástiles; formaban la vívida imagen de la nación que también se hacía a la mar, en el año de 1500, ya preparada y bien dispuesta, para ese largo viaje de poco más de un siglo, lleno de percances y naufragios; al final del cual le esperaba una tumba, vasta como el mar, silenciosa como es, en las fúnebres calmas de los trópicos.

Ya no había quejas, sólo esperanzas, codicia, ambiciones. No partían a la ventura; se proponían conquistar lo que habían descubierto y querían traerlo a Portugal, su patria. Nadie dudaba de su éxito, y el capitán llevaba cartas solemnes del rey dirigidas al *Çamorin*. A cambio de ellas, de su alianza, de los regalos que le enviaba, vendrían los rubíes y las esmeraldas, la pimienta y la canela, monopolizadas por el turco, ¡enemigo de Dios!

Ya en la playa empezaba a levantarse la basílica, un ingenuo monumento de esa religión del comercio, erigido a Jesús y a la Pimienta, los dos dioses que habitaban el cielo portugués; dos dioses piadosamente adorados, devotamente, pero servidos ambos de un modo igualmente bárbaro.

El almirante quizá pensaba, ya en el Tajo, en ese rumbo hacia el oeste, el de Colón, que lo llevaría a América; y quizá tenía poca fe en la existencia del legendario Preste Juan, por cuya causa se habían hecho tantos viajes. No lo enviaron a descubrirlo, lo enviaron a conquistarlo; pero también quería inscribir su nombre en la lista de quienes, durante el siglo anterior, habían atravesado poco a poco la oscuridad del misterioso mar. Su viaje, además de iniciar el dominio portugués en la India, tuvo, en efecto, las dos consecuencias deseadas: barrió con las dos leyendas, la del Preste Juan y la del mar tenebroso; descubrió Brasil y vino a decirle al rey Manuel que el supuesto emperador de Oriente era un miserable rey negro, un infiel, acampado en las áridas montañas de Abisinia. Tras una leyenda, arrastrado por un remolino, Portugal descubrió los continentes e islas del Atlántico y llegó a la India. Mediante una ilusión, consumó la realidad que asombró al mundo entero. El mundo es un espejismo, y los hombres son sombras llevadas por los sabios vientos del destino...

Tras haber explorado las tierras y navegado los mares, tanto al oeste como al este, quedaba, sin embargo, reunir estas dos mitades del mundo conocido; y circunnavegarlo, saber que todo encajaba, enteramente, en manos del hombre: este es el valor del viaje de Magallanes, veinte años después.

Ya no hay tinieblas en el mar; la gran conquista se ha consumado. Pero una nueva empresa se gesta: devorar lo descubierto, digerir el mundo.

Todo Portugal se embarca, en la flota de Cabral, rumbo a la India.

LIBRO IV. EL VIAJE A LA INDIA

«Desde el primer día en que, a través de mi propia vista y experiencia, me di cuenta del gran error al que me había llevado la reputación de las cosas de la India... nació inmediatamente en mí un ardiente deseo de prestar un servicio grande y extraordinario de esta manera.»

Rodrigues da Silveira, *Reformaço da milicia e governo do Estado da India oriental*.

I. D. FRANCISCO DE ALMEIDA

El 13 de septiembre del año 1500, Cabral llegó a Kalikodu. No iba, como Vasco da Gama, como descubridor, sino como embajador, al frente de una poderosa armada, para no ser confundido con un pirata. Viajaba como emisario del noble monarca portugués, portando sus cartas y propuestas de alianza para el Rajá de Kalikodu. En efecto, fue recibido en una solemne audiencia. Los portugueses, ataviados con sus mejores ropas y sus armas más bellas y relucientes, pretendían impresionar al monarca de Oriente con su riqueza; pero los representantes de la pobre y poderosa Europa quedarían deslumbrados por la magnificencia de la opulenta India. El brillo de las armaduras se veía eclipsado por las joyas resplandecientes, «cuyo resplandor oscurecía la vista».

El rajá llegó en una litera cargada a hombros por dos hombres, reclinado sobre cojines de seda, luciendo su corona de oro tachonada de rubíes, diamantes y esmeraldas; sus manos adornadas con anillos y al cinto una daga con incrustaciones de piedras preciosas. Su aspecto era deslumbrante. La litera estaba protegida por un dosel de seda con flecos de oro; a ambos lados, abanicos y sombrillas protegían la cabeza del rajá del sol y refrescaban el ambiente sofocante. Le precedían una banda de música, tropas armadas con lanzas, espadas y escudos, y un coro de gimnastas, desnudos y bronceados, que saltaban, se contorsionaban y blandían sus lanzas y cimitarras. Alrededor del palanquín del rajá iban los pajes: uno con la espada y la daga, otro con el cetro de oro, otro con la simbólica flor de lis, otro con la jarra de agua, otro con la toalla y, finalmente, otro con la copa en la que el rey escupía el betel.

La procesión que había acudido a recibir al embajador portugués ascendió al palacio, donde tuvo lugar la solemne recepción.

El Samoudri-rajah, sentado ante un tapiz oscuro, insignia de la realeza, en el centro de su corte, reclinado sobre suaves cojines de seda, sobre mullidas alfombras persas, somnoliento e inmóvil. A su lado, de pie, se encontraban los pajes con sus insignias y utensilios; junto al soberano, uno con la copa dorada y la toalla al hombro; y otro con el cuenco tachonado de diamantes, que contenía sal disuelta en agua de rosas, donde mojaba las hojas de betel antes de dárselas al rajah para que las masticara. Otros pajes, con toallas perfumadas con almizcle, le frotaban los brazos y las piernas desnudas, que relucían con brazaletes tachonados de rubíes. Los escribas permanecían de pie con largas hojas de palma secas bajo el brazo, en las que se registraban leyes y tratados en

surcos tallados con estiletes de hierro que se balanceaban entre sus dedos. Más allá, las esposas del rajá se agrupaban, ungidas con sándalo y desnudas de cintura para arriba, con la cabeza coronada de flores y luciendo collares de cuentas de oro y piedras preciosas, gruesas pulseras en las piernas y anillos relucientes. El rajá tenía más de mil, entre amantes y barrenderas, esclavas y embaucadoras. Más allá de las columnatas de alabastro, en los patios bañados por el sol, se podían ver los elefantes sumisos, con sus collares de cascabeles y campanillas, cubiertos con chales de seda bordados con oro; los doseles y abanicos del séquito del soberano; los bufones y faquires, revolcándose por el suelo, desaliñados, lanzando aullidos. Luego formaban alas, o esgrimían con gestos y golpes, los *nayres*, los bufones del rajá, una casta singular y poliándrica de la que el poeta dijo: «las mujeres son generales, pero solo para las de la generación de sus maridos». Pero lo que sobre todo llenó a los portugueses de asombro y codicia, avergonzados de su pobreza, fueron los luminosos ríos de piedras preciosas que, destacando sobre el fondo cobrizo de las pieles indígenas, los cegaban: «¡las llamas que emanaban de ellas impedían la vista!» Sobre el oro de Sofala, estaban los rubíes de Pegu, los diamantes de Dekkan y Narsinga, los zafiros de Sinhala (Ceilán) y sus topacios y turquesas, jacintos y amatistas ¡Eran las hermosas esmeraldas de Babilonia!

Sin embargo, en ambos bandos no se entendían bien; y los escribas, en vano, mostraban las grandes hojas de palmera cubiertas de escritura y agitaban los estiletes de hierro, indicaban los pasajes de sus leyes que juzgaban oportunas para lo que pensaban que solicitaban los portugueses. Estos, con sus gestos, intentaron hacerles entender que querían establecer allí puestos comerciales para llevar los preciosos bienes de la India a Europa por mar; y no cesaban de afirmar lo poderoso y fuerte que era el rey de Portugal: «¡Aunque no poseía tanto oro ni piedras preciosas, tenía el bronce de su artillería y el hierro de sus granadas!», añadían con soberbia. Los escribas empezaban a comprender, con recelo; y los portugueses también desconfiaban de las sonrisas del rajá. A pesar de esto, se les concedió lo que pedían; y Cabral fundó el primer puesto comercial portugués en la India, en Kalikodu.

Pronto los *moros* acudieron a quejarse de los intrusos que los despojaban; y, favorecidos por los nativos, atacaron el puesto comercial, masacrando a los portugueses que se encontraban allí, cincuenta en total. Así comenzaba la historia de la India. Las terribles represalias del almirante siguieron inmediatamente. Tomó diez barcos de mercaderes árabes, pasó a cuchillo a más de 500 hombres y tripulantes, y bombardeando la ciudad, la incendió. El incendio de Kalikodu, el 16 de diciembre de 1500, fue el amanecer fúnebre de la historia de Oriente. Si las piedras preciosas habían cegado los ojos de los portugueses, ahora las llamas cegaban los ojos afligidos del rajá, en esa noche de cruel recuerdo.

Con Kalikodu en llamas, el almirante partió con la escuadra para entrar en Katschhi (Cochin), un poco al sur, en la misma costa malabar, pero ya más allá de los dominios del traicionero rajá de Kalikodu. El terror de la reciente hazaña abrió los brazos del pequeño soberano de Katschhi; y se estableció allí, en prolongada paz y buena amistad, un puesto comercial, mientras el almirante tomaba rehenes para su seguridad. A mediados de enero partió hacia Kananor, donde cargó sus naves con pimienta y canela; y regresó al reino. De las trece naves con las que había partido un año antes, sólo tres lo acompañaron; cinco, separadas, regresaron por diversas rutas, y otras cinco fueron engullidas por el tenebroso mar. Este terrible enemigo, aunque derrotado, no estaba domado; y la primera expedición a la India, este primer acto de la tragedia de más de un siglo, ya esbozaba todos los elementos de la acción: asesinatos e incendios provocados, masacres y naufragios; la espada y la pimienta; las armas del guerrero en una mano, la balanza del mercader en la otra; una Cartago moderna; y, en su corazón, el torbellino abierto del mar, listo para devorar hombres, naves y riquezas. ¡Fuente perenne del vicio, que vierte torrentes de depravación y libertinaje!

* * *

De la breve historia previa de la India, se desprenden dos hechos: la traicionera enemistad del Rajá de Kalikodu y el puesto comercial de Katschhi. Castigar severamente al primero y consolidar y

fortificar el segundo fue el principal motivo de la segunda armada, que en febrero de 1502 partió de Lisboa hacia Oriente, bajo el mando de Vasco de Gama, el implacable capitán, el noble ofendido en su orgullo por el infame *Çamorim*.

La historia de este viaje es espantosa; y la venganza del capitán es prueba de esa frialdad sanguinaria, impasible y cruel que en realidad existe en el temperamento casi africano de los portugueses: adormecido en la sujeción o en la paz, siempre estallaba en guerra con el dominio y con la victoria. Si tales sentimientos, presentes en el alma de Gama, inspiraron sus actos, su campaña no siguió un plan, ni su rudo espíritu abarcó las amplias visiones de un estadista. Si alguna tuvo, se limitó a asombrar a la India con la crueldad de sus hazañas y a dominarla mediante el terror de sus masacres. Grande en el mar, combatiendo las tormentas, es la imagen de la nación; cuya grandeza reside en el coraje y la tenacidad con que supo conquistar el mar tenebroso. Un terremoto sacudió el Océano Índico cuando Gama, por segunda vez, lo navegó; y el almirante, imagen de la épica valentía de la nación, creyó y dijo que hasta las olas temblaban de miedo ante él.

Sin embargo, navegando por el Océano Índico, con toda la artillería cargada de metralla, para arrasarlo, Kalikodu, Gama se topó con un grupo de comerciantes árabes que viajaban hacia La Meca o regresaban de ella, en sus constantes peregrinaciones a la sagrada Kaaba. Además de la tripulación, el barco transportaba doscientos cuarenta hombres, pasajeros, con sus esposas e hijos. Esto ocurrió el 3 de octubre de 1502, «¡que recordaré toda mi vida!», escribe el piloto, aún horrorizado, recordando cómo el barco fue cobardemente incendiado, con todos sus ocupantes, quienes murieron, gritando de desesperación, en el fuego o en el mar.

Satisfecho consigo mismo, el capitán se dirigió a Kalikodu. Ordenó al rajá expulsar a todos los *moros*, que sumaban cinco mil familias, entre las más ricas de la ciudad; diciéndole que cualquier sirviente del rey Manuel valía más que él, *Çamori*; ¡y que su amo tenía el poder de hacer rey de cada palmera! Como era evidente, el rajá se negó; y el capitán, que al fondear había apresado a un número considerable de comerciantes en el puerto, ordenó inmediatamente que los ahorcaran en las vergas de los barcos. Cortadas las cabezas y los pies de los cadáveres, apilados en una barca, fueron arrastrados a la orilla por la marea, llevando la respuesta de Gama a la negativa del afligido príncipe. El bombardeo comenzó de inmediato (2 de noviembre). La ciudad ardió de nuevo; y a la población que lloraba, respondía la risa cínica y feroz de los marineros, resguardados tras las bordas de los barcos, junto a los cañones que escupían fuego. Era ineptitud, una barbarie y una cobardía; las cortas lanzas y flechas de los nativos no podían competir con las granadas, disparadas desde lejos, desde las naves.

Gama, cada vez más satisfecho de sí mismo, fue a visitar el puerto amigo de Katschhi; y decidió regresar al reino vía Quilwa, de donde trajo el oro con el que el rey Manuel I hizo una custodia para su templo de Jerónimo. Estaba complacido con la valiente venganza que había tomado: ¡el *Çamorim* había sido castigado!

Gama había dejado parte de su flota en la India bajo el mando de Vicente Sodré, una figura tan célebre como el propio almirante. Hidalgo este último, se deleitaba con las hazañas más brutales y estruendosas; plebeyo Sodré, en cambio, prefería la piratería y el robo. De hecho, tan pronto como Gama partió de la costa de Malabar, el gobernante de Kalikodu, quizá invocando sus derechos de soberanía sobre su vecino Katschhi, le exigió que expulsara a los portugueses del puesto comercial. Pero los repetidos ataques contra el poderoso rajá de Kanará envalentonaron a sus vasallos y propiciaron la decadencia del sistema político de la India. Katschhi resistió, implorando la ayuda de Sodré, a quien poco le importaba el puesto comercial, y lo abandonó para dedicarse al corso de los barcos de La Meca: era un trabajo más rentable y menos arriesgado piratear en colaboración con la corona portuguesa en las costas de Adal y de Arabia, hasta la embocadura del mar Rojo. El botín logrado de los barcos de La Meca pertenecía, la mitad al rey de Portugal, la otra mitad a las tripulaciones: una parte a los soldados, dos a los marineros, otras dos a los artilleros, cuatro a los pilotos y otras cuatro al capitán. Todos robaban, acordes con la Corona.

Vicente Sodré se dedicaba a esto, al mismo tiempo que Ruy Lourenço, por cuenta propia y riesgo, arrasaba la costa de Zanguebar¹⁷, cazaba barcos y recaudaba tributos de los sultanes.

El dominio portugués adquirió desde el principio un carácter dual que nunca perdió, a pesar de todos los intentos posteriores de reglamentación y orden. En el mar era una anarquía de robos; en tierra, una serie de sangrientas depredaciones. Vasco de Gama había enseñado la forma de gobernar a sangre y fuego; Sodré indicó el método de robar en el mar, mediante abordajes a los barcos de La Meca. La piratería y el saqueo fueron los dos cimientos del dominio portugués, cuyo nervio eran los cañones, cuya alma era la pimienta. ¡Digno trono de nuestro insignificante y oscuro monarca!

En la artillería, en efecto, residía el secreto del poder de los invasores de la India. Cuando Gama regresaba de su segundo viaje, una tercera escuadra partió de Lisboa (abril de 1503) con Alfonso de Albuquerque y Duarte Pacheco a bordo. Fueron a Katschhi para ayudar al rajá en su guerra contra el de Kalikodu, y construyeron la primera fortaleza de la India. Albuquerque regresó al reino; Pacheco permaneció en Katschhi con las tropas y los barcos, preparado para el ataque. El héroe, porque luchó como una bestia en su guarida de Kambalaan, noble, abnegado y valiente, dijo desde el principio que *toda la fiesta debía ser de artillería*. En efecto, ¿de qué servían las armas blancas y el arrojo de los nativos, frente al vomitar distante de la metralla? Esto explica la resistencia de los setenta hombres de Pacheco, con una ayuda escasa de los nativos, en comparación con los cincuenta mil que se rindieron al ejército del Samoudri-rajah de Kalikodu. Las ráfagas de fusilería sin duda contribuyeron, pero la defensa decisiva consistió en las oleadas de fuego de metralla, que en un instante arrasaron las balsas repletas de gente que llegaba por mar, y las densas columnas de *mayres* armados con flechas y lanzas que cargaban por tierra. Pero la artillería por sí sola no habría podido resistir la enorme oleada de columnas enemigas si el valor, la velocidad fulminante de las marchas, la omnipresencia —podría decirse— del primer héroe militar de Oriente no hubieran animado los poderosos medios de defensa. El asedio de Katschhi duró cuatro meses y terminó con la derrota del Samoudri-rajah.

La flota de Lopo Soares de Albergaria trajo a Duarte Pacheco al reino (1505): un hombre sencillo que, al regresar cargado de heridas pero escaso de dinero y diamantes, fue encarcelado en Lisboa. Mientras, Telles Barreto permaneció en la India como capitán de navío, encargado de *correr as naus de Meca*. La flota traía al reino a Pacheco —¡un infeliz!— y un abundante cargamento de especias y tesoros. La corte y el rey, en Lisboa, valoraba este último mucho más que al primero.

Sin embargo, a éste debía el rey Manuel la consolidación de su aún naciente imperio oriental. Pacheco había demostrado a los nativos y a los árabes que los portugueses eran más que piratas; y que podían hacer más que bombardear impunemente una ciudad desarmada o apoderarse de barcos de mercaderes y peregrinos indefensos. La hazaña de Katschhi fue el bautismo de sangre del nuevo imperio; y el baluarte, en pie, atestiguaba la fuerza de los nuevos gobernantes.

Pero incluso desde el principio surgió la última de las plagas de la India: la envidia, la ira, la maledicencia y la discordia, con las que se devoraban unos a otros en la corte; y la ineptitud del gobierno del rey, incapaz de sopesar el valor de las palabras, de medir el alcance de las acusaciones y de ser justo y sabio. Reinaba la adulación, y por encima de ella, el favoritismo.

Habían transcurrido cinco años desde el viaje de Cabral; ya existía una fortaleza en Katschhi; la de Kalikodu había sido conquistada; los barcos portugueses pirateaban libremente en el océano Índico; y eran capturados numerosos barcos procedentes o dirigidos a La Meca. El futuro imperio estaba tomando forma, de manera anárquica, pero yaa tan decididamente que era necesario organizarlo, darle una ley y una dirección.

* * *

17 Las costas desde el norte de Mozambique al sur de Somalia, fundamentalmente de Tanzania y Kenia, controladas por el sultanato de Zanzíbar. (Nota del editor digital.)

D. Francisco de Almeida fue elegido para gobernar la India, constituida en virreinato. De los tres personajes sucesivos que caracterizan el imperio portugués en Oriente, él es quien encarna el primero; de los tres virreyes más notables, es también el primero. Sin el heroísmo ancestral de Albuquerque, un Aníbal; sin la pureza ingenua y compasiva de un Castro, un fiel imitador de los tipos de Plutarco; Francisco de Almeida, valiente como soldado, hábil como almirante, es ante todo un estadista.

Dejando de lado el mérito absoluto de esta política comercial, se trata de un sistema fructífero para explotar toda una región, ejecutado con fidelidad posteriormente y con gran éxito por parte de los holandeses; lo cierto es que, para lograr el objetivo deseado de arrebatar el dominio a los árabes, y el comercio de Oriente a los venecianos y los árabes, la política de Francisco de Almeida, sin grandeza ni valor, es lúcida, perspicaz y firme. El gobierno de la India produjo tres grandes hombres: Castro, a quien se puede llamar santo; Albuquerque, a quien le corresponde más bien el título de héroe; y Almeida, un administrador sabio y un gobernante inteligente.

De camino a la India, el primer virrey saldó viejas cuentas con el sultán de Mombasa y arrasó su ciudad (14 de agosto de 1505). También llevó órdenes de construir fortalezas en Quilwa, Kananor y Andjediwa, además de Katschhi, que sería ampliada y reparada tras los daños sufridos el año anterior. Las ambiciones del gobierno del reino no se extendían más allá de esa franja de la costa oriental de África, con sus puestos fronterizos en la costa de Malabar. Mientras tanto, en la mente del virrey, madurada por la observación local y la experiencia de una primera guerra marítima con la que el impenitente rajá de Kalikodu lo había recibido, ya se estaba formulando su plan de dominio. No dudó en explicárselo al rey Manuel en la carta que escribió, uno de los documentos más importantes de la historia portuguesa en Oriente.

«Que toda nuestra fuerza esté en el mar —decía—; renunciemos a la apropiación de la tierra. Las antiguas tradiciones de conquista, el imperio sobre reinos tan distantes, no son adecuadas. Destruyamos a estos nuevos pueblos (los árabes, afganos, etíopes, turcomanos) y asentemos a los pueblos antiguos y nativos de esta tierra y costa: entonces iremos más allá. Con nuestras flotas tendremos el mar seguro, los nativos protegidos, en cuyo nombre reinaremos de hecho sobre la India; y si lo que queremos son los productos de ella, nuestro imperio marítimo asegurará el monopolio portugués, contra el turco y el veneciano. Impongamos pesados tributos, aumentemos el precio de los permisos (*cartazes*) para que los moros naveguen en los mares de la India, y eso los expulsará: nuestras flotas perseguirán a los contrabandistas. Ciertamente no es malo que tengamos algunas fortalezas a lo largo de las costas, pero sólo para proteger los puestos comerciales de una incursión; porque su verdadera seguridad residirá en la amistad con los rajás nativos, colocados por nosotros en sus tronos, apoyados y defendidos por nuestras flotas. Simplemente reemplacemos al turco; y abandonemos la idea de conquistas, para no sufrir los problemas de Alejandro. Lo que se ha hecho hasta ahora es anarquía y un mero esbozo; un sistema de matanzas, piratería y desorden, al que hay que poner fin.» La primera condición de un imperio seguro es un plan definido, y tal era el del virrey.

Las dificultades le parecían aún más graves, ya que «las guerras pasadas se libraban con bestias, ahora las tenemos con venecianos y turcos del Sultán.» De hecho, la antigua impunidad de la que disfrutaban nuestros hombres gracias a la artillería, ya había desaparecido; puesto que los venecianos y los egipcios, al ver en peligro su dominio en Oriente, habían llevado una poderosa flota al Mar Rojo, tan bien armada como la nuestra. La guerra adquirió un nuevo carácter; y los portugueses ya no se enfrentaban solo a las armas blancas de los nativos. La pólvora había aparecido del lado de los enemigos; y a esta grave y nueva fase de las cosas se añadió, en la mente del virrey, el resultado cruel de la imprudencia de su hijo, que en Tschala (Chaul) había muerto derrotado por la flota egipcia, la armada de *Mirocem*, capitán mayor del Sultán del Gran Cairo y de Babilonia, como se decía en aquellos tiempos.

Confirmando la doctrina con el ejemplo, impulsado por el deseo de vengar la muerte de su hijo y por la necesidad de destruir esa armada que amenazaba con acabar con el dominio portugués en la India en sus inicios,

*...vem o pae com animo estupendo,
Trazendo furia e magoa por antolhos.*

Navegando por el Mar Rojo, la flota egipcia había anclado en Diu, en la costa de Gujarat, imponiendo a los habitantes locales la obligación de defenderla. Entre *mouros* y portugueses, que se disputaban el botín del comercio oriental, los rajás, perseguidos por la protección de ambos bandos, a menudo no sabían a quién apoyar, inseguros de qué bando favorecería la victoria final. Los vencedores siempre eran los fieles aliados de los débiles. Tal era la situación de los habitantes de Diu. No tuvieron más remedio que acompañar a los rajás y capturar a los portugueses de la flota derrotada de Lourenço de Almeida, conservándolos como moneda de cambio y como argumento para el virrey, en caso de que este venciera con la nueva armada.

En efecto, D. Francisco de Almeida navegó a lo largo de la costa, dejando tras de sí un rastro de cenizas y sangre que anunciaba por doquier el paso de los portugueses. Las chispas del incendio de Dewal (Dabul) y los lamentos de la población dispersa llegaron hasta el estuario, donde se encontraban ancladas las escuadras de navíos egipcios y de Diu, reforzadas ya por las trescientas fustas que había enviado el de Kalikodu, para ver si finalmente podía deshacerse de los molestos visitantes.

El egipcio, a pesar de su victoria, temía al virrey; y tras anclar la escuadra, había dispuesto que los barcos cortaran las amarras en cuanto fueran embestidos, encallando así y arrastrando consigo a los portugueses, sobre quienes caerían sin piedad las lanchas y fustas indias. Pero el virrey, al percatarse de la estratagema, ordenó que se prepararan las anclas en la popa, y los barcos enemigos, solos, encallaron en la playa. Al fracasar el plan, la batalla se extendió a gran escala, con artillería y armas blancas y abordajes. La confusión de la gente que luchaba allí era inextricable; y las banderas de la cruz y la media luna, izadas en los mástiles de los barcos, albergaban los sentimientos más extravagantes, las creencias más absurdas. Porque allí no luchaban ni por la fe ni por la patria: se disputaban furiosamente el saqueo de la India; y la codicia hace hermanos a hombres de todas las religiones, hijos de todas las razas. Había alemanes y franceses como artilleros a bordo de los barcos portugueses; Había brahmanes indios e incluso *mouros*. En el lado opuesto, entre la confusión de barcos, se encontraban nubios, árabes, etíopes y afganos; musulmanes de toda índole, persas y *rumís* de Egipto —mercenarios de todas partes, a quienes se les daba ese nombre genérico—; junto a la multitud de infieles, el veneciano, renegado o católico pero ante todo mercader que, por orden de su república, había venido como artillero a defender, en el mar de la India, los intereses comunes de sus socios en el comercio oriental. Y en el populacho de la flota de los *rumís* predominaba la oscura masa de indios, por miles, procedentes de Diu, de Gudjerât, de Kalikodu, de Kanará.

Los barcos portugueses eran pocos, pero robustos, bien contruidos y armados; sus tripulaciones no superaban los mil hombres. Eran principalmente naos, pero también galeras, incluyendo bastardas, *subtis* y fustas, que comunicaban entre sí las naves de esas antiguas escuadra. Los naos lanzaban fuego desde sus bordas; en los castillos de popa y proa, la artillería menor, bautizada con los nombres de las monterías feudales —*aguías, sacres e falcões*—, las *pedreiras* que arrojaban balas de granito, los *berços, camellos, colubrinas e esperas*; en las bordas, de popa a proa, los mosqueteros disparaban descargas continuas de balas; y las defensas sujetas a las bordas protegían a los naos del abordaje de los juncos y galeotas de los indígenas. A bordo de las galeras, el capitán, encaramado en la cubierta, gritaba: «¡Jesús! ¡Santo Tomás! ¡Ave María!», arengando a los soldados que, con espadas y escudos, se reunían en la proa para abordar los navíos enemigos; o desde la popa, daban caza a los moros a tiros. Desde la proa, también, la torreta de la galera escupía fuego; y la veloz nave, abalanzándose perpendicularmente sobre el enemigo, le abría el casco con el

espolón, le destrozaba los remos y la acribillaba a balazos. Los negros forzados, desnudos y encadenados a los bancos, remaban con agilidad y fuerza, obedeciendo los gritos del comandante que, espada en mano, corría por la cubierta, entre los bancos, asestando golpes. Bajo cubierta, junto al pañol protegido por mantas y colchas empapadas, el jefe de la santabárbara distribuía la pólvora, sacándola de las gamellas y calderos. Y los artilleros, bien protegidos con sus morriones y botafuegos, obedecían las órdenes de tiro. Las lanchas, con las que las tripulaciones lanzaban sus abordajes, defendían a los remeros con fusiles; y las velas estaban completamente recogidas en las vergas para evitar los incendios. El fuego introdujo un nuevo elemento en esta antigua forma de combatir en el mar; y en medio del enjambre de las galeras, corriendo tras las naves que huían, los veleros, de nuevos tipos, naos y galeones, urcas y carracas, eran como fortalezas flotantes, vomitando fuego, estruendo, humo, naufragios y muerte.

Las aguas del mar de las Indias se tiñeron de rojo una vez más; hubo innumerables muertos; los heridos imploraban clemencia y recibían disparos; y finalmente, después de todos los episodios y escenas propios de estas tragedias, la victoria fue para el virrey que destruyó a los *rumíes* y a los indios. Esta batalla naval tuvo una importancia aún mayor que la de las victorias de Duarte Pacheco en Katschhi: porque los indios, meditando y observando, reconocieron que la falange portuguesa no sólo era invencible para ellos, sino que también lo era para los *rumíes* de Egipto y para la artillería veneciana...

El de Diu, siempre indeciso, al ver el resultado de la batalla, acudió corriendo, disculpándose, para entregar con prontitud los prisioneros de la anterior empresa. Los había conservado para salvarlos de las feroces garras de los *rumíes*, a quienes deseaba todo mal, pero no había podido resistir. Los envió cargados de regalos y felicitaciones por tan gran victoria, que le libraba de la odiosa tiranía de los *rumíes*.

En la cubierta de su barco, el almirante y virrey contemplaron la escena de la carnicería, ahora silenciosa, y los restos que flotaban junto con los cadáveres en el mar tintado de sangre; y estaba gozoso en medio de sus hombres, que relataban palabreríos los episodios de la batalla, lo que habían hecho, cómo les había ido, cada uno por su turno... cuando los prisioneros liberados llegaron a la orilla en una canoa, gritando de alegría, pidiendo ser recibidos. El virrey entonces recordó que su le faltaba su hijo y *se foi assentar na tolda com um lenço na mão, que não podia estancar as lágrimas que lhe corriam!* Todos fueron a consolarle; y él, recobrando el ánimo, se levantó y les dijo, secándose los ojos y dirigiéndose a ellos como a sus hijos, que aquello ya había pasado y le había traspasado el alma, ¡que ahora todos debían regocijarse en la buena venganza que Nuestro Señor, en su misericordia, les estaba dando!

De regreso, resignado a su destino, al pasar por Kananor, saltó a tierra para celebrar la victoria; pero, para vengar finalmente la muerte de su hijo, ordenó que los prisioneros fueran atados a las bocas de los cañones, y los cráneos y miembros destrozados de los desdichados caerían sobre la ciudad como balas de cañón. La muerte de su hijo había perturbado su espíritu lúcido, transformando sus antiguas opiniones de estadista en una furia sanguinaria, atestiguada por la devastación de la costa de Gudjerât. También había cedido a las intrigas y maledicencias de los capitanes que habían venido de Ormuz, huyendo del terrible mando de Albuquerque, aterrorizado por la locura de sus empresas tiránicas. Discutieron entre el gobernador, cuyo mandato estaba terminando, y Albuquerque, ya nombrado desde Lisboa para sucederle; y llegaron a la corte noticias traicioneras de los excesos cometidos por el sabio virrey. Como pago por sus trabajos, le esperaba la mazmorra de Duarte Pacheco; sin embargo, en el viaje al reino, encalló en la costa de Kaffraria y fue asesinado por los negros a pedradas y garrotazos.

* * *

Su plan de gobierno, aunque sabio, era quimérico; pues la India era una locura. Sólo locos de genio, como Albuquerque, podían engrandecer una empresa condenada al fracaso; sólo un santo, como Castro, podría salvar el orgullo portugués de la mancha de una ignominia cierta.

Para que nuestro dominio fuera puramente marítimo y mercantil, era necesario que estas tradiciones estuvieran arraigadas en el alma portuguesa, como lo habían estado, en otras épocas, en el alma de Cartago, y como lo estaban ahora en la de Venecia. En Portugal, el espíritu nacional se había formado en la religión y la caballería; y exigir a los soldados de África que no desembarcaran de los barcos; convencerlos de que la verdadera forma de conquistar era prescindir del gobierno, era querer algo imposible. Ampliar, por el contrario, los dominios portugueses, someter territorios, realizar conquistas y crear un imperio al estilo antiguo, como el de Alejandro y los romanos, era el pensamiento común; deducido naturalmente del trasfondo militar de la nación, y ahora, fomentado de forma especial por la cultura clásica, el deleite de todas las mentes brillantes de Europa. La idea de que Portugal era una Roma preocupó a reyes y escritores, quienes se afanaron en buscar orígenes y señalar analogías, ciertamente verdaderas. Albuquerque hizo realidad este pensamiento y se vio a sí mismo como el Escipión de aquella Roma, o mejor dicho, como el Alejandro de la nueva Grecia.

Además de las razones íntimas que hacían inaceptable la política comercial y marítima del primer virrey de la India, existían razones más prácticas. Una de sus justas exigencias era la prohibición del comercio a soldados, magistrados y capitanes de Oriente. De hecho, el dominio, tal como él lo concebía, no era un saqueo: era la protección armada de un comercio, libre por un lado, monopolio del Estado o patrimonio de la corona, por el otro. Capitanes y gobernadores serían simultáneamente agentes comerciales de Su Alteza, el comerciante de la pimienta. Esto requería una flemma de la que sólo eran capaces los holandeses, e incluso entonces a costa de salarios que reprimieran las tentaciones.

Puesto que el rey era el primer comerciante, ¿por qué no habría de serlo el virrey en segundo lugar, los capitanes de las fortalezas y flotas en tercero, y los soldados en último? Esto, evidentemente, era lógico; y, a pesar de toda la confusión, quien observa atentamente siempre descubre que la historia obedece a la lógica. En el año 1500, nadie distinguía claramente entre la persona individual del rey y la persona abstracta o simbólica del monarca. Rey y Estado no estaban separados; y sólo con esta perspicacia moderna podía el rudo soldado de la India convencerse de que el comercio, bueno para el rey, era malo para él; que una virtud podía convertirse en vicio porque las circunstancias cambiaban. Además, los portugueses, hambrientos, se lanzaron al festín de Oriente, como siglos antes los pueblos del norte se habían lanzado al festín de la Galia, Italia y España. Nadie sería capaz de arrancarles de los dientes esos succulentos trozos de carne que devoraban con tanta voracidad; y las terribles consecuencias, que Francisco de Almeida previó con sabiduría, eran inevitables.

Flemático y puntual en el cumplimiento de sus funciones como capitán y escribano, el virrey, mientras presentaba sus planes de gobierno en Lisboa, enviaba simultáneamente sus informes comerciales, como un corresponsal a su protector en Génova o Venecia. El virrey había estudiado Oriente como geógrafo; y para justificar su plan de un imperio marítimo, afirmó, junto con Barros, que la India «tiene entradas y salidas de las que depende su comercio, y que son como un cuerpo vivo que, si se le quitan las entradas y salidas de lo que lo sustenta, deja de tener vida». La política principal consiste en la navegación, escribió Almeida; sólo con ella se podrá gobernar el Mar Rojo y el Golfo Pérsico, las dos corrientes de las exportaciones de la India; sólo con ella la península malaya, la vía de acceso desde la India al Lejano Oriente; sólo con ella mantendremos el privilegio de cruzar el Cabo de Buena Esperanza, la ruta que descubrimos hacia Europa. Albuquerque, en Ormuz, en Goa, en Malaca, estableció firmemente los límites del imperio sobre tierra, que, según su predecesor, deberían haber flotado sobre las olas.

Estadista y geógrafo, D. Francisco de Almeida era a la vez un comerciante meticuloso e incluso hábil. Proporcionó al rey información detallada sobre mercancías, precios y pesos. «Y el lacre que Su Excelencia me pide que envíe será una maravilla de conseguir, porque estos barcos (que transportan la carta) parten temprano, y los que la traen de Pegu y Martamão (Martaban) llegan tarde. Espero una buena suma por ella, porque he ordenado que la traigan... Y así, Su Excelencia me

ordena que la pimienta esté limpia y seca, y que el peso se haga con nuestras balanzas y pesas... y se hizo tal arreglo que, con dos balanzas, pesaron mil quintales al anochecer. Si los barcos no hubieran llegado tan dañados, habrían cargado y zarpado en veinte días. El *baar* de Cochin (Katschhi) tiene tres quintales y treinta *arrateis* del viejo peso, y el quintal cuesta mil quinientos cincuenta *réis*. Ordené que se anunciara mediante proclamas que todos debían traer pimienta, y que se les pagaría al instante: así se vence a los moros, que son vendedores ambulantes y compran a crédito. Los nativos llegan con la pimienta y aceptan el dinero con mucho gusto. En cuanto a la pimienta y demás mercancías que se envían al Levante, provienen de Malaca, Sumatra y Diu, donde crece mucha pimienta larga y redonda, y sé muy bien por dónde pasa y en que tiempo: pero me falta lo principal. Las perlas y las perlas pequeñas que se me pide que envíe, no las puedo lograr, pues se consiguen en Ceilán (Sinhala) y Carle (?); los *sinabafos*, la porcelana y demás cosas parecidas vienen de más lejos. Las esclavas que buscas se consiguen fácilmente: las gentiles de esta tierra son morenas y mancebas desde que cumplen los diez años. Dispongo aquí de cobre para cinco años, incontables cantidades de bermellón, plomo y mercurio, paños de lana, escarlata, espejos, lentes, sombreros y sillas de montar, que son unas mercancías muy seguras para esta tierra». Y continúa así, mezclando toda clase de mercancías, desde esclavas mancebas hasta perlas y aljófar: ¿por qué no se nos envía papel? Sería un negocio excelente.

Aquí reside el motivo íntimo, el principio fundamental, la preocupación básica del rey y sus gobernadores en la India. El rey Manuel lo perdonaba todo: crímenes y robos, masacres y brutalidades, incendios provocados y piratería; con la condición de que le enviaran lo que tanto codiciaba: curiosidades, joyas y riquezas, para llenar sus palacios en Lisboa y deslumbrar al Papa en Roma con su magnífica embajada. El saqueo de Oriente —este es el nombre que mejor se ajusta a nuestro dominio— se ordenaba desde Lisboa.

II. ALFONSO DE ALBUQUERQUE

«¡Las cosas de la India levantan mucho *fumo!*», solía decir el nuevo gobernador. Pero ¿qué *fumos* eran estos? Eran la vanidad y los yerros de tantos enanos a los que el gigante veía pulular y acaparar, con gran actividad; y que tras engordar y enriquecerse, se pavoneaban en la corte reclamando servicios, con la jactancia de quienes presumían saberlo todo sobre las cosas de Oriente. En realidad, todos esoseran *fumos* para el gobernador, que había aprendido en sus primeros viajes y ahora tenía un plan bien definido. Además, llevaba sus *fumos* en secreto, porque en ello se convertiría el efímero imperio que estaba construyendo en su mente.

Cuando salió de Lisboa en 1506, el rey lo había enviado como subordinado a la capitania de Tristán da Cunha; pero el genio del guerrero no se vio reprimido por esto, ni estaba decidido a esperar a que el tiempo le diera el mando absoluto para poner en práctica su gigantesco plan. Sabía muy bien que, en el caos de la India, cada uno trabajaba por su cuenta y riesgo; y que en ese vasto campo de batalla, las maniobras no obedecían a la orden de un general: se desarrollaban al azar, según la audacia y el genio de los capitanes. De Lisboa a Zangbar, la flota era un ejército; en el mar de la India el ejército se dividía en batallones independientes, y cada capitán estaba decidido a seguir adelante, según su propio plan, en la vasta empresa de saquear Oriente. El plan de Albuquerque no era de saqueo, sino de imperio.

La flota de Tristán da Cunha, a modo de introducción, arrasó e incendió Djuba (Oja) y Barawa (Brava) en la costa al norte de Zangebar; se dirigió hacia Socotora, la isla que, frente al vértice del Cuerno de África —el cabo Djar-Hafun (Guardafui)—, marcaba la entrada al Mar Rojo y servía de punto de reabastecimiento para los corsarios que atacaban los barcos de La Meca. Los árabes defendieron su isla en vano; Cunha los aniquiló a todos, sin dejar a nadie con vida, construyó una fortaleza y la guarneció. Tras esto, partió hacia la India, destacando a Albuquerque con seis barcos y quinientos hombres para dar caza a las naves en el estrecho.

¡Por fin, el capitán estaba al mando! ¡Por fin, tenía su propia falange! Y decidió no perder ni un solo día. Tan pronto como las velas de Tristán da Cunha desaparecieron en su viaje a la India, Albuquerque zarpó de Socotora hacia la costa arábiga, a lo largo de la cual avanzó lentamente, devastando todo a su paso. Había trazado un plan para comenzar sus conquistas en Ormuz, marcando primero los límites norte y oeste; para luego avanzar hacia el este, fijando en Malaca el extremo de su imperio. Ormuz, Sofala y Malaca son los tres vértices de un triángulo cuya base mide 70 grados de longitud y cuya altura, hasta el vértice de Ormuz, es de 50 grados de latitud.

Fue el 10 de agosto del año 1507 cuando Alfonso de Albuquerque zarpó de Socotora rumbo al Golfo Pérsico. Su escuadra contaba con tan sólo seis naves y con no más de quinientos hombres; pero la férrea disciplina de todos, la poderosa unidad que infundía el mando del audaz capitán, la confianza que todos tenían en su genio y sabiduría, así como en los mosquetes y la artillería de sus barcos, hicieron tan poderosa como un ariete a esta pequeña división. Para usar la expresión de Francisco de Almeida, se trataba simplemente de luchar *contra bestias*; y no había nada que temer en Ormuz ni de la artillería rumí ni de los artilleros venecianos. La novedad de una máquina de guerra y la audacia de un guerrero de antaño llevarían a cabo una empresa, realmente tan asombrosa como las de Alejandro o Aníbal.

Siguiendo el ejemplo de estas famosas figuras, cuya sombra Albuquerque tenía presente, puso en práctica los viejos recursos del terror oriental. Avanzó entre un coro de aflicciones y muertes, precedida por una columna de fuegos: de modo que, al llegar, la vanguardia del terror sumía los ánimos en la abyección. Luego recorrió la costa de Arabia, devastando todos los lugares vasallos del

soberano de Ormuz. En Kuriât, que se le opuso, cortó las orejas y narices de todos los prisioneros, liberándolos para que, corriendo en sangre, mutilados, proclamaran por doquier la fama de su poder. En Fartak (Orfakat) lo redujo todo a cenizas; y al igual que en Kuriât, mutiló a todos los prisioneros. Entre ellos, sin embargo, se encontraba un anciano erudito persa, de larga barba blanca, que vivía admirando a Alejandro, cuyo libro poseía. El anciano aplaudió al portugués, comentando el libro con las hazañas del nuevo héroe; y se aplaudió a sí mismo por haber presenciado, en vida, la resurrección del hijo de Olimpia. Aclamó al portugués, o al griego, confundiendo la realidad con la historia; y de rodillas, adorándolo, entregó su libro a Albuquerque. El nuevo Alejandro le perdonó las orejas y la nariz, pero sólo a él.

En Mascate, ya a la entrada del golfo y casi frente a Ormuz, los fugitivos de Kuriât y Fartak habían llegado para curarse en salud, llorando, proclamando la fama del terrible poder de aquel héroe que se acercaba. Todos temblaban de miedo; pero cuando la escuadra apareció ante la poderosa ciudad, algunos aún pensaron en resistir, viendo que las naves eran tan pocas. Ignoraban, sin embargo, que cada una de ellas, con sus cañones ocultos tras las amuras, era un volcán a punto de entrar en erupción: un enemigo traicionero cuya fuerza latente era inconmensurable. Mascate fue bombardeada, incendiada; y allí el capitán no se contentó con meras advertencias, sino que lo arriesgó todo con el filo de su temible espada. Ormuz estaba cerca, y era necesario que la ola de terror, que había ido creciendo, estallara ahora de forma pavorosa.

Ormuz era entonces la joya más preciada de Persia; era el Londres comercial, donde se descargaban todos los productos de Oriente, desde donde partían en largas caravanas para extenderse por todo el norte de Asia. Allí, los armadores transportaban pimienta, clavo de las Molucas, jengibre, cardamomo, sándalo y palo de Brasil, tamarindos, azafrán, cera, hierro, cargamentos de arroz del Decán, cocos, piedras preciosas, porcelana, benjuí, telas de Kambai, Tschala y Dewal, y *synabasos* de Bengala. Desde Adén, a través del estrecho de Bab el-Mandeb, llegaban cobre, mercurio, brocados, chamalotes y todo lo que Venecia enviaba desde Europa, vía Alejandría, a Suez, a través del Mar Rojo. Toda Persia adquiría en Ormuz sus mercancías de fuera; y por Ormuz, toda Persia enviaba sus propios productos para la exportación. Los barcos transportaban seda y almizcle, ruibarbo de Babilonia y caballos de Arabia, tan apreciados en Dekkan, Kambai y en los estados de la costa opuesta, desde Tscholomandalam (Coromandel) hasta Bengala, en la desembocadura del Ganges. Además del arroz y la tela que transportaban, los mercaderes traían de Ormuz dátiles, sal de sus coloridas colinas, pasas, azufre y perlas gruesas, muy codiciadas en Narsinga.

La ciudad en sí era pequeña, pero una joya. Era una tierra de lujo y placer, una corte de comerciantes. Las casas, repletas de objetos preciosos, eran tesoros o museos, con paredes revestidas de mármol, columnatas, terrazas, patios ajardinados y fuentes preciosas. La vida allí era muy cara, porque el lujo absorbía todos los recursos naturales y los jardines ocupaban muchos campos: todo provenía de Persia, Arabia e India. Pero por esa misma razón la ciudad era encantadora, realzada aún más por los dones de la naturaleza. La vegetación, abundante y variada, sobre un terreno entrecruzado de juncos, envolvía Ormuz en un suave manto de verdor multicolor, y el blanco alabastro de los palacios emergía del seno de los jardines, como flores de blancura inmaculada. El majestuoso plátano de Oriente, el esbelto y grácil álamo, el meditativo ciprés negro, destacaban entre los exuberantes huertos, entre las granjas y rosaledas, poblados de ruiseñores; y en las laderas se cobijaban a su sombra los fértiles viñedos. Los huertos de regadío rebosaban de naranjos, con frutos dorados y flores de fragante nieve; de manzanos, melocotoneros, albaricoques; de higueras de formas extravagantes y de hojas anchas; los frutos abiertos de los granados sonreían, con sus granos color rubí. Por el suelo serpenteaban las redes de los tallos de los melones, dorados y fragantes; y de las pérgolas y parrales caían pesados racimos de uvas preciosas de todos los colores. Entre los extensos huertos y desde el corazón de las rosaledas, la palmera se alzaba orgullosa y noble, con su turbante de hojas puntiagudas, cargada de dátiles.

En las calles de la hermosa ciudad, frente a los bazares, bajo los toldos que la protegían de la luz y el calor del sol, pululaba una población de diversas razas y colores, ocupada en la compraventa; y aún más ocupada en disfrutar de la vida en medio de un sórdido libertinaje. El calor y los perfumes embriagaban los sentidos y despertaban todos los instintos sensuales. El amor era el principal comercio en Ormuz; y el persa, alto, elegante, apuesto y noble, se entregaba a todos los excesos de la pederastia. Por lo tanto, las mujeres eran poco valoradas, incluso consideradas indeseables en Ormuz. Esclavas pobres, jóvenes y mutiladas, llenaban los harenes de los ricos y los burdeles de los mercaderes para la gente común. Era un libertinaje abyecto y un lujo desenfrenado. Los personajes en las calles siempre iban acompañados de pajes, que llevaban toallas, jarras de plata y palanganas de agua. Había música y festividades por doquier, y bandas y orquestas recorrían constantemente las calles. Los trajes eran de las telas blancas más finas, y sobre las camisas blancas del algodón más fino, vestían túnicas de chamalote o de grana, ceñidas con charreteras que portaban grandes dagas adornadas con oro, plata y piedras preciosas. Los broqueles eran redondos, forrados de seda; y los arcos, lacados o de cuerno de búfalo con cuerdas de seda. Además del arco y la flecha, el escudo y la daga, llevaban hachas y mazas de hierro, todo preciosamente elaborado e incrustado en oro y plata.

Las noticias que llegaron de Mascate, los mutilados de Kuriât y Fartak, aterrorizó a esta población ebria, sumida en la orgía de una vida de placeres. En el puerto había, de hecho, una poderosa armada que llenaba las aguas: cientos de barcos y galeones e infinidad de muelles; pero los fugitivos meneaban la cabeza con desesperación, contando cómo los seis, ¡sólo seis barcos portugueses!, llevaban en sus entrañas monstruos de fuego que lo destruían todo. Y el soldado de Ormuz, afligido, no sabía cómo recibir la visita de Albuquerque y sus barcos, que ya estaban, terribles, pero quietos como un volcán en paz, anclados en medio del puerto, entre los galeones de Ormuz. Albuquerque le exigió que abandonara al persa y se declarara vasallo de los portugueses; y el desdichado hombre estaba decidido a aceptar cualquier cosa para que lo dejaran en paz; cuando el capitán, molesto por los retrasos y las sutilezas, de repente rompió a disparar. Empezó a golpear la masa de barcos, reduciéndolos a una masa de escombros, naufragios y cadáveres que era horrible de ver. Era como un lobo en medio de un rebaño de ovejas. El pobre sultán de Ormuz, afligido, accedió de inmediato a todo: consintió en que Albuquerque construyera una fortaleza y le pagó veinte mil *xerafines* en tributo.

* * *

Ormuz había escapado, al rendirse, a los horrores de un saqueo; pero esto mismo desesperaba a los capitanes y a los soldados de la escuadra, que murmuraron codiciosos de la riqueza que se extendía ante sus ojos. No entendían para qué se iban a demorar allí construyendo una fortaleza. Si no saqueaban la ciudad, era mejor partir hacia el lucrativo corso de los barcos de La Meca, en la desembocadura del estrecho. Además, exigían la mitad de los 20.000 *xerafines* pagados por la ciudad. Ormuz, animado con este desorden, y confiando en una aparentemente próxima sedición y en la ayuda que le enviaba el persa, se atrevió a romper las hostilidades. Albuquerque corría grave peligro, y cualquier otro habría perecido. Los capitanes se negaron a entrar en batalla; y él, arrancándole mechones de barba al capitán Nova, condujo a los soldados a punta de espada. De los seis barcos, sin embargo, tres huyeron y llegaron a la India para contarle al virrey la locura y las barbaridades del conquistador: no podían resistir su terrible mando, ¡sólo les fue posible huir! Albuquerque también se retiró de Ormuz al ver la imposibilidad de llevar a cabo la empresa, abandonado por la mitad de sus fuerzas. Levantó anclas, regresó a Socotora, capturó los barcos de La Meca, y otro barco más lo abandonó: ninguno pudo resistir el férreo mando del héroe.

En noviembre de 1508, regresaba a la India, a Kananor, donde abrió la carta de Lisboa que le confiaba el gobierno de Oriente. En ese momento, la furia de su genio lo dominó: quería castigar a los capitanes insubordinados, quería sobre todo culminar rápidamente su plan de conquistas; y fueron las súplicas de D. Francisco de Almeida, cuyo hijo acababa de fallecer, las que permitieron la

expedición naval de Tschala. Sólo cuando, meses después, la hidalga flota de D. Fernando Coutinho llegó a la India, pudieron terminar las deplorables disputas entre el virrey y su sucesor. Coutinho traía órdenes expresas de Lisboa para tomar Kalikodu y, lleno de jactancia, se lanzó a una empresa en la que encontró la muerte. En medio de la matanza y el saqueo, entre los restos de la ciudad en llamas, los portugueses fueron a su vez masacrados cuando el enemigo los sorprendió dispersos y desarmados.

Solo y libre, amo absoluto del naciente imperio, Albuquerque se dedicó a las claras y decididamente a su proyecto. La primera medida fue la fundación de una ciudad, una capital portuguesa, algo que hasta entonces no existía. Katschhi, cuyo rajá había acogido a los nuevos invasores desde el principio, era una ciudad india donde sólo poseíamos una fortaleza, refugio para el puesto comercial y la guardia de un puerto amigo. Albuquerque eligió Goa como capital. Ubicada a mitad de la costa occidental de la península, con un buen puerto, la ciudad reunía las condiciones deseables. En aquel entonces formaba parte del reino de Widjajapur (Bijapor), un estado que a finales del siglo XV se había separado del de Dekkan, declarándose independiente su kan, bajo el título de Adil-Shah (*Adil-Khan=Hidalcão*). El adil-shah de Widjajapur en tiempos de Albuquerque se llamaba Yusuf y era conocido como el *savai* (sabaio), pues se había criado en Sawa, en Persia. En febrero de 1510, Albuquerque tomó Goa por sorpresa; y por primera vez existió un estado portugués en Oriente. Hasta entonces, tras una batalla, la toma de un territorio implicaba la sustitución de la soberanía indígena por la nuestra; y el establecimiento de puestos comerciales y la construcción de fortalezas tenían como objetivo asegurar el comercio y el cobro de tributos de vasallaje. Albuquerque instauró un sistema diferente: fundó una ciudad propiamente portuguesa; y con el nuevo gobernador, el dominio portugués se estableció en tierra firme. Un sistema de colonias, como el de los fenicios o los griegos alrededor del Mediterráneo, fue reemplazado por un imperio, tal como Aníbal había soñado en Italia y Alejandro había conquistado en Asia. Albuquerque, sin embargo, no pretendía convertir Goa en una ciudad portuguesa, en el sentido de estar habitada exclusivamente por europeos: eso sería una quimera. Bajo el dominio portugués, los nativos vivirían libremente practicando su religión, con sus propiedades garantizadas, pero sujetos a la protección y soberanía del imperio portugués. Era un plan similar al que los ingleses pusieron en práctica más tarde; del mismo modo que los holandeses prefirieron seguir los planes marítimo-comerciales de D. Francisco de Almeida.

Goa mantuvo ocupado al gobernador durante todo el año 1510, pues el *Sabaio*, sorprendido en febrero, regresó en verano, y los soldados de Albuquerque no quisieron resistirle. A pesar de la desesperación, las maldiciones, la furia y las amenazas del gobernador, abandonaron la ciudad y se embarcaron. Los planes de Albuquerque parecían una locura para los bandidos y piratas de la India, quienes, además de no comprender su ingenio, se vieron privados de botín, simplemente hastiados de la guerra. Goa se perdió en agosto, pero pronto volvió al dominio portugués, conquistada por asalto en noviembre. Los soldados obedecieron, pues los mandatos del gobernador eran temibles.

Tras consolidar su dominio sobre la capital, en el corazón de la India, Albuquerque se dedicó rápidamente a las dos empresas que completarían su imperio: Malaca y Ormuz. Se embarcó a principios de 1511 y pasó a Ceilán, la tierra encantada de las piedras preciosas y los placeres del mundo, la cuna de la canela y las perlas; ya en mayo lo encontraremos frente a Malaca, en el lejano Oriente.

Malaca, en el extremo de la península de Indochina, en el estrecho que lleva su nombre, era para esta región lo mismo que Ormuz, al noreste, lo era para la otra. Así como las mercancías de la India se intercambian con las de Arabia y Persia, y en Adén con las de Egipto, en Malaka se realizan todos los intercambios de mercancías procedentes de China y de las Molucas, así como de todo el Lejano Oriente. Desde Malaca, los barcos se dirigían a Ternate y Tidore, a Banda y Ambón, en busca del preciado clavo; y el estrecho rebosaba de juncos javaneses que transportaban a la ciudad arroz, carnes, caza y artesanía fina de acero laminado; a cambio de damascos y brocados, que llevaban de

vuelta a las islas del archipiélago. Los malayos, anfibios, vivían en el mar permanentemente, con sus hogares y familias a bordo. Y sus juncos fueron a buscar desde Malaca los paños de Paleakat y Mahabalipuram (Meliapor), en la costa de Coromandel, y las drogas de Kambai.

Del saqueo de Malaca, el gobernador se reservó para sí tan sólo seis leones de bronce, destinados a su tumba. Sin demora, sometió todo el archipiélago malayo, levantando fortalezas y dejando guarniciones; y tras asegurar la puerta oriental a la India, se dirigió a Goa, camino de Ormuz y Adén, para consolidar el imperio en el oeste. En febrero de 1513 zarpó con una armada hacia Adén, que no logró tomar. Viajó por el Mar Rojo, quemando y bombardeando las costas; pero no pudo reunir suficientes fuerzas para llevar a cabo su plan de conquistar Arabia y La Meca para destruir la sagrada Kaaba. Por lo tanto, esta campaña del 1513 no resultó positiva, ya que Adén logró resistir los ataques del gobernador.

Aunque en el cielo, allá en dirección a las tierras de Preste hubiera brillado una cruz roja ante los ojos del místico y temible héroe, Cristo lo había abandonado en su empresa. Cuando ocurrió el famoso milagro, Albuquerque y todos sus habitantes, creyendo ingenuamente en la misión divina que emprendían, y cayeron postrados adorando la cruz. Y el capitán, para responder al cielo, ordenó que sonaran las trompetas, y responder con artillería al mensaje de Jesús. Se redactó un acta, firmado por todos, que se envió al rey Manuel junto con el cargamento de pimienta, para avivar la piedad mística de la corte *cartaginesa*.

Sin embargo, y a pesar del milagro, no se hizo nada, y en 1514 Albuquerque se dirigió a Ormuz, cuyo dominio no estaba seguro. Como otro Alejandro en Persépolis, el héroe se condenó a sí mismo en Ormuz: la grandeza de sus hazañas había engendrado un orgullo que apenas distinguía el bien del mal. Orientalizado como el emperador a quien imitaba, la crueldad y la fuerza ya no le bastaban: recurrió a la perfidia; y, entrometiéndose en la miserable política de los persas, invitó a su tienda a un banquete al ministro que entonces gobernaba al inepto príncipe de Ormuz, y con cobardía y frialdad lo asesinó, tomando su puesto. Estaba cerca de la tumba; y el destino no quiso que la historia de este héroe careciera de lo que siempre cierra la historia de todos los héroes: una conducta abyecta.

Murió en el viaje de vuelta, de Ormuz a Goa: la muerte lo salvaba, como pasó con D. Francisco de Almeida, de las cadenas que ya habían servido para Duarte Pacheco. La corte de Lisboa ya había ordenado su sustitución en el gobierno por Lopo Soares de Albergaria, el cual, al desembarcar, comenzó condenando a su predecesor y premiando a todos sus enemigos. Antes de expirar, Albuquerque tomó la pluma y dirigió una carta al rey: «Mientras escribo esto a Vuestra Alteza, tengo un ansia que me anuncia la muerte.» Y le pidió que honrara su memoria y protegiera a su hijo; lo cual el rey, lo que le honra, hizo. Murió a la vista de Goa, y sus soldados llevaron su cadáver a hombros por la ciudad, llorando. Su estatura era colosal: estaba armado, con los ojos abiertos, y su larga barba blanca, ondeando al viento, flotaba en el aire. Los nativos de la región no creían que hubiera muerto. Y durante mucho tiempo, insistiendo, acudían a su tumba para quejarse de las injusticias y la traición de los portugueses. Desde el lejano Oriente, desde Pegu hasta China, lo llamaban el león del mar.

* * *

Ormuz, Goa y Malaca, los tres puntos cardinales del imperio fundado por Albuquerque en el breve período de cinco años (1507-1511), valían el dominio sobre todo el Océano Índico y el vasallaje de todas las costas, desde Sofala, en África, hasta el cabo Djar-Hafûn; desde Fartak, en Arabia, hasta el Golfo Pérsico; desde el Indo hasta el cabo Kûmari (Comorín); desde allí hasta las desembocaduras del Ganges, y descendiendo, a través de Arakan, a través de Pégu, hasta Malaca; con las islas dispersas de Madagascar y Socotora, Andjediwa, los archipiélagos de Lakkha (Lakshadweep) y Malaja (Maldivas), Sinhala (Ceilán), y Sumatra y Java, Borneo y las Molucas, hasta los puntos extremos de Banda y Ambon. En efecto, tras Malaca y el peligroso pero infructuoso viaje de 1513 a Adén, todo Oriente quedó atónito y tembló ante la visión de

Albuquerque, el Terrible. Embajadas y tributos llegaron a Goa de todas partes; todos los príncipes buscaron la amistad de los portugueses, y a sus pies los rajás de Ahmednagar y Kambai, de Widjapur y Narsinga, el Shah de Persia y los sultanes de Schan, Pegu y Arakan arrastraron sus coronas; e incluso el mismo *Hidalcão*, el adil-shah de Kanara, al consentir la fortaleza de Kolikodu, comprada con tanta sangre, siguió el ejemplo de Gudjerât, Konkana, Karnataka y Bengala. Desde el Indo hasta el Ganges, pasando por el cabo Kumari; desde Kambai hasta Golkonda, la península quedó sometida al yugo portugués.

Sin embargo, este imperio aún no podía considerarse construido: era solo un esbozo. Al igual que tras una brillante victoria, los tímidos se inclinan ante el vencedor, así sucede en Oriente. Lanzado a una política de conquista, el imperio portugués ganó la primera batalla; pero, por supuesto, no podía deponer las armas mientras la costa de Arabia y las orillas del Mar Rojo permanecieran en manos de sus enemigos. Los nativos de la India, abrumados por una antigua corrupción, aceptaban el dominio de cualquier vencedor; pero para mantenerlo, era necesario que la victoria fuera decisiva. Ahora bien, el enemigo, el *mouro*, había sido derrotado, pero no expulsado. Como en una enfermedad, muchos síntomas habían desaparecido, pero el principio mórbido no había sido erradicado. Adén seguía siendo el emporio del dominio comercial marítimo de los árabes y egipcios en Oriente; el Mar Rojo y Suez, al final de ese estrecho corredor, mantenían sus puertas siempre abiertas para enviar barcos, artillería y soldados hacia la India. El dominio que los portugueses se proponían reemplazar, perseveraba. Y del carácter dual o mixto que presentaba la ocupación de la India, resultaría un estado de guerra permanente con los moros y con los nativos, quienes a veces los preferían a ellos, a veces a nosotros. Nadie, ninguna nación, sería capaz de resistir un siglo entero de semejante vida; y el destino del imperio portugués en el Oriente dependía de su dominio exclusivo, puesto que era imposible pactar o dividir la presa entre los dos cazadores rivales.

El genio de Alfonso de Albuquerque previó esto con total lucidez: Adén, La Meca, el Mar Rojo eran su obsesión. Asestar un golpe mortal al Islam era, además de vengarse en La Meca por la humillante afrenta de Jerusalén, demostrar a los musulmanes de Oriente que Jesús podía hacer más que Mahoma. Pero si todo el genio excepcional de Albuquerque no bastó para llevar la empresa a buen puerto, ¿cómo podrían hacerlo los pigmeos que lo sucedieron? Muchos, o casi todos, fueron valientes, incansables en el mar y en tierra; los gobernadores de la India agotaron las limitadas fuerzas de la nación en un siglo de guerra permanente; sin pensamiento político, sin un plan definido, sin rumbo y a merced de un capricho o una idea, a la que la estúpida envidia de la corte limitaba constantemente el poder. La primera política, la marítima, había sido abandonada con la caída de Francisco de Almeida; la segunda política, la imperial, fue condenada con la deposición y muerte de Albuquerque. Por lo tanto, faltaba la condición esencial para un dominio estable y seguro: la continuidad de una tradición.

Esta carencia, sin embargo, provenía de causas más interiores, algunas nacionales, otras cronológicas. El absurdo espíritu político de Lisboa y la ya demostrada incapacidad de los portugueses para dominar se incluyen en la primera categoría; en la segunda, las costumbres e ideas de unos tiempos relativamente bárbaros. Los portugueses, al pisar la India, hicieron lo mismo que los pueblos germánicos al descender de los Alpes a Lombardía: cebarse. La historia de Alfonso de Albuquerque en Ormuz (1507) demostraba cómo era prácticamente imposible imponer disciplina y orden en unas campañas cuyo único propósito era el saqueo.

Fuimos al río de La Meca,
luchamos, robamos
y muchos peligros pasamos.

Estas palabras de Gil Vicente resumen la historia de la India; y con tales elementos era posible saquearla, pero imposible el dominarla.

Por lo tanto, en ese siglo XVI que comprende la historia de la India, el conjunto de características de la ocupación portuguesa da forma a dos sistemas: el del saqueo, contra el cual la espada militar de Albuquerque protesta y reacciona en vano; y luego el de la simonía, contra el cual, también en vano, reacciona la justa vara de D. João de Castro.

Estudiemos ahora el primero, y a su debido tiempo estudiaremos el segundo. Todos los soldados de Antonio da Silveira, un capitán que patrullaba la costa entre Tschala y Daman, trajeron mercancías, esclavos y dinero, con lo que se contentaron; y lo devastaron todo «de tal manera que todos los lugares de la costa quedaron despoblados, y tierra adentro no había gente en diez leguas». En Barawa, destruida por Tristán da Cunha, los bárbaros cortaron las manos y las orejas de las mujeres para robarles sus brazaletes y pendientes de oro. La toma de Mangaluru se hizo famosa: «Entramos con gran valor y dentro de ella nuestros hombres cometieron crueldades espantosas, sin perdonar ni a hombres ni a ancianos, ni siquiera a los animales.» D. Paulo de Lima «llegó a la ciudad de Djohore (Jor) —escribe a su esposa—, y la devastó *con el favor divino*.» En otros lugares, los combatientes, apiñados contra las murallas, suplican a los que están al frente que, *por amor a Dios*, les permitan matar a un *mouro*. Con la llegada de los portugueses, las ciudades quedaron desiertas y todos huyeron aterrorizados: esto fue lo que sucedió en Bintang. Albuquerque mantuvo su flota durante tres años en el Mar Árabe con el botín de los barcos de La Meca. Cuando los portugueses ocuparon las tierras de Bardez, cometieron grandes atrocidades de robo y tiranía, arrebatando a sus maridos sus hermosas esposas e hijas, y corrompiendo a otras, robándolas y vendiéndolas de nuevo. El de Ormuz se quejó de que, en tiempos de paz, le arrebataron a él y a su familia «parientes a quienes (los nuestros) utilizaban, convirtiéndolos al cristianismo contra su voluntad.» El robo y la lujuria —compañeros de los enemigos—, dieron lugar a guerras interminables: así, los capitanes de Malaca iniciaron las de Djohore, Atschim (Achem) y Ormuz. En las Molucas, la ciudad de Bachian, despoblada y vacía, fue incendiada, y los bárbaros se dirigieron a las tumbas de los reyes para robar los huesos, con la esperanza de obtener un gran rescate por ellos más tarde.

Robando y pirateando con impunidad, el espíritu aventurero de los portugueses se desató, y los exploradores se aventuraron hasta los confines de la tierra, confiados en su audacia. Dos héroes de las *Peregrinações* protagonizan historias extravagantes. Uno, Antonio de Faria, fue a China a saquear las tumbas de los emperadores; el otro, Diogo Soares de Albergaria, obtuvo el título de hermano del rey de Pégu, con doscientos mil cruzados de renta y el mando del ejército: llegó a ser rey, pero murió asesinado por el robo de una joven. Tampoco debe pensarse que sólo en los confines del mundo oriental portugués, en Ormuz o Malaca, o sólo a lo largo de la costa, en sus barcos, la furia de los portugueses desató ferocidades anárquicas. En la propia Goa, la capital, la vida era un combate. En las calles hay batallas continuas y cadáveres sin enterrar. Un gobernador arresta a unos bandidos portugueses, ordena que les marquen la cara junto a la picota y los exilien a Brasil; pronto un pelotón de amigos se amotina para liberarlos, y al no conseguirlo, quieren pasarse al bando enemigo, el de los *mouros*. El gobernador ordena que les corten las orejas y los amarren a los bancos de las galeras; pero huyen y se fortifican, y es necesario tomar el reducto por la fuerza; prisioneros, finalmente los atan vivos a elefantes y los descuartizan. Es bien conocida la tragedia en la que la amante de D. Paulo de Lima, arrojándose por las ventanas de su palacio en Pangim, murió; y el seductor, con espada y escudo, se abrió paso entre los hombres armados que acudieron en auxilio de su marido.

Incluso dentro de las propias iglesias se produjeron peleas, con disparos: se vio a hombres caer asesinados en el confesionario, al pie de los altares, en los comulgatorios; y en una ocasión el obispo fue asesinado a tiros mientras llevaba la sagrada hostia en procesión por las calles.

Era una anarquía bárbara; y sin duda los nativos lamentaban la desgracia que los condenaba a soportar las feroces crueldades de estos salvajes. ¡Era preferible el árabe indolente y débil, el viejo tiempo que fluía plácidamente en el seno de una orgía podrida pero tranquila, en brazos del lujo, la

opulencia y los placeres! Como demonios vomitando fuego, hombres con sus armaduras negras, estos portugueses habían sido enviados para humillarlos, ¡y también para punirlos! Y un coro unánime de lágrimas y lamentos, bandas harapientas de fugitivos, acompañaba por doquier la visita de los terribles extranjeros, que no sabían cómo hacerse amar por el indio, tan sumiso, tan dispuesto a obedecer y servir.

Los *fumos* de la India (como había dicho Albuquerque) embriagaban a los pobres portugueses, limitados en Europa a la escasa renta de su bravuconería y a su firmeza, a su sobriedad y a sus costumbres tan arraigadas. En la India, el *fumo* desenfrenó a la bestia, que se deleitó entre delirios con sedas y perfumes, con frutas y mujeres, cubierto de diamantes, rebosante de aves doradas. Pronto, sin embargo, este *fumo* se dispersó en el aire; y la desolación universal trajo miseria, mientras el lujo deparó debilidad; y a los vicios de los bárbaros, los portugueses añadieron los vicios de los necios.

III. DON JOÃO DE CASTRO

Tras la muerte de Albuquerque, las cosas de la India volvió a la situación anterior; al abandonarse la política imperial, la atención se centró en la política marítima; o mejor dicho, el dominio fluctuó de forma errática, indeciso entre ambos proyectos. Lopo Soares continuó las guerras de conquista, apoderándose finalmente de Ceilán y las Molucas. Vasco de Gama regresó a la India por tercera vez, como virrey, para intentar poner fin a los desórdenes internos y la corrupción de las colonias: con él se inauguró el sistema para las sucesiones, ordenado desde Lisboa por cartas, que sólo se abrían en orden numérico en ausencia de cada virrey, para prevenir los frecuentes desórdenes causados por la transferencia de gobierno. El almirante murió tres meses después de su llegada y fue sucedido por D. Henrique de Meneses; a éste le siguió Pero Mascarenhas, y luego el usurpador Lopo Vaz de Sampaio, tan famoso por sus perfidias.

Nuno da Cunha asumió el cargo en 1528 en circunstancias difíciles. Las fechorías de los gobiernos anteriores habían enardecido a los monarcas de Indostán contra nosotros. El monarca de Kambai, en el norte, junto con el monarca de Kalikodu, nuestro antiguo enemigo, en el sur, llevaban mucho tiempo en guerra abierta contra nosotros, aliados con los *mouros*, nuestros rivales. El gobernador, cuyas habilidades guerreras eran excepcionales, decidió reunir todas sus fuerzas para ir a tomar Diu, en la costa de Gudjerât, castigando así de forma estentórea la insubordinación del de Kambai.

Cualquiera que viera la escuadra con la que Nuno da Cunha partió hacia Diu podía apreciar la transformación que tan solo treinta años, o incluso menos, había producido en el carácter de los portugueses. Nadie los tomaría por descendientes de Pedralvares Cabral, avergonzados de su pobreza en Kalikodu; ni siquiera por los piratas domados por la disciplina de Albuquerque: ya parecían moros, en opulencia y costumbres. La flota era una de las más numerosas, si no la mayor, de todas las reunidas en la India: constaba de cuatrocientas velas, entre ellas más de cuarenta navíos mayores, y una multitud de bergantines, galeazas, fustas y *caturs*. Tras ellas venían los juncos malayos con provisiones; y un enjambre de vivanderos, nativos que vendían comida y vino. Capitanes y soldados se habían preparado como para una función, lujosamente vestidos, cargados de piedras preciosas y de armas ricamente adornadas. Las mujeres, esposas y amantes de la guarnición, subieron a bordo, en masa; y además de ellas, los esclavos eran numerosos. El gobernador había prometido premios de mil, quinientos y trescientos *pardaus* a los primeros que escalaran las murallas. Era una expedición mercenaria, sino la de unos bandidos. Así se apreciaba la transformación que se había producido; y el gobernador, a pesar de sus méritos, no pudo hacer nada al respecto.

Siguiendo la buena tradición, la comisaría recorrió la costa dejando un rastro de bárbaras matanzas y cobardes ataques contra lugares indefensos; y al llegar frente a Diu, rompió el bombardeo. En la ciudad era grande el pánico. Los mercaderes moros, agitados, escondían sus tesoros y se preparaban para huir. Los faquires, desnudos y arrastrándose de rodillas, se retorcían y, como locos, se cortaban brazos y piernas o se golpeaban el pecho con gruesas piedras, como si quisieran suicidarse en un delirio de visiones sagradas. Y el brahmán, con su larga cabellera recogida en un turbante, coronado de flores, perfumado con áloe y agua de rosas, ungido con sándalo blanco y azafrán, les arrojaba limosnas y palabras de paz para no añadir a la desgracia de la guerra nuevas desgracias de suicidios. Los señores de Diu, los ricos de Gudjerât, los príncipes de Kambai, atónitos, vagaban por las calles con sus esposas, buscando refugio de las bombas que estallaban por doquier. Con los rostros afeitados y los largos bigotes negros colgando, arrastraban

apresuradamente sus largas camisas de algodón y seda, calzadas con zapatos puntiagudos de cordobán repujado; y sus largos pendientes de oro tachonados de piedras tintineaban y se mecían en sus orejas, mientras se desabrochaban con cansancio sus cinturones de oro, relucientes de esmeraldas. Detrás de ellos, las mujeres, de una raza delicada y hermosa, con los rostros blancos como la nieve, medio cubiertas por capas de seda que cubrían sus torsos desnudos, corrían descalzas, luciendo los ricos anillos en sus dedos, las pulseras de oro y plata en sus piernas, sus brazos desnudos cargados de brazaletes, sus manos brillantes de piedras preciosas. El terror y la agitación se extendieron por la ciudad al oír el estruendo de la artillería y ver la trayectoria de los obuses en el aire, estallando sin piedad en mil pedazos entre la gente, acribillando con metralla los cuerpos nacarados de las mujeres, y las carnes oscuras de los fakires tostados por el sol, cubiertos de una capa de barro seco y de las inmundicias de los establos de los elefantes.

Las tropas de Kambai, apostadas en las murallas, aguardaban el asalto para medirse con estos cobardes que, parapetados tras sus cañones, repartían devastación y muerte con impunidad. Sin embargo, temblaban; y los moros, entre los batallones, se lamentaban por la falta de artilleros venecianos y de los escuadrones de rumíes. Confiaban mucho, sin embargo, en la tropa de elefantes, que eran quinientos, con sus colmillos afilados y sus poderosas patas, con las que convertirían la falange portuguesa en una masa sanguinolenta. Las balas de mosquete nada podían contra su recia piel, y aplastando con su peso, destrozando con sus colmillos, terminarían la obra iniciada por los ballesteros y honderos desde lo alto de las torres. Silenciosos e inmóviles, los quinientos elefantes de Kambai yacían en la llanura, como el recurso que iba a salvar a Diu; y los soldados los contemplaban con afecto. Además de los elefantes, la caballería también estaba formada, con los caballos ligeros de Persia, con sus pequeños escudos redondos, forrados de seda, en los brazos, dos espadas y una daga al cinto, y flechas y un arco al hombro. Algunos se defendían con armadura y cota de malla, otros con *laudeis*, que eran capas de algodón acolchado, donde se perdían todos los golpes. Los caballos llevaban defensas de acero. Sin embargo, a pesar de toda la fuerza combinada, la artillería de los barcos les aterrorizaba; y más de una vez, alguna bomba, cayendo en medio de los elefantes, había dispersado las montañas de carne, corriendo entre rugidos, con su trompa alzada, como un mástil, entre los colmillos de marfil. La ciudad también contaba con artillería y con mosquetes; pero eran impotentes contra los barcos lejanos: las balas que disparaban sus cañones rebotaban en el agua.

El bombardeo finalmente cesó, y todos observaron preocupados, pues aguardaban el desembarco y esperaban la batalla. Sin embargo, vieron con sorpresa que los barcos izaban sus velas y las galeras volvían sus proas hacia el mar, alejándose impulsadas por los remos. ¿Era miedo? ¿Era debilidad? Ciertamente la flota, repleta de esclavos y mujeres, carecía de la fuerza para una batalla: solo se atrevía a un inofensivo fuego de cañón. No cabía duda de que se marchaban: las velas desplegadas impulsaron los barcos de vuelta al mar. La alegría y la emoción reemplazaron entonces al miedo y al silencio. Todos saltaron de júbilo, desde el sucio faquir hasta la grave y perfumada brahmíne; desde los ancianos y los niños, hasta las mujeres, envueltas en sus capas de seda, con brazos y piernas al descubierto, corriendo y agitando sus largos y preciosos pendientes, tan pesados que les desgarraban las orejas. Los mercaderes moros abrieron sus bazares y desenterraron sus cofres; Y todos acudieron a la playa para ver partir a la flota, despidiéndola con burlas y gritos estridentes, tocando música, disparando mosquetes al aire y, como muestra de cortesía, lanzando picotas para arañar la superficie azul de las olas. Diu estaba a salvo de las amenazas portuguesas.

Sin embargo, cuatro años después, interviniendo en los asuntos internos de los sultanes y rajás de la península, Nuno da Cunha obtuvo permiso para construir la fortaleza de Diu, famosa por el heroísmo de sus asedios. La política del gobernador, no obstante, no desdeñaba el asesinato; y el pobre sultán de Kambai, invitado a una entrevista, fue brutalmente ejecutado, como ya había ocurrido antes en Ormuz. La guerra comenzó con el primer asedio de Diu, defendida de forma sobrehumana por Antonio da Silveira.

Las crónicas llaman a Nuno da Cunha vencedor de Kambai, héroe de Bassaim, de Kalikodu y fundador de Diu. Esta enumeración de lugares basta para demostrar que el dominio portugués en la India, tras sólo treinta años de existencia, ya se inclinaba hacia la decadencia. Los errores políticos dieron lugar a guerras permanentes; y el poder de los invasores, que se había extendido fulgurantemente por todo Oriente, no se consolidó: se agitaba caóticamente, en medio de disputas siempre renovadas, agotando las fuerzas defensivas y corrompiéndose internamente. Si Nuno da Cunha merece el título de héroe por parte de sus contemporáneos, no es por el valor o la magnitud de sus propios méritos, sino por la absoluta incapacidad de sus predecesores y sucesores. D. García de Noronha, quien le sucedió, era un noble pobre, sin más méritos que su pobreza y la simpatía del rey, quien lo envió a la India para enriquecerse. «Honor, lo tengo: solo vengo a buscar dinero», dijeron varios gobernadores. D. Estevam da Gama no era nadie; y Martim Affonso de Souza predicaba con el ejemplo, francamente cínico, la abyección en la que había caído la administración de la India, ahora que el saqueo había concluido en todas las costas, y los barcos de La Meca, más escasos y ya armados y preparados para feroces batallas, ya no proporcionaban nada para satisfacer la codicia de los ocupantes.

La segunda época de la historia de la India, la de la decadencia, ya parecía desarrollada y definida de tal manera que el gobierno de Lisboa reconoció la necesidad de poner fin a tal desorden y nombró al virrey D. João de Castro, un ávido lector de Plutarco y considerado por la opinión general como un modelo de virtud y un tipo de nobleza a la antigua usanza, o al menos a la manera de lo que entonces se consideraba propio de ciertos héroes antiguos.

* * *

En efecto, la situación exigía medidas enérgicas. Martim Affonso de Sousa debe abrir la lista de las protervias de la India, pues nadie vivía mejor ni con mayor ingenuidad en medio de la decadencia, y así lo confesaba en las cartas que enviaba al rey en Lisboa. La sucesión al gobierno de Widjajapur se debatía entre dos príncipes indígenas; y el gobernador «tardó en decidir, pues esperaba ver quién prevalecería». Finalmente, la decisión se tomó a favor del *Hidalcão*, quien parecía tener más justicia y ser más firme, «aunque les aseguro que del otro lado había tantas razones y oposiciones que fue necesario recurrir a misas y devociones». Además de las devociones, el vencedor entregó 70.000 pardaus al rey, 20.000 para el propio gobernador, y una joya para su esposa. Dios, sin embargo, no contento con simplemente ayudar al gobernador en la forma en que vendió su apoyo, hizo morir al rival derrotado. Todo marchaba bien cuando, para concluir el asunto, un confidente de Assud-Khan propuso el reparto del tesoro del difunto: 500.000 pardaus: «Envío 300.000 al rey, pero de estos me quedo con 30.000, que es el diezmo que envío a mi esposa: es justo que ella reciba una parte, pues podría haberlo recibido todo, ya que podría haber tomado este dinero sin que nadie se enterara.» Esta práctica de vender ayuda en disputas indígenas no era, sin embargo, exclusiva de Martim Affonso. En Ormuz, bajo dominio portugués, D. Duarte de Menezes sustituyó a un gobierno afín al nuestro, que prefería al *mouro* porque este le había dado «cien mil pardaus en xerafines nuevos, y a cambio, ricas perlas, joyas y perlas de semilla.» Gaspar Correia dice del gobernador que le gustaban «los buenos juegos, los regalos, las artimañas para conseguir dinero, los banquetes, los placeres y las mujeres solteras con las que iba a divertirse al estanque de Tinoja, y en todo era muy libertino.»

Los capitanes siguieron el ejemplo de los gobernadores; y Diogo de Mello, gobernador de Ormuz, se quejó al rey porque el alguacil lo había herido y quería matarlo por no entregarle el dinero y las joyas que exigía; suplicó ayuda, pues si no acudían en su auxilio, la ciudad quedaría despoblada. Y no solo las fortalezas, junto con los soberanos indígenas, eran fuentes lucrativas de saqueo: el mar también era muy productivo. Ruy Vaz fue solo a Bengala a saquear; y dos barcos, enviados expresamente desde Lisboa a la India con instrucciones y cartas para dirimir la disputa entre Pero de Mascarenhas y Lopo Vaz, fueron a Madagascar a saquear y allí se perdieron. La piratería portuguesa era tan productiva que atrajo a extranjeros; y en colaboración, piratas franceses

guiados por los nuestros circunnavegaron África y exploraron la India. Tampoco era raro ver barcos árabes tripulados por mercenarios portugueses en los mares de Oriente: los *mouros* pagaban mejor que el rey. La guarnición de la flota con la que Lopo Vaz partió hacia las islas de la Sonda incendió los barcos por falta de pago de salarios; y los nativos atacaron a los portugueses a pedradas, obligándolos a rendirse. De hecho, la suerte de los soldados fue tan dura que se negaron a embarcar en Goa sin haber cobrado antes. Los gobernadores se vieron obligados a ordenar su persecución por las calles y las casas, llevándolos encadenados al cepo y de la prisión a la flota.

La vida del soldado en la India y la organización militar eran, en efecto, únicas. Al desembarcar sin un centavo en Goa, tras sufrir las enfermedades del viaje, aquellos que no tenían parientes ni amigos en la capital india se dispersaban, mendigando en grupos por las calles, durmiendo harapientos y semidesnudos bajo los pórticos de las iglesias o en galeras y lanchas varadas en la costa. Empeñaban lo que traían consigo: su capa, su espada; o preferían robar para sobrevivir, esperando la llegada de la armada, que cada año azotaba la costa de Malabar, infestada de piratas árabes. Cuando llegaba el momento, la flota zarpaba y se nombraban los capitanes de los barcos, y pronto veremos por qué. El capitán buscaba reclutar a sus hombres. La chusma de marineros estaba compuesta por negros cautivos, atados con cuerdas en los bancos. Los soldados provenían de bandas ya expertas en saqueos, quienes, al regresar de sus expediciones, se pavoneaban por las calles de Goa: una tropa de bandidos y adúlteros, sinvergüenzas, proxenetas, que sembraban la delincuencia nocturna con robos y asesinatos, entreteniéndose con la bebida en burdeles y matando por trabajo y dinero. Los soldados inexpertos sólo se involucraban en los fechorías hasta que, a su vez, aprendían a ser soldados en la India. El capitán entregó diez *xerafins* a cada soldado para que se prepararan y armaran. Cada uno eligió las armas que le placieron, y muchos prefirieron gastar el dinero en orgías, regresando al barco harapientos y sin mosquetes, lanza, rodela o espada: con las manos vacías.

La misma anarquía se empleó en el ataque; desembarcaban en masa y *davam-lhes de Santiago*, cada uno como buenamente sabía. Se dispersaron, todos con la mira puesta en lo que podían robar, porque esa era la verdadera paga: los diez *xerafins*, tan solo un aperitivo. Generalmente, el primer asalto era irresistible; y pronto al ataque le seguían el robo y la matanza; a menudo también la reacción de los enemigos. Dispersos, dejando sus armas a las puertas de las casas para ir más ligeros a robar, los soldados eran asesinados uno a uno: como había sucedido en la gran derrota de Kalikodu, donde murió D. Fernando Coutinho; como sucedía a cada paso, en todas partes. Con semejante sistema, la guerra se prolongó indefinidamente; pero eso era lo que convenía a todos, porque obtenían de ella lo mejor de sí mismos. Los soldados robaban, los capitanes robaban con ellos, y también a ellos, reteniéndoles sus raciones de arroz podrido y echado a perder. Y después de la hazaña, donde muchos quedaban muertos, tras verse obligados a huir en desorden, «los capitanes mayores de las flotas se retiraban con los hocicos rotos y algunos barcos perdidos. Y al entrar en la barra de Goa, el bombardeo era tan intenso que nadie puede oírlo, y al salir de tierra, tanto plumaje y gala como si hubiera dejado el mundo destruido.» «Y no está bien, añade otro testigo, la facilidad con la que los capitanes de la India entran triunfantes en Goa, pavoneándose llenos de plumas y adornos de oro, dejando a muchos compañeros decapitados en las playas de Calicut.»

No es del todo así, ciertamente; pero no podía ser de otra manera; y, sin embargo, de todas las debilidades de los capitanes de la India, la jactancia no era la peor, a pesar de ser enorme. Pedro desobedecía a Gonzalo porque no era tan noble como él: todos eran mezquindades y puntos de honra. Habiendo sido capitanes de cuatro fustas, ya no querían salir sin abanderar en el cuartel general; «y algunos no tenían más noticias de la guerra que pasear con las damas.» Lo peor, lo peor de todo, era que la corrupción vergonzosa extinguía todo orgullo. Nuno da Cunha decía que los hombres de la India eran como enfermos de cólera: sus gustos estaban condenados; y otro añadía que los virreyes, al cruzar el Cabo de Buena Esperanza, perdían por completo el temor a Dios y al rey, como quienes cruzan el Leteo pierden la memoria.

Acabamos de ver cómo se guarnecía una armada; resta decir que las capitanías marítimas y las de las fortalezas se compraban con dinero a los virreyes: un muchacho imberbe pagaba una de ellas con un servicio de mesa y un salero de plata; y doscientos pardaus eran el precio habitual de una capitanía. Una vez nombrados, los capitanes, que habían comprado sus puestos, se convertían en comerciantes y contrabandistas, coludiéndose con los funcionarios fiscales y asociándose con moros y judíos. Los capitanes de Malaca tenían barcos que, por un lado, iban a China; por otro, a Diu, Chala, Damán y Basain. Los de Ormuz comerciaban por mar con Bengala, con los puertos de la costa occidental de la península y con Zanzíbar. Al igual que los comerciantes, imitando al rey, también exigían un monopolio para su propio beneficio; y de ahí surgían los desórdenes y la brutal violencia ejercida contra los nativos. «La custodia de las *cartas* (el salvoconducto que pagaban los barcos *mouros* para navegar en el Océano Índico) es el crédito de nuestro Estado», decían los hombres de Oriente; pero, sobre todo, los capitanes, para saquear, buscaban sacar ventaja en la revisión de pasaportes y robaban barcos y cargamentos. Las ganancias del comercio no les bastaban, y el robo aumentaba los ingresos de las capitanías. Ormuz era, sobre todo, famoso por esto. Las inscripciones de guarniciones ficticias, los registros de soldados muertos, para embolsarse el sueldo de supuestos soldados, eran prácticas comunes y habituales en todas partes: sólo con esto, un capitán de Ormuz ganó 30.000 cruzados en tres años. Lo mismo ocurría con los barcos; y anclados, pudriéndose en las aguas o varados en la costa, le costaban al tesoro indio el precio de guarniciones que sólo existían en papel. Y estos robos eran tan comunes que no había vergüenza en confesarlos. Un capitán de Ormuz declaró alto y claro que no perdonaría ni un solo real de la suma que había decidido ganar, 300.000 cruzados.

Un tal Álvaro de Noronha, en la misma plaza, acusado, respondió que su predecesor había hecho lo mismo, «quien, siendo solo un Lima, había tomado 140.000 pardaus; él, como Noronha, habría tomado más». El escudo de armas de su casa se veía mancillado, sus antepasados se avergonzarían, si gente menos noble lo superara en algo, incluso en el robo.

Y los crímenes de los capitanes no podían ser castigados, porque los virreyes hacían lo mismo y más: si el ejemplo venía de arriba, ¿cómo se podía condenar el seguirlo? El gobernador Lopo Vaz de Sampaio, pobre y con muchos parientes que proteger, fue a Ormuz *para fazer proveito* con doce navíos, cuyos capitanes eran todos sus allegados y ahijados. Diogo de Mello era su cuñado, lo que lo dejó impune por los extraordinarios robos y fechorías que había cometido. En las deplorables intrigas con las que arrebató el gobierno a Pero de Mascarenhas, Lopo Vaz, para crearse partidarios, utilizó todos los medios a su alcance. Todas las ganancias se pagaron con documentos que suponían salarios atrasados; y en estas aguas turbias muchos se enriquecieron. El gobernador debía el decreto con el que expolió a su rival, a un tal Nuno Redondo, experto en falsificación de documentos.

Los principales ingresos de los gobernadores provenían de diversas formas de malversación: los sobornos o comisiones ilegales que recibían por todos sus cargos; las herencias no reclamadas que robaban; las propiedades de los indios o judíos quemados por la Inquisición de Goa; la connivencia con los contadores para extorsionar dinero a funcionarios y litigantes; la falsificación de moneda; el robo del fondo para huérfanos; el suministro de material bélico; el registro de soldados muertos o no registrados; y la amortización de títulos de deuda pública, comprados en el mercado a precio de ganga, que se registraban en las cuentas por su valor nominal.

La agitación y el libertinaje de los soldados provenían de los crímenes de sus comandantes y, por lo tanto, quedaban impunes; los robos de los gobernadores justificaban los de los capitanes. Pero si se castigaba al gobernador, ¿acaso no se podría erradicar la corrupción y moralizar el dominio? Era posible; pero los gobernadores contaban con argumentos muy sólidos a favor de su corrupción y podían contar con la impunidad. En Lisboa, salvo contadas excepciones, la India se consideraba una vasta fuente de ingresos. «Se sabía esto por cartas en las calles y en los estrados, y era una lástima el descrédito que traían consigo.» Desde el rey hasta el más humilde de la plebe, todos eran comerciantes; y el comercio, cuyo único objetivo es el beneficio, lo tolera todo, y

perdona todo libertinaje. Dicen que el propio D. Manuel se divertía con las astutas y viles artimañas con las que se explotaba la India; cuando los que venían de allí justificaban sus habilidades con riquezas, incrementaban la pródiga opulencia de la corte. El dinero suficiente y un poco de adulación lo superaban todo. Diogo de Mello, de quien ya hemos hablado como héroe, fue condenado a muerte por el Tribunal de Apelación de Lisboa; pero se condonó con la deportación a Santo Tomé primero, y luego a África; y, finalmente, todo se resolvió con una multa de 500 cruzados, casando a sus hijas con las muchas riquezas de los robos que no pagó en este mundo.

¿Los pagaría en el otro? No parece probable; porque el jesuitismo había descubierto que la simonía no era pecado, siempre que se siguieran ciertas reglas. El robo dejó de provocar escrúpulos de conciencia, ya que los casuistas habían comprobado que era lícito cobrar de cualquier manera lo que no se puede obtener mediante la exigencia de una persona poderosa. Ahora bien, ¿quién es más poderoso que el rey, dueño del tesoro de la India? Por lo tanto, los canónigos de Goa cerraron su iglesia y suspendieron el culto cuando el virrey, lejos de Katschhi, permitió que se retrasaran sus pagos. Y además de esta justificación de todos los expedientes, los sacerdotes confesores de la Compañía, defendiendo a quienes recibían sobornos, dijeron que el nombre de soborno solo se entiende como lo que se quita antes de despachar o concertar un negocio. Pero si la operación sale adelante, muy bien puede, después, ofrecer una recompensa: es un agradecimiento, no un soborno.

Ciertamente, no dejaría de ser valiosa para muchos esta tranquilidad de conciencia; pero es indudable que los escrúpulos religiosos no preocupaban a la mayoría, excepto cuando, al regresar a Portugal, los temporales de la costa africana les asaltaban. La complicidad de Dios era grande; pero aún mayor era la de los jueces, quienes en la tierra podían confiscar, encarcelar y matar. Un erudito cronista escribió: «El Imperio Romano no empezó a caer hasta que los magistrados comenzaron a venderse; y por eso considero que la India está acabada.» Los jueces no sólo eran venales, sino también analfabetos: bastaban dos florituras latinas para nombrar a un juez. Los testigos costaban un pardau por persona en Goa, «y si un ladrón o asaltante, por muy conocido que sea, no carece de cuatro o seis testigos que lo avalen, ¿cómo van a faltarle a un virrey?» Además, ¿qué sentido tendrían los severos castigos contra «robos, insultos, muertes, violencia, adulterios con mujeres casadas, viudas, vírgenes, huérfanas... si se dice que el rey nuestro señor es tan misericordioso que perdona y absuelve todo mal que se le hace»? Gaspar Correia, sin embargo, consideró esencial ordenar la decapitación de un virrey en los muelles de Goa.

La misericordia de Su Alteza no lo permitía, pero el pueblo estuvo a punto de conseguirlo. Cuando el conde de Vidigueira, antiguo gobernador, partía hacia el reino, la turba derribó la estatua de su bisabuelo (Vasco da Gama) de la puerta de la ciudad de Goa, colgó su efigie en la verga de un barco y envenenó todo el forraje de los animales que llevaba como provisiones para el viaje.

Síntomas más graves y decisivos de la desintegración del efímero imperio indio surgían constantemente por doquier. Las desertiones eran rampantes; y grupos de soldados se alistaban en las tropas indígenas o en barcos árabes, impulsados por la miseria, por la codicia, para protegerse, o por el hambre, dispersándose por todo Kambai, Beluchistán, Afganistán y Persia por un lado; por Bengala por el otro; pasando por Arakan, Pegu, Malaca y Camboya, hasta China. Quienes lucharon bajo las banderas de los reyes y príncipes infieles fueron tan numerosos que sería imposible enumerarlos, y mucho menos escribir sobre ellos, sin derramar lágrimas. Y muchos tomaron las armas en barcos de piratas, donde, si bien la paga no es tan honorable como la del rey, es más lucrativa, pues se paga mejor.

Ya en Tschala, durante el reinado de D. Francisco de Almeida, al comienzo de la ocupación de la India, cincuenta marineros de la flota del virrey, desafiando al enemigo, conspiraron para pasarse a los *mouros*, quienes ofrecían mejores salarios. Estos fenómenos, por lo tanto, no se derivaban directamente de la decadencia que ahora se manifiesta, sino que tenían causas subyacentes, evidentes desde el inicio mismo de la empresa.

Además de los que desertaron, otros se aventuraron por su cuenta a establecer puestos comerciales, nidos de piratas «buscando el pan para comer, ya que no había flotas ni fortalezas donde pudieran conseguirlo». Este fue el caso en Tschitâgan, en Ugoli, en Bengala, en Nagapatan en la costa este de la India, en Macao y en innumerables otros lugares.

* * *

Para poner en marcha esta rueda de la miseria, D. João de Castro fue enviado desde Portugal. El cuarto virrey de la India¹⁸ fue, durante mucho tiempo, conocido por su noble carácter, su experiencia como navegante y guerrero, la vastedad de sus conocimientos y su amor por las buenas letras. Este amor eclipsó la ingenuidad de su espíritu; y el asceta y místico amante de la naturaleza, tal como lo descubrimos en sus escritos, se vistió con la toga de los héroes antiguos para aparecer en público con el prestigio clásico que le daban sus papeles de Estado y el esplendor de su triunfo en Goa. La admiración por Roma del siglo XVI en Portugal tuvo en D. João de Castro un ferviente seguidor; y como el genio del virrey era de una sinceridad cándida, esta antigua afectación adquirió para él proporciones de culto. Sus frases y gestos, copiados de héroes antiguos, no eran ciertamente una máscara falsa, aunque a nosotros nos lo parezcan. Alfonso de Albuquerque, sin embargo, llevaba en la sangre la fuerza de Alejandro; y sólo la imaginación hizo de D. João de Castro un

18	1 D. Francisco de Almeida	1505	virrey 1º
	2 Alfonso de Albuquerque	1509	
	3 Lopo Soares de Albergaria	1515	
	4 Diogo Lopes de Sequeira	1518	
	5 D. Duarte de Menezes	1521	
	6 Vasco da Gama	1524	virrey 2º
	7 D. Henrique de Menezes	1524	
	8 Lopo Vaz de Sampaio	1526	
	9 Nuno da Cunha	1529	
	10 D. Garcia de Noronha	1539	virrey 3º
	11 D. Estevam da Gama	1540	
	12 Martim Affonso de Sousa	1542	
	13 D. João de Castro	1545	virrey 4º
	14 Garcíade Sá	1548	
	15 Jorge Cabral	1549	
	16 D. Affonso de Noronha	1550	virrey 5º
	17 D. Pedro Mascarenhas	1554	virrey 6º
	18 Francisco Barreto	1555	
	19 D. Constantino de Bragança	1558	virrey 7º
	20 D. Francisco Coutinho	1561	virrey 8º
	21 João de Mendonça	1564	
	22 D. Antão de Noronha	1564	virrey 9º
	23 D. Luis de Athaide	1569	virrey 10º
	24 D. Antonio de Noronha	1571	virrey 11º
	25 Antonio Moniz Barreto	1573	
	26 D. Diogo de Menezes	1576	
	27 D. Luis de Athayde	1578	virrey 12º
	28 Fernão Telles de Menezes	1581	
	29 D. Francisco Mascarenhas	1581	virrey 13º
	30 D. Duarte de Menezes	1584	virrey 14º
	31 Manuel de Sousa Coutinho	1588	
	32 Mathías de Albuquerque	1591	virrey 15º
	33 D. Francisco da Gama	1597	virrey 16º

Según la constitución del Virreinato de la India, el mandato de los gobernadores duraba tres años, tras los cuales podían ser reelegidos para un nuevo mandato de tres años, como ocurrió con muchos, tal y como se puede observar en la lista anterior. Con el nombramiento del virrey, los nombres de los sustitutos se enviaban en cartas selladas y numeradas; y cuando el gobernador fallecía, se abría la primera línea de sucesión, y en ausencia de la persona indicada, la segunda, y así sucesivamente. Las fechas inscritas arriba indican quiénes gobernaron por sucesión. El título de virrey, excepcional en un principio, se convirtió en inherente al cargo de gobernador a partir de 1550.

Numa y un Cincinato. Pero la imaginación lo dominó tanto que moldeó su genio, convirtiéndolo en un ejemplo vivo del poder que la educación moral es capaz de ejercer sobre el temperamento. Esta construcción artificial del carácter produjo, sin embargo, contradicciones inevitables. El amor literario por la frase y el entusiasmo por copiar lo arrastraron a cosas, si no ridículas, sí extravagantes. No tener un pollo en casa para comer cuando estaba enfermo, y confesarlo con orgullo: era sin duda mezclar, con la honestidad natural, un toque de afectación. Cuando solicitó a Goa treinta mil pardaus para construir la fortaleza de Diu, envió los cabellos de su barba como garantía; pero, con el símbolo, también se vio obligado a entregar una provisión al tesorero de Goa, destinando al pago del préstamo los ingresos de los caballos. Todos los ejemplos de su vida compasiva demuestran la nobleza innata de un carácter, forjado artificialmente por la educación literaria.

¿Era este el hombre capaz de detener en marcha la rueda de la descomposición del imperio oriental? No, desde luego que no. La propia grandeza de su honra valía poco, porque era afectada, aunque no fuese fingida. Los hombres positivos y corruptos de la India sonrieron ante este héroe espectacular; y, viendo al mismo tiempo la cándida ingenuidad de su espíritu, confiaron plenamente en que no perjudicaría sus intereses. La anticuada afectación del virrey demostraba la debilidad del estadista, pues solo un alma ingenua podía aferrarse tanto a las formas, y la ingenuidad jamás triunfó en los gobiernos. Íntegro, fuerte y piadoso en su interior, D. João de Castro fue un héroe y un santo; pero ni esta forma subjetiva de heroísmo ni la santidad fueron jamás el medio para detener la decadencia de una sociedad ni para impulsarla por la senda del progreso. Para ello, se requieren almas endurecidas y espíritus fríos e faltos de escrúpulos, como los de un Juan II o un Pombal.

D. João de Castro carecía de todas esas cualidades; y su gobierno permaneció, inútil, como una bella página de moralidad: al estilo del libro en el que se escribió su vida, que es un buen ejemplo de retórica¹⁹. Sin embargo, permaneció como una protesta sincera: ahí radica su valor social e histórico. Permaneció como un ejemplo de valentía personal, atestiguado en los asedios de Diu, pero tales ejemplos abundaban; permaneció, finalmente, como un tipo, a la vez noble e interesante, del carácter de un santo y de la influencia de la literatura en el genio, o mejor dicho, en las acciones, de los individuos.

Si en Portugal había alguien capaz de gobernar la India, el gobierno de Juan III demostró ser incapaz de encontrarlo; aunque, por muy distinguidas que hubieran sido las aptitudes de cualquier otro, también es un hecho que la empresa de sacar al imperio oriental de la anarquía superaba las capacidades humanas, porque sus vicios eran inherentes a su propia existencia.

Para concluir este breve esbozo de la vida política portuguesa en Oriente, conviene mencionar la opinión del cuarto virrey y sus observaciones, transmitidas a Lisboa en cartas al monarca. «Aquí todo está —escribió— en tal estado que no hay *mouro* que tema que seáis de hierro, para su oro, ni cristiano que lo crea.» Y prosiguió enumerando la vasta lista de calamidades. Las flotas estaban podridas, que se podían deshacer con las manos, y no sobrevivirían al invierno sin hundirse. Ningún soberano de Oriente confiaría ni un ápice a un portugués: tal era su descrédito. Había sido un milagro llegar sano y salvo a la India con la flota que había traído del reino. Cada día en Goa había lanzadas, revueltas y desafíos, capaces de asombrar incluso a la mismísima Italia. No había soldado que no tuviera una o más mancebas. Todos desobedecían a los capitanes, y cada uno se proclamaba por jefe. Por culpa de las mancebas de los soldados, se producían revueltas y desastres en todos los barcos. En las Molucas, nuestros hombres, tras saquear y robar las casas de cierto rey, lo encadenaron y forzaron a sus esposas con tal deshonestidad que no se puede decir a Vuestra Alteza. Todos son ladrones, todos, sin excepción, canallas. La codicia y los vicios han adquirido tal poder y dominio que nada de lo que se haga, por más feo y vil que sea, que sorprenda a nadie. Y se pierden más almas entre los portugueses que vienen a la India que las que se salvan entre los nativos a quienes los religiosos misioneros convierten a nuestra santa fe.»

19 J. Freire de Andrade, *Vida de D. João de Castro*.

IV. RESUMEN DE LA DERROTA. REGRESO AL REINO.

Iniciada de forma anárquica, la ocupación de la India fue, de principio a fin, una explotación caótica. La política marítima y comercial de Francisco de Almeida, el imperio de Alfonso de Albuquerque y el virtuoso reinado de Juan de Castro demostraron ser igualmente ineficaces para organizar el dominio portugués en Oriente de manera regular y duradera. Ni el arte, ni la fuerza, ni el santo ejemplo pudieron disciplinar a la turba de los invasores de la India.

Razones íntimas, a las que ya hemos aludido brevemente, se lo impidieron. El Renacimiento, al presentar a los hombres innumerables ideas e impresiones nuevas, y tras desorganizar los sistemas, las creencias, las instituciones y todo el organismo de las sociedades medievales, abandonó al individuo a merced de los impulsos desordenados de la naturaleza; al mismo tiempo, infundió en sus acciones una energía afirmativa hasta entonces desconocida. Heroísmo personal y natural, una gran explosión de fuerza, libertinaje en las costumbres y anarquía en las ideas: esto es lo que, en este sentido, resume el Renacimiento. Francia, Italia, España, Inglaterra y Alemania —es decir, toda Europa— ofrecen al observador suficientes características fisionómicas como para suponer que, si alguna de ellas hubiera estado destinada a ocupar las Indias, su imperio no habría sido ni mejor ni peor que el nuestro.

Quizás, sin embargo, las naciones protestantes que nos sucedieron con mayor fortuna en Oriente se hubieran visto algo limitadas por el fanatismo reformista; y el ingenio mercantil habría demostrado con mayor rapidez los medios eficaces para explotar la India sin saquearla. Carecíamos de ambos requisitos. El catolicismo no era entonces, como lo era la religión protestante, una fe íntima y absorbente: era una convicción para algunos, una convención para otros, una conveniencia para muchos y una locura para los intolerantes defensores de la fe. Ciertamente existía una afirmación religiosa unánime y vehemente; pero la unanimidad ingenua y espontánea de la creencia, que es la raíz de las religiones, había desaparecido. El catolicismo había atravesado una crisis de la que salió gravemente herido; y la forma imperiosa en que se impuso reveló que se había convertido más en una expresión de autoridad que en una explosión democrática de sentimiento. Esto provocó que el pueblo, sin renunciar al catolicismo, cayera en un estado de laxitud; y, si bien permanecieron dentro de la religión, dejaron de otorgarle significado o importancia moral. Mucha devoción y mucho libertinaje: esta es la concomitancia resultante, universalmente demostrada por las costumbres de las naciones católicas después del Renacimiento.

A pesar de su catolicismo, podemos afirmar que en el dominio indio no existía ninguna religión capaz de moralizar el imperio. Al carecer de este primer elemento de orden, cuando los motivos sociales aún no se habían definido suficientemente, el individualismo naturalista de la época arrastró a los hombres a toda clase de desorden, precipitándolos a cometer toda clase de crímenes. Estos crímenes se agravaron cuanto mayor era la fuerza interior, la audacia y la temeridad de los guerreros. Sobre esto, la influencia corrosiva del clima, del lujo y de la sensualidad oriental sembró sus semillas de corrupción. El individuo, desarmado, sin creencias ni leyes, viviendo a merced de sus instintos y pasiones, cayó en un abismo de ignominia, perdiendo por completo la noción de su propio orgullo y fuerza, convirtiéndose, de pirata, en canalla.

A estas causas generales es necesario añadir las causas particulares, derivadas de la fortuita incapacidad de los gobiernos de Lisboa; y quizá, si la India se hubiera descubierto medio siglo antes, el genio político D. Juan II habría evitado graves disturbios desde el principio. D. Manuel y sus consejeros tenían un solo plan para la India: explotarla y llevar las riquezas de Oriente a Lisboa por cualquier medio. El sistema y el programa de gobierno eran desconocidos; y así vemos que la

ocupación cambia de carácter con los sucesivos gobernadores, según las ideas o inclinaciones de cada uno. La India sufre todos los inconvenientes de los gobiernos electivos y temporales, sin disfrutar de las ventajas de los gobiernos hereditarios; y es en esto que siempre se basará la acusación de incapacidad que la historia lanza contra nuestro dominio.

Sin embargo, esta incapacidad tenía raíces más profundas. Explorar comercialmente Oriente, al estilo holandés, no era algo que nos motivara. Los estadistas carecían de la perspicacia necesaria para calibrar las diferencias que separaban a Portugal de Venecia, y las condiciones del comercio anterior en Oriente, comparadas con las condiciones en las que se encontraría, ya que llegamos armados por mar a la India. La geografía había otorgado a los árabes un dominio indiscutible sobre los mares de la India; y fue también la geografía la que convirtió a los venecianos en aliados de los turcos, y a Venecia en el emporio del comercio oriental. Para reemplazar a los árabes en la India y a Venecia en Europa, no solo teníamos en contra la geografía, sino también, y principalmente, otra circunstancia. Al ir a arrebatar sus presas a los árabes, debíamos comerciar armados, manteniendo poderosas flotas en aquellos mares lejanos, antaño pacíficamente sometidos por nuestros vecinos.

Estas causas naturales, sumadas a la igualmente natural falta de perspicacia comercial, dieron lugar a una forma de explotación, en cierto modo inédita en la historia; pues no se trata propiamente de una incursión, como las conquistas de los antiguos persas o asirios, ya que pretende ser comercio; pero, como el comercio sólo puede llevarse a cabo a la sombra de la fortaleza o a la vista de la flota, las transacciones siempre están mezcladas con saqueo y muerte, con robo y violencia. Esto confiere a nuestros capitanes de la India una fisonomía singular en su dualidad. Por un lado, se ve a un mercader, como los cartagineses o fenicios de antaño; pero también se ve en el mismo hombre a un soldado, como Ciro o Asurbanipal.

Tal confusión, tal mezcla caótica de elementos opuestos e ideas contradictorias, habría bastado para arruinar el imperio rápida y necesariamente; incluso si, además de todo esto, el carácter de los portugueses, falto de audacia, grosero, lleno de orgullo ingenuo, más temerario que valiente, presuntuoso y jactancioso, no hubiera aumentado las dificultades; incluso si el aire embriagador, los venenos soporíferos, las peligrosas seducciones, los vicios agotadores del encantado Oriente no hubieran llegado a entorpecer los brazos y pervertir el espíritu de los ocupantes.

* * *

El padre Manoel Godinho, quien estuvo en la India a mediados del siglo XVII, dividió la historia de nuestro dominio oriental en cuatro épocas. La primera abarcó los 24 años del reinado de D. Manuel; la segunda, los 35 años de D. Juan III; la tercera, desde 1557 hasta 1600; y la cuarta, finalmente, hasta la época en la que él viajó por el Oriente.

Desde sus inicios, el dominio portugués se extendió por todas las costas e islas, desde Sofala hasta Malaca; es decir, por toda África Oriental, Persia, todo el Indostán, desde el Indo hasta el Ganges, e Indochina. Unas pocas ciudades, puestos comerciales y fortalezas genuinamente portuguesas dispersas por doquier, y el vasallaje de los soberanos en cuyos estados se asentaban: esta era la forma de nuestro dominio. Goa y Malaca eran nuestras; y tributarios de la corona portuguesa eran los soberanos (independientes o subordinados, pues el régimen político autóctono era feudal) de Ormuz, en Persia; de Tidore, en las Molucas; de Sinhala; de las islas malayas; de Batukala (Batecalá), en Kanara; de Kollam, en Karnataka, en el extremo sur de la península india; y en la costa africana, los de Malinda y Quilwa. Además de estas soberanías, algunas de las cuales solo se estipulaban en tratados, varias fortalezas garantizaban el vasallaje de otros territorios. Sofala fue la primera, para aquellos que venían de Portugal a través del Cabo; luego Socotora, en la isla del mismo nombre, cerca de Djar-Hafûn, que domina la desembocadura del Mar Rojo; luego Ormuz, en la garganta del Golfo Pérsico; luego, en la costa occidental de la India, descendiendo hacia el sur, Tschala, Andjediwa, limítrofe con Goa; Kananor; Kalikodu, donde Vasco da Gama desembarcó por primera vez; Kadunguluru (Cranganor); Katschhi, escenario de las hazañas de Duarte Pacheco; y

Kollam (Coulão), cerca del cabo Kumari. En las islas del océano Índico se encontraban la fortaleza de Malaja (Maldivas) y la de Kola-ambu (Colombo) en Ceilán; y finalmente, en los confines orientales, Persaim (Pacem) en Pegu y Ternate en las Molucas.

Durante el segundo período, estos vastos dominios se consolidaron mediante numerosas fortalezas que, completando el sistema trazado por los antiguos, salpicaron todas las costas con puestos comerciales. En la costa oriental de la península indostánica o Tscholamandalam (Coromandel), se establecieron los presidios de Nagapatan y Mahabalipurum (Meliapor, Santo Tomé). La ocupación de la isla de Ceilán se completó con las fortalezas y colonias comerciales de Djafnapatan (Jafanapatão), Negombo, Kalitura (Calaturé) y Galla, en la costa occidental; y Battikalo (Bataloa) y Trinkonomali (Triquimalé), en la costa oriental. Bassaim, Daman y Diu, además de otros puntos fortificados, protegieron la costa de Kambai. Las incesantes y exitosas guerras sofocaron revueltas, consolidaron antiguos dominios y expandieron el imperio portugués. Así, la derrota final del Samoudri de Kalikodu, el sultán de Kambai, el Shah de Widjajapur (Hidalcão) y el Nizam de Ahmednagar (Melique, Isamaluco, Nisamaluco o Nisamoxá) garantizó la posesión pacífica de toda la costa occidental de la India, en Gudjerât, Kontana y Kanará. Las guerras de Indochina consolidaron el poder portugués en Djadin-thanj (Ujantama), en el reino de Annam y en Djohor; en Bintang (Bintão), en el extremo de la península de Malaca; y en Atschim (Achem), en la isla de Sumatra. El sometimiento de todo el archipiélago de la Sonda, hasta las Molucas, completó en el este el imperio colonial portugués, de tipo griego o libio-fenicio. En el oeste, los resultados fueron menos decisivos. Y si bien las dos costas que conducían al estrecho de Bab el-Mandeb se declaraban tributarias de Portugal, ni en Adén, al norte, ni al sur, en la costa de Adal, ejercían nuestro dominio de forma definitiva. Los musulmanes custodiaban celosamente la entrada al mar sagrado de La Meca; y los mercaderes árabes sabían que, con mayores o menores obstáculos, jamás serían expulsados por completo del comercio de la India mientras controlaran el Mar Rojo, donde los enemigos, sí, llegaban, pero no podían establecerse. Con las armas al hombro, en su isla de Socotora y a bordo de las flotas que patrullaban el golfo Pérsico, los portugueses vigilaban las escuadras rumíes y los convoyes de los barcos de La Meca; pero no les faltaban oportunidades, ya fuera por astucia o por la fuerza, para cruzar el estrecho, entrando o saliendo para comerciar o luchar.

En el tercer período, el dominio de la corona se mantiene, pero no se expande; aunque surgen nuevos presidios en África Oriental y en la costa de Malabar. Estos son, en Kanara, Barkuluru (Barcelor), Mangaluru (Mangalor) y Hanaware (Odor). En África, tras la derrota y muerte del rey de Laum, se establece la fortaleza de Patta; más al sur, Mombas, la fortaleza en la isla de Pemba; y más allá de Zangebar, ya subyugada, Monomotapa, en la costa de Mozambique. Además, se funda Sirian en Pegu; y Hûgli (Golim) en Bengala, en el delta del Ganges.

Sin embargo, el acontecimiento más grave de este período fue la guerra simultánea de Adil-Shah contra Goa, de Ahmednagar contra Tschala, de Samoudri contra Kalikodu. Sin embargo, los príncipes indígenas de la India occidental, aliados contra los portugueses, fueron derrotados; al mismo tiempo, Atschin (Achem) atacaba Malaca; y un molesto y famoso pirata en los mares de la India, llamado *Cunhalle* (Kunji-Ali-Markar), fue decapitado en Goa, tras la toma de su fuerte de Pudepatan, desde donde partía para sus expediciones de saqueo.

A pesar de los síntomas de decadencia, el imperio comercial portugués alcanzó su apogeo a finales del siglo XVI. Las flotas zarpaban, cargadas de bienes preciosos, hacia los mares de Japón y China, de donde traían plata y oro, sedas y almizcle. De las Molucas llegó el clavo, de la Sonda la nuez moscada, de Bengala todo tipo de paños finos, de Pegu los rubíes, de Ceilán la canela, de Mausalipatam los diamantes. En la pequeña isla de Manaar, cerca de Ceilán, se cargaban perlas y aljófares; en Atschin, en Sumatra, benjuí; de las islas Malayas llegó el ámbar; y Ceilán exportó elefantes, a través de Djafanapatam. Katschhi contribuyó con anís, teca y madera de courama; toda la costa contribuyó con pimienta, y Kanara con jengibre. En las islas de la Sonda, Madura

suministró salitre, Solor el pan, y Borneo proporcionó alcanfor. De Kambai provenían índigo, laca y telas; y Tschala era famosa por su bayeta. Ormuz vendía caballos de Arabia y sedas y alfombras de Persia; y al otro lado del océano Índico, África proporcionaba áloe en Socotora, oro en Sofala y marfil, ébano y ámbar en Mozambique. Además de los preciosos cargamentos, además del lastre de arroz de Kanará para provisiones, y la pimienta, que era monopolio real, los barcos de la corona transportaban, desde Diu, Ormuz y Malaka, las grandes sumas con las que las compañías de comerciantes pagaban por los barcos mercantes que compraban en esos tres puntos estratégicos.

Las causas de la decadencia, tan antiguas como el propio descubrimiento, pero cada vez más acentuadas, precipitaron la caída tan pronto como Portugal, a través de su unión con Castilla, se vio envuelta en guerras con Inglaterra y Holanda. Tarde o temprano, de una forma u otra, es indudable que el dominio portugués en la India, corroído por tales males, caería; siempre y cuando los protestantes, marineros y mercaderes, siguieran la ruta hacia Oriente, rodeando el Cabo de Buena Esperanza, tras los barcos portugueses. Los piratas franceses ya habían llegado a la India por ese camino en ocasiones; y si los ingleses y los holandeses no habían ido aún, era porque las condiciones y los obstáculos que la religión, para unos, y la independencia, para otros, les planteaban en Europa, se lo impedían. España fue derrotada por la Inglaterra protestante y las Provincias Unidas independientes; ambas, aliadas, iban a combatirla en la India con la facilidad con que se vence a un enemigo enfermo, mal preparado, plagado de vicios y enfermedades.

Quienes observaron el imperio portugués a mediados del siglo XVII, con el estilo pretencioso de la época, dijeron: «El Estado de la India es tan antiguo que apenas lo consideramos un Estado. Si fue gigantesco, ahora es un pigmeo. Si fue grande, ahora no es nada.» Sólo quedaban Goa y Macao, Bassain, Daman, Diu, Mozambique y Mombasa. Ya no había flotas en el mar; y los holandeses e ingleses, alentando la rebelión de los nativos y ayudándolos, las reemplazaron, como nosotros habíamos reemplazado a los árabes; pero con una habilidad diferente y un criterio mucho mejor.

Algunos eligieron Indochina, otros las partes occidentales; y en cincuenta años barrieron las fortificaciones y puestos comerciales portugueses de las costas e islas. Los ingleses lucharon junto a los persas en Ormuz para expulsarnos, y el éxito animó a todos los nativos. El soberano de Arakán nos expulsó de Pegu, el de Bengala nos expulsó de Hugli; así perdimos Mahabalipuram y, en la costa opuesta, Mangaluru, Barkuru, Hanaware, Tschala y Kalikodu. La pérdida de Ormuz arrastró consigo a Maskat, con la que se fueron todos los asentamientos de la costa de Arabia hasta el Mar Rojo; y la costa norte quedó desprotegida; fue inútil preservar Socotora y los puntos fronterizos en el Adal, que fueron abandonados junto con Qilwa en África, las islas de Malaja y Andjediwa, y Passir (Pacem) en Sumatra.

Los holandeses heredaron, de nuestro imperio en el Lejano Oriente, todo lo que no volvió a caer en manos de los nativos. Lo mismo ocurrió en la India. De África, Arabia y Persia, es decir, de las fronteras occidentales, nos quedaban Mombas y Mozambique; de las fronteras orientales, el aislado punto de Macao, ya en China, y Solor; del centro, sólo quedaban una ciudad y cuatro fuertes, como recuerdo, más que dominio, frente a esos mares, donde la bandera portuguesa ya no ondeaba en poderosas escuadras como las de antaño.

Ambon, Tidor, Ternate, en las Molucas; Malaca, en su península; Madura y toda la Sonda, eran holandesas; nuestros antiguos puntos de Ceilán: Kola-ambu y Kalitura; Negombo y Battikalo; Trinkonomali; Galla y Djafnapatan, con la vecina isla de Manaar, también les pertenecían; y en ambas costas de la península Indostánica nos habían arrebatado asimismo, Negapatan por un lado, Kollam, Kadungulur, Kananor y Katschhi, por el otro.

Todo estaba perdido, y el viaje finalizaba. No quedaba más remedio que regresar a casa: embarcar hacia el reino con el botín de nuestro saqueo y dar la popa a ese mundo, donde nuestra misión había concluido.

Todo capitán que, en los buenos tiempos, regresaba de la India, hacía lo mismo: cerraba los cofres repletos de oro y piedras preciosas, guardaba el equipaje en la bodega y zarpaba, despidiéndose para siempre de Oriente.

* * *

Esto fue lo que le ocurrió en 1589 a D. Paulo de Lima, quien había devastado Djohor en Malasia. Fue en enero de aquel fatídico año cuando zarpó de Goa. Era rico; y el barco se estremecía bajo el peso de la carga, atestada de lastre de pimienta a granel, con la cubierta repleta de cofres, fardos y esclavos. El capitán llevaba consigo a su esposa y sus sirvientes; y numerosas personas embarcaron con él como pasajeros: soldados que volvían a casa, frailes, clérigos y mujeres.

Como en la India no había astilleros donde los barcos pudieran inspeccionar el casco y calafatear sus embarcaciones, el viejo y excesivamente grande navío regresó en mal estado. Al embarcar, todos se santiguaron e imploraron la protección de los frailes, recordando los numerosos naufragios que el tamaño y el mal estado de los barcos provocaban cada día. Uno contó que, de la flota de Kalikodu, el año anterior, cuatro barcos habían desaparecido con toda su tripulación, y uno de ellos, con su mástil y aparejo, se había hundido por el río Daman. Otro, que ya había pasado tres veces a la India, contaba el célebre naufragio del *Flamenga*, y llamaba a las naves sepulturas de hombres y vaso de desastres; y uno más, persignándose contrito, decía que los barcos venían tan lastrados de pecados, que en las tormentas hallarían seguramente a los demonios. Los religiosos no declaraban que fuera imposible, pero aconsejaban resignación y esperanza en el auxilio divino; sus discursos estaban empedrados de breves frases en el sagrado latín.

Mientras tanto, el viaje proseguía felizmente en medio de un mar en calma. Todos confiaban en que Dios no dejaría de proteger a un capitán piadoso como Dom Paulo de Lima. Esto, sin embargo, no les impidió comentar las tristes cosas del mar; y más animados comenzaron a creerse a salvo de estos peligros al verse ya cerca del terrible Cabo de África. Aseguraban que ni siquiera un tercio de los que embarcaban en Lisboa llegaba a la India, y esto nadie lo discutía, pues era una verdad reconocida; y que el regreso a Portugal acababa con la vida de aquellos a quienes las enfermedades de la tierra, la miseria y la guerra habían perdonado en Oriente. ¡Era un sumidero de hombres! Lo era. Luego, se quejaron de los carpinteros de ribera que botaban los barcos al mar, mal hechos y mal sellados; y mencionaron que no era raro que se abrieran los cascos en barcos nuevos, incluso dentro del Tajo. Otros denunciaron la forma inhumana en que se hacinaba a bordo a mucha más gente de la que permitía la capacidad del barco: iban como ovejas, amontonados en la cubierta, expuestos al letal aire nocturno. Por estas razones había escorbuto, fiebres pútridas, disentería... ¡como si los peligros del mar y los vientos no fueran suficientes! Además, era sabido que los capitanes robaban de las provisiones; y para ahorrar, elegían todo lo de peor calidad. Todo estaba dañado y podrido, el agua estaba corrompida; y en un viaje de seis meses, como el de la India, sólo se abastecían para cinco meses: de ahí el hambre.

Estas conversaciones a menudo exacerbaban los ánimos. Surgían facciones, y en más de una ocasión se produjeron peleas tan feroces que el capitán se vio obligado a reunirlos a todos bajo el castillo de proa; y los frailes, detrás, con crucifijos en las manos, predicaban la paz y el amor, con oraciones en latín.

Los hidalgos y los religiosos, en el castillo de popa, comentaban las quejas de los soldados, reconociendo que, en verdad, tenían razón; y, al ser más cultos, relacionaban los efectos con las causas.

La abundancia de pimienta y una economía mal entendida habían exagerado las dimensiones de los barcos, lo cual se agravaba aún más por el exceso de carga. La codicia fue la causa fatal de tantas víctimas; pero el problema se venía gestando desde hacía tiempo, desde el reinado de Juan III. Los barcos, mal diseñados, con grandes bodegas y, sobre todo, sobrecargados, no respondían al timón y eran lentos. A decir verdad, los antiguos no habrían podido admirar las monstruosas carracas de siete y ocho cubiertas, con alojamiento para dos mil hombres y bodegas para mil

toneladas de carga. ¡Cada uno de estos barcos parecía un reino! Montaban cañones de veinte toneladas y tenían un calado de más de diez brazas. Los costados medían cincuenta palmos por encima de la línea de flotación en el centro del barco, y alcanzaban los ochenta en los castillos de popa y proa. Las cubiertas que las conectaban tenían dos pisos; y las cofas podían albergar a diez o doce hombres, para maniobrar pequeños cañones y otras armas de fuego.

Pero las carracas, observaban, también eran pésimas en el mar: flotaban, y no se movían. Y uno de los hidalgos viejos contaba como era el *S. João* o *Botafogo*, en el que fue a Túnez en 1535, con la división portuguesa que formaba parte de la expedición de Carlos V.

Y finalmente, olvidando todos sus problemas, todos se pusieron de acuerdo en admirar la grandeza de Portugal, donde siempre había más de 400 barcos de alto bordo, además de casi 2.000 carabelas y embarcaciones menores... porque el tiempo estaba en calma y el viento fresco los llevó rápidamente, a través del Canal de Mozambique, directamente al Cabo.

Estaban a 26° cuando, sin embargo, casi a la vista del extremo sur de São Lourenço (Madagascar), notaron una vía de agua que se estaba abriendo en el barco. Todos corrieron a las bodegas, clamando contra los carpinteros de ribera, por culpa de los cuales los barcos se estaban perdiendo, a la deriva en el mar, ¡por Dios!, por ahorrar cuatro cruzados. Apartando la carga, vieron que el agua estaba en la proa, en las primeras estacas: escupía la estopa y la pasta de plomo de la sentina, a borbotones en la bodega, ¡por un agujero tan grande que cabía un puño! Pero como el tiempo estaba en calma no se preocuparon demasiado, y tras sellar el agujero con sacos de arroz, pusieron rumbo al sur, a 32°, a ochenta leguas de Natal. Llevaban ya tres meses de viaje.

Fue entonces cuando el viento rodó al sureste, lo que les obligó a virar al norte. El mar subía y, con el rompimiento de las olas, el barco se desarticulaba, y el agujero de proa, sellado con arroz, volvió a ceder. Mar abierto y una tormenta desatada: era el día del juicio. Empezaron a oírse las maldiciones y los gritos de las mujeres. Los hombres, hidalgos, soldados y esclavos, blancos, negros, mulatos y amarillos, se pusieron manos a la obra, aún confiando en la salvación. Había seis palmos de agua en la bodega; y a pesar del esfuerzo turnándose en las bombas, no pudieron con la vencer al mar. Arrojaron toda la carga de la cubierta al mar para liberar las escotillas y aliviar la sobrecarga del barco. En las bodegas, la carga flotaba, y las tablas de palo de Brasil, los barriles de agua y otros recipientes, también flotando, eran zarandeados por el vaivén del mar contra el casco, azotado violentamente desde el exterior por las olas. Era una escena infernal y desesperada, un estruendo ensordecedor, con el ominoso silbido del viento del suroeste en el aparejo. Como las bombas no lograban vaciar las bodegas, colocaron cuerdas en las escotillas y extrajeron agua de ellas en barriles, como de un pozo. D. Paulo de Lima no escatimó esfuerzos, tirando con una cuerda como los esclavos. Ni siquiera podían comer; y los frailes iban de uno a otro, con agua y galletas, saciando su hambre y sed: combatiendo su cansancio con exhortaciones, y para su desesperación, animándoles a confiar en la providencia divina.

Durante tres días, del 12 al 14 de marzo, mantuvieron la fe y el valor. Al cuarto día, se dieron cuenta de que su esfuerzo había sido en vano. El agua ya inundaba la cubierta, y sólo se podía permanecer en la principal. Las bombas no funcionaban, atascadas con la pimienta que almacenaban en la bodega; y sólo arrojando por la borda todo el botín de sus incursiones contra los indígenas pudieron evitar que el barco zozobrara. Ya habían decidido encallar; pero la tormenta continuó intensificándose, y en medio de la densa niebla, no pudieron maniobrar. Para colmo, una ola rompió el timón. El viento del suroeste, azotado por fuertes olas, destrozó las velas. El pobre barco no era más que una ruina, con la que las olas jugaban en su furia. Así permanecieron, perdidos y sin esperanza, durante dos noches y un día. Del 14 al 16, las penurias fueron terribles. En montones, extendidos sobre la cubierta, los hombres blasfemaban o confesaban a viva voz todos sus crímenes: los robos, la violencia, las violaciones, las masacres en la India; y entre lágrimas suplicaron al clero que las salvara de los tormentos del infierno. Las mujeres, llorando, elevaron plegarias, recordaron a sus santas favoritas, a las Vírgenes de su devoción, e hicieron votos y

promesas. Los frailes escucharon las confesiones, absolvieron y quedaban moribundos, con la confianza del perdón, los que antes se desesperaban presos del pavor. Y por encima de todo esto, el fuerte silbido del viento aullaba entre las cuerdas, gritando: ¡Muerte! ¡Muerte! Dom Paulo creía que aquello era el castigo por sus pecados.

El día 16, el tiempo mejoró un poco; y en su rumbo norte-noreste, avistaron tierra. La noche del 17 transcurrió entre aflicciones y esperanzas; pero al amanecer, cuando sus ojos ansiosos ya no divisaron la costa, decidieron botar la falúa al mar. Inmediatamente, todos se precipitaron a bordo, aún suspendida por sus aparejos. El ansia de vivir les enloqueció; y Dom Paulo, de pie en la falúa con su espada y daga, la defendió, abatiendo a los invasores como si les atacaran. Su abatimiento, su debilidad, su desesperación, se desvanecieron, barridas por la necesidad. Repelidos los hombres, la falúa fue arriada y posada en el mar. Entonces, remando desde la popa, acogió a bordo a los hidalgos, a sus esposas y a los frailes; para los restantes desdichados, el barco había de ser su tumba. Con el balanceo del barco y la fuerza de las olas, la embarcación amenazaba con partirse por el costado en cualquier momento; y las mujeres fueron bajadas, colgadas de cuerdas de redes y telas, hasta el mar, donde las recogían.

Los que iban en la falúa gritaban desesperados por irse, porque estaba sobrecargada y amenazaba con hundirse; los que estaban en el barco gesticulaban, exigiendo furiosamente que les salvaran. Una esclava, con el hijo de su ama en brazos, se lo mostraba desde la borda a la madre, y exigía que la salvaran a ella si querían salvar al niño de la muerte. Y los marineros maldecían, a gritos y con frases insultantes y obscenas, a D. Paulo y a los hidalgos por abandonarlos cruelmente a una muerte miserable. El naufragio del barco *Santiago*, en el banco de arena de Judía, había sido más grave, y todos se habían salvado en balsas. ¡Que los hidalgos, malditos, no debían abandonar a los desdichados, pensando sólo en ellos mismos! Había tiempo para hacer una balsa, en la que todos irían guiados por la barca.

En medio de aquella desesperación infernal y de la explosión de feroz egoísmo, sólo hubo un héroe: un fraile que no abandonó el barco sin haber confesado a todos los condenados. Una vez absueltos, se arrojó al mar y nadó para aferrarse a la falúa que se alejaba peligrosamente: su hábito lo salvó, porque los que estaban en la barca no se atrevieron a rechazar al sacerdote, como sí lo hicieron a golpes con los que se acercaban nadando. Ante la muerte inminente, se abstuvieron de matar a un sacerdote.

Durante aquella noche de angustia, la falúa fue a la deriva sobre las olas: los remos no podían vencer la fuerza del oleaje, y el viento la empujaba mar adentro. La carga era demasiado pesada, y al darse cuenta de ello, arrojaron a seis hombres por la borda; luego a otros seis, quedando un total de 98 de los 110.

Otros tantos quedaban a bordo del barco. Condenados a una muerte inevitable, tras haberse confesado y haber sido absueltos, se resignaron. Incluso habían formado dos balsas, que el mar pronto engulló; y después, resolvieron unánimemente morir en paz con Dios. Las que estaban en la barca vieron en la oscuridad de la noche la luz de las velas encendidas sobre el retablo de Nuestra Señora del castillo de popa, ante el cual, postradas de rodillas, con el cabello revuelto, las esclavas rezaban llorando. Los hombres formaban procesiones en la cubierta, cantando letanías e himnos. Por la mañana vieron la falúa tan cerca que aún les suplicaron que les salvaran, con voces tan profundas y piadosas que inspiraban miedo y terror.

Finalmente, entre un clamor de gritos y una columna de humo, el barco se hundió; en lo alto de la quilla de popa, la esclava, con el niño en brazos, se lo mostró a la desolada madre, que permanecía en la falúa. El barco se hundió, sepultando con él a los hombres, a las mujeres y «las cosas de la India, adquiridas por medios que solo Dios conoce».

* * *

El viaje a la India no terminó aquí. El imperio se hundió; pero los que sobrevivieron continuaron arrastrando, a lo largo de la costa arenosa, una vida de miseria y ruina...

La falúa arribó a 27° 20' sur, en la tierra que los cafres llaman Macomata, Zululandia. Desembarcaron los supervivientes del barco de las Indias; y se descubrió que llevaban 5 mosquetes, 5 espadas y un barril de pólvora. Eran 98 en total. Con los remos fabricaron lanzas, armadas con el hierro de las barrenas de los carpinteros. Formaron una columna y caminaron por la costa hacia Lourenço Marques.

Un fraile encabezaba la marcha con una cruz en alto; luego venía Dom Paulo de Lima con la mitad de los hombres y las armas, y al final iba el capitán con el resto; entre ellos iban las mujeres, algunas de pie, otras en literas llevadas por marineros y grumetes, improvisadas con los remos y las velas del barco. Tras la columna venían bandas de cafres, con quienes a veces tenían que luchar, huyendo rodando por el suelo y arrastrándose como monos saltarines. Dormían en la arena al raso; comían lo que cazaban, principalmente cangrejos de la playa; tenían los pies hinchados y cubiertos de llagas: ¡tal miseria había caído sobre el antiguo imperio con el que habían vagado por la India, Arabia y Djohor, en Malaca!

A 26° 30' de latitud, encontraron los restos de las balsas del *Santiago*: un destino común aguardaba a todos los que regresaban de la India; y estas calamidades eran las de la nación que se había embarcado en masa y que ahora también naufragaba en masa. «Estas desgracias y otras — dice el cronista— que se ven a diario en esta ruta a la India, podrían servir de lección a los hombres, especialmente a los capitanes de las fortalezas, para que se moderen en ellas con lo que Dios les concede y dejen vivir a los pobres.»

Los náufragos, miserables y hambrientos, buscaron refugio en Manhica, encontrando en los cafres la protección y el afecto que ellos habían negado a los habitantes del Oriente. Se dispersaron en diversas direcciones, algunos por mar hasta Inhambane; y en la isla de Ínhaca, Dom Paulo «cayó en la cama, o mejor dicho, en el suelo», y murió...

Sin embargo, no fueron sólo las olas las que, castigando el desorden y la codicia, engulleron los barcos podridos y sobrecargados; también fueron nuestros enemigos, que recorrían los mares de la India, quienes se apoderaron de los barcos portugueses, tal como nosotros una vez nos habíamos apoderado de los de los árabes y egipcios.

Cornelio Honteman, perseguido por la Inquisición portuguesa, se trasladó a Ámsterdam y publicó todo lo que sabía sobre los viajes a la India, incitando a los holandeses con la perspectiva de grandes beneficios. En 1595, la primera flota holandesa que dobló el Cabo de Buena Esperanza partió de Texel; y ya en 1591, los ingleses habían realizado un viaje a la India. En 1602 se fundó la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales: fue en el primer cuarto del siglo XVII cuando cayó el imperio portugués.

Todo se desmoronó de forma rápida y sencilla. Se perdieron flotas enteras; y tantas desgracias quebrantaron el espíritu de antaño, hasta el punto de que la cobardía se volvió tan común como lo habían sido antaño la audacia y la valentía. Entre otros casos, está la historia de una pequeña goleta holandesa que capturó un galeón con doble artillería y tripulación completa. En 1591 y 1592, de los 22 grandes navíos que partieron de la India, solo dos llegaron al río Tajo, pero a causa de que iban vacíos por su antigüedad. Tanto a la ida como a la vuelta, cruceros enemigos acecharon nuestras flotas; y la destrucción del poderío marítimo portugués garantizó, para siempre, la destrucción definitiva del imperio oriental.

Nuestro temerario viaje, sin pilotos expertos, terminó en un breve naufragio; y los mares que, en el siglo XV conquistamos con tanta audacia, se vengaron de nuestra osadía en el XVI. Habíamos surcado las nubes del Mar Tenebroso; pero, más allá de sus confines, nos perdimos en el seno de las nieblas pronosticadas por los geógrafos árabes, en el seno de la oscuridad de nuestra maldad. La naturaleza ofendida nos castigó con la muerte; y el destino implacable nos pagó por todos los males con los que habíamos afligido a nuestro prójimo.

LIBRO V. LA CATÁSTROFE (Casa de Avís: 1500-1580)

«Corre sin vela ni timón
El tiempo desordenado
Por un fuerte viento impulsado.»
Camoões, Redondilhas: O Tempo.

I. LA CORTE DE D. MANUEL I

La conquista de la India llenó de ambición el espíritu ostentoso del rey D. Manuel: también deseaba figurar entre los principales soberanos de Europa e intervenir de forma notoria en la política internacional; para ello, decidió enviar una embajada a Roma tan suntuosa que deslumbraría al mundo. Al *Salomón* papal, enviaba el emperador de *Saba* un tributo de cortesía que, a la vez, era un escudo de pretensiones. Menos de cuatro siglos habían transcurrido para que el rey de Portugal, el antiguo y humilde vasallo de la Iglesia, se presentara hoy, no a los pies, sino ante el trono papal, ostentando el deslumbrante manto de un imperio tachonado con las coronas de Oriente.

El rey de Portugal quería que el Concilio de Letrán continuara reformando los abusos de la Iglesia: «Desde la época del papa Alejandro VI, había habido mucha laxitud en la corte romana, y se daba licencia encubiertamente a todo tipo de vicios, de modo que los grandes pecados se consideraban veniales», dice Goes²⁰. Continúa: «Amonestar al Papa y pedirle que pusiera orden en la vida disoluta y las costumbres, así como en la emisión de bulas breves y otros asuntos que se discutían en la corte romana, que escandalizaban a toda la cristiandad»; esta fue la razón de una embajada anterior y también de la ostentosa misión actual. Sin embargo, también deseaba que se formara una liga contra los turcos entre los príncipes cristianos; también quería que el clero portugués contribuyera con una colecta para los gastos de la India; y que el patronazgo de todas las iglesias de Oriente permaneciera en manos de la Orden de Cristo, cuyo señorío estaba en manos de la corona portuguesa. Sobre todo, el rey quería mostrar al mundo su valía y su poder, haciendo alarde de su riqueza en Roma, donde su embajador tuvo que pagar precios exorbitantes por todo, excepto por los mártires: Miguel da Silva anunció la oferta de una canonización gratuita.

La embajada, encomendada a Tristão da Cunha, partió de Lisboa en enero (1514) y fue recibida en Roma en marzo. Fue una magnífica procesión, y el espectacular esplendor del rey portugués logró deslumbrar a la corte de León X, donde se congregaban las figuras más destacadas de la civilización europea.

Primero, trescientos caballos cubiertos con mantos de brocado con flecos dorados, y llevados por la rienda por otros tantos acemileros engalanados con seda, partieron de la Porta del Popolo. A continuación, llegó la multitud de sirvientes; y tras ellos, los portugueses residentes en Roma, tanto civiles como eclesiásticos. Después, llegaron los familiares de los embajadores, ostentando el fasto

20 El gran humanista portugués Damião de Góis o de Goes (1502-1574).—Nota del editor digital.

de la época: sombreros con plumas bordados con perlas y cuentas, gruesos collares y cadenas de oro tachonadas de piedras preciosas, armas con incrustaciones y de un gusto exquisito, sedas, terciopelos, encajes, anillos; montando caballos pura sangre, adornados con cintas y finas joyas. Había más de cincuenta hidalgos; y tras el brillante escuadrón se podía ver, primero, una compañía de ballesteros a caballo, y luego a los funcionarios de la casa papal, con su guardia de honor de arqueros suizos y lanceros griegos, a pie.

A caballo, los músicos de la embajada portuguesa y del Papa, reunidos, abrían la segunda parte de la procesión, más singular, encabezada por el heraldo del rey, Nicolau de Faria, que montaba un caballo cuyo arnés estaba esmaltado con oro y tachonado de perlas.

Un elefante, adornado con preciosas cintas, portaba en su torre el cofre que contenía el pontifical ofrecido por el rey Manuel al Papa; un *nayre* de la India, ataviado con sus ropas de seda, guiaba al dócil animal, «tan hermoso, aunque muy feo, que era un placer contemplarlo.» Tras el elefante, en las ancas de un caballo persa montado por un cazador de Ormuz, yacía un jaguar domesticado. Estos animales, otros dos leopardos encerrados en jaulas conducidas por carros, y el magnífico pontifical, fueron los regalos que el rey envió al Papa desde sus dominios orientales. El rinoceronte, destinado a representar a África, murió en el viaje, pero posteriormente fue disecado y llevado a Roma; sin embargo, las toneladas de clavo, pimienta, canela, jengibre y chiles, que eran la carga del barco que naufragó en Génova, no llegaron a su destino.

Tras los regalos, la embajada deslumbraba con su despliegue de riqueza. A García de Rezende, el secretario, le seguía el rey de armas de Portugal, con su escudo, y los asistentes del Papa, que precedían a los embajadores. Tristão da Cunha a caballo, «tan apuesto y tan imponente con su sombrero de perlas que cautivaba a todos con su gentil gracia», se situó entre el duque de Bari y el gobernador de Roma; Diogo Pacheco entre el obispo de Nicosia y el embajador alemán, el conde Alberto Caspio; y João de Faria entre el obispo de Nápoles y el sabio Guillaume Budeo, embajador del rey de Francia. A continuación, marchaban en columna, por parejas, los embajadores de Castilla e Inglaterra, Polonia, Venecia y Milán, Lucca y Bolonia, cada uno con su obispo al lado.

Hacia dieciocho siglos, desde Pirro, que Italia no contemplaba un elefante, y la asombrosa noticia, que se extendió por toda la península, atrajo a gentes de todas partes. Algunos llevaban meses en Roma esperando el gran día, y oleadas de personas se extendían ansiosamente por las calles: «No puedo decirles por dónde vine, porque no vi más que gente, siempre gente». El día amaneció lluvioso, pero luego escampó, y en las calles, en los andenes, en los tejados, en los balcones, por todas partes, la multitud se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Un buen tercio de la población de Roma, unas treinta mil personas, recorrió las calles para ver la procesión; y al bullicio, los vítores y las exclamaciones del pueblo, se sumaron el estruendo de las salvas de artillería y el tañido metálico de las campanas de todas las iglesias, que repicaban y resonaban con furia. Cuando la procesión llegó frente al castillo de Sant'Angelo, el Papa, con sus cardenales, apareció en el balcón para recibirla; y el elefante, mojando su trompa, como un hisopo, en una palangana de agua perfumada, la roció tres veces, primero al Papa, luego al pueblo. ¡Una ceremonia singular, un sacerdote extravagante!

Roma prefería las esencias de Oriente al agua bendita de las virtudes místicas; y un elefante de Ceilán valía mucho más, para su curiosidad naturalista, que el acólito fúnebre a la entrada de la oscura nave del templo cristiano. La Iglesia triunfante fue aclamada en el balcón de Sant'Angelo.

Es cierto que el rey Manuel pidió, o fingió exigir, que se reformaran los abusos del clero, que se mejoraran las costumbres, e instó a Gil Vicente a hacerlo:

*Feirai o carão que trazeis dourado
ó presidentes do crucificado
lembrai-vos da vida dos santos pastores
do tempo passado*

Pero si León X, el magnífico papa, no quisiera escucharlo, no cabe duda de que el esplendor de la embajada reflejaba más el amor pagano a la vida que el fervor místico de la pobreza virtuosa, de la humilde caridad del cristianismo legendario.

El rey no tuvo más éxito en su intento de intervenir en las disputas internacionales europeas, proponiendo una liga contra los turcos y defendiendo la quimérica idea de la Edad Media, a la que el misticismo español se abrazaba. Sin embargo, el rey tenía un motivo egoísta, pues derrocar al sultán en Europa significaba liberar a su India de las flotas de los rumíes de Egipto. Nadie en Europa odiaba ya a los turcos; y el rey Manuel podía alardear de riquezas orientales, pero no podía imponer su voluntad a Italia, Francia o Alemania, como sí lo hizo más tarde Carlos V, el gran emperador. «Ni se convocó el Concilio, ni se reformaron los asuntos de la Iglesia, ni se libró la guerra contra los turcos».

La embajada habría sido tan sólo como un magnífico espectáculo, un deslumbrante despliegue de riqueza oriental, una estéril demostración de la vanidad portuguesa, si el Papa no hubiera accedido a las demás exigencias de la corona. El patrocinio solicitado para la Orden de Cristo se obtuvo fácilmente; se aseguró la recaudación de los tercios de las rentas eclesiásticas; y, además, la Cruzada, cuyo anuncio provocó, y en cuya ejecución, según Damião de Goes, «debido a la mala planificación, la negligencia y la excesiva tiranía de sus funcionarios, el reino se vio gravemente afligido, y sobre todo el pueblo llano, al que se le obligaba a tomar las bulas, juradas por un tiempo determinado, al cabo del cual, si no pagaban, sus muebles y enseres domésticos se vendían públicamente en subasta por mucho menos de su valor: por tal inhumanidad la mayoría de los ejecutores de esta cruzada tuvieron un final trágico.»

Ciertamente, no fue repitiendo en casa lo que ya estaba provocando ira e indignación en Europa como el rey pudo obligar al papa a reformar la Iglesia; más bien, la venta de las bulas trajo a Portugal el fermento de una protesta que, ciertamente, el espíritu de la nación no podía permitir que fermentara.

* * *

Las cuestiones religiosas, consensuadas en Europa, adquirieron un carácter particular en Portugal. En la Península, la constitución definitiva del poder monárquico —obra en la que el rey Manuel I trabajó con diligencia²¹— otorgaba a las naciones una cohesión orgánica, suficiente para

21 En la serie de fenómenos que caracterizan la política centralizadora, iniciada por D. Juan II y continuada por D. Manuel, la supresión de las convocatorias de las cortes nacionales es primordial. Esta institución, cuyos orígenes e historia el lector conoce (véase *Hist. de civil. ibérica* (2.^a ed.), pp. 48-51 y 152-159), existió de forma más o menos regular durante la primera dinastía; pero su época dorada se sitúa en la primera mitad del reinado de los monarcas de Avís (Juan I, el rey Duarte y Alfonso V; 1385-1478). La nueva dinastía, nacida de un movimiento popular, era hija legítima de la nación; y las cortes, donde estaba representada, colaboraban permanentemente con los reyes en el gobierno del Estado: la frecuencia de sus reuniones, la contundencia de sus reivindicaciones y la diversidad de lugares donde se reunían demuestran la generalidad y constancia de su actividad. Los precedentes de los dos reinados anteriores y los créditos adquiridos llevaron a la asamblea de 1438 a decidir la celebración de reuniones anuales ordinarias; y si tal cosa hubiera prevalecido, los tribunales se habrían convertido entre nosotros en un verdadero poder legislativo, al estilo moderno. Sin embargo, no prevaleció; y la situación, al alterar las nociones vigentes sobre el origen del poder político, determinó la decadencia gradual de los tribunales, hasta el punto de reunirse únicamente para recibir juramentos y confirmar la posesión de la corona por parte de los reyes.

Aquí está el catálogo de cortes nacionales durante la segunda dinastía:

Reinado de D. Juan I.—1385, Coímbra.—1387, Oporto, Coímbra, Braga.—1389, Lisboa.—1390, Coímbra.—1391, Évora, Viseu y Lisboa.—1394-95, Coímbra.—1398, Oporto, Coímbra.—1400, Coímbra.—1401, Guimarães.—1404, Lisboa.—1406, Santarém.—1408, Évora.—1410, 1412, 1414, Lisboa.—1416, Estremoz.—1417, Lisboa.—1418, Santarém.—1427, Lisboa.—1430, Santarém.

Reinado de D. Duarte.—1434, Leiria y Santarém.—1435, Évora y Leiria.

Reinado de D. Alfonso V.—1438, Torres-novas.—1439, Lisboa.—1441, Torresvedras.—1442, 1444, Évora.—1446, Lisboa.—1451, Santarém y Lisboa.—1455, 1456, 1459, Lisboa.—1460, Évora.—1465, Guarda.—1468, Santarém.—1471, Lisboa.—1472, 1473, Coímbra, Évora.—1475, Évora, Arronches.—1476, Lisboa.—1477, Monte-mor-o-novo.—1478, Lisboa.

Reinado de D. Juan II.—1481, 1482, Évora, Alvito.—1483, Santarém.—1490, Évora.

prevenir las revoluciones anárquicas de Francia y Alemania, a cuya sombra floreció el protestantismo; y esta circunstancia favoreció las tendencias evidentemente católicas del espíritu colectivo. Por otro lado, la cuestión judía complicó los problemas de la reforma religiosa, fortaleciendo la ortodoxia; porque el pueblo, si bien se oponía a estos herejes, de otra índole, ciertamente, encontró en ello otra razón más para condenar toda clase de herejía.

A estas causas debemos añadir el fervor religioso de la corte castellana, a la que el rey D. Manuel, sin compartirlo, servía con la esperanza de heredar aquel codiciado trono, y la influencia que los afortunados acontecimientos ultramarinos ejercían sobre el espíritu de todos. ¿Cómo podía Dios condenar la sabiduría de hombres a quienes la Providencia recompensaba a diario y de forma sin precedentes? El cielo se abría en milagros: ¿y acaso iba a protestar la nación favorecida por ellos? Jamás. Entre las peticiones generales de reforma de la Iglesia, formuladas por Gil Vicente en sus obras, por Damião de Goes, amigo de los humanistas, por todos y por el propio rey; entre estas peticiones y la protesta religiosa de los alemanes, existe una distancia no siempre bien medida. ¿Y cómo podía protestar Portugal si, para que estallaran las revoluciones, fueran religiosas o políticas, era indispensable el aguijón de la miseria? Y el reinado de D. Manuel veía abrirse delante suyo el tesoro de Oriente, que parecía inagotable.

D. Juan II había acogido en Portugal a muchos judíos expulsados de Castilla, y D. Manuel los había protegido hasta el día de su boda. La expulsión de los judíos era el precio con el que pensó adquirir el imperio peninsular. Inconsecuente y dubitativo en sus políticas, oscilando entre el sentido común y la ambición, ora obedeciendo a sus propias opiniones, ora influenciado por el clamor popular, el rey se hizo culpable de las masacres que, a principios de siglo, bañaron de sangre tantas tierras, y sobre todo, Lisboa en 1506. El odio a los judíos era tradicional en toda España: Portugal no fue una excepción. Ya en el siglo XIV, los tribunales pidieron al rey D. Pedro (1361) que no permitiera a los judíos de su reino usurpar propiedades, exigiendo que «se les dieran lugares adecuados para vivir y que esto mismo se aplicara a los moros». D. Juan II había acogido a los expulsados de Castilla, pero los tribunales seguían exigiendo leyes excepcionales para aquellos que, según decían, contaminaban al pueblo: que no vistieran ropas lujosas, sino sólo la indumentaria por la que eran conocidos (1482); que no fueran arrendatarios de rentas reales, ni ocuparan cargos públicos, ni fueran administradores de nadie (1490). El pueblo, para quien los asesinos de Cristo eran unos réprobos, temía en ellos la astucia y las artimañas con las que, enriqueciéndose, acarreaban la desgracia a los trabajadores. Esta vieja cuestión estaba llegando a un punto crítico.

Un día, el rey D. Manuel asumió el papel de Herodes y, como un sátrapa, ordenó que todos los niños menores de catorce años fueran separados de sus padres y bautizados, «una obra que no sólo causó gran terror, mezclado con muchas lágrimas, dolor y tristeza entre los judíos, sino también gran asombro y admiración entre los cristianos». Al mismo tiempo, en poco tiempo, los judíos tuvieron que bautizarse o embarcarse en navíos que se les negaban. Fue un desastre, una aflicción desoladora, y Lisboa semejava la Babilonia con la muchedumbre de los elegidos de Jehová cautivos. Los delatores recorrían las calles, husmeando en las casas en busca de niños. Las madres apretaban a sus hijos contra su seno, huían entre gritos y caían desgreñadas, sollozando. Algunas preferían ahogar a los inocentes, arrojándolos desde sus brazos al fondo de pozos o al río. Y la desolación era tan grande que incluso los cristianos daban refugio a los desdichados perseguidos.

Por otro lado, en Lisboa, adonde habían acudido judíos de todo el reino para embarcarse, las tierras de ribera parecían un antiguo campamento. Alojados en barracas, veinte mil judíos esperaban los barcos para embarcarse, contando las horas hasta su redención. El tiempo transcurrió sin que

Reinado de D. Manuel.—1495, Monte-mor-o-novo.—1498, Évora, Lisboa.—1499, 1502, Lisboa.

Reinado de D. Juan III.—1525, Torres-novas.—1535, Évora.—1544, Almeirim.

Reinado de D. Sebastián.—1562, 1563, Lisboa.

Reinado de D. Enrique.—1579, Lisboa.—1580, Almeirim.

Para otras razones del establecimiento del poder absoluto de los monarcas, véase *Hist. civil. ibérica*, lib. III, 3-4.

llegaran los barcos; por lo tanto, fueron convertidos a la fuerza, pues los remisos permanecían cautivos. Este bautismo forzado, causa de tantas desgracias posteriores, revela la dudosa y falsa política de un gobierno que carecía del coraje de los castellanos, habiendo perdido el sentido común y la humanidad de antaño. Inhumanos, estos actos fueron a la vez cobardes, pues el cronista afirma abiertamente que se hizo esto a los judíos porque eran parias, sin rey ni tierra, y no se podía hacer lo mismo a los musulmanes por temor a represalias de los soberanos musulmanes.

Así se originó la crisis que tuvo su primer episodio trágico en el año 1506.

Las hambrunas de los años precedentes, la peste que había asolado la región el otoño anterior y que ya se cobraba más de cien vidas al día en primavera, sumían en la aflicción a los habitantes de la capital, que buscaban una explicación para tales desgracias. El rey Manuel había huido de la peste a Évora. El terrible castigo que la ira divina imponía sin piedad no podía tener otra razón que la protección criminal concedida a los judíos. Bautizados pero no convertidos, eran una blasfemia viviente e impune; y todos sus actos religiosos, sacrilegios. Dios, sin duda, se ofendía; y por lo tanto, era castigado sin misericordia. ¡Y los pobres sufrían tales miserias por culpa de esos malditos que insultaban a Dios dentro de su templo sagrado, fingiendo rezar y comulgar! ¿Acaso eran meras acusaciones vagas y místicas? No, no lo eran. El bautismo forzado de los judíos agravó aún más la situación económica. «Después de que se les dio el nombre de cristianos —dice Damião de Goes—, pudieron dedicarse a muchas cosas que antes les estaban expresamente prohibidas por el derecho canónico, como alquilar propiedades de la iglesia o algún producto nuevo, lo que significó que no hubo escasez de provisiones hasta que comenzaron a dedicarse a tales cuestiones, lo que provocó que subiera el precio de los productos locales.»

El 15 de abril tuvo lugar una procesión, con muchos votos y lágrimas, pidiendo el cese del castigo; y cada noche, en Santo Domingo, se celebraban oraciones públicas. El 19, Domingo de Pascua, ocurrió un milagro: la custodia del lado del Señor apareció iluminada; pero un hereje se atrevió a reírse, diciendo que un palo seco no podía obrar milagros. Esto enfureció a todos, y el tumulto comenzó con un incendio. El impío fue arrastrado por el cabello fuera de la iglesia, y allí mismo fue asesinado y arrojado a una hoguera.

Los mercaderes de los arcos de Rocío, desde Bitesga hasta Santo Domingos, cerraron sus tiendas —donde vendían telas holandesas, lino indio, encajes, trenzas, flecos y adornos— y llegaron en persona, con sus esclavos negros y moros, para engrosar la turba. La multitud corrió bajo esa arquera, que bordeaba el Rocío por el este, incluyendo el Hospital y el dormitorio del Convento de Santo Domingo, congregándose a las puertas de la iglesia, donde el murmullo era grande, y un fraile, crucifijo en mano, predicaba, exaltando el fervor religioso de la multitud.

Las mujeres se agitaban con furia, profiriendo obscenidades y palabrotas, mezcladas con expresiones de refinada devoción y fervoroso celo. Incitaban a los hombres a la matanza; y, desde el púlpito, el fraile, oráculo celestial, definía con palabras los sentimientos de la multitud. ¡Los judíos eran la causa del hambre, eran la causa de la peste! Con cruces en alto, los frailes salían de la iglesia gritando: ¡*Herejía!* ¡*Herejía!*!, incitando al pueblo a la matanza.

Ya se había derramado sangre, el fuego crepitaba; y el carmesí y los primeros gritos de los moribundos exacerbaban, como un toro, la furia de la multitud, incitada por los sermones de los desenfrenados frailes. Se desató la tormenta, la ira acumulada durante siglos estalló en una hora. Las hogueras crecieron en el Rocío y la Ribeira; y bandas recorrían la ciudad en busca de los judíos ocultos, asaltando casas. Los traían en grupos de quince o veinte, atados, heridos, escupidos, medio muertos; y los arrojaban, amontonados, a las hogueras. Las llamas crepitaban, y los gritos de los moribundos se oían entre el clamor de la multitud. Las campanas repicaban, llamando a los fieles a la matanza. Se veía a hombres desnudándose, para demostrar que, al no estar circuncidados, no podían ser judíos; porque la furia de la multitud ya los impulsaba a quemarlo todo en una hoguera para purificar el aire pestilente. Además, en medio del caos proliferaron las venganzas personales y los robos.

Los desdichados fueron quemados tras ser asesinados; y eran asesinados porque se negaban a dejarse robar. Las tripulaciones de los barcos del río Tajo se lanzaron al saqueo de Lisboa: había más de quinientos marineros flamencos y de otras nacionalidades; y en la ola de robos y matanzas, gente de toda nación y raza asaltaba casas, violaba mujeres y provocaba incendios. El primer día, domingo, no escasearon las víctimas: quinientos fueron asesinados. Para el lunes, ya había mil quinientos dedicándose a la matanza. Las autoridades habían huido, el pueblo se había escondido, los judíos tapiaban sus puertas, y mientras los esclavos acarreaban leña para las hogueras, los bandidos asaltaban las casas con escalas y armas. Arrebataban a los niños de los brazos de sus madres desesperadas y, agarrándolos por los pies, les aplastaban los cráneos contra las paredes. La sangre goteaba de las casas, bajando a borbotones por las escaleras y formando charcos en las calles. Había un nauseabundo olor a carne quemada, risas feroces en los rostros de la gente torva y miradas terribles en los rostros pálidos de los frailes que predicaban en las esquinas. Los desdichados corrían a las iglesias, perseguidos, arrastrándose ante los altares, abrazando a los santos y los sagrarios, y de allí eran arrastrados a la hoguera por los secuaces. El lunes, más de mil fueron asesinados. El martes, la furia amainó «porque ya no encontraban a nadie a quien matar». La orgía duró tres días y dos noches; y al final, se contaron más de trescientas personas quemadas, más de dos mil muertas, y se desconoce cuántas mujeres, llorando amargamente por su viudez, su orfandad, su miseria, su deshonra.

El rey acudió con tropas, abrió una investigación y ahorcó a muchas personas; entre ellas, frailes. Los marineros zarparon en sus barcos con las mercancías robadas, con sus manos ensangrentadas; las horcas se alzaban en las esquinas; los dos frailes instigadores acabaron en la hoguera, y Lisboa, por su debilidad, fue despojada de sus privilegios. El rey castigó lo que no había podido evitar; y, persistiendo en su indiferencia, o en su debilidad, hizo que las escenas de Lisboa se reprodujeran periódicamente por todo el reino.

* * *

Los *fumos* procedentes de la India, como decía Alfonso de Albuquerque, hacían que la corte sólo pensara en enriquecerse y divertirse. Estas lamentables cuestiones judías importaban poco cuando llegaban a diario valiosos envíos y noticias de estupendas victorias desde Oriente. Si León X tildaba las noticias de Alemania de «envidias frailescas», el César de Lisboa contemplaba con el desdén de la opulencia las miserables disputas de los plebeyos. Meditaba sobre la embajada a Roma, para asombrar al mundo; y calculaba las proporciones de su imperio cuando uniera Portugal, Castilla y las Indias Orientales con las de Occidente. Alfonso de Albuquerque le había traído el elefante y el caballo persa con su cazador de Ormuz, el jaguar y los leopardos, que pensaba enviar al Papa.

Ocupado en calcular las ganancias que le proporcionaba su hacienda india, comerciante y apasionado por los objetos valiosos como un Medici, el rey Manuel trataba a sus capitanes como agentes; y con la estrechez de miras de un hombre de negocios, escuchaba todas las intrigas y usaba su poder como rey para satisfacer sus caprichos. Injusto e ingrato, era mezquino y cruel: Goes habla de cómo enfrentaba a los unos contra los otros. D. Francisco de Almeida escribió desde la India al rey: «Si cada día tenemos que aplicar aquí una nueva invención, trazada sin conocimiento sobre lo que ocurre aquí, lo perderemos todo en poco tiempo.»

El rey deseaba ser absoluto en ultramar, como lo era en Portugal, desde que había consolidado en sí mismo todas las soberanías de la Edad Media, unificando la legislación, reformando los estatutos y dando continuidad a la obra de su predecesor, el cual, sin embargo, había tenido en gran estima a los retóricos Diogo Sigêo y Cataldo el Sículo, a quienes había obsequiado con muchos ropajes de seda; había sido un estadista, y sus acciones obedecían los planes previos. D. Manuel era en cambio un ser mediocre, para quien gobernar era una satisfacción y un placer tan mezquino e innoble como los de un sibarita opulento cuya vida, sin ser una orgía, era simplemente un deleite, y reinar, en lugar de un cargo espinoso, una mera satisfacción de gustos delicados. La corte

portuguesa de entonces era un paraíso de placeres efímeros: la vida se inspiraba en las cortes italianas, salvo por los excesos a cargo de las dagas y el veneno. El palacio era un teatro; el rey comía, dormía y escuchaba a sus consejeros debatir asuntos públicos al son de música constante. De todas partes de Europa llegaban cantantes y músicos excepcionales con quienes mantenía grandes disputas; tenía bandas de chirimías, sacabuches, cornetas y arpas, panderetas y rebecas, tambores y trompetas; tenía músicos moriscos que cantaban y tocaban laúdes y panderetas. Mientras cenaba, los jóvenes nobles del palacio bailaban, y los bufones castellanos proferían disparates intencionados, como buenos *locos*. Rara vez pasaba una noche sin jolgorio; había bailes y conciertos; había preciosas fiestas donde el rey leía solemnemente las crónicas de sus mayores, viéndose a sí mismo completamente en su gloria; o contemplaba las pedantes disputas de la élite literaria de la corte, la infanta Doña María, Anna Vaz, los Sigêas y los Hortensias; o escuchaba las obras de teatro en las que Gil Vicente, disparando contra el clero, era aplaudido por la corte humanista, aún no inspirada por el misticismo fúnebre de D. Juan III.

Estos defectos del rey hacían que no pudiese dotar a su dominio de Oriente con el carácter de un imperio, recurriendo en cambio al comercio por cuenta propia, como los oligarcas de la república en Cartago, y ahora, en Venecia, los dogos mercaderes. Conservaba para sí el monopolio de ciertos productos de exportación; y, en cuanto a las importaciones, la pimienta era su privilegio. Brasil y África seguían aportando poco o nada al Tesoro, pero la India se encontraba en plena temporada de ingresos. Tan solo la pimienta que llegaba cada año se estimaba en veinte mil quintales, produciendo a lo sumo un millón de cruzados; además, estaban los ingresos del Estado y, para la nación, las ganancias de un comercio próspero. Y en cuanto a la metrópoli, los ingresos bien constituidos, libres de todo gasto, alcanzaban los doscientos millones. García de Rezende dice que vemos en el reino

Los ingresos han crecido tanto
que ahora vemos que genera
doscientos millones de reales,
sin incluir India y Mina.

Lisboa crecía en riqueza y población; el río Tajo rebosaba de barcos de todas las naciones, que traían y se llevaban productos de todo el mundo. Los comerciantes que especulaban con los envíos asiáticos,

Vendieron todo junto en un solo día
drogas, especias,
setecientos mil cruzados.

Damião de Goes cuenta que a menudo «veía mercaderes en la lonja de la India con sacos llenos de oro y plata para pagar sus deudas; los funcionarios les decían que regresaran al día siguiente, pues no había tiempo para contarlos.» El comercio con Oriente se realizaba libremente por mar; o con los nativos, bajo la protección de los sultanes; o mediante contratos (método que luego adoptaron los holandeses) con los soberanos locales: este fue el sistema adoptado en la costa de Malabar, en Kananor, en Katschhi y en Kollam, así como en la isla de Ceilán.

A pesar de los disturbios y las plagas²², Lisboa contaba con más de cien mil habitantes, gracias a la abundante inmigración, tanto interna como externa. De trazado irregular y calles sinuosas, tan estrechas que a menudo los carros empujaban a los transeúntes contra las paredes, la ciudad tenía en la Rua Nova dos Ferros una arteria que era a la vez el corazón de su vida comercial y de su vida más ostentosa. Contaba con una veintena de almacenes de paños, treinta de sedas y otros tejidos,

²² Cataclismos de todo tipo, incluidos terremotos, hacen de Lisboa una ciudad cuya población se ha renovado sucesivamente, nutrida por la inmigración de las provincias y del extranjero. No existe una tipología fija en este tipo de ciudades; por lo tanto, a pesar de los miles de negros que, después de los judíos, se mezclaron con la población, sería un error atribuir importancia organizativa a cualquiera de estos elementos para determinar la fisonomía de la población en cualquier época posterior.

trece de ultramarinos y especias, nueve boticas, once librerías y más de cincuenta talleres de orfebrería y manufactura de la seda. A las puertas de los bazares de los comerciantes, tanto locales como extranjeros, se exhibían con elegantes vestiduras los opulentos mercaderes; y todas las procesiones desfilaban por esta arteria principal de la ciudad. Allí palpitaba el corazón de la capital, hecho de lujo y devoción; allí se mezclaban los variados trajes y los diversos colores de los pueblos lejanos que las conquistas trajeron a Lisboa. Mujeres negras pasaban con cestos sobre la cabeza o vendiendo agua en provecho de sus amos: había miles de ellas en Lisboa. Mendigos harapientos y nobles vestidos de seda se cruzaban entre sí. La multitud corría en una dirección, y se oía el murmullo sordo de una procesión: era el rey que venía a pasear con su séquito asiático. Iba abriendo paso un rinoceronte africano; luego, como montañas, los cinco elefantes de las caballerizas del rey, adornados con paños de brocado; después, sobre un caballo persa, el cazador con el jaguar, como en la embajada papal; finalmente, el rey y la corte, cabalgando, rodeados y seguidos por bandas de tambores y cornetas. ¿Era un rey de Europa? ¿Un rajá de la India? ¿O un soldado de Babilonia?

La deslumbrante procesión se alejaba, y por momentos la Rua Nova adquiría un aspecto oriental distinto. El Jueves Santo, la sagrada procesión se desarrollaba de noche, y en ella caminaban trescientos hermanos con túnicas negras, junto con muchos más penitentes, ochocientos, mil, que se disciplinaban, cubiertos de sangre. Se oían plegarias y gemidos clamorosos, se veían crucifijos alzados y hombres con barras de hierro al hombro, o cruces de madera o piedra, como Jesús en la Pasión. Junto a los penitentes iban quienes portaban palanganas de vino hervido para remojar a los disciplinados «para que endurezcan su carne», y mujeres con tarros de mermelada y cidra, obsequios de las damas nobles, para quienes se desmayaban en el camino. En medio de la lúgubre procesión, la tenue luz de las lámparas y las antorchas humeantes parpadeaba, y de vez en cuando, en la oscuridad de la noche, las llamas de los faroles erigidos sobre altos postes oscilaban fantásticamente en el aire.

Lisboa presentaba el doble aspecto de una orgía de mercaderes y una penitencia de faquires: afloraban las dos caras del genio casi africano de su gente; y la tragedia que se desarrollaba en Oriente tenía eco en las escenas de la capital, como en Cartago cuando los fenicios, que comerciaban por todo el Mediterráneo, adoraban a Mylitta y a Baal en sus templos.

El tiempo, corrompiendo el imperio, atrofiaría la riqueza, exacerbaría la devoción y extinguiría lo que quedaba de aquella semilla de cultura iniciada por los hijos del rey Juan I y protegida posteriormente hasta que la llegada de los jesuitas la pervirtió. El comercio reflejaba un serio movimiento intelectual. Se estimaba que los libreros vendían más de veinte mil cruzados al año; y el valor del papel recibido de Francia, Venecia y otros lugares no era menor. De toda Europa, los productos de sus diversas industrias fluían hacia Lisboa desde Venecia y Valencia, los *razos* de Florencia, las sargas de Flandes, los *marlots* de Constantinopla, las sedas de Nápoles, los terciopelos de Génova, los damascos de Lucca, las corales, el cinabrio, el alambre y los espejos de Venecia, que sólo el rey podía enviar a la India.

Todos los géneros de Europa y los productos del reino, el vino, el aceite de oliva y las telas llegaban a Lisboa para ser enviados a Oriente; pero lo que más atraía a los armadores de todas partes al Tajo, lo que atraía a los curiosos y a los ricos a los bazares de la Rua Nova, eran esas preciosas mercancías que los barcos procedentes de la India traían constantemente. Además de los cargamentos de pimienta y arroz, había especias: clavo de las Molucas, nuez moscada de Banda, jengibre de Kollam, canela de Sinhala, que se almacenaban en los vastos almacenes a orillas del río, desde donde se distribuían a barcos de todas las naciones europeas. Estas preciosas mercancías constituían un comercio de gran valor: había marfil de Guinea, en África; sedas de China y alfombras de Persia, ámbar de las islas malayas, sándalo de Timor, teca y cuero de Katschhi, índigo de Kambai, madera de Solor, cambray de Bengala; ébano, bórax, alcanfor, laca, cera y almizcle de Ormuz. Y porcelana curiosamente pintada con colores vivos sobre una loza ligera y transparente. Piedras y metales preciosos completaban, finalmente, el catálogo de productos orientales reunidos

en Lisboa. Sofala y Sumatra enviaban oro y plata; Japón y Manaar, las perlas, que también provenían de Kalckar; Pegu, los rubíes, y toda la India, los diamantes. De Ormuz llegaban caballos de Arabia y de Persia.

En la embriaguez de tales riquezas, ¿quién podría oír el grito desgarrador del judío quemado? ¿Quién se atrevería a afirmar que la nación se estaba arruinando? ¿Que el campo se estaba despoblando? ¿Que la miseria crecía? ¿Y que el rey de Portugal, tan opulento, era en realidad un pobre mendigo?

* * *

Tal era la realidad, incluso durante el reinado de Juan III. Los ingresos del Tesoro eran insuficientes para cubrir los gastos públicos; y el rey, agobiado por un enorme déficit, recurrió a sucesivos préstamos en Flandes y otros lugares, sin saber cómo pagaría los exorbitantes intereses, que agravaban cada vez más la situación de sus arcas. Ya en 1534, Juan III debía «el equivalente a cuatro años de los ingresos del reino, u ochocientos mil cruzados, en intereses sobre ventas, deudas de las casas de la India y cambios en Flandes». Tres años después, los cambios de dinero prestado con intereses en Flandes ascendían a ciento veinte mil cruzados. Para 1543, esta suma representaba casi tanto como la deuda total de nueve años antes: superaba los setecientos mil cruzados.

Era cierto que la India producía mucho, pero también consumía una cantidad inmensa. El océano engullía flotas, hundiendo millones y millones de cruzados. Nada menos que 32 barcos se habían perdido en los treinta años transcurridos desde el inicio del nuevo reinado (1521-1551). El abandono de Arzilla y otras fortalezas africanas no tuvo otra razón que la pobreza de la nación, tanto económica como humana. El rey Juan III, siguiendo la tradición humanista iniciada por los hijos del rey Juan I y deseando equiparar la educación superior con la de las naciones de Europa Central, reformó la Universidad de Coímbra, contratando profesores y dotándola generosamente de fondos; pero el reino ya no podía soportar tal carga. «Los gastos de la Universidad absorbían demasiado del tesoro real, y había quejas por el exceso de estudiantes y la falta de soldados.»

Ya se estimaba que la población del reino se había reducido a la mitad: de dos a un millón de habitantes; lo cual no era sorprendente, puesto que más de 8.000 hombres en edad de trabajar partían anualmente hacia las Indias; y la población rural disminuía, sumida en una miseria sepulcral. Sucesivas hambrunas también habían diezmando la población. No llovió en todo el año 1521, y al año siguiente la miseria asoló el reino. Lisboa estaba repleta de pobres, y la gente moría de hambre en las calles, bajo los porches de las casas. La tierra parecía de cenizas, y en lugar de surcos arados, se veían grietas y fisuras consecuencia de la desoladora sequía. Durante una semana no hubo pan: la gente comió carne y fruta. En 1535 se produjo una segunda o tercera hambruna, que el rey intentó paliar ordenando la compra de cereales en Danzig y Flandes.

Los precios ordinarios del trigo se habían triplicado, y la carne era un artículo de lujo: cada libra de trigo valía entre 8 y 10 reales, es decir, entre 240 y 300 réis al precio corriente. Una fanega de centeno costaba el equivalente a entre 300 y 400 réis; mientras que el campesino, cavando con azada todos los días, desde el amanecer hasta el atardecer, no ganaba más de la mitad. Como el trabajo no le proporcionaba alimento, mendigaba; y iba de puerta en puerta, por las casas nobles, los conventos y residencias de prelados, las encomiendas, canonjías y abadías, pidiendo comida para alimentarse. García de Rezende señala el aumento del precio del pan de la siguiente manera:

Vimos en Évora
que los panes valían
quince, veinte mil reales:
ahora los vemos venderse
por setenta mil o más.

«No hay país donde las cosas sean más caras que en Portugal», dijo el belga Cleynarts. Con un florín en Lovaina, señaló, se podía conseguir más que con un ducado aquí. La agricultura estaba

completamente abandonada, los esclavos realizaban todas las tareas domésticas y los extranjeros se encargaban de todas las industrias. Los portugueses vivían con indolencia, lujo y miseria. El belga ni siquiera podía permitirse una criada en Lisboa por 25 ducados al año; y todo el servicio doméstico lo realizaban esclavos negros y moros. Los esclavos, que sumaban diez mil, representaban una octava parte de la población de la capital; y sus dueños los trataban como ganado para la venta, como si fueran bestias. En Évora había más negros que blancos; y el belga, que venía de Salamanca, donde había tenido una casa suntuosa, al estilo de su Brabante, dijo que lo habían transportado a una ciudad infernal.

La emigración de los nativos, la incesante importación de negros procedentes de África, alteró la fisonomía de la población, y García de Rezende escribió:

Vemos en el reino
aumentar tanto los cautivos,
y marcharse tantos nativos,
que, si esto sigue así, en mi opinión,
serán más ellos que nosotros.

Las manadas de esclavas, criadas como rebaños, corrompían la moral; «y Venus —decía el belga— merece en toda España el nombre de *pública*, como en Tebas, y especialmente en Portugal, donde es raro ver a un joven contraer matrimonio legítimo.» Este desorden sin duda contribuyó al declive demográfico. El rey había otorgado a un noble el derecho exclusivo de regentar burdeles en cierta ciudad del Algarve.

La corrupción había distorsionado todas las cualidades del carácter nacional. La justicia era un mercado, tanto en el reino como en la India; y la nobleza innata, que en Portugal se había manifestado en ferocidad, era ahora un lujo impertinente y miserable. Era ostentación, ya no orgullo ingenuo. Las clases sociales estaban confusas, y la gente común despreciaba los oficios mecánicos, prefiriendo ir a la India a luchar y convertirse en hidalgos. No habría barberos, ni zapateros, ni artesanos, si no fuera por los extranjeros. Las mujeres, siempre en las calles, pavoneándose o corriendo a las iglesias en señal de devoción, no tenían más utilidad práctica, decía el belga, que la del idioma y aquello que les otorga el título de mujeres casadas.

«Si quisiera seguir la costumbre del país —añadió— traería una mula y cuatro lacayos, ayunando en casa». El estereotipo del hidalgo pobre era tan común y tan ridículo que aparecía en comedias, como se ve en las obras de Gil Vicente:

Traéis seis mozos de respeto
y les hacéis más grande la capa
como a un rey, y por gracia,
al no tener las tierras del papa,
ni los tratos de Guinea,
sino que vuestra renta disminuye
como paño de Alcobaça
.....
Todo hidalgo de raza
aunque la renta sea corta
ha de hacer eso por fuerza.

Su vanidad la pagaba el estómago:

Llega tan feliz: ¡Venga! ¡La cena!
Como si tuviera el qué.

Y el elevado coste de la vida lo reducía a pan, agua y rábanos, cuando los había en la plaza.

Toma un trozo de pan
y un rábano arrugado
y canta al moderlo:
Come, perro.

El pobre hombre, consumido por la envidia, contemplaba el lujo insultante del hombre que se había enriquecido en la India, paseando por la Rua Nova con aire oriental. Dos lacayos lo precedían, seguidos de un tercero con sombrero de plumas y hebillas de diamantes, un cuarto con capa, y, rodeando a la mula, preciosa en sus galas y relucientes, un quinto sujetaba las riendas, un sexto se dirigía al estribo que sostenía la herradura de seda, un séptimo llevaba el cepillo para espantar las moscas y barrer el polvo, y un octavo el paño de lino para secar el sudor del animal a la entrada de la iglesia, mientras el amo escuchaba la misa. Eran ocho en total, esclavos negros, vestidos con ropajes de colores adornados con oro o plata.

Si la nobleza innata y el orgullo de carácter se habían transformado en miserable vanidad, entonces la enfermedad también había penetrado en la fe. La devoción, convertida en ingenua hipocresía, y el misticismo, en embriaguez carnal, habían inflado el número de frailes y clérigos, porque ya no existía una vida plena ni provechosa.

Somos más frailes que la tierra
Innumerables en la cristiandad.

Y la plebe tonsurada acompañaba por prostíbulos y tabernas a la gente depravada e inútil:

Cura en Lumiar,
Sochantre da Mealhada
Arcipreste de Canada
Bebe sin regoldar.

Entre la aristocracia del clero, los defectos eran de otra índole. Elegantes, sabios y refinados, los altos cargos de la Iglesia se deleitaban en orgías de diversa clase. La embriaguez de un misticismo sutil los embobaba en las capillas apartadas, revestidas de seda, con lámparas de plata cincelada y Cristos de marfil blanco sobre cruces de ébano; allí, donde se escuchaban confesiones misteriosas y nobles, y se rezaba el rosario místico con ristras de perlas de Manaar, reinaba la magia. Y el terrible imperio con el que se gobernaba la ciudad cristiana, imitando el despotismo de la ciudad civil, infundía autoridad a los maestros de la Iglesia, santificando todas las crueldades y perfidias que empleaban para convertir y someter a los fieles negligentes y a los nuevos cristianos impenitentes.

El misticismo no pudo resistir la corrupción general, y si bien exteriormente se manifestó con furia, interiormente ya comenzaba a tomar forma en ese estado infantilmente senil que, más allá de la educación de los jesuitas, veremos claramente manifestarse en nuestro siglo XVIII. Desde la época de D. Juan III, ya lo decía García de Rezende, contemporáneo de la primera generación de los hombres procedentes de la India:

*Agora vemos capinhas
Muito curtos pelotinhos
Golphins e sapatinhos
Fundas pequenas, mulinhas
Gibõesinhos, barretinhos
Estreitas cabeçadinhas
Pequenas nominasinhas
Estreitinhas guarnições
E muito mais invenções
Pois que tudo são coisinhas.*

Prevalece lo insignificante, la gente se vuelve mezquina, la nación decae.

II. LA INQUISICIÓN (D. JUAN III)

La Inquisición, ardientemente deseada y solicitada por el rey Juan III al Papa, fue establecida; y si la creación del tribunal era el único medio para contener y moralizar la furia fanática de la multitud, y para evitar el sistema de asesinatos y saqueos del reinado anterior, no cabe duda de que los nervios de la nación, ya debilitados y frágiles, no podían utilizar, de manera relativamente justa, la terrible arma que se les había confiado.

Los deseos del rey y sus acólitos eran sinceros y altruistas; pero el estado moral de las clases dominantes era tal que la institución parecía corrupta desde sus inicios. Ni la tortura ni las hogueras la condenan, pues estos métodos eran comunes en el derecho penal de la época. Quienes identifican la crueldad con las costumbres de los dominicos olvidan que, antes de la Inquisición, cuando los juicios por herejía eran llevados a cabo por obispos, la crueldad era tan grande como lo fue después. En 1548, en Goa, bajo el gobierno de Martim Affonso de Souza, quien presidía con su auditor la mesa secular y, en nombre de la justicia civil, confirmaba la sentencia, el arzobispo, predecesor de los inquisidores, condenó a un acusado de herejía a morir quemado vivo, pero piadosamente consintió en que, si se retractaba, fuera ahogado.

No es la crueldad lo que condena a la Inquisición, sino el hecho de que encarnó en el Estado una función que, si bien se había ejercido de forma más o menos regular, aún no estaba consagrada en una institución específica. No innovó, sino que dio forma, unidad y sanción a procesos ya existentes. Sistematizó y constitucionalizó el uso de medios pérfidos, atacando frontalmente la humanidad, la familia, el carácter y la virtud: aplastando al hombre en lo que es noble de espíritu, en nombre de una razón de Estado trascendente. La Inquisición era una fuerza policial con autoridad judicial; y si ya nos repugnan los medios inmorales de la policía, ¿qué ocurrirá cuando esos medios sean un poder, y no un instrumento? ¿Cuando sirvan para condenar, y no solo para esclarecer y preparar, de forma indirecta y meramente preliminar, el juicio del tribunal?

Tal era el vicio orgánico de la Inquisición; y no solo de la nuestra, sino de todas aquellas instituciones nacidas del espíritu místico que, al estilo del cesarismo en el Estado, sacrificaron las garantías del individuo, quebrando todos los resortes morales que elevan al hombre en sociedad. Y de este vicio orgánico, inherente al principio mismo, surgieron las consecuencias: la cruel ferocidad y la natural vacilación de los cesarismos y misticismos. Ahora bien, pongamos en manos de una sociedad corrompida hasta la médula el arma terrible de un poder absoluto e irresponsable en sí mismo, y sin límites morales ni legales en sus medios, y podemos concebir cómo la Inquisición portuguesa, nacida en medio de tratos turbios durante tantos años, aparecía podrida desde el principio, como el miasma de una laguna infecta.

Sus procesos violaban todas las normas elementales de justicia y sentido común. Los informantes actuaban como testigos; los hijos testificaban contra sus padres, y los padres contra sus hijos; el acusado no podía comunicarse con sus abogados ni sabía quién lo acusaba; la denuncia era aplaudida y el espionaje considerado una virtud. Los familiares se infiltraban en las familias como médicos, confesores, confidentes y consejeros para obtener secretos y denunciarlos. No existía revisión ni apelación de la sentencia. En las cárceles no había detención preventiva, y los encarcelados permanecían durante meses, años, a menudo de por vida, ignorando el delito del que se les acusaba. Les tendían trampas y los traicionaban para destruirlos. Colocaban en prisión a personas sobornadas que, además, se hacían pasar por pacientes, los halagaban y se compadecían de su miseria. Así se ganaba la confianza y comenzaban a compartirse confidencias: ¡la Inquisición era un horror, una plaga! Y si el pobre infeliz aplaudía, era condenado. Para obtener confesiones de

faltas, a menudo imaginarias, los inquisidores fingían conmoverse, prometían indultos, ayudaban, seducían, hasta que el desdichado confesaba lo que había hecho o lo que no había hecho.

Este tipo de tortura solía ser más dolorosa que las demás; y los desdichados prisioneros llegaban a considerar la prisión negra un paraíso, donde no se les permitía ver, hablar, gemir ni llorar, bajo pena del látigo del verdugo. En medio de la oscuridad y el silencio absoluto, ni siquiera sabían si estaban vivos o muertos, y como idiotas, yacían inmóviles en el suelo, en el interior de sus tumbas.

Cada vez que se abría la puerta de la prisión, temblaban de miedo o con una esperanza casi extinta. Los conducían, atados, a la cámara de tortura; y mientras descendían por las tortuosas escaleras, donde sus gritos se amortiguaban, sus mentes ardían, sus ideas se confundían, ya no podían distinguir la realidad de la imaginación; empezaban a creerse monstruos, a creer todo aquello de lo que se les acusaba: que habían visto al diablo en persona, que le habían vendido sus almas, que habían destrozado un crucifijo con un hacha, etc. ¿Acaso el inquisidor, frío y fúnebre, sentado al fondo de la cámara abovedada, tenuemente iluminada por antorchas sujetas a aros de hierro en las paredes, creería en el diablo y sus apariciones? ¿Por qué no? Un loco torturaba a un idiota; y en las oscuras profundidades de una cripta, la locura de los hombres celebraba sus terribles festines.

Demonios parecían los verdugos, mudos y enmascarados, con capuchas y capas negras con agujeros para los ojos y la boca, moviéndose como autómatas preparando los instrumentos de tortura; y de entre todos ellos, quizá ni siquiera el médico, que observaba desde un lado que la vida de los pacientes no se extinguiera del todo, conservaba la cordura. Puesto que los hombres se habían creído dueños de la verdad absoluta, la palabra de Dios los enloqueció y los convirtió en monstruos. En estas lúgubres tragedias, el desdichado a veces moría, torturado o en prisión; y entonces era enterrado en las tumbas del palacio, tras ser despojado religiosamente al esqueleto de toda carne para que los huesos pudieran usarse en el siguiente auto de fe, quemado en la hoguera.

El primero de estos dramas fúnebres y burlescos tuvo lugar en Lisboa el 20 de septiembre de 1540: la Inquisición aún no había sido confirmada definitivamente por el Papa.

La procesión partió del Palacio del Rocío hacia la Plaza de la Ribeira, donde tuvo lugar la ceremonia. Al frente iban los carboneros, armados con picas y mosquetes para vigilar las hogueras; luego un crucifijo en alto, y los frailes dominicos, con sus hábitos blancos y escapularios, con la cruz negra, portando el estandarte de la Inquisición, donde en una bandera de seda se veía la figura del santo, sosteniendo en una mano la espada vengadora y en la otra una rama de olivo: *Justitia et Misericordia*. Tras los frailes, seguían a pie las personas de alto rango: familiares de la Inquisición, vestidos de blanco y negro, con cruces de ambos colores bordadas con hilo de oro.

Luego fueron llegando los acusados, uno por uno, en fila; primero los muertos, luego los vivos: convictos, falsarios, simuladores, solicitantes, impenitentes, reincidentes..., ordenados según la categoría de su delito, comenzando por los ya fallecidos, y luego por los contumaces.

En postes erigidos como guiones, portados por hombres con vestes y capirotos oscuros, colgaban las efigies de los condenados ausentes, ataviados con túnicas escarlatas y sambenitos; y si la estatua representaba al difunto, otro verdugo la seguía con una caja negra pintada con demonios y llamas, que contenía los huesos, para quemarlos a los pies de la estatua. En más de una ocasión, fueron quemados esqueletos desenterrados de personas que, a salvo en vida, fueron juzgadas y condenadas después de muertas.

A continuación, los acusados que seguían vivos, ordenados según la gravedad de los crímenes, sin distinción de sexo, uno a uno, acompañados de su padrino o del confesor dominico, si iban a ser quemados. Los hombres con vestiduras rayadas en blanco y negro, con las manos, la cabeza y los pies desnudos; las mujeres lucían largos hábitos del mismo tejido. Todos portaban velones de cera amarilla y una soga al cuello. Distintas insignias distinguían a los que iban a la hoguera de los penitentes y los confesores. Estos últimos llevaban el sambenito, una especie de capa

blanca con cruces rojas de San Andrés en el pecho y la espalda, y la cabeza descubierta. Quienes, tras ser condenados, habían obtenido el indulto en la hoguera, vestían una *samarra* o veste marrón, y una *carocha* o capirote de cartón; en ambas, lenguas de fuego invertidas pintadas, con el fuego arremolinándose, símbolo de su destino. Los condenados a muerte, ya fuera a ser estrangulados primero o no, los destinados, vivos o muertos, a ser quemados, llevaban en su capa y garrafa un retrato pintado, ardiendo en llamas, con demonios negros en el centro, y su nombre escrito en él, y el crimen por el que sufrían.

Tras la larga procesión avanzaban a pie los alabarderos de la Inquisición y, a caballo, los funcionarios del consejo supremo, inquisidores, examinadores, reporteros y demás miembros de la procesión. Las campanas repicaban lentamente en las torres de las iglesias. La multitud abarrotaba las calles, insultando a los condenados con palabras deshonestas y arrojándoles piedras y barro.

Las líneas de tropas impedían que la gente invadiera la zona reservada para el Auto en la plaza. Allí, a un lado, apartadas, había pilas rectangulares de madera, con un poste erigido en el centro y un banco; y en medio de la plaza, un espacio reservado con el estrado y las tribunas. A la izquierda se encontraba el rey, D. Juan III, piadosamente satisfecho en su fe, con un espíritu firme pero sincero y fuerte; allí estaban la reina y la corte; y junto al monarca, el condestable con la espada desenvainada. Al otro lado, a la derecha, se alzaba el trono y el dosel del cardenal D. Henrique, más tarde rey y ahora príncipe inquisidor general, flanqueado por los miembros del sagrado tribunal, en sus asientos.

En el centro de la plataforma se alzaba el altar con un frontal negro, un velón de cera amarilla y un crucifijo en el centro. Delante, sobre un pedestal, ondeaba el estandarte de la Inquisición. A un lado estaba el púlpito; al otro, la mesa de los escribanos, repleta de papeles con sellos colgantes; y los condenados, en filas, permanecían de pie frente al altar, el púlpito y el tribunal.

Se celebró la misa. El supremo inquisidor, con capa y mitra, presentó los Evangelios al rey para que jurara defender la fe sobre ellos. El rey Juan III y todos los demás, de pie y con el rostro descubierto, juraron con sincera solemnidad. Después hubo un sermón; y finalmente la lectura de las sentencias, comenzando por los delitos menores.

La veneración de imágenes, tema debatido en concilios, dio lugar a numerosos delitos. Algunos fueron encarcelados por negarse a besar a los santos en las cajas de limosna, con las que los hermanos recorrían las calles pidiendo limosna. Otros por irreverencia, otros por incumplir los preceptos canónicos; muchos sin motivo alguno; la mayoría, víctimas de denuncias traicioneras o interesadas. Los jueces leían las sentencias, los condenados gemían y lloraban, algunos se regocijaban al ser liberados de prisión, libres de tortura, prometiéndose en adelante ser meticulosamente hipócritas.

Finalmente, llegaron a los condenados a morir en la hoguera: tres mujeres por ser brujas, dos hombres, cristianos nuevos, por practicar el judaísmo, y uno por ser hechicero.

El relator, imperturbable, leyó las sentencias que narraban los crímenes. Los nuevos cristianos comían pan ácimo; y uno de ellos, mientras barría la casa, insultaba un crucifijo, le hacía muecas y lo arañaba con la misma frecuencia con que la escoba golpeaba el suelo. Estos crímenes estaban envueltos en frases horrendas y afirmaciones terribles; y el tribunal, el clero y el pueblo, al oír semejantes sacrilegios, se llenaban de odio hacia los desdichados.

La hechicera no les impresionó menos. Los nuevos cristianos y las brujas, que lanzaban maldiciones y mal de ojo, eran la causa de plagas, hambrunas y naufragios de los barcos de la India. Las maldiciones de una población afligida recaían sobre los desafortunados. Nadie dudaba de la veracidad de los crímenes, atestiguados por numerosos testigos. El diablo se le había aparecido a uno y le había enseñado recetas infernales del libro de San Cipriano. Pinchaba a los enfermos en la frente con alfileres. «¡Estoy pinchado y hechizado! ¡Jesús! ¡En el nombre de Jesús! ¡Desinsértame y rompe el hechizo!», le había dicho una víctima a un sacerdote de Beira. Los demonios, para vengarse, fueron a la casa del sacerdote y rompieron toda su vajilla. Fue un caso terrible; y la gente

miraba con horror al médico del San Cipriano, cuya locura era evidente en su rostro. A las brujas, el diablo se les aparecía de día en forma de gato negro, y de noche en forma humana de hombrecillo: así lo afirmaba solemnemente la sentencia, con declaración de los testigos. La bruja salía con el demonio, y juntos iban a un río, donde otras estaban con más demonios; y después de bañarse, tenían relaciones sexuales en circunstancias lascivas y abominables; la sentencia las enumeraba, y el libertinaje de la corte y del pueblo lo percibía y comentaba. Al regresar del aquelarre, al amanecer, las brujas entraban invisiblemente en las casas, persiguiendo a las familias honestas y piadosas.

Tras finalizar la lectura, los penitentes fueron absueltos, los nuevos cristianos y las brujas fueron entregados al brazo secular para ser quemados. El rey, la corte y el inquisidor se retiraron; y las campanas continuaron repicando, lenta y tristemente...

Los carboneros con alabardas, los verdugos con capuchas y los frailes con escapularios y crucifijos en mano, se apostaron junto a los condenados para quemarlos. La gente rodeaba el lugar de las pilas cuadradas de leña, con la mirada codiciosa y la cabeza llena de ira contra los culpables de sus desgracias. Todos, excepto el hechicero, murieron piadosamente estrangulados y luego quemados.

El doctor de San Cipriano, sin embargo, tenía pecados mayores y había sido condenado a morir quemado vivo. Junto a la pira, el fraile, con las manos juntas, le suplicó, por amor a Dios, que se arrepintiera; pero él, con la mirada vidriosa de un loco, apartó el rostro y se burló. Subiendo corriendo las escaleras, se subió a la pira y, desde lo alto, sentado en el banco, hizo muecas y gestos irreverentes. El fraile se golpeó el pecho, la multitud rugió enfurecida. Los verdugos lo ataron al poste y los carboneros encendieron el fuego, que comenzó a crepitar. Los muchachos y las mujeres de Ribeira, atacándolo con palos y lanzas, le sacaron un ojo. Le arrojaron piedras, clavos y todo lo que encontraron; y le hicieron heridas de las que manaba sangre: tenía la cabeza abierta y un labio desgarrado. Mientras tanto, la llama comenzó a abrirse paso entre los leños; Y él, retorciéndose de dolor, golpeaba el fuego intentando apagarlo; y cuando vio, con el ojo que le quedaba, una piedra que venía del aire, improvisó un escudo o anillo con su manto para liberarse. De la cuenca de su otro ojo, un hilo de sangre le corría por la cara. Esto ya llevaba más de una hora y divertía enormemente al pueblo, ahora que estaban seguros de ver morir a su enemigo. Pero el viento, que soplaba con fuerza del oeste, desde la dirección del río, se llevó las llamas consigo; y como no había humo que lo ahogara, el condenado permaneció vivo durante tres horas, asándose, agonizando, retorciéndose de dolor y gritando: ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!...

* * *

La pesadilla se prolongó hasta la tarde; y, en el palacio, la familia real discutió lo sucedido, acusando furiosamente a los nuevos cristianos y a los hechiceros.

Se referían crueldades piadosas y se relataban anécdotas devotas sobre procesiones y milagros. Recordaban las ocurrencias religiosas del príncipe Duarte, hijo del rey Manuel, quien era muy devoto: en una ocasión, le puso a un judío un gorro untado por dentro con aceite benedictino y, al quitárselo, le arrancó el pelo; en otra, sabiendo que uno de sus sirvientes había tratado con un judío, lo obligó a comer tocino hasta que el hombre murió de indigestión.

Por la noche, todos fueron a la capilla: el rey, la reina Catalina, el príncipe Juan y la princesa; y, absortos en la devoción, escucharon las prácticas del místico Francisco de Borja, quien había venido de Castilla para vivir en el palacio y alimentar la devoción del rey. Transportado y ensimismado en Dios, el fraile parecía como si su alma se elevara a otros mundos etéreos, y su cuerpo permanecía allí, abandonado y sin vida. El rey y los príncipes se confesaban y comulgaban cada semana; incluso esa mañana lo habían hecho para prepararse para la solemne ceremonia del Auto de Fe. En la capilla solían pasar las noches rezando y participando en juegos devocionales: era la afición del rey, y toda la corte seguía su ejemplo. Duro, íntegro y sencillo como cualquier persona, y no uno de esos seres capaces de gobernarse a sí mismos, el rey se había educado en la lujosa y refinada corte de D. Manuel. De niño, a los doce años, le regalaron un convento como un

juego de piedad. Fundó (1514) la iglesia de Nuestra Señora de la Montaña, en Almeirim, y los altares, las imágenes, los frailes, las oraciones, eran sus juegos de infancia. Así, había crecido en un ambiente de profunda devoción, y como su carácter era a la vez ingenuo y fuerte, la piedad lo inundó por completo, convirtiéndolo en un verdadero líder religioso. De complexión robusta, falto de agilidad, cuello corto y cabeza pesada entre los hombros, el semblante triste del rey adquiría cierta severidad por la cicatriz en su ojo derecho, resultado de una caída desde el balcón del palacio. Hablaba despacio, con pausas y majestuosidad, y la seriedad de su carácter se reflejaba en el juicio de las medidas de su gobierno. Fue el iniciador de la colonización de Brasil²³, el reformador de la Universidad, quien, por todos los medios, intentó en vano frenar la orgía de la India, quien suprimió las mutilaciones y el uso del hierro candente en los criminales. Pero fue apóstol de una religión fanática, y fue él quien encendió las hogueras donde ardieron los judíos.

Las costumbres piadosas narcotizaban a la gente, cegándola. Los asuntos de Estado se sacrificaban a caprichos devotos; y el rey, obsesionado con obtener la Inquisición del Papa, derrochaba dinero a raudales. El éxtasis engendraba crueldad; porque, absortos en el misticismo, se perdían las nociones de justicia, y las mayores crueldades y perfidias se convertían en virtudes, siempre que estuvieran dirigidas al servicio de Dios. *Sancta santos*. Pero esta enfermedad cortesana era la enfermedad de todo el reino; y los locos que aparecían por doquier, realizando milagros o poseídos, reflejaban la locura universal del pueblo. Los terrores fúnebres de la Edad Media se habían cristalizado en el catolicismo peninsular; y los portugueses, exhaustos por la India, una sangría, y aturridos por los milagros de los descubrimientos y conquistas en Oriente, pervertidos por el lujo, corrompidos por las plagas y enfermedades que llegaban de ultramar, habían perdido el contacto con la cruda realidad. La vida era para ellos un sueño de locura y miedo.

Dos siglos antes, Portugal —una nación pequeña, homogénea y fuerte— se había defendido, afirmando su independencia y vitalidad de manera eminente. Luego, a medida que la fuerza despertó su ambición y las ideas imperialistas se arraigaron en sus mentes, sus monarcas consideraron confiscar la corona de Castilla para sí mismos.

El rey Alfonso V fue jurado como rey de Castilla y León en 1471 por los derechos de la Beltraneja, hija de Enrique IV, con quien contrajo matrimonio; pero la desgracia de Toro y la incapacidad del rey favorecieron la resistencia de Castilla, condenando a la noble Juana a un triste destino y al rey a la viudez. El rey Juan II contaba más tarde con la ansiada corona para su hijo, casado con la princesa de Castilla; y de no haber sido por la inesperada muerte del príncipe, acaso la historia de la Península hubiera sido diferente. Entonces, el rey Manuel, al casarse con la viuda del príncipe Alfonso, esperaba heredar un imperio colosal, pues las dos naciones peninsulares dominaban todos los territorios descubiertos. El heredero de Fernando e Isabel había fallecido, y la reina de Portugal era la única sucesora de la monarquía española. El rey Manuel tuvo con ella un hijo que llegaría a ser el rey más grande de la Tierra. Sin embargo, la muerte lo arrasó todo en un instante, llevándose consigo a la reina y al príncipe; y la corona de España pasó a manos del austríaco emperador de Alemania.

En ese instante, la situación se invierte; y es desde España que se promueve la anexión de Portugal. Curiosas coincidencias históricas: porque justo cuando nuestra grandeza comienza a declinar, la política impulsada por nuestra ambición se vuelve en nuestra contra. La separación nacional, consumada por la fuerza de la voluntad, fue evidentemente un error y un mal en la mente de los príncipes de los dos reinos que entonces vivían en estrecha relación; y la fusión parecía inevitable. ¿A nuestro favor o en nuestra contra? Eso lo decidiría el destino, o la vitalidad relativa de cada nación.

Entre Carlos V y Juan III, que intercambiaron hermanas para casarse, existía un acuerdo sobre esta cuestión de la unidad de la Península Ibérica; y quizás unánime al principio, dejarían al azar la decisión entre los descendientes de las dos dinastías.

23 Véase *O Brasil y as colon. port.* (2ª ed.) pp. 6-15.

Cuando murió el rey Juan III, Carlos V creía que la fortuna estaba de su lado. El heredero de Portugal, Sebastián, era un niño y débil. Con su muerte, el reino quedó sin sucesor; y el emperador, aún desde su retiro en Yuste, tejía intrigas políticas, deseando asegurar el trono para su nieto. En Portugal contaba con la reina viuda, su hermana, un instrumento sumiso; y le envió como embajador al místico Francisco de Borja, a quien en tiempos de su esposo se le escuchaba con gran devoción en la capilla del Palacio de Ribeira. El embajador llegó a pie, disfrazado, peregrinando a Lisboa para mendigar y no levantar sospechas. Llevaba cartas para el regente, quien estaba totalmente involucrado en el asunto y obedecía ciegamente al emperador. Entretanto, Carlos V murió; y la timidez del cardenal regente, quizá sus planes reservados a favor de la duquesa de Braganza, su ahijada, impidieron que las negociaciones avanzaran.

Felipe II, sin embargo, estaba alerta y no olvidó el consejo de su padre. Logró fácilmente impedir que Sebastián se casara, pues el joven príncipe, cautivado por las tradiciones caballerescas, consideraba la castidad una condición necesaria para llevar a cabo su empresa, aún vagamente esbozada. Una vez cumplido esto, llegaría el momento de ocuparse de la herencia del reino. Tenía en alta estima a las novias, él, que ardía de grandes esperanzas: ¡derribar las murallas de Constantinopla, apoderarse del califato de Egipto, liberar Palestina o conquistar Marruecos! La muerte que estamos a punto de presenciar precipitó la acción; y sin rey, sin fuerza, sin vida, Portugal, desolada, finalmente cayó en manos del hijo de Carlos V.

Todo confluyó para arrastrar a la nación a aquella aciaga fecha de 1580: los síntomas mórbidos, descritos anteriormente, diagnosticaban la enfermedad y explicaban la necesidad de la catástrofe. Consistían en la destrucción de todos los tejidos vitales, una fiebre que consumía la sangre, un veneno que irritaba todos los vasos del organismo nacional. Era una enfermedad lenta y mortal,²⁴ cuyo final se precipitó por una crisis. Entonces, todos los males se agravaron; y el moribundo, incorporándose en su catre, retorciéndose de delirio, cayó como una piedra, muerto al instante.

24 Véase [*Historia de la civilización ibérica*](#), lib. IV, 7, Causas de la decadencia de las naciones peninsulares.

III. LA JORNADA DE ÁFRICA (D. SEBASTIÁN)

Todo el reino padecía los síntomas de esta enfermedad, y muchos presintieron la inminente crisis final; sin embargo, casi todos, acostumbrados al sufrimiento crónico, nacidos en una atmósfera perversa, o bien no reconocieron los males o se dejaron llevar indolentemente por la marea de la desgracia y de la protervia, del beaterío y del vicio, de la simonía y de la piedad feroz. La Inquisición, la India y las plagas conspiraron para pervertir las costumbres, agudizando los deseos orgiásticos en los espíritus, incitando furias fúnebres y terrores extravagantes.

Todo el siglo había estado plagado de epidemias: en 1506, en 1530; y ahora, incluso en vísperas de la expedición africana, el recuerdo de la gran peste de 1569 seguía vivo. En julio y agosto de ese año, setecientas personas morían al día en Lisboa, y no quedaba dónde enterrar los cadáveres. Se cavaron fosas comunes, donde se arrojaban cincuenta o más personas a la vez. Era una enfermedad fulminante; y sin duda un castigo divino por los pecados de los nuevos cristianos; o, si no, por las malas acciones de hechiceros vendidos a Satanás. De repente, los hombres caían muertos en las calles. Se encontraban cadáveres a cada instante. Campos y olivares se habían consagrado como cementerios; porque, en las iglesias y los cementerios, las tumbas rebosaban y emanaban olores pútridos. Los galeotes hacían de sepultureros, ya que no había suficientes manos para tantos cadáveres. Los muertos eran enterrados en las calles, e incluso en los almacenes de las casas, porque no había quien los llevara a los cementerios. A lo largo de las calles se veían hileras de fardos blancos amontonados. El hedor de los cuerpos sin enterrar, proveniente de las fosas poco profundas y mal selladas, era insoportable; y, al pasar frente a las puertas cerradas de las casas, se oían ruidos: eran las ratas y las comadreja alimentándose de la carne putrefacta de toda la familia que había caído. Más de un tercio de los habitantes de Lisboa murieron a causa de la Gran Peste: cuarenta mil personas. La hierba crecía alta en la Rua Nova, donde antes se jugaba a la pelota.

Y si no murieron más personas, fue porque en primavera circuló un rumor espantoso que provocó la huida de gran parte de la población. Se rumoreaba, y todos lo creían, que el 10 de junio, por causa de un terremoto, los montes Carmo y Castello se derrumbarían sobre Almada, sepultando el río Tajo y destruyendo Lisboa. El día 9 la ciudad se vació, llevándose consigo toda su ropa y pertenencias en fardos, en carretas, hasta las afueras. Pasó el día 10; pero, como la peste ya estaba descontrolada, sólo regresaron a la capital aquellos que no tenían otro sitio donde vivir.

Así comenzó el reinado del rey Sebastián, quien el año anterior (1568) había tomado posesión del gobierno. Ese mismo año, el valor de la moneda de cobre se redujo a un tercio, el *patacão* a 3 *réis*, las monedas a un real y medio y un real. Fue una medida cruel pero indispensable, porque los ingleses, que se habían apoderado de toda la plata y todo el oro, enviaban aquí, en barriles de harina y toneles de clavos, el débil cobre portugués acuñado por ellos. El dinero procedente de la India había pasado por Portugal como el trigo por la era: el grano desapareció, quedando sólo la paja y las malas hierbas en la era. Los poderosos, conociendo la ley de antemano, se libraron; y los pobres, atónitos, se encontraron con dos tercios menos. Muchos se ahorcaron, viéndose perdidos. Al año siguiente llegó la peste: se decía que era el castigo por el infame robo de la Semana Santa del 68.

Las profundas desgracias de la nación sumieron a la gente en un estado de locura febril, superstición absurda, desenfreno, miedo y extravagancia. Todo parecía posible en el frenesí del delirio. Como antaño, en vísperas del año mil, todos querían disfrutar del poco tiempo que le quedaba al mundo. Portugal era una nación de locos perdidos, y en el joven rey se encarnaba toda la locura del pueblo. Tras los tiempos del feroz y devoto misticismo del rey Juan III, la religión se había convertido en puro miedo, el culto en fetichismo y la vida en orgía. El *crescendo* de la

decadencia se acercaba a su punto álgido, y este terror al desplome de las montañas que bordean el Tajo era la revelación inconsciente del gran terremoto que subvertiría a toda la nación. La locura del rey humanizaba el estado moral de la nación. Un destino común los arrastró a ambos al fondo del abismo. Y nación y rey, al borde del abismo, danzaban jubilosos como un coro de espectros. El *sabbath*, tantas veces condenado en las hogueras de la Inquisición, fue la tragedia en la que, al final, todos se convirtieron en actores.

La imaginación popular había creado un halo de milagros alrededor de la cuna del rey; y la fantástica leyenda que se formó a su alrededor tras su muerte tenía su origen en antiguos relatos maravillosos. Cuando llegó la boda del príncipe Juan —el padre del rey, que nunca reinó—, los habitantes de Lisboa vieron en el cielo, sobre las torres de la Catedral, noche tras noche, un fuego rojizo con forma de ataúd. Luego, se relataron las singulares apariciones del palacio de Xabregas. La princesa yacía en la cama, el rey Sebastián estaba a punto de nacer; y de la sombra de la alcoba de alto techo emergió la figura de una dama vestida de negro... Llevaba mangas puntiagudas y un amplio gorro; estaba envuelta en crespón. No habló, pero se movió, balanceándose y acercándose a la cama, con un crujido de huesos desnudos al rozarse. Se detuvo y, como si invitara a un beso con los dedos, suspiró. Una visión y un estertor de vida que se desvanecía, ¿podría ser el rey aún en el vientre, la nación al borde de la tumba? ¡Otro caso asombroso! Un grupo de moros apareció en el balcón del rey, vestidos con coloridas túnicas y portando antorchas encendidas, como si se tratara de un funeral, caminando y cantando con voces lúgubres y lastimeras.

En esa atmósfera de funestos anuncios vio la luz *¡la maravilla fatal de nuestra edad!*

En Almeirim, en los cotos, cazaba sin cesar, domando caballos salvajes, exponiéndose a todos los peligros de saltos osados, alardeando de su destreza y audacia. En otras ocasiones se aventuraba en una barca en las tormentas del Tajo; y por doquier, como un insensato, hacía gala de una temeridad que la locura de su genio confundía con valentía. A los dieciséis años, pasaba tres horas al día corriendo con lanzas, solo; y con la cabeza llena de tradiciones caballerescas, recordando la vida del gran Condestable, quiso hacer voto de castidad, para irse puro, a su empresa. «De naturaleza fiera y robusta, de espíritu vehemente y rebelde, y de corazón invencible y decidido, sólo pensaba en guerras, conquistas célebres y empresas militares. Y podía ocurrir que un día se imaginara sometiendo a toda Berbería; al siguiente, arrasando las murallas de Constantinopla; luego, convirtiéndose en señor del califato de Egipto y sometiendo a la venerable Palestina.» Los asuntos de Estado le resultaban tediosos; y, en su nobleza innata, contemplaba con horror las intrigas y los consejos políticos. Sus favoritos eran jóvenes tan temerarios e insensatos como él. Intuía vagamente que la nación, desesperada, clamaba por un mesías, y se había labrado el papel de salvador.

La legislación de 1570-1571 demuestra claramente la gravedad de la crisis y planos con los que se pretendía resolverla. La tiranía aumentaba dentro del reino, y el poder se relajaba en ultramar. India ya no podía permanecer cerrada a los ingleses y holandeses que navegaban sus mares con impunidad; por lo tanto, se legisló la libertad de navegación. Pero era necesario reconstruir las fuerzas navales y militares del reino; era necesario detener la espiral de desorganización que avanzaba a un ritmo alarmante. El nuevo reinado emergía como una especie de renacimiento, pero ni el rey ni sus consejeros lo veían en la reorganización de las instituciones, sino en una famosa aventura. Así, las extensas leyes militares, coloniales y marítimas palidecen en importancia y alcance, impotentes para detener la espiral de la desgracia y calmar el delirio del monarca. Lo mismo se aplica a las regulaciones y la pragmática, incapaces de moralizar una sociedad corrupta, pero reveladoras del estado de las costumbres. Los herejes son condenados, al igual que los sodomitas. La usura campaba a sus anchas porque la ley de «cambio, usura y engaños», en su severidad, revelaba la depravación del vicio. La facilidad con que se podía obtener dinero con interés fue uno de los orígenes del lujo desmoralizador. Por lo tanto, los préstamos con interés estaban prohibidos bajo penas crueles: pérdida del capital en la primera infracción, pérdida

de la mitad de todos los bienes en la segunda, confiscación general y exilio a Brasil en la tercera. Cuando la ley atenta de esta manera contra los derechos de la libertad individual, la sociedad sufre. La ociosidad y la vagancia eran perseguidas con la misma severidad que la usura; y el lujo en ropa, muebles y comida merecía una ley meticulosa e indiscreta. El espíritu del gobierno reaccionó, protestando contra la tradición manuelina de opulencia y retomando las doctrinas espartanas de la época del rey Juan II. Nadie podía gastar más de sus ingresos; nadie podía tener en la mesa más que «un asado, un guiso y un plato de carne picada». Se prohibió la importación de tapices y se ordenó moderación en los gastos. En los dormitorios no habría almohadas, ni camas, ni sillas de brocado, ni telas de oro o plata, ni encaje, ni seda, ni dorados ni pinturas al óleo; en cuanto a la vestimenta, solo el jubón sería de seda con un pespunte sencillo, sin borlas ni ribetes.

Sin embargo, la legislación era impotente ante las costumbres imperantes. El lujo y el exceso eran más poderosos que las leyes. La India y la corrupción que había traído al reino ya eran condenadas abiertamente, como se ve en *Los lusíadas*, y la opinión pública volvía a apoyar la política africana de Alfonso II y el rey Juan II. Ningún joven noble de la casa real podía convertirse en escudero o caballero sin haber viajado a África. ¿Podría la ley, por tanto, borrar las tristes consecuencias del viaje a la India? No podía. El exceso que había traído a la sociedad se veía, como un símbolo, en la mente del joven rey. África lo seducía, pero carecía de planes políticos, de prudencia, de consejo y de paciencia para corregir y guiar a la nación con calma. Un gran milagro, o una gran catástrofe, algo extravagante y jamás visto: ese era su deseo, su ambición.

Esta quimera le infundió una arrogancia inaudita. Ciertamente poseía el genio de un héroe, pero nació en medio de un pantano de ladrones. Era el Nunalvares de la perdición. Pero esta inevitable catástrofe, cuyas causas depositaron todas sus fallas en el genio del rey, la convirtió, al menos, en trágica; alzando, con su muerte, una preciada esperanza, un símbolo, como una cruz; y cerrando, con una desafortunada temeridad, la gran era de la vida de Portugal, que había comenzado con las afortunadas temeridades del príncipe Enrique el Navegante.

El rey era tan consciente de la solidaridad que lo unía a sus antepasados que, como los héroes, deseaba verlos y examinarlos de cerca antes de partir hacia su propia empresa. Ante el cadáver de Pedro I, se sublevó contra la flaqueza de su amada; y el rey Alfonso III, conquistador del Algarve, le merece aplausos. Fue a Batalha a ver y venerar al rey Juan II; y ordenó que lo sacaran del ataúd, lo pusieran de pie, espada en mano. Reverente y orgulloso, saludó a su abuelo con admiración, su predecesor, ¡pues estaba seguro de continuar sus hazañas!

Esta certeza le infundió ironías, bromas y burlas, dirigidas contra la prudencia de sus asesores, serios y experimentados en los negocios, quienes comprendían bien la lejanía del tiempo y las fatales consecuencias de la planeada conquista de África. Manos anónimas colocaban versos y consejos, amorosamente acusadores, sobre los pedestales de piedra del palacio de Almeirim, implorando al rey que no lo arriesgara todo en una empresa temeraria. Jerónimo Osorio, el latinista, le escribió, recordando las desgracias que acarrearía su aventura: «No hablo de los intereses que ha vendido la nobleza, las joyas empeñadas, las lágrimas de las mujeres, la pobreza del pueblo noble, la miseria de los más desfavorecidos.» D. João Mascarenhas se atrevió a decirle que, si decidía ir, llevara su sudario para enterrar el reino fuera de tierra sagrada. Y el rey, deteniéndose a mirar al defensor de Diu, lo llamó, con formalidad, viejo y necio; luego, insistiendo, añadió: ¡y cobarde! Martim Affonso de Sousa, que había sido gobernador de la India, donde se había manchado de maldad, no se atrevió a advertir al rey, pero gritó por todas las salas del palacio que, si se encarcelaba a locos peligrosos, no sabía por qué éste debía quedar libre.

El rey Sebastián sólo escuchaba a la bandería de hombres temerarios y osados como él: la guerra en África era una carrera desenfrenada, como las de Paneas. La corte era un nido de intrigas, los cortesanos una banda de desgraciados, simplones, locos o desquiciados. Algunos eran los aventureros del séquito del rey; otros, los tipos elegantes que entraban en las salas apoyándose en los hombros de los pajes, arrastrando los cuerpos, hablando con dificultad, con aspecto de damas

refinadas y enfermizas; y otros, finalmente, los viejos y miserables consejeros, como Martim Alfonso de Sousa, el más desvergonzado de todos los condotieros de la India, y Dom João de Mascarenhas, el héroe de Diu, que vendió Portugal como un Judas. ¿Cómo podían comprender la heroica locura del rey? ¿Cómo podían sentir el cálido aliento del patriotismo desbordante de Camões en su rostro?²⁵

Ante la persistente desaprobación de Dom João Mascarenhas, el rey, en tono de broma, mandó llamar a médicos para determinar si el orgullo del anciano se había mermado por la edad o si su mente se había entorpecido. En otra ocasión, le había preguntado al duque de Alba si conocía el color del miedo. Estas maneras audaces, insolentes y burlonas habían disgustado a todos los ancianos, quienes se alejaron de la corte. El antiguo cardenal regente, ofendido, se retiró; y la abuela, la reina Doña Catalina, abandonada y sola, hilaba lino en su rueca durante largas noches, derramando las penas de su alma y humedeciendo con frecuencia sus labios, calientes y resecos por el trabajo y la aflicción. Así, hilando, murió la hermana de Carlos V, presintiendo la perdición irredimible de su amado nieto.

Aparte de los bravucones, o de aquellos tan moderados como él, o de los aduladores, el rey solo se llevaba bien con los frailes y los jesuitas. No era un hombre piadoso, como su abuelo, el rey Juan III, y ni la licencia de sus costumbres ni su irreverencia impresionaban a nadie; pero un ferviente misticismo sustituía, en el alma poética del rey, el amor condenado por la castidad caballerescas tradicional. Se embriagaba escuchando la historia de san Ignacio, que fue a Jerusalén a conquistar el santo sepulcro de Cristo. Pasaba horas olvidadas en el convento de Almeirim con los frailes, y mañanas enteras, a solas con el jesuita Simão Gomes, escuchándolo disertar.

¿En qué? En la historia románticamente piadosa de Loyola, el rey Arturo de la Virgen²⁶, ya comentada con sutilezas teológicas. Pío V había enviado al rey loco, para herirlo aún más, una de las flechas con las que San Sebastián había sido martirizado; y tras los piadosos coloquios, el caballero, habiendo profesado su voto, escuchó el consejo de los poetas. Camões le dijo:

África esconde en su interior venas brillantes:
Que tan gran riqueza te conmueva,
Pues la Santa Casa no puede conmoverte
.....
Contempla al severo inglés que se proclama
Rey de la antigua y santísima ciudad
A quien gobierna el vil ismaelita
(¿Quién ha visto el honor tan alejado de la verdad?)

Renació el genio de las Cruzadas en los dos espíritus, del rey y del poeta. Cervantes²⁷ (1547-1616) los condenó a ambos en el inmortal tipo de Don Quijote. Don Quijote hizo de *castellano* en Túnez en su juventud; pero se curó. Camões, soldado y poeta, permaneció igual, predicando la quimera de una aventura desesperada a una nación moribunda. Mientras Castilla, la patria de la «caballería a lo divino», la patria de Santa Teresa, de Loyola, del cardenal soldado Jiménez²⁸, había abandonado para siempre la guerra santa, nosotros, que también la habíamos abandonado desde los tiempos del rey Juan II, nos volvíamos ahora a ese pasado remoto, como a una última esperanza. En Camões, sin embargo, el entusiasmo místico de la necesidad de acción nacía de un temperamento fuerte, y no del delirio de una imaginación atormentada. Partiendo del mismo estado mental, Loyola llegó a la visión, Cervantes al sentido común y Camões, ni santo ni escéptico, a la doctrina de la acción positiva.

25 Véase [Historia de la civilización ibérica](#) (2ª ed.) págs. 228-234.

26 *Ibid.* 190-202.

27 Véase [Historia de la civilización ibérica](#) (2ª ed.) págs. 241-242.

28 *Ibid.*, 170-171.

Uno no aprende, señor, a través de la fantasía,
los sueños, la imaginación o el estudio,
sino viendo, afrontando y luchando.

Tal era el estado de ánimo del poeta y del rey cuando el destino los unió. Ambos compartían el mismo pensamiento; ambos tenían la misma idea para resolver la sombría crisis en la que veían sumido el reino. Camões y el rey Sebastián se escuchaban, se comprendían. El éxtasis desmedido de este último expresaba, de forma temeraria y delirante, el pensamiento del primero. Ambos recurrían a la historia; y ante el cadáver en ruinas del imperio ultramarino, apelaban a la política africana olvidada por este, inspirándose en las tradiciones heroicas de la nación. Otro Virgilio, nuestro poeta también llamó Marcelo al rey.

¡Bendito rey, en quien parece
ya cumplida la alta esperanza
de todo lo que el cielo y la tierra te ofrecen!
Dios puso en la mano del rey la vara alzada
para guiar a los extraviados y ciegos...

El carácter anacrónico de la educación caballeresca y mística del soberano era una de las formas en que se reflejaba la locura reinante, que afligía tanto al rey como a la nación. Los consejeros prudentes, llenos de juicio, condenaban al héroe, temerario como un loco, por ser incapaz ya de comprender ni la caballería ni el misticismo, que habían quedado obsoletos. Sin embargo, esos mismos consejeros padecían una locura distinta, pero igualmente abyecta: porque Martim Alfonso se había labrado una reputación infame en la India; porque D. João Mascarenhas se manchó las manos con el dinero de Felipe II, actuando como su corresponsal; porque el cardenal D. Henrique, un inquisidor feroz, era un pozo de debilidad, al que, después de su muerte, el pueblo condenó a vivir «en el infierno durante muchos años».

Incluso después de muerto, el rey Sebastián vivió durante siglos en el corazón del pueblo.

* * *

En el verano de 1574, el rey zarpó rumbo a Sintra. Ordenó que las galeras le esperaran en Cascais y, diciendo que iba a visitar el Algarve, embarcó. No llevó tropas, ni pólvora, ni cañones. Los nobles, el duque de Aveiro y el conde de Vimioso, iban vestidos con sus atuendos de corte, pues ni siquiera habían tenido tiempo de ponerse sus ropas de guerra. El rey Sebastián partió. En el camino, añadiendo las lanchas de la guardia costera a la flota, fondeó en Sagres. Desde allí, fuera del alcance de sus importunos consejeros, envió ocho mil cartas que había preparado, convocando a los regimientos del consejo y a los séquitos de la nobleza a Tánger. Era una conspiración contra todo el reino, que, para salvar al rey, se precipitaría a África. Zarpó hacia Tánger. Pero el tiempo se agotaba: era octubre, se acercaba el invierno y tuvo que abandonar su plan por el momento. En el viaje de regreso, una tormenta destrozó la flota: la galera del rey, apurada por el temporal, navegó hacia Madeira; otros barcos ya habían llegado a Lisboa: ¿y el del rey? ¿Naufragado? ¿Perdido?... Cuando las tribulaciones afloraron, entró en el río Tajo un día tormentoso, con la galera estremecida y cubierta de espuma, y fondeó en Xábregas. Era el Día de los Difuntos, 2 de noviembre.

El revés intensificó su ansia. Frente a los sabios consejeros a quienes despreciaba, contaba con el apoyo del papa, que le había enviado una de las flechas del santo de su nombre, y de Camões que, incitando como nunca, le decía:

Toma también la venerable flecha
que te envía el sucesor de Pedro.
... Serás el brazo fuerte y soberano
contra la orgullosa espada mauritana.

¿Qué harán tus flechas, rey, vinculadas
a la que ya que alcanzó a Sebastián?

.....

Las teñirás con sangre sarracena.

Felipe II le instó a abandonar aquella empresa temeraria, en la que estaba a punto de arruinar un reino que los castellanos ya consideraban suyo.

Pero, puesto que la usurpación de la corona de Fez había llevado al monarca destronado a implorar la ayuda del rey de Portugal, Sebastián consideró este caso providencial, viendo en él una revelación de su destino. Ni súplicas, ni advertencias, ni consejos, ni invectivas lograron disuadirlo.

No se amilanó ante los obstáculos que suponían la pobreza y la debilidad del reino, ni dudó en la elección de sus medios. Acuñó dinero con todo lo que pudo. A cambio de 250.000 cruzados de los cristianos nuevos, les concedió la exención de la pena de confiscación durante diez años. Obtuvo de Gregorio XIII una bula de cruzada y la imposición de un tercio de las rentas eclesiásticas, convertidas, por acuerdo entre el rey y el clero, en un pago de 150.000 cruzados. Hizo un monopolio de la sal. Impuso un impuesto del uno por ciento sobre el valor de las propiedades. Dio curso legal a la moneda castellana, más débil. Vendió cargos y empleos. Subastó anticipadamente las rentas del Estado y, por voluntad propia o por la fuerza, obtuvo numerosos préstamos de particulares; así, con todos estos medios, puso en práctica *una forma inusitada de despellejar*, como la describió un contemporáneo.

Conseguir soldados era tan difícil, o incluso más, que obtener dinero. Ordenó el alistamiento de tres mil hombres en Alemania y otros tres mil en Castilla; y envió coroneles y capitanes por todo el reino para realizar campañas de reclutamiento, o redadas. Solteros o casados, jóvenes o ancianos, todos servían. Sin embargo, los coroneles y capitanes, buenas gentes formadas en las escuelas de ultramar, no tenían escrúpulos; sólo arrestaban a quienes no podían pagarles. Se dejaban sobornar con veinte cruzados; pero a medida que aumentaba su número, el precio de la exención para los reclutas se redujo a dos: sólo arrestaban a los mendigos más pobres. Las mujeres vendían sus sayas, y a veces su honor, por dos cruzados, para salvar a sus hijos y maridos.

Resulta difícil imaginar qué clase de ejército se formaría de esa manera. El reclutamiento en el reino sólo había producido 9.000 soldados inexpertos, bandas de gente miserable y perdida: la escoria de la población. Llegaron 3.000 mercenarios alemanes, cargados de equipaje y mujeres, como si la guerra fuera una forma burguesa de ganarse la vida. Lo mejor del ejército eran los 3.000 castellanos, curtidos y disciplinados. De Castilla también habían llegado 500 nobles con sus infantes y criados; y 900 italianos enviados por el Papa. Con los nobles más pobres se había formado el *Tercio de Aventureros*, que el rey había armado a su costa, poniéndolos bajo el mando de Cristóbal de Távara, su favorito. El Tercio de los Aventureros venía a ser como el ala de los amantes en Aljubarrota: la caballería, agotada su gloria medieval, figuraba en un cuadro de gentes perdidas, de jóvenes depravados y mendigos, temerarios y vanidosos.

Estos eran los elementos de la expedición, a la que los señores portugueses se unieron con sus tropas, junto al rey; a la que en África se sumarían los caballeros de Tánger y Arzilla, y los bereberes del jerarca destronado. El número total no superaba los 24.000 hombres, de los cuales sólo tres cuartas partes entraron en batalla, «sanos y heridos, que no se rindieron».

En vísperas de la partida, Lisboa era un campamento; y la emoción de la aventura llenaba las calles de curiosos que acudían frívolamente a ver, a divertirse, a pavonearse. Tantos jóvenes de todas las familias del reino despertaban la curiosidad de las mujeres; y las entrevistas, los coqueteos y galanterías, las promesas y los compromisos mantenían ocupados a los jóvenes. Las mujeres no abandonaban las calles, corriendo en tropel, con el rostro cubierto por los velos de sus capas, en busca de aventuras. Los jóvenes se entregaban a la desenfrenada locura, entregándose a los brazos de amores pasajeros. Toda Lisboa cantaba, reía, bailaba, preparándose para el viaje a África: ¡una

jauría de jabalíes, como las de Almeirim o Pancas! Había galanteos en las calles; y las damas, en sus literas forradas de seda, con sonrisas tentadoras, provocaban a los amantes que les hablaban, descubiertas y de rodillas. Sus compañeras las envidiaban; Y los grupos de mujeres, envueltas en sus capas, dejando al descubierto sus pies de chapines calados, pasaron brevemente, riendo y comentando, cada una camino a su entrevista.

El lujo propiciaba un lecho seductor para aventuras amorosas, y para prepararse para la ocasión, los nobles se arruinaban; derrocharon lo que tenían, vendieron sus tierras y se hipotecaron; como el rey, que también había hipotecado las rentas del estado durante muchos años. Las mujeres gastaban su propio dinero y el ajeno en vestirse y adornarse con joyas en abundancia. Parecían ídolos, cargadas de piedras preciosas: hebillas y broches en sus zapatillas, collares, medias lunas, gargantillas y gargantillas de oro, tachonadas de diamantes de Dekkan, zafiros de Pegu, perlas de Borneo, camafeos de Alemania, pendientes, sus dedos cubiertos de anillos. Lucían las cosas más preciosas: las martas y los sables de Moscú, los armiños de Suiza, las sedas de Persia e Italia; Y en los encantados tocadores, donde recibían a sus favorecidos, reunían todo lo precioso del mundo: desde aparadores con incrustaciones de marfil hasta alfombras persas, tapices de damasco genovés, espejos venecianos, jarrones de porcelana de la India o jarrones de bronce de Japón. Embriagados por el amor y el lujo, tenían modales refinados y un entusiasmo fingido en sus palabras. Adoraban al rey, joven y audaz, y querían ver en sus amantes tantas imágenes del príncipe. Se balanceaban con gracia, con aire provocativo, abanicándose con preciosos abanicos de laca india; y perfumaban el aire con perfumes de frascos de cristal de Bohemia, que colgaban de sus cinturas con cadenas de oro. ¿Dónde estaban las severas leyes del año 70? En el polvo de los cajones del archivo, en la triste desesperación de los graves consejeros.

Los nobles se habían esforzado por lucir bien en la corte; y la ostentación exageró la pompa hasta un punto nunca antes alcanzado, porque nadie quería parecer menos que su vecino, ni causar una peor impresión. Sin darse cuenta, se envolvieron en su lujo, como vanidosos que, incluso en la muerte, querían imponerse a los vivos. Vestían con galas, con jubones de terciopelo, satén o damasco, adornados con trenzas, encajes y ribetes dorados. Sus sombreros lucían trenzas tachonadas de piedras brillantes, y sus capas, bandas de terciopelo y trenzas. Sus espuelas estaban esmaltadas en oro; y los arneses de sus caballos, sus cabezadas y estribos, estaban confeccionados con borlas doradas; sus mochilas y mantas de terciopelo tenían flecos de oro o plata. Los sirvientes vestían túnicas de seda de colores según el rito de cada casa; y sobre sus cuerpos de acero bruñido, los señores llevaban pintados sus escudos de armas en campos de diversos colores. Sobre sus petos y chalecos de cuero descansaban las corazas de terciopelo y satén, tachonadas de oro y plata. Las armas eran obras de arte: escudos con incrustaciones, dagas con empuñaduras esmaltadas, preciosas espadas y sables. Algunos incluso habían llegado a confeccionar sus tiendas de campaña con seda de colores, con remates dorados. Y las bellas damas de la corte acudieron a ver y admirar todo aquel lujo, aplaudiendo, comentando, pagando con risas aprobatorias las extravagancias de sus pretendientes que se pavoneaban, perfumados, exhibiendo el escudo de armas en sus pechos de acero, levantando sus capas con la vaina de sus espadas, apoyando las manos en sus copas, con sus sombreros de plumas colgando de la otra, cuando, con una reverencia amorosa, hablaban.

Era una fiesta continua; en las tiendas se celebraban banquetes y amoríos entre *fidalgos* y *fidalgas*, orgías, borracheras y peleas entre los soldados. La ciudad rebosaba de soldados, tanto nativos como extranjeros. Había inspecciones y ejercicios constantes; y el sonido de las flautas, el redoble de los tambores al frente de los piquetes, los gritos de los centinelas, las órdenes de los oficiales, los colores brillantes de los uniformes, hacían que las calles parecieran atractivas. Nadie se quedaba en casa: todos querían ver los ejercicios de las tropas, las maniobras de los alemanes e italianos de la flota papal, y las de los castellanos; contemplar el esplendor de la nobleza; y observar los ataques simulados, las descargas de artillería, el fuego de mosquetes, tapándose los oídos para no quedarse sordos, observando las volutas de humo de pólvora que se elevaban en el aire. Las mismas riñas y peleas de los soldados eran una fuente de entretenimiento. Oleadas de gente corrían

en todas direcciones cuando el desorden alcanzaba mayores proporciones: como el día en que las tropas del duque de Braganza se enfrentaron a los castellanos, con muchos heridos y muertos. Y en medio de la multitud, con sus toscas capas y gorros, entre los curiosos y silenciosos esclavos negros, se podían ver los grupos de mendigos afligidos, que la asamblea había reunido de todo el reino, pidiendo limosna por amor a Dios; Y los devotos, con sus túnicas descubiertas, llevaban en sus manos las alcancías con retablos de santos, que todos besaban devotamente, dejando su dinero: ¡Que San Antonio os bendiga!

El rey no descansaba ni un instante; iba del campo a los barcos, apresurado, indiferente a las normas sociales. Todo era obra suya, en contra de la opinión de todos. Sus caprichos avivaban su fervor. Tras los ejercicios, se dirigía a los muelles para supervisar la carga de los barcos; y luego se embarcaba en su galera, navegando entre los 800 navíos que componían la flota, para comprobar si faltaba algo y si todo marchaba según lo previsto.

Finalmente, el 25 de junio, la flota zarpó. El rey Sebastián llevaba a bordo la corona imperial de oro, que se colocaría sobre la cabeza tras entrar en Fez; también llevaba los uniformes y las alabardas de la guardia de honor que habría durante la ceremonia de coronación; y el predicador Fernão da Silva llevaba ya compuesto y memorizado el sermón que pronunciaría en la ceremonia.

Esa «maravilla fatal de nuestra época», nacida en una cuna rodeada de fantasmas, marchó hacia la guerra en medio de una procesión de presagios fúnebres. Un cometa había aparecido, y se rumoreaba que Pedro Nunes, el astrólogo, había hecho profecías. Un pez llegó a la orilla, portando en un costado una cruz entre dos látigos, emblemas de la Pasión del Redentor, y en el otro la fecha de 1578. Se oyeron voces de diversos lugares. En Miño, se vio en el cielo una batalla de caballeros. El rey Juan III, en forma fantasmal, se le apareció a Luiz de Moura, profetizando muertes. Una voz exclamó: «¡Ay!» a Vasco da Silveira, capitán de la flota; y se aseguró que el rey deseaba verlo y oírlo, y que el alma se había ensombrecido, del color de la noche, diciendo en tono lastimero: *¡Lloro por mí! ¡Lloro por ti! ¡Lloro por todos los que van!...* Pero a pesar del susto, o quizá a causa del miedo, los que iban se entregaban aún más a la orgía de lujo y placer. Amar, jugar, beber, era la forma de ahuyentar las aterradoras visiones del miedo.

* * *

La fiesta continuó en el mar. Refrescaron en Cádiz, donde permanecieron seis días asistiendo a juegos de toros; y, al llegar a África, se debatió en consejo el plan de la campaña. Los capitanes, experimentados y prudentes, propusieron no abandonar la costa, cooperando con la flota y contando con el apoyo de las fortalezas portuguesas de Tánger y Arzilla, que ya habían vuelto a ser cristianas en el tiempo del rey Sebastián. El rey se opuso categóricamente a tal plan: quería internarse en Marruecos, derrotar al enemigo en su propio territorio y, en una carrera fulminante, llegar a Fez para ser coronado emperador. Su temeridad era tal que algunos incluso consideraron prenderlo. Pero ya era demasiado tarde, y los capitanes del regimiento de aventureros, ese grupo de jóvenes impetuosos que pensaban como el rey Sebastián, motejaban a los prudentes con burlas. Muchos vieron su ruina fatal, pero pocos, si acaso alguno, se atrevieron a hablar. El duque de Aveiro, con la autoridad de su gran alcurnia, insistió: el rey le dijo que si no quería luchar, podía embarcar. «Todo fueron errores cometidos por la mente de un solo hombre.»

Otro factor que hacía desconfiar a los hombres maduros sobre el éxito de la acción fue la impiedad de los jóvenes. Desdeñaban profundamente a Dios y se jactaban de desafiar el talento y la experiencia. No se celebraba misa en el campamento, ni había «la oración general de rigor: sólo juegos de dados, disputas, cuestiones de honor, juramentos y deshonestidades.»

Y el astuto bereber, temiendo la guerra en la costa, no aparecía; vigilaba desde lejos, como un cóndor, listo para abalanzarse sobre su presa en cuanto la viera perdida en los arenales adustos, exhausta por el sol abrasador. Cuando llegó el momento oportuno, aparecieron nubes de jinetes fugaces y un numeroso ejército. Era el 4 de agosto. Quisieran o no, ya no era posible retirarse. Si no luchaban, morirían de hambre. Habían pasado siete días desde que partieron de Arzilla, y en el

campo no había ni siquiera «dos galletas o algo más que comer». La batalla duró apenas una hora. En el primer ataque, los *aventureiros* habían aniquilado a los moros: la temeridad desordenada y desmedida había sido tan grande que incluso se habían producido enfrentamientos para competir por los puestos en la primera línea; pero cuando ya resonaban los gritos de victoria, se oyó una voz que gritaba: «¡tened! ¡tened!», y los aventureros se detuvieron. Los moros regresaron entonces con un intenso fuego y cargas de su caballería. La vanguardia se retiró, y el grueso del ejército se dispersó. Había quince o dieciséis mil hombres reunidos como el lector ha visto, en su mayoría inexpertos, «arrancados a la fuerza del arado o de las cabras», por no mencionar a seis mil derrochadores y muchos carreteros y esclavos que no eran más que un estorbo. La derrota se advirtió de inmediato en toda su lamentable crudeza. «Gritos y lamentos por doquier, muertos sobre vivos y vivos sobre muertos, hechos pedazos, cristianos y moros abrazándose, llorando y muriendo, algunos sobre la artillería, otros con brazos y entrañas arrastrados por los caballos, destrozados, ¡y mucho más de lo que puedo contar, porque el dolor me atenaza al recordar lo que viví!» (M. Leitão de Andrade). El primer ataque, vertiginoso, arrasó con los enemigos; pero la falange portuguesa, penetrando como una flecha en medio del campo de los soldados africanos, fue aplastada en su victoria. Luego vino la masacre, y la más lenta tarea de atar a los prisioneros: ¡eran tantos que ya no quedaban cuerdas!

El suicidio aún era una virtud en las batallas; pero el ejército del rey Sebastián ya no poseía ni siquiera esa virtud. Pocos sabían morir; todos preferían rendirse. Pero el duque de Aveiro, ofendido en su orgullo por la respuesta del rey antes de la batalla, cruzó el campo como un ángel de la muerte, «todo manchado de sangre», y al encontrar al rey en la estampida, le dijo: «¡A ver si soy lo suficientemente hombre para embarcar!» Y partió. El rey Sebastián también partió, «cubierto de polvo y sudor, y con la camisa como el carbón, tan oscura como las espesas nubes de su amargura. Silencioso y sombrío, viendo desmoronarse su quimera, se defendía; y a quienes lo rodeaban, instándolo a huir, respondió con el silencio, lanzándose a caballo contra los enemigos. «¿Pero qué falta?», le preguntaron con ansiedad. «¡Morir!» Y continuó luchando, matando. «¡Morir, señor!», le dijeron entre lágrimas; y él, sereno y conciso: «Morir, sí; ¡pero lentamente!» «¿No hay otro remedio?» «¡El cielo!»

Y un tropel de africanos, como una ola gigante, lo arrasó todo y aplastó al último grupo de resistencia. Fue como un terremoto, como el derrumbe de una casa: cayeron como un torbellino de polvo y maldiciones, del que surgieron destellos de espadas como lenguas de fuego entre los escombros. Quienes lograron escapar no vieron caer al rey imberbe, ni su muerte: quedó sepultado en la oscuridad entre las ruinas de su locura...

Cuando la noticia del desastre llegó a Lisboa, la ciudad se sumió en la contrición y el espanto. Mujeres desaliñadas salieron a las calles, implorando clemencia, clamando por sus padres, maridos e hijos, ¡cautivos de los moros! Los pocos hombres que quedaban en Portugal se habían perdido en África; y la prueba era que el reino caía en manos del cardenal Enrique, tío del desdichado rey: el clérigo tímido y senil, incapaz de realizar ningún acto de valentía. Todos le suplicaban, todos lo rodeaban llorando, huérfanos y viudas, rogándole que rescatara a los cautivos. Y el reino «acabó despojado por el precio de los rescates».

Acababan su vida al mismo tiempo, como la patria portuguesa, los dos hombres —Camões, Don Sebastião— que en su agonía habían encarnado, en sí mismos, y en una quimera, el plan de la resurrección. En aquella tumba que albergaba, junto a los cadáveres del poeta y el rey, el de la nación, había dos epitafios: uno era el sueño sebastianista; el otro era, y es, el poema de los *Lusiadas*. La patria había huido de la tierra a la región etérea de la poesía y los mitos. En la tierra, sólo se veía al cardenal-rey, valetudinario, mamando como un niño de los pechos de María da Motta. ¡Y había quienes pedían al Papa que le permitiera casarse para asegurar la sucesión al trono! La sucesión estaba preparada a favor de Felipe, quien lo adquiriría todo, y ante quien todos se postraban reverentemente.

IV. EL SEBASTIANISMO

Pero el clamoroso acto de contrición, el gemido en las calles al oír las noticias de África, se ahogó de inmediato en la atmósfera corrompida: «Da para llorar y asombrarse de la locura de esta tierra», dijo un testigo. No había fuerzas suficientes, ni siquiera para soportarlo; y los desdichados, desesperados, se abandonaron a la protección del castellano, vendiéndose a él; se abandonaron a la protección mágica de *promesas*, votos y brujería. —El rey de Castilla, Dios, el diablo, cualquier mesías, ¡sálvanos!, porque el adorado Mesías, el joven redentor, murió (¡quizás no murió!) en África.

Y las ilustres damas de alta alcurnia vagaban por las calles e iglesias en una especie de peregrinación; y no había devoción piadosa que no practicaran, ni hechicería que no buscaran, para obtener noticias de los cautivos: era una época dorada para las santonas y beatas, que las despojaban de todo lo que poseían. Se las encontraba por doquier, en grupos, cumpliendo con sus devociones, veladas y descalzas, con semblante temeroso. Pero, en la prolongada languidez de estas costumbres, habían adquirido nuevas pasiones, y la frecuencia de las misas y procesiones se había convertido en una forma distinta de vicio, una nueva fuente de libertinaje. En las casas, no quedaba ninguna mujer ni muchacha negra; todas iban a las misas acompañadas de sus pretendientes, viejos necios o algún muchacho travieso, porque los hombres habían muerto o estaban cautivos en África. Todas se conocían en las iglesias y acudían allí como si fueran saraos. «Y hacían tantas galanterías que dudo que los maridos, si lo supieran, quisieran salir del cautiverio, para no verlas.»

Las mujeres coqueteaban, los hombres se vendían, y el cardenal Enrique rezaba y lloraba, sin saber qué decidir, pues había huido a Almeirim de la peste, que había vuelto a Lisboa. Felipe II ambicionaba el reino, el prior de Crato soñaba con repetir la hazaña del maestre de Avís, el duque de Braganza reivindicaba sus derechos; y el cardenal rey, temblando ante el pretendiente vecino, si bien se inclinaba hacia el duque por amistad, odiaba a don Antonio, en cuya mente residía la única esperanza de salvación para el reino, si es que este podía salvarse.

El prior de Crato no valía más ni menos que el maestre de Avís: quizá valiera más personalmente; sin embargo, la nación, que había sido un ser vivo y fuerte en el siglo XIV, agonizaba en el siglo XVI. Los pretendientes, con su codicia de herederos, afligieron al cardenal en su lecho de muerte, cuya vida se extinguía junto con la de la nación.

Tan pronto como murió el rey caquético, sin dejar nada resuelto, Felipe II ordenó la ocupación de Portugal; y el prior de Crato se preparó para repetir la historia de 1385. El duque de Braganza, retirado en Villa-Viçosa, cazaba en su palacio, indiferente al destino del reino; y el ejército castellano descendió del Alentejo a Setúbal, capitaneado por el duque de Alba.

En Lisboa reinaba Don Antonio, aclamado rey. La capital, obediente al yugo de un mesías importuno, anhelaba, sin embargo, el fin de la crisis. Deseaba entregarse a los brazos del tirano de Castilla, más poderoso y, por lo tanto, probablemente, más benévolo. Así como la ola de miseria había ido creciendo, invadiendo y ahogando, también lo había hecho la ola de locura; y quienquiera que vio Lisboa antes de la campaña africana y la ve ahora bajo el dominio del rey de Crato, reconocería que aún no se había alcanzado el paroxismo del delirio. Era una locura feroz, un terror desesperado: como sucede en todas partes cuando calamitosas desgracias desequilibran las fuerzas colectivas, ensalzando las ambiciones vulgares y dando el poder a los plebeyos y a los canallas.²⁹

29 Véase *Portugal contemporaneo*, I, págs. 119-127.

Así se encontraba Lisboa, ante la inminencia del ataque castellano. Tras doscientos años, durante los cuales se cerró el círculo de una historia brillante y meritoria, la capital, que había comenzado su andadura con una revolución, la concluyó con una *Comune*. Las mismas calles que habían presenciado las escenas de 1385, presenciaron las de 1580. El prior era un maestre de Avís, el conde de Vimioso, el Nunalvares de hoy. Allí estaba la escena, allí estaban los personajes; pero faltaban los coros, porque en esos doscientos años el pueblo había sido extinguido, masacrado en los palmerales de la India, devorado por mares embravecidos, asolado por las plagas³⁰. Sólo quedaban viles desechos, como los limos y los residuos que las olas abandonan con desprecio cuando huyen de vuelta al mar, en la playa estéril.

El gobierno del Prior de Crato en Lisboa fue una tiranía de fanáticos. Los nobles y los ricos habían abandonado la capital: permaneció una plebe enajenada, apoderándose de cargos y arsenales. Fue un reinado de demagogia. Lisboa parecía una ciudad antigua, y Don Antonio, un antiguo tirano de los plebeyos. Se acosaba a los fugitivos, a los tibios, y una vez capturados, se les arrastraba por las calles, apedreados e insultados, para obligarlos a alistarse en las caóticas levadas del ejército lisboeta. Del mismo modo que se formaban las tropas, se obtenían recursos: había asaltos a casas,

30 He aquí un censo de 1535 que describe los lugares representados en Cortes: (Santarem, Córtes geraes, doc. pp. 100 y siguientes.)

		<i>Vecinos</i>		
	<i>Villa</i>	<i>Término</i>	<i>Total</i>	
Tras-os-Montes	Villa Real	478	1.500	1.978
	Braganza	481	5.161	5.642
	Otras tres villas	979	2.168	3.147
Entre el Duero y Miño	Oporto	3.006	10.116	13.122
	Guimarães	1.405	3.553	4.958
	Braga	848	1.091	1.939
	Otras ocho villas	3.353	13.473	16.826
Beira	Guarda	379	1.942	2.321
	Lamego	472	1.018	1.490
	Vizeu	459	2.881	3.340
	Castello Branco	870	547	1.417
	Otras siete villas	2.640	9.883	12.523
Estremadura	Lisboa	13.010	4.024	17.034
	Santarem	1.988	3.387	5.375
	Thomar	737	1.516	2.253
	Abrantes	775	1.225	2.000
	Coímbra	1.329	3.241	4.570
	Aveiro	994	466	1.460
	Otras trece villas	3.304	11.014	14.318
Entre Tajo y Guadiana	Évora	2.813	788	3.601
	Montemor	889	705	1.594
	Elvas	1.916	438	2.354
	Olivença	1.053	186	1.239
	Beja	1.927	880	2.807
	Serpa	727	550	1.277
	Moura	875	747	1.622
	Estremoz	969	452	1.421
	Portalegre	1.224	195	1.419
	Setubal	1.220	35	1.255
	Otras 27 villas	10.578	5.573	16.151
Algarve	Faro	1.567	478	2.045
	Tavira	873	572	1.445
	Lagos	1.310	453	1.763
	Otras cuatro villas	1.126	1.939	3.065

El declive demográfico venía avanzando paulatinamente desde principios del siglo XVI, quizá, y los sucesivos reveses nacionales hicieron que, dos años después de Alcacerquibir, en el censo realizado entonces, se constatará que la población total del reino no alcanzaba el millón de habitantes. Entre los 18 y los 50 años no había más de 18.000 hombres, excluyendo a la nobleza y a quienes podían servir a caballo. (Véase *Mem. econ.* I, p. 133).

saqueos y violencia. El gobierno lo vendía todo: cargos y honores, desesperado por no encontrar compradores. Los judíos se libraban, redimiéndose con dinero. Los esclavos, alistados en las tropas, también eran liberados; y esta medida dio un nuevo tono a los disturbios, robos y asesinatos que se cometían con impunidad en todas las calles. Los tesoros y ornamentos de las iglesias fueron saqueados, los templos profanados. Los frailes recorrían las calles en formación, con corazas y cascos sobre sus hábitos, predicando sermones y órdenes. Con los hábitos arremangados, subían a los mojones de las esquinas y, espada en mano, hablaban de Dios, de la gloria que aguardaba a los Macabeos, de los castigos del infierno reservados para los tibios. Los conventos eran arsenales, y en las salas abiertas, hombres y mujeres escogían armas, maldiciendo. Era una auténtica Saturnalia.

Mientras tanto, el duque de Alba avanzaba con cautela. Como los enfermeros que rodean a un loco, acercándose, protegidos con cojines para evitar golpes, hasta ponerle la camisa de fuerza, así el veterano, con prudencia, fortificó Setúbal, rodeó Cascais por mar, asegurando las torres, y avanzó contra Lisboa, que fue sitiada y capturada.

En Alcántara (agosto de 1580) no hubo propiamente una batalla: fue el encuentro de una oleada fatal con un enjambre de hormigas desconcertadas. La artillería castellana arrasó rápidamente a los batallones de frailes, esclavos y vendedoras del mercado; y la caballería convirtió la derrota en una desbandada. Todas las fuerzas del Prior, del conde de Vimioso y del obispo de Guarda no fueron suficientes para sostener unas murallas que se venían abajo.

Los del senado de Lisboa imploraron al duque de Alba que los liberara de la tiranía de los revolucionarios; y los gobernadores, a quienes el cardenal había confiado el reino tras su muerte, refugiados en Castro-Marim, habían otorgado la corona a D. Felipe por decreto. Su general ocupó Lisboa, y al año siguiente (abril de 1581) las Cortes, en Tomar, lo aclamaron rey.

* * *

¿No hubo protestas contra la pérdida de la independencia? Sí las hubo; pero de tal naturaleza que constituyen una prueba más de la incapacidad de la nación para defenderla.

El prior de Crato, derrotado y en fuga, buscó en la política europea la ayuda que los portugueses le negaron; persistiendo en las Azores, y más tarde con expediciones dirigidas contra el continente, se obstinó en algo imposible de lograr, porque el pueblo, oprimido y miserable, no confiaba ni esperaba nada de los hombres: lo pedían todo a Dios y a un milagro.

Al igual que los antiguos judíos de Palestina, los portugueses habían amasado con sus lágrimas la quimera del mesianismo. Devastada, derrotada y finalmente vendida, la nación era un cementerio, los hombres como sombras, las agitaciones mesiánicas como fuegos fatuos que flotaban en el aire, suspendidas en la oscura sombra de la noche de la desgracia. Los macabeos de 1580 no habían sabido blandir la espada; y el pueblo, habiendo perdido el sentido de su realidad, como un todo y como una fuerza, se abandonó a esperar el regreso del Mesías, Don Sebastián: el príncipe encantador, el niño divino, que sí había sabido aspirar a la salvación común, ¡que sin duda vendría a redimir a la nación!

Nadie presenció la muerte del rey; Sebastião de Rezende encontró su cuerpo ya desnudo; lo vistió con un jubón blanco holandés y, pasándolo por la silla del caballo, lo montó sobre sus flancos, llevándose consigo. Los prisioneros redactaron un informe, reconociendo aquel cuerpo como el del rey; pero más tarde se dijo que lo habían hecho para facilitar su huida, privando al enemigo de toda esperanza de capturarlo; y si al principio el terror del cataclismo les había hecho olvidar las circunstancias de la muerte oculta, pronto las mayores desgracias que siguieron despertaron en la gente la sospecha de que el rey Sebastián seguía vivo. Su agradable fisonomía, sus propios errores convertidos en virtudes y, finalmente, su trágica historia, sentaron las bases para su beatificación, que comenzaba a gestarse. El pueblo cristalizó sus ideales, transfigurando al hombre en símbolo de sus esperanzas y anhelos.

Tras la batalla, un fugitivo enmascarado llamó a las puertas de Arzilla, haciéndose pasar por el rey Sebastián y pidiendo que las abrieran. El testimonio del capitán de Arzilla fue inútil, al igual que el del propio mentiroso. El pueblo creyó que se trataba de un engaño, urdido contra su esperanza por los hombres miserables, corruptos y deshonestos que los gobernaban. Cobardemente habían abandonado al héroe, y ahora temían su ira, pues regresaría para juzgarlos y condenarlos.

Desde que se había entregado a esta esperanza mística, desde que el mesianismo, síntoma supremo de la consunción nacional, llevaba al pueblo a confiar con seguridad en un milagro inminente, Don Antonio, un falso mesías, se esforzaba en vano en reclamar la ayuda del pueblo contra el castellano.

Los profetas Bandarra y Simão Gomes, el zapatero santo, inspirados, cantaron la epopeya del héroe y las condiciones bajo las cuales aparecería para redimir a su pueblo: así como en Judea Cristo había sido salvador de la nación antes de ser redentor de almas, el Cristo portugués también extendería su imperio a tierras lejanas, y su época sería la era de la redención. El mesianismo de Judea también había buscado en los recuerdos recientes del glorioso reinado de Hircán la raíz positiva de su formación etérea, del mismo modo que la figura del príncipe imberbe y desdichado fue la raíz del edificio místico portugués.

En 1584-85 apareció el Mesías, encarnándose sucesivamente en dos hombres, quienes también tuvieron su pasión, su cruz. El primero, *o rei de Penamacor*, era alfarero; el segundo, *o rei de Ericeira*, era cantero. Uno apareció en las laderas de la Serra da Estrela, cerca de la frontera; el otro, al pie de la Serra de Sintra, cerca del mar: ambos en el corazón del país, en su espalda, cerca de la columna vertebral, donde vibran las conmociones centrales del organismo, en esa sierra donde habitan los portugueses de pura cepa. Cuando el alma nacional estalló en un sollozo íntimo, el grito no pudo ser ahogado ni en el norte gallego ni en el sur turdetano.

Estos dos reyes del pueblo no son impostores ni charlatanes, como tampoco lo fue Jesús. No son, como el prior de Crato, falsos mesías, políticos astutos y audaces: son hombres sencillos, tan sencillos como el pueblo que los aclama y sigue. Por un misterio, oculto a la razón, el alma colectiva se ha encarnado en ambos, y son verdaderos Cristos nacionales. No se atribuyen este título, como tampoco lo hizo Jesús; pero cuando se les dice: «¡Tú eres el rey!», creen; como creyó Jesús cuando le dijeron: «¡Tú eres el hijo de David!». Sólo el pueblo consagra a los verdaderos Cristos, y ¡ay de aquellos que, sin consagración popular, usurpan esta dignidad!

Ambos murieron en el cadalso, como Jesús en la cruz; pero su agonía hizo arraigar la fe en el alma del pueblo, porque la esencia misma de la sublime locura colectiva es protestar contra las imposiciones de la realidad, del mundo, de los sentidos. Elevándose inconscientemente al reino de un mundo ideal indefinido, la fe y los milagros que produce son la corona de la divinización de la humanidad...

Los dos reyes del pueblo no podían ser, evidentemente, el rey Sebastián, pero, no obstante, era un hecho que nadie lo había visto morir. Circulaban tradiciones sobre su huida, y nada descartaba la posibilidad de que, en efecto, se escondiera en algún lugar de Europa. Los emigrados que acompañaban a Don Antonio en París ardían de deseo de que se confirmara esta sospecha; y hubo quienes, tras las revueltas de Penamacor y Ericeira, incluso consideraron falsificar un rey Sebastián para presentarlo a la adoración del pueblo portugués, enarbolándolo como estandarte de la rebelión contra los castellanos.

De estos dos motivos surgieron las aventuras de Madrigal y de Venecia, cuyos héroes fueron *el pastelero* y Marco Tullio el calabrés. No nos detendremos en relatar estas historias, meras curiosidades sin trascendencia. Si el pastelero logró conquistar el amor de Doña Ana de Austria, enclaustrada; si el veneciano consiguió ser predicado por el primer apóstol del sebastianismo, Dom João de Castro, nieto del virrey y san Pablo de la religión portuguesa; si ambos acabaron torturados, pagando con sus vidas por su impostura (1594-1603), son simples curiosidades históricas, y en la nuestra sólo nos proponemos rastrear la derrota del sentimiento popular.

Para éste, todos los sucesivos reyes Sebastián eran verdaderos, y se volvían falsos al morir. Deificar al rey, transferir su reinado de este mundo al otro, transfigurar la esperanza y trascendentalizar la fe, como había ocurrido en Judea, era algo que el espíritu portugués no podía lograr. Todo se oponía a ello; y este fenómeno de embriología religiosa no entraba en la categoría de religión. No sólo el catolicismo, ya mesiánico en sí mismo, lo impedía radicalmente, sino que además la raza carecía de los dones elementales con los que el helenismo, infiltrándose en las tradiciones judías, había convertido al mesías en un dios, al imperio en una apoteosis, en una edad dorada, la edad eterna e ideal del espíritu.

El carácter realista de la leyenda se mantuvo. El rey Sebastián siguió siendo un héroe, y el Cristo nacional no alcanzó la divinidad. Sin embargo, las sucesivas decepciones y el paso del tiempo, que con el tiempo privó al hombre de la posibilidad de una existencia real, al no poder elevar la leyenda al ámbito del dogma, la condujeron al del mito; al no poder trascenderlo, la naturalizaron; al no poder transfigurar al rey en Dios, lo convirtieron en héroe: Heracles y no Zeus, el Arcángel y no el Verbo.

A través de los movimientos de la psicología colectiva íntima, a través de la historia de los sentimientos inconscientes de la nación, el observador puede penetrar en las profundidades de los orígenes étnicos, ocultos por doquier por las sucesivas excrecencias del influjo extranjero, la intervención del azar y la vitalidad de las tradiciones.

Y cuando vemos que el alma religiosa de la nación, replegándose a su núcleo más íntimo, creando espontáneamente una fe junto al catolicismo dogmático y trascendente, impuesto, importado y mal definido en las conciencias, construye esta fe con los materiales conocidos de las antiguas religiones naturalistas de los celtas; cuando vemos que el rey Sebastián se transforma en un rey Arturo, oculto en la exuberante isla de los bardos, nos vemos, en efecto, llevados a suponer que el elemento étnicamente dominante en las poblaciones de Portugal es celta, puesto que sus frutos ingenuos y espontáneos tienen el color y la forma de los productos de esa raza.

La leyenda del rey Sebastián no es la única prueba de ello; pues ya hemos observado manifestaciones del amor ingenuo por la naturaleza, del entusiasmo sincero del heroísmo, de la nebulosa sentimentalidad de la poesía. Para nosotros, el sebastianismo es una prueba póstuma de nacionalidad. En la hora de la agonía final, los violentos sollozos del pueblo llevaron a sus labios la voz íntima y, con elocuencia y fuerza, expresaron el pensamiento orgánico y natural. Como en los terremotos geológicos, la revolución de los materiales ardientes subterráneos impulsó a las capas superiores, elevándolas y separándolas; y dejó al descubierto la osamenta de los granitos, arrojando un torrente de fuego vivo.

Pero si en lo más profundo del alma nacional ardía ese fuego celta, ¿por qué sus manifestaciones estaban condenadas a ser tan indecisas, casi oscuras, en las épocas ordinarias de la vida? ¿Por qué aparecían sólo en tipos excepcionales (Nunálvares, D. João de Castro), o en momentos de crisis, crisis de entusiasmo, como cuando nos lanzamos al mar, o de desesperación, como cuando nos hundimos en un mesianismo sepulcral? ¿Por qué la vida de la nación era una existencia pálida e incolora, sin carácter distintivo ni fisonomía bien definida? ¿Por qué los grandes hombres, en su apogeo, eran como los héroes de Cartago o como los emperadores de Mongolia? Y su religión, como el culto africano a los dioses de la orgía ¿Por qué una raza que ahora sentía con tanta fuerza su propio genio no podía, por fin, construir una historia, instituciones y religión propias de ese genio, como en Irlanda, Escocia o Bretaña?

Porque la definición de nacionalidad no obedecía a las leyes de la naturaleza; porque la nación portuguesa era, como tal, fruto de los actos de voluntad de ciertos hombres; porque a la gente lusitana se le agregaban en el norte los gallegos, por los que corría mucha sangre sueva, en el sur por los turdetanos, por los que corría mucha sangre bereber, y la población se formó a partir de la combinación de los tres grupos; y porque, finalmente, ni el hábitat de los celtas de Lusitania correspondía a una unidad geográfica adecuada para mantener la vida independiente del pueblo, ni

las fronteras, delimitadas por la política, a una expresión territorial que nos protegiera de las incesantes, imperiosas y multiformes influencias del extranjero³¹.

Sólo un principio subjetivo, que es la Voluntad, podía cohesionar esta amalgama de elementos, este conjunto sin unidad natural; y la nación portuguesa vive mientras viva el patriotismo. Este deseo, que sólo es una ambición personal en los reyes de la primera dinastía, es un sentimiento colectivo en la segunda; y el desarrollo de las ideas hace que los monarcas se sientan representantes, órganos y símbolos de un acto que no obedece a las leyes de la naturaleza física, sino que proviene de los órdenes de la naturaleza moral. Portugal fue una nación como Judea y un imperio como Roma. Y así como, en las profundidades de las manifestaciones romanas, aparece la raíz del latín, así también aparece entre nosotros la lusitana o la celta. Pero, del mismo modo que el acto de conciencia se extendió, más allá de la esfera natural de la raza, a la esfera política y social de Roma, así también sucedió con Portugal. La nación no fue un simple producto de cualidades naturales; su historia no es meramente un desarrollo orgánico o impersonal: es una sucesión de actos voluntarios, de planes de estadistas.

Por eso mismo, en Roma y en Portugal, Virgilio y Camões, dos verdaderos poetas épicos, inspirados por ideas y no meramente impulsados por el temperamento colectivo, son la expresión más completa del genio de ambas naciones.

Quien observe con atención la fisonomía de la *Eneida* o de las *Lusíadas* verá que, más allá de las manifestaciones conscientes del pensamiento moral, aparecen, sin embargo, las confesiones espontáneas del genio natural. El misticismo rural de Virgilio traduce el alma del Lacio; el amor ingenuo por la naturaleza, la atracción irresistible del mar, traducen, en Camões, el alma lusitana. Los críticos han señalado la afinidad literaria entre el poema de Camões y el de Virgilio: dejemos constancia de una diferencia. Los *Lusíadas* cantan al pasado y son un epitafio. La *Eneida* fue una apoteosis, un canto a la *aurea sæcula*, la edad presente, de Augusto César, hijo de los dioses...

El alma portuguesa, ingenua en su candidez, ahora que el edificio imperial se había derrumbado, desarticulado y condenado el sistema de ideas patrióticas que había dado vida a la nación desde el siglo XIV, rompió a llorar, buscando en el seno de la naturaleza, donde halló refugio, una salvación que ya no podía esperar de las ideas, los sistemas, los héroes ni los reyes en quienes había confiado durante dos siglos. La obra temeraria de los hombres se desplomó; y el pueblo, abandonado y perdido, abrazó la naturaleza, convirtiendo al legendario Don Sebastián en un genio, un espíritu, y su historia en un mito.

El sebastianismo fue, por tanto, una simple explosión de desesperación, una manifestación del genio natural e íntimo de la raza y una abdicación de la historia. Portugal renunció a la realidad mediante un mito; murió para la historia, se disolvió en un sueño; se envolvió, para entrar en el sepulcro, en el sudario de una esperanza mesiánica.

Aquí se puede apreciar la insensatez de quienes, como el sebastianismo, esperaban derrocar al rey de Castilla. D. João de Castro, el apóstol de la religión, acumuló texto tras texto, invocó a las Sibilas y a los Santos Padres, los Evangelios y el Apocalipsis, para demostrar que Don Sebastián vendría a salvar a Portugal; y ninguno de los apóstoles comprendió que el mesianismo sebastianista se había convertido en un milagro y en una esperanza fúnebre. Al igual que San Pablo, los apóstoles sólo debieron haber aconsejado la muerte, ¡porque esa era la única ambición del pueblo!

31 Véase *Las razas humanas*, I, pp. XXVIII-XXXV.

LIBRO VI.

LA DESCOMPOSICIÓN

(Dominio español 1580-1640; Casa de Braganza 1640-1777)

«Hemos caído en la hipocresía, o mejor dicho, en la piedad. He cansado a Su Majestad, ojalá pudiera pasar volando por aquí, pero me temo que no puedo. El tema es de suma importancia.

D. Francisco Manuel, *Carta de Guía de Casados*.

I.

LA EDUCACIÓN DE LOS JESUITAS

Puesto que el destino había concedido a las dos naciones de España el dominio sobre los nuevos mundos que habían descubierto, las cortes de Madrid y Lisboa prevalecieron sobre todas las demás en Europa; y la Península, donde San Ignacio había visto la luz, España cuyo misticismo había formado el cuerpo de la doctrina de la *Compañía*³², fue por más de una razón el punto focal de atracción para la fuerza reformadora de la nueva milicia eclesiástica.

En respuesta al violento estallido de heroísmo entre los hombres del Renacimiento, el jesuitismo predicó la doctrina de la sumisión y proclamó la obediencia sistemática. San Ignacio recomendó a sus discípulos portugueses que hicieran una completa renuncia a su voluntad, que ofrecieran con sinceridad su libertad al Creador, a través de sus ministros: ¡un don providencial! Pero esta abdicación formal de la voluntad, así predicada, no era simplemente una norma de conciencia religiosa: el jesuitismo había logrado reconciliar la trascendencia con la realidad y dotar al misticismo de un carácter práctico. Era una orden de moral positiva y el primer principio de la educación: el sacrificio de la voluntad es una verdadera abdicación, en manos de los confesores y ministros de Dios, los sacerdotes de la Compañía.

No basta, sin embargo, con sacrificar la voluntad, pues el hombre moral también vive de la inteligencia; y nadie ha sabido leer las intimidades psicológicas de la humanidad como San Ignacio y sus compañeros. Además de la voluntad, escribió el fundador, es necesario ofrecer el entendimiento, teniendo no solo la misma voluntad, sino también el mismo pensamiento que el superior. Este segundo sacrificio, más íntimo y difícil, reducía finalmente al discípulo a una pasividad ideal. Sin embargo, la pasividad no era una abyección, porque en la persona del ministro o superior estaba la palabra de Jesucristo, en sus palabras y en sus órdenes, la intención divina: «No consideréis al superior, sea quien sea, como un hombre sujeto a error; más bien, fijaos en Aquel a quien obedecéis en hombre, en Cristo: buscad en vosotros mismos las razones que puedan defender sus mandamientos.»

El ministro o superior ciertamente no es impecable, pues es un hombre; pero en el mundo, imperfecta imagen de la sociedad celestial, rigen las ideas, del mismo modo que el sol nos ilumina incluso cuando no podemos verlo. Las debilidades e imperfecciones del espíritu humano son como

32 Véase [Hist. civil. ibérica](#), libro IV, 3-4.

la niebla que oscurece el foco de una luz, o como la incapacidad de las palabras para expresar toda la profundidad y delicadeza del pensamiento. Esta luz íntima, este primer principio oculto, es la Obediencia; porque el Universo es la gran monarquía de Jesús, emperador absoluto de las voluntades y los pensamientos. Obedecer, por lo tanto, es siempre tener razón; incluso cuando, debido a la fragilidad humana, la orden pueda ser errónea. La autoridad es en sí misma impecable, aunque sus manifestaciones a veces nos parezcan erróneas.

Tal fue el primer principio de la reforma jesuita; y entre los diversos monumentos a la capacidad del espíritu humano que nos legó el Renacimiento, ninguno lo supera en grandeza, porque ninguno se atrevió a abordar de frente, con mayor valentía ni con más fuerza íntima, los problemas de la religión y la moral. Fundar la libertad en la abdicación, construir el orden moral sobre la ruina de la voluntad, suponía contradecir el racionalismo y el misticismo de tal manera, confundir lo ideal con lo real, lo divino con lo humano, que el mundo, sometido a la educación jesuita, dominado por la profundidad del pensamiento, corría el riesgo de acabar ahogado en una paradoja del genio.

El mundo reaccionó; pero nosotros, los portugueses, hijos de aquella España en cuyo seno había nacido el monstruo, acabamos, efectivamente aplastados por los fríos y poderosos giros de aquella serpiente de nueva especie, ahogados, exhaustos, cadavéricos, ya sin alma, pensamiento ni voluntad.

Una revolución tan íntima y constitucional que pretendía modificar la naturaleza humana, con el fin de alterar el orden mundial, exigía que la Compañía fuese, ante todo, instructora y educadora. La predicación y el ejemplo que habían bastado para las órdenes mendicantes en el siglo XII ya no eran suficientes; pues entonces los apóstoles buscaban convertir a los hombres mundanos a la entrega total a Dios; y ahora, los nuevos misioneros querían formar desde el principio un ser humano distinto y transfigurar el mundo sin aniquilarlo.

El jesuitismo no condenaba al mundo ni al hombre, como lo habían hecho los místicos antes. Amaba la naturaleza y al hombre, la actividad y el conocimiento; pero todas estas cosas eran para él meros aspectos de realidades íntimas, instrumentos ciegos de una obra misteriosa y santa. El imperio de Cristo en la tierra, el mesianismo que hasta el año 1000 había sido una esperanza realista, y que después se transfiguró en una abyección mística, en una condena formal del mundo, de la naturaleza y del hombre, ahora resucitado bajo una nueva forma. La obediencia piadosa, la abdicación, lograría lo que ni la taumaturgia ni el misticismo habían conseguido: fundir en una sola esencia a Dios y al Hombre, el cielo y la tierra, lo absoluto y lo contingente; resolver aquella eterna e insoluble cuestión que, desde Alejandría, había enloquecido mentes y amenazado la solidez y el futuro del cristianismo.

El milagro que Europa había aguardado durante seis siglos, creían los jesuitas, se realizaría educando al hombre y transformando el mundo: transfigurándolo, a partir de realidades positivas, en seres vivos y autónomos, en aquellos aspectos que la razón trascendente descubre en la realidad. El hombre se convertiría, no exactamente en un autómatas, sino en un cadáver, un fantasma, la representación impersonal de una idea. Viviría como si estuviera muerto, conservando la forma, pero no el alma. Y así, la instrucción, la fuente de su fuerza (porque, en el siglo XVI, la influencia del conocimiento ya prevalecía sobre la del brazo), sería también meramente formal.

Examinaremos, sucesivamente pero de forma sucinta, cómo se tradujo esta filosofía en instituciones y política; y el lector nos disculpará por extendernos en este tema, pues, sin comprender la naturaleza intrínseca del jesuitismo, jamás entenderemos la historia nacional de los siglos XVII y XVIII. Portugal se convirtió en el bastión de la Compañía, y la dinastía Braganza, su creación, fue su mejor discípulo.

* * *

Frente al misticismo protestante, los jesuitas habían defendido la razón y la ciencia en Trento³³; y ahora, ante los inevitables conflictos entre la religión revelada y la filosofía, les otorgaron a ambas un carácter efímero y un significado falso que, a juicio de sus fundadores, se ajustaba a todas las cosas reales. Redujeron la fe a catecismos dogmáticos y la moral religiosa a casuística. En filosofía, mantuvieron todo lo ajeno a ella, exagerando el lujo ostentoso de una retórica inútil y vana, y conduciendo a las mentes al silencio mediante una erudición miope, un aparato de sabiduría fundamentalmente ignorante. El creyente y el sabio, la religión y la filosofía, eran fórmulas áridas, estatuas mudas de cosas que alguna vez tuvieron vida. El jesuitismo disecó el mundo y el hombre.

La firme disciplina, el entusiasmo por una doctrina ingeniosa en su paradoja, impulsados por el temperamento heroico de San Ignacio y la perspicacia del profesor Laínez, otorgaron a la educación jesuita una indiscutible superioridad desde sus inicios. El éxito confirmó las predicciones de los fundadores; y todos coincidían, incluso en la Alemania protestante, en que los jóvenes aprendían más y mejor con los jesuitas. Las lenguas clásicas constituían, durante el Renacimiento, el fundamento de la educación clásica. Nadie superaba en erudición a los profesores de los colegios que la Compañía extendía por doquier: por cada templo que erigían, fundaban una escuela. Así, llegaron a contar con 25 universidades y 150 centros de estudios generales propios.

Laínez había reconocido con perspicacia los efectos devastadores de la gramática sobre el espíritu sensible de la infancia. Las fórmulas abstractas e incomprensibles para la imaginación, las definiciones metafísicas (cuidadosamente evitadas en la educación superior), eran idóneas para deslumbrar y desconcertar las mentes infantiles, cuyas impresiones perduran toda la vida. El catecismo de Canisio acudió en auxilio de la gramática; y mientras que ésta, con sus abstracciones, agotaba la fuente viva de la imaginación, el extenso rosario de preguntas y respuestas entrelazadas, infalibles, cristalinas en su oscuridad, realistas y prácticas, atrofiaba desde su origen el sentimiento ingenuo y cálido sobre el que se sustenta la religiosidad íntima. Finalmente, al combinar el catecismo y la gramática con fórmulas y prácticas devocionales, siempre reguladas y vinculadas a fetiches (rosarios, objetos sagrados, reliquias, etc.) para que el espíritu no se perdiera en la espontaneidad ni se separara del mundo positivo al de los sentimientos o la imaginación, los jesuitas lograron, en efecto, su objetivo era crear una sociedad de personas piadosas y pedantes, exteriormente religiosas y sabias, en completa armonía, sin disputas, riñas, protestas ni contradicciones, porque habían logrado agotar las fuentes de la vida moral e intelectual.

Así como sustituyeron la oración con la devoción, y la religión con la práctica religiosa, también reemplazaron la espontaneidad reprimida por la emulación, para provocar el fervor de los estudiantes. Laínez fue el inventor de los *premios*, que se distribuían solemne y públicamente para recompensar los logros de algunos discípulos, hiriendo y deprimiendo a aquellos menos capaces o menos afortunados.

Guiados, recortados, ordenados y corregidos como árboles que se extienden en pérgolas estrafalarias, los discípulos ingresaban en los estudios superiores. Allí, las materias seguían siendo nominalmente las mismas, pero esencialmente diferentes. En Teología, se reemplazaba la escolástica con los Santos Padres; en Derecho, se desterraba el método histórico, limitándose a los apuntes de los profesores y al libro de texto; en Medicina, se suprimía la anatomía, sin la cual el estudio era una quimera; y las Matemáticas, reducidas en Coímbra a una sola cátedra como mero entretenimiento, se limitaban en Évora a un curso elemental. La enseñanza de la Filosofía, prolongada durante tres o cuatro años, era una forma de entretener, con frases vacías y disertaciones estériles, la actividad mental de los discípulos, desviada del pensamiento a la retórica. En tres o cuatro años, sólo se dedicaban otros tantos días a la idea del Ser. Y en cuanto a la Sustancia, los primeros principios, la libertad y la eternidad de Dios, no estaba permitido disertar ni investigar: *nihil dicant, nihil agant*.

33 Véase *Hist. civil. ibérica*, libro IV, 4.

Precursores del positivismo, propusieron temerariamente fijar los límites del imperio de la razón, construyendo mojones fronterizos más allá de los cuales no se permitía ir: «*Questiones de Deo... praetereantur*». Que nadie plantee nuevos problemas: «*Nemo novas introducat questiones*». Y como la naturaleza, vengándose de esta disciplina árida, práctica pero irracional, multiplicó los necios, a pesar de su sabiduría, el jesuitismo, previendo la hipótesis, ya había designado el lugar de los ineptos: aquellos que son ineptos para filosofar, que sean destinados a la casuística.

Tal fue el sistema educativo introducido en Portugal; y en esta escuela se formaron los Braganzas, y el reino del que hicieron a los jesuitas sus administradores.

* * *

Entre las medidas adoptadas durante el reinado del rey Juan III, como el lector ya ha visto, se encontraba la reforma de la antigua universidad nacional. Fundada en Lisboa en la última década del siglo XIII por el rey Dionis, la universidad se trasladó a Coímbra en la primera década del siglo siguiente: el bullicio de una capital no favorecía el progreso de los estudios. El rey Fernando, sin embargo, la restableció en Lisboa en 1375, pero pronto regresó a Coímbra en 1431 bajo el auspicio del príncipe Enrique el Navegante. El lector sabe cómo los hijos del rey Juan I, a quienes se puede llamar, sin exagerar, los fundadores del noble y glorioso Portugal del Renacimiento, se convirtieron en los iniciadores de la eminente cultura de aquella época. La literatura, las artes, las ciencias y la filosofía, traídas en forma de semillas a esta tierra humilde de una nación rural y algo provinciana, fueron verdaderamente una importación; Pero la semilla echó raíces con tal fuerza que dio origen a la brillante y perdurable historia de nuestros descubrimientos, nuestras conquistas y nuestras colonias. El declive fue rápido y terminó en una fúnebre tragedia.

Pero mucho antes de Alcacerquibir, los síntomas de la decadencia ya eran visibles y conocidos. El gobierno que envió a D. João de Castro a la India para sofocar el deplorable desorden de los territorios de ultramar reconoció la necesidad de revitalizar los estudios decadentes y adulterados. La ciencia, una planta exótica traída del extranjero al seno de un pueblo en el que la curiosidad intelectual no es una característica prominente, se había marchitado. ¿Cómo podía revivir? ¿Cómo podía renovarse una tradición moribunda? Mediante la llegada de personas del extranjero, contratando a sabios para iluminar las mentes de un pueblo naturalmente inclinado a la inercia intelectual. La empresa de D. João III precede a la del Marqués de Pombal, tanto históricamente como por su alcance expresivo para comprender el carácter del pueblo portugués. El gobierno reformista no se limita a ampliar el ámbito de los estudios universitarios: trae profesores de todas partes para enseñar a los nacionales estas nuevas materias: las conquistas del espíritu, contemporáneas y paralelas a los descubrimientos y conquistas de Oriente y América, e ideas religiosas formuladas en oposición a las doctrinas de la Alemania herética y mística.

En París existía desde hacía tiempo una colonia de estudiantes y médicos portugueses, intelectualmente desnacionalizados, pero que sin duda, mejor que nadie, podían poner en práctica el pensamiento del rey Juan III. Por ello, por orden suya, Marcos Romeu, doctor de la Sorbona, vino a enseñar la teología con su compañero Payo Rodrigues Villarinho. Thomaz Rodrigues y Henrique Colhar vinieron a enseñar medicina, junto con Pedro Nunes, el Dr. Reinoso, el Dr. Franco y el Dr. Luis Grego. Alcalá nos envió castellanos célebres, como Alfonso del Prado y Francisco de Monzón, maestros en teología; así como Azpilicueta Navarro, Alarcón y Morgovejo, doctores en cánones. Para el derecho, vinieron de Castilla e Italia los doctores Fabio y Ascanio; y para enseñar latín y griego, «el rey Juan I ordenó que viniera todo un colegio desde París.»

Parecía que una nueva era intelectual estaba a punto de comenzar, y Portugal demostraría la fuerza y la originalidad de su pensamiento. El marqués de Pombal debió haber previsto lo mismo para el futuro; pero, transcurridos dos siglos, los intentos de adaptación fracasaron igualmente y por razones similares. El lector ya ha visto cómo el espíritu reaccionario y primitivo protestó contra los gastos de la Universidad en tiempos del rey Juan III: la ola creció, y durante el reinado del rey

Sebastián, los cabildos de los Tres Estados (1562) solicitaron la abolición de los estudios en Coímbra, destinando sus ingresos a los gastos de la guerra.

Pero ¿era la petición ingenua o sincera? ¿Acaso no existía ya alguien capaz de inspirar o explotar la protesta de un pueblo carente de curiosidad científica, dotado únicamente de energía militar y religiosa? Tal vez. Durante tres años, los jesuitas habían transformado su colegio de Évora en universidad, al no haber podido tomar Coímbra. Veintidós años antes, Simão Rodrigues de Azevedo y Paulo Camerate habían llegado a Setúbal, enviados desde Roma por Loyola, a quien el rey Juan III había solicitado sacerdotes para la misión en el reino. Convocó a los jesuitas y les encomendó la enseñanza.

Además de la educación primaria y secundaria, el piadoso rey creía estar culminando la labor de reforma de los estudios iniciada con la reorganización de la Universidad. El jesuitismo, infiltrándose sigilosamente en la cultura humanista y racionalista del Renacimiento latino, la pervirtió, tanto en Portugal como en el extranjero, erosionándola; y fue ascendiendo hasta controlar todo el sistema de instituciones educativas.

En 1542 se fundó el colegio de Coímbra, seguido poco después por el de Sanfins, en Minho; en 1554 el cardenal D. Henrique, más tarde rey, fundó el de Évora; en 1560 se inauguró el de Oporto; y veinticinco años después, tras la introducción de la Compañía, sus colegios se extendieron por todo el reino.

Sin embargo, no bastaba con simplemente combinar el nuevo método con la antigua enseñanza: la Compañía no solo quería competir, sino dominar por completo. Si bien no lo logró, luchó contra las órdenes monásticas, que se quejaban de que los jesuitas les estaban robando a sus jóvenes más brillantes, enviando emisarios por todo el reino para captar discípulos, reduciendo las tasas de matrícula, etc. No obstante, la firme protección de la Corona pronto les otorgó el monopolio de la educación. En 1555, el rey Juan III les concedió la Escuela Superior de Artes de Coímbra, donde se impartían los cursos preparatorios para la Universidad, prohibiendo a los estudiantes acceder a las facultades de Derecho y Derecho Canónico sin un certificado de la Escuela Superior. Finalmente, en 1559, al fracasar en su intento de confiscar la Academia del rey Dionis, transformaron la Escuela Superior de Évora en Universidad, con el objetivo de superar a Coímbra. Y el éxito estuvo a la altura de las expectativas: en 1660, Évora otorgó doctorados a 248 estudiantes, y a 404 cincuenta años después. Los jesuitas también estaban tomando el control de la educación superior por otros medios: todo miembro profeso de la Compañía, aprobado por ella, era admitido a obtener títulos en Coímbra gratuitamente; y, por último, cualquier jesuita, con doctorado dondequiera que lo obtuviera, tenía los mismos derechos que los doctores de Coímbra. El Colegio había existido bajo la dirección del rector de la Universidad, pero los jesuitas rechazaron la tutela.

En la educación secundaria, se estableció el monopolio a favor de los colegios, ya que las órdenes religiosas tenían prohibido impartir clases públicamente, limitándose a la instrucción de sus novicios. En Évora, capital de la educación jesuita, la enseñanza estaba prohibida no sólo para los conventos, sino también para particulares. Con las órdenes religiosas excluidas de la educación, la educación laica gratuita prohibida, la autoridad de los obispos derrocada y la universidad jesuita sustituida por una universidad estatal, la Compañía logró llevar a cabo su programa, cuyos frutos se hicieron patentes cuando el rey Juan IV, escogido por la Compañía para que le sirviera, ordenó a todos los doctores y estudiantes jurar la Inmaculada Concepción de María.

* * *

Además de impartir clases, la Compañía también predicaba; y así como dominaba a las órdenes monásticas en los bancos de las escuelas, las dominaba en el púlpito, pues, como reina en Roma, monopolizaba las indulgencias y los jubileos con los que atraía a todo el pueblo para escuchar a sus predicadores. En los colegios, dando conferencias y predicando en las iglesias, también dominaba los patios y las calles, enseñando el catecismo a los niños del pueblo, quienes

llegaban en procesión, convocados por el instructor de los niños, el padre Ignacio, con el estandarte en alto y la campana repicando por las calles.

Estas campañas del popular maestro, sin embargo, no se limitaban a la enseñanza del catecismo. Seguido por su ejército de catecúmenos, invadía los patios, donde la gente se entretenía escuchando las comedias y obras de teatro de sus autores favoritos, siendo Gil Vicente el primero de todos. El padre Ignacio subía al escenario, expulsaba a los actores, se santiguaba, predicaba y transmitía la doctrina.

¿Por qué ese odio a las comedias? Por la libertad con que acusaban el la actuación deslucida del Papa, aconsejándole imitar la vida de los antiguos pastores; por la irreverencia, la falta de sumisión y obediencia con que el pueblo aún se atrevía a aplaudir. Así como la Compañía, sin destruir la enseñanza, la había pervertido, así también era necesario que hiciera con la educación teatral y literaria.

En los siglos XV y XVI (1385-1580), Portugal logró presentar su propio carácter nacional, establecer una existencia independiente y consagrarla para siempre en los monumentos de una breve pero espléndida literatura. El patriotismo, sin embargo, sigue siendo una afirmación de fuerza, una rebelión contra la obediencia; y para que las naciones vivan virtuosamente, es necesario que se confiesen humildes servidores del Vicario de Cristo, que a su vez es servidor de la Compañía. ¡Ay del pueblo, ay del rey, que se cree digno de algo por sí mismo! La tipología del soberano y del rebaño es la de D. João IV, piadoso y vacío; es la del pueblo portugués, pálido y débil, con la cabeza vacía, los labios siempre ocupados en recitar letanías y rosarios, las rodillas doloridas por los largos jubileos, para obtener indulgencias.

Ahogar este viejo orgullo nacional resulta aún más necesario dadas las repetidas desgracias y la pérdida de Oriente, que muestran que Dios lo condena. La educación nos transforma: que el teatro y la literatura no perjudiquen esta labor, recordándonos cómo eran las cosas en el pasado. Puesto que el pueblo carece de distracciones, ofrezcámosles algunas, pero inocentes y piadosas.

De este modo, la Compañía fundó su propio teatro, deslumbrante con intrigas y farsas, e inventó el inocuo e insípido género de la tragicomedia latina, en el que el poema, tan anodino, desaparecía ante el esplendor de la escenografía. Al mismo tiempo, con los Índices expurgatorios (1564, 1581, 1597, 1624) truncó y mutiló la literatura nacional; y en las *Selectas* ofreció textos clásicos, útiles para ejercicios retóricos, sin el riesgo de que los lectores comprendieran y se enamoraran del vívido naturalismo de la Antigüedad.

Al resaltar al hombre real y moral, y al desarraigar al portugués de sus tradiciones nacionales aún recientes y precarias, la Compañía no pudo en ningún otro lugar realizar su programa con tanta plenitud como en Portugal. Nación joven, creada por la audacia de sus príncipes, la abstracción resultaba más fácil entre nosotros que en los reinos de Europa, más o menos cimentados en la resistente base de un origen étnico, consagrado por una larga historia. Desnaturalizados y desprovistos de nacionalidad, los portugueses eran, en manos de la Compañía, una excelente materia prima, una arcilla de rara calidad para ser moldeada en todas las formas que los alfareros del Señor quisieran darle.

Hijo amado, su Paraguay de Europa, la Compañía finalmente reconoció que no le convenía ver a Portugal sometido a la vecina España, donde ciertamente reinaba suprema, como en todas partes, pero donde no podía extinguirse tan fácilmente, con la esponja de la abstracción, ni las tradiciones nacionales, ni las profundas características de una raza bien constituida, desarrolladas orgánicamente en una civilización ya histórica desde hacía muchos siglos. Portugal sería algo propio y no algo del rey de España. Si para arrebatárselo de las manos de su dueño fue necesario inventar una tradición, ¿acaso no estaba allí el sebastianismo, ardiendo con fuerza en el delirante espíritu popular?

Aquaviva, el general de los jesuitas, había escrito en su *Directorio* las reglas a seguir para ganar a los neófitos a la doctrina de la Obediencia: es aconsejable esperar la ocasión, una desgracia, un mal negocio, y explotar incluso los vicios y debilidades humanas. Tal era la situación de Portugal, perdida en 1580, ridiculizada, miserable, mendigando, y ahora gimiendo hasta sangrar por los Felipes; tal éramos nosotros con nuestra debilidad sebastianista y el vicio innato de nuestra noble arrogancia. —Entonces, continúa Aquaviva, eduquen al neófito en la soledad de su celda, donde no vea extraños, mucho menos amigos, sólo al instructor; denle los *Ejercicios* y déjenlo reflexionar, digerir su desesperación y la esperanza de la doctrina.—Así actuaba la Compañía, purgando los libros afines a Gil Vicente, extendiendo sus colegios y misiones por doquier. Cuando el converso abrazaba la doctrina, concluye el *Directorio*, el papel del instructor cambia: aparente indiferencia... Es aconsejable despertar el entusiasmo, pero sofocarlo en cuanto aflore. Esa era la regla que se seguía en 1640, desde que Portugal consideraba restaurar el antiguo imperio con la independencia. El jesuita, fríamente, le ordenó que abandonara la India a los holandeses, y que no se dejase arrebatar por locuras y quimeras.

Los preceptos de la educación individual se generalizaron, entre nosotros, a una educación nacional; y Portugal, restaurada en 1640, fue, como debía ser, un buen hijo de la Compañía, una mera sombra, una criatura sin fisonomía ni carácter, pasiva, obediente, nula, idiota y beata.

Así como en el escenario bastaban las intrigas y los compinches, también en el trono un maniquí vestido de rey, con corona y cetro, una escenografía ostentosa y numerosos coros eran suficientes. En otro tiempo, los jesuitas habían albergado ambiciones bélicas; y más de una vez habían afirmado que era necesario matar reyes. Aún no comprendían del todo el principio del sistema. Ahora, en el siglo XVII, ya estaban convencidos de que el regicidio era un error, especialmente cuando existía un rey tan virtuoso como D. João IV, devoto de la Inmaculada Concepción. Un discípulo fiel, el Braganza, sin amor por el pueblo, sin ambiciones vivas, sin odio, sin valor, un ser negativo y mudo, era más que un buen instrumento: era un arquetipo.

Así debería ser todo en la Tierra. El hombre y el mundo, ciudadanos y estados, se reducían a un sistema de máquinas automáticas, aparentemente vivas; y el régimen de equilibrio político, de ejércitos permanentes y diplomacia —régimen en el que Europa entraría tras el estallido de guerras y descubrimientos religiosos— se le aparecía al jesuita como el esqueleto de un cuerpo, dentro del cual, misterioso y humilde con su hábito negro, viviría, dirigiendo todos los movimientos, pensando todas las acciones: como quien, entre bastidores, mueve los títeres de la comedia con hilos. Este programa de universal esterilización fue una realidad en Portugal. El padre Vieira, alabando a su rey y acusando al castellano, en aquel panfleto profético-político llamado *Historia del Futuro*, exclama: «¡Ah! ¡Si los reyes y monarcas consideraran que las vestiduras púrpuras que visten son prestadas del guardarropa de Dios para que puedan desempeñar el papel de reyes mientras a él le sea servido!»

* * *

La gran explosión de descubrimientos en el mundo de la psicología, culminada también en el Renacimiento, introdujo en el ámbito de la moral una confusión similar a la que otros descubrimientos habían generado en el régimen político de los estados y en la economía de las sociedades. Loyola fue, sin duda, un Maquiavelo, con la diferencia de que la esfera de acción del florentino no trascendía las ideas y las acciones políticas, mientras que el español se propuso explicar y regular no sólo la vida de los estados, sino también la de la sociedad y la familia, e incluso la vida íntima, afectiva y religiosa del individuo. Uno veía solo ciudadanos, el otro veía hombres; pero en ambos, la perspectiva era la misma. El realismo individualista del Renacimiento proscribió las doctrinas abstractas que habían deleitado a la Edad Media, imponiendo a todo y a todos el espíritu práctico y el régimen de la acción positiva.

Estos principios, sin embargo, no bastaban para constituir una doctrina, una necesidad eterna del espíritu humano; y, a su falta, Maquiavelo y Loyola fundaron un sistema de equivocaciones, de

sutiles complejidades, en el que la crítica puede encontrar tanto perversidades refinadas como intuiciones profundas, según la ocasión, el temperamento y el punto de vista del observador. En efecto, hay un momento en que el terreno se desvanece, todo es confuso e incierto; y los hechos se pueden explicar tanto por una sinceridad insólita como por un maquiavelismo extraordinario. Las artimañas con las que el Príncipe debe hacer felices a sus súbditos son, en los jesuitas, los casos y probabilidades con los que el educador y sacerdote debe guiar las almas, distribuir el perdón, la paz y la fortuna moral en la comunidad de creyentes.

Al esbozar la fisonomía de nuestro Maquiavelo, el rey Juan II, vemos puesta en práctica la doctrina de la justificación por los medios. El proceso sigue siendo el mismo, pero los fines son distintos; porque, si bien más allá de eso, como ambición definitiva, existe en el jesuita la esperanza de fortuna terrenal, la ambición inmediata es la transformación del individuo humano en ese tipo de ser obediente y pasivo, indispensable para la constitución del futuro Imperio. Maquiavelo y el rey Juan II, en nombre del espíritu práctico, se confabularon con el crimen; y los jesuitas, en nombre del mismo espíritu, se confabularon con todas las debilidades de esa alma humana a la que querían adormecer sin extinguirla.

La casuística, ciencia que desorienta e irrita a las mentes rectas y sencillas, es como la política de Maquiavelo, odiada por todos los republicanos católicos. El pecado, decían los sacerdotes, consiste sólo en el conocimiento de la falta y la perfecta conformidad de la voluntad. Las faltas de los hombres son, en su mayoría, consecuencia del azar, de las circunstancias, de la fragilidad, y por lo tanto, casi siempre perdonables. Basta con no desear el pecado, basta con no pensar en Dios al cometerlo, basta con obedecer el impulso de una pasión: ser inocente. La costumbre o los malos ejemplos reducen el crimen a una falta. Dios lo perdona todo, porque el hombre es miserable, débil e irresponsable.

Que el espíritu de justicia proteste, con razón, contra esta negación del libre albedrío, pero que reconozca en ella la expresión de una opinión, hoy proclamada por ciertas ciencias y aplaudida ciegamente, y que no arroje, con mayor ceguera, el absurdo estigma de una perversión consciente sobre el jesuita. El sabio de hoy, al afirmar la irresponsabilidad del hombre, propone a las sociedades la brutal vida de los instintos; el jesuita, en su sabiduría incompleta y su fe ardiente, le propuso el régimen de obediencia abstracta, cuyo sistema denominó probabilismo.

Cuando el espíritu dude, que el hombre abandone los escrúpulos, ponga fin a las vacilaciones y se aferre a una autoridad, aunque no esté de acuerdo con ella. Cuando se niegan la certeza psicológica y la conciencia, sólo es probable acertar siguiendo, con moderación y sumisión, la opinión establecida por otros y consagrada por la tradición.

Hemos estudiado, con la profundidad necesaria, el espíritu de esa sociedad que el destino ha vinculado a la existencia del nuevo reino, de tal manera que la Compañía y el Reino son una y la misma cosa, desde el siglo XVII en adelante. ¿Cómo podríamos comprender este último si no conociéramos la primera?

* * *

Sin embargo, nos corresponde ahora destacar las consecuencias íntimas de la doctrina y su acción, no en el mundo externo sobre el que se propone actuar, sino en el espíritu mismo de sus seguidores; porque este fenómeno es también esencial para la historia portuguesa, puesto que Portugal se convirtió en la nación jesuita por excelencia. En el siglo XVI, la Compañía influyó en Portugal y logró transformarlo: fue lo que ya hemos tratado en educación, teatro, etc. En los siglos XVII y XVIII, una vez completada la transformación, Portugal se convirtió en dominio de la Compañía; y sólo en el estudio de la influencia de la doctrina en sus seguidores podemos hallar las huellas íntimas del nuevo aspecto de la existencia moral portuguesa. Establezcamos, pues, los puntos cardinales a los que se referirá posteriormente el examen particular de la historia.

El defecto incurable de toda doctrina que propone al hombre una autoridad, ya sea esotérica o materialista —en ambos casos ajena a la constitución moral del hombre, es decir, a la conciencia,

única fuente de certeza y verdad— radica en que, engañados por una quimera, quienes se consideran misioneros de Dios o dioses de la fuerza, obedecen fatalmente las consecuencias nocivas de la ilusión. Neófitos consagrados, apóstoles sinceros, experimentan inconscientemente en su propio espíritu el mismo impulso que pretenden imprimir en el de los demás.

Así le sucedió al jesuita. Quería manipular, ahogar y adormecer a los hombres, y de entre todos los que más sufrieron por esta quimera, él fue el primero. La naturaleza humana protestó, rechazando finalmente la copa de opio reconfortante; pero el jesuita, sin saberlo, se había embriagado con la bebida que ofreció a su prójimo. Así, los Césares que, ante la ruina de la libertad, ofrecen a las naciones la copa de la fortuna, son los primeros que, embriagados por ella, terminan esclavizados y perdidos. Las naciones permanecen, los Césares mueren. Los jesuitas también murieron, pero no la humanidad, que es inmortal. Portugal, sin embargo, que era un colectivo jesuita, los acompañó a la tumba.

Al comparar la primera y la segunda generación de hombres en la Compañía, se puede apreciar claramente la influencia fatal que, inconscientemente, transforma el espíritu jesuita, arrastrándolo desde las alturas de una sublime quimera hasta el abismo de una perversión innoble y pueril, casi idiota, sin atentar con ello contra la sinceridad de los hombres. Así también, la religión sincera de Juan III o del rey Sebastián es una locura, pero una noble; mientras que la del rey Juan IV, no menos sincera, es más pueril que insensata, y vulgar en vez de noble. El carácter se ve fatalmente abatido en los apóstoles de la doctrina de la aniquilación del hombre; y la sinceridad, igual en sí misma, reconoce y venera, del mismo modo, primero una quimera, luego una perversión.

Compárense los *Ejercicios* con las *Constituciones* y verán cómo, en el alma misma del gran fundador del jesuitismo, actúa el lento veneno de la educación. Compárense estos primeros monumentos con el *Directorio* de Aquaviva y verán hasta qué punto, en una sola generación, se transformó la naturaleza de la Compañía.

En un hombre que fue para el rey Juan IV lo que el Gran Doctor había sido para el rey Juan I; en un hombre superior y fuerte que hoy está al frente de Portugal, como su guía, su maestro, su fundador, polifacético en sus habilidades, omnipotente en sus acciones, misionero y diplomático, financiero y estadista, y sobre todo, filósofo, moralista y escritor; en este hombre, que es el padre Antonio Vieira, el jesuita, nos complace ver, al mismo tiempo, el espíritu de la Compañía a mediados del siglo XVII y el genio de la nación, formado en el seno de la Compañía de Jesús, educado por ella y restaurado a la independencia política por ella. La locura del Quinto Imperio, la refinada y pérfida frialdad del político, la imbecilidad de la devoción, la extravagancia del estilo pomposo, la monstruosidad de las ideas, la antítesis y el refinamiento, hacen del Padre Antonio Vieira el individuo más llamativo de la época, y por así decirlo, el tipo de documento donde se encontrarán minuciosamente todos los rasgos de la sociedad portuguesa, siempre que alguien decida saldar la vieja deuda de la biografía del gran predicador.

Las monstruosas o abyectas aberraciones a las que la quimérica idea de Loyola había conducido (necesariamente) se manifestaron en la persona del padre Vieira, quien, siendo un hombre de genio y a la vez representante del espíritu nacional, se convirtió en el epítome del Portugal restaurado, del Portugal jesuita. La enfermedad nacional del sebastianismo floreció en el alma del sacerdote bajo la nueva forma de un imperio soñado, profetizado desde Isaías y David hasta San Gil de Santarém. «Observen aquí, y obsérvenlo muy bien, que los profetas son quienes dividen los reinos y quienes los reparten: primero los dividen profetizando, y luego Dios ejecuta» (*Historia del Futuro*). La aclamación del rey Juan IV fue la verdadera llegada del rey Sebastián. Las nubes celtas de las islas encantadas surcaban el aire, invadiendo los espíritus con una quimera de imperio clásico, una reproducción de los de Ciro y Alejandro: un nuevo imperio, el quinto y último, que Isaías, David y Salomón habían profetizado en sus salmos. Cuando Isaías dijo: *Ecce isti de longe venient et ecce illi ab Aquilone et mari, et isti de terra Australi*, era evidente que se refería a la conversión de China. Las islas ya los esperaban: *Me enim insulae expectant!*, y el profeta

preguntó quiénes eran estos que vuelan como nubes: *Qui sunt isti qui aut nubes volant?* Salomón había dicho: *Surge Aquilo*, etc. David había hablado de viajes a través de mares lejanos: *maris remotorum*. Todo había sido previsto: los viajes, los descubrimientos, los antípodas del Brasil y las gentes de Japón. Ni siquiera la crisis de la ocupación castellana podía haber sido olvidada en la visión profética, y videntes más modernos ya la habían pronosticado. ¿Acaso no había dicho San Frey Gil que «Portugal, huérfana por la sangre de sus reyes, gemirá por mucho tiempo, pero Dios le será propicio y será redimida inesperadamente por alguien inesperado»? ¿Acaso no habíamos oído lo que Dios le dijo a Alfonso Henriques cuando lo visitó: que velaría por sus descendientes, *super semen tuum*, hasta la sexta generación; que en ese momento su mirada se desviaría, pero que pronto volvería a dirigirla? ¿Podría haber algo más claro? Contemos los reyes, veamos cuántos hay hasta el rey Henriques. Y si lo que Dios dijo no bastara, tenemos lo que San Bernardo escribió desde Claraval a Alfonso Henriques, agradeciéndole la donación de Alcobaça a su orden: en esa carta se anuncian los sesenta años fatales. Tal era el pensamiento del más grande portugués de su tiempo...

Es en los hechos históricos, y no en la imagen creada por el sacerdote, donde estudiaremos esta nueva forma de ser de la nación portuguesa. Pronto veremos que ni la insensatez, ni la superstición inepta, ni la vulgaridad tediosa, ni la corrupción íntima del Portugal jesuita del siglo XVII representan el resultado final de la educación anterior. El progreso de la descomposición continúa hasta nuestros días; y la sinceridad con la que se cometen abyecciones y crímenes, incluso hasta el primer cuarto del siglo XIX.³⁴

34 En *Portugal contemporáneo*, se desarrolla la historia de la revolución liberal con este planteamiento

II. LOS FELIPES

La primera consecuencia de la educación jesuita fue la forma en que Portugal, rindiéndose al probabilismo, acogió al rey de España que vino a salvarla en 1580 de la audacia y las locuras del prior de Crato. Ya entonces, el jesuita, fiel aliado de la monarquía castellana, esperaba establecer con ella el imperio de Dios; porque incluso Felipe II, en la cúspide de su poder, era el primer soberano de Europa. Desde la cima de su grandeza, dijo de Portugal: «¡Lo heredé, lo compré, lo conquisté, para que no quepa duda!»

La administración de la Casa de Austria en Portugal se divide en tres períodos, que corresponden a los reinados de los tres Felipes. El primero (el segundo en España) conquistó Portugal, pero prometió preservar los privilegios de este último territorio peninsular, incorporado a su monarquía. El segundo, en cuyo nombre el duque de Lerma gozó de gran fortuna, buscó consolidar la unión mediante la amistad y el interés mutuo, abandonando la violencia y contribuyendo en gran medida al bienestar de Portugal. El tercero, con su excéntrico Olivares, hombre de *españoladas*, creó obstáculos y provocó conflictos que lo llevaron a la ruina. Al ver el debilitamiento de España, el jesuita cambió de estrategia. Los políticos se aliaron con Richelieu para liberar a Portugal de España; los iluminados comenzaron a esperar una resurrección: el Quinto Imperio que absorbería el mundo, formando un apocalipsis de las maravillosas leyendas del Rey Sebastián.

Felipe II (en Portugal, III en España) hizo, en efecto, mucho por la restauración de la nación portuguesa, sumisa y decidida a olvidar el breve momento en que había tenido relevancia mundial como entidad soberana e independiente. Recopiló y reformuló la legislación nacional; abolió las aduanas fronterizas: el primer paso hacia la unificación, impulsado también por los esfuerzos para mejorar la navegación del río Tajo, una larga y caudalosa vía fluvial que conectaría el corazón de la península (en Aranjuez, cerca de Madrid) directamente con el magnífico puerto de Lisboa, a través de la llanura de Extremadura. Otorgó a Cristóbal de Moura, un gran hombre que conocía al dedillo los intereses de su país y la profunda abyección de sus dirigentes, pues los había comprado a todos antes de la invasión, el virreinato de Portugal. La administración mejoró, los ingresos del tesoro aumentaron, se prohibió la connivencia entre quienes pujaban por contratos reales, que entonces se subastaban en Lisboa, y redujo la mendicidad oficial, una vieja lacra que aún persiste, de la extravagante monarquía portuguesa, creadora de un imperio de ultramar.

Por todas estas razones, cuando el rey llegó a Lisboa, el pueblo lo aclamó como un buen príncipe. Nadie recordaba entonces la posibilidad de la independencia, ni pensaba en sus ventajas. El pueblo había trasladado su quimera sebastianista al terreno de los sueños ideales, tras las escaramuzas de Covilhã y Óbidos; la nobleza mendicante se postraba completamente ante el monarca y ante el virrey, que los conocía bien; el clero y los jesuitas aún confiaban en el gran futuro católico de la monarquía peninsular. En sus colegios, la Compañía representaba las comedias más espectaculares; y los poetas laureados, Quevedo, autor de *Alfonso Africano*, y Rodrigues Lobo, autor de *Condestabre*, ensordecían cantando versos en alabanza del soberano. Felipe había repartido veinte mil cruzados entre los pobres de Lisboa y había suspendido los derechos de pesca durante tres días: el pueblo llano lo aclamó, y acudió a coronarlo, a saludarlo, a pedirle su bendición, a bailar, a festejar y a participar en diversiones populares.

Indudablemente, Portugal había abdicado de su independencia; y la educación jesuita, que consagraba el resultado de las locuras y desgracias del siglo XVI, había borrado para siempre la antigua tradición de la noble monarquía de Avís, ahora perdida entre los recovecos de las montañas

en el sueño de un rey Sebastián transfigurado: como las fugaces volutas de niebla que aún vagan por los estrechos valles, cuando el sol ya está dorando las cumbres.

Sin embargo, los jesuitas no podían alimentar a un país exhausto, miserable y hambriento; mucho menos podían satisfacer la feroz voracidad de la nobleza española y portuguesa. Esta impotencia fue la razón de los excesos de la política española y de la tumultuosa resistencia del pueblo; estas fueron las causas que llevaron a la nobleza portuguesa y a los jesuitas, aliados, a crear posteriormente, bajo el nombre de Portugal, una nueva nación que sólo conservaba la identidad del lugar de la antigua.

Cuando el primer Felipe llegó a la corte de Tomar, la multitud de mendigos era tal que se decía que ni todas las riquezas de la Península bastaban para saciar la venalidad portuguesa. Christovam de Moura lo sabía de primera mano; y nadie ignora que esta mendicidad aristocrática reflejaba la penuria general del reino, saqueado hasta la última gota por la expedición a África. Las temerarias incursiones del Prior de Crato, las bandas que lo aclamaron en 1580, la guerra simulada, la invasión castellana y, posteriormente, los estragos ingleses con los que D. Antonio asaltó en repetidas ocasiones las costas de Portugal, habían reducido al país a tal extremo de miseria y aflicción que Aquaviva, en su *Directorio*, consideraba conveniente y apropiado para lograr la conversión del hombre a Jesús. Tal era la pobreza que las guarniciones castellanas, condenadas a vivir de las tierras ocupadas según las normas militares de la época, no encontraron nada que saquear y recurrieron a mendigar, harapientas y hambrientas, a las puertas de los conventos y dentro de las mancebías.

La propia naturaleza conspiró, como lo había hecho con las plagas del siglo XVI, contra este cadáver roído, humillado, contrito y convertido por el catecismo de Loyola. De 1598 a 1602, durante cinco años, una feroz plaga asoló el reino; y sólo en Lisboa mató a ochenta mil personas. Un gran terremoto devastó la ciudad en 1598: fue entonces cuando se derrumbó el cerro de Santa Catarina, dejando abierta aquella profunda herida, ahora cicatrizada: la Bica de Duarte-Bello.

* * *

En medio de las dificultades universales, la vieja mina judía aún no se había agotado: era una ubre que no se secaba; y los monarcas españoles siguieron fielmente las tradiciones de la sórdida especulación portuguesa.

Las leyes del rey Juan III, que prohibían a los judíos abandonar el reino sin fianza —leyes abolidas por el rey Sebastián para obtener fondos y viajar a morir a África—, habían sido reinstauradas en 1580 y 1587 por el Cardenal Rey y por Felipe I. Durante el reinado de Felipe II, la escasez de fondos públicos obligó a la imposición de un impuesto sobre la sal (1601); y los judíos, con grandes expectativas puestas en las políticas más liberales del nuevo rey, le ofrecieron ciento sesenta mil cruzados a cambio de la derogación de las leyes. Sus esperanzas fueron bien recibidas. Multiplicando por diez su oferta, solicitaron la absolución general y que se les declarara elegibles, como cualquier otro ciudadano, para todos los cargos, puestos y honores. Cuando la devota Portugal supo que Lerma, en Madrid, cedía a las tentaciones de los judíos, el anciano león católico rugió; y por un momento, se temió que se repitieran las viejas escenas. Ni la miseria, ni la vergüenza, ni el duro dominio del soldado extranjero habían logrado despertar al pueblo de su humilde y apática indiferencia: el antiguo odio hacia los judíos aún tenía el poder de hacerlo. Jesús fue traicionado una vez más: los castellanos eran Judas.

Quien se detenga a observar con atención el desarrollo del sentir colectivo verá que, si existe un vínculo inquebrantable entre el Portugal antiguo y el restaurado, es este. Todo se había desvanecido en una muerte universal, salvo el odio al judío, un sentimiento que perduraba desde la época de los godos.

En efecto, la resistencia a la unión planeada por el duque de Lerma es el punto de partida de la serie de acontecimientos que, dirigidos y explotados por los jesuitas, conducen a la separación de 1640.

Lerma comunicó a los emisarios portugueses en Madrid que, si el reino protestaba contra la rehabilitación de los judíos, era necesario que le suministrara las sumas que, debido a dicha negativa, no recibía de los reclamantes. Los emisarios accedieron, en efecto, a extraer ochocientos mil cruzados del reino, para que los judíos no fueran redimidos.

Cuando esto se supo en Portugal, se alzó otra protesta contra la extorsión. Mientras tanto, en Madrid, Lerma no abandonaba el dilema: o 800.000 cruzados, o la redención de los judíos. Los portugueses, atrapados entre el odio y la miseria, se devanaron los sesos, y al no poder decidirse, Lerma firmó el contrato. ¿Se cumplió? No; ni el rey los equiparó con los nacionales, a pesar de haberlo perdonado todo; ni los judíos pagaron finalmente, alegando incumplimiento del tratado. Como podían marcharse libremente, vendieron sus bienes, huyeron, riéndose de la astucia con la que habían engañado al rey y a todos los demás. En 1605, sin embargo, la atrocidad terminó con una crueldad: se suspendieron las leyes de 1601, se prohibió la salida y se decretó la confiscación para el pago de la cantidad adeudada. Y en 1610, una vez cobrado el servicio y sin nada que saquear, las leyes protectoras fueron definitivamente revocadas: la jurisprudencia demostró claramente la posibilidad de conservar el dinero negando el perdón, inocentemente, sin pecado.

Más tarde (1627), bajo Felipe III y Olivares, los judíos compraron el indulto por un millón y medio de cruzados, y el intercambio provocó nuevos disturbios en Portugal; sin embargo, desde la confirmación del indulto en 1629, los judíos gozaron de relativa seguridad, aunque sin haber obtenido su ambición actual: la igualdad civil, que sólo el marqués de Pombal se atrevió a concederles.

* * *

La pobreza cada vez mayor y la mendicidad cada vez más presente en las dos cortes de Madrid y Lisboa hacían perder el juicio a los dominadores. Si antes no había habido escrúpulos, ahora no había política, ni sabiduría, ni cálculo. Felipe III y su fatuo ministro, Olivares, parecían decididos a emplear cualquier medio capaz de provocar la resistencia de los portugueses. Cuando en 1635 enviaron a la duquesa de Mantua a Lisboa, pusieron junto a ella, como secretario, a Miguel de Vasconcellos, un hombre lleno de odio personal contra la patria, vulgar, temerario y borracho.

Desde el principio, se puso en práctica una política de saqueo, imponiendo nuevos impuestos y aumentando los existentes; y las sumas recaudadas de Portugal se perdieron en el torbellino de Madrid, sin ninguna utilidad para el reino; las colonias de India y América quedaron abandonadas, tomadas libremente por los holandeses e ingleses³⁵. Ante las protestas contra estas nuevas extorsiones, Olivares tuvo una idea torpemente simple: abolir todos los nuevos impuestos (sal, agua y los impuestos especiales incrementados), reduciéndolos a un servicio anual de medio millón de cruzados, que los municipios distribuirían libremente entre sí. Sin embargo, era evidente que esta suma duplicaba la recaudación de los impuestos, y que la propuesta de Madrid no era más que una nueva extorsión y una burla.

La exigencia era tan monstruosa que, para muchos, apenas disimulaba el plan de incitar una resistencia desesperada, para luego invadir Portugal, anulando los tratados de las Cortes de Tomar, suprimiendo la independencia por derecho y reduciendo el reino a la condición de provincia de la monarquía española. Sería como cuando, en la arena, el toro exhausto e indiferente no quiere ver al matador, y para excitarlo, le clavan las banderillas de fuego. Desesperado, el animal corre desbocado, ofreciendo su cuello a la fría y afilada espada. Pero la espada del gran *matador* español, Olivares, a mediados del siglo XVII, no tenía ni punta ni filo: era simplemente un fragmento romo de la antigua hoja con la que España había conquistado el mundo.

Portugal, en efecto, se alzó y se desplomó (1637). ¿Cómo? Como un animal jadeante y exhausto. Su visión distorsionada le mostraba cosas extravagantes; y la tierra giraba a su alrededor, ante los ojos atónitos y vidriosos de un moribundo.

35 Véase *Brasil e as colon. port.* (2ª ed.) págs. 29-46.

Así fue la insurrección de Évora, que, como un incendio de paja, se extendió por todo el reino. Los jesuitas, ya aliados con Richelieu contra España, llevaron a cabo, en su primer intento, una revuelta popular. El carácter realista y extravagante, sonámbulo y positivo de todas sus acciones se manifestó en esta farsa de resurrección de un pueblo, destinado a reaparecer en el mundo como ejemplo de la más grosera e ineptitud ridícula, aliada al más vil positivismo mercantil y práctico. En 1637 se dio el caso singular de una revolución anónima, pues, de sus dos líderes, uno era D. Sebastião, una sombra; el otro, *Manuelinho*, un gigante musculoso, un loco que divertía a los plebeyos por las calles de Évora. Inconscientemente, los jesuitas estaban creando un símbolo: *Manuelinho* era la estatua de Portugal. Convirtieron al loco en un mesías y al rey Sebastián en un dios oculto y misterioso, cuyos milagros llenaron la imaginación popular de esperanzas redentoras. Predicaron la llegada del Quinto Imperio, precedida de calamidades terribles, como en el Apocalipsis; y el terremoto de Lisboa fue apropiado para la ocasión, ¡y Olivares era un Anticristo, un Nerón! Como en los primeros tiempos del cristianismo, en el reducido territorio de Portugal, abundaban los milagros y prodigios: había profetas, y el pueblo llano atacaba y luchaba, inspirado por los textos del Antiguo Testamento, los oráculos sibilinos, las revelaciones del padre Leão Henriques, a quien Dios había hablado, y del padre Luiz Alvares, que murió santo en 1590 tras predicar por todo el sur del reino. El Alentejo, el Algarve, buena parte de Extremadura y, en el norte, Oporto y Viana ardieron en el fuego de la insurrección jesuita.

Mientras tanto, ¿qué hacían las clases altas, la burguesía y la nobleza? ¿Qué hacía el duque de Braganza, el presunto rey del futuro Portugal restaurado? Tranquilo y egoísta en su palacio de Vila Viçosa, el duque incluso fue aclamado rey; pero, sin negarse, envió un mensajero a Madrid para confesar su inocencia y garantizar su sumisión. No era el *Manuelinho* de Évora; se lavó las manos, como Pilatos; no quería embarcarse en hazañas caballerescas, demasiado elevadas para su temperamento y demasiado peligrosas. No quería comprometerse por una insensatez; y, si bien adoraba a los jesuitas, sus maestros, adoraba aún más su tranquilidad y su riqueza. El Portugal positivo y primitivo, utilitario y práctico, sordo a cualquier anhelo de gloria; el Portugal sin alma que la educación jesuita había forjado, vivía en la persona del duque, egoísta y piadoso. Las extravagancias sebastiánticas eran buenas, pero sólo para la imaginación infantil del pueblo llano o para el espíritu ilustrado de los sacerdotes, a quienes el duque veneraba como santos, pero prudentemente se abstenía de imitar.

Como el duque, la nobleza y la burguesía no exigían la independencia, sino que, en el fondo, deseaban la fusión. Sin embargo, rechazaban y se indignaban contra el sistema híbrido, contra la *unión* de los dos reinos, que, al permitir que España saqueara Portugal, no otorgó a los portugueses los privilegios e intereses de los españoles. Si la política de Madrid no se hubiera visto condenada a la debilidad de la codicia; si hubiera abogado claramente por la incorporación de Portugal, en lugar de seguir la senda, fatal para ella, del saqueo, parece evidente que Portugal, al concluir el ciclo de Avís, habría desaparecido para siempre de la lista de las naciones.

En efecto, las quejas portuguesas eran sencillas y justas, sin entusiasmo ni reivindicaciones patrióticas. Eran prácticas; y, en cierto modo, apuntaban a la anexión como la política que satisfaría a todos. La nobleza se quejaba de que los señoríos y las propiedades aristocráticas de Portugal se entregaban a los españoles, contraviniendo las decisiones de las Cortes de Tomar. Los mercaderes solicitaban que se les abrieran los puertos de las colonias españolas en América. Los magistrados, juristas, eruditos y eclesiásticos también pedían tener voz en los tribunales e iglesias de toda España. ¿Qué deseaban todos? Que Portugal se integrara en la monarquía; pero la corte de Madrid, que podía seguir saqueando el reino conquistado y unificado, veía cómo se agotaba esta fuente de ingresos una vez consumada la fusión. Y la burguesía española, ataviada con togas, mitras y con mentalidad comercial, temía la competencia de los recién llegados por los cargos y las especulaciones mercantiles.

Por estas razones, las clases altas abandonaron la revolución y a su líder, el truhán *Manuelinho*. El destello se apagó tan rápido como había surgido cuando los ejércitos del duque de Béjar y el marqués de Valparaíso ocuparon Portugal. El duque de Braganza, complacido consigo mismo, dio gracias a la Virgen de la Concepción por la hábil manera en que, sin disgustar a su pueblo, había mantenido buenas relaciones con sus amos; y el jesuita, un ser dual, hecho de ilusiones y astucia, reservó las primeras para sí mismo, para continuar su labor con la segunda.

III. PORTUGAL RESTAURADO

Una de las peculiaridades de Portugal en el siglo XVII era la existencia de una casa aristocrática, tan grande como las mayores de España, que en el reino se alzaba como la cabeza monstruosa de un enano. El duque de Braganza poseía gran parte del Miño y Tras-os-Montes y casi todo el Alentejo, pues en su casa se concentraban los señoríos de Barcelos y los del Condestable, el verdadero rey del Alentejo, escenario principal de sus hazañas en tiempos del rey Juan I.

De sangre real, los duques de Braganza eran verdaderamente los reyes de la tierra, pues la poseían. Eran duques de Braganza, Barcelos y Guimarães; marqueses de Valença y Vila Viçosa; condes de Ourém, Arrayolos, Neiva, Faro, Faria y Penafiel; señores de Monforte, Alegrete, Vila do Conde, etc. Su patronazgo eclesiástico recaía en las colegiadas de Guimarães y Barcelos; contaban con la presentación de 80 iglesias, 14 encomiendas, además de innumerables parroquias y conventos. Proporcionaban 18 magistrados mayores, 4 auditores y supervisaban el nombramiento de más de mil trescientos funcionarios de justicia y hacienda. Además de la ciudad de Bragança, poseían 21 pueblos e innumerables otros lugares: solo en el territorio de Bragança había 202, y en el de Chaves 187. Sus vasallos sumaban casi cien mil.

Los herederos de Nunalvares, que había coronado a un rey, vivían como tales, con un estado propio, como en la corte. Si cenaban en la mesa real, eran atendidos por los funcionarios correspondientes, como un soberano en la casa de un igual. Usaban heraldos con escudos de armas y porteros con mazas, al igual que la casa real. De entre sus sirvientes surgieron gobernadores de la India, como Martim Affonso de Sousa.³⁶

Condenados, sin embargo, al estatus de cuasi reyes, los duques de Braganza exhibieron lo que toda la aristocracia europea mostraba en las casas que rivalizaban con la real. La constante preocupación por aparentar ser algo que no eran, la rivalidad, la ambición, más o menos definida, de suceder al monarca, la tradicional esperanza de fortuna futura: tentaciones constantes que crean un carácter falso y deprimente, pervirtiendo intenciones y tiñendo todo de la mezquindad y la desconfianza. Para ser vasallos de reyes, los duques eran demasiado poderosos, sin llegar nunca a ser verdaderos monarcas.

Por lo tanto, los descendientes de Nunalvares, héroe y santo, fueron una sucesión de intrigantes mezquinos, locos malvados o vulgares egoístas. La gran herencia del héroe aplastó a sus descendientes. Quien osó enfrentarse al rey Juan II murió en el patíbulo; y la casa, confiscada, desapareció. Exiliada en Castilla durante catorce años, la familia regresó a Portugal en 1497; y el rey Manuel restituyó al hijo del ejecutado, Don Jaime, los honores y posesiones. Desequilibrado, asesinó cruelmente a su esposa; y luego, en vano, para impresionar al rey, emprendió a su costa el viaje a Azamore, en África (1513). Cuando en 1580 la corona portuguesa oscilaba entre una figura simpática e impetuosa, el prior de Crato, y un formidable pretendiente, Felipe II, el duque de Braganza tuvo miedo. Y no quiso poner en riesgo su paz, su fortuna, en la arriesgada empresa —de hecho, llena de peligros— de enfrentarse al tirano. Durante el reinado de los Felipe, el temor al poderoso noble portugués era tan grande que Madrid siempre tuvo el propósito de contenerlo, nunca dominarlo. Felipe II (de Portugal), tras enviudar de Margarita de Austria, le propuso matrimonio a la duquesa Catalina, también viuda. Ella se negó, pues albergaba la esperanza de que su hijo Teodosio fuera rey y no quería poner en peligro su ambición. Esperaba que Madrid nombrara al duque virrey o gobernador de Portugal, para así poder apoderarse fácilmente de la corona. Por todo

36 Véase *Brasil e as colonias portuguesas*. (2.^a ed.) pág. 8.

ello, los Braganza fueron fieles defensores del castellano³⁷. Cuando los ingleses, al mando del prior de Crato, asaltaron Lisboa, el duque acudió con 6.000 hombres para auxiliar al cardenal archiduque Alberto, gobernador del reino. Más tarde, ante una nueva amenaza, armó a 13.000 hombres a su costa. Pero estas demostraciones de excesiva dedicación resultaron estratagemas inútiles, pues la fuerza que exhibía disuadía a los castellanos de confiar plenamente en un aliado tan poderoso.

* * *

Tras la muerte de D. Teodosio, el duque D. Juan mantuvo la misma política de sumisión y lealtad aparente. Ya vimos la decisión que tomó cuando, en 1637, los jesuitas se rebelaron contra el reino.

Este episodio enfureció a Olivares, incitándolo a continuar el saqueo sistemático de Portugal. Nuevos impuestos y expediciones multiplicadas para luchar en Flandes agotaron los recursos del pueblo portugués. Se preparaba el golpe final: la anexión violenta —sin igualdad ni garantías, como un país conquistado y esclavizado— para cuando la poderosa armada de Oquendo llegara a Lisboa, la cual, en su camino, debía derrotar a los holandeses. La fortuna, una vez más, fue contraria a Olivares; y tras perder la batalla naval de las Dunas (marzo de 1640), los crueles planes del ministro se modificaron.

Había nombrado al duque de Braganza virrey de Lombardía para alejarlo de Portugal y confundirlo entre los satélites de la corte madrileña. Don Juan se negó; Olivares no insistió. Sin embargo, en Madrid era sabido lo inepto, débil y egoísta que era el duque. El temor a que abusara de su cargo no era infundado, y otorgárselo quizá sería una forma de atarlo para siempre a los intereses españoles. Por lo tanto, a finales de 1639, se cumplió la antigua ambición de la duquesa doña Catalina. La administración política se separó del gobierno militar de Portugal, y este último se confió al duque bajo la regencia de la duquesa de Mantua. D. Juan aceptó y tomó posesión del cargo: portugueses y castellanos, amigos y enemigos, lo censuraron y rechazaron.

Tal era la situación cuando, a la derrota de Dunas, se sumó la insurrección catalana (junio), lo que impidió la realización de los planes de Olivares respecto a Portugal. Se ordenó a la nobleza del reino que se dirigiera en masa a Cataluña; y el 24 de agosto llegó un mandato para que todos, incluido el propio duque de Braganza, acompañaran a Felipe III a las Cortes aragonesas.

Las demoras eran imposibles, y la dudosa situación del duque debía definirse. La era de las tergiversaciones, de las débiles concesiones, en las que su mezquindad se deleitaba, había terminado. No lo obligaban a quitarse la máscara, porque no la llevaba; pero sí lo forzaban a tomar una decisión, lo cual era una aflicción, una angustia, para su naturaleza tranquila, egoísta y de miras estrechas.

De esta situación surgió el 1 de diciembre: una conspiración, como siempre se la llamó, y no una revolución. Los jesuitas, que en 1637 habían tramado una revolución, derrotados, cambiaron de rumbo; y pasaron de las calles a los dormitorios, del púlpito al confesionario, de la predicación a la intriga. Todos los conspiradores acusaron al duque; y para que se decidiera, fue necesario presentarle con claridad y sin rodeos la gravedad de la situación. Estaba perdido: la conspiración se llevaría a cabo quisiera o no; y tendría que luchar contra su propio pueblo o acabar miserablemente en alguna prisión de España. El miedo lo dominó; rezó a la Virgen María, adornó su cuello con rosarios y objetos benditos que los jesuitas le daban con devoción; y confiando en la protección del

37 Sucesión de los duques de Braganza:

I. D. Affonso, hijo bastardo de D. João I, que se casó con la hija de Nunalvares. (nacido en 1377, muerto en 1461).

II. D. Fernando I, hijo de los anteriores. (nacido en 1403).

III. D. Fernando II (nacido en 1430); ejecutado en 1483; su familia fue desterrada y sus bienes confiscados.

IV. D. Jaime I, hijo del anterior, recuperó la posesión del título y la propiedad en 1497.

V. D. Teodosio I.

VI. D. João I. (nacido en 1582).

VII. D. Teodosio II, prisionero en Alcacerquibir; regresó al reino en 1580; murió en 1630.

VIII. D. João II (nacido en 1604); proclamado rey en 1640.

cielo y en la de Richelieu, el émulo de Olivares e íntimo de los jesuitas, decidió lanzarse a la aventura.

Lo que mejor demuestra el 1 de diciembre no es la audacia de los conspiradores, sino la indiferencia del pueblo, el temor de la burguesía y la ineptitud del gobierno español. Todo estaba podrido, todo se estaba pudriendo: frutos maduros que el jesuita saboreaba, con la esperanza puesta en el futuro imperio de Dios.

Los conjurados se dirigieron al palacio; mataron de un tiro al secretario Vasconcellos y arrestaron a la duquesa de Mantua, quien firmó todas las órdenes de rendición de las fortalezas. Fue un cambio de escenario, una sustitución de personas, un acontecimiento imprevisto y singular. Los consejeros del Senado, atemorizados, se negaban a creer o reconocer lo que se les decía. El castillo abrió sus puertas y se invitó a la guarnición a permanecer allí, en nombre del nuevo régimen: se les pagaría puntualmente. Las torres del Tajo, Almada y Belém se rindieron. Los galeones del río se rindieron a las órdenes de una galera de la guardia costera; y São Julião, que el duque de Alba había comprado en 1580, fue vendida en 1640 a Fernando de la Cueva a cambio de una recomendación.

En quince días, la mitad de Portugal había aclamado al rey Juan IV, sin necesidad de un segundo disparo: el de Miguel de Vasconcellos bastó. Mientras tanto, el duque descendió en procesión triunfal por sus tierras, desde Vila Viçosa hasta Lisboa, donde llegó el día 6. Fue más fácil de lo que había temido; y quedó complacido con su pueblo.

Este pueblo, sin embargo, permaneció fiel al rey Sebastián; y hubo quienes se negaron a reconocer al nuevo rey, temiendo ser desleales al antiguo, al verdadero: ¡un fugaz espectro del reino pasado, señor de la India! El padre Vieira se esforzó por demostrar, con sabias alegorías y antiguos procesos de la literatura cristiana primitiva, que el rey Juan IV no era otro que el verdadero rey Sebastián, el verdadero disfrazado; a pesar de ser, como rey aparente, otro: una sombra, un medio, un instrumento, un fetiche. El vehemente jesuita no se equivocaba.

En efecto, todo era apariencia, sombra e instrumento en manos de los terribles educadores. Apariencia y comedia, la conspiración; sombra sepulcral, el reino. Quienquiera que viera Portugal en aquel entonces lo describía como una región desolada y árida. Vastas llanuras, antaño fértiles, se habían reducido a unas pocas parcelas cultivadas alrededor de pequeñas aldeas de 30 o 40 habitantes. Los terrenos comunales estaban cubiertos de brezo, roído por cabras montesas. Por doquier se veían casas en ruinas, expuestas a la inclemencia del tiempo; miserables chozas de paja, habitadas por cretinos, como los de los Alpes, alimentados a base de pescado seco y pan de salvado.

El rey de este reino, oculto y muerto, lo puso bajo la protección de Nuestra Señora de la Concepción, patrona; y de la antigua nobleza portuguesa aún quedaba una tradición: en los tribunales de 1641, el estado popular instó fervientemente a que se castigara a las mujeres que usaran el título de *dom* sin poseerlo *de jure*; y a que se proscribieran las pelucas y el cabello postizo de los hombres, ¡como afrentas a la antigua gravedad portuguesa!

* * *

La guerra, que comenzó en 1641 y finalizó en 1668, se divide en cuatro periodos. El primero, que se extendió hasta 1646 e incluyó la victoria de Montijo, demostró a los portugueses la inutilidad de las ofensivas. El segundo, de diez años (hasta 1656), se caracterizó por escaramuzas y enfrentamientos insignificantes. En el tercero (1660), los españoles pasaron a la ofensiva, pero se detuvieron en la batalla de las líneas de Elvas. Finalmente, en el cuarto, que terminó con la paz, la invasión ocupó toda la región del Alentejo, pero fue repelida en las batallas del Canal y de Montes-Claros.

Las dos campañas de 1641 y 1642 no fueron más que escaramuzas y reconocimientos. Ambos bandos carecían de medios de combate: no contaban con ejércitos. Los españoles esperaban los regimientos que se encontraban en Flandes y Cataluña; y el ejército portugués estaba compuesto por un grupo de soldados inexpertos, sin disciplina ni mando. Además, era evidente que la guerra en el

siglo XVII era distinta a la del siglo XIV, y el pueblo no acudió en auxilio como lo había hecho en tiempos del Maestro de Avis. El gobierno reclutó en Francia y en todos los lugares enemigos de España, y contrató coroneles y capitanes: los Fieschi, los Pignatelli, los Naper, los Saint-Paul, etc. Esta afluencia de extranjeros, siempre que hay algo que hacer en Portugal —en la guerra, el trabajo o la ciencia—, se intensifica ahora, siendo la mejor prueba de la incapacidad del nuevo reino. Sólo la completa desorganización en la que había caído España salvó al rey Juan IV del cautiverio o la muerte, lo que hizo pensar que en Portugal existía, de hecho, energía y voluntad de independencia. La dinastía Braganza insistió en la disolución de los batallones mercenarios holandeses, *por ser herejes*, y esto en un momento en que la desertión era generalizada: había más de 3.000 desertores al comienzo de 1643.

A pesar de todo, la inercia de los españoles fue tal, y su debilidad tan grande, que en la campaña de 1644, el ejército portugués invadió la región de Extremadura y ganó la batalla de Montijo (mayo). Poco después, el desorden, la pobreza y la corrupción lastraron las fuerzas, o mejor dicho, la falta de fuerzas.

En los años 45 y 46 no se hizo nada. La desertión era rampante; los mercenarios holandeses desertaban al enemigo y los nativos huían a sus aldeas. El reclutamiento mediante incursiones había asolado todo el reino y la resistencia surgió en diversos lugares. En los tribunales de 1646 se escuchó un lamento general: el pueblo denunciaba los robos de los capitanes mayores, el saqueo de los soldados y la crueldad de los alojamientos forzosos. Los padres y madres de los desertores fueron encarcelados por culpa de sus hijos; y las viudas quedaron desamparadas, mendigando, ante la ausencia de los huérfanos segados por la guerra. Los habitantes de Óbidos decían que ya no quedaba nadie para cultivar la tierra; y Castello Branco había perdido 800 hombres, muertos y enterrados (sin mencionar los soldados que había aportado) y más de 68.000 cabezas de ganado.

El jesuita, en cuyo nombre reinó el rey Juan IV, acudió al rescate en esta dolorosa situación; encontró una manera de resolver las dificultades que parecían insuperables. Fue el padre António Vieira quien aconsejó la guerra defensiva. En efecto, las tropas se replegaron más allá de las fronteras, fortificándose en las plazas. En 1648 se firmó la Paz de Westfalia, que reducía los antiguos enemigos de España a uno solo: Francia. El temor de Braganza fue tan grande, que estuvo a punto de abandonar la empresa, traicionando al reino que estaba devastado. Pero, por otro lado, la paz dejó multitud de mercenarios ociosos para engrosar las filas del ejército jesuita-braganzón. Fray Domingos do Rosario fue enviado a Irlanda para reclutar hombres; 1.500 hombres llegaron de Alemania; el reclutamiento en Nápoles fue aún mayor. El rey Juan IV recomendó a los emisarios que sólo reclutaran católicos, y los emisarios respondieron que era una tarea difícil: la mitad de Europa, o más, era protestante. El rey aborrecía a los herejes, pero creía en los milagros y los hechiceros, a pesar de la Ordenanza, a pesar de la Inquisición; e imaginaba reducir las bajas del ejército del Alentejo otorgando una pensión a un soldado que curara a los enfermos *con palabras*, según dice el decreto real.

Sin embargo, en el campo de batalla se hacía poco o nada: incursiones y escaramuzas, persecuciones, encuentros sin importancia. En 1652, el desafortunado heredero al trono, el príncipe Teodosio, tomó el mando del ejército. Era un hombre astuto y místico, un hombre piadoso, un discípulo predilecto de los jesuitas, en quien depositaban sus mayores esperanzas. Al partir a la campaña, el padre Vieira le decía: «Lleva una buena cantidad de doblones.» ¿Para qué? El sacerdote lo explicaba con su estilo redundante y prolijo: «Se compran pólvora, balas, cañones, y se puede ver claramente la fuerza con la que sirven y el daño que infligen al enemigo; y es más natural que muchos hombres se interesen en estos instrumentos que en ellos mismos.»

A pesar de ello, la campaña jesuita perdía terreno y el futuro se presentaba sombrío y desolador. España estaba derrotando a Francia y habíamos tocado fondo en la miseria. Hambrientos y desnudos en casa, éramos el hazmerreír de las capitales europeas. En La Haya, nuestro embajador, Dom Luís de Portugal, era perseguido por panaderos y cervecedores, y en París, Francisco de Sousa

Coutinho vio cómo su casa era pignorada por bellacos. Urbano VIII en Roma se negó a recibir al embajador de Braganza; Suecia no reconoció al que se le había enviado; y en Londres, Cromwell irrumpió en la legación portuguesa para arrestar al hermano del embajador Pantaleão de Sá, quien había asesinado a un burgués. Dom Fernando Telles de Faro, enviado a Holanda, vio la situación tan desalentadora que se dirigió a Castilla, confesando en su manifiesto de Colonia la desunión de la nobleza y la ruina inevitable. Nadie confiaba en la dinastía Braganza a pesar de su riqueza: las primeras letras de cambio que emitió para retirar dinero de los bancos de Ámsterdam para la guerra fueron proclamadas en vano en la plaza; y habrían permanecido inútiles de no ser por un judío, Costa, que las compró a cambio de un empleo. Nos salvamos en 1654 gracias a la inercia de los españoles, quienes, dejando pasar el momento, sólo atacaron con vigor en el 57, cuando las cosas ya habían cambiado en Francia.

La campaña del 57 fue una vergüenza para ambos bandos: Olivença se rindió cobardemente; y tras el fugaz e inútil asedio de Badajoz, todo volvió al mismo aletargamiento. El rey Juan IV había muerto; y las continuas intrigas, la desconfianza permanente y la arrogancia del monarca desaparecieron. En 1658 y 1659, las defensas de Elvas y Monsão dieron lugar a un atisbo de esperanza; pero la paz de los Pirineos, que liberó de estorbos a España, sellaba nuestro destino: Mazarino vendía Portugal a cambio de Philippeville y Marienburg.

En efecto, todo se habría perdido si los franceses, aunque nos abandonaban en el tratado, no nos hubieran favorecido de facto enviándonos generales (Schomberg) y soldados. Más adelante veremos la compleja historia de los tratados, que constituyen un comentario constante sobre la guerra y valen más que las batallas.

A los socorros de Francia se unieron dos mil soldados enviados por Carlos II desde Inglaterra; pero nada de esto bastó para detener la fulminante invasión de Don Juan de Austria. Esta vez, España, liberada sucesivamente (Westfalia, Pirineos) de sus enemigos, pudo ocuparse de Portugal. En 1661, los españoles invadieron el reino: Borba, Jerumenha, Veiros, Monforte, Crato, Assumar y Ouguella cayeron en un instante en manos del enemigo, que ocupó el Alentejo durante todo el año siguiente. En la primavera de 1663, la invasión se abalanzó sobre Évora, que se rindió vergonzosamente, entregando 7.000 prisioneros; y, tras Évora, la toma de Alcácer do Sal sembró el terror en Lisboa.

Sin embargo, una revolución en la corte puso fin a la regencia de la reina viuda Luisa de Gusmão (diciembre de 1662), otorgando el trono a Alfonso VI y el gobierno al conde de Castello-Melhor. Los jesuitas, desacreditados y derrotados en su desafortunada campaña, perdían terreno; y el ministro, imitando a Richelieu, los utilizaba sin ser su subordinado. Reinaba en nombre de un rey desquiciado, al igual que el padre Vieira había reinado en nombre del rey Juan IV, y O'Daly (fray Domingos do Rosario) en nombre de la reina regente Luisa de Gusmão.

Castello-Melhor demostró ser un hombre de bien. Organizó el ejército y preparó una contundente reacción. En junio, menos de un mes después de la caída de Évora, se ganó la batalla del Canal y se liberó el Alentejo; al año siguiente, se invadió decisivamente la Extremadura española y se logró la victoria en Castello-Rodrigo; en 1664, finalmente, el asedio de Vila-Viçosa y la nueva agresión española fueron repelidos con la victoria decisiva en Montes Claros, que puso fin a la guerra.

Portugal pareció renacer al son de la voz de un solo hombre. Resurgieron tradiciones olvidadas, en cuyo nombre el ministro, apoyado por un ejército victorioso, reclamó Galicia de la decadente España, y tal vez la habría obtenido, si las apariencias fueran realidades. Sin embargo, era una ilusión. En el siglo XVII, la abstracción hizo del gobierno un arte, y de la guerra, un juego de ajedrez. Ni en los consejos ni en las batallas se oía la poderosa y vibrante voz del pueblo. Como ciertas plantas que viven del aire sin raíces en la tierra, el gobierno, la diplomacia y el ejército eran entidades casi fantásticas, sin fundamento, efímeras, que vivían solo de fórmulas y convenciones, divorciadas de la naturaleza. Productos de la abstracción racional, estaban a merced de los caprichos

imprevistos. La aparente fortaleza era una debilidad interna, y por eso los castillos erigidos caían repentinamente con el hombre.

Esto fue lo que ocurrió en Portugal en 1667; esto mismo ocurriría un siglo después, y de forma aún más evidente. Los jesuitas, destronados, conspiraron, aprovechándose hábilmente de la rivalidad entre Francia e Inglaterra, que contaba en Portugal con un instrumento dócil y sumiso contra España. Los jesuitas, cuyo poder residía en el reino, tenían un rey dispuesto a sustituir al enajenado Alfonso VI, quien cedió el trono a Castello-Melhor; y como el ministro se atrevió a ser un hombre, como no se doblegó con sumisión y humildad, la Compañía lo desterró. El rey fue depuesto, D. Pedro II fue aclamado, regresó al trono, firmando la paz con España (1668), sin hacer exigencias temerarias: el *Directorio* de Aquaviva condenó el celo excesivo y todo tipo de entusiasmo y ambición.

* * *

Hemos relatado la guerra; ahora es necesario relatar las convulsiones internas y la política internacional de la Restauración, que sacrificó a Portugal en aras de los intereses dinásticos.

Indiferente el pueblo, adversaria buena parte de la nobleza, el rey Juan IV tenía consigo al clero en 1640; tenía el apoyo de la plebe de la capital, que fraternizaba con él al ver al *maranhan*, el principal comerciante de Lisboa, sentado en el estribo del carruaje real; y contaba con la alianza de Francia contra España. Para formar su gobierno, eligió entre los parciales del dominio español, que ahora parecían renunciar a él: Francisco de Lucena, nombrado ministro, era uno de ellos. La nobleza protestó contra el nuevo orden, sin creer en el éxito de la empresa. Muchos desertaron a Castilla, y los que permanecieron en España conspiraron abiertamente contra el rey. En julio de 1641, ocho meses después de la aclamación, el gobierno finalmente decidió reprimir y castigar. Sin fuerza para ganar la guerra, su debilidad interna se hacía cada vez más evidente. Se necesitaba sangre para instaurar el nuevo trono, y terror para dominar a los incrédulos.

La historia de la conspiración de 1641, que culminó con las ejecuciones del 19 de agosto en Lisboa, es una prueba más de la deplorable decadencia universal. El conde de Armamar y el marqués de Vila Real fueron instigados por el líder de la conspiración, Sebastião de Mattos de Noronha. El joven e insensato duque de Caminha se unió a la contienda como Pilatos en el Credo, sin saber por qué, para no delatar a su padre. Solo él, el desdichado, por quien el arzobispo de Lisboa imploró en vano a la reina, dejó de ser un cobarde. Todos los demás se postraron a los pies del rey Juan IV, implorando perdón y denunciando a sus cómplices. El arzobispo de Braga salvó su vida miserable. Y el duque de Caminha, irresponsable e incluso inocente, fue decapitado junto con sus compañeros, pues era necesario extinguir a la familia para que, con los bienes confiscados a la Casa de Vila Real, se pudiera crear la Casa del Infante. Así se dotó al príncipe que más tarde fue Don Pedro II, rey *a petición de las Cortes y para gran deleite de la Santa Sede*.

El nuevo trono ya tenía unos cimientos de cadáveres y sangre: un buen fundamento. Era necesario consolidarlo con la protección de los enemigos de España.

Desde 1634, Richelieu había estado incitando al duque de Braganza a proclamarse rey de Portugal. Con motivo de la revuelta de *Manuelinho*, envió un agente para ofrecerle la ayuda de 50 barcos, 13.000 hombres, y dinero. Si Braganza la rechazaba, se le ofrecería a un Borbón. En 1639 insistió de nuevo, proponiendo para la corona a un nieto del prior de Crato. Cuando estalló la conspiración de 1640, Richelieu vio lograda su esperanza y dio por muerto a su rival Olivares: lo había herido con dos graves distracciones: Cataluña y Portugal. Poco después, en julio de 1641, se firmó el tratado con Francia, y los barcos franceses (20) se unieron a la escuadra holandesa que acudió en ayuda de la dinastía. ¿Qué pidió Francia a cambio? Nada; porque le bastaba con apuñalar por la espalda a España. Indiferente a los territorios portugueses de la India y Brasil, la única moneda con la que el rey Juan IV podía pagar. Ocupada exclusivamente con Europa, de la cual era el centro, Francia nos utilizó como mero instrumento y habló de nosotros mientras le convenía. En efecto, el tratado permitió a Francia firmar la paz con España sin consultar a Portugal; y el futuro

demostró claramente el valor de esta condición y el poco aprecio que se le tenía al rey de los jesuitas.

El tratado con Holanda ya se había firmado (21 de junio). Si los franceses se burlaban de nosotros, los holandeses, que hasta entonces nos habían robado como enemigos que éramos, ahora iban a saquearnos como buenos amigos; y en nombre de una falsa promesa de ayuda, el rey estaba vendiendo lo mejor de su reino. Como enemiga de España, Holanda era nuestra aliada; pero, al mismo tiempo, nuestra enemiga en ultramar. El gobierno portugués ciertamente deseaba recuperar gran parte de lo que Holanda había saqueado durante los sesenta años anteriores, pero Holanda impuso como condición indispensable la preservación del *statu quo*. Don Juan IV compró la ayuda, pagando con el imperio ultramarino, sancionando así los robos de sesenta años. No era la primera vez, ni sería la última, que los monarcas, sustituyendo a la nación, la vendieran para preservarse. Los holandeses, sin embargo, exigieron y obtuvieron más. Además del reconocimiento de la posesión de lo que ocupaban, se les concedió un estatus equivalente al de Portugal en las colonias que aún eran portuguesas: lo que equivalía a una cesión real de toda la riqueza colonial. ¿Acaso no valdría la pena abandonarlo todo, con tal de tener al rey Juan IV y a los jesuitas que aplaudieron y defendieron los tratados holandeses como señores y reyes?

Aun a ese precio, los holandeses no consideraron resueltas las disputas de ultramar: el tratado no consagraba la paz, sino que sólo establecía una tregua de diez años. Tras firmar este ruinoso convenio, Holanda envió 40 barcos, 2 regimientos de caballería, armas, municiones, etc.; pero pronto, en septiembre, llegaron noticias de ultramar de que la tregua era una farsa: los holandeses acababan de tomar Maranhão, en Brasil; Angola y Santo Tomé, en África³⁸. ¿Qué hizo el rey Juan IV en Lisboa? La flota se encontraba en el Tajo y las tripulaciones estaban perdidas, pues creían que el rey tendría la sensatez de tomar los barcos y a los hombres como rehenes. Sin embargo, ni a eso llegaba perspicacia ni su audacia; y cuando el holandés se dio cuenta de esto, levó anclas, zarpó y se marchó, libre y pacíficamente, con el precio de las colonias cedido de hecho y de derecho.

El rey Juan IV fue burlado; pero Angola y Brasil, abandonadas y vendidas, supieron defenderse. Esta gesta, que selló la verdadera independencia de nuestra colonia americana, terminó en 1654 con la expulsión total de los holandeses³⁹.

Faltaba el tercer aliado contra España: Inglaterra, en la que reinaba Carlos I. Movida por otros intereses, la nación en la que despuntaba el genio comercial e industrial, vio en Portugal un buen país de ilotas al que explotar. La soberanía que Inglaterra ha ejercido sobre Portugal hasta el día de hoy data del tratado de enero de 1642: a partir de entonces, se creó un fuero especial para los ingleses residentes, con su propio juez privativo.

Un instrumento ciego en manos de Francia, un campo abierto para la explotación inglesa, engañado por Holanda, el Portugal restaurado, sin gente, sin dinero, sin colonias, sin vida, sin carácter, fue el cadáver sobre el que reinó el jesuita, y la herencia de D. João IV, rey por la gracia de los fusiles de los aliados y la senilidad de España.

Nadie creía en el éxito de una empresa iniciada bajo tan mal presagio; y los cadalsos de Rocio (1641) mostraban el rechazo al egoísmo del rey, quien lo sacrificó todo por su propia salvación. El terror se extendió por doquier; la gente calculaba lo que sufriría cuando España recuperara el reino. Existía una sensación de impotencia absoluta. Y, para aplacar el miedo, el rey Juan IV sacrificó a su ministro Lucena en el cadalso (1643). El pueblo, además de temer, gemía bajo el peso de los repetidos impuestos que lo exprimieron hasta la última gota de sangre. En 1641, las Cortes habían asignado dos millones de cruzados, que la guerra absorbió por completo en 1642. Se exigió un nuevo servicio, y el pueblo, por su parte, exigió que se distribuyera entre los estamentos, según las posesiones de cada uno: a la nobleza, al clero. El padre Vieira, en un sermón sobre finanzas, agotó en vano su elocuencia teatral para convencer al pueblo de la utilidad de pagar; y el rey, sin atreverse

38 Véase *O Brasil e as colon. port.* (2.^a ed.) págs. 34 y 43-44.

39 Véase *O Brasil e as colon. port.* (2.^a ed.) págs. 37-46.

a tocar las sagradas arcas de la riqueza del clero, tuvo que dar un millón de cruzados de su propio bolsillo.

En 1644, la victoria de Montijo trajo cierto alivio; pero para finales del año siguiente, se necesitaban otros dos millones de hombres, y el pueblo gemía y lloraba. Todo empeoró; el panorama se oscureció cada vez más, cuando en 1648, como un trueno, llegó la noticia de la Paz de Münster. El Tratado de Westfalia puso fin a una guerra de treinta años, dejando a Francia sola en el campo de batalla contra España.

El rey Juan IV no pudo resistir el miedo y trató de salvarse. Ya había comprometido parte de su fortuna, sacrificado su ocio benedictino como erudito y los placeres de la música —pues era un virtuoso— para conceder a Portugal el privilegio de que reinara sobre ella. No dudó en enajenar los territorios de ultramar y suscribir todas las humillantes exigencias de Francia e Inglaterra para otorgarnos el honor de tenerlo como rey. Arriesgarlo todo, incluso la vida, le parecía excesivo. Ciertamente no era malo, ni quizá inepto; pero su genio no lo llamaba al campo de batalla ni al consejo: se deleitaba estudiando, tocando música y rezando, pues era devoto. Dado que el destino así lo dictaba, perdió el reino, pero al menos el rey podría salvarse. Siempre fue egoísta. Por lo tanto, envió al padre Vieira a negociar con los jesuitas en Roma. Les propuso un trato a los verdaderos soberanos de Europa. El nieto, el presunto heredero e hijo del ya fallecido D. Teodosio, se casaría con la infanta de España, y la unión se restablecería. El padre Vieira, quizá el artífice del plan del rey, estaba entusiasmado con la visión del Quinto Imperio; y España desconocía lo que perdía al rechazar una dinastía tan ilustre. Lo cierto es que Madrid prohibió categóricamente las negociaciones, y el padre Vieira fue expulsado de Roma. Entonces, más que nunca, España esperaba someternos por la fuerza.

Rechazado con desdén, el rey Juan IV se sintió tan perdido que pactó con el anticristo Cromwell, el piadoso rey que no quería herejes entre los mercenarios de su ejército. Carlos I había caído en Inglaterra, y la revolución puritana estaba en su apogeo, cuando un ridículo conflicto llevó a una armada inglesa al río Tajo, que se apoderó de los barcos brasileños ante las narices del rey. Él, que había regalado las colonias a los holandeses, ahora (1654) lo abandonaba todo a los ingleses. El tratado de 1642 fue confirmado, convirtiendo a cada inglés en un rey en Portugal; a estos isleños activos se les concedió el derecho a comerciar libremente en Portugal con la India, África y Brasil. Los portugueses no podían fletar barcos de otras naciones mientras hubiera barcos ingleses en el puerto; ningún inglés podía ser arrestado sin el permiso de su juez protector; y las mercancías inglesas nunca pagarían más del 23 % *ad valorem* en la aduana portuguesa, bajo ningún concepto.

Era imposible ir más allá, hundirse más, renunciar de un modo más absoluto a la independencia, que luchaba contra los españoles, y se sacrificaba a la vez en favor de los ingleses. Ya sólo faltaba morir del todo; y, en efecto, el rey Juan IV murió dos años después de firmar el tratado.

Al año siguiente se perdió Olivença; y en 1659 se firmó la Paz de los Pirineos entre Francia y España: Mazarino se aprovechó de las condiciones del tratado de 1641, tratando libremente con España y abandonándonos. Se prohibió a los franceses servir en el ejército portugués y prestar asistencia alguna al gobierno de Alfonso VI; y Felipe IV, atendiendo a la poderosa intercesión de Francia, aceptaba generosamente que Portugal volviera la situación que tenía antes de diciembre de 1640.

Así se rompieron las relaciones diplomáticas con Francia, que, de aliada, se convirtió en nuestra enemiga; y el padre Vieira, considerando todo perdido, aconsejó al regente que enviara a la Casa de Braganza a Brasil, abandonando el reino a su suerte, para fundar en América el Quinto Imperio: el de Dios y los jesuitas.

Sin embargo, o bien el rey de Francia tenía una política distinta a la de su ministro, o este último, en la compleja combinación de sus ideas, había decidido simultáneamente abandonar y apoyar a Portugal. Lo cierto es que, eludiendo las estipulaciones del tratado, Schomberg y

mercenarios franceses se unieron al ejército, y la protección de Francia continuó de forma encubierta. Los problemas franceses en España se pospusieron, pero no se resolvieron; la paz fue simplemente una tregua.

Una vez envalentonada, España pudo atacarnos con sus mejores fuerzas y ocupar toda la región del Alentejo, casi hasta Lisboa (1661). La regencia se valió de los ingleses, quienes, habiendo comprobado la utilidad de explotar este rincón de la Península, de explorar esta franja de ilotas y de vislumbrar el valor futuro de Brasil, brindó ayuda y apoyo. Cromwell ya había caído y los Estuardo ocupaban nuevamente el trono británico. Se entregó la infanta Catalina, con una dote de dos millones de cruzados, Tánger y Bombay, a Carlos II, para que nos defendiera de los holandeses en África y de los españoles en Europa. Se confirmaron los tratados de 1642 y 1654, que otorgaban a los ingleses libertad de asentamiento en todas sus colonias. Se garantizó la propiedad de todo lo que pudiera provenir de los holandeses en Asia, excepto Kolamambu en Ceilán, que revertiría (y nunca regresó) a la corona portuguesa.

Mediante el tratado de 1654, Inglaterra acabó por poseernos; con el de 1661, nos puso bajo su tutela, declarándonos pródigos e ineptos; se comprometió a defendernos, pero, como buen tutor, nos vendió. No nos defendió en Europa, porque la monarquía de los Estuardo era, en Inglaterra, obra de Francia; ni en ultramar, porque nos impuso el tratado de paz con Holanda (1662), en el que renunciamos formalmente a todas nuestras pretensiones y derechos.

De la larga campaña diplomática de la Restauración, con todos los incidentes, tanto holandeses como franceses, surgió un hecho que pesó mucho sobre el nuevo Portugal durante dos siglos: el protectorado inglés. Protectorado, en el verdadero lenguaje de la historia, siempre se ha traducido como explotación: es un eufemismo diplomático.

La guerra continuó; y Don Juan de Austria, señor del Alentejo, amenazó Lisboa. La revolución palaciega que entregó el gobierno al único estadista portugués del siglo XVII, el conde de Castello-Melhor, fortaleció y unificó las operaciones, otorgándonos las victorias decisivas de Ameixial y Montes Claros. Los ingleses intervinieron a favor de la paz, y el ministro se mostró dispuesto a ello, siempre que obtuviera las compensaciones necesarias. Por otro lado, Luis XIV, a quien la sucesión de Flandes volvió a enfrentar con España, obstaculizó las negociaciones, pues le convenía tener una amenaza penetrante en el flanco enemigo. El matrimonio de Alfonso VI con una princesa francesa (1667) marcó la política y condujo a la firma de la liga defensiva y ofensiva contra España. La situación de ambas naciones peninsulares había cambiado considerablemente tras Montes Claros; y la alianza francesa era, en ese momento, el medio idóneo para exigir reparaciones (la cesión de Galicia) a un enemigo incapaz de continuar la guerra.

Otra revolución palaciega, cuyo alcance ya hemos indicado, expulsó a Castello-Melhor del gobierno, depuso al rey y elevó al jesuita al trono, entre Don Pedro II y la reina, desenfrenada y sin pudor.

Luego (1668) pagamos a Francia con la misma moneda que en el 59. La abandonamos, como ella nos había abandonado en la Paz de los Pirineos; y España, contenta de verse tan fácilmente liberada de uno de sus enemigos, firmó la paz, reconociendo finalmente la independencia de Portugal: la disputa había durado veintiocho años.

A Luis XIV, victorioso, poco le importó el abandono de Portugal; y como, en su política de equilibrio, las naciones eran meras piezas en el tablero de Europa, y la partida se ganó, Portugal fue olvidado. Los ingleses, con otras intenciones comerciales y utilitarias, pudieron gobernarnos de la mano de los jesuitas.

¿Y el pueblo, la nación? La abstracción lo era todo en el siglo XVII, y en Portugal más que en ningún otro lugar. El jesuita había educado cuidadosamente su reino; y, como fruto preciado, nació Alfonso VI, una especie de rey Lear, loco y malvado, furioso y a la vez tierno. Sin embargo, los padres no habían contado con la posibilidad de que un hombre, como Castello-melhor, fuera preferido por la estúpida inclinación de un rey nulo; y quién sabe si no corrieron el riesgo de que

sucediera, con un siglo de antelación, lo que más tarde aconteció, en un momento análogo, con el Marqués de Pombal.

En 1667 derrotaron al ministro precursor del espíritu civil y secular del siglo XVIII, y colocaron en el trono a un hombre apasionado y violento, explotando el amor incestuoso que sentía por su cuñada, dominada por la Compañía. Y, *bien educada* en la sórdida corte de Versalles, no temía los escándalos y perversidades que los sacerdotes, con sabiduría y piedad, describían como virtudes. La repugnante comedia de la *Causa de Nulidad* es la sentencia condenatoria de educadores y educandos.

El carácter repugnante, las viles inclinaciones y los gustos obscenos de Alfonso VI reproducían en un solo tipo el estado al que la embrutecedora educación de los jesuitas había llevado a las costumbres: esbozaremos este cuadro a su debido tiempo.

Ahora, la victoria de 1667 y la paz con España, que allanan el camino para los movimientos de los actores, hacen patentes en escena al rey, al jesuita y al inglés: al sátrapa, al amo y al judío. Esta es la augusta y funesta trinidad que reinará en Portugal.

* * *

Los ingleses aprovecharon la ocasión de 1703 para exigir dos servicios a Don Pedro II, su protegido: el Tratado de Methwen y la Liga contra Francia (desechando la de 1667) para defender la sucesión de España de la ambición borbónica.

El Tratado de Methwen nos convirtió en vasallos de Inglaterra y transformó el país en una granja, un viñedo de Gran Bretaña en el sur. Los vinos portugueses se venderían un tercio más baratos en Inglaterra que los franceses, y Portugal preferiría los productos manufacturados ingleses. Es comprensible que este proceso de libre mercado (aplicar a las regiones según lo que la naturaleza dicta, sin tener en cuenta consideraciones sociales ni políticas) trastornara de inmediato la economía nacional. Las exportaciones aumentaron el primer año a trece millones de cruzados, y el vino alcanzó un precio de 605.000 réis por pipa en el país. La especulación floreció; pero para 1750 la producción era tan alta que el precio del vino había caído a 105.000 réis. Los ingleses, entregándose a su vicio predilecto, podían emborracharse por poco dinero y enriquecerse vistiéndonos y alimentándonos a buen precio, ya que Portugal no producía pan.

Don Pedro II ya había reconocido el trono de Felipe V, el Borbón de España; pero esto no le impidió retractarse de su declaración y conspirar con los ingleses, los holandeses y el Imperio en favor del pretendiente austriaco contra Luis XIV. Portugal armaría un ejército de 28.000 hombres, pagando los aliados medio salario. Una división de 10.000 soldados extranjeros se uniría al ejército portugués; y los aliados suministrarían pólvora y generales, municiones y un escuadrón para la defensa de las costas. El pretendiente austriaco prometió a Portugal la cesión de Badajoz, Albuquerque y Valencia de Alcántara en la frontera oriental; Vigo, Tuy y Guardia en la frontera norte; y, además, la restitución de todos los territorios usurpados en el Río de la Plata.

Desde el principio, la falta de sinceridad en todas las alianzas fue evidente; y de las cuatro naciones aliadas, Portugal, donde todas establecían sus guarniciones; Portugal, territorio idóneo contra España, fue la que lo perdió todo. En marzo de 1704 llegó a Lisboa el archiduque Carlos, el pretendiente, y se declaró la guerra a España; pero el desorden, las riñas, la anarquía en las tropas y la rivalidad entre los comandantes presagiaban la derrota. Portugal era un hospicio y un campamento, y la insensata política angloamericana del rey había convertido, por decisión propia, al reino en un teatro de guerra.

En mayo, las tropas borbónicas de Berwick entraron por Beira, descendieron hacia el sur y atacaron Castello Branco y Portalegre; al mismo tiempo, la costa del Algarve sufría ataques por el mar. Había estallado la guerra; y ninguna guerra ilustra mejor la confusión a la que el triunfo de las fórmulas monárquicas abstractas (poder absoluto, equilibrio, diplomacia, etc.) había conducido a Europa. Tres ejércitos luchaban en territorio portugués: un auténtico juego de azar. A la cabeza de

nuestro ejército estaba un hereje holandés, Fagel; al frente de las fuerzas franco-españolas, un inglés, Berwick; y al frente de las fuerzas inglesas e imperiales, un francés, Ruvigny.

En 1705 y 1706, Luis XIV y Felipe V retrocedieron; España fue invadida por los aliados, y la división del marqués de Minas llegó incluso a Madrid, aclamando a Carlos III (2 de julio de 1706); sin embargo, poco después, en 1707, la derrota en la batalla de Almansa (25 de abril) puso fin a la reacción. El rey Pedro II había muerto antes de la derrota; y el nuevo rey, Juan V, asumió el gobierno con el peso de la guerra. En los cuatro años siguientes (1707-1711), el trono de Felipe V se consolidó hasta el punto de que los ingleses, desilusionados, los abandonaron, retirando su división auxiliar. Todo se derrumbó: los soldados desertaron en masa y se unieron al enemigo. La paz se negoció y firmó en Utrecht en 1713. ¿Qué ganamos con diez años de guerra? Devolvimos fielmente todo lo que teníamos en la Extremadura española, y sólo se nos restituyó la colonia de Sacramento en América⁴⁰.

En esta guerra de *equilibrio* a la que Pedro II había sumido el reino, en esta guerra en la que no se defendía ningún interés nacional, se aprecia claramente el predominio de las nuevas ideas a las que la monarquía ya obedecía a principios del siglo XVIII. El *absolutismo* se había consolidado como sistema⁴¹; y Pedro II, desde 1674, dejó de convocar las Cortes nacionales, institución que antaño representaba a la nación, como cuerpo, ante el rey, su cabeza. Puede decirse que, tras la paz con España en 1668, las Cortes portuguesas no intervinieron más en el gobierno. En 1674, el rey las convocó, pero las disolvió de inmediato, pues pretendían supervisar los gastos públicos. Juan V fingió, engañó, sin negarlo; pero el rey José I afirmó, de forma positiva y definitiva, que el poder es una «soberanía elevada e independiente, que el rey recibe directamente de Dios; mediante la cual manda, dispone y decreta a sus vasallos, con pleno conocimiento y poder absoluto.»

De las tres personas designadas para el trono —el rey, el inglés y el jesuita— ya hemos visto cómo vivieron los dos primeros. ¿Y el tercero? ¿El maestro, el guía, el fundador del nuevo reino? Su educación lo había moldeado; el veneno con el que había socavado la sociedad ya estaba corroyendo la esencia misma de la Compañía. El inglés, a pesar de ser judío, se presentaba como un apóstol del espíritu práctico y utilitario, radicalmente opuesto a todos los sueños y quimeras, al sebastianismo y a la piedad. El rey, como un discípulo que crece en fuerza y experiencia, no se atrevió a renunciar a su maestro; pero interpretó y aprovechó las lecciones recibidas en su propio beneficio. El choque entre los dos absolutismos, el del espíritu y el de la ley, ya se vislumbraba; y las intrigas de la corte en tiempos del rey Juan V prepararon la campaña de la que Pombal salió victorioso.

Esta victoria era previsible, pues el absolutismo monárquico, naturalmente apoyado por la corriente de opiniones prácticas y utilitarias, cobraba fuerza; mientras que el jesuitismo, pervertido por el tiempo, se veía absorbido por la preocupación exclusiva de la intriga y el enriquecimiento. El reino de la tierra (con el que se pretendía alcanzar primero el reino de los cielos) constituye para el jesuita del siglo XVIII el motivo principal de su actividad, y la ambición trascendente se reduce a una mera fórmula de estilo.

Dentro de la Orden, también se produjeron incidentes graves en la segunda mitad del siglo XVII. Inicialmente, sólo un pequeño número de miembros profesos habían prestado los cuatro votos. Separados de los colegios y viviendo de la limosna, su autoridad era enteramente espiritual; por lo tanto, constituían la fuerza y el alma de la Sociedad. Los cargos que requerían actividad temporal —rectores, provinciales y, en general, los colegios— estaban en manos de los coadjutores.

Fue bajo el débil mando de Vitelleschi cuando los profesos alcanzaron puestos administrativos, participando de los ingresos de los colegios y llegando a ser rectores y provinciales. De ahí surgió la desaparición de las rigurosas prácticas devocionales; de ahí la ambiciosa

40 Véase *O Brasil e as colon. port.* (2.ª ed.) págs. 89.

41 Véase *Hist. civil. Ibérica* (2.ª ed.) págs. 267 ss.

preocupación por obtener los altos grados, que ahora conferían poder temporal junto con la autoridad espiritual. Así terminó la disciplina severa, y llegó la mundanización.

Desde el principio, el poder absoluto de los generales se vio restringido al colocar a su lado a un vicario con poder privado: esto creó dos cabezas en un solo cuerpo y destruyó la unidad de mando.

Antiguamente, los neófitos debían renunciar a todas sus posesiones. Después, esta severa disposición se atenuó. Primero, se pospuso el cumplimiento del precepto; luego, la renuncia se condicionó a la posibilidad de expulsión; finalmente, la donación no se hacía a la Sociedad misma, sino al colegio en el que el neófito ingresaba y del cual se convertía en miembro.

Los colegios se transformaron en sociedades mercantiles porque, según decían, la banca y el comercio no eran peores que la agricultura a la que se dedicaban los santos monjes de antaño. Las fábricas textiles de Macerata pertenecían al Colegio de Roma; el embajador portugués en la Ciudad de los Papas recibía sus honorarios procedentes del saqueo de los jesuitas; las de Marsella se hicieron famosas por las especulaciones del padre Lavalette en Martinica; pero el centro de la red de oficinas comerciales y bancarias que abarcaba ambos mundos era Lisboa, capital del jesuitismo y del reino que este creó y que se desarrolló para su beneficio⁴².

Las cosas mundanas (poder, riqueza, etc.), que antes habían sido consideradas instrumentos de salvación, ahora corrompían a los apóstoles; y las debilidades humanas (supersticiones, escrúpulos, pasiones, ilusiones, etc.), excusadas primero en nombre de una tolerancia trascendente o explotadas con un espíritu idealista, habían extinguido la conciencia, barrido la inteligencia: esa era toda la moral y toda la religión de los hombres.

Esto es lo que vino a demostrar el piadoso y libertino reinado del rey Juan V, revelando un sistema de costumbres ridículas y repugnantes.

42 Véase para la exploración de las misiones de África y América, *O Brasil e as colonias portuguesas*, I, 4, 5 y II, 4.

IV. LAS MINAS DE BRASIL (DON JUAN V)

Un acontecimiento fortuito, ajeno a los elementos naturales de la vida portuguesa en Europa, llegó a influir poderosamente en el destino de la nación a finales del siglo XVII. Con el reino despoblado y sin cultura, sus habitantes miserables y desnudos, sin riqueza ni trabajo, las minas de Brasil proporcionaron al rey y al pueblo una fortuna que el reino les había negado.

La situación que el descubrimiento de la India había creado para Lisboa en el siglo XVI se revivía ahora con la riqueza americana. Populosa, de una opulencia teatral y un lujo nobiliario y sacerdotal, Lisboa, sede de una satrapía, era más la metrópolis de un vasto imperio ultramarino que la capital de un reino europeo. Portugal se encontraba una vez más a merced de su hermosa ciudad, que la devoraba. El destino marítimo de la nación, forjado por su magnífico puerto en una de las fronteras del mundo, la condenaba a sufrir las duras consecuencias de una grandeza singular. Portugal, en la antigüedad y en la época moderna, sólo con ingenio podía aliviar la miseria de sus provincias, de su organismo nacional, en tiempos de crisis: 1640, 1755, 1820, 1834. Ahora, las minas americanas atraían todas las ambiciones y todas las fuerzas a la ciudad donde se concentraba la vida entera de la nación. En la corte, en Lisboa, por lo tanto, se desarrolla la historia, que enmudece en las provincias despobladas, embrutecidas y miserables.

Sobre el oro y los diamantes de Brasil se erigió el nuevo trono absoluto de Don Pedro II; con ellos Don Juan V, y todo el reino, se entregaron al frenético entusiasmo de esta obra a lo divino, en la que dilapidaron los tesoros americanos. El azar, padre injusto de este hijo pródigo llamado el Portugal de los Braganza, le concedió a un necio el uso de armas peligrosas, abriéndole de par en par las puertas de los arsenales; y Don Juan V, en su delirio, se corrompió y derrochó, pervirtiéndose y dilapidando toda la riqueza de la nación. Tal era el rey: el pueblo, guiado por los jesuitas, devoto y disoluto, se engalanaba con pompa para asistir, como correspondía, a la solemne celebración del despilfarro de las rentas de Brasil.

La tradición de la existencia de oro era antigua. En 1573, un tal Tourinho, remontando el río Doce, descubrió el territorio de Minas, y encontró esmeraldas. Tras él, otros exploradores visitaron la región; hasta que, en 1693, un hombre de São Paulo llegó a Porto Seguro con la noticia de que había oro en el interior de Cuyaté. La exploración comenzó de inmediato, provocando el frenesí que hemos visto en Australia en tiempos recientes. Inicialmente, la explotación del oro estaba severamente prohibida, pero se autorizó a causa de la imposibilidad de aplicar la ley, imponiendo el tributo del quinto, y se comenzó a producir alrededor de 12 arrobas mensuales⁴³.

Para que se pueda evaluar adecuadamente la importancia de los nuevos descubrimientos; para que nadie sea engañado, suponiendo que el derroche desmesurado de Don Juan V reflejó un renacimiento de la riqueza natural del reino, citaremos aquí las cantidades de metales y piedras preciosas que el rey Juan V recibió de Brasil: 130 millones de cruzados; 100.000 monedas de oro; 315 marcos de plata; 24.500 marcos de oro; 700 arrobas de polvo de oro; 392 octavas de peso; y otros 40 millones de cruzados en diamantes. Además, los ingresos del quinto real y el monopolio del palo de Brasil aportaban aproximadamente un millón y medio de cruzados anuales al tesoro. Sin embargo, esta riqueza casi incalculable no bastaba para satisfacer el voraz apetito por el lujo y la devoción del extravagante y piadoso monarca. El inglés, sentado a su mesa, aplaudía el derroche, pues todo el oro de Brasil pasaba únicamente por Portugal, camino de Inglaterra, para pagar la harina y los productos manufacturados con los que nos alimentábamos y vestíamos. La industria

43 Véase *Brasil e as colonias portuguesas*. II, 6, 7.

nacional se componía de óperas y devociones. Los portugueses solo sabían ser tenderos: todo el comercio exterior estaba en manos de ingleses, sobre todo, y de italianos.

Por lo tanto, no todo el oro de Brasil llegó a su destino, la deuda nacional creció y, si Lisboa quería dejar de morir de sed, tuvo que pagar la construcción de su acueducto con un impuesto especial.

El dinero procedente de Brasil tenía otro destino, mejor. Fue a Roma para pagar valiosas concesiones. Estas incluían la elevación de la capilla del rey a Patriarcado, una burla del Vaticano; la (infructuosa) insistencia en definir el dogma de la Inmaculada Concepción de María, una vieja obsesión de la dinastía Braganza; el permiso para que los sacerdotes celebraran tres misas el Día de los Fieles Difuntos; las *laus perennes*, las reliquias, las canonizaciones y las indulgencias.

La educación jesuita engendró dos tipos de carácter que, a veces, casi siempre, se encontraban unidos en la misma persona, y que imprimieron en la fisonomía portuguesa del siglo XVIII una marca aún no del todo borrada en nuestros días: la brutalidad vil y la santurronería insensata. Fueron fruto de la esterilización de la educación y la perversión de la religión. En nuestros reyes, el azar quiso que ambos caracteres se encarnaran, como arquetipos, en dos hombres, para que pudieran ser mejor vistos y observados. Alfonso VI fue uno, Juan VI el otro.

La antigua hombría portuguesa, que la perversión universal había convertido en jactancia, se unía a una piedad antigua, ahora transformada en una devoción idiota y sentimental. El rey Juan V era, a la vez, pomposo y piadoso. Amaba las ceremonias y conocía al dedillo la etiqueta del palacio y la iglesia. Era un maestro de la liturgia. Amaba a todos los santos, pero sentía un cariño especial por San José y San Francisco de Asís. ¿Quién se habría imaginado, para el asceta del siglo XIII, el futuro amor del rey sibarita y devoto? Nuestra Señora de los Dolores también merecía su especial atención: difundió y popularizó su oficio por todo el reino; pero su afecto por San Francisco era tal que aspiraba al cargo de ministro de su Tercera Orden. El rey Juan III aspiraba al cargo de inquisidor: en esta diferencia de ambiciones se refleja la diferencia de épocas y religiones. El jesuita se encuentra en un punto intermedio.

El Patriarcado era, para Don Juan V el reino, la corte misma. Esta obra contaba con casi cuatrocientos figurantes. Además del patriarca, había veinticuatro personajes principales, setenta y dos prelados, veinte canónigos, setenta y tres beneficiarios, más de treinta maestros de ceremonias, acólitos y capellanes. Todos ellos costaban trescientos mil escudos al año. Y, además, ciento treinta cantores y músicos, por treinta y ocho mil escudos. Y, por si fuera poco, la renta principesca del patriarca. Y aún más, el coste incalculable de las magníficas festividades, con su deslumbrante escenografía de oro, piedras preciosas, terciopelo, encaje y luces, entre nubes de incienso que emanaban de los turiferarios cincelados.

El rey Juan V no regateaba los precios; más bien, como rey brasileño, rico sin saber muy bien cómo, daba honor a sus gastos, imaginando que asombraría al mundo con su extravagante manera de derrochar. Más de doscientos millones de cruzados fueron a parar a Roma; incontables sumas las donó a iglesias, conventos de frailes y monjas por todo el reino; y en su afán por ser el principal limosnero del catolicismo, se acordó de todos ellos, derramando oro brasileño por doquier: Santo-Antão de Benavente, São Francisco de Badajoz, la capilla portuguesa de Londres, el pesebre de Belén en Palestina, los templos de Jerusalén, por no mencionar los de Roma. Alexandre de Gusmão, atónito, se llevó las manos a la cabeza, exclamando: «¡El convento nos absorbe, el convento lo absorbe todo, el convento nos arruina!»

El rey no pensaba en tal cosa; y altivo, soberano, con su majestuosa peluca, las muñeca sadornada con encaje esponjoso, la mano sobre su bastón, sonriendo para sí mismo, dejaba vagar su mirada por la fastuosa escena de la obra. Vestíase en París. ¡Era, en verdad, un rey magnífico! Y los hombres con mitra de púrpura, los tonsurados con sus túnicas y telas toscas, arrastrándose de espaldas, humildes, golpeándose el pecho, alababan y adoraban al gran Lama del extremo occidente.

Sin embargo, al rey Juan V le faltaba algo. Su modelo en todo, el rey de Francia Luis XIV, contaba con fábricas, academias y monumentos; además, el monarca, profundamente interesado en todo lo relacionado con el culto, había notado que las cintas importadas para la decoración de las iglesias y los uniformes de los soldados no eran de buena calidad. Por lo tanto, creó una fábrica de seda: la primera y obvia necesidad de un reino que no producía lana ni lino.

También creó una Academia, pomposa y solemne, para escribir en una Historia los anales de los antepasados de la gran era que se estaba presenciando. Por lo tanto, el historiador que recibió el encargo llamó a la historia de la nación la *Historia Genealógica de la Casa Real*. ¿Qué era el reino, cuál era su valor, comparado con la casa real? ¿Quiénes eran los miserables, comparados con los magníficos Braganza?

Ya tenía las cintas de seda, ya tenía la historia, pero el gran rey aún no estaba satisfecho. También quería monumentos, y diseñó una basílica más grande que el reino. Mafra devoró, en dinero y personas, más de lo que valía Portugal. Además, para el rey, aparte de Mafra, el Palacio Patriarcal, la Corte, no había nada en el extremo de la Península. ¡Error! Había un misterioso cubículo en Odivelas, donde el sibarita daba rienda suelta a su lujuria, fundiendo en uno solo los amores de la carne y los del incienso, en una intoxicación dolorosa y sensual, llena de dulce misticismo. El jesuita había preparado, para el rey y para todos, estos misteriosos recovecos, alcobas perfumadas adornadas con imágenes piadosas, donde se practicaba el culto a todos los amores, sin pecado, en un éxtasis de jardín de las delicias. El místico conducía al rey hasta la puerta, la abría y desaparecía murmurando oraciones untuosas...

Sin embargo, por ahora, no desvelemos las alcobas ni los salones de los consejos importantes. Limitémonos a observar, como espectadores entre el público, la suntuosa obra que se desarrolla entre los bastidores de Mafra. Finalmente, el rey había alcanzado la culminación de su ambición; y la manía por el monumento, que había cultivado Francia con Luis XIV, se trasladó aquí, erigiendo de inmediato, en un solo lugar, una fría montaña de piedra. Un vasto santuario mortuorio, poblado por frailes negros, era a la vez el palacio del moderno Salomón. Cincuenta mil hombres trabajaron en este proyecto, como esclavos; y junto a él, la horca amenazaba a quienes protestaban, huyendo contra el capricho del soberano, quien ordenaba traerlos de todo el reino, en masa, entre escoltas de soldados. Los talleres de Roma y Venecia, de Milán y Génova, de Flandes y Francia, habían suministrado el precioso mobiliario, las arañas y candelabros, las verjas de bronce alquiladas, las lámparas y antorchas, los relojes y carillones. ¡Jamás se había visto una obra tan estruendosa, tan llena de música, tan deslumbrante con oro, piedras preciosas, luces, púrpura, encaje y seda!

El rey Juan V triunfó. No tanto, después de todo, por haber construido Mafra, sino porque vio en las torres su deleite, su pasión, el objeto de sus preocupaciones: ¡una campana que pesaba ochocientas arrobas! Cuando le informaron de su suspensión, le otorgó al campanero el puesto de campanero mayor, con una pensión de cien mil réis. La campana repicó solemnemente, y cada tañido vibró en el corazón del rey como una nota de alegría y orgullo. Y la campana continuó, ¡repicó! Y estos tañidos repetidos parecen a la historia como los sollozos de todo un pueblo, hambriento y miserable, arrastrado por un loco en una grotesca procesión fúnebre.

No había ninguna campana igual en ningún otro lugar de Europa.

* * *

Adentrémonos ahora más allá de los bastidores del escenario.

Alexandre de Gusmão, en Lisboa, junto al rey, que lo tenía como secretario, y D. Luiz da Cunha, embajador en París, mantenían una estrecha correspondencia. Ambos conocían Portugal al dedillo; y mientras el embajador insistía en que su amigo interviniera en la política europea, ganándose un lugar en la arena internacional, Gusmão respondía: «Olvida que dejó a sus amigos luchando contra las olas del mar de la superstición y la ignorancia».

El rey Juan V presidía los consejos, entreteniéndose con el montaje y desmontaje de una maqueta de madera del Vaticano, una exquisita miniatura que le habían enviado como regalo desde Roma. «¡Ay, si uno pudiera expresar lo que siente!», exclamó el secretario para sí. El rey no le prestó atención; sólo le importaban los asuntos piadosos: ¿cuánto se recauda en la alcancía para limosnas? ¿Y las misas?, preguntó al prior de San Nicolás, su favorito. Entonces el cardenal da Motta, cuñado del secretario de Estado, aficionado a plantar claveles, le comentó a Gusmão que era inapropiado entrometerse en tales tonterías. Dirigiéndose al rey Juan V, relató con gravedad la aparición de Sancho a su señor, tal como lo narra el padre Casuino en su *Côrte Santa*: el rey, el duque de Lafões, el marqués de Valença y todos los demás miembros del consejo escucharon con una atención cortés, íntima e imbécil. Estos hombres, tan formales ante el rey, eran un pozo de brutalidad fuera de la sala del tribunal. Se murmuraba cómo António de Saldanha había reprendido severamente al cardenal da Motta, y cómo Francisco Galvão le había dicho al secretario de Estado que se fuera al infierno. Lo que ahora preocupaba principalmente al rey y al concilio era el caso de una hechicera, en manos de la Inquisición, que había hecho confesiones espeluznantes. Por lo tanto, el cardenal instó al soberano a obtener del Papa la liberación de los espíritus malignos y los hechizos que causaban tanto daño en este reino: «No me consta que otras naciones los sufran», concluyó con gravedad. Y si bien el Papa no resolvió el asunto, se decidió prohibir la mención de relámpagos, tormentas y truenos en los calendarios anuales, para apaciguar al pueblo.

Por lo tanto, Gusmão, respondiendo a Paris, dijo que si Dom Luiz da Cunha sucumbía al deseo materialista de fundar alguna hermandad, debía decirlo, y el empeño tendría éxito, e incluso reportaría una buena recompensa. No cabía esperar otra cosa, ni de Soldão ni de sus visires. El rey era un «bolonio, estéril y contrahecho».

Luis XIV tuvo un forúnculo; el nuestro también sufrió de parálisis en su declive (1742). Toda la corte de santos del grotesco cielo de Lisboa se conmovió. El *Senhor-dos-Passos* fue al Palacio Patriarcal, Nuestra Señora del Monte Carmelo a la cámara del rey. Hubo oraciones, limosnas, procesiones, Vía Crucis: el latín de los frailes no cesó, ni el repique de las campanas, implorando a Dios. Los médicos enviaron al soberano a Caldas, y solo entonces se vio la necesidad del camino que se construyó, y el cardenal da Cunha ordenó que fuera bendecido antes de que el enfermo pasara por allí. Mejoró; y entonces las campanas repicaron alegremente y en el resplandeciente recinto de la iglesia se cantaron acciones de gracias. En las academias literarias, los jueces, con sus gafas y preciosas tabaqueras, evocaban estos temas desde sus cerebros enojados: «¿Era la enfermedad de Su Majestad tan grande como la afectuosa piedad de sus vasallos?» o «¿Era el sentimiento de la dolencia de Su Majestad tan grande en este reino como el deseo de su recuperación?» Y los *Escolhidos* disertaban gravemente, analizando el problema, mientras que los poetas de conventos y secretarías vertían un torrente de odas latinas, sonetos, liras y toda la palabrería de la poesía pseudoclásica.

Lord Tirawley, el embajador inglés, un verdadero sultán en Portugal a quien su país protegía, dijo: «¿Qué se puede esperar de un pueblo del que la mitad espera la llegada del Mesías y la otra mitad la del rey Sebastián?». Esta observación del inglés también demostró la indiferencia del pueblo hacia el nuevo régimen. Su verdadero rey era, seguía siendo y siempre sería (hasta nuestros días) el rey Sebastián. Ni los Felipes, ni los Braganza de Bolonia; ni 1580, ni 1640, ni posteriormente el marqués de Pombal, ni siquiera la invasión francesa; ni los reyes piadosos, ni los reyes magníficos, ni los reyes plebeyos; ni Juan IV, ni Alfonso VI, ni Juan V tuvieron el poder suficiente para despertarlo de su letargo. Este fenómeno de un pueblo completamente fiel a un rey encantado, que creía devotamente en una leyenda y, por lo tanto, era indiferente al rey real, a las revoluciones, a la política, a las guerras de instauración de la dinastía y a las profundas reformas de mediados del siglo XVIII, es un caso único. Por eso el marqués de Pombal pudo cambiar la faz de Portugal con total impunidad; por eso también su obra se derrumbó en un instante. Nada echó raíces ni se consolidó en el terreno inestable de un pueblo indiferente a la realidad, fiel únicamente a su

quimera sebastianista. La corte misma, a pesar de su esplendor, parecía a los visitantes extranjeros «totalmente triste».

* * *

Sin embargo, el rey Juan V no siempre fue un necio; también imitaba a los estadistas y quería aparentar firmeza y severidad en sus impulsos, porque los tenía. Portugal era entonces una especie de Túnez de la extrema Europa, y toda casta extranjera se atrevía a reírse de nosotros. En cierta ocasión, el capitán de un barco flamenco que transportaba sal en Setúbal se enzarzó en una disputa con el jefe de los guardias, y, para abreviar, lo arrestaron y lo llevaron a bordo. En Lisboa, ante cualquier riña entre marineros ingleses, borrachos en tierra, el juez protector arrestaba sin reparo a los lugareños. Los almirantes de flotas extranjeras desembarcaban tropas y reclutaban marineros a la fuerza. El rey Juan estallaba en ira y desataba una energía desmesurada y ridícula, sin que ello impidiera que las cosas siguieran su curso. El extranjero decía: «¿Acaso no fuimos nosotros quienes creamos al rey y el reino? ¿No fueron los soldados ingleses, holandeses y franceses quienes derrotaron a los castellanos?» Y se apropiaron del reino los mercaderes, los armadores y los gobiernos de las naciones extranjeras.

Pero el rey Juan V era consciente de su gran poder y, en momentos críticos, lo usaba con firmeza. En una ocasión, envió al conde del Prado a Cascais por no detener su carruaje al paso del patriarca. En otra, cuando un canónigo del Patriarcado se fugó con una mujer, su amante, temiendo que ambos huyeran por mar, ordenó que se incautaran todos los barcos del río Tajo para buscarlos. Pero el acontecimiento más importante de todos, la hazaña de su gobierno, fue la gran batalla que las tropas del rey bolonio libraron contra las monjas de Odivelas.

Una monja, arrestada por la Inquisición por ser cristiana nueva, había participado en un auto de fe y, tras ser absuelta, regresó al convento. Sin embargo, las hermanas la repudiaron, negándose a recibirla de nuevo en su piadosa y casta comunidad. Partieron en procesión con una cruz en alto, camino a Lisboa, para postrarse a los pies del rey, quien sentía un gran afecto por la comunidad. Pero el rey Juan V, si bien tierno, también sabía ser severo, como un buen padre. El majestuoso soberano no toleraba las rebeliones. Envío a su caballería a enfrentarlas, lo que obligó al ejército enemigo a retirarse. Fortificado en el palacio de la condesa de Río, el adversario aguardó el ataque; y dado que la caballería nunca servía para asaltar las murallas de las fortalezas, y puesto que las monjas se negaban a combatir en campo abierto, se envió infantería a tomar el reducto. Se produjo el asalto, que los sitiados resistieron valientemente, bombardeando a las tropas reales con piedras y muebles, palanganas de toda clase y líquidos de diversa naturaleza corrosiva. El ejército leal no fue derrotado: venció. Y los vencidos fueron llevados prisioneros en carruajes a Odivelas.

Este incidente demostró el poder del rey, al que todos admiraban con temor y respeto a la vez. Por lo tanto, cuando las monjas de Sant'Anna también quisieron rebelarse, bastó la intervención de Camões-do-Rocio, el *pícaro* favorito del monarca.

* * *

En medio de la farsa de la devoción, el desorden y la corrupción campaban a sus anchas. «Todo se puede conseguir con cuatro bolsas, aplicadas convenientemente a cualquier bonzo, menos al visir, su protector », decía Alexandre de Gusmão, que lo veía todo desde dentro. Era de dominio público que el vicario de los sacerdotes de Boa-Hora, Grillo, confesor y favorito de la reina, había vendido el contrato de tabaco por 12.000 cruzados. El conde de Unhão, capitán general del Algarve, traficaba bajo su propio riesgo, y lo mismo ocurría en la propia Lisboa. Los nobles se dedicaban a bromas crueles, fomentando tumultos y desórdenes en el que había muertes. Se habló de las bandas y los disturbios del duque de Cadaval, los marqueses de Marialva y Cascaes, los condes de Aveiras y Óbidos, que pusieron a Lisboa en un estado de terror permanente. El propio hermano del rey, el infante D. Francisco (como D. Afonso VI), junto con Suppico y otros, se divertía en estas aventuras nocturnas y secuestros que ensangrentaban las calles de la capital. La antigua valentía portuguesa se transformó en brutalidad grosera. Se hablaba con entusiasmo del difunto rey, D. Pedro II, que podía

levantar y cargar al hombro un saco de trigo de seis acres con una mano; del famoso niño de Freixo que había desafiado al famoso monarca; y del marqués de Alegrete cuyo golpe partió la cabeza de un toro. Estas prácticas, que han sido aplaudidas hasta el día de hoy y tuvieron un héroe en Don Miguel, introdujeron una ferocidad singular en las costumbres. El asesinato a tiros en medio de la capital era algo común. En las casas nobles, se envenenaba con aguafuerte como medio para resolver disputas domésticas. En Coímbra, el desorden era aún mayor: nadie se atrevía a salir de casa después del atardecer, porque la Universidad se había organizado en una sociedad de criminales. La banda de *Carqueja* era famosa; y además de los robos y asesinatos que cometían, sus parejas vivían en todos los conventos de monjas de Coímbra y alrededores, que se habían convertido en burdeles.

La sangrienta y lasciva orgía era el verdadero telón de fondo de esta imagen de devoción idiota y majestad burlesca. El conde de Tarouca, tan piadoso que le daba al Papa la autoridad para expulsar a un santo del Paraíso y enviarlo al Infierno, vivía en concubinato con Rocha, a quien había raptado de su padre y que estaba casada con uno de sus sirvientes: Rocha huyó de él con el padre Soares. D. Henrique de Menezes, quien se había refugiado en Francia a causa de un caso de adulterio, regresó y se convirtió en monseñor de la Iglesia Patriarcal. El conde de Valladares, quien había asesinado a su hija con crueldades devotas, se disfrazaba de mujer, con capa y cofia, para hablar con la criada de Santa Clara, y dormía en el convento con ella tras la muerte de su hija. El prior de São Jorge, en Lisboa, se hizo famoso por su molinismo: tenía 65 años y un harén de mujeres devotas confesas. La Inquisición intervino, condenándolo al exilio; pero el anciano se defendió, diciendo que *o amar é a caridade, resumo de toda a lei*. La abadesa del convento de Santa Ana en Lisboa huyó a Holanda con un fraile capuchino.

La Cuaresma y la Semana Santa eran las épocas deseadas para las aventuras piadosas. El ritual funerario del catolicismo intensificaba el deseo, añadiendo un refinamiento místico al amor lascivo. Se decía que el rey, disfrazado con harapos de pobre, iba al lecho del Señor de los Escalones de la Gracia para pellizcar a las damas nobles cuando besaban los pies de la imagen. El Jueves Santo, la corte visitaba las iglesias a pie, y como las calles eran torrentes de suciedad, jóvenes con tablas iban delante para que la corte no se ensuciara. El pueblo llano pululaba, vestido de negro, de iglesia en iglesia, visitando y haciendo penitencia con bofetadas ante los nichos de los santos en las calles. Los hombres, con espadas al cinto y rosarios en mano, las mujeres con chales, conversaban y rezaban a la vez, golpeándose el pecho y coqueteando con miradas furtivas, susurrando secretos o notas perfumadas que las damas pasaban a las muchachas. Todos llevaban gafas, un rasgo que impresionaba a los extranjeros; la sangría era la práctica común en esta tierra ya desangrada por la India, para la cual el jesuita había prescrito fármacos tan fuertes, drásticos y eméticos, que la dejaba caquética. El rey, devoto y lujurioso, era el verdadero representante de la nación, y si bien reinaba sobre la aristocracia y las monjas, su imperio se extendía hasta los cantantes y bailarines de su obra, alcanzando incluso al pueblo llano, pues tenía como amante, en su harén, a una gitana. Sin embargo, para ejercer el poder absoluto, las sutilezas sensuales con las que las luces y el incienso, con su embriagador aroma, excitan el amor, no le bastaban: comía ámbar.

Sus extravagancias abarcaban tanto a las santas de la corte celestial como a las divas de la corte terrenal de Lisboa: por doquier se hablaba del capricho del rey por Petronilla, del teatro de ópera del Bairro Alto donde actuaban compañías españolas. Gamarra también causó revuelo al abandonar a su marido por su amante, el marqués de Gouveia, ingresar después en Santa Mónica como monja y, finalmente, hacer votos para huir a España y reunirse con su esposo.

Es cierto que el rey Juan V se enamoraba de todas las mujeres; pero su verdadera pasión residía en Odivelas, el nido de la madre Paula. Mandó construir una preciosa casita para albergar a sus amadas. La madre Paula y la hermana María da Luz vivían juntas en esta acogedora habitación, preparada para todos los placeres voluptuosos. Todo el lujo de la época se había acumulado en la misteriosa y maravillosa mansión: las tallas doradas, los mosaicos italianos, la laca india, los

muebles de ébano con incrustaciones de marfil, los espejos venecianos, los cristales, la cambray, los encajes, la plata y el oro, los pesados flecos, la tapicería de *melania* (la tela de moda) y las sedas de damasco que cubrían las paredes. Las dos hermanas dormían en la misma habitación, y entre las camas había dos pilas de plata con agua bendita, para que se persignaran. Desde la sala verde, donde había un reloj con campanillas y un mirador de mármol y vidrio, una tribuna de cristal y oro que se abría a la iglesia del convento, con los retablos de Nuestra Señora de la Gracia, San Bernardo y San Benito, tres protectores de los tres bienaventurados: el rey y las dos hermanas. La devota embriaguez no superó, sin embargo, el frenesí lujurioso de la sala de colores intensos, donde la joven odalisca, brevemente ataviada con encaje, era atendida por sus doncellas mulatas, con pendientes de oro en las orejas...

El rey iba y venía, sin esconderse, sin temor a ser visto. Todo el convento lo conocía y le besaba la mano con reverencia. Cerca del palacio, sin embargo, se disfrazaba por decoro: era en Arco-dos-Pregos, y Cucolim, al relatar sus viajes a Odivelas, decía: «¡Allí pierde la vergüenza!»

* * *

El voluptuoso monarca era verdaderamente rey porque su pueblo —la nobleza, el clero, la burguesía adinerada— ardía con las mismas pasiones.

Los esclavos⁴⁴, una repugnante herencia del descubrimiento de África y la dominación ultramarina, dejaron una sórdida mancha en la sociedad y en la fisonomía de las masas, manchas negras en las calles y plazas de la capital. Eran mantenidos y tratados como ganado. Se engordaban mujeres por montones para la procreación: porque un niño negro recién nacido, apenas destetado, ya valía 30 o 40 escudos.

Las mujeres negras, que son fértiles, infestaban las casas de los niños negros y mulatos como diablos, graciosos, ladinos; ¿quién no los querría? Y, después de todo, no eran exactamente personas, no había temores asociados a estos pequeños animales. Por lo tanto, disfrutaban de todas las intimidades y de los mimos de las muchachas que a veces parecían embarazadas. El hombre negro, el mulato, sumiso, esclavizado, mudo, era el confidente de los amoríos, y a veces el amante, por negligencia, debilidad o el refinamiento sensual de temperamentos ardientes. Era el esclavo, la esclava, quien ponía a la *fidalg*a o a la rica tendera al tanto de las curiosidades picantes de la plebe callejera. Por su intermedio llegaban a la habitación apartada, al atardecer, los pretendientes y las amantes, los gitanos, los ermitaños, las mujeres que leían las cartas y anunciaban la buena fortuna a las muchachas perdidas en el amor, exhaustas por su devoción. Llegaban los vendedores ambulantes, los contrabandistas, los que vendían baratijas y pañuelos perfumados, y dulces y golosinas, más baratos que en las tiendas, porque llevaban dentro una nota doblada de un amado. Llegaban los curanderos y adivinos, bufones, payasos, predicando e imitando animales, ante las ancianas, piadosas, aún llenas de esperanzas y aspiraciones. Llegaban los que vendían amuletos, jabones faciales, depilaban cejas con hilo, quitaban marcas de nacimiento, limpiaban la piel con vidrio; peluqueros y perfumistas. Finalmente, llegaban algunas ancianas humildes, pidiendo una misa, mendigando para mantener a un huérfano, contando horrores: las brujas que chupaban la sangre de los recién nacidos; los hombres lobo cumpliendo su destino, aullando como perros, de día vidriosos, demacrados, melancólicos en forma humana; los gitanos del bosque de pinos de Azambuja. ¡Miedos, milagros, prodigios! ¡Una monja, en San Eloy, mediante exorcismos, vomitó a los demonios, en forma de alfileres! Y las muchachas y las ancianas se asombraron, bendiciendo al Dios poderoso; y, respecto a los santos, les querían forzar a que cumplieran sus órdenes: San Antonio, el pobre hombre, sería arrojado al estanque, Nuestra Señora sería escondida debajo de la cama si la anciana y piadosa mujer de las novenas de San Roque no traía a tiempo la nota perfumada del galán.

«¡Ay! ¡Si tan solo se pudiera expresar lo que se siente!»

44 Véase *O Brasil e as colonias portuguesas*. II, 1-2.

¡Si tan solo se pudiera describir, sin tapujos, con sinceridad, lo que se oculta tras esa procesión que visitaba a diario las casas nobles y ricas! «¿Sabéis latín? ¿Os criasteis en un monasterio? ¿Tenéis marido en la India?», preguntaban los confesores—. Vuelva otro día, tendrá mucho que contar, y ahora no tengo tiempo. Saber latín era la sensatez pretenciosa y pedante, frailuna, tanto en hombres como en mujeres. Unos formaban parte de la ostentosa Academia; otras memorizaban preguntas para personas discretas, traían memorias sobre temas difíciles, daban significado a las hierbas, adivinaban la intensidad de los colores, repetían sermones, hablando con circunloquios y paráfrasis, gesticulando con elocuencia y poniendo los ojos en blanco con afectación.

La creación de monasterios trajo consigo otras consecuencias, que, sumadas a las anteriores, dieron lugar a la gula clásica, propia de costumbres suaves, convencionales y refinadas. La mermelada era la reina, al igual que la cidra; y los *copos d'agua*, tanto en las terrazas como en casa, eran un pasatiempo predilecto: no había día sin un refrigerio, ni refrigerio sin bromas juguetonas; y las muchachas reían, sin ton ni son, simplemente para mostrar sus dientes y los hoyuelos de sus mejillas, absortas en ello, mientras chupaban el cidro. Las hijas de familias obligadas a entrar en conventos, o bien morían en el hospital, o huían poseídas por la noche, o abrazaban con devoción la dulce vida del monasterio, sumergiéndose suavemente en los brazos de una lujuria empalagosa y una piedad ridícula. Debatían sobre el estilo de los zapatos, puntiagudos o redondos, tipo zapatilla o tipo cuña, y el color de las cintas: ¿morada o negra?, y la forma de los tocados: ¿llegaría la mantilla hasta la nariz o no pasaría de la frente? Un caso en particular indignó a Odivelas: la comunidad salió a protestar al unísono contra un pico de la mantilla: ¡No la queremos! ¡No la queremos!, con voces agudas.

La creación de monasterios dio lugar a la embriaguez de la devoción, que era un encantamiento, una vanidad, un lujo, una seducción y, a menudo, un pretexto. Ir a misa era una excusa para todo, siempre disponible; y cuando iban, siempre elegían la que tenía los mejores rituales. Cuando había una fiesta, llevaban la comida a las iglesias para pasar la tarde. En los conventos, además de los mejores dulces, se encontraban los misterios más irritantes. Iban a ver a las astutas monjas, a las ancianas ilustradas que contaban visiones, a las que sabían chismorrear y contar chismes y escándalos; a las que llevaban devociones durante tantos días, con tantas velas de ciertos colores, a ciertos santos. Iban a consultar a las madres superiores, quienes decían en secreto si el matrimonio se celebraría o no; si tendrían hijos; si enviudarían; si el hijo sería gobernador de tal o cual lugar. Había quienes bendecían a los enfermos y utilizaban rollos de cera para San Andrés, afirmando los días exactos que el alma del difunto estaba en el purgatorio.

Y las muchachas, todas tan arregladas y maquilladas, sensatas y coquetas, siempre en cuadrillas, en visitas constantes, meriendas, juegos, romerías, fiestas, rodeadas de comadres y amigas, con sus loros y sus monitos, sus tiernos cachorros (*Cuidado, Primor*), doctas en trucos y travesuras, formaban un tipo ridículo y pretencioso, cuya imagen desvanecida aún pervive en la figura de la muchacha de Lisboa. Ver al lagarto de Penha y ahogar a Judas en la Madre-de-Deus el Jueves Santo eran distracciones muy apreciadas, esperadas con ansias. El ciego recorría la calle pregonando el *Auto de María Parda* y las obras de Clara Lopes, o el testamento de la *Velha*, antes de que el fraile de las gafas leyera cuentos de dudoso gusto, con chistes y relatos piadosos, a la luz de la lámpara del velador. A su alrededor, sentadas en el suelo, ancianas y muchachas estallaban en carcajadas; y los vecinos bajaban de las escaleras para escuchar, con sus labores o medias colgando del pecho de un gancho, o con la rueca y el huso en las manos. ¡Dios mío! Primos y amantes también acudían corriendo; y rebosante de ocurrencias y chistes subidos de tono, el estudiante de Coímbra, de vacaciones... ¡qué alegría! La dueña de la casa ordenaba, el marido, empleado del Tesoro, quitaba las telarañas; las niñas se sonrojaban ante los cariñosos pellizcos de sus primos; y el fraile, guardando sus gafas y doblando el periódico, se despedía, bendiciendo y ofreciendo la mano para que la besaran. Llegaba la hora de las Vísperas.

De los conventos, un observador contemporáneo comentó que eran lugares arriesgados para que los maridos dejaran a sus esposas; y de los frailes añadió que, sobre todo, parecían estar bien maquillados. De hecho, sus brillantes cabezas calvas y sus anteojos, famosos en toda Europa, les conferían un aspecto pintoresco. Los *cruzios*, príncipes de Santa Cruz en Coímbra, se vieron afectados durante un tiempo por las reformas del comisionado papal, fray Gaspar da Encarnação; y se quejaron en términos que distaban mucho de ser piadosos, casi blasfemos. Los breves papales, las bulas, se compraban con dinero, decían, observando que «para ir al infierno no se necesita un Breve, sino que el reformador pretendía el camino a Roma por una ruta más corta». No envidiaban su peregrinación, después de castigarlo con un juego de palabras. En su ira, los frailes confesaron que las conciencias estaban enredadas, las aulas vacías, las sillas sin maestros y los púlpitos sin predicadores. Y la confesada miseria de la religión de la Cruz era la miseria de toda religión, degradada, pervertida y brutalizada por la educación de los jesuitas. Sus ideas convirtieron involuntariamente a quienes, en el mundo, eran los enemigos declarados de la Compañía.

La religión y la India daban trabajo a los numerosos bastardos; y la esclavitud, la devoción y la sífilis eran tres lepras que lo corroían todo. Las esposas de ministros y jueces vendían la justicia y sus cargos: ya eran su mayor activo. Bajo la ostentosa opulencia se escondía la verdadera miseria: ningún juez permitía que un matrimonio valorado en 30.000 cruzados se desperdiciara. Los nobles, con sus nombres que se extendían a lo largo de leguas, con sus casas hipotecadas, eran mendigos impertinentes, pero a la vez complacientes: los ministros recibían sus peticiones de sus esposas, en sus despachos privados, con toda decencia y respeto; y permanecían afuera, esperando a que sus esposas convencieran al magistrado de la justicia de su caso.

Eran, a la vez, los alborotadores de la noche, los rufianes de la calle, los espadachines e incluso los villanos. La vil brutalidad, la crueldad sedienta de sangre, el refinamiento y la corrupción de toda moral conformaban la corona y la corte del rey Juan V.

El engreído Salomão de Mafra, el lujurioso devoto de Odivelas, el vencedor de la batalla de las monjas, fue quien ordenó que Antonio José fuera quemado en la hoguera por atreverse a llamarlo el *Gran Gobernador de la isla de las lagartijas*. Esta célebre obra, que el pueblo aplaudía en Bairro-Alto, definía así la justicia en la isla de las lagartijas.

«Ante todo, sepan que esto que llaman justicia es un producto de la imaginación; y que tal mujer no existe en el mundo, ni tiene carne ni sangre... pero como era necesario que esta figura existiera en el mundo, para asustar a los adultos, como el coco asusta a los niños, pintaron a una mujer vestida con atuendos trágicos, porque *toda justicia termina en tragedia*. (El poeta presintió la hoguera). Le cubrieron los ojos, porque dicen que era bizca y que tenía un ojo atravesando el otro; y como la justicia debía prevalecer para que no se viera este defecto, rápidamente le cubrieron los ojos. La espada en su mano significa que todo se resolverá con la espada, lo cual es lo mismo que a derechas y a torcidas.»

* * *

La perversión de los instintos, el vacío de la inteligencia, la maldad imbecil y la piedad empalagosa y lasciva retrataban a la perfección el estado decadente del cuerpo de la nación, envuelto en un sudario de brocado sacristán, apestando a incienso y hollín. Portugal era un escenario de ópera, representado en una iglesia. No somos nosotros, con nuestras críticas inspiradas por motivos afortunadamente distintos, quienes lo decimos: sus contemporáneos lo confesaban. Lean lo que escribió el señor Oliveira, lean a Alexandre de Gusmão, lean el *Testamento político* de D. Luís da Cunha, y reconocerán la verdad del triste cuadro que hemos esbozado.

No cabe esperar nada del rey: esa es la impresión que se desprende del texto de este último documento. ¿Y qué decir del ministro portugués en Francia, que conocía a Europa, en una súplica al príncipe, el futuro rey José, le aconsejaba y ya señalaba al también futuro marqués de Pombal como el único capaz de hacer algo por la pobre y miserable patria. «Encontrará muchas tierras —decía— usurpadas al pueblo llano, otras sin cultivar, los caminos intransitables. Un tercio de Portugal es

propiedad de la Iglesia, que no contribuye a la seguridad y defensa del Estado; pertenece a los cabildos diocesanos, las iglesias colegiadas, los prioratos, las abadías, las capillas, los conventos de frailes y monjas. Encontrará que el reino está despoblado». Fundão, Lamego, Covilhã, Bragança, Guarda, estaban desiertas, y la Inquisición continuaba matando y expulsando judíos. Todo nos llegaba de Inglaterra tras el Tratado de Methwen, cuyo hermano era allí fabricante de telas. El cardenal da Motta, omnipotente junto al rey Juan V, tenía «muy poco conocimiento de asuntos exteriores y aún menos actividad en los internos». «No tengáis ministro ni favorito —aconsejó al príncipe—, y mucho menos un confesor: confesad con el párroco, que tiene suficiente conocimiento para tranquilizar vuestra conciencia, porque la teología de los frailes es muy arriesgada, especialmente la de los jesuitas.»

La revolución del marqués de Pombal se describe en el *Testamento* de D. Luis da Cunha. La reacción contra el Portugal de Braganza, controlado por los jesuitas y los ingleses, se formuló con el espíritu de un hombre que encontró en el equilibrio la razón de una independencia, sólo nominal desde 1640. «Si España fuera dueña de la plata, el oro y demás productos de Portugal y América, sometería la ley a todas las potencias europeas; y esta razón de Estado es nuestra mejor garantía». El siguiente episodio de la historia nacional demostró que D. José tenía las cualidades para seguir al pie de la letra el *Testamento* del diplomático: en efecto, llamó al marqués de Pombal y sancionó el terremoto de la *isla de Lagartos*.

Esta isla, querido lector, fue el puerto al que nos condujo la educación que los jesuitas comenzaron a impartirnos en el siglo XVI. No se ataca a la naturaleza en vano, sea cual sea el motivo; y los padres, secando en nosotros toda fuente de vida verdadera y justa, nos dieron, a cambio de juicio, un sistema de engaños y debilidades para salvarnos. Cuando ya estábamos al borde de la perdición, Braganza se acordó de redimarnos, y las minas de Brasil inundaron los bolsillos de un pueblo perdido en cuerpo y alma con un torrente de oro. Que estas páginas sirvan de testimonio de las locuras que esto provocó. La historia se interrumpe, pero no termina aquí. Si alguien piensa que un pueblo no puede caer más bajo, se equivoca: pronto se convencerá de la verdad.

V. EL TERREMOTO. EL MARQUÉS DE POMBAL.

«Y el Señor destruyó la ciudad, con todos sus habitantes, sus suburbios y toda el vigor de la tierra.» Así sucedió con Sodoma, así sucedió con Lisboa. El terremoto duró cinco años (1755-1760) y arruinó las calles y las casas, los templos, los monumentos, las instituciones, a los hombres e incluso sus ideas. Y sobre las ruinas y los escombros de la ciudad maldita, surgió la Jerusalén del utilitarismo burgués; sobre las migajas de Síbaris, el efímero Salento⁴⁵ del marqués de Pombal...

En la mañana del 1 de noviembre, la ciudad tembló, profundamente sacudida, y comenzó a derrumbarse. Eran las nueve de la mañana, el día de Todos los Santos: las velas ardían en los oratorios de las casas y las iglesias estaban repletas de gente que asistía a misa. Todos, en avalancha, corrieron hacia las playas; pero, se detuvieron en seco ante la ola que venía del río, que crecía e inundaba las calles, anegando las casas. Sobre este ruidoso encuentro, una nube de polvo que oscurecía el aire y el sol se cernía, ya formada por los escombros de los edificios y los muebles, que el temblor interno de la tierra había removido y los derrumbes habían lanzado, en astillas, al aire. Oleadas de gente afligida, retrocediendo, huyendo del mar, se tambaleaba entre las ruinas. Y los derrumbes, y los escombros de los muros caídos, abrían en la masa viva, agitada por el viento de la desgracia, claros de muerte, cúmulos de cadáveres y pozas de sangre, de miembros cercenados, con el blanquecino resto de los sesos esparcidas por los rincones. Y las casas se erguían con sus muros en ruinas, sus tejados abiertos sobre el costillar de los tabiques, revelando todos sus sombríos interiores, en este día en que, para muchos, Dios había juzgado y condenado a Lisboa, como una vez lo hizo con Sodoma. Por lo tanto, el retumbar ronco de los derrumbes se oía atravesado por los gritos de los moribundos y por los alaridos de hombres y mujeres, abrazando cruces, santos, reliquias, sollozando letanías, ungiendo a los moribundos, conteniendo el aliento con cada nuevo temblor de la tierra que no dejaba de estremecerse, arrastrándose por el suelo, de rodillas, con las manos juntas, los rostros bañados en lágrimas, clamando: ¡Misericordia! ¡Misericordia!

Casas, palacios, conventos, monasterios, hospitales, iglesias, campanarios, teatros, fortalezas, pórticos... todo, absolutamente todo se derrumbaba. «¡Si pudieras ver el palacio real!», exclamaba un testigo, « ¡qué espectáculo tan singular, hermano!» Las rejas de hierro, retorcidas como mimbres, la piedra agrietada como cristal. La ola del río engulló en un instante los muelles de Terreiro do Paço, con los barcos amarrados, repletos de gente. Desde los pisos superiores, se precipitaron sobre los adoquines de las calles. El miedo creció, la locura se apoderó de todos: se veían muertos arrastrados por los vivos, personas mutiladas cojeando, gente corriendo desgreñada, semidesnuda, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, lacerados, ensangrentados, arrastrando una pierna fracturada, sangrando profusamente por el miembro cercenado. Gritos, alaridos, clamores, imprecaciones, gemidos, plegarias, un murmullo de voces enajenadas acompañaba los gemidos ahogados de quienes yacían sepultados bajo los escombros. En el tumulto de las calles había caídas y muertes, abrazos y agonías. La misma locura de los hombres era el delirio de las bestias: los mulos desbocados arrastraban a jinetes y carruajes, precipitándose hacia los despeñaderos de la ciudad; y los vivos, moribundos y muertos, amasados con los escombros, colmaban las calles flanqueadas por osamentas de casas, como una imagen desoladora de lo que sería el caos primigenio. Cuando la tierra fue subvertida, cuando el mar se alzó para inundar la tierra, cuando las lenguas llameantes y brillantes centelleaban en el aire, ¿qué recuerdo podría quedar de las invenciones humanas? Abrazados, confundidos, en la comunidad del llanto, nobles y monjas,

⁴⁵ Salento es el nombre de la ciudad utópica imaginada por el escritor [François Fénelon](#) en su obra *Las aventuras de Telémaco*, publicada durante el reinado de Luis XIV. (Clásicos de Historia)

prostitutas y madres, mendigos y señores, villanos y caballeros, se abrazaron en la comunidad del hambre, el frío, la desnudez y el terror. Toda la ciudad, conmocionada por el formidable impacto, concentró toda su elocuencia en una sola palabra: ¡Misericordia! ¡Misericordia!

Pero entonces llegó el resplandor de las llamas con su luz siniestra; el fuego fustigó a la pobre gente semidesnuda, que temblaba bajo el gélido viento del noreste; se helaban y a la vez ardían; se asfixiaban entre el humo y el polvo. Y las llamas ascendían, y el fuego ardía, y a los gritos frenéticos de los desdichados se sumó el crepitar de la madera, el crujir de la piedra, el estallido de espejos, cristales y lacados, que el fuego devoraba. La densa nube de polvo que todo lo oscurecía se iluminaba con los destellos rojos que surgían por doquier, porque Lisboa, completamente en ruinas, era un infierno ardiente. Las orgullosas lenguas de las llamas se alzaban altivas hacia el cielo, uniéndose a las plegarias entre lágrimas de los habitantes como una protesta satánica contra los elementos. Otras protestas, más positivas e igualmente horribles, llenaban ahora el aire: los esclavos vengaban su esclavitud, los mendigos su pobreza, los malvados su maldad. Asesinato, violación, robo, como en una tierra que yacía en paz, se repetían entre las ruinas y el fuego; y entre los escombros aún extinguidos, se podían ver los perfiles negros de los esclavos, riendo infernalmente, con los ojos inyectados en sangre, los dientes blancos, arrojando brasas ardientes sobre las ruinas, avivando las llamas, ¡aclamando la llama vengadora! ¡Misericordia! ¡Misericordia!

* * *

Se estima que entre 10.000 y 15.000 personas murieron en Lisboa ese día.

De esta catástrofe surgió el poder del marqués de Pombal; y el azar, aterrorizando a los espíritus con el terrible suceso, los preparó para aceptar sumisamente el yugo del tirano, quien estaba a punto de consumir el terremoto político, después de que la naturaleza hubiera consumado la ruina de la ciudad perdida del rey Juan V. La decisión del ministro, en las horas del cataclismo, demostró su fuerza, ganándose de inmediato la obediencia absoluta del rey José. Lisboa era un campamento; y todo debía reconstruirse, todo era posible, en ese momento único de destrucción total del pasado. El terremoto fue el fin del mundo. Sin embargo, antes de crear, el ministro necesitaba consagrarse a la destrucción, en las esferas a las que la naturaleza no llega —en la sociedad, en las instituciones—, para que la futura Salento se convirtiera en una ciudad nueva en todos los sentidos. Así, el terremoto se hizo hombre y se encarnó en Pombal, su hijo.

Mientras la ciudad aún ardía y se derrumbaba, en los primeros diez días de noviembre, Pombal, como el emperador de una antigua tribu, abatido por el enemigo —así era Lisboa, acampada en tiendas de campaña en los suburbios—, Pombal, fuerte y valiente, previó las consecuencias del desastre. Se anunciaba una terrible hambruna. Perros, gatos, ratas y pájaros ya eran devorados vivos; raíces, hierbas y corteza de árbol ya se consumían. Se oía un clamor de miserable abandono; no había comida ni casas. Pombal construyó refugios para los dispersos; organizó a las tropas en compañías de sepultureros; recogió todos los bienes rescatados, restos de objetos preciosos de Lisboa, India y Brasil; compró trigo; fijó los precios de los productos; impidió conspiraciones; prohibió el robo de provisiones; defendió las playas de los argelinos, cuervos que seguramente vendrían a explorar el campo de batalla; arrestó a mendigos y vagabundos; Mandó colgar sumariamente, sin juicio previo, en postes altos erigidos en las esquinas de las calles, a ladrones e incendiarios, dejando sus cabezas clavadas en la horca como escarmiento.

Semejante fuerza conmocionó al pueblo llano, tanto o más que la furia del cataclismo. ¡Qué momento tan singular, cuando la tierra tembló, como en los dolores de parto, dando a luz a un tirano! ¿Habían llegado las catástrofes prometidas, o venía Pombal como el Anticristo del mesianismo sebastianista? Los viejos libros de Bandarra, la biblia portuguesa que todos recordaban, se apresuraron a desvelar el fenómeno que allí se profetizaba.

En la era que tiene dos cincos
Entre maderas armadas,

Veo dar unos pasos
Y una gallina con polluelos
Presagia los grandes gritos
De la gente despedazada.
No lanzo más la barra
Sigo golpeándome la frente...
Cuidémosnos ahora con esta
Profecía de Bandarra.

El pueblo meditaba, reflexionaba: la era, 1755; las maderas armadas, la horca; los grandes gritos de la gente despedazada, ¿acaso no los oían todos entre los escombros de las casas, de donde, con los gemidos de los moribundos, emergían centelleantes las lenguas carmesí del fuego?

El terremoto entró así, como un episodio, en el cuerpo del sebastianismo, arraigando con una nueva desgracia esta religión que había nacido espontáneamente en el alma portuguesa, una hermosa flor de candor, blanca como los nenúfares de los pantanos.

* * *

En 1556, el ministro inició su sacudida, prolongación de la anterior. Quiso comenzar por corregir las costumbres y, por ello, ordenó una investigación sobre los concubinatos públicos: nobles desterrados, plebeyos encarcelados. La mano dura del ministro, sacudiendo enérgicamente a los miembros de la sociedad, la dobló. Se cernía la sombra de una conspiración (junio) que Pombal castigó, arrestando a frailes y nobles bajo sospecha y prometiendo 20.000 cruzados al delator. A finales de agosto fue degradado Diogo de Mendonça Corte-real, quien le hacía sombra. En septiembre fundó la Compañía del Vino y, en diciembre, la Junta de Comercio, instituciones que, por estar vinculadas al sistema que estableció, analizaremos en otro lugar.

Oporto se había rebelado contra la Compañía (enero del 57); en febrero el tribunal allí tomó el control, y en octubre ahorcó a 18 acusados, envió a 26 a las galeras y degradó a 99.

Estos fueron los preludios de dos grandes catástrofes: la de los jesuitas y la de la nobleza. La tormenta se había gestado en los años 56 y 57, para estallar en los años siguientes, cerrando el ciclo de seis años que duró el terremoto portugués.

En 1758, el atentado contra la vida del rey José I (3 de septiembre) le brindó al marqués de Pombal un excelente pretexto para desestabilizar la aristocrática ciudad, ya conmocionada por ataques anteriores, pero aún rebelde y fuerte. Durante tres meses, el ministro, encargado de la cámara del rey, logró mantener el suceso en secreto. Recibía visitas y, como buen actor, informaba a todos, incluso a los propios acusados, de la enfermedad del monarca. Transcurridos los tres meses y con todas las redes preparadas, finalmente se descubrió y emitió las órdenes de arresto (del 9 al 13 de diciembre).

El proceso fue rápido y bárbaro, como todos los juicios políticos, en los que los acusados ya están condenados al comparecer ante los jueces. El 12 de enero (de 1759) se publicó la sentencia, y el 13 se ejecutó.

Cuando los muros del Palacio de Ribeira se derrumbaron el 1 de noviembre y todo el edificio se vino abajo, se vio un torrente de objetos preciosos que fluían hacia afuera, engullidos por las olas del río: eran joyas, porcelanas, platería, pinturas y tallas de la India, que, desde el reinado de Don Manuel I, los reyes habían atesorado, y que se decía que valían más de mil millones de cruzados.

Cuando se publicó la sentencia del 12 de enero, quedó al descubierto también el interior de un edificio construido sobre crueldades, atrocidades y sangre: estos eran otros ornamentos del palacio real...

El 13 de enero, en Belem, fueron ejecutados los reos, o presuntos reos, del atentado del 3 de septiembre. Doña Leonor de Távora fue decapitada y murió con dignidad. Su segundo hijo, casi imberbe y rubio, la siguió, desfallecido en brazos de dos frailes. Lo extendieron en la cruz, le

rompieron los huesos a mazazos y lo estrangularon; pero al romperse la cuerda, el desdichado murió lentamente. Entonces apareció el marqués de Távora, cuya esposa, según se rumoreaba, era la amante del rey. Se decía que el rey José lo había deshonrado primero; luego lo mataría bárbaramente. El conde de Atouguia y otros tres cómplices, plebeyos, llegaron poco después. Esto duró toda la mañana, de las 6 a las 12.

Tras un breve descanso, la hecatombe prosiguió. El primero en entrar fue el anciano marqués de Távora; le mostraron los cadáveres de su esposa e hijos, lo colocaron en el potro y le aplastaron los huesos. El desdichado gimió; pero el horror más espantoso de los gritos provino de la ejecución del duque de Aveiro. Ferreira, quien había disparado contra el rey; fue untado con brea, con un saco de brea y azufre alrededor del cuello, quemado vivo y asado lentamente, pues el viento dispersaba el humo y las llamas: la cadena de hierro que lo sujetaba por la cintura ardía como brasas, apretándolo en un círculo de fuego. La escena terminó a las cuatro de la tarde. La nobleza estaba sometida, devastada; y vengado el sacrilegio del ataque al rey, convertido en un dios por el absolutismo.

* * *

Ahora quedaba el otro bastión de la vieja Sodoma: era necesario erradicar la escoria jesuita — a cuya sombra Portugal se había marchitado y corrompido — para que el nuevo Salento del marqués de Pombal pudiera alzarse, soberano y fuerte, sobre las ruinas y los cadáveres.

El duelo comenzó ya en 1557⁴⁶; y desde entonces, el ministro encontró, o le convenía encontrar, la sotana jesuita en cada episodio de resistencia a su tiranía. Declarándola cómplice de la revuelta de Oporto, expulsó a los tres confesores del rey del palacio a medianoche, dejándolos en la calle (21 de septiembre de 1557). Este primer acto indicó claramente el resultado de la lucha y quién sería el vencedor. Perder el confesionario, que habían convertido en el verdadero y absoluto eje del poder, significaba para los jesuitas empezar por perderlo todo. En febrero del 58, el ministro lanzó la campaña en Roma, exigiendo el castigo de aquellos a quienes ya consideraba culpables: incitaban al pueblo a rebelarse contra las leyes paternalistas del soberano, aterrorizaban a los plebeyos con profecías espantosas, usurpaban las colonias, eran rebeldes, y la paz del reino exigía una reforma.

El marqués de Pombal reforzó la retórica grandilocuente de sus notas a Roma con instrucciones secretas y más positivas para su embajador. La vieja comedia de la época de los judíos se repetía con los mismos rasgos: «Combata el soborno de los padres —dijo el marqués al embajador, mencionando a los cardenales y a las personas más importantes en el negocio—, cómprenlos por todos los medios posibles, sin arriesgarse a ser sacrificados por ellos. Es mejor y más barato guerrear con dinero que con ejércitos. Aquí (en Lisboa) hay más de cien mil cruzados en plata fina de París y porcelana sajona. También puedo enviarles algunos diamantes en bruto para que los hagan tallar; sin embargo, tendrán que decirme si sirven para cruces, pectorales, etc. Les envío cuatro anillos. Quizás sería mejor ofrecer las piedras en bruto como muestra de los productos de los países tan queridos por los jesuitas.»

El marqués de Pombal había sido discípulo suyo; conocía sus métodos, por lo que se movía en terreno conocido. En abril, el Papa nombró al cardenal Saldanha reformador de los jesuitas; en mayo, el reformador les prohibió dedicarse al comercio; en junio, el patriarca de Lisboa los expulsó del confesionario y del púlpito de su diócesis. Tan claramente derrotada, la Compañía no abdicó; y a finales de julio, pidió humildemente al Papa que anulara los edictos patriarcales y asumiera el juicio en la disputa. Los sacerdotes sabían cuál sería la sentencia; y no creían que el temible ministro pudiera influir en la mente piadosa del rey hasta el punto de llevarlo a rebelarse contra el Papa. Se equivocaron, como el tiempo demostró, pero esperaron; y, en efecto, Pombal sólo logró retrasar la respuesta papal.

46 Véase *Hist. civil. Ibérica* (2.^a ed.) págs. 269-275.

El atentado del 3 de septiembre respaldó la política del ministro: los jesuitas fueron declarados cómplices de regicidio, un antiguo pecado de la Orden. Los acusados fueron ejecutados el 13 de enero, el 19 se confiscaron los bienes de los cómplices y se prohibió al pueblo comunicarse con los sacerdotes. El 20 se enviaron cartas a Roma solicitando permiso a la Mesa de Conciencia para juzgar a los acusados de tan nefastos crímenes, agravados ahora por el sacrilegio de atentar contra la vida del rey.

Estas cartas eran una difamación contra la Compañía; y además de los supuestos crímenes, que no eran más que pretextos, revelaban todos los verdaderos crímenes de la institución, que se había corrompido. En las casas de Dios, se aceptaban y emitían letras de cambio, como en los bancos y las casas comerciales: se vendían mercancías y se fletaban barcos. La Compañía tenía sus propios almacenes donde vendía todo tipo de productos al público, al por mayor y al por menor. Dado que la institución de la Compañía de Grão-Pará competía con sus intereses, los jesuitas, incitando a los comerciantes del Bien Común, afirmaban desde el púlpito que quien se uniera a la Compañía de Grão-Pará no entraría en la compañía de Cristo. En el extranjero tenían salazones y elaboraban carne seca, que vendían carne y pescado salados, pieles y productos del interior, y abrían tiendas de comestibles y carnicerías.

Luego se enumeraron con énfasis los crímenes políticos. Con motivo del terremoto, exaltaban los ánimos, anunciando castigos divinos y lanzando anatemas. Habían fomentado los disturbios en Oporto. Habían osado, ¡cosa horrible de mencionar!, conspirar contra la sacrosanta vida de Su Majestad.

Finalmente surgió la compleja cuestión de los territorios americanos. El tratado fronterizo del Río de la Plata, entre España y Portugal, destruía la *república jesuítica* del Paraguay; y en Madrid decían que Portugal había conquistado España, mientras que en Lisboa se decía lo contrario. Todo ello con la intención de que no se llevara a cabo el ajuste de fronteras.

Lo que hicieron en América en este sentido fue inaudito. Mantuvieron a Paraguay en cautiverio privado; esclavizaron y explotaron a los indígenas para disfrutar de todas sus riquezas. No permitieron la entrada al interior a obispos, gobernadores ni europeos, salvo a ellos mismos, los jesuitas. Prohibieron el uso del español y aprendían el guaraní, de modo que sólo ellos podían comunicarse con los indígenas. Gobernaron a este pueblo cautivo con una autoridad religiosa absoluta. Hicieron creer a los indígenas que los blancos seculares eran personas sin ley ni religión, cuyo único dios era el oro⁴⁷.

El general Gomes Freire, comandante del ejército de ocupación, escribió a Lisboa: «Tras convencerse finalmente (el ministro) de que los padres de la Compañía son los rebeldes, los indígenas dicen que el rey está muy lejos y que solo conocen a su sacerdote bendito. Cortan la cabeza a los portugueses porque los sacerdotes les dicen que a veces resucitan, si no hacen tal cosa.» El general añadió que los indígenas maniobraban con ingeniosos planes de campaña, que revelaban la intervención de los jesuitas para fomentar la resistencia. El poder de los sacerdotes era tan absoluto que los pobres nativos se postraban espontáneamente a sus pies para recibir los azotes y luego se levantaban para besar la mano que los había castigado. El general había encontrado artillería en manos de los indígenas y alemanes que la operaban: el plan principal de la resistencia consistía en arrasar los campos para que el ejército pereciera de hambre.

Estos eran los artículos de la acusación contra los jesuitas. El Papa titubeó; quería que el tribunal fuera presidido por un obispo de su elección. Pombal se negó y las negociaciones se interrumpieron. Finalmente, en septiembre, los jesuitas fueron expulsados de forma violenta y arbitraria, y se confirmó la confiscación de sus bienes. Roma protestó y, en junio de 1760, el Nuncio fue expulsado; en agosto, se ordenó a todos los súbditos de los Estados Pontificios que abandonaran Portugal.

47 Véase *O Brazil e as colon. port.* (2.a ed.) I, 4-5; II, 4-5 y 8; págs. 88-89.

El último bastión de la ciudad vieja fue destruido; y el marqués de Pombal, en el orgullo de la victoria, estudiaba los planos del nuevo Salento.

Para saciar un profundo resentimiento que lo consumía, el temible ministro se dedicó a representar la repugnante comedia de la ejecución del padre Malagrida. Ver la sotana en el cadalso había sido su anhelo; y no renunció al placer de vengarse de aquel desdichado hombre al que había mantenido en prisión tras expulsar a sus compañeros. Al mismo tiempo que la sociedad de gentes mundanas, comerciantes y diplomáticos era desterrada, el misticismo jesuita, llevado al extremo de la locura visionaria, terminó en una hoguera (diciembre de 1761).

* * *

Mientras todo se desmoronaba y el solar, nivelado por los terremotos de seis años, exigía la figura del gobernante y la escuadra del matemático, el marqués de Pombal, enriquecido por los quintos reales de Brasil, erigió la nueva ciudad utilitaria y abstracta.

Fue en junio del 59 cuando el proyecto de Lisboa obtuvo su aprobación. En pocos años, de entre las ruinas surgió un conjunto de construcciones anónimas: calles alineadas en línea recta, plazas rectangulares, fachadas simétricas y monótonas, arcadas clásicas que sostenían los lisos muros, perforados por ventanas sencillas y regulares, y edificios públicos concentrados en torno al Terreiro do Paço, que, bajo el nombre de Praça do Commercio, recibió en su centro la insípida estatua del pseudofundador del Salento. Lisboa no se estaba reconstruyendo: se erigía una nueva ciudad en el lugar de la antigua, porque Portugal, cuya tradición histórica había sido truncada por el jesuitismo, ha pasado, desde el siglo XVII hasta nuestros días, de revolución en revolución, reinventándolo todo (1640, 1755, 1834). Árbol sin raíces, cualquier soplo sacude toda su estructura, y tras cada terremoto, los estadistas, ante la ausencia de vida colectiva, pueden seguir libremente los impulsos de sus propios pensamientos. La sociedad, estéril, muda, que sólo pide que alguien la gobierne y la haga feliz, lo recibe todo, aclamando la audacia. La gran catástrofe del siglo XVI la brutalizó: su carácter se corrompió al encontrarse así afligida; y en su mezquina y sórdida miseria, sólo conservó el mesianismo sebastianista como fe, esperanza y principio de cohesión espontánea.

El rey Juan IV nunca podría pasar por el mesías; pero ahora aparecía el salvador, en la persona del marqués de Pombal, cuya furia, crueldad y terror lo convertían al mismo tiempo en el precursor, o en el anticristo.

La nueva ley, que el ministro imponía a una sociedad obediente y pasiva, no era precisamente una novedad. Pombal aplicaba a su reino el código de la Francia absolutista y mercantil, cuya fisonomía ya hemos descrito en otro lugar.⁴⁸

Al abolir las distinciones entre cristianos nuevos y viejos, suprimir la esclavitud en el reino, equiparar a los canarios con los portugueses y conceder la libertad, por primera vez, a los indígenas de Brasil, el reformador igualó a todas las clases sociales ante el trono absoluto, eliminando parte del sistema de categorías sociales heredado de las tradiciones medievales. Las reformas en el estatus social se complementaron con la reforma legislativa, de la cual se desterraron también las tradiciones anacrónicas del catolicismo y el derecho canónico.

Por otro lado, al restringir la libertad de celebrar misas y obstaculizar la apropiación de toda la riqueza de una nación devota por parte del clero, Pombal atacó directamente la teocracia nacional. «Por un lado —dice la ley del 9 de septiembre de 1769—, la carga de las misas es tan grande que, incluso si todos los individuos de estos reinos, de ambos sexos, fueran clérigos, no podrían celebrar ni un tercio de las misas enumeradas en las instituciones registradas en las *Provedorias* de los mismos reinos, en una de las más pequeñas (por ejemplo) se encontraron establecidas doce mil capillas y más de quinientas mil misas anuales. Por otro lado, para ocultar y encubrir la mencionada imposibilidad, se utilizan bulas milenarias, que no existen ni podrían existir sin el reprochable vicio

48 Véase *Hist. civil. Ibérica* (2.^a ed.) págs. 275-281.

de la simonía; y se realizan sórdidas negociaciones de flores, dulces y otras mercancías a cambio de misas solicitadas, etc.»

* * *

La expulsión de los jesuitas, seculares educadores de Portugal, obligó a organizar la instrucción pública y a cubrir las plazas docentes vacantes. El marqués fue más allá: no sólo secularizó la educación, sino que también la promovió. Pero, de todas sus grandes empresas, esta fue la más difícil, porque, si bien se puede legislar y hacer cumplir la ley, la educación se puede decretar, pero se queda solo en el papel cuando, como en Portugal, no existía instrucción en la sociedad. Los jesuitas fueron expulsados, pero ni las costumbres ni la educación podían erradicarse de repente: como lo demostró claramente la reacción de la reina María I.

Incluso durante el reinado de Juan V, el monopolio jesuita sobre la educación comenzó a desmoronarse: se abolió el requisito de obtener un certificado del Colegio de Artes para ingresar a la Universidad, y el *Collegio das Necessidades*, fundado en Lisboa, pasó a manos de la congregación del Oratorio. Juan V cambió de confesores y, como es sabido, en el siglo XVII, las revoluciones confesionales y las revueltas religiosas fueron, en todas partes, clave para los cambios políticos y administrativos.

En 1755, el marqués de Pombal encomendó a las congregaciones la realización de los exámenes de los académicos laicos en las provincias; y cuatro años después, los jesuitas fueron relevados de sus funciones como profesores regionales. La Universidad volvió a estar bajo control estatal, y las leyes posteriores sentaron las bases para la organización de la educación.

De las cuatro casas jesuitas de Lisboa —São Roque, Santo Antão, Arroyos y Cotovia—, la última se utilizó como *Colegio de Nobles*, una escuela superior, militar y patricia creada en la capital. Las tres casas restantes se transformaron en una *Misericordia* (São Roque), un *Hospital* (Santo Antão) y la última se cedió a las monjas de la Conceição de Luz. La nueva Universidad y el Colegio de Nobles fueron las instituciones de educación superior, ampliadas con la enseñanza de nuevas doctrinas y ciencias, y repitiendo el intento del rey Juan III, aunque sin mayor éxito, Pombal quiso elevar la Universidad al nivel del saber europeo, estableciendo cátedras de lo que en el siglo XVIII se denominaba Filosofía Natural, y creando museos, observatorios y gabinetes científicos; además de organizar la enseñanza del derecho natural y la historia civil de los pueblos. Y dado que en Portugal nadie tenía idea ni conocimiento de las ciencias recientes, ni del nuevo espíritu naturalista que las animaba, el ministro confió la enseñanza a extranjeros, como también lo había hecho el rey Juan III en su época. Por otro lado, la ley del 6 de noviembre de 1772 creó la educación primaria y secundaria. Esta ley estableció una escuela primaria en cada centro local, cátedras de portugués y latín en todas las ciudades, y un sistema de liceos donde se impartirían filosofía, elocuencia y griego. Para aliviar los costos, se creó una subvención literaria. La educación particular era libre, los puestos docentes se cubrirían mediante concurso, y las órdenes religiosas podían impartir clases públicamente.

La Real Junta de Censura era una especie de consejo superior de instrucción pública, responsable de supervisar todas las escuelas primarias y secundarias del reino. A estas funciones se sumó la revisión de libros, tarea que el marqués de Pombal sustrajo de la Inquisición. El espíritu lúcido del tolerante fraile humanista Manuel do Cenaculo, presidente designado por el marqués, impulsó la reimpresión de autores nacionales y facilitó la importación de obras extranjeras; y Portugal pudo leer lo que se escribía en Europa, por entonces convulsa por acaloradas y profundas controversias.

El decreto de septiembre de 1774 reformó y casi destruyó la Inquisición, puesto que la ley que abolía la clase de los cristianos nuevos le privará de buena parte de sus clientes, y la censura, encomendada a la *Mesa Real* le privará de otra de sus principales ocupaciones. Sin abolirla realmente, el marqués de Pombal la estaba debilitando. Su época había terminado, pero en sus sangrientos anales dejó una profunda huella sepulcral. Hasta 1732, los autos de fe habían castigado

a más de 23.000 personas y quemado a 1.454. Se desconoce el número de quienes murieron en prisión. El marqués de Pombal, antes de asfixiar a la Inquisición, quiso condenarla; y para ello le confió el odioso y ridículo papel de juzgar a los jesuitas: la sentencia del padre Malagrida es el lúgubre y burlesco testimonio de aquella terrible institución. Como un demonio, feroz en su ironía, el ministro enfrentó a los antiguos dioses rivales —él, el moderno semidiós absoluto— y los obligó a devorarse mutuamente, condenándose con sus propias palabras. Si tal comedia no se hubiera representado sobre una hoguera, donde, en carne y hueso, ardió otro loco, nosotros, el público, testigos de la historia, aplaudiríamos con entusiasmo el ingenio mordaz del comediante.

* * *

Hasta 1732, los autos de fe habían castigado a más de 23.000 personas y quemado a 1.454. Ya hemos estudiado en su momento el nacimiento y la formación de este tribunal destinado al exterminio de los judíos y a la purificación de la fe; en otro libro⁴⁹ hemos mostrado cómo, desde la raíz del misticismo peninsular, surgieron la Inquisición y la Compañía de Jesús, instituciones paralelas y, por tanto, rivales constantes. Una nacionalizada, la otra cosmopolita; la primera, un tribunal, la segunda, un ejército: el carácter adquirido por ambas y la rivalidad con la que ambas se esforzaron por purificar, castigando y purgando, o enseñando, propagando y convirtiendo, fueron la causa de los sucesivos conflictos que llenan la historia nacional del siglo XVII, pero que pertenecen más particularmente a la historia de la religión portuguesa —pendiente de ser escrita entre nosotros— que a la historia general de la nación.

Por esta razón, ambas instituciones, aunque rivales, provienen del mismo origen moral y traducen, de formas distintas, un único movimiento de conciencias. El ardiente misticismo del siglo XVI creó el nuevo tribunal y la nueva milicia católica; y en el siglo siguiente, cuando desgracias sin precedentes, la degradación del carácter y la perversión del conocimiento menoscaban el espíritu de la nación, vemos también cómo se atenúan las manifestaciones del misticismo nacional. La locura mesiánica del sebastianismo sustituye al entusiasmo con el que el propio Camões predicó la conquista del Santo Sepulcro y el exterminio de moros y judíos. El sentimentalismo devoto y los milagros burlescos reemplazan visiones como la de Alfonso de Albuquerque en el Mar Árabe. El amor poético de una Santa Teresa desciende al abismo de una embriaguez devocional ridículamente lujuriosa. Y las hazañas del diablo se vuelven cada vez más transparentes, revelando la malicia de los impostores o el libertinaje de las costumbres monásticas, en lugar de revelar la necia pero piadosa ingenuidad infantil de las desbordadas imaginaciones de la época del rey Juan III, un hombre de escaso juicio, como lo califica fray Luis de Sousa.

Quienes hemos estudiado con detenimiento la influencia de la educación jesuita sabemos hasta qué punto debemos atribuirle la responsabilidad del declive generalizado de las creencias religiosas observado en tiempos del rey Juan V. Si bien la Inquisición no cesó de funcionar, quemando judíos para purificar la fe, confiscando sus bienes para cubrir las necesidades urgentes del tesoro real —y no pocas veces para satisfacer venganzas personales y castigar robos flagrantes—, también hay que reconocer que, durante el siglo XVII y la primera mitad del siglo siguiente, la Inquisición condenó, castigó y quemó a mesías sebastianos, a menudo sacerdotes, monjas hechiceras, molinistas, pietistas, quietistas y a todos los sectarios, más o menos ingenuos, de una devoción lasciva, de un misticismo orgiástico, contrario a las tradiciones eclesiásticas del catolicismo. La rivalidad por el poder entre la Inquisición y el jesuitismo se vio agravada por la enemistad surgida de temperamentos religiosos opuestos. En el primer caso, el racionalismo católico prevaleció sobre la mistagogía, sobre la moralidad probabilística equívoca, sobre el verdadero libertinaje místico: consecuencias probadas (y ya estudiadas por nosotros) del falso aspecto bajo el cual Loyola concebía el alma humana al construir su doctrina⁵⁰.

49 Véase *Hist. civil. Ibérica* (2.^a ed.) IV, 6.

50 Véase *Hist. civil. Ibérica* (2.^a ed.) IV, 3.

El marqués de Pombal, eminente representante y audaz seguidor del naturalismo del siglo XVIII, se formó durante sus misiones en Inglaterra y con D. Luís da Cunha, quien sin duda lo instruyó, pues lo recomendó al heredero al trono al final del reinado de D. João V como su ministro. El marqués de Pombal, utilitario y práctico, condenaba con vehemencia —por su carácter incisivo— a la Inquisición y a los jesuitas, la tradición purista del catolicismo y los excesos místicos. Para él, la religión no era un instinto ni un sentimiento, sino más bien un engranaje necesario, aunque subordinado, en la maquinaria de la sociedad; y los complejos y profundos fenómenos del alma religiosa eran desconocidos e inadvertidos para las mentes geométricas de su escuela. Eran ateos inconscientes, o bien, Dios se reducía a una mera formalidad. El fanatismo del rey Juan III, las visiones de Alfonso de Albuquerque, el entusiasmo católico de Camões, la locura del rey Sebastián, debieron parecerle al marqués imposturas, trucos políticos o pura locura de mentes perfectamente huecas.

Desechando con la esponja del absolutismo matemático o mecanicista, y desdeñando, con la intolerancia de la pasión utilitarista, dos siglos, los más vibrantes de nuestra historia, el marqués suponía en Portugal el temperamento colectivo de una Inglaterra o una Flandes, porque la filosofía absolutista y clásica aún no reconocía que las sociedades crecen y viven también como plantas, según las semillas, los climas, el aire que respiran y las aguas que las riegan⁵¹.

Habiendo hecho estas reservas, es necesario celebrar con entusiasmo la doble destrucción de la Compañía de Jesús y la Inquisición, pues ambas, ya obsoletas, sólo servían para perpetuar, de forma corruptora, un estado ya anacrónico. El misticismo que las creó se había convertido, de hecho, en una verdadera locura, o en una sórdida depravación, y los antiguos odios contra los judíos se atenuaron, casi desaparecieron.

* * *

Un rápido vistazo a los registros de la Inquisición —desafortunadamente inéditos— de los siglos XVII y la primera mitad del XVIII, demuestra plenamente lo que hemos venido diciendo. Allí se observa la historia del alma religiosa portuguesa y se aprecia el abismo al que la había conducido el catolicismo. Se observa la perniciosa acción de los tribunales especiales, que, por instinto de supervivencia, siempre encuentran acusados y los condenan con la ferocidad propia de jueces de fe. Como en los tribunales de la Revolución Francesa, todo sospechoso es un acusado, todo acusado es condenado, independientemente de las pruebas. No se juzga, se ordena. No se castiga, se aniquila. En la agonía del terror y el tormento, los más inocentes confiesan los crímenes más inverosímiles y atroces: crímenes absolutamente imposibles; y el crítico se ve obligado a dudar de la sinceridad con la que los jueces creen en las visitas del diablo a los cuerpos de los poseídos. Obligados a condenar la ferocidad con la que se mata a la gente, sin que exista motivo alguno para el entusiasmo de otras épocas, la imparcialidad, so pena de convertirse en estúpida indiferencia, nos obliga a protestar, reconociendo en la conducta del tribunal un síntoma más de la lamentable decadencia de las costumbres actuales, que de los antiguos solo conservan la ferocidad.

* * *

La quema de judíos, cuyos retratos se alineaban en pequeños paneles en las paredes de São Domingos, fue, sin embargo, uno de los crímenes de la Inquisición, si no el más excusable, sí el más extenso. A pesar de su profunda perversión, la religión nacional no había desaparecido; y el odio contra los supuestos verdugos de Jesús tenía raíces muy profundas, tradiciones aún no del todo erradicadas. Pero la ferviente creencia en las visitas demoníacas, denunciada en casos ridículos o inverosímiles, siempre será un testimonio o de la absoluta imbecilidad a la que la educación realista de los jesuitas había conducido a los jueces, o de una ferocidad aterradora, de una iniquidad imperdonable. Además de estos dos tipos de crímenes, la Inquisición condenaba constantemente otros dos, absolutamente condenables, y en este sentido —aunque en principio el juicio nos obliga a no reconocer la justicia de ningún tribunal moral, religioso, político o filosófico— debemos

51 Véase *As raças humanas*, introd. I. La tierra y el hombre.

confesar que el Santo Oficio luchó a favor de la razón humana, extraviada por la sordidez del misticismo orgiástico y la locura desenfadada del sebastianismo apocalíptico. Además de estos cuatro tipos genéricos de crímenes, la Inquisición castigaba constantemente los delitos comunes del clero.

En el auto de Lisboa de 1600, en el que participaron 68 personas, seis de las cuales fueron quemadas, compareció fray Jerónimo do Espírito Santo, un franciscano, condenado a degradación y a galeras por haberse casado dos veces. No hay juicio en el que no aparezcan sacerdotes, frailes y monjas, acusados de delitos de diversa gravedad. La sodomía es uno de los delitos más frecuentes, tanto entre el clero como entre los laicos, y uno de los más cruelmente castigados por el tribunal. Los bienes de los cristianos nuevos quemados, por regla general, eran confiscados para el tesoro real: la mancha de la codicia que ha marcado la historia de la Inquisición desde sus inicios se extiende hasta su extinción. En 1660, Philippa Ferraz es quemada viva en Lisboa por ser judía; en 1682, Gaspar Pereira y Miguel Henrique da Fonseca son quemados; en 1709 se produce otra quema. En 1732, Rodrigues Mendes y el médico Francisco de Sá e Mesquita fueron agarrotados y quemados. En 1706, Heitor Dias da Paz murió en la hoguera, como héroe y mártir⁵². Como se ve, la ferocidad del tribunal no había disminuido con el tiempo.

Aunque se puede y se debe distinguir entre dos tipos de crímenes —demoníacos y místicos—, resulta difícil aislarlos en los casos particulares de muchos juicios, pues para los jueces del Santo Oficio, las visiones, los éxtasis y las *carnalidades* del misticismo son invariablemente obra del demonio. Sin embargo, se encuentran personas poseídas sin rastro alguno de misticismo, y es en estos casos singulares donde el crítico no sabe si tachar a los jueces de imbéciles o malvados. Entre otros, el caso de la monja del Sacramento, María Teresa Ignacia, castigada en el auto de 1748, causó gran revuelo. Su historia es un tapiz de extravagancias grotescas, ridículas, si no fuera porque provoca escalofríos al pensar que por tales razones alguien fuera condenado al garrote o a la hoguera.

De las confesiones y testimonios se deduce que la muchacha había sido una de las muchas obligadas a entrar en conventos; y que, para ver si la liberaban, cometía toda clase de travesuras, recorriendo las celdas de las monjas por la noche y asombrándolas con extravagancias, haciéndoles creer que el diablo la poseía. Llegó a ser considerada una bruja, y las monjas de Alcántara relataban los asombrosos sucesos que habían ocurrido en el convento desde entonces. Se oían gritos y alaridos de demonios a altas horas de la noche; y por la mañana, en la cama, aparecía la Hermana Magdalena con una cabezada de burro en la cabeza, la Hermana Gertrudis con una cinta apretada alrededor del cuello; ambas sentían pinchazos de muchos alfileres, invisibles, como las heridas. Ropas, breviarios, camas, todo estaba desordenado, arruinado, roto. Un día fue el diablo quien empujó a una monja, que cayó al estanque del jardín; otro día fue ella, la hechicera, quien arrojó a la hermana Joanna por las escaleras. ¡Y lo más aterrador era el que no se viera la acción diabólica de los espíritus malignos! La comida aparecía sucia, llena de impurezas.

El clamor se intensificó y la Inquisición intervino. La joven interrogada confesó sinceramente todas sus fechorías, pues no quería ser monja, deseaba dejar el hábito, no tenía pacto con el diablo, jamás lo había visto; ¡era una buena cristiana! Los jueces ordenaron su encarcelamiento. Mientras la insolente muchacha gemía en el calabozo, la leyenda se arraigó en las mentes desconcertadas de las monjas y las terribles acusaciones se acumularon. La historia, comprobada y demostrada, que la condenaba era la siguiente: a los cinco años, dos brujas la habían entregado al mismísimo diablo; a los siete, había firmado el legendario pacto, con la sangre de tradicional, en tres escritos auténticos; a los dieciocho, había ingresado en el convento de la mano del diablo, quien le había marcado el pecho con una señal de fuego. Para entonces, ya había asesinado a innumerables personas con hechizos y brujería. Su profesión había sido una farsa. Por las noches, ¡era adorada como una reina

52 Estos y los siguientes procesos a los que me refiero se encuentran en una copiosa colección de manuscritos en la biblioteca del Sr. Camillo Castello Branco, a quien debo la comunicación.

por un centenar de demonios en el recinto sagrado del convento! Su marido, el diablo, con quien no había guardado la castidad, le había regalado un anillo. Al comulgar, tomaba la hostia de su boca sin tragarla y la guardaba para practicar brujería. Había azotado y pinchado al niño Jesús con agujas. ¡Y hasta comía carbón! —exclamaban las monjas, entre lágrimas e indignación.

Las cosas terribles que le atribuían eran incontables. Tenía más de cien muertes en su conciencia, incluyendo la de sus propios padres, entre adultos y niños. Del convento había matado, con enfermedades que les contagiaba con flemas, a nuestro confesor, a nuestra hermana Juana y a nuestra parienta Calhariz —dijo Doña Bárbara de Jesús, en una carta a las hermanas. ¡Que Dios las guarde en su santa gloria!

Desde que el diablo estaba allí, las monjas sufrían enfermedades graves e inusuales. Nadie podía dormir, pues oían gruñidos de cerdos, rebuznos de burros, panderetas, castañuelas y tambores, risas estruendosas y el extravagante canto de los pájaros. Las monjas, milagrosamente vivas, vivían con miedo constante. Sor Magdalena había sufrido terribles caídas y se había aparecido en su celda más de una vez con la boca llena de sal; pimienta apareció en la celda de Sor Gertrudis, y la Madre Superiora contrajo viruela. Sor Vicencia se había quedado ciega.

Y la Inquisición, con gravedad, torturó a la desdichada muchacha, quien finalmente admitió haber tenido relaciones con el diablo, haberse vendido a él en un pacto; confesó ser reina y adorada, confesó todas las muertes y crímenes; confesó haberse tragado el reino y el mundo entero para que la librasen de los crueles tormentos; y porque dudaba de sí misma, al ver a personas tan serias y eruditas tan unánimemente de acuerdo; y, confundida y enloquecida, creía haber cometido todo lo que le imputaban...

Casi siempre, sin embargo, la posesión demoníaca se manifestaba en visiones y éxtasis en los que los criminales creían ver a la Virgen María, a Dios, a ángeles; brujería del diablo, explicaban los jueces. A menudo había jesuitas entre los místicos; pero por regla general eran mujeres en quienes la histeria se presentaba con síntomas de misticismo religioso. En 1664, el jesuita Matheus Francisco fue ejecutado en Goa por tener visiones de coros de ángeles y afirmar ser Dios. En 1742, Joanna Maria de Jesus, quien se consideraba Santa Ana, madre de la Virgen María y miembro de la Sagrada Familia, fue azotada públicamente y desterrada durante 10 años a Santo Tomé: ¡cosas del diablo con quien tuvo relaciones sexuales! En 1720, tres sacerdotes comparecieron en el auto de fe de Lisboa por su molinismo. En 1745, el padre José de Sequeira fue estrangulado y quemado porque se había demostrado que vivía en una carnalidad mística con sus confesadas, ¡por orden de Dios!, alegaba el sacerdote; ¡por tentaciones del demonio!, dictaminó la Inquisición. Tuvo hijos con sus discípulas espirituales; y los excesos que cometió no eran preceptos divinos ni infernales: eran consecuencia de la miserable locura que la educación mística y realista del jesuitismo había propagado por doquier.

Madre Teresa, penitenciada en 1740, fue víctima de la deplorable confusión que el realismo generó entre los dos elementos antitéticos de la moral religiosa católica: el espíritu y la carne. No negó las visiones que tuvo, ni cómo fue llevada en éxtasis al cielo, ni el conocimiento universal que adquirió en Jesús, en su gracia divina, en su amor ardiente. Sin embargo, negó que hubiera lujuria en sus actos confesados, aparentemente deshonestos. Examinó su conciencia y sólo se acusó de negligencia, imperfecciones y tibieza en el amor santo. Odiaba la concupiscencia y creía que su cuerpo, el contacto de su carne, tenía poder curativo contra las enfermedades de la lujuria. Durmiendo abrazada por pecadores, los curaba de los males de la carne; las desdichadas mujeres, atormentadas por las tentaciones de los hombres, se arrojaban a la cama, «y tan pronto como se acostaban a su lado, se sentían inmediatamente mejor». Perseguida, torturada, martirizada, finalmente confiesa —como pocos otros no lograron hacer— que todo fue obra del diablo, a quien se había entregado, vendiéndose y esclavizándose...

Es necesario observar ahora la otra cara de la locura mística: el profetismo. Judíos y jesuitas, poseídos por un fervor mesiánico, confundieron la redención con el sebastianismo, el Apocalipsis con Bandarra. La enfermedad del espíritu portugués, adquirida con las desgracias del siglo XVI, languideció profundamente en el alma colectiva, a pesar de la Restauración y la Independencia. Es en los juicios de la Inquisición donde la historia descubrirá los sucesivos momentos en el desarrollo de esta locura sebastianista, trasfondo del panorama moral de Portugal en los siglos XVII y XVIII, y que ni el rey Juan IV, ni el rey Juan V, ni el marqués de Pombal pudieron borrar por completo; por eso la vemos reaparecer aún viva en la arena política del siglo XIX.

El padre Manoel Lopes de Carvalho, quemado vivo en la hoguera en Ribeira en 1725, afirmaba ser Cristo, llegado de Brasil; rechazaba a San Pablo; era ebionita; y venía a restaurar la pureza primitiva del cristianismo galileo. Héroe y mártir, no pudieron doblegarlo; y durante el juicio tuvo una visión en la que Dios le dijo que se lavarían las manos con la sangre de los inquisidores que lo mandaran quemar.

El padre Antonio Hebre Loureiro, penitenciado en 1741, afirmaba ser Dios mismo y anunciaba una segunda encarnación del Verbo y una segunda redención del mundo. Era el Mesías en persona y, durante seiscientos años, había vagado por la tierra esperando la hora de la salvación general. Había muerto, resucitado y poseía el don de los milagros. El misterio de la transustanciación lo había llevado a la locura, y se consagró a la Hostia, viéndose unido en cuerpo y sangre a la Trinidad. Sus herejías, sin embargo, tenían un carácter nacional, pues el profeta que las había anunciado era Bandarra.

Pedro de Rates Hennequim, también quemado en la hoguera en 1744, fue enviado para predicar el imperio portugués, el quinto y definitivo reinado de Dios, de D. Sebastião, sobre el Universo. Llegó de Brasil, donde había vivido en el Paraíso, examinando con sus propios ojos las huellas de Adán. Estaba cerca de Bahía, ¡y allí ya se hablaba portugués!

El padre António Vieira había formulado la estructura del Quinto Imperio un siglo antes; y esta faceta particularmente portuguesa de la locura jesuita se combinaba con rasgos cosmopolitas: mistagogía, misticismo ambiguo, confusión entre carne y espíritu, cielo y tierra en un sueño. Cabría decir que la era de Alejandría estaba regresando, y que la masa de delirios místicos, avivada por el poderoso fermento amasado por Loyola, se extendería por doquier. Sin embargo, no fue así. En la propia religión jesuita, las dos caras del siglo se aprecian con claridad: el último ímpetu del catolicismo dualista y el imperio indomable del espíritu práctico y utilitario. La Compañía, banquera y empresaria, fue la patria religiosa del padre Malagrida.

En el siglo XVIII, el marqués de Pombal no podía juzgar a los jesuitas porque no los comprendía. Condenaba a los mercaderes y a los intrigantes, a los rivales en riqueza y poder político; y a Malagrida, y a todos los visionarios, los consideraba locos, ¡como si tal explicación tuviera algún sentido!

Esta visión estrecha, esta incompreensión de los fenómenos íntimos del alma religiosa, queda patente en los procedimientos iniciados por el Gran Marqués. Para él, los delitos son la simonía y el comercio, la lesa majestad y los ataques contra las leyes, contra el rey; no los ataques contra la moral religiosa, contra la razón humana, que condenan el jesuitismo en un tribunal más amplio y sabio: nuestro tribunal de la crítica moderna.

Al abolir la Inquisición, el marqués abolía un poder del Estado, según la regla niveladora del absolutismo; pero sin duda consideraba que el tribunal de la fe era un manicomio. ¿Qué podían ser los serios jueces que dedicaron su vida a juzgar las locuras místicas y los sinsentidos de la teosofía, sino locos? Reducida a una mera junta de censura de la moral del clero, del decoro propio de la fría religión oficial; eliminadas las distinciones entre cristianos nuevos y viejos, para poner fin a la matanza y el saqueo de más de dos siglos, la Inquisición podía, y debía, seguir funcionando como un engranaje subordinado en la maquinaria política del Estado.

Si el crítico no aplaude ni la estrechez de miras doctrinales, ni la aridez formalista, ni la feroz crueldad del gran marqués, es necesario aplaudir la obra con ambas manos, no la intención, el hecho, no el pensamiento, porque la tiranía absolutista, al dismantelar el Santo Oficio, fue un instrumento de libertad.

* * *

Nos corresponde ahora hablar del comercio del nuevo Salento portugués. No podemos examinar, una por una, las distintas creaciones del ministro. Todas subordinadas al principio de que un Estado es un cuerpo autónomo, independiente y soberano: como una estrella ligada al sistema europeo únicamente por las leyes de la gravedad que determinan la estabilidad, y cuya ley vital es el egoísmo colectivo y nacional; de acuerdo con el principio de equilibrio y el sistema mercantil (una expresión errónea de un punto de vista, válida mientras existan naciones): las medidas del marqués de Pombal tendían a conformar a Portugal, con sus colonias, como un individuo independiente dentro de las naciones de Europa.

Por lo tanto, prohibió la exportación de oro; por lo tanto, creó las compañías de Grão-Pará y Maranhão para combatir el comercio cosmopolita (*librecambista*) de los jesuitas⁵³; por lo tanto, denunció los Tratados de Methuen, que establecían el intercambio natural de vino portugués por artesanías y harinas inglesas; por lo tanto, quiso que Portugal le diera trigo y ordenó arrancar las vides de los valles de los ríos Tajo y Mondego; por lo tanto, favoreció y protegió los vinos del Duero, un cultivo natural desde su punto de vista; por lo tanto, creó fábricas e industrias para que Portugal no dependiera de países extranjeros para obtener alimentos, ropa o mobiliario.

La guerra, un hecho inevitable en un régimen de equilibrio internacional, es la condición que, al convertir a las naciones en adversarias, aunque sea temporalmente, demuestra la necesidad de que cada una pueda satisfacer sus propias necesidades con sus propios recursos. La guerra, sin embargo, condena del radicalismo del libre comercio, no es la única razón del proteccionismo, que considera a la nación como un todo —artificial, si se quiere—, sino de ese artificio sin el cual no hay ni ley ni instituciones: elementos que nadie ha podido descubrir en la naturaleza inconsciente. La guerra no estuvo ausente de la historia del marqués de Pombal, mostrándole la necesidad de un ejército para afirmar, de forma activa y positiva, ante otras naciones, la existencia real de una nueva nación, que el genio del ministro había logrado crear sobre la cofradía de sacristanes de la que Europa se burlaba en tiempos del rey Juan V.

La rápida campaña, iniciada en la primavera del 1762 y finalizada en el 1763 con la Paz de Fontainebleau, que puso fin a la llamada Guerra de los Siete Años, aún no había logrado armar por completo esta parte del aparato social del que el marqués era artífice. Aliado con Inglaterra contra España, consiguió, sin embargo, repeler la invasión; y tan pronto como recuperó su libertad, ordenó la construcción del sistema de fortificaciones que defienden nuestra frontera oriental y nuestros puertos, y organizó un amplio y moderno ejército.

* * *

Así pues, no le faltó el genio ni el tiempo necesario para reconstruir, desde los cimientos mismos, el edificio de la ciudad destruida, *ab imis fundamentis*, por un espantoso terremoto. Arquitecto o mecánico, había estudiado con esmero todas las partes de su obra y dejó constancia de hasta dónde es capaz la voluntad humana.

Pero no se sabía en aquel tiempo —y Portugal, enloquecido y caótico, lo ignoraba más que nadie; el marqués, ilustre discípulo de los filósofos mecanicistas de los siglos XVII y XVIII, lo ignoraba todavía más— que Salento nunca existió fuera de la imaginación; y que una ciudad, o una nación, es un ser vivo y orgánico, y no un artefacto, un producto de la abstracción, construido con regla, escuadra, plomada y compás. Pero, cuando la filosofía convirtió a Dios en el arquitecto

53 Véase *O Brasil y as colon. portuguesas*, II, 5.

supremo del Universo, ¿qué otra cosa podían ser los grandes hombres, si no arquitectos supremos de sus pequeños mundos nacionales?

Pombal quería construir una nación, con la idea de convertirla en un individuo autónomo y fuerte. Ahora, en casas y máquinas, poco importa de dónde provengan el ladrillo y el hierro; pero, en las edificaciones humanas y nacionales, el material o es de casa o es malo. En Portugal, no había nada que sirviera para la mezcla del mortero, ni para la construcción de muros: la cal había sido quemada por dos siglos de jesuitismo, las piedras estaban podridas por el tiempo y la acción corrosiva de los vicios orientales. Un material tan genuino, auténticamente nacional, sólo podía ser aportado por un rey Juan V, y lo aportó; sólo la reina María I podía aportarlo, y lo hizo, tan pronto como el rey anónimo terminó su reinado, y con él desapareció de la escena la figura importuna que adornaba Lisboa con las insípidas casas de la ciudad baja, y el reino con una fantasmagoría de leyes extranjeras e impías. La máquina se desmoronó cuando el maquinista la abandonó. Y para enseñar a los utópicos que una nación no se puede inventar, que un organismo es algo diferente de una máquina, surgió la reacción de la reina María I de sacar a la luz el verdadero, beato, vil, violento y ridículo Portugal.

El Portugal del rey José I —solo ahora, en conclusión, pronunciamos su nombre, para mostrar su singularidad— era un Portugal falso e importado, tanto en sus ideas como en sus instituciones y sus hombres. Para crear un ejército y construir fortalezas, el marqués convocó al conde de Lippe y a funcionarios extranjeros. Alemanes, franceses, españoles, pero principalmente ingleses, ostentaban numerosos mandos en los regimientos del ejército: Valerai, Weinholtz, Aguilar, Monroi, MacDonal, Sharp, Preston, Maclean, Smith y Anderson. Para desarrollar la industria, el rey Juan V ya había convocado a tejedores de seda de Lyon; de Francia llegaron relojeros, cuchilleros, sombrereros, tintoreros, cardadores y fundidores de metales; de Italia, alfareros y estucadores. El marqués de Pombal no sólo encargó obreros, también contrató empresarios, industriales y comerciantes: los Bacigalupo, los Bom, los Emeretz, los Jorge, los Palyart, los Despie, los Vanzeller, los Crammer, los Vanpraetz, los Clamouse, los Verdier y Ratton, cuyas *Memorias* arrojan tanta luz sobre el final del siglo XVIII en Portugal. El marqués también deseaba un Portugal culto; y como en la tierra natal de Pedro Nunes no había ni geógrafo ni cosmógrafo, importó profesores para la Universidad y para el Colegio de Nobles. Anteriormente había sido necesario traer hombres capaces de tratar con los comisionados españoles en la delimitación de las colonias sudamericanas: Ciera, Velasco y Brunelli. Más tarde, para puestos docentes en las escuelas superiores, llegaron más: Franzini, Tallier, Vandelli, Cecchi, Gould y Birmingham.

El dinero procedente de Brasil alcanzaba para todo tipo de extravagancias, tanto sensatas como insensatas. Le bastó al rey Juan V para satisfacer su locura de ostentación mayestática y frailuna; ahora le bastaba al marqués de Pombal para construir una nación *de estufa*, fabricada por forasteros.

Ahora que la empresa del gran ministro ha sido situada en su lugar legítimo y su verdadero valor ha sido estudiado, nos queda recordar una consecuencia. La acción de la voluntad humana sobre la naturaleza social no es del todo estéril, incluso cuando, como en el caso del marqués, se ve viciada por una crueldad feroz y frustrada por una tendencia opuesta de la fuerza colectiva. Si las sociedades son verdaderamente seres orgánicos, también son, en cierto sentido, mecanismos sobre los cuales influye la energía de las acciones conscientes de los individuos. Mantener un equilibrio justo entre estas dos fisonomías es la prueba suprema del genio político. Al exagerar un lado, el marqués condenó su heroica obra a una ruina casi total e inminente; pero precisamente por enfrentarse directamente al Portugal jesuita, consumó una revolución cuyo mérito radicó en mostrar a los portugueses, devotos y desquiciados, que había en el mundo algo más que monjas y mermelada, *outeiros* y disturbios, lujuria piadosa y visiones delirantes. Por esta misma razón, aunque la maquinaria política se construyó con materiales procedentes de Europa, donde se gestaba

una revolución de ideas, hombres de ultramar vinieron a sembrar las semillas de futuras revoluciones en suelo portugués.

Tal vez un atisbo de verdadera luz ya amanecía en la mente nacional cuando, observando la restauración de los asuntos nacionales con su natural paciencia, el pueblo diría más tarde: «¡Mal por mal, mejor Pombal!»

LIBRO VII.

ANARQUÍA ESPONTÁNEA.

(Dinastía Braganza. 1777-1826)

Lisboa ya no es (te lo repito)
la misma que hace diez años.
Todo es devoción, rosarios,
peregrinaciones, novenas, Vía Crucis.
Esta es nuestra tierra, aquí veremos
a nuestra querida hermana recuperar su reino.
El Reino de la Estupidez.

I.

LA SOCIEDAD

El reinado de la reina María I demostró que la mano dura del marqués de Pombal no pudo desviar a esta sociedad, corrompida por la educación jesuita, de la senda de su decadencia. El ministro pudo exterminar a la Compañía, pero no pudo extinguir su espíritu, ni a sus discípulos, que eran todos en Portugal, incluido el propio Pombal. Pudo, a costa de voluntad y dinero, forjar un Portugal aparente: no pudo alterar la naturaleza adquirida del pueblo. Como un arado que remueve la tierra, exterminó las plantas visibles; sin embargo, las raíces de cardos y zarzas permanecieron y florecieron. Tan pronto como la muerte del rey condenó al ministro al exilio, brotaron hongos de la tierra, adornando el trono de una reina que jamás recuperó la cordura y murió loca. Entre sus seis reyes, la dinastía Braganza ya contaba con dos mentecatos: Alfonso VI y María I.

Nobleza y clero, unidos, sintieron la necesidad de continuar la comedia de la época del rey Juan V, interrumpida por el insistente ministro. Pero el impacto del terremoto había mermado aún más el ánimo, y la restauración del Portugal clásico mostró la realidad de un entremés verdaderamente absurdo. Ya no quedaban ánimos para farsas ni óperas, como las de la época del rey Juan V. Por lo tanto, nos corresponde a nosotros registrar las fisonomías de los personajes y la acción de la obra. De este modo, el lector comprenderá mejor cómo era aquella época que si nos detuviéramos en el estudio de los asuntos políticos triviales: el juicio del marqués, la rehabilitación de los acusados del 3 de septiembre, etc.

Las influencias del confesionario y de la alcoba volvieron a dominar, ahora que una mujer ocupaba el trono; virtuosa, sí, pero también la mayor fanática religiosa que la educación jesuita había engendrado en casi tres siglos. Estos nombramientos se convirtieron entonces en el motor del aparato administrativo portugués; y a su sombra, a la sombra de la camarilla que reinaba en el palacio, se instauró un desorden tan vil como corrupto. El magistrado se convirtió en el arquetipo del poder inepto, fanfarrón, un poderoso y versátil personaje, propio de una nación ignorante. Pina-Manique, el gran hombre del reinado, fue magistrado, superintendente general de la policía, administrador de la aduana de Lisboa, jefe de aduanas del reino, proveedor de la casa-pía, administrador de las calzadas y alumbrado de la capital, y muchas otras cosas.

A la sombra de la protección del magistrado, el robo floreció. Un tal Sarmento y un tal Costa —conocidos por todos en Lisboa— tenían tiendas a la vista de todos. Un sargento mayor de la milicia del Fundão había comprado su puesto por 5.000 cruzados. Cierta monja, predilecta de Luiz de Vasconcellos, era considerada uno de sus mayores activos. Y el mismísimo arzobispo de Tesalónica, confesor de la reina, el sol omnipotente de la monarquía, no desdeñaba proteger a los Ferreira, subastadores del contrabando. Esta era una larga historia llena de giros inesperados. Antiguamente, los bienes confiscados se quemaban; pero la reina se convenció de que era mejor subastarlos y destinar el dinero a obras de caridad. Los bienes confiscados no se subastaron, sino que se entregaron a tasación a los Ferreira, quienes se enriquecieron, enriqueciendo así a sus protectores. Uno de los mejores cargos era el de superintendente de contrabando. Los ministros eran personajes singulares. El marqués de Ponte de Lima, considerado pródigo, no se veía, sin embargo, incapaz de gobernar el reino. Su pasión eran las Grandes Cruces, y se dedicó por completo a la gran obra de fijar de una vez por todas el color de las cintas de Cristo, Avis y Santiago. El cardenal da Cunha poseía una biblioteca ostentosa: 11.000 volúmenes, a los que algunos llamaban las once mil vírgenes. Pero el gran hombre de la época era el arzobispo de Tesalónica, tan brutal y audaz que no escapó a una paliza que recibió en los bosques de Queluz, donde fue cubierto con sacos de arena y abandonado en las calles, sumido en la amargura.

Quienes lo conocían bien lo veían como un hombre rústico y corpulento, un perfecto ejemplo de los brutales frailes y nobles del Portugal de finales del siglo XVIII. Había comenzado como jefe de escuadrón y conservaba las costumbres, incluso con el Príncipe de Brasil, el futuro rey Juan VI, a quien trataba de forma descortés y grosera. Era rubicundo y corpulento, y sentado al fresco, con la camisa desabotonada, disfrutaba de su digestión, eructando libremente, al estilo portugués. El marqués de Pombal lo había nombrado confesor de la reina, entonces princesa de Brasil, al ver lo jovial e ingenuo que era. La reina María I lo nombró Inquisidor General y su ministro: casi un rey. Se sentía feliz y satisfecho, y daba rienda suelta a su impaciencia, pellizcando a las jóvenes del palacio y persiguiéndolas por los pasillos como un simpático sátiro. La reina, muy piadosa, lo consideraba un santo y desconocía sus travesuras. Le irritaba enormemente el gobierno, la necesidad de ensayar sus consejos antes de presentarse ante la reina; y cuando miraba la escalera interior que conectaba sus aposentos con los de la soberana, les decía a sus íntimos: «¿Qué fastidio tener que aguantar a esas mujeres allá arriba!» Pero a solas, en sus habitaciones, se vengaba sentado a la mesa, donde siempre estaban sus frailes y el famoso bufón D. João da Falperra, quien le hacía estallar de risa, con la boca llena de cochinillo asado. Luego, en privado, relataban libremente las crónicas del palacio, los escándalos picarescos de la corte, aderezados con chistes obscenos o picantes que aún hacían reír a nuestros padres: los chistes portugueses. Otro tipo de truhán era el lego que le servía, un tipo grosero y vulgar, un arriero con sandalias, un carretero con escapulario. El lego dijo que sólo tres personas tenían entrada al palacio: el sabio, el santo y el necio; pero el primero saldría inmediatamente descorazonado, el segundo como mártir, y sólo el tercero prosperaba. El arzobispo, incapaz de malicia, sacudía la cabeza, reía con ganas y se servía el lechón que nadaba en salsa en la bandeja de plata.

* * *

Al subir las escaleras, la escena cambiaba. El palacio era un convento. El rey, terriblemente feo, con aspecto de idiota, la mirada perdida, una peluca desaliñada y aspecto de estar ebrio, era un sacristán, o algo parecido: el ser al que se le había confiado piadosamente la tarea de proveer herederos a la corona. Por doquier se murmuraban rosarios, y había santos en cada rincón, en oratorios y nichos, con velas y lámparas encendidas. Los aventureros protestantes de la guerra del Conde de Lippe se convirtieron para obtener empleos, y a la reina como madrina. El ejército era una hermandad; y San Antonio, que por orden del rey Pedro II se había alistado en 1688 en el regimiento de infantería de Lagos, ascendió al rango de ayudante mayor, tras diversas hazañas y proezas que había realizado al mando de las tropas contra los castellanos, según atestiguaba el coronel. El palacio, venerando el milagro, despidió al santo. Llena de escrúpulos devotos, la reina

había desterrado los teatros mundanos, prohibiendo a las mujeres actuar en escena. Rememoraban las abominaciones perdidas del reinado anterior; y con la mirada al cielo y las manos juntas, la piadosa dama pedía a Dios que perdonara los pecados de su padre, el rey, a quien tanto respetaba. Las damas describían las comedias del Pateo-das-Arcas, o del Bairro-Alto, y los coros infernales de los bailarines y cantantes de la Rua dos Condes. En verdad, decían algunos con nostalgia, la compañía de Zamperini la había traído de vuelta el nuncio de Su Santidad Galli, quien residía permanentemente con ellos. Y la reina, incapaz de explicar el asunto, impuso silencio, recordando la impiedad de entregar 1.200 ducados de oro a Jomelli por una cantata, y 26 contos⁵⁴ a Conti y Cafarelli por tres meses de teatro en Lisboa. Tanto dinero podría haber tenido un uso más piadoso, y se habrían evitado graves escándalos... El patriarca se había visto obligado a castigar al padre Macedo, el Gran Macedo, prohibiéndole ir a la ópera, escribir versos al estilo de Zamperini y llevar el cabello al estilo italiano, empolvado y peinado. ¡Estos cantores de la perdición estaban volviendo loca a la gente, y era un sacrilegio: ¡algunos iban a misa en Loreto para oírlos cantar!

Mejor que ellos cantaban los *castrati*, los célebres Antonio Antunes y Tortinho da Sé: la música sacra era un buen sustituto de la ópera. De hecho, la música de la capilla real era entonces, según los expertos, la mejor de Europa, incluso superior a la del Vaticano. Para el entretenimiento, bastaban las reuniones familiares de los domingos, donde los perritos vestidos de damas representaban comedias para deleite de todos.

Las cuatro o cinco docenas de damas de compañía —al mando de un fraile—, la compañía de sopranos castrados, el grupo de músicos y cantantes de rostros robustos y brillantes, los seis mil caballos y mulas de las caballerizas reales, la pequeña niña negra Ana, una sirvienta llamada Doña Rosa, siempre vestida de carmesí; los demás enanos, nobles y personas de piel oscura, altos y bajos, junto con el imponente arzobispo de Tesalónica y el vizconde de Vila Nova da Cerveira, cuyo ministro, según el poeta, era «una gran bestia que se convirtió en Gran Cruz», formaban el séquito inseparable de la reina cuando iba a Salvaterra a cazar o a Caldas a bañarse. El séquito también incluía al rey.

* * *

La capital del reino recordaba a los viajeros experimentados, que habían visto mundo, Fez o Mequinez en Marruecos. Pero, por encima de la Lisboa africana, existía otra, una Lisboa afrancesada; y la unión de ambas, junto con la mezcla de tonos blancos y negros de su población, producía contrastes extravagantes.

«Hace unos años, cuando se veía a un joven bien vestido, lleno de galanterías, andando por las calles como en un minueto, con la mirada fija las vitrinas, saludando repetidamente a las damas con un volteo de su sombrero, sacando su pañuelo de cambray del bolsillo y escupiendo en él para no manchar la calle, en resumen, un *casquilho* en toda regla, se le llamaba *bandalho* (antes, en tiempos del rey Juan V, se le daba el nombre de *faceira*): ahora se le llama *peralta*.» (Nicolau-Luiz) El petimetre odiaba las costumbres nacionales, hablaba francés o italiano, e iba exclusivamente a la Rua dos Condes, a la ópera, porque detestaba el teatro nacional del Salitre o del Bairro Alto. Pavoneándose ostentosamente por las calles, recibiendo recados que le entregaban los sirvientes de rodillas, exhibiendo riqueza, o fingiéndola, el *fidalgo* elegante era requerido para diversas ocupaciones. Solía merodear por las esquinas y los atrios de las iglesias, *namorando de estafermo*, haciendo señas con su pañuelo (*alcoviteiro das distancias*), o se marchaba *escudeirando* a la dama. En otras ocasiones, corría de la misa a una *grade*, a un *oteiro*. Durante la Cuaresma, se le encontraba los miércoles en *Carmo*, los jueves en *Trindade*, los sábados en *Graça*; pero los días más importantes eran los de las procesiones. «Entonces tomaba píldoras de azogue, recorría todas las calles, pedía de beber en las ventanas, penetraba por todas partes con su sombrero tan chico como su cabeza, un *quitó* (espadín), una casaca, guantes y corbata. Cuando usaba carruaje, agotaba su fortuna.» Las muchachas, desde las ventanas, le hacían mohínes y gestos, a veces llamándolo a

54 Conto, unidad de cuenta, un millón de réis. (Clásicos de Historia)

las escaleras para susurrarle; y por la noche iba a los conventos de las monjas, donde más de una vez la policía había de intervenir para cortar los amoríos.

Durante esas horas perdidas, en las calles de la maloliente Lisboa —apestosas, según Ratton —, una catarata de inmundicias caía desde las ventanas, en provecho de las jaurías de perros callejeros. Sin el petimetre, Lisboa se asemejaba a Marruecos. También adquiría el aspecto de un Gran Mogol de las Indias en el día grande del Corpus Christi, con las casas adornadas con damascos y tapices, balcones cubiertos de opulentas colchas, calles engalanadas con seda y alfombradas de arena y boj, con una procesión de sacerdotes, frailes y nobles vestidos de rojo y blanco, plumas, luces, doseles, abanicos, incienso y tropas, salvas de artillería y cohetes, mendigos leprosos y pandillas de criaturas sarnosas corriendo entre la multitud.

Un día, Beckford (un inglés adinerado que pasó una temporada entre nosotros y lo contó), agitado por un estruendo infernal en la calle, se acercó a la ventana: eran visitas. Venían dos frailes: el padre Teodoro de Almeida, humilde y adulador, con voz nasal y ojos blancos, y otro que hablaba con voz resonante sobre las *bebidas alucinógenas de la filosofía*. Cada uno tenía su misión. El de la filosofía ofrecía una pequeña cesta de dulces, envuelta en papel recortado, de parte de una noble abadesa que pedía la dote para dos novicias. El padre Teodoro, capellán del convento salesiano, llevaba una bandeja de plata con un crucifijo y una invitación para una recepción. Los dos frailes se marcharon acompañados por la música del convento: seis negros, vestidos de carmesí, tocando tambores y flautas, seguidos de más negros que tiraban petardos, una multitud de viejas beatas que mendigaban, y niños tiñosos que saltaban, gritaban y daban volteretas. Los mendigos pedían limosna para los santos, los porteros del convento vendían con devoción uvas, rapé y muchas otras cosas para las almas benditas del purgatorio. Era Fez.

* * *

Sin embargo, en la iglesia se fusionaron las costumbres africanas con las francesas. La devoción delicada adquirió entre nosotros un carácter más sensual. La imagen bella, femenina e infantil del pastor bucólico, San Francisco de Sales, hijo de las dulces conversaciones de las Filoteas y las Chantal, compañero del señor de Urfé, el afable autor de *Astrea* y antiguo amante de Margarita, quien se había refugiado en Saboya, presidía en espíritu el locutorio de Belem. El padre Teodoro, inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, la mirada fija en su interlocutor, en silencio o con voz tenue, atendía las visitas. Sor Teresa era buena en aritmética, la madre superiora en gramática, y Sor Francisca una buena moralista y una excelente costurera. El padre Teodoro daba forma a un vivero de prodigios. Y la habitación enrejada, deliciosamente fresca, perfumada con jazmín y con una luz tenue, era a la vez la jaula dorada de los halcones y las palomas, de los loros y canarios que volaban libres, piando, desde sus perchas hasta el regazo de las dulces monjas. Y en esta encantadora mansión, los visitantes comían dulces, escuchando los discursos seráficos del confesor...

Cuando un *primo* tenía asuntos familiares serios y secretos que comunicar, el confesor y la madre superiora se retiraban prudentemente, por discreción. Se dice que muchos cortejos tenían lugar tras las rejas, y que el amor de las monjas era el más deseado, el más apasionado. Enardecía la severidad del hábito, la figura serena, enmarcada por el tocado. Para los capellanes y confesores, las monjas eran una tentación constante, viviendo con ellas en el convento, en el confesionario. *Tener monja* no ultrajaba su gravedad. El arte del cortejo, cultivado por todas las clases sociales, tenía preceptos especiales en los conventos, debido a los diferentes estilos de vestimenta y a los encuentros tras las rejas. Mostrar el zapato tímidamente, por casualidad, pero de una manera que enloquecería a cualquiera; volver el rostro piadosamente al escuchar confesiones galantes; tener gestos delicados; indicar las formas, entre otras, eran las reglas del amor devoto. Se consideraba precepto universal huir de los frailes franciscanos, vagabundos en su juventud, celosos en su vejez. La madre superiora, una confidente discreta, llamaba, en algún momento de crisis, a la olvidada que, por noticias familiares, asuntos mundanos indignos de las hijas del Señor, abandonaba el coro,

los maitines o la novena. Ya en la iglesia, los *fidalgos*, arrodillados y reverentes, se golpeaban el pecho; ya los sacerdotes estaban en el altar; ya los músicos entonaban las contradanzas y minuets de Haydn y Jomelli con los que el Eterno era invocado. «¡Adiós!...» Un beso furtivo, un dulce gesto, quedaba como prenda de las futuras noticias que, dentro de unos días, el *primo* le llevaría.

* * *

No todos los frailes eran seráficos: además de haberlos plebeyos y toscos, había librepensadores que no escatimaban los sarcasmos hacia la Iglesia y que tenían esposas e hijos públicamente. Estas contradicciones extravagantes eran, además, comunes a todas las clases sociales.

La nobleza también exhibía una combinación de brutalidad vil y exquisito refinamiento, rasgo que en todas partes constituye la particularidad de la sociedad portuguesa de finales del siglo XVIII, e incluso en la primera mitad del actual.

El noble más importante de la corte, durante el reinado de la reina María I, era el marqués de Marialva. Un patio precedía a la entrada del palacio, y este patio se asemejaba a una casa de posta: carruajes a un lado, establos al otro, montones de estiércol en las esquinas y una piara de cerdos que saltaban y gruñían entre los montones de boñiga. En los palacios de campo, el patio se cruzaba sobre una espesa alfombra de maleza, dejada allí para que se pudriera y se convirtiera en abono. Los establos, bajo las habitaciones, impregnaban toda la casa de un hedor nauseabundo, y por doquier se oían los cascós y relinchos de los caballos. El nombre Marialva se hizo famoso en el mundo ecuestre.

La chusma de criados y parásitos pululaba en el patio; el marqués repartía trescientas raciones de arroz. La multitud de cortesanos llegó por la tarde para *passar a noute*. En la sociedad de los *fidalgos* no había mucha variedad, pues la rudeza de las costumbres no permitía excluir a los plebeyos. La mezcla de clases correspondía a la disparidad de costumbres, y el nombre que mejor define aquel conjunto de cosas y personas es el de *grutesco*.

En el balcón del palacio de Belem, con vistas al río, los plebeyos, sus parásitos, se reunían para disfrutar del aire fresco y hacer compañía al viejo marqués: estaba el fraile, corpulento y glotón, con modales propios de una taberna; estaba el esbelto boticario, vestido de negro; el enano de las damas, haciendo muecas o chirriando una flauta de caña; el apuesto brigadier, con su uniforme ya viejo, jactancioso e insolente, gobernador con licencia de alguna fortaleza lejana; estaba un célebre torero, o un picador famoso; estaba, finalmente, el loco improvisador, lanzando ráfagas de versos a diestra y siniestra en su furia repentista:

Cabeza rapada que amarillea,
ojos que bizquean por el té y por los dulces;
una chupa distraída al albur en una feria;
espada chica con herrumbre que fue moda;
calzones grises rotos por la rodilla;
media y zapatos que bostezan,
en los que acaban por asomar los dedos.

Mientras en la veranda la sociedad contaba anécdotas vulgares y relatos de corridas de toros, cacerías y banquetes, desde lo más profundo del establo llegaban los sonidos de la guitarra y el canto: un *fadinho* interpretado con los arrieros por el *filho segundo*, mendigo en casa, una constante fuente de vergüenza, un vago y un bribón (si no era fraile o no lo habían enviado a ultramar). Por otro lado, las damas, tras entretenerse con las criadas, cuchicheando para pasar la tarde tranquilamente en el jardín, volvían la cabeza y retornaban, pues había llegado el querido obispo del Algarve: un coloso de estatura y cortesía, luciendo sus famosos anteojos verdes. Sentadas todas en el suelo, con las manos cruzadas, las damas formando un círculo, el obispo en el centro, rezaron el rosario y las letanías; luego llegaron los juegos y las bromas, el intercambio de regalos, los juegos

frívolos en los que era célebre el prelado. Todas las damas lo adoraban, y por eso el afortunado siempre era agasajado con los dulces más exquisitos.

A la hora de la cena, los criados, elegantemente ataviados, iluminaban el corredor hasta la sala perfumada con hornillos y pebeteros. Luego les presentaban guisos dulces, grasos y pesados, cuya laboriosa digestión les dejaba totalmente exhaustos. Por lo tanto, fuera de la mesa, todos tenían un aspecto grotesco y, sin ánimo de ofender, parecían idiotas.

* * *

El marqués era un maniático de los relojes: sólo en su dormitorio había diez que daban las horas y los cuartos, con silbatos, cucos, bailarines y procesiones. Toda la casaapestaba a alcanfor, para proteger las curiosidades de los parásitos: obras de concha y jaspe, marfil, porcelana, cruces y santos; toda la casa olía a lavanda, que se quemaba constantemente para ahuyentar los malos olores de las alcobas que servían para todo. El marqués chocheaba, y como era un entusiasta del rey Juan V, celebraba la muerte de Pombal, hablando con locuacidad y fervor, entre una lluvia de saliva.

Le encantaban las veladas; y una velada es una buena ocasión para conocer a los hombres de cerca y escuchar sus opiniones, sus ideas. Estaba el esperanzado Conde de Villa-Nova, más tarde Marqués de Abrantes, cuya pasión era acompañar el Viático. Día y noche escuchaba constantemente, siempre acompañado de su sirviente con su capa escarlata y su campanilla de plata; y cuando oía las campanas repicar, salía corriendo a saltitos, sin despedirse, con la capa puesta. El heredero de Angeja, obsesionado con la ventana, no prestaba atención a nadie y, pegado a un mirador, observaba el camino polvoriento por la noche, después de haber contemplado su calle todo el día. El Conde de São Lourenço, que acompañaba a ambos, era asmático, obeso, con sotabarbas y dos bufones para que le entretuvieran un poco por la noche, antes del rosario; y dejaba, por dondequiera que iba, un rastro de estornudos y una estela de ese rapé tan querido que se le amontonaba en la pechera.

Los petimetres y las coquetas hablaban agitadamente, con mohínes y agudezas, sobre cuestiones encantadoras. Una era *Sol-entre-nuvens*; los ojos de otra eran *Figas-de-Cupido*, porque eran negros; *Ciume-da-vista*, los azules; *Traições-á-beata*, los marrones; los pies se llamaban *Onças-de-neve*, las manos *Jasmins-de-carne*. Las madres sensatas eran *Venus-maduras*. Las muchachas, para comunicarse en secreto, agitaban sus abanicos, se mordían los labios para empequeñecer la boca, se ajustaban los broches para mostrar sus manos y anillos. Los gestos constituían una auténtica ciencia: el de la frente era *majestuoso*, el de las sienes *discreto*, el del rabillo del ojo *apasionado*, el de la nariz *atrevido*, el del rostro *galante*, el de los labios *garboso*, el de la oreja *tentador*, el de la barbilla *provocativo* y un tanto *excéntrico* el de las aletas de la nariz. Así, los signos reflejaban todo el refinamiento de los sentimientos amorosos; mientras que los peinados — en piras, estrellas, cestas, empolvados o con diamantes, con cintas, flores, collares de perlas y broches, plumas y adornos que engalanaban la frente o las sienes— revelaban la extravagancia pretenciosa y de mal gusto del pensamiento, la literatura y la moda en una sociedad decadente y corrupta. El sobrio paño del marqués de Pombal fue condenado —solo resurgió en 1820— y el petimetre, vestido de terciopelo y seda, con camisa holandesa, sombrero con plumas, broche y botón de diamante, zapatos con hebilla, cabello rizado con plancha y empolvado, lleno de encaje y presunción, traducía en su figura el refinamiento insensato de una sociedad ignorante.

Estas influencias francesas adquirieron una expresión nacional en la música: mientras que la sociedad de Luis XV se contentaba con el refinamiento, los portugueses, sensuales y toscos, con un encanto anticuado, combinaban brutalidad y ternura. La *modinha* brasileña era el dulce encanto de una sociedad licenciosa. Existían mulatos famosos y auténticos, aclamados en los salones por imprimir al *lundum* un acento libidinoso como ningún otro: una melodía sibarita y embriagadora, en compases lánguidos y entrecortados, como cuando falta el aliento, en un estado de embriaguez de voluptuosa sensualidad.

No debe olvidarse Policarpo, el niño castrado de la capilla de la reina, que cantaba al clavicémbalo, acompañado por algún fraile, organista en su convento y profesor de música en casas nobles; tampoco faltaban el salterio y el arpa hebrea que tocaban los dos enanos, también famosos en aquella época. Pero el *lundum*, acompañado de la guitarra, enloquecía a las muchachas.

En una mandolina con incrustaciones,
con sus ágiles dedos preparados,
el apuesto, rubio y elegante
comenzó entonces a puntear
el dulce y melancólico *lundum*.

Tras el *lundum*, la vieja marquesa, alta, con su rosario de perlas y topacios enroscado en la muñeca, del que pendía una cruz de diamantes, decía, recordando otros tiempos: *¡La vae!* Era un lema que los petimetres coreaban. Y las muchachas, derretidas de afecto, aplaudían con afectación: «¡Bello! ¡Sublime! ¡Encantador!»

Sin embargo, las personas importantes —jueces, obispos, monseñores del Patriarcado, ministros y maestros de las Órdenes— se entretenían con juegos de cartas o de mesa, conversando sentenciosamente sobre los asuntos de la época. El tema obligatorio era la apoteosis del piadoso rey Juan V y la condena de Pombal, a quien llamaban «Sebastião-José», reconociendo respetuosamente la debilidad del difunto rey por haberse dejado gobernar de esa manera. Se aplaudía la insistencia de los Távoras en obtener la rehabilitación, mientras que se criticaban los escrúpulos de la reina, que no quería ofender la memoria de su padre. Los pobres jesuitas exiliados se lamentaban, y, casualmente, el juez Sampaio sacó de su bolsillo y leyó en voz alta una carta de su hermano, escrita desde Urbania: «Ya he dicho 81 misas de las 112 que me encargaste, y espero tu carta para saber si puedo incluir algunas de las que me ofreces, que me servirían para los gastos ordinarios; porque estar 112 días sin recibir dinero de las misas, mientras vivimos en la miseria, es un inconveniente; además, esta gente, convencida de que estaremos aquí poco tiempo, ahora quiere cumplir con todos sus legados, cuando hay tantos sacerdotes aquí: de hecho, acabamos de recibir 950 misas de las limosnas de 100 réis cada una.»

Tras escuchar la carta y lamentar la pobreza del sacerdote, todos estuvieron de acuerdo en que el juez debía permitir al hermano vender sus misas, por un centavo, a los habitantes de Urbania, para que pudiera comer.

De ahí partieron las sesudas conversaciones sobre el destino de las víctimas de Sebastián José; y entre las serias disertaciones políticas, en las que se discutían los esfuerzos capaces de conmover a fulano o mengano, surgían incidentalmente los casos más notables del día. Uno había visitado el *Lausperenne* en São Roque; otro había ido el día anterior con sus hijos, las niñas a Conceição, los niños a Arrábida: eran los quienes curaban la viruela. Un juez poseía, pulverizada, una perla de la difunta reina: mezclada con agua, curaba las cuartanas. Por otra parte, se había resuelto el caso de una hermosa mujer que se comía a los niños: los tomaba como nodriza, porque tenía leche en abundancia, y los niños desaparecían: ahora estaba ante la Inquisición, después de haber devorado a más de veinte.

Este caso causó sensación: se intercambiaron preguntas, se dieron explicaciones y, de alguna manera, surgió una cuestión de teología e historia al respecto: el prior de San Julián reflexionó que fue el propio Enrique VIII quien hizo perder la razón a Santo Tomás de Canterbury; y el arzobispo de Tesalónica afirmó, con autoridad, que Lutero era sin duda la bestia designada en el Apocalipsis.

En cuanto a la religión, se compartieron anécdotas sobre la vida monástica y se volvió a celebrar la apoteosis del rey Juan V. Se habló del milagro del Señor de los Escalones de la Gracia: un judío que le había mordido la pierna, dejando los dientes incrustados en la madera como si fuera carne. Justo ahora, un moro se había convertido al presenciar el milagro y se había hecho sacristán en San Roque. Monseñor Acciaioli, saltando de alegría, se frotaba las manos, feliz y sonriente, por

la reciente conversión de cierta mujer protestante inglesa. «¡Figas, demonio!», exclamó, chasqueando los dedos.

Hablar del diablo llevó a mencionar de nuevo el asombroso caso del Convento de Sacramento en Alcántara: el caso que aterrorizó Lisboa por la audacia de Satanás. Belcebú, viniendo del infierno, entró en el convento por una ventana que daba al río y sedujo a las monjas. Todos, horrorizados, temblaban de miedo ante las brujas. Quizás, sin embargo, más de un juez se rió por lo bajo, recordando las veces que había ido a las gradas a visitar a sus *primas*. Pero la decisión del arzobispo confesor y primer ministro mereció un aplauso unánime: las monjas estaban en la Inquisición; la ventana por la que había entrado Belcebub estaba tapiada; y encima de esa ventana y de todas las que daban al río, el prelado había ordenado pintar cruces rojas para ahuyentar al diablo...

¡Qué horrendo caso! Y para no acostarse con semejantes pesadillas, recordaron la broma de los muchachos que habían incendiado el convento de Santa Clara para asustar a las monjas... y para algo más..., observó Monseñor Acciaoli con benevolente malicia. ¡Menudos pillos, esos rapaces! Verduras de la mocedad.

Fuera, esperaban las literas y los sirvientes con faroles, entre el murmullo de mendigos leprosos. Y, haciendo una reverencia al salir, el juez dijo —como el corregidor de Viseo le había dicho a Link— ¡Portugal es pequeño, pero es un pan de azúcar!

* * *

Durante el reinado de la reina María I, a pesar de la reacción de religiosidad y el odio hacia el marqués de Pombal, se consideró necesario continuar el movimiento de organización y desarrollo del reino. Martinho de Mello, Almada y otros discípulos de Pombal prosiguieron con sus políticas, como la estela de un barco que pasa. De ahí surgieron la fundación de la Academia de Ciencias, la Academia Naval, la construcción de la Fábrica de Cordajes de Lisboa y otras obras.

También se planificaron carreteras; y la primera preocupación fue erigir columnas monumentales en Lisboa para marcar las leguas. Cada mojón tenía un reloj de sol; pero como, a veces, la legua terminaba en la sombra, se debatió qué era preferible: errar en la medición o tener el reloj de sol sin luz. Al no llegarse a una solución, se abandonaron las carreteras. En compensación, se gastaron nueve millones de cruzados en la construcción del *Convento-novo*.

A pesar de todos los sabios que Pombal importó, la ignorancia persistía. Un juez, asesor del tesoro y administrador de aduanas, denegó la entrada a un paquete procedente de Génova debido a la peste que azotaba Marsella: tras estudiar el mapa y constatar que la distancia entre ambos puertos era de apenas medio palmo, la consideró demasiado corta como para no representar un peligro. Otro juez no envió noticias del asedio de Gibraltar (1781) a Río de Janeiro porque, al estar más cerca de Brasil, las noticias serían más frescas.

Las famosas cabezas de los magistrados estaban tan vacías como despoblado el propio reino; y documentos poco posteriores (1804) dan fe de este asombroso hecho: a lo largo de la frontera, los hospicios negociaban los expósitos, vendiéndolos a los españoles, a moneda de oro por cabeza, para que los criaran. Esto fue consecuencia de la necesidad de dar salida a los numerosos niños de los conventos: cuando una parte considerable de la población se vio obligada al celibato, fue esencial establecer asilos para los miles de niños sacrílegos.

Así era el *restaurado*, como se decía, Portugal de los Braganza. Para consolidar una dinastía, Oriente fue cedido a los holandeses; y si Brasil no se perdió fue porque supo defenderse. Luego, el reino fue sometido a los ingleses; y, además, se adoptó el santo y seña de los jesuitas. Cuando el Brasil empezó a generar beneficios, el rey Juan V comenzó a reinar y a gastar. Se consumió lo poco que quedaba en Portugal, se consumió todo lo que venía de América. Portugal importaba, sólo por Lisboa, pan por valor de 4.000 *contos* al año.

Y una serie de locos, de malvados o de idiotas, dirigidos por los comerciantes jesuitas e ingleses, discípulos de unos, agentes de los otros, diríanse los reyes de un reino que era una sombra, animada por un único sueño viviente: el sebastianismo.

La reina María I enloqueció por completo; y en la escena portuguesa surgió la figura corpulenta del príncipe regente, con la mirada perdida, absorto en la contemplación de la ociosidad real, bostezando perpetuamente, observando, con las manos en los bolsillos, indiferente y pasivo, el ruidoso derrumbe del edificio de la nación. Una princesa castellana, o napolitana, se casó con el heredero de la dinastía Braganza. Injertado en el tronco roído de una familia, siempre estéril y ahora moribunda, estaba el vástago de la familia orgiástica en cuya savia fluía toda la putrefacción ardiente del sur de Italia: de allí surgieron, con un temperamento audaz y un carácter similar, los dos hijos a quienes el azar convirtió en rivales. Esta mezcla de sangres contribuyó a determinar la historia de la larga crisis de treinta años, ya presagiada por los ecos de la gran Revolución Francesa, ya esbozada en la doble fisonomía del Palacio de Queluz.

Afuera, en los jardines, reinaba Carlota Joaquina; adentro, en los salones desnudos, tristes y sombríos, el príncipe regente. Afuera había festividades y esperanzas, adentro ironías y tristeza. La princesa tenía una corte de damas de compañía y criadas españolas, y sentada al estilo oriental sobre una alfombra de terciopelo en el césped, contemplaba las voluptuosas danzas andaluzas acompañadas de castañuelas, al son de las sensuales canciones de la Península. Era un jardín sirio con su procesión de bacantes, con sus calles de limoneros, boj, mirto, follaje de un verde cálido y oscuro, casi carnal, con fuentes y cascadas presididas por estatuas y grupos de la mitología amorosa griega, con pajareras que albergaban aves de colores deslumbrantes que embriagaban y cuyos gritos estridentes eran tan excitantes como la nota salvaje de la malagueña, con invernaderos repletos de plantas exuberantes de Brasil, tan extravagantes en forma y color como las jarras y jarrones de la India y Japón diseminados por las misteriosos senderos. Por la noche, las danzas, las risas, los cantos, el repiqueteo del bolero y el crepitar de las castañuelas se insinuaban en coro por las sombrías avenidas donde tímidamente ardían velas bajo doseles de cristal, como estrellas lujuriosas que incitan a los amantes. El jardinero negro parecía un eunuco, y los bosques de Queluz, impregnados del aroma de los naranjos, eran los jardines de una fea Armida, ya una joven de mala reputación.

Dentro del palacio, habitado por la sombra de un rey, las sombras de una corte vagaban por las habitaciones desnudas. Era un dolor, una tristeza suave sin nobleza. Era una enorme galería revestida de espejos, que acentuaba aún más la vaguedad de una realidad crepuscular. Al fondo, de pie, el príncipe recibía en audiencia a un inglés excéntrico y opulento (Beckford) y, con una ironía conmovedora, le confesaba su desdicha. El reino pertenecía a los frailes, pero la mitad de ellos no estaban en sus cabales. Todo se había vuelto una locura, todo era una necedad. ¡Y a lo lejos, se oía el terrible trueno de Francia! El barco del estado, dijo el príncipe, naufraga; ¡sólo Dios sabe en qué playa acabará! Y el príncipe se retiró como un sonámbulo. Las velas de cera, humeantes, tristes y escasas, iluminaban sepulcralmente el palacio, y en las habitaciones pululaban los pretendientes, como los mendigos a las puertas de conventos. Generales y magistrados, terratenientes, capitanes de barco, nobles y plebeyos, tristemente y pasivos, esperaban hora tras hora, en silencio, arrinconados a la sombra de los muros. Una vaga nube de tristeza profunda envolvía el palacio, y envolvía a la nación, moribunda y silenciosa.

De repente, se oyeron gritos de horror. ¿Qué era? ¿Acaso había llegado el trueno de Francia, desatando rayos? ¡Oh, Jesús! ¡Oh, Jesús! Era la reina enloquecida, retorciéndose en la cama presa del pánico. ¡Oh, Jesús! ¡Oh, Jesús! Eran las llamas del infierno invadiendo la habitación; era el padre, el impío cómplice de Pombal, de pie, reducido a cenizas, devorado por el infierno y, sin embargo, vivo, sufriendo eternamente. Era el padre a caballo, ataviado imperialmente: la majestuosa estatua de Terreiro do Paço, negra, horrorizada, sobre un pedestal de hierro

incandescente, en medio de coros de demonios que le disparaban flechas, persiguiéndola. ¡Oh, Jesús! ¡Oh, Jesús!

De rodillas, el príncipe lloraba, suplicando paz a su madre delirante; afuera, en los jardines, se oía el crepitar de las castañuelas y el grito salvaje de la malagueña; y desde lejos, a través de los barrancos de las montañas, llegaba el trueno amenazador de la tormenta francesa que se aproximaba.

II. LA INVASIÓN FRANCESA

Por doquier, brotaban síntomas de gangrena. No se trataba solo de documentos fruto de una ingenua ineptitud: también existían ciertas protestas de un espíritu revolucionario, que llegó a Lisboa por mar y al reino a través de eruditos y fabricantes extranjeros traídos por el marqués de Pombal. La superintendencia de policía, una inquisición política formada a semejanza de la anterior y encomendada al *factotum* Pina Manique, olfateaba y perseguía. Los moscones del superintendente zumbaban sin cesar por todas partes; y, como aún hoy en Rusia, la policía constituía un poder absoluto e irresponsable del Estado. El superintendente recorría las cárceles, dictando sentencias verbales a los presos sin el debido proceso; registraba casas, confiscaba, deportaba; y en su propia residencia guardaba secretos y prisiones para los acusados más peligrosos. La seguridad de la capital exigía, sin duda, medios violentos. Había peleas con cuchillos y tiroteos en las calles, y los ladrones se organizaban en bandas que se enfrentaban a la policía en formidables peleas. Pero la policía no sólo se preocupaba por la seguridad: era, ante todo, un instrumento de persecución reaccionaria.

Aunque era tiránica, no dejaba de ser una farsa. Las *moscas* atrapaban, y más de una vez, a jóvenes para casarlos o meterlos frailes, según las órdenes de su poderosa familia; y el caso de Madame de Entremeuse, entre otros, dio mucho de qué hablar y reírse. Molesta por las exigencias de la aduana, al llegar a Lisboa protestó con vehemencia. La arrestaron: ¿por qué? ¿por falta de respeto? No; sino porque no se consideraba apropiado que una mujer hablara en voz alta, y se sospechaba que su atuendo ocultaba a un jacobino entre sus piernas: la arrestaron para comprobar si era mujer, y al confirmarlo, la liberaron de inmediato.

El temor a los jacobinos fue el único sentimiento fuerte de los últimos años del siglo pasado y comienzos de este. Por todas partes se descubrían emisarios de la Convención Francesa, masones, apóstoles de la impiedad revolucionaria. Bocage fue arrestado, Ratton desterrado del reino. El obispo del Algarve, confesor de la reina, quería que el episcopado portugués excomulgara en masa a la Francia revolucionaria. Los cafés, decía la Intendencia, son clubes donde se predicán «esas libertades adoptadas por esos supuestos filósofos modernos». Se sabía que la primera logia masónica se había abierto en Madeira, a través de un emisario del Gran Maestre de Orleans. Y a un magistrado destinado a esa isla, Pina Manique le recomendó: «Aquel que venga con zapatos puntiagudos y lustrados, cordones en los calzones, corbata sobre la barba, cuello hasta las orejas, cabello corto en la nuca y con patillas que le llegan hasta las comisuras de los labios (el retrato de nuestro futuro jacobino de 1820), apresadlo inmediatamente, encerradlo en la cárcel con grilletes hasta que haya un barco para Limoeiro: es un iluminado o un masón!» La división auxiliar inglesa, que había llegado en 1797, había extendido las logias masónicas por todo el reino. Ya no era raro ver guantes y cintas de diversos colores sospechosos, tocados, cintas de libertad. El librero Borel había vendido más de 10.000 ejemplares de la Constitución francesa traducida al portugués y 12.000 panfletos del *Almanach du père-Gerard*. La policía conocía a los principales propagandistas de las nuevas ideas y los lugares donde se reunían. La tienda de la capilla en la Rua do Amparo, debajo del convento de São Domingos, era un club; también lo era el café Romulares; y, sobre todo, la Praça do Comércio, donde se congregaban extranjeros: Lecenei, un comerciante francés; Rubie, Guillon, Macé, fabricantes y artesanos. En el Tajo, se cargaban armas y municiones en barcos que supuestamente se dirigían a Holanda, y zarpaban hacia Francia, donde la Convención se defendía de una Europa unida en su contra. El ministro y el cónsul de América del Norte, Kantzow, el agente sueco, y Lebzeltern, el enviado austriaco, favorecían el contrabando de guerra y fomentaban la

propaganda. Sin embargo, no sólo los extranjeros predicaban: también había nacionales que difundían la abominación jacobina. El duque de Lafões reunía a los neófitos en su finca, Alfinetes, en Braço-de-Prata; y en la propia Academia de Ciencias, en Poço-dos-Negros, acogía al emigrado Broussonet, antiguo secretario de Necker, a quien el intendente veía como un comisionado de la Convención. En la aduana se descubrió una caja destinada al duque que contenía libros peligrosos e incendiarios de Reynald, Brissot y Voltaire. El abate Correia-da-Serra, uno de los favoritos del duque, era un propagandista incansable, y manuscritos de obras sediciosas circulaban clandestinamente por sus manos: era, según el intendente, el primero de los *bota-fogos*, de los agitadores.

Se empezó a oír un sordo rumor de tormenta; un segundo terremoto se avecinaba. No podía ser tan terrible como el primero, porque todo se había derrumbado, todo estaba consumido por la decadencia. Pero en la calma del cementerio nacional, la noticia, que aterrorizaba a los portugueses, fieles al trono y al altar, se comentaba junto con los acontecimientos en Francia, donde el mundo se acababa. La reina, el rey y lo mejor del reino habían muerto en el patíbulo; Robespierre había sido el primer Anticristo; y ahora, sobre su cadáver, llegaba, al frente de los ejércitos invencibles, el segundo, extendiendo por todo el mundo el clamor del fin del mundo.

¿Quién podría resistirse al destino en armas? ¿Quién se enfrentaría a Napoleón, cuyo ejército había cruzado España y ya pisaba suelo portugués? No sería el príncipe regente, ni la reina enajenada, ni las clases altas desquiciadas, ni el pueblo hambriento, indiferente y sebastianista. La voz del verdadero Anticristo de Portugal, Junot, lo destruyó todo: la nación, roída hasta los huesos por la incansable termita, el jesuita, que ya no era ni siquiera un esqueleto, sino el polvo de un cadáver.

* * *

Tres siglos antes, Portugal se había embarcado, rebosante de esperanza y codicia, rumbo a la India; en 1807 (29 de noviembre), una procesión fúnebre partía hacia Brasil. La oleada de la invasión arrastraba consigo a un enjambre de parásitos inmundos: jueces y magistrados, petimetres y sinvergüenzas, frailes y monjas, monseñores y *castrati*. Todo esto, en masa, embarcaba al amanecer en los muelles de Belem. Parecía la inauguración de una feria, y el mobiliario de una sucia carpa de acróbatas arruinados: porque el príncipe regente, para llenarse los bolsillos con las monedas de oro, su mayor deleite, se había endeudado con todos sus acreedores, dejando sin paga a las tropas, a los empleados y a los sirvientes.

Todo se desmoronaba; y sólo ahora, finalmente, el terremoto, iniciado por la naturaleza y continuado por el marqués de Pombal, se había consumado. Los cortesanos corrían por las calles a medianoche, jadeando, llamando a las puertas de las tiendas para comprar lo que necesitaban; las mujeres recogían ropa y polvos, manteca, el yeso con el que se blanqueaban el rostro, el carmín con el que se pintaban los labios, pelucas y cintas para el pelo, zapatos y hebillas, todos los adornos de sus vestimentas. Era una estampida frenética, como cuando hay un incendio; y no había llantos ni maldiciones: sólo un desorden sordo. Criados y monseñores, monjas y jueces, objetos preciosos y muebles toscos, inútiles y sin valor, embarcaban sin orden ni concierto en los muelles. Estaba oscuro, no se veía nada, nadie reconocía a nadie. Las barcas pululaban sobre la oscura ola, llevando, recogiendo, dejando escapar, pedazos de la nación destrozada, harapos, astillas, virutas, que el viento seco del fin había esparcido en aquella noche silenciosa y negra.

Muchos, por pereza, se negaron a irse; otros prefirieron al invasor antes que al bravucón que huyó miserable y cobardemente, antes que al heredero de reyes, que no había sabido ni morir ni vivir. Más de un regimiento desobedeció a los comandantes que les ordenaron embarcar; y muchos, al ver la debacle, se dispersaron, abandonando sus armas. Otros embarcaron: llegaron a la pasarela de los barcos ya repletos y regresaron a tierra, aborrecidos e irritados por tanto desorden, por tanta desvergüenza.

El Príncipe Regente y el Infante de España llegaron al muelle en su carruaje, solos: nadie los vio; cada uno iba a lo suyo, intentando pasar desapercibido. Dos guardas los escoltaron hasta que subieron al esquife. Luego llegó la princesa Carlota Joaquina en otro carruaje, con sus hijos. Y finalmente la reina, desde Queluz, al galope. Parecía que la cordura volvía con la crisis. «¡Más espacio! —gritó al cochero— ¡dirán que nos hemos escapado!» Su locura profirió gritos de desesperación, fuertes alaridos de rabia, retorciéndose, forcejeando, arremetiendo, con los ojos inyectados en sangre y la boca llena de espuma. La protesta de la loca fue el único atisbo de vida. ¡El orgullo, la fuerza y la dignidad portuguesas terminaron así en los labios ardientes de una reina enajenada!

Todo lo demás era vergüenza silenciosa, ineptitud pasiva, debilidad confesada. El príncipe había decidido que el embarque se realizara de noche, consciente de la vergüenza que supondría su huida; pero la noticia se filtró y los muelles de Belem se llenaron de gente que se burlaba de los ministros, los jueces, toda esa chusma de ineptos y despreciables personajes. Y —¡cuánto pueden hacer las ideas!— aún lloraban por el príncipe, que no merecía nada de eso. Dom João también sollozaba, y sus piernas temblaban violentamente mientras la gente se arrodillaba para abrazarlo.

La flota había recibido a 15.000 personas y considerables bienes, tanto dinero como mercancías. Levó anclas la mañana del 29, permaneciendo cerca de la entrada del puerto hasta las 7 de la mañana del día siguiente, cuando Junot entró en Lisboa. Los barcos desplegaron sus velas, virando hacia el suroeste, rumbo a Brasil. Mientras la escuadra permanecía a la vista, al paio, las alturas de la ciudad, desde las que se divisa el mar, parecían coronadas por una multitud silenciosa y afligida. Las salvas de los barcos ingleses que bloqueaban el río Tajo resonaban lúgubres en la distancia. El sol se ponía, la escuadra se había perdido en el mar, toda esperanza se había desvanecido, sólo quedaban la desesperación y la soledad... Desatóse luego la anarquía de la miseria, y en vísperas de la llegada del Anticristo, Lisboa corría el riesgo de ser saqueada.

Napoleón fue burlado. El príncipe Juan, a bordo, con las manos en los bolsillos, se sentía a gusto rebuscando entre las monedas de oro: complacido con su astucia rústica, la única sabiduría que albergaba su cerebro obeso. Seguía bostezando, pero porque el mar empezaba a marearlo con el vaivén de las olas. Así es la historia, con los miserables vaivenes del tiempo: llegan las náuseas y la imperiosa necesidad de vomitar.

* * *

Este final burlesco tenía precedentes apropiados.

Aliados con los españoles, aún enemigos de Francia, habíamos librado una guerra contra la República Francesa, participando en la campaña del Rosellón (1793), que culminó con el tratado de paz de julio de 1795, seguido un año después por la alianza ofensiva y defensiva entre Francia y España. Godoy, quien debía a la paz el título de príncipe, reinaba en España, donde era mero instrumento político de su nación vecina. Y nosotros éramos el instrumento de Inglaterra en su duelo contra la República. Esta aventura del Rosellón acabó por arruinar los míseros restos de nuestro comercio marítimo. Entre 1793 y 1796, los franceses se apoderaron de unos 200 de nuestros barcos, con un valor superior a los 10.000 *contos*. Los nueve barcos que armamos se pudrieron deshonrosamente en los muelles de Portsmouth.

En el año 1796 nos habíamos declarado neutrales, pero como no pudimos evitar la protección amistosa impuesta por los ingleses, la declaración fue inútil.

En el año 1801, Francia, entonces liderada por Napoleón, ordenó a España que nos declarara la guerra; y en mayo, el Príncipe de la Paz, Godoy, invadió el Alentejo. Inglaterra, a quien habíamos invocado, permaneció inmóvil. El conde de Pombeiro escribió desde Londres: «Ningún esfuerzo por salvar a Portugal, ni tropas, ni dinero. O tal vez otros asuntos les preocupan más. Inglaterra se ha convertido en lo odiado por las naciones, y la popularidad está del lado de los franceses.»

El duque de Lafões, de 82 años, y Forbes, de la misma edad, comandaban el ejército, permitiendo que fuera continuamente derrotado. El duque no esperaba ni deseaba otra cosa. Era el epigrama viviente de una sociedad corrupta. Riendo, le comentó al español que lo atacaba lo innecesaria que era la lucha. «¿Para qué? Somos dos mulas de carga. Las espuelas de Francia hacen avanzar a España; las de Inglaterra, a nosotros. Ya que lo ordenan, saltemos: que suenen las campanas, porque es necesario —dicen—. ¡Pero, por Dios ! ¡No nos hagamos daño! ¡Se reirían demasiado de nosotros!» Y así lo acordaron ambos: conquistar y ser conquistados. Esto último fue, inevitablemente, el destino de Portugal. Todo estaba desorganizado: los ejércitos incompletos, las fortalezas desmanteladas. Mértola ni siquiera tenía puertas. Los españoles entraron como si fuera su propia casa. Tomaron posesión de Olivença y Jerumenha (20 de mayo); ganaron la batalla de Arronches (29 de mayo) y la de Flor-de-Rosa (4 de junio), fingiendo perseguir al ejército que se retiraba a Abrantes. El duque fue destituido de sus cargos, ridiculizado en panfletos, él que había pasado su vida riéndose de los personajes caricaturescos de la corte: «¡Bendiciones a quien encuentre a un muchacho de 82 años perdido entre Portalegre y Abrantes!» Campo-Maior se rindió el 6 de junio; y en tan solo un mes, la campaña terminó, si es que tal nombre le hace justicia a semejante desdicha. Se firmó la paz con España (8 de junio) y con Francia (29 de septiembre), perdiéndose Olivença para siempre.

En 1804, Napoleón se convirtió en emperador, comprometiendo su corona en el duelo con Inglaterra. La precaria situación de Portugal, desde el establecimiento de la dinastía Braganza, obligó a elegir entre los contendientes por la influencia en la Península; una situación que le impidió mantener la neutralidad en todos los conflictos europeos —como lo demuestra la historia—, ya que el reino carecía de la fuerza para defenderla; una situación ruinosa que, en menos de dos siglos, debilitó por completo a la nación para preservar una dinastía de procuradores de intereses extranjeros; una situación que, a principios del siglo actual, obligó al monarca a huir y a la nación a protestar mediante la insurrección.

Entre Inglaterra, que se negaba a considerar la posibilidad de que prescindieramos de su protección, y Francia, que exigía que, tras la paz de 1801, nos uniéramos a la liga franco-española contra Inglaterra, Portugal luchaba en absoluta impotencia, desprovista de fuerza, inteligencia y audacia. Éramos un hueso duro de roer entre ambos contendientes; y el príncipe regente, en su ineptitud, esperaba vencerlos a ambos con la astucia rústica propia de su carácter.

Francia exigía que se declarara la guerra a Inglaterra en veinte días, que se cerraran los puertos a los barcos ingleses, aceptando el bloqueo continental, que uniera sus barcos a las flotas combinadas franco-españolas, que secuestrase todas las propiedades inglesas y arrestase a todos los súbditos británicos.

¿Cómo podía el príncipe asumir esto, cuando los ingleses, por su parte, custodiaban la costa con una escuadra para protegerlo? ¿Pero cómo podía entregarse a ellos, cuando Inglaterra había declarado que, ante la invasión francesa de Portugal, respondería con la ocupación de Brasil por fuerzas británicas? Cuando su defensor afirmaba que la saquearía para defenderla, ¿cómo podía el príncipe regente aceptar la ayuda ofrecida?

Hizo lo que pudo. Cerró los puertos, confiscó las propiedades de los ingleses; diciéndoles al mismo tiempo, en secreto, que no era real, que serían compensados, que sólo se trataba de apaciguar a Napoleón, para ver si el déspota le permitiría seguir viviendo pacíficamente su vida ociosa como un príncipe inocente.

El resultado de esta solución fue el previsible. Napoleón no se equivocaba: dictó el Tratado de Fontainebleau con España (octubre de 1807) para acabar con Portugal. Inglaterra, reconociendo la imperiosa necesidad de defendernos, tomó posesión de Madeira y ordenó a la Compañía de las Indias Orientales que ocupara Goa. Portugal estaba acabado; y el Príncipe Regente decidió huir,

escapando a Brasil. Quizás en el otro mundo lo dejarían en paz. En 1810, los ingleses acudieron a él para protegerlo en América del mismo modo que lo habían protegido en Europa⁵⁵.

El Tratado de Fontainebleau, en virtud del cual Junot cruzó España para ocupar Portugal, estipulaba la división del reino en tres estados. El de Entre-Douro-e-Minho, con el nombre de Lusitania Septentrional se entregaría a la reina de Etruria, expropiada por la nueva constitución italiana. El Sur del Tajo, denominado Principado de los Algarves, compensaría a Godoy por sus servicios. Trás-os-Montes, Beiras y Estremadura permanecerían, como prenda, en manos del emperador, y podrían volver a la Casa de Braganza si esta demostraba docilidad y sumisión en el futuro.

Quizás ninguna de las acciones de Napoleón demuestra tanto la insensatez de sus políticas como ésta.

Cuando el Príncipe Regente se supo perdido y amenazado con un viaje de meses incómodos a Brasil, ordenó que lo arrojaran de rodillas a los pies del terrible déspota, implorando perdón y ofreciendo todo a cambio de su paz. Estaba dispuesto a hacer lo que le pidieran; incluso casaría a su hijo mayor con la hija del sargento Junot. Semejante bajeza fortaleció el plan de Napoleón.

Junot cruzó la frontera portuguesa el 20 de noviembre de 1807 y, diez días después, entró en Lisboa: el príncipe había escapado. La rapidez de la marcha y la temeridad de la aventura resultaron, en parte, inútiles. Fue necesario que la regencia implorara clemencia para evitar que la ira del soldado, frustrado en sus planes, estallara violentamente. Mientras los franceses ocupaban Lisboa, los españoles entraron en Setúbal, tomando posesión del sur en nombre del Príncipe de la Paz, y en Oporto, apoderándose del norte en nombre de la Reina de Etruria.

Junot, en Lisboa, tomó el control de la escuadra que permanecía en el río Tajo, fortificando el puerto contra los ingleses. En Madrid, Godoy ordenó acuñar monedas con su efígie de bronce, *Dux Algarbiorum*. Todo se dobló, comenzando por la regencia. El cardenal Mendonça, patriarca de Lisboa, llamó a Napoleón «el prodigio, el gran emperador elegido por Dios para la fortuna del pueblo». El 1 de febrero de 1808, Junot finalmente suprimió la regencia, tomando el control del reino en nombre de Napoleón: Godoy y la reina de Etruria fueron engañados, y muchos en Portugal, por odio a los españoles, preferían la monarquía de Junot. El sebastianismo surgió, como siempre. Napoleón era el oculto; Bandarra había profetizado el águila.

Se yergue el águila imperial

.....

y hace su nido en Portugal.

Junot quizá deseara un reino, pero Napoleón ansiaba un saqueo: una contribución de 18.000 *contos*, la piel de un cadáver, la plata de las iglesias, un pillaje generalizado. Quería el resto de las fuerzas vitales de la nación, y que los soldados lucharan noblemente en Wagram y en Smolensko.

Desde luego, nadie aplaudió el saqueo, pero como Braganza había huido, dejando al reino viudo, éste pudo casarse con Junot, quien le prometió dos Camões: uno en Beira y otro en el Algarve. Se hicieron esfuerzos para reunir a los Estados Generales —las Cortes de Lamego— para aclamar al rey francés. ¿Y quién sabe si, de no haber sido por Inglaterra, nos habría sobrevenido el mismo destino que a Suecia?

Las guarniciones españolas de Oporto y Setúbal protestaban. La reacción contra los franceses se extendió más allá de la frontera, y en junio (11) Sepúlveda se alzó en armas en Trás-os-Montes; en 19 se instaló una junta militar en Oporto. Al mismo tiempo (16) el Algarve se rebeló en Olhão; y la protesta se propagó por un lado a través del Alentejo y por el otro a través de Beira y Estremadura. Balsemão fue enviado desde Oporto a Inglaterra para pedir ayuda, y el día del Corpus Christi en Lisboa, Junot, rodeado por un levantamiento general del reino, se arriesgó a provocar una

55 Véase *O Brasil e as colonias portuguesas* (2.^a ed.) págs. 98-100.

revuelta en la capital. El inglés observaba desde su puesto en las Berlengas, con la escuadra vigilando la costa, esperando el momento oportuno. Wellesley y 9.000 hombres desembarcaron en Buarcos el 1 de agosto. La división portuguesa de Bernardino Freire, con 8.000 hombres, se unió a ellos. Luego llegaron los 13.000 hombres de Spencer y se ganó la batalla de Roliça (17). El 21 se ganó la batalla de Vimeiro; y el 30, Junot, rodeado y derrotado, firmó la capitulación de Sintra. Cabe destacar que Inglaterra y Francia participaron en ella, a través de sus generales; que ni Portugal ni la Regencia tuvieron ninguna participación.

Éramos el instrumento, el sirviente, la mula de carga de Inglaterra, desde que nos arrebató de las manos de los franceses. Beresford, nombrado general de nuestro ejército, era en realidad un procónsul, un rey. Sin embargo, se instituyó una nueva Regencia, por mera formalidad; y los ingleses reunieron a todo el pueblo portugués para derrotar a Napoleón en la Península. Inglaterra, que ya financiaba a los ejércitos de los enemigos de Francia por doquier, había descubierto en Portugal un método mejor y más económico. La nación, bien exprimida, aún aportaba 60.000 hombres: los portugueses aún sabían ser soldados. Soult y Massena llegaron y fueron derrotados. Pero Wellington, quien había convertido las Líneas de Torres Vedras en el baluarte desde el cual comenzó la ruina del imperio francés, dejó todo el reino expuesto a la devastación; porque el plan inglés no era defender Portugal, sino destruir a Napoleón con los soldados portugueses.

El imperio fue, en efecto, derrotado; pero Wellington se lamentaba de las acciones de sus tropas: «Es una chusma insoportable —dijo— que ha saqueado el país de la forma más terrible.» Como en tiempos de Don Fernando, como en tiempos de Don Juan IV y de Don Pedro II, nuestros aliados ingleses nos hicieron más daño que nuestros enemigos, los españoles y los franceses.

* * *

Sus depredaciones, en el fragor de las invasiones, habían sido atroces; pero los ingleses poseían de antiguo el arte de saquear fría y sistemáticamente, y más con un ejército permanente de 60.000 hombres, hasta las migajas de la antigua opulencia portuguesa. Su ayuda nos asfixió, vaciando nuestros bolsillos y saqueándonos para salvarnos.

La última invasión, la de Massena en 1810, superó en ferocidad a las dos anteriores; el paso del ejército francés por la región de Beira se convirtió en un profundo surco de ruinas bañado en sangre. Hubo personas descuartizadas con hachas; se cometieron actos de salvaje barbarie. En Rego-da-Murta colgaron a un hombre de un árbol y lo asaron vivo. En Taperra cortaron los tendones de las piernas de un anciano torpe y le abrieron las venas. Por doquier quemaron graneros, destruyendo el trigo: solo en Arega se perdieron 12.000 *moios*. Los habitantes de Coímbra y sus alrededores huyeron a las montañas, vagando por los pinares; fueron rodeados y condenados a muerte, salvándose de la ejecución al entregar todas sus joyas, oro y dinero. Los registros, aunque incompletos, indican que sólo en el obispado de Coímbra hubo 3.000 asesinatos, más de 1.000 casas y 20 lugares quemados y saqueados.

Por su parte, los ingleses, «insupportavel canalha» de tropas auxiliares; los ingleses, que desde 1640, y especialmente desde 1703, habían reinado mercantilmente sobre la ineptitud portuguesa; los ingleses, que ahora tenían algo propio en Portugal, un Gibraltar y un ejército, todavía sentían el apetito de acompañar al príncipe regente a Brasil, de *defenderlo* en América, apropiándose del resto del imperio y de la riqueza nacional.

Apenas una semana después de su llegada, el Príncipe Regente, aconsejado por su protector, abrió los puertos de Brasil al comercio de todas las naciones amigas: un eufemismo para una buena economía que, en definitiva, beneficiaba a Inglaterra. Aun así, esto no bastó para Inglaterra, que en Europa se esforzaba por preservar la herencia de los Braganza. Exigió una paga y obtuvo los tratados del 19 de febrero de 1810. Una vez más, la dinastía vendió el reino, como Esaú vendió la primogenitura; una vez más, después de tantas otras, la dinastía Braganza, para conservar el trono, sacrificó el país. Inglaterra reconoció, una vez más, a sus humildes vasallos, quienes se comprometieron a permitir reparaciones a los barcos ingleses en puertos brasileños; a mantener en

todos los dominios de la Corona el privilegio y la jurisdicción especiales de los ingleses; y a favorecer los productos ingleses en las aduanas de las colonias con un arancel *ad valorem* del 15%, es decir, un 9% menos que el de otras naciones; mientras que Inglaterra sólo otorgaba a los productos portugueses el derecho de nación más favorecida. Además de este monopolio comercial que Inglaterra se había creado, una teoría platónica, liberal y sentimental, que luego sedujo a la patria de Wilberforce, impuso una condición final: la abolición de la trata de negros.

Las consecuencias de estos tratados eran evidentes, y lo fueron desde el principio. El comercio y la industria portugueses quedaron completamente arruinados. De 1796 a 1807, la exportación de productos manufacturados portugueses a las colonias había ascendido a 94 millones de cruzados; en los diez años siguientes, se redujo a tan solo 2 millones. En el mismo período, Brasil exportó a Portugal mercancías por valor de 353 millones de cruzados antes y de 189 millones después; y las exportaciones portuguesas, que habían alcanzado los 300 millones, cayeron a 159 millones. En 1806, se reexportaron 14 millones de productos brasileños desde Portugal; en 1819, solo se reexportaron 4 millones. En 1805, 800 barcos portugueses entraron en Río de Janeiro; en 1820, solo 200. Los ingresos aduaneros disminuyeron en 4.000 o 5.000 *contos*. Wellington afirmó abiertamente que aquello suponía la ruina de Portugal.

Arruinada a finales del siglo XVI y habiendo perdido su independencia, la nación arrastraba una vida miserable y de mendicidad durante el siglo XVII, a merced de Europa y sus intrigas por el equilibrio de poder. En el siglo XVIII, los ingresos procedentes de Brasil aportaron riqueza a un país desierto y despoblado; y ahora, con la independencia verdaderamente perdida —si es que alguna vez existió una verdadera independencia, salvo durante el reinado del Marqués de Pombal—, el tesoro portugués se perdió con ella. A finales del siglo XVI, fue el colapso del imperio ultramarino lo que puso a la nación de rodillas. La dinastía de Avís supo cómo morir heroicamente. El actual rey Sebastián, el rey Sebastián de Braganza, supo huir en lugar de morir; sólo supo sacrificarlo todo para salvarse, como lo había hecho su abuelo, el rey Juan IV. Por todos estos motivos, el último hombre de la Casa de Avís dejó en el corazón del pueblo una huella de luminosa añoranza, y el último hombre de la Casa de Braganza dejó sólo esa náusea que provoca el vómito...

Tras la caída de Napoleón y la vuelta de la paz, se pudo hacer balance de la fortuna portuguesa. Estaba cubierta por un sudario de miseria y soledad. Entre 1807 y 1814, la población se redujo en medio millón de personas: una cuarta parte de lo que había sido. No había quien trabajara: Beresford había reclutado como soldados a todo aquel que no fuera fraile, juez, canónigo, capellán cantor o castrado. No había agricultura, ni industria, ni ganadería, ni pesca. De cada 2.000 reclutas, a veces sólo dos sabían leer. Hasta principios de siglo, con una población un cuarto mayor, bastaba con importar 10 millones de cruzados de trigo al año; ahora se necesitaban 40 millones; y otros 23 millones de bacalao, en un país marítimo y rico en pesca. La desgracia se agravó año tras año. El año 1819 fue mucho peor que el anterior. En Lisboa y Oporto entraron 416 barcos menos y salieron 238 menos. Las importaciones cayeron de 49 a 37 millones de unidades; las exportaciones, de 42 a 26 millones. En Brasil, en 1818 habían salido 20 millones en mercancías, en 1819 solo 16 millones; habían entrado 24 millones, y ahora sólo salían 19 millones. En el congreso (febrero de 1821), el ministro, aún partidario del equilibrio económico y de ideología pombalina, lamentó que el déficit total de la balanza comercial portuguesa ascendiera a 21 millones de cruzados. La ruina financiera reflejaba el estado de la industria y el comercio. La casa real costaba 260 *contos* al año, incluso en ausencia del rey; y tan solo las caballerizas absorbían 80. El comisariado consumía más de 1200 *contos*; y mientras los obreros de Portalegre y Covilhã mendigaban, el déficit presupuestario anual alcanzaba los 2.000 *contos*.

III. 1820.

Ha estado de moda burlarse de la revolución de 1820 por su debilidad, sus ilusiones y, sobre todo, su fracaso. Los antiguos demócratas *pé-de-boi*, solemnes y rígidos con sus corbatas altas — como los describió Manique—, de modales solemnes, ebrios de rapé, atrincherados en el derecho romano y dirigiéndose a los antiguos monarcas como señores reyes, conformaban un estereotipo del que muchos se reían, y aún se ríen. «Enviaron —dijo Herculano— a los reyes Juan II y Juan III, en sus tumbas, el código del absolutismo y la bula de la Inquisición. Quemaron cera y aceite profusamente en brillantes iluminaciones, ataviándose con calzones nacionales, horriblemente toscos y bastante caros.» Fue un aluvión de banquetes, procesiones, fuegos artificiales, discursos, arcos de triunfo, revistas, el *Te Deum*, elecciones, artículos de prensa y salvas de artillería. Cada día había nuevas festividades, y la gente las agasajaba con entusiasmo. Era una cacofonía de himnos, sonetos, canciones, dramas, vestimenta formal y estilos de calzado liberales. (Fue entonces cuando el alto sombrero revolucionario apareció en las cabezas portuguesas). Las logias masónicas se multiplicaron: los necios acudían a ellas para gastar dinero en honor al Supremo Arquitecto del Universo, y los inteligentes para comérselo en honor al mismo Arquitecto. Las Cortes se reunieron. Se redactó una constitución más o menos republicana, pero totalmente inadecuada para el país. Los discursos más célebres de la *Choix des rapports*, o las páginas más excéntricas de Rousseau y Bentham, se repetían palabra por palabra, traducidos al portugués o algo parecido. El pueblo se asombraba al encontrarse tan grande, tan libre, tan rico en derechos teóricos: porque, en realidad, en los hechos tangibles y materiales de la vida económica, las cosas seguían más o menos igual.»

En efecto, así fue; pero la sinceridad de las ilusiones sigue siendo lo que más ennoblece a los hombres. Los revolucionarios de 1820, imbuidos de las quimeras jacobinas que la invasión francesa había propagado en Portugal⁵⁶, eran nobles; pero —es forzoso reconocerlo con tristeza— resultaban algo ridículos. Estaban cegados por la idolatría de la libertad, mientras que, al mismo tiempo, los impulsaba el deseo de ser un nuevo Pombal, una segunda Convención. Eran apóstoles, en un momento en que la miseria pública impedía escuchar sus disertaciones, y sólo podrían convencerles los hechos duros y crueles. Ni Moura, ni Fernandes-Thomaz, ni Borges-Carneiro, los radicales, los volterianos, tenían fuerzas para tal cosa. El plan de sus reformas, dominado por los principios naturalistas y utilitaristas de la escuela de Rousseau y Bentham, reconocía, sin embargo, las necesidades del país. Pero su error fue pensar —era, y sigue siendo, el error de la escuela— que los pueblos pueden convertirse y cambiar su temperamento ante la voz de los apóstoles, y que la mera evidencia de la verdad es suficiente para apartar a los pecadores de sus errores, para convencer y llevar a las clases dominantes a la abdicación, y a las clases esclavizadas y pasivas al dominio.

Las Cortes suprimieron la antigua legislación municipal, judicial y fiscal, abolieron las jurisdicciones señoriales y eclesiásticas, crearon jurados para causas penales y civiles, sustituyeron los consejos municipales por consejos electivos, transfirieron las propiedades de prelaturas, canonjías y beneficios eclesiásticos al dominio público, gravaron las rentas de las corporaciones religiosas, extinguieron varios monasterios, prohibieron los votos, transfirieron los bienes de la corona y las órdenes al fondo nacional, destinando los ingresos a la amortización de la deuda nacional. Mousinho da Silveira hizo todo esto, o casi todo, en 1834: ¿por qué se pudo entonces y no en 1820? Por dos razones. Primero se aprobaban leyes; después, había una espada para imponerlas y una victoria para consagrarlas⁵⁷. Ahora que el rey estaba ausente, seguían vivas las esperanzas de

56 Véase *Hist. civil. Ibérica* (2.^a ed.) págs. 282-285.

57 Véase *Portugal contemporaneo*, I, págs. 373-400.

restaurar el antiguo régimen, así como la de recuperar Brasil, a costa de cuyo gobierno ese antiguo régimen podría haberse mantenido en paz y tranquilidad. Después, la lenta decadencia que había durado casi tres siglos sufrió su crisis final; el rey estaba al frente de la revolución, como un tirano de la antigüedad; y Brasil, decididamente perdido, exigió una división de los bienes de las corporaciones parásitas, impuso el régimen de reparto proporcional e impuso reformas con las duras exigencias de una miseria sin esperanza.

Las Cortes abolieron la Inquisición, a la que el marqués de Pombal había puesto fin de facto, e invitaron al rey Juan VI a regresar a un reino donde formalmente se le negaba el ejercicio de la monarquía: en la constitución, el rey, sin poder de veto, era meramente una figura simbólica. ¿Para qué lo querían? ¿Por qué no proclamaban de una vez la república? Porque la mayoría seguía siendo sincera e ingenuamente monárquica; y porque el regreso del rey se consideraba indispensable para la realización del proyecto de reconducir a Brasil a su fructífera condición anterior de colonia, la más apremiante de todas las cuestiones pendientes.

En ella, como siempre, los tribunales demostraron su incapacidad, la naturaleza contradictoria de sus ideas, la arrogancia de sus palabras y la debilidad de sus acciones. Brasil, a quien la sede de la corte, los decretos que abrían sus puertos y los tratados de 1810, le habían concedido finalmente una independencia de facto, ya consagrada por la lugartenencia del heredero al trono que D. João VI había dejado allí, Brasil sólo esperaba que las exigencias reaccionarias de Lisboa le impulsaran a proclamar la independencia, siguiendo el ejemplo de las colonias españolas. Las Cortes satisficieron ampliamente este deseo. Decretaron la abolición de todas las autoridades centrales de Río de Janeiro, y que los gobernadores de las capitanías trataran directamente con la madre patria. Los catorce distritos en que se dividía la colonia se convertirían en otras tantas colonias; y los tribunales esperaban que la destrucción de la unidad y el regreso de Don Pedro al reino, exigido formalmente, permitirían el restablecimiento gradual del antiguo estado de las cosas. Esta esperanza era tan quimérica como absurdas eran las demandas: Brasil proclamó su independencia (mayo-agosto de 1822) y Dom Pedro, en vez de regresar, se proclamó emperador.⁵⁸

Los decretos de las Cortes (septiembre, octubre de 1821) fueron arrogantes; sus acciones, sin embargo, fueron inútiles y carecían del poder necesario para lograr algo. Al abolir los tratados de 1810, rechazar la alianza inglesa y duplicar los aranceles sobre las manufacturas británicas, las Cortes, cuyo radicalismo había hecho que Portugal cayera en sospecha ante toda Europa, ya restaurada a la monarquía, se crearon una situación desesperada, sin ayuda externa ni apoyo interno, porque ofendieron a las clases altas y porque el pueblo, sordo y pasivo, ni comprendía ni se movilizaba en defensa de sus representantes; ni quería saber nada de *carcundas* ni de *empertigados*. En su propio seno tenían las Cortes la causa de su impotencia: eran una amalgama de ilusiones radicales, de pasiones declamatorias, de un pastiche clásico y pseudorromano. Eran Brutos de papel, y Catones pintados, Aníbal, Escipión, Mario el cónsul perpetuo, el triunfante Pompeyo o Camilo el supersticioso, según plasmaba la moda de principios de siglo en odas, tragedias, cuadros y muebles; eran remedos de Robespierre y de Pombal; eran un cúmulo de ignorancia práctica y ausencia de espíritu administrativo; eran, sobre todo, representantes de tradiciones nacionales, y sentían un piadoso horror hacia los masones, un profundo respeto por los *senhores reis* y una seria opinión sobre las bellezas del estado natural y los derechos del pueblo.

De la confusión provocada por estos absurdos surgió la impotencia de las Cortes. En agosto de 1820 estalló la revolución, deponiendo a la regencia y creando un gobierno provisional en septiembre, proclamando la Constitución española de Cádiz en noviembre, y convocando un congreso que tardó cuatro meses en votar sobre las bases de la Constitución nacional. En junio de 1821, D. João VI regresó a Lisboa, donde fue maltratado e insultado. Le impusieron una hora para desembarcar; le prohibieron llevar a tierra a sus favoritos, Maciel, Targini y los Lobato; prohibieron a sus súbditos besar la mano regordeta de su soberano. La revolución ya llevaba un año, y sólo se

58 Véase *O Brasil e as colonias portuguesas* (2.^a ed.) III, 1.

habían votado unos pocos párrafos de la Constitución. La verdadera ineptitud, tras una aparente agitación, las frases grandilocuentes y la ingenuidad de las medidas, reflejaba la falta de cohesión en la asamblea, que se presentaba, cada vez más, como el fruto podrido de un árbol en descomposición, como un fenómeno extravagante e inconcebible en el seno de la sociedad portuguesa. Los cien diputados que redactaron las leyes eran los únicos que las entendían, si es que se entendían entre sí. La nación no opuso resistencia; pero observó el comportamiento desenfrenado hacia el rey, escuchó los discursos impíos y revolucionarios; y el rey, el clero y la nobleza, si no se atrevieron a alzarse, sabiamente se limitaron a fomentar la resistencia, aplaudiendo la inercia del pueblo. Así, todo permaneció como antes: no había manera de reemplazar a los corregidores y a los *juizes-de-fóra*. Así pues, sucedió que nadie acudió a las elecciones municipales, que nadie quiso ser jurado, que los propietarios seguían pagando diezmos y foros, y que los conventos siguieron recibiendo exvotos.

La revolución fue, en sí misma, un episodio más de la lenta decadencia: no podía haber sido de otra manera. La montaña de desgracias de los últimos años la había provocado; estas desgracias y la hambruna conducían a la historia hacia las convulsiones finales del absolutismo, presentando al mundo una sociedad en estado de epilepsia, un presagio de su desaparición. La ineptitud era una forma manifiesta de mendicidad: en octubre, las tropas que habían llegado de Brasil con el rey aún no habían cobrado y mendigaban o robaban en las calles de la capital. La anarquía espontánea, hasta principios de siglo, había adquirido un carácter benigno; ahora, después de la invasión, después de 1820, después de la independencia de Brasil, la sociedad, perdida, quebrantada, desnuda, hambrienta, a la deriva y sin gobierno, cayó en una feroz anarquía. Antes, las clases altas mantenían un dominio y una autoridad: era una dulce anarquía aristocrática; después, los ataques de 1820, la huida del rey y las sucesivas pruebas de incapacidad destruyeron el respeto entre el pueblo, sin alterar su fervor: seguían siendo monárquicos y devotos, pero de una manera cruda y demagógica. La monarquía descendió a las calles, y Portugal se erige como el ejemplo más perfecto de una dictadura de la plebe.

* * *

La Constitución fue finalmente completada y juramentada por el monarca y el reino (octubre-noviembre de 1822). Portugal y España se separaron de Europa, que ya se había vuelto reaccionaria. Los embajadores del norte habían abandonado Lisboa porque los plebeyos habían roto las ventanas de la legación austriaca, en las que no había puesto luminarias. La furia de los jacobinos marcó el fin del interludio liberal. Las Cortes ordinarias se reunieron en diciembre.

Este episodio de ideas liberales, que introdujo un nuevo elemento en la vorágine en la que se desintegraba la sociedad, definió de inmediato tres partidos. Estaba el partido de los *radicales* o jacobinos, cuasi-republicanos, masones, ideólogos sin malicia, ingenuos sin perversidad, que lo arrasaban todo con su retórica grandilocuente, repleta de fórmulas, principios, doctrinas, quimeras, esperanzas y visiones. Estaba el partido de los *miguelistas*, el partido que tenía a la reina y al príncipe en el palacio, que tenía los conventos, a todos los parásitos, a todos los veneradores del pasado católico y monárquico, y a la plebe; el partido fuerte y audaz, al que se le reservaba el futuro inmediato y el papel de consumidor del colapso final de la nación. Estaba, finalmente, el partido *práctico*, moderado, conservador y monárquico, el partido de una selecta minoría que compartía las opiniones predominantes en Europa, restaurada por los tratados de 1815.

En febrero de 1823, los futuros *miguelistas*, liderados por el conde de Amarante, se sublevaron en Trás-os-Montes contra las Cortes, a favor del absolutismo; en mayo, caía la revolución española ante el ejército del duque de Angulema. La situación se tornó decisiva, y cinco meses después de la apertura de las Cortes ordinarias (mayo de 1823), los absolutistas se rebelaron para liberar al rey, proclamando en Santarém la caída de la Constitución (mayo de 1829). El infante D. Miguel fue el brazo ejecutor de la sedición, cuya alma era la reina. D. João VI se dirigió a Vila Franca (1831), y los tres bandos se encontraron acampados en tres puntos: Lisboa, Santarém y Vila

Franca. ¿Se avecinaba una guerra civil? No; todavía no. Sólo había una polvareda. Para bien o para mal, se hizo la paz en la familia real, Don Miguel fue nombrado generalísimo, jóvenes *fidalgos* tiraron del carruaje de Dom João VI, se abolió la constitución, se nombró un ministerio moderado y se creó una medalla conmemorativa del *día de la polvareda*.

El pobre Don Juan VI declaró en 1830, desde Bemposta, que abandonaba a Don Miguel como padre y que sabría cómo castigarlo como rey: estaba en manos de las Cortes. Al día siguiente huyó a Santarém, desde donde anunció que las instituciones necesitaban una reforma: ¿en manos de quién estaba? Las Cortes en Lisboa deliberaron, declamaron, en sesión permanente; y finalmente, al ver caer el globo de sus quimeras, se desvanecieron, y se disolvieron con una inocente protesta (2 de junio) que nadie consideró como una insurrección. El rey disolvió legalmente el congreso, disuelto de facto; abolió la constitución radical y nombró una junta para redactar la futura carta magna *moderada* del reino. Palmella fue el principal instigador de la situación y el hombre de confianza de D. João VI, quien lo elevó a marqués.

La revolución de 1820 quedó reducida a polvo. Una polvareda, y nada más, fue la restauración; porque el rey, impulsado por sus amigos moderados y sus enemigos absolutistas, era un ser miserable, inconsistente y blando, hecho de barro.

En este último representante del linaje Braganza⁵⁹, todas las características de la estirpe se manifestaban vivas. Era necesario que, tras su extinción, el árbol diera el fruto más perfecto. Egoísta y austero como el rey Juan IV, tenía inclinaciones fraternales como el rey Juan V; poseía la vileza y la astucia del rey Pedro II, y el plebeyismo de Alfonso VI, sin llegar a ser del todo idiota, como lo había sido el desdichado prisionero de Sintra. Todas estas cualidades, y precisamente porque las poseía todas, aparecían en el rey Juan VI difusas y confusas, sin que ninguna predominara, dando como resultado un tipo complejo, digno de la alabanza de algunos, e igualmente merecedor del enojo de muchos.

Comenzaba por ser casi deforme. Tenía manos enormes y piernas hinchadas, una antigua dolencia familiar. Padecía vértigo y episodios de melancolía debido a las hemorroides. Su mala salud había amarilleado el color de su rostro flácido, del que colgaba el familiar labio carnosos e inerte, característico de los Borbones. Hacia 1805, sus sufrimientos habían empeorado: sus cojeras reaparecían y su debilidad, timidez y miedos aumentaban. Dejó de montar a caballo por temor a caerse. Abandonó Queluz, tras haber visto enloquecer allí a su madre y temiendo él mismo la locura; sobre todo, y siempre, temía a la muerte. Este miedo lo dejaba aturdido y dispuesto a someterse a toda clase de bajezas y humillaciones: ¡quizás nadie las sufrió con tanta intensidad! El miedo, la indolencia, el sufrimiento e incluso el toque de ironía con el que se vengaba de sus tiranos domésticos (la reina, el príncipe) atenuaron, sin embargo, la crudeza de las pruebas.

Era muy sucio, un vicio común a toda la familia, a toda la nación. Ni él ni Doña Carlota, a pesar de odiarse, discutían la norma de no lavarse, la única en la que coincidían. Tenía inclinaciones bajas y, sobre todo, apreciaba a sus dignos plebeyos: el padre João, su ahijado; los Lobatos, que custodiaban su guardarropa; y José Egydio, su secretario privado. Con estos súbditos fieles y devotos, con los frailes de Mafra, en cuya compañía le encantaba cantar canto gregoriano para lucir su potente voz de bajo, se sentía bien, se consideraba verdaderamente reconocido como rey. Esto le producía un gozo de inocente vanidad, y nunca dejaba de hablar de sí mismo en tercera persona: Su Majestad quiere dormir, Su Majestad quiere dar un paseo, Su Majestad quiere comer, etc.

También era bastante avaro: por dejadez y economía, usaba que se deshacían los calzones de siempre; y una vez, cuando le robaron un capote de doce monedas, estuvo a punto de incitar una revolución en Lisboa para encontrar al ladrón: ¡era un asunto muy grave que le arrebataran su poder, su gobierno y su autoridad! Nunca dejó de amar a su pueblo, pero amaba aún más las

59 Los hijos, D. Miguel y D. Pedro, son antes españoles o italianos: aventureros, *condottieri*. Tienen la sangre de su madre. Los Braganza posteriores son alemanes.

monedas de oro que atesoraba; y como los liberales nunca dejaban de pagar sus cuotas a tiempo, no consideraba la Constitución del todo mala.

No deduzcan de esto que era completamente necio: no. Poseía la astucia de un campesino, refinada por la casuística de un fraile, pues era filósofo y teólogo a su manera: un vestigio de la educación nacional jesuita. Siempre desconfiaba de todo y de todos; y si su indecisión se debía a debilidad e ineptitud, también se debía a su astucia y disimulo. Rara vez se oponía a los ministros que le nombraban, pero ninguno de ellos pudo jamás presumir de contar con su confianza. No se oponía a ellos, sino que intrigaba, frustraba sus planes, temiendo siempre la suerte de su abuelo, el rey José I, a quien el marqués de Pombal había puesto en peligro de morir de un tiro.

Carecía de pasiones, pero precisamente por eso deseaba vivir en paz. Detestaba el ardor de su inquieta, y además infiel, esposa. No anhelaba ni restauraciones ni absolutismo; incluso consideraba razonable que el pueblo se valiera por sí mismo. Observándolo hoy, cabe reconocer que, con un toque menos burlesco, sería el mejor de los reyes constitucionales: el canto llano y las monedas de oro bastaban para distraerlo. Hicieran lo que hicieran, no lo convertirían en un tirano: prefería los pollos asados con los que llenaba los bolsillos de su grasienta casaca, comiéndolos con las manos, rociados con rapé. Para ahorrar, usaba un viejo sombrero seboso, por lo demás nada parecido a Luis XI; y se reía de quienes, a la fuerza, se empeñaban en verlo como un déspota. Por lo tanto, llegaron incluso a acusarlo de simpatizar con los masones, cuando él simplemente se inclinaba, detrás de sus labios carnosos y sensuales, hacia la indolencia y la tranquilidad mental típicas de una criatura gorda, vulgar y poco inteligente.

Si el rey no puede evitar inspirar teddio, el hombre no puede evitar provocar en nosotros la caritativa compasión que merece la gente blanda y pesada, incapaz del bien y del mal, seres inofensivos que no irritan nuestros nervios.

Representante casi póstumo de una dinastía, epitafio viviente de la dinastía Braganza, sombra espesa de una serie de reyes dementes o ineptos y malvados, el rey Juan VI, ya viejo, corpulento, sucio, grasiento, feo y obeso, con la mirada perdida, el rostro demacrado y bronceado, el labio caído, encorvado sobre sus rodillas hinchadas, balanceándose como una carga entre los cojines de terciopelo de los viejos carruajes dorados del rey Juan V, y seguido por un escaso escuadrón de caballería, era, para quienes lo veían así, en las calles empedradas de Lisboa, una aparición burlesca. Para nosotros, al recordar que en ese carruaje, desarticulado por los baches del empedrado, viajaba el heredero y representante del Condestable, el espectáculo resucita la historia de la nación, también desarticulada por las convulsiones de su tortuosa vida.

Y si, por casualidad, las misteriosas leyes de la vida juegan un papel en la historia, hay que reconocer que la semilla de la noble raza Nunalvares no prosperó en la familia Braganza: en todos ellos se veía la descendencia de la espesa sangre alentejana de la hija de Barbadão.

IV. DON MIGUEL.

La indiferencia del rey Juan VI, su amor por la tranquilidad y su odio hacia la reina, provocaron desesperación en ella y en su amado pupilo, el infante Miguel. Madre e hijo, como idea y arma, lideraron el partido que buscaba liberar por la fuerza al soberano, restaurar, con un absolutismo radical, el antiguo y fiel Portugal, enemigo de los masones y ferviente defensor de la religión y la monarquía. En palacio, el marqués de Loulé influyó poderosamente en el ánimo del rey, aconsejándole moderación y disuadiéndolo de aventuras radicales. En febrero de 1824, el marqués fue hallado asesinado en Salvaterra. La comedia de la corte, que sólo había sido una farsa desde la época de la reina María I, se tornó trágica; la anarquía, hasta entonces moderada, se desató; las manchas de sangre, el estertor ronco de los moribundos, el pálido amarilleo de los cadáveres, dieron nuevos matices al panorama social. La revolución de 1820, a pesar de su nombre y la pomposidad de sus frases, había sido inocente: no se había derramado ni una gota de sangre. El asesinato del marqués de Loulé fue como el primer disparo perdido, de autoría desconocida, que en medio del tumulto sordo de la calle desata la furia, marcando la hora del vértigo y la matanza. No podía faltar esta última y necesaria conclusión del largo drama de la descomposición de la sociedad portuguesa.

Algunos creen que la investigación ordenada sobre el asesinato del marqués tenía como objetivo desenmascarar la complicidad de la feroz reina y su brutal hijo; y atribuyen la causa inmediata de la *abrilada* a la necesidad de encubrir el caso. Lo cierto es que, la noche del 30 de abril, las tropas se sublevaron, Don Miguel se proclamó libertador de su padre, destituyó al gobierno y arrestó en Belem al marqués de Palmella, líder de los moderados. A caballo por las calles, durante aquella primera semana de mayo en la que se vio rey, el infante, seguido por una banda de vaqueros armados con lanzas, galopó triunfalmente por las calles. Su séquito, reclutado en las plazas de toros y las caballerizas del palacio, sus amigos plebeyos, los Sedvem, los Paiva-Raposo y otros, jamás lo abandonaron. Las antiguas extravagancias del rey Alfonso VI y del hermano del rey Juan V se habían convertido, en manos del joven príncipe, en revoluciones políticas.

De modales plebeyos, espíritu violento y tosco, fanático y valiente, el príncipe democratizó la monarquía, y su pueblo lo adoraba. Era corpulento y moreno, bronceado por el sol, y tenía grandes ojos oscuros peninsulares en su rostro afeitado y enrojecido. Vestía una casaca de paño verde, calzones negros, botas altas con tacón de plataforma y espuelas de plata. Llevaba una gorra azul de ala ancha con visera. Tenía inclinaciones toscas y rústicas. Enseñaba a los jóvenes del campo a arar: tomaba el mango del arado, azotaba a las mulas y surcaba profundamente la tierra más dura. Asfixió a un fuerte caballo de Alter, tirando de su cincha con los dientes. Levantaba con los dientes un saco de trigo de seis *alqueires*, y se lo echaba al hombro con una sola mano. Marchaba a galope con José Verissimo y con Sedvem, desde Queluz hasta Lisboa, llevando la vara encajada en la silla, bajo la pierna. Los soldados de caballería de la escolta nunca podían seguirle el ritmo: se quedaban atrás. Prefiriendo las corridas de toros, los caballos, la caza, los establos, los arrieros, los picadores, los frailes rudos, las campesinas bronceadas y con olor a hierba de Queluz, a los delicados refinamientos del palacio, los entretenimientos de la corte, el lujo ostentoso y las preciosas damas y muchachas de la aristocracia, Don Miguel era el demagogo de antaño, perdido en medio de un siglo enemigo. Forjado con toda la violencia del alma portuguesa, inspirado por el genio italiano de su madre, fue el personaje destinado a imprimir en esta nación del extremo occidente una fisonomía

similar a la de Nápoles en la otra península mediterránea, igualando finalmente a dos naciones que, casi paralelas, descendían por el camino de una descomposición fétidamente florida.

Don Miguel en persona fue el alguacil de la *abrilada*: iba de casa en casa para sacar a los masones del seno de sus familias, perseguía a los fugitivos a caballo por las calles. El *moderado* Subserra, predilecto del rey y alma de la situación anterior, había logrado embarcar y escapar: el príncipe partió a toda velocidad hacia la entrada del puerto, para que el São Julião hiciese fuego sobre la nave inglesa. Recorría los cuarteles, arengaba a las tropas: ¡los *pedreiros-livres* (masones) querían matar al rey y a la familia real! Y ante este arrebatado de locura del príncipe, alzado y aclamado por oleadas de plebeyos, por las tropas, por los frailes, Lisboa, atónita e inerte, observaba, consintiendo el imperio del nuevo partido, que finalmente rompió los diques y se desbordó, gobernando el palacio, el gobierno, el trono.

En medio de esta crisis, propia de El Cairo o de Túnez, intervinieron los embajadores, como era costumbre en Egipto. El palacio de Bemposta, residencia del rey, estaba rodeado; pero los embajadores, siguiendo al francés, cuya intervención fue decisiva y noble, rompieron el bloqueo y llegaron hasta el rey. Al entrar Don Miguel y ver a Neuville junto a su padre, montó en cólera: mordió y rasgó sus guantes, desesperado, con una ira casi infantil. El rey estaba especialmente afligido porque, desconociendo el paradero de Subserra, lo creía muerto. Neuville lo tranquilizó. La intervención de los diplomáticos extranjeros, con quienes D. João VI conspiró contra su esposa e hijo, frustró la revolución. Dieciséis años antes había huido a Brasil; ahora volvía a huir, a bordo de un barco inglés (9 de mayo), para ordenar desde allí el exilio del príncipe y la rehabilitación del partido moderado.

D. Miguel fue efectivamente desterrado, y durante dos años llenó Europa con la fama de sus tropelías. Expulsado de París, se refugió en Viena, que entonces era el bastión del *derecho divino*, con Metternich como sumo sacerdote⁶⁰. Sin embargo, D. Miguel fue un efecto, no una causa; la furia de su genio era la desesperación de una sociedad perdida, enfurecida por las nuevas ideas y ya acechada por el hambre. La sucesión de desgracias que habían afligido a Portugal desde principios de siglo se interpretó como un castigo divino contra las impiedades de los masones. Muchos, si no la mayoría, así lo creían, incluyendo a un gran número de hombres de 1820, arrepentidos de sus ilusiones. El 4 de junio de 1824, se disolvía la junta creada el año anterior, después de la *Polvareda*, encargada de preparar una constitución, y se convocaban las *Cortes de Lamego*. Al día siguiente, apareció un decreto que anulaba todos los decretos de las Cortes revolucionarias, negándoles poder soberano y legislativo. La revolución, perdida, fue condenada: la reacción reinaba suprema. En 1825 (29 de agosto), Brasil se separó: se reconoció formalmente la independencia, se desvanecieron las esperanzas de recuperar la fuente de los recursos nacionales; y comerciantes arruinados, aduanas desiertas y tesoros vacíos llenaron de desesperación las mentes de las que la historia de tres siglos había privado de lucidez. Sólo una contrita confesión general de los crímenes liberales, sólo una purificación de la sociedad, sólo el terror absoluto, en nombre de Dios y del Rey, podría traer de vuelta los buenos tiempos de antaño, ¡y con ellos, el Brasil!

Tal era el estado de ánimo de la mayoría de la nación; tal el entusiasmo del pueblo llano; tal la locura que se había apoderado de Don Miguel. Carlota Joaquina, una arpía desdentada y repugnante, una criatura depravada y abominable en cuyas venas corría toda la podredumbre de la sangre borbónica, corrompida por tres siglos de matrimonios antinaturales, avivaba esta llama, como la horrible hechicera que, en las profundidades de su guarida, aviva el fuego de su diabólico fogón. Se había quedado, en ausencia del infante, para preparar su regreso, y para depararle al pobre rey una muerte miserable, sin amigos, sin esposa, sin hijos, sin gente, ¡sin nada!

* * *

60 Véase *Portugal contemporáneo*, I, págs. 29-45.

Queluz era el palacio predilecto de aquella corte, donde reinaba una plebeya depravación. Entre las muchas cosas que la revolución destruyó más tarde, olvidó derribar la mísera imitación del Trianon, que para nosotros era una Bastilla de perdición y vergüenza.

El rey Juan VI prefería Bemposta y, sobre todo, prefería vivir lejos de la reina, a quien odiaba y temía. No la soportaba, ni a ella ni a sus lacayos, sus instrumentos. Como aquel rey de Alejandría que avanzaba limpiando su paso con un látigo, o como Alfonso VI que azotaba con él a quienes lo ofendían, Don Juan VI perseguía, bastón en mano, a la mulata María Leonor, doncella de la reina, *confesa* de fray José do Pilar, para castigarla, a la manera portuguesa, por las piadosas intrigas que había urdido.

En Queluz, la reina, su fraile, su amante mulata y toda la chusma dieron rienda suelta a su furor y conspiraron abiertamente. Carlota Joaquina, al llegar del Brasil, engañada por la aparente omnipotencia de las Cortes, juró defender la constitución, fingiendo un fervor jacobino que sedujo al ingenuo Borges-Carneiro. Sin embargo, a medida que el tiempo demostró la absoluta impotencia de la revolución, la reina intuyó que un fervor ardiente enfurecía al pueblo, atormentado por tantas y repetidas desgracias y vergüenzas. Por lo tanto, cambió de rumbo; persiguió a todos los descontentos, incitándolos, provocándolos, mordiéndolos, introduciendo en el cuerpo de su hijo un virus que reventó en un forúnculo, en un arrebato de furia insensata, porque su limitado juicio no le permitía más; plebeya y sanguinaria, porque tales eran las inclinaciones de su temperamento.

Tras fracasar en su intento de golpe de Estado, la reina, a quien los reaccionarios le habían arrebatado a su amado hijo y a su instrumento de poder, vestida de luto, se retiró lamentando la pérdida de la monarquía. Su luto, sin embargo, fue extravagante y burlesco: apareció, harapienta y sucia, con un ropón viejo, un sombrero de fieltro y dos bolsas llenas de reliquias a la cintura. Sólo un milagro podía salvar el reino, convirtiéndolo a la verdadera fe absolutista y piadosa, contra los masones y contra el propio rey, que no se avergonzaba de apoyarlos. Y este milagro se produjo en Carnaxide, cerca de Lisboa: fue el perro de un cazador el que, al entrar en una cueva persiguiendo un conejo, vio una imagen de la *Concepción* y se arrodilló para venerarla junto con el conejo, y el cazador que entró luego. La *Senhora aparecida*, o de la *Concepción de la Roca*, aún era capaz de despertar el fervor religioso del pueblo. El *miguelismo* ya tenía su milagro: Dios le favorecía.

En efecto, Dios era el supuesto cómplice más decidido en las intrigas de Queluz, donde se reunían los *carcundas*. Allí estaban los diplomáticos ofendidos, los sacerdotes furiosos, los militares olvidados, los favoritos del infante exiliado: el marqués de Abrantes, la familia Paiva-Raposo y otros a quienes la *moderación* del gobierno y los temores del rey impidieron exterminar. También estaban los favoritos plebeyos: el *Garrocho*, el Cardozo, el *Cambaças* (que se había ofrecido como verdugo de los masones el 30 de abril), el *Fitas*, célebre ladrón. Era una chusma de frailes, matones y vagabundos, de matones harapientos, mendigos amputados y leprosos que iban y venían de Lisboa con noticias y denuncias. Allí se formó la corte, el gobierno, del futuro restaurador del absolutismo. Las puertas de Queluz, transformada en posada de arrieros donde se educaban las infantas, se abrieron a todos; y Latanzi, un viejo italiano, antiguo empleado del anciano marqués de Abrantes, se mezclaba con las muchachas, introduciendo de contrabando baratijas francesas que luego vendía en el palacio. Era muy querido, y con la esperanza de obtener un empleo, obsequiaba a las princesas con tres tazas de porcelana para el caldo.

En Lisboa, el gobierno, indeciso entre la revolución y el absolutismo, aún moderado pero inflado y aturdido como el rey, permitió que la furia de las conspiraciones campara a sus anchas. Todo estaba podrido, desmoronándose, gangrenado. Se contaban historias de jueces del palacio que falsificaban datos, abrían cartas, emitían provisiones falsas, eran asesinos, ladrones y violadores, todo ello mientras rezaban el rosario y comulgaban con total devoción. En la licorería de Marcos Philippe, donde se reunían los empleados públicos, se sabía, por ejemplo, que de los 17 que trabajaban en la oficina de contabilidad de Marialva, solo 3 o 4 no eran ladrones. Había innumerables tiendas donde se podía depositar dinero para conseguir trabajo, porque, agotada la

fuelle de ingresos de Brasil, la nación devastada, sin agricultura ni trabajo, mendigaba en masa a las puertas de las oficinas gubernamentales, igual que el pueblo llano mendigaba su caldo a las puertas de los conventos. En el palacio, los prestamistas y fiadores vendían de todo; pero en los tribunales era aún peor. En el Tribunal Real de Apelaciones, en la Cámara de Conciencia y Orden, en el Consejo del Tesoro, hasta las resoluciones más triviales se vendían, y las consultas favorecían a quien mejor pagaba. La sociedad estaba tan pervertida moralmente como intelectualmente: algo, además, común y, por regla general, constante. La policía era una banda de informantes a sueldo; y se conocía a un tal Pinet, de origen francés, que otorgaba grados masónicos a quienes los solicitaban por medio centavo, sólo para recibir otro precio de la policía, que denunciaba a los nuevos masones. Un registro de la marina caracteriza elocuentemente al personal naval. El almirante nunca había sido un buen oficial, no tenía autoridad ni conocimiento. De los cuatro vicealmirantes, uno era incapaz por su avanzada edad y fragilidad, otro inútil por enfermedad, el tercero valía poco o nada, y el cuarto era ignorante y calculador. Había un jefe de división que había ascendido de monseñor a patriarca; había bebedores conocidos. Por esta razón, la flota que debía ir a someter al Brasil rebelde, no acababa de partir; nunca partió.

El padre José Agostinho, entusiasta de la revolución de 1820, era en 1824 uno de los líderes más vehementes de la reacción. Un hombre superior, ajeno a su tiempo, cuya vida y costumbres resumen los diversos aspectos de la descomposición final de la sociedad. Constantemente se entregaba a juergas y orgías, con un cuchillo al cinto. El libertinaje, la brutalidad y una mezcolanza de nuevas ideas naturalistas, amalgamadas con viejas pasiones y opiniones, bullían en su mente y lo convirtieron en un arquetipo. Había sido liberal en 1820; ahora era miguelista. Todas las figuras sanguinarias de 1824 habían sido radicales. El célebre Don Gil, en la Rua dos Condes, interrumpía a los actores que declamaban versos liberales con un frenesí ensordecedor. Alpoim llenaba el teatro de São Carlos con sus odas radicales. Paiva-Raposo era recordado por sus vítores a la Constitución en la taberna de Marrare. Y Don Antonio da Silveira se había deleitado en el salón de São Carlos la noche del 17 de septiembre. José Agostinho, en 1824, transformado en un loco, vagaba por las calles arrastrando su hábito manchado de orgías, declamando y profetizando. Era el ídolo del pueblo y el primer apóstol del miguelismo.

* * *

Esta turbulenta relajación, esta anarquía desenfundada a la que se había convertido el fraile, era la norma. No había seguridad, ni orden, ni decencia en Lisboa. Una noche, un grupo de *trocistas* armados con látigos irrumpió en el convento del Carmo; y a la hora de la disciplina, invadieron el coro, insultando sin piedad a los frailes en la oscuridad. La frecuencia de los crímenes aumentaba a diario, al igual que el número de vagabundos. No les asustaba la cárcel, donde tenían casa y comida. En pleno centro de la capital, en las calles de Loreto, Atalaya, Rosa y Barroca, había tiendas y tabernas conocidas por ser guaridas de malhechores. En el barrio de Andaluz se producían asaltos: una casa se defendió a tiros y uno de los ladrones murió. Los marineros desembarcaban para robar. Cada noche se producían asesinatos a puñaladas. Había tabernas que, como todos sabían, eran guaridas de bandidos: los billares del *Abbade* en Passeio, la taberna de *Bosque*, la de *Rua-dos-Condes*, la *Maneta* en Largo do Socorro, y el *retiro* de Cabeço-de-Bola, que estaba bajo la protección del secretario del juzgado penal del distrito de Mouraria. Los soldados eran los parroquianos más frecuentes; y de todas las tabernas, la más temible era la de la Rua do Loreto, porque allí se reunían los soldados de la guardia naval real, los artilleros nacionales, los ingenieros, junto con los de la policía. El gran problema militar entonces era la falta de pago de los uniformes: ¡de ello dependía el prestigio de las instituciones!

Los fanáticos explotaron esta deficiencia del ministerio; y se veía a frailes y soldados del brazo en conversaciones íntimas, y las diatribas de los primeros seducían a los segundos. Fray José da Rocha, un jerónimo conocido por sus frecuentes borracheras y su inclinación al libertinaje y la juerga, fue particularmente notable. Salían de los jardines y tabernas, enardecidos por los sermones

de los frailes, bandas de hombres con guardapolvo y soldados con trancas, para derrocar al gobierno, asesinar a los masones y colocar al Infante en el trono. Y tras la turba ebria y amenazante venía el grupo del ciego con la guitarra y el perro guía, del muchacho de piel amarillenta y voz ronca, cantando de forma desenfrenada, con gestos lascivos, canciones obscenas como *El mirlo negro*, que provocaban la risa de los frailes, de los soldados, las mujeres con la faca en la liga, y las meretrices asomadas a las ventanas. El pueblo llano, ya en el poder, exigía que se les entregara a su príncipe.

Todos los días aparecían pasquines en las esquinas de las calles, por todas partes. El rey Juan VI corría un grave peligro: los masones habían jurado matarlo. Por lo tanto, el rey era el traidor: «¡Portugueses, estad alerta, que el rey deserta!» Algunos anunciaban la inminente llegada del infante con un ejército francés, un ejército de fe, como el que Chateaubriand había enviado a España para liberar a Fernando VII. Pero, por mucho que se odiara a los franceses, artífices de la masonería, de la libertad y de la invasión cuyo saqueo aún recordaba, tales noticias irritaban a muchos. Había gran afecto por la persona del rey Juan VI, y los fanáticos estaban furiosos, ya que, para enaltecer al infante, denigraban o acusaban al rey: «¡Lo veo, lo estoy viendo! El mayor (Don Pedro) está desafiando a su padre en el campo de batalla (en Brasil) espada en mano: ¡los brasileños de aquí son capaces de matarlo en dos días! Sólo le falta al menor llegar con algún ejército francés, para insultar también a su padre.» Y el fraile, para no ser golpeado, hablaba con respeto del rey, relatando, sin embargo, largas historias de su debilidad, y terminando, al oído, con cariño: «El *menino* pronto estará de vuelta...»

Esta activa propaganda floreció, ganándose a las clases bajas: el fraile vivía con ellas. Las diversas órdenes monásticas formaban una sociedad paralela, desde los agustinos, nobles, hasta los franciscanos plebeyos. Todas las clases tenían sus frailes, y la propaganda era, por tanto, íntima, de igual a igual: una fuerza enorme que se aliaba con la palabra en nombre de Dios. Los liberales conspiraban, sí, y también predicaban; pero eran pocos, impíos, con un aire extranjero, francés, y pertenecían exclusivamente a la gran burguesía comercial, que había caído en desgracia desde la pérdida de Brasil. Esta desgracia que los arruinó los convirtió en liberales. Los muelles de Sodré eran el único lugar donde reinaban, y el café *del Griego* su bastión: ¡allí el comerciante Walsh, un inglés hereje, era quien mandaba!

Además, por doquier, en cada barrio, estallaban focos de agitación miguelista. En la taberna de José María, en *largo* de Belem, donde se reunían los toreros de la casa real, se podía ver al torero Sedvem, ya liberado del golpe de abril, hablando en nombre de la santa religión; se podía ver a Gourlade, vitoreando al Infante y pidiendo «fuerza y más fuerza». En el café de Nicola, el procurador Paiva afirmaba que la partida del rey a Brasil estaba decidida y que Don Miguel vendría a gobernar el reino. La propia prisión de Limoeiro, donde estaban reclusos los presos del golpe de abril, era un club presidido por el matemático José Accursio das Neves, ¡siempre furioso por las cuentas que le pedían! Sobornaban al carcelero y el dinero abundaba. El padre Braga solía jugar al *voltarete* por las noches con el juez de Oeiras, quien lo visitaba en la cárcel y conspiraba con él. El gobierno lo veía y lo sabía todo, pero no podía hacer nada, porque no era nada: era una hinchazón, como el rey. En Lumiar, en casa del escriba José Egydio, se decía alto y claro que el rey y los ministros eran masones refinados. José Agostinho se reunía en su casa de Pedroços; pero su plataforma era la logia de Tiburcio en Belém, adonde acudían el padre Braga, Corvo y todos los seguidores de la *abrilada*. Paiva-Rapozo, José Manuel, Sabino y Mesquita da Marinha se reunían en la logia de Grondona en Calhariz, una de las favoritas de los curas. De estos numerosos clubes, también se mencionaba al propietario de la capilla Custodio, en Loreto; a los comerciantes Paula y Pedro José da Costa, en su callejón; al librero Caetano en la Rua da Prata; a la papelería de Guimarães en Chiado; y, sobre todo, a la farmacia de Placido, en la Rua dos Algibebes, donde se congregaba la flor y nata de los fanáticos. El propio farmacéutico, que asistía a misa a diario y se confesaba con los sacerdotes de la Congregación, quería que las ejecuciones comenzaran de inmediato: el padre Braga estaba allí para escuchar sus confesiones. No era necesario esperar la

llegada del Infante, quien, según se decía en Queluz, ya estaba en Madrid, conversando con su padre para venir a heredar el reino. D. João VI regresaría a Brasil.

De las provincias llegaban noticias alentadoras a diario. Sólo en Oporto aún bullía un fermento de liberalismo; pero incluso allí, el partido del Infante, o de la Reina, contaba con partidarios firmes y entregados. En Braga, todos estaban a favor de la revolución absolutista; en Guimarães, el convento de Santo-Antonio-dos-Capuchos era el lugar donde conspiraban el corregidor y el capitán mayor: todo el consejo se puso del lado de los rebeldes contra el rey masón. En Tras-os-Montes, toda la provincia ardía en deseos de ver regresar al Infante. Vila Real aclamaba a la Reina, y Chaves era uno de los bastiones inexpugnables del absolutismo. Lo mismo ocurría en Beiras. Castello Branco seguía el ejemplo de Vila Real. En Covilhã, la noticia, enviada desde Lisboa por el padre Braga, de que pronto desaparecerían todos los masones, se extendió con entusiasmo. Repitiendo sus antiguos disturbios y reavivando viejos odios contra los cristianos nuevos, Covilhã se convirtió en escenario de robos y asesinatos perpetrados en las personas de los liberales. Cuando llegaron las proclamas del Infante, durante la Revolución de Abril, el pueblo se sublevó: liderado por el juez Camolino, junto con los sacerdotes José Gabriel, Joaquim Coelho, Manoel Maia y Feio, quien desde el púlpito afirmó que el Conde de Paraty había ido al palacio enmascarado para asesinar al Rey; que sólo la Reina y el Infante podían salvar al monarca de las garras de los masones. En Lamego, fray Antonio Espadeiro concluyó un sermón así: «¡Digan conmigo, amados hermanos: muerte a todos los masones!» Y el pueblo, en la iglesia, al unísono, golpeándose el pecho con devoción, repetía: ¡Muerte a todos los masones!

* * *

El pueblo, que en 1640 aún no se había convencido de que el rey Juan IV fuera el verdadero Don Sebastián, el oculto al que tanto habían anhelado, como había predicado el padre António Vieira, seguía esperando la llegada de un Mesías. ¿Era Don Miguel? Sí; pero para muchos, Don Miguel, en el fondo, era Don Sebastián. Regresaría por mar, en una mañana de niebla; y los fieles acudían cada tarde a las sesiones de Largo das Chagas, desde donde se divisaban el banco de arena y Bugio; y a veces llegaban hasta Dafundo, hasta Cascais, para ver si podían alcanzar las islas Berlengas. Los políticos, con su espíritu positivo y práctico, recelaban del desarrollo de este sueño desalentador; y José Agostinho, sin aliento, no cesaba de predicar que el sebastianista era un mal padre, un mal hijo, un mal ciudadano y, sobre todo, un completo necio.

La persistencia de este sueño durante dos siglos y medio, a través de circunstancias tan diversas, a pesar de la sucesión de media docena de reyes de una dinastía nueva e indígena, demuestra la profundidad de la impresión que causó en la imaginación nacional la catástrofe de finales del siglo XVI. Nos muestra que la conciencia de un final miserable, tras una existencia irremediabilmente perdida, no se había desvanecido, a pesar del dinero de Brasil, la pompa de Don Juan y el terremoto de Pombal. El sentimiento de fidelidad y amor finalmente había echado raíces en los nuevos reyes; pero sólo como lugartenientes del verdadero soberano, quien sin duda regresaría con la fortuna perdida y la corona robada en las áridas arenas de África...

En efecto, el pueblo no se equivocaba. Su larga historia de casi tres siglos había sido la historia de una decadencia, sembrada de incidentes, pero jamás interrumpida ni superada. El Portugal restaurado era simplemente la restauración de una forma, no el renacimiento de un cuerpo. Magullado, miserable, quebrado, hambriento, Portugal había ido cayendo, de una desgracia a otra, al fondo de un abismo de locura vertiginosa, de vil abyección, donde ahora luchaba, arruinado en cuerpo y alma. Aturdido por la fe católica, se había entregado a los brazos del director de la muerte: el jesuita. Había perdido a su rey en África; poco después, los privilegios de la independencia. El jesuita les devolvió un trono y autonomía, pero el pueblo no se dejó engañar: eran cosas superficiales, formales, vacías de alma, como correspondía a esos sepultureros de sociedades, discípulos negros de Loyola. La nueva independencia se pagó con Oriente, y Brasil se perdió en vano, lo que quedó para inundar el reino con una lluvia de oro y diamantes. Entonces apareció el

beato triunfante y magnífico, un manto dorado sobre los hombros de un cuerpo corroído, de una nación que era la burla de Europa. Luego vino el terremoto, pero pasó; y cayeron aún más profundo en el abismo de la devoción idiota y la corrupción silenciosa, hasta que la Revolución Francesa, agitando a Europa, y la separación de Brasil, agotando las arcas, hicieron que Portugal despertara de su letargo y midiera con precisión la profundidad de la miseria en la que se había hundido.

Cuatro hombres de genio que la nación había engendrado en el curso de su ruina —el padre António Vieira y el *judío* Antonio José, Bocage y José-Agostinho— demostraron sucesivamente, en la estéril extravagancia, la vulgaridad, la desfachatez y el ridículo refinamiento de sus obras, la perniciosa influencia de esa educación de la muerte que, apoderándose de la nación en el siglo XVI, la entregó, en el siglo siguiente, a manos de la dinastía Braganza, un fiel discípulo que llegó a superar a sus maestros. La nación se agitó: la vaga sensación de la miseria en la que se ahogaba despertaba; quería alzarse, liberarse, vivir. ¿Cómo? ¡Estaba decrepita y enloquecida! Como hacen las naciones perdidas: luchando en las crisis del terror fanático, la locura desenfrenada, la repugnante abyección; removiendo la inmundicia; despojándose abiertamente de sus harapos para mostrar sus cuerpos heridos, exigiendo venganza y pan.

La dictadura de Don Miguel⁶¹ es, en esta Judea de la Europa Occidental, como la feroz crisis de Jerusalén cuando luchaba contra los romanos. La plebe desquiciada desempeña el papel de un fúnebre juez, y su locura y sus crímenes son la expiación por los delitos acumulados a lo largo del tiempo. Un día, el instinto popular protesta, y estalla una ola de anarquía. En una ocasión, la impulsa el espejismo del futuro: como sucedió en Francia. En otra, es presa del espejismo del pasado: como sucedió en Portugal, que durante tres siglos vivió con la esperanza de la restauración del Quinto Imperio, católico y mesiánico.

* * *

En marzo de 1826 falleció el rey Juan VI. La ineptitud de los políticos quedó entonces plenamente demostrada. El hijo mayor, que se había alzado junto con Brasil proclamándose emperador, abdicó de la corona portuguesa en favor de su hija, la reina María II, y otorgó al reino una carta constitucional. Bajo el régimen de una monarquía moderada, la reina, tras haber depuesto a su tío, el príncipe Miguel, continuaría disfrutando pacíficamente del mayorazgo de Portugal, según el sistema mezquino vigente desde 1640. Habría paz y concordia; se evitaría la tormenta que todos presentían.

D. Miguel regresó al reino (febrero de 1828), regente en nombre de su sobrina, a quien esperaba en la boda, y juró la nueva constitución. Los políticos, moderados y prudentes, aplaudieron todo, confiando en el éxito de su singular alianza. Si, por casualidad, el regente, al jurar, creía en ella, en la cámara nupcial y en la corona que le ofrecían, un mes bastaba para obligarlo a desempeñar el papel que las circunstancias le imponían. Si no era tan devoto ni tan firme como el partido que lo eligió líder, este lo forzó a mentir ante todas las intrigas de los poderosos, disolviendo las Cortes (marzo) y proclamándose rey (junio).

La tormenta estalló de inmediato. Todos los elementos que habíamos estudiado, hasta entonces comprimidos y reprimidos, se desataron; y la ola de anarquía plebeya, el delirio de venganza, las persecuciones, los exilios, las fuerzas invocadas con tanto amor, salieron a la luz para castigar a los hombres cuya impiedad había arrastrado al reino a tantas desgracias: los liberales, culpables de la pérdida de Brasil, los masones cuyos pecados Dios castigaba con el diluvio de desgracias que caía sobre la nación. *¡Vae pastoribus qui disperdunt et dilacerant gregem pascuae meae!*

Estos pastores sin rebaño, este grupo de hombres desnacionalizados por la educación francesa que les había inculcado los dogmas de la más reciente idolatría de la Libertad y el Progreso, resistieron primero en Oporto (mayo de 1828), pero fueron aplastados. Luego se atrincheraron en Terceira, donde se les unió el antiguo emperador de Brasil, antiguo rey de Portugal, regente en

61 Véase *Portugal contemporaneo*, I, págs. 45-49, 75-97 y 119-149.

nombre de su hija (marzo de 1832), para reclamar el trono, invocando una legitimidad cuestionada, y los nuevos principios que prevalecían decididamente en Europa con la Revolución de Julio y la monarquía de Orleans en Francia.

Comenzó entonces una guerra de cuatro años, cuyos acontecimientos, conocidos por todos, aún no han sido debidamente documentados. La circunstancia aparentemente singular de la victoria final del ejército de Don Pedro, numéricamente inferior en decenas de miles de hombres, sin homogeneidad alguna, formado por voluntarios y soldados de fortuna, mercenarios contratados por toda Europa: esta circunstancia se explica sin necesidad de valorar el mérito personal de los capitanes. Las liberales Francia y España lucharon por Don Pedro; por D. Pedro combatía sobre todo la fatalidad de las crisis que devoran rápidamente las fuerzas sociales orgánicas, como una fiebre que quema la sangre y mata. El fervor, el entusiasmo, la unanimidad de la reacción miguelista reflejaban una crisis de desesperación en la sociedad: una histeria que, tras adormecer lentamente el cuerpo de la nación, estallaba en furia, dejándola postrada y casi muerta. Esa misma característica que momentáneamente infundía fuerza era causa de muchas debilidades, pervirtiendo el juicio, perturbando la lucidez y sustituyéndolas por la locura arrolladora con la que se enfrentaban la tierra, el mar y el mundo; con la que se hundió la flota francesa en el Tajo; con la que se le negó la amnistía a Inglaterra, condición que imponía para el reconocimiento del gobierno de D. Miguel.

El tiempo que duró el asedio de Oporto, un año, fue suficiente para que ese débil remedio, aplicado al hombre febril, redujera su delirio hasta tal punto que un puñado de hombres y algunos marineros pudieron destruir la flota en el cabo de San Vicente y navegar por el río Alentejo hasta Lisboa, ocupándola sin disparar un solo tiro. Después, las batallas de Almostér y Asseiceira, libradas con valentía, fueron como un epílogo: el hombre enfermo había caído en un estado de coma; estaba abierto a todo, aceptando a quien quisiera imponerle sus órdenes. La sociedad, exhausta por la crisis final, cayó en un letargo de indiferencia del que aún hoy no ha despertado del todo⁶².

Pastores sin rebaño, los revolucionarios liberales eran una resurrección de Pombal, y venían a reconstruir sobre las ruinas del antiguo régimen, del mismo modo que el ministro había reconstruido sobre las ruinas del terremoto. Entonces, como ahora, la sociedad era como barro en manos del alfarero; y la maleabilidad de la materia prima sobre la que Mousinho da Silveira, el nuevo Pombal, imprimía las formas del modelo extranjero que lo guiaba, se debía a la antigua educación jesuita, ahora finalmente destruida.

El edificio se erigió; pero la historia posterior reveló una diferencia íntima y profunda. Pombal había basado su singular reforma en la fuerza existente y positiva de la autoridad del rey, según el código del absolutismo, ya formulado y aceptado; Mousinho se apoyó en la espada y el ejército del duque de Braganza, pero este apoyo, al no ser legal y reflejar simplemente la fuerza de la dictadura triunfante, era transitorio, como pronto se vio cuando Don Pedro llegó a Lisboa y lo insultaron; como ya se había percibido desde el principio en las quejas formales de los sectarios que pasaron a ser llamados *septembristas*.

El nuevo sistema se basaba en la voluntad común, la soberanía del pueblo, según los dogmas de la novísima religión de Francia: ¿y quién podía asegurar cuál era esa voluntad en un pueblo derrotado y muerto, ignorante de fórmulas y reacio a los sistemas? Educados por los jesuitas, al marqués de Pombal le había resultado imposible iniciarlos en el naturalismo mecanicista y utilitarista del que surgió el liberalismo individualista en todas partes. Sin iniciación previa, nos legaron, pues, la libertad, la soberanía popular y tantas otras cosas cuyo valor ignoramos, cuyos méritos cuestionamos en nombre de nuestras tradiciones.

62 La historia del establecimiento del régimen parlamentario se narra en el volumen V de la *Bibliotheca*, I del *Portugal contemporaneo*.

Por lo tanto, el edificio erigido por Mousinho da Silveira se tambaleó durante veinte años, sin cimientos, azotado por los vientos de las revoluciones, desmoronándose en medio de la anarquía, constantemente amenazado con la ruina inminente.

La historia contemporánea de las revoluciones que condujeron al establecimiento del liberalismo entre nosotros no tiene cabida en este libro; y el último episodio de nuestra historia será el breve esbozo de la construcción social planificada por Mousinho, un hábil arquitecto, y ejecutada por el duque de Braganza, un valiente maestro de obras.

En ese recorrido nos guiará un hombre que fue testigo directo de la faena, y supo verla con la mejor disposición: Alexandre Herculano.

V. LA REVOLUCIÓN LIBERAL

Si bien para todos los miguelistas que aún conservaban la cordura la reconquista de Brasil ya parecía imposible, la esperanza de restaurar la antigua situación constituía, no obstante, uno de los puntos del programa del partido. Los hombres de 1820 eran, en sus palabras, culpables de la separación, que, de hecho, 1820 no hizo más que precipitar con sus medidas imprudentes y temerarias. Fue el rey Juan VI quien había separado Brasil. Desde 1808, las rentas de la Casa de Braganza, la Casa del Infantado, las casas de las reinas y muchos hogares privados, además de una valiosa asignación mensual, se enviaban de Lisboa a Río de Janeiro. La situación relativa se había invertido: Portugal era la colonia, la metrópoli era Brasil, donde residía el rey.

Portugal, el antiguo conquistador de las costas de África y Asia, el colonizador de América, dice Herculano, se había convertido a su vez en una colonia de Brasil, donde un gobierno corrupto, los ministros de Don Juan VI, una especie de rey Renato con los sombreros sebosos de Luis XI, derrochaban los impuestos sin miramientos o los robaban para enriquecerse a sí mismos o a aventureros indignos y *fidalgos* bastardos. Políticamente, éramos colonos ingleses. Nuestro ejército era inglés, con soldados nacidos exclusivamente en Portugal. Un general inglés nos gobernaba a través de una regencia servil que afirmaba representar al rey de Portugal, quien había huido a Río de Janeiro.

La apertura de los puertos brasileños a barcos de todas las naciones y los tratados de 1810 fueron, en definitiva, los principales actos que otorgaron a Brasil autonomía económica, precursor infalible de la autonomía política. Las Cortes de 1820 no hicieron más que precipitar la consumación de un hecho ya llevado a cabo por la emigración y por las medidas del rey Juan VI.

A pesar de que las Cortes y todo el reino veían la miseria en que se caía; a pesar de que los partidarios del antiguo régimen veían agotada la fuente de su parasitismo, todos se proponían hacer retroceder a la historia. Los productos agrícolas de Portugal sólo alcanzaban para dos o tres meses de consumo: todo lo demás se compraba con oro, que antes provenía de Brasil. Ahora, con ese río agotado, ¿cómo iban a vivir? ¿De la industria nacional? No; porque Portugal no tejía ni un gramo de algodón y enviaba su corcho a Inglaterra para que lo convirtiera en tapones. La ropa y el calzado venían de Inglaterra; y el vino de Oporto de —un *Brasil* creado en Portugal por el marqués de Pombal— había caído drásticamente desde que la paz de 1815 puso todas las bodegas de Europa al alcance de la insaciable copa del inglés; una pipa de vino generoso para exportación no valía más de 10,5 réis, y el vino común apenas 5 o 6.

Era una miseria generalizada, una mendicidad segura e inevitable. De 1820 a 1828, en los años previos al estallido de la crisis, aún existía una única esperanza positiva y universal: la expedición a Brasil, la escuadra que zarparía para someter a los rebeldes. Sin embargo, esta escuadra nunca zarpó, y el pueblo afirmaba que todos sus pastores «no deseaban más que comer». He aquí, expresada textualmente y con crudeza, la opinión recogida de un testigo, un intérprete del sentir popular: «Todo está perdido; y las naciones extranjeras están haciendo negocios con Brasil. ¡Maldita sea! Esto no es un gobierno. Acabemos con esto de una vez por todas, y veamos si Brasil puede recuperarse o no. Basta ya de demorar el asunto, porque en dos días no vamos a poner un pie allí, y mientras todos moriremos aquí de hambre.» Había unos buenos 6.000 *contos* de papel moneda, y el presupuesto de 1829 declaraba: ingresos 6.000, gastos 15.000, faltan 9.000 *contos*.

Lo más cruel de esta crisis fue la hambruna que todos preveían. Quienes, además del hambre, tenían opiniones apasionadas, esperaban que Don Miguel primero acabara con la *pedreira* (masonería), restaurara la pureza del antiguo régimen y luego conquistara —¡entonces sin duda

sería conquistado!— el Brasil. La *pedreirada*, sin embargo, se rebeló, tomando las armas; y puesto que eligieron como líder al instrumento de la autonomía política de Brasil, el antiguo emperador Don Pedro, es evidente que su victoria implicó la negación formal de toda esperanza. Esta fue una razón más para hacer impopular al partido de los impíos, cuyo líder había saqueado al padre y al reino.

El Portugal histórico, la nación que había vivido de la India, luego del Brasil, nidada de mercaderes y soldados, despacho de una vasta hacienda ultramarina, llegaba a su fin. Por lo tanto, la estructura interna de la sociedad debía transformarse para poder vivir según la ley natural, y no como lo había hecho hasta entonces: como una Holanda. ¿Comprenderían todo el alcance de la revolución sus sectarios? Es lícito suponer que fueron impulsados principalmente por argumentos doctrinales, por la influencia de la nueva escuela de derecho público; por aquellos que no se guiaban por el simple motivo del interés o la defensa, ciertamente justa, contra la tiranía, motivos insuficientes, por sí solos, para inspirar y dirigir una revolución, impuesta y no solicitada por un pueblo que la despreciaba.

Independientemente de que se contase o no con sus consecuencias sociales e históricas, lo cierto es que las reformas de Mousinho da Silveira sustituyeron la antigua estructura por una moderna; instituciones propias de una nación que vivía indolentemente de tradiciones obsoletas y colonias lucrativas, instituciones adaptadas a la vida natural del trabajo y la industria. ¿Sabía la nación, si podía sacar provecho de estas últimas? Ciertamente no; como lo demostró la historia de veinte años de convulsiones. «Antes y después de 1831-34 —dice Herculano, como buen portugués, admirador de la energía que convirtió a D. Juan II en el príncipe perfecto y a Pombal en un héroe; como un auténtico hijo de este pueblo inteligente, que a la vez adoraba a dos tiranos, D. Pedro o D. Miguel—, antes y después de 1831-34, la historia del liberalismo es una comedia de mal gusto. Y en esa misma época sólo hay dos grandes y nobles figuras: Mousinho y el hijo de Don Juan VI. El resto no vale la pena mencionarlos. Son financieros y barones, vizcondes, condes, marqueses de reciente e incluso antigua antigüedad, comandantes, grandes cruces, asesores: una chusma que gruñe, murmura, se retuerce, pisoteándose y empujándose unos a otros en la tarea de roer un hueso mísero llamado presupuesto, y que grita ¡*Aquí del rey!* cuando no puede tomar parte en la juerga.»

Así es como debía, y tenía, que ser, porque esa es la condición fatal de todas las dictaduras o cesarismos: y este es el verdadero nombre de la revolución de 1834. Cuando un hombre, o un grupo, impone a una nación un régimen, por beneficioso que sea, que ésta no solicita espontáneamente; cuando las leyes de la naturaleza se ven así transgredidas por los impulsos de la voluntad humana, las consecuencias son siempre las mismas. Las condiciones particulares de Portugal parecen haberla destinado, desde sus inicios, a una sucesión de revoluciones de este tipo, porque ni la geografía ni la etnia le brindan a la nación un fundamento que sólo encontró, desde Alfonso I hasta D. Pedro IV, en la enérgica voluntad de sus hombres más destacados.

* * *

Los recursos de ultramar habían proporcionado amplios medios para disfrutar cómodamente una vida de disipación. El fervor religioso, gradualmente corrompido, y el espíritu aristocrático que había seguido la misma senda, se habían convertido en dos instrumentos de succión que absorbían todos los frutos de la tierra: instrumentos ahora corroídos en un suelo ya devastado. Los diezmos, creados en los siglos XII y XIII para sufragar los gastos del culto y la caridad, eran, quinientos años después, un asunto secular. Las apariencias se mantenían, y las órdenes religiosas militares seguían recibiendo, en la práctica, la mayor parte de los ingresos fiscales: estaban obligadas a mantener el culto allí donde recaudaban el diezmo. Sin embargo, dado que se había desviado en gran medida de su aplicación original, el clero menor tuvo que vender servicios religiosos, creando el *pie del altar*. La mayoría de las parroquias vivían bajo este sistema, y el diezmo constituía los ingresos de los nobles y poderosos que formaban parte de la jerarquía eclesiástica. El rey sólo recaudaba una parte, en forma de impuestos o préstamos de la Iglesia. Además del diezmo, los foros o derechos

dominicales agotaban las tierras que tradicionalmente pertenecían a la corona y que poseían mediante contratos enfitéuticos: tales censos llegaban a representar una cuarta parte de los ingresos brutos de las propiedades reales. Entre la corona, los nobles y herederos, la iglesia, las órdenes militares y monásticas, se distribuía casi la totalidad de la renta neta de la nación: eran estas clases las que, pagando salarios a una población mendicante y menguante, gobernaban en connivencia con la nobleza burocrática.

Las órdenes militares poseían 653 encomiendas, y las secretarías contaban con un ejército de casi 3.000 empleados. Tan solo la Tesorería sumaba 800. Los conventos eran 534, con doce mil frailes y monjas, divididos a partes iguales, con una renta de casi mil contos en efectivo, miles de fanegas de trigo, cebada, maíz, pipas de vino y aceite de oliva, y legiones de cerdos y ovejas, nubes de patos y gallinas. El número de eclesiásticos, regulares y seculares, hombres y mujeres, se estimaba en 30.000, con una renta total valorada en seis mil contos de réis.

Las cargas tradicionales se basaban en impuestos locales al consumo e impuestos generales para las necesidades del Estado: porque las clases dominantes habían perdido, con el tiempo, la conciencia de que eran custodios, y no propietarios, de aquellos bienes que la historia les había confiado cuando les asignó la responsabilidad de presidir el organismo social.

Alrededor de la corona, de hecho dependiente a pesar de ser absoluta por derecho, pululaba una nube de concesionarios y alcaldes, comendadores y prelados que eran los verdaderos reyes en sus pequeñas monarquías. El *capitão-mór*, un tipo que la imaginación popular conservaba tradicionalmente, era en efecto el modelo. Con todo el poder en sus manos, tenía la autoridad de un cadí. Gobernaba patriarcalmente sobre ambos sexos, reclutando a la vez tropas de soldados y de sus *huríes* serranas.

Mousinho da Silveira no era militar, y por lo tanto el furor con el que promulgó decreto tras decreto, reconstituyendo la estructura social, se consideró una extravagancia singular de alguien que no se consideraba en pleno uso de sus facultades. Estaba del lado de Don Pedro, como los filósofos griegos del lado de los tiranos sicilianos. Esta extravagancia, sin embargo, leída y comentada en el reino, abrió los ojos de muchos, convirtiéndolos; acrecentó la opinión de que la idea de recuperar Brasil debía abandonarse, porque el verdadero Brasil estaba en casa, en la tierra por liberar, en el trabajo por redimir, en la mano muerta por compartir. Entre los diversos agentes calmantes que aceleraron el descenso de la fiebre del reino miguelista, los decretos de Mousinho valieron tanto o más que la influencia de Europa: ciertamente valieron más que las batallas del asedio de Oporto. Eran proyectiles sin límite en su alcance: cuando explotaban, herían la inteligencia y el interés propio, en lugar de apenas herir la carne.

Cuando la victoria en las armas permitió la implantación del nuevo sistema, se hizo indiscutible que el anterior jamás sería restaurado. Ya no existía el temor a una restauración como la de 1823, porque el estadista había procedido de manera práctica y no abstracta, como se había hecho en 1820.

Se abolieron los diezmos de la iglesia y los derechos feudales, liberándose de este modo la propiedad rural y el trabajo agrícola, la pequeña industria y el pequeño comercio, de dos tercios de los impuestos que sólo en una mínima parte llegaban al tesoro de la nación. Se separaron las funciones judiciales de las administrativas, se organizaron los tribunales y se implantó el sistema administrativo francés. Los cargos públicos se volvieron personales y vitalicios, eliminando los nombramientos hereditarios. Se liberalizó la educación. Se abolieron las milicias. Los mayorazgos se restringieron a aquellos que produjeran más de 200.000 réis. Se decretó la desamortización y se secularizaron varios conventos. El impuesto de la *siza* se limitó a los bienes inmuebles, reduciéndolo a la mitad de su valor anterior. Se abolieron varios monopolios, incluida la venta de vino de Oporto fuera de Portugal⁶³.

63 Véase *Portugal contemporáneo*, I, págs. 378 y sig.

Por otra parte, los conventos de los frailes fueron clausurados violentamente, los votos de las monjas fueron prohibidos y todos los bienes de las órdenes religiosas pasaron a formar parte del patrimonio colectivo.

Fue un terremoto, como el del marqués de Pombal.

Más tarde, la sociedad, decididamente convertida al utilitarismo, lo consumó aboliendo por completo los mayorazgos, el privilegio histórico de la *barra* del Duero y otros monopolios. Para entonces, Portugal ya se encontraba en la senda que otros acontecimientos distintos contribuían a abrirle.

La anarquía histórica terminó con una violenta explosión de todas las viejas pasiones encarnadas en la persona de Don Miguel; y con una destrucción formal de todo el pasado, con una negación absoluta cuyo apóstol fue Mousinho, cuyo brazo fue Don Pedro. Tras esta campaña decisiva en la que la historia fue derrotada, los ecos de las batallas perduraron en el tiempo, como el retumbar del trueno, reverberando por los barrancos de las montañas. La anarquía que reinaba en nombre de la reacción y de la revolución, la anarquía en el gobierno y entre el pueblo, la anarquía de los disturbios y las plazas públicas, en las acciones y las ideas, en el radicalismo y la tiranía, en las persecuciones y las reivindicaciones, en la administración y las finanzas, en la economía y las costumbres, se fue apagando gradualmente. Los odios fueron aniquilados, las tradiciones del duelo de quince años fueron barridas, y la sociedad, vestida con atuendo moderno, divorciada de la historia, renunciando a las tradiciones, parecía ya otra⁶⁴.

* * *

Concluamos con unas breves palabras. La historia de nuestra vida contemporánea se desarrolla en otro lugar; pero, al despedirnos del viejo Portugal, cuya vida de más de siete siglos hemos estudiado, detengámonos un momento para indagar en la naturaleza del nuevo ser creado por la audacia y la voluntad de los artífices de la revolución de 1834.

Con las antiguas tradiciones relegadas al olvido y la estructura social de la antigua nación jesuita destruida, ¿qué nueva alma le dio la revolución al país? La idolatría de la libertad y el progreso, en cuyo nombre los ideólogos la incitaron con sucesivas revueltas, sólo podía ser un culto para hombres educados por la Europa contemporánea. El pueblo, al seguirlos, se dejaba llevar por seducciones, influencias e ilusiones, porque carecía de conciencia, y no podía existir en ellos. La vida política de la nación, debatiéndose entre las ambiciones y las ideas apasionadas de los jefes de partido, fue un caos durante veinte años.

No fue únicamente la ideología liberal la que contribuyó a este resultado; pues, con sus procesos condenables y tendencias intolerantes, nuestros doctrinarios también sembraron la anarquía, al tiempo que buscaban consolidar la obra de la revolución, llamando al país a la vida práctica del trabajo: una expresión más definida del progreso idealizado que las fórmulas vacías de los reformadores radicales simpatizantes. Sin escrúpulos, los audaces estadistas que intuyeron la decisiva tendencia de los tiempos modernos hacia el industrialismo, padecieron los vicios comunes a todos los partidos que no tienen otro principio rector que la utilidad. Corrompieron, atacando íntimamente la fibra sensible de un pueblo adormecido; y por este medio, muy eficaz en Portugal, lograron preservarse, sin conseguir domar la ambición entusiasta, ni la noble ira, ni las tenaces ilusiones de los caudillos radicales.

De este conflicto de opiniones y personas surgió una situación que todos reconocieron como intolerable. Cuando decimos todos, nos referimos a los políticos; porque, en su gran mayoría, el pueblo, sin comprender la nueva religión, la despreció, al ver que este nuevo discurso no podía instaurar la paz y la fortuna que ahora, después del 34, al menos sabía desear. La nueva autoridad afirmaba fundarse en la voluntad colectiva, porque el derecho divino había sido condenado; pero como tal autoridad no existía, porque el pueblo carecía de conciencia de su fuerza y de la

64 Véase *Portugal contemporáneo*, tomo II.

inteligencia para usarla, el sistema se tradujo únicamente en una sucesión de quimeras, un rosario de mentiras, a la sobra de las cuales pululaba un hormiguero de ingenuos creyentes y de aventureros atrevidos.

Fueron todos estos hombres quienes, tras veinte años, se sintieron cansados de batallas e intrigas. Mediante un compromiso, finalmente sincero, impulsado por la habilidad de un hombre superior, frío y sin escrúpulos, las partes firmaron una tregua, y el pueblo le otorgó a esta tregua el carácter de paz definitiva. Se había dado cuenta de que, en este tumulto de veinte años en el que todos, a gritos, querían salvarlo, sólo él estaba perdido. Impenetrable a la religión de la democracia por ignorancia, y ahora despreciándola al ver la calidad de sus apóstoles, comenzó a venerar esa otra religión que la segunda mitad del siglo colocó en los altares de la antigua: la utilidad, es decir, el progreso del transporte en un país que nunca había tenido carreteras, el progreso de las cosechas, de los ingresos, del bienestar. Se separó formalmente de los políticos; puso fin a sus revoluciones; se tapó los oídos a sus posteriores clamores; guardó su fusil de guerrillero en un rincón de la alcoba, donde se enmohecía, y se dispuso a una nueva tarea. De todo esto surgió un rápido y considerable desarrollo de la riqueza nacional.

La política se resintió de esta decisión formal del pueblo y se amansó. Se convirtió en una mejor administradora; comenzó a preocuparse más por las necesidades públicas que por los intereses y pasiones individuales. Sin embargo, los viejos vicios no pudieron erradicarse tan fácilmente. En el siglo XVIII, Portugal se había convertido casi en un comunismo monástico, en el que las clases privilegiadas, disfrutando de todos los ingresos, distribuían dádivas a la nación en forma de empleos y otros beneficios. Brasil lo proveía todo; el reino valía poco. En el cataclismo de 1834, cuando se confiscaron los bienes de las órdenes y la corona, hubo una vasta cosecha que repartir; y de diversas maneras, esta masa de propiedad pasó (como siempre sucede) de manos de los vencidos a las de los vencedores. Y así, no se pudo remediar la economía nacional, y la antigua pobreza persistió. El Tesoro, mendigando, se tambaleaba bajo el peso de las obligaciones tradicionales, ahora agravadas por la multitud de nuevos gentes a las que había que alimentar. Sucesivas bancarrotas liquidaron las situaciones creadas por tantos vicios.

Tras la última crisis, en 1851, una nueva causa se sumó a las anteriores. La construcción de obras públicas, en un país pobre e ignorante, se convirtió a la vez en un costoso aprendizaje, un terreno fértil para toda clase de aventureros extranjeros y un mercado lucrativo para los bancos, a quienes encargábamos recaudar el dinero que no teníamos para las obras que planeábamos. De la combinación de causas antiguas y modernas surgió el aumento desordenado de la deuda nacional y la consiguiente voracidad de los impuestos.⁶⁵

* * *

La consecuencia más profunda de la revolución liberal fue la ruptura con la tradición, el fin definitivo del *sebastianismo*: expresión, con esta palabra simbólica, de todo un conjunto de ideas, ambiciones y costumbres históricas. ¿Pero fue sustituido por la conciencia de una nueva patria moral? ¿Despertó el sentimiento de un verdadero individualismo, fundado en la *religión* (si se me permite decirlo) de la democracia? ¿Se fortaleció la personalidad y adquirió conciencia de sus derechos? ¿Se ha agudizado la inteligencia? ¿Ha crecido el saber? Con estos elementos, ¿podría constituirse el cuerpo homogéneo de una nación nueva, real y viva?

Nos parece que no; y ojalá esto sea apenas la ilusión de un espíritu triste.

La vacua agitación política, consecuencia inevitable de los regímenes parlamentarios, parece condenar a los países pequeños a la esterilidad intelectual, pues absorbe todas sus capacidades desde el momento en que surgen. La orientación moral que sólo la ciencia puede brindar desaparece, y los institutos y academias se vacían para llenar parlamentos y alimentar a la prensa. Se observa, por lo tanto, una educación aparentemente más extensa, pero en realidad carente de intensidad y vigor, condenada a una decadencia fatal. La gente no sabe más que lo prácticamente

65 Véase *Portugal contemporaneo*, II, pp. 333 y ss. y apéndice C, estadístico.

indispensable, y por esta misma razón el nivel del conocimiento necesario se reduce día a día, lo que finalmente conduce a una banal vulgaridad.

Esta misma agitación política, enemiga por naturaleza del carácter, al que menoscaba y deprime, corrompe el temperamento de las naciones condenadas a sacrificar a sus mejores hombres a esa profesión. La corrupción, más o menos manifiesta, la seducción de la vanidad, de los privilegios, de los empleos, de la influencia, siembra en el carácter una semilla de perversión que germina en el seno de una sociedad desprovista de un selecto grupo de hombres sabios, de carácter firme, ajenos a las miserias comunes: una fibra interior, un resorte resistente, que detenga la influencia nociva de la intriga.

El alcance limitado de las operaciones administrativas y la cantidad relativamente pequeña de recursos del tesoro impiden, a su vez, que el país esté dotado de las herramientas necesarias para un crecimiento amplio de la riqueza y del saber, porque estos gastos generales de las naciones no son proporcionales a su tamaño, sino casi idénticos en todas ellas. Así, las causas externas contribuyen a agravar las causas internas.

Dado que falta conocimiento, los errores se acumulan, precipitando la ruina; dado que falta carácter, la venalidad contribuye a aumentar el costo de los servicios; y al mismo tiempo, el reconocimiento de la necesidad de progresar materialmente —para lo cual no se necesita ni carácter ni conocimiento— arrastra hacia abajo empresas que, emprendidas por organismos incapaces, pueden ser catastróficas.

Más allá de esa ya numerosa clase que gobierna e intriga, de una manera nada noble ni elevada, pulula una multitud de trabajadores anónimos, labrando pacientemente la tierra y transformando sus productos, indiferentes a las ideas que no comprenden, olvidados de una religión anacrónica, desconfiados o incrédulos ante los hombres, inspirados y movidos por el único propósito de sembrar y cosechar los frutos de su trabajo. Son la materia prima de la sociedad, pero nadie descubre en esta multitud la fisonomía propia de las naciones. Son una población provinciana que se enriquece. Hasta el día de hoy —no es osado afirmarlo— ni ellos mismos, ni quienes los gobiernan, han sabido tomar esta materia prima, animarla, darle la homogeneidad de forma y la vida propias de los organismos colectivos.

De ahí surge el caso, sin duda único en Europa, de un pueblo que no sólo desconoce el patriotismo; que no sólo ignora el sentimiento espontáneo de respeto y amor por sus tradiciones, sus instituciones, sus hombres ilustres; que no sólo vive imitando a Francia, tanto literaria como políticamente, de manera servil e indiscreta; que no sólo carece de alma colectiva, sino que se complace en ridiculizarse a sí mismo con los nombres más ridículos y el desdén más burlesco. Cuando una nación se condena a sí misma a través de sus propios hijos, es difícil, si no imposible, prever el futuro de quienes han perdido así la conciencia de la dignidad colectiva.

¿Continúa la decadencia nacional, aparentemente interrumpida tan solo por ideas revolucionarias y por la restauración de las fuerzas económicas impulsadas por el utilitarismo universal? ¿O estamos presenciando un fenómeno de oscura reconstitución? Y bajo nuestra apagada fisonomía colectiva, bajo nuestro silencio patriótico, bajo la desesperación que ríe o gime por doquier, ¿acaso crepita aún, latente y desconocida, la llama de un pensamiento indefinido?

APÉNDICES

I. CRONOLOGÍA.

La era denominada de César o Hispánica fue común en todos los monumentos históricos hasta finales del siglo XIV. El rey Juan I (1422) la sustituyó por la era de Cristo. La era de César precede a la actual por 38 años y se dice que data de la llegada de Augusto a España. Siempre indicaremos la era común, que el lector podrá reducir fácilmente a la era antigua cuando sea necesario.

EDAD MEDIA PRIMER PERÍODO. INDEPENDENCIA Y CONSTITUCIÓN DEL REINO.

Siglo XII Separación de León; conquista del Sur.

- 1097—Creación del Condado de Portugal a favor de Enrique de Borgoña, conde hereditario, casado con Teresa, hija ilegítima de Alfonso VI de León.
- 1109—Muerte de Alfonso VI; partición de León; expansión de las fronteras del condado hacia el este y el norte.
- 1112—Muerte del conde Enrique en el asedio de Astorga. Comienza el reinado de doña Teresa, con los títulos de infanta, condesa y reina de Portugal.
- 1127—Invasión leonesa y pérdida de Galicia y Tierrade Campos, fronteras de 1109.
- 1128—Revuelta de los barones portugueses contra la reina Teresa; Batalla de Guimarães (julio); exilio de la reina y comienzo del reinado de Alfonso Henriques.
- 1128-1137—Guerras de León; Fijación definitiva de las fronteras norte (Miño) y oriental (más allá del Duero). Tregua de Val-de-Vez.
- 1139—Batalla de Ourique (julio).
- 1140 (?)—Alfonso Henriques toma el título de rey.
- 1143—Paz y tratado de Zamora; reconocimiento de la independencia; soberanía del papa.
- 1145—Conquista de Leiria.
- 1147—Conquista de la línea del Tajo: Santarém (marzo), Lisboa, Sintra, Palmella, Almada (octubre-noviembre).
- 1151-1157-1158- Tres ataques sucesivos contra Alcacer-do-Sal, finalmente tomada.
- 1160—Conferencia de Cella-nova; tratado de fronteras entre León y Portugal, para las posteriores conquistas de los sarracenos: frontera del Guadiana.
- 1161—Invasión sarracena: pérdida de Alcácer y de las conquistas de más allá del Tajo.
- 1162—Sorpresa y captura de Beja.
- 1165—Última guerra de León; fallida invasión de Galicia.

- 1166—Derrota del infante Sancho en Arganal por los leoneses. Incursiones y ataques sorpresa de Alfonso Henriques en el Alentejo y la Extremadura española; sorpresa y captura de Évora, Moura, Serpa, Alconchel, Cáceres, Trujillo.
- 1169—Ataque a Badajoz y derrota de los portugueses.
- 1171—Segunda invasión sarracena; primer asedio de Santarem; socorro de Fernando II.
- 1179-1182—Sucesivas invasiones de los sarracenos, que dominan todo el Alentejo.
- 1184—Segundo asedio de Santarem, frustrado: retirada de los musulmanes.
- 1185—Muerte de Alfonso Henriques, sucesión de Sancho I.
- 1189—Expedición al Algarve; captura de Alvor y Silves (septiembre).
- 1191—Invasión sarracena; pérdida de Silves.
- 1198—Guerra de León.

Siglos XIII y XIV **Organización política y económica del reino.**

- 1211—Muerte de Sancho I, sucesión de Alfonso II.
- 1212—Batalla de las Navas de Tolosa.
- 1217—Toma de Alcácer-do-Sal.
- 1223—Muerte de Alfonso II, sucesión de Sancho II.
- 1226-1242—Conquista de la frontera oriental en Alentejo, hasta el Algarve: Elvas, Serpa, Moura, Mertola, Ayamonte, Tavira.
- 1245—Deposición de Sancho II, regencia de Alfonso III.
- 1248—Muerte de Sancho II en Toledo. Comienzo del reinado de Alfonso III.
- 1249-50—Conquista del Algarve: delimitación de las fronteras orientales.
- 1279—Muerte de Alfonso III, sucesor del rey Dionis.
- 1287—Guerra civil debido al levantamiento del príncipe Alfonso.
- 1291—Fundación de la Universidad de Lisboa.
- 1295-1297—Guerra de Castilla.
- 1308—Primer tratado comercial con Inglaterra.
- 1309—Abolición de los *honores* concedidos después de 1290.
- 1310—Nacionalización de las órdenes militares. Represión del Temple, creación de la del Cristo.
- 1325—Muerte del rey Dionis, sucesión de Alfonso IV.
- 1328—Guerra de Castilla.
- 1340—Alianza: Batalla de Salado.
- 1355—Asesinato de Inés de Castro. Rebelión del Infante viudo D. Pedro.
- 1357—Muerte de Alfonso IV, sucesión de Pedro I.
- 1361—Cortes de Elvas.
- 1367—Muerte de Pedro I, sucesión de D. Fernando.
- 1369—Invasión de Galicia; Primera guerra castellana. Paz de Alcoutim.
- 1371—Matrimonio del rey con Leonor Telles.
- 1372—Alianza del duque de Lancaster. Segunda guerra. La invasión de Beira por los castellanos.
- 1373—Asedio de Lisboa. Paz de Vallada. Tribunales de Atouguía.
- 1375—Promulgación de las leyes de almotaxaria y sesmarias.
- 1376—Tribunales de Leiria.

- 1381—Declaración de la tercera guerra a Castilla; derrota naval en Saltes; Paz de Badajoz.
- 1383—Muerte del rey Fernando (octubre); revuelta de Lisboa, asesinato de Andeiro (diciembre).
- 1384—Elección del Maestre de Avís como defensor del reino. Asedio de Lisboa por el rey Juan de Castilla, frustrado.
- 1385—Cortes de Coímbra, aclamación como rey de D. Juan I (abril); batalla de Aljubarrota (agosto).
- 1387—Matrimonio de D. Juan I con D. Filipa de Lancaster; alianza inglesa.
- 1393—Conversaciones preliminares de paz con Castilla.
- 1406—Tregua de diez años.
- 1414—Reconocimiento de la independencia de Portugal.

RENACIMIENTO

SEGUNDO PERÍODO. DESCUBRIMIENTOS Y CONQUISTAS ULTRAMARINAS

Siglo XV

Navegaciones. Empresas de África⁶⁶.

- 1415—(agosto) Toma de Ceuta. Primer viaje de descubrimiento, ordenado por el príncipe Enrique el Navegante.
- 1418—Descubrimiento de la isla de Porto Santo.
- 1419—Descubrimiento de la isla de Madeira.
- 1432—Comienza el descubrimiento sucesivo de las islas del archipiélago de las Azores, que se completará en 1453.
- 1433—Muerte del rey Juan I; sucesión de Don Duarte.
- 1434—Gil Eannes dobla el cabo Bojador. Publicación de la ley *mental*. Empresa de Tánger; capitulación y pérdida de Infante-santo.
- 1438—Muerte del rey Duarte; regencia del infante Pedro durante la minoría de edad de Alfonso V.
- 1446—Comienzo del reinado de Alfonso V. Publicación de las *Ordenaciones* alfonsinas.
- 1449—Guerra civil; batalla de Alfarrobeira, muerte de D. Pedro, ex regente.
- 1454—Bula de Nicolás V, que otorga al príncipe Enrique el derecho a todos los descubrimientos a lo largo de la costa africana.
- 1459—Continuación de las guerras en África: captura de Alcacer-Seguer.
- 1460—Muerte del infante Don Enrique.
- 1471—Toma de Arzilla, en África.
- 1476—Pretensiones a la sucesión de Castilla. Batalla de Toro. Viaje del rey a Francia. Regencia del príncipe heredero Don Juan.
- 1477—Regreso de Alfonso V; restablecimiento de su gobierno.
- 1479—Paz con los Reyes Católicos.
- 1481—Muerte de Alfonso V; sucesión de Juan II. Cortes de Évora, recuperación de las donaciones de Alfonso V a la nobleza, después de Alfarrobeira. Ocupación de la costa de la Mina.
- 1483—Conspiraciones de la nobleza. Ejecución del duque de Braganza en Évora.
- 1484—Asesinato del duque de Viseu en Setúbal.

⁶⁶ Véase la cronología detallada de los viajes en *Brasil e as colon. port.* (2ª ed.) pp. 2-3 y más adelante, las fechas de la exploración de América y África.

- 1486—Partida de la escuadra de Bartholomeu Dias para doblar el Cabo de Buena Esperanza. Ocupación de Azamor.
- 1487—Salida desde Covilhan y Payva, por tierra, hacia el Este.
- 1490—Boda del príncipe heredero Alfonso con Isabel de Castilla; muerte del príncipe en 1491.
- 1492—Entrada de judíos españoles en Portugal.
- 1493—Sentencia de Alejandro VI, que divide los territorios descubiertos entre Castilla y Portugal, mediante un meridiano que pasa a 370 leguas al oeste de Cabo Verde; los del este pertenecen a Portugal, los del oeste a Castilla.
- 1495—Muerte del rey Juan II; sucesión del rey Manuel.
- 1496—Matrimonio del rey Manuel I con la viuda del príncipe Alfonso; expulsión de moros y judíos.
- 1498—Descubrimiento de la ruta marítima a la India, por Vasco da Gama.

Siglo XVI Imperio de la India.

- 1500—Viaje de Pedro Álvares Cabral a la India; descubrimiento del Brasil.
- 1503—Fundación de la primera fortaleza en India, Katschhi (*Cochim*).
- 1504—Defensa de Katschhi, por Duarte Pacheco.
- 1505—Constitución del Gobierno de la India; D. Francisco de Almeida, gobernador. Ocupación de la costa oriental de África.
- 1506—Reconocimiento y desembarco en Madagascar. Masacre de judíos en Lisboa.
- 1507—Captura de Ormuz por Alfonso de Albuquerque.
- 1510—Captura de Goa por el mismo.
- 1511—Captura de Malaca, por el mismo.
- 1513—Captura de Azamor, en África.
- 1514—Embajada del rey Manuel ante el Papa.
- 1517—Reforma de los fueros del reino.
- 1518—Ocupación de Ceilán.
- 1519—Viaje de Fernando de Magallanes.
- 1521—Publicación de las *Ordenaciones* manuelinas. Muerte de D. Manuel I; sucesión de Juan III.
- 1526—Primer ataque fallido contra Diu; repetido, con la misma suerte, en 1531.
- 1535—Fundación de la fortaleza de Diu. Apogeo del imperio portugués en la India.
- 1540—Introducción de los jesuitas.
- 1547—Establecimiento definitivo de la Inquisición en Portugal
- 1549—Abandono de Arzila.
- 1557—Muerte del rey Juan III; regencia de la reina viuda. Doña Catalina.
- 1562—Sustitución de la reina por el cardenal Enrique en la regencia.
- 1568—Comienzo del reinado del rey Sebastián.
- 1573—Primer viaje del rey Sebastián a África.
- 1578—Segundo viaje a África; batalla de Alcacerquibir, donde muere el rey. Segunda regencia del cardenal Don Enrique, que es aclamado rey al conocerse la noticia de la muerte de Don Sebastián.

- 1580—Muerte de Don Enrique: cuestión de la sucesión. Conquista de Portugal por Felipe II de España. Entrada del duque de Alba en Lisboa, tras la batalla de Alcántara (agosto).
- 1581—Cortes de Tomar (abril). Felipe II de España reconocido, como I de su nombre, en Portugal.
- 1583—El cardenal Alberto regente en Portugal.
- 1588—Expedición contra Inglaterra: la *armada invencible*.
- 1589—Desembarco del pretendiente D. Antonio (prior de Crato) en Ericeira con ayuda inglesa. Fracaso de la empresa.
- 1591—Primer viaje de los ingleses a la India.
- 1594—Sustitución del regente por una junta de miembros portugueses.
- 1595—Primera flota holandesa a las Indias; comienzo de la pérdida sucesiva de la mayoría de las estaciones portuguesas en Oriente; extinción del poder marítimo y del monopolio comercial.
- 1598—Muerte de Felipe I; sucesión de Felipe II.

TIEMPOS MODERNOS

TERCER PERÍODO. RÉGIMEN DE EQUILIBRIO INTERNACIONAL.

Siglo XVII

Unión y separación de España.

- 1600—Christovam de Moura reemplaza en el gobierno de Portugal a la junta de regentes(enero).
- 1603—Publicación de las *Ordenaciones* filipinas.
- 1601-1610—Negociaciones para la libertad de los judíos portugueses.
- 1619—Viaje de Felipe II a Portugal; Cortes de Lisboa.
- 1621—Muerte de Felipe II; sucesión de Felipe III.
- 1627-1629—Nuevas negociaciones para la libertad de los judíos; disturbios en Portugal; indulto a los judíos.
- 1635—La duquesa de Mantua, regente de Portugal; secretariado de Miguel de Vasconcellos.
- 1637—Revolución de Évora: *Manuelinho*.
- 1639—El duque de Braganza (posteriormente rey Juan IV), gobernador militar de Portugal.
- 1640—Batalla de las Dunas (marzo). Revuelta Catalana (julio). Convocatoria de la nobleza portuguesa a las Cortes de Aragón (agosto). Sedición en Lisboa (1 de diciembre); aclamación de D. Juan IV, rey de Portugal. Comienzo de la Guerra de Separación.
- 1641—Tratado de alianza con Francia y Holanda (Julio). Ejecución del duque de Caminha y sus cómplices en la conspiración contra la dinastía. Cortes de Lisboa.
- 1642—Reconocimiento de la independencia por parte de Inglaterra (29 de enero); tratado de alianza.
- 1643—Ejecución de Lucena; segunda conspiración contra la dinastía.
- 1644—Batalla de Montijo (26 de mayo).
- 1645—Regicidio frustrado el día del Corpus Christi; ejecución de Domingos Leite.
- 1648—Paz de Westfalia (entre España y los aliados de Francia) y fin de la Guerra de los Treinta Años. Planes dinásticos para la unión ibérica.
- 1654—Segundo tratado de alianza con la Inglaterra (10 de julio).
- 1656—Muerte del rey Juan IV, regencia de la reina viuda.
- 1657—Pérdida de Olivença.

- 1658—Defensa de las líneas de Elvas (octubre-noviembre).
- 1659—Batallas de las líneas de Elvas (enero). Paz de los Pirineos, entre España y Francia.
- 1660—Planes del rey para abandonar Portugal y emigrar a Brasil. Llegada de Schomberg y mercenarios franceses para el ejército.
- 1661—Invasión y conquista del Alentejo por los españoles. Matrimonio de la infanta Doña Catalina con Carlos II de Inglaterra; tercer tratado de alianza.
- 1662—Alfonso VI, rey. Tratado con Holanda para la regularización definitiva de los asuntos coloniales (14 de diciembre).
- 1663—Batalla del Canal o de Ameixial (8 de junio).
- 1665—Batalla de Montes Claros (17 de junio); evacuación del Alentejo por los españoles.
- 1667—Liga ofensiva y defensiva con Francia (31 de marzo). Deposición de Alfonso VI, regencia de Don Pedro, posteriormente II.
- 1668—Paz con España; reconocimiento de la independencia (13 de febrero).
- 1669—Nuevo tratado de fronteras en los territorios de ultramar con Holanda (31 de julio).
- 1674—Disolución de las Cortes de Lisboa (16 de junio); afirmación del régimen absoluto.
- 1683—Pedro II, rey, tras la muerte de Alfonso VI.
- 1693—Descubrimiento de las minas de Brasil.

Siglo XVIII **Establecimiento del absolutismo.**

- 1703—Tratado de Methuen para el comercio con Inglaterra. Alianza con el Imperio, Holanda e Inglaterra, contra España y Francia (Guerra de Sucesión).
- 1704—Declaración de guerra a España (7 de marzo).
- 1706—Muerte de D. Pedro II; D. Juan V, rey. Entrada del ejército portugués en Madrid (2 de junio).
- 1707—Derrota de los portugueses en Almanza (25 de abril).
- 1713—Paz con España (6 de febrero). Paz con Francia (11 de abril). Tratados de Utrecht.
- 1720—Fundación de la Academia Real de Historia.
- 1750—Muerte del rey Juan V; José I, rey.
- 1751—Emancipación de los indios de Brasil.
- 1755—Terremoto de Lisboa (1 de noviembre).
- 1756—Fundación de las compañías de Pernambuco y Parahyba y de los Vinos del Alto Duero.
- 1758—Persecución de los jesuitas. Intento de asesinato contra el rey (3 de septiembre).
- 1759—Ejecución de los reos en Belem (13 de enero). Expulsión de los jesuitas (3 de septiembre).
- 1761—Ejecución del padre Malagrida (diciembre).
- 1762—Guerra con España. Invasión de Tras-os-Montes (abril).
- 1763—Paz de Fontainebleau (Guerra de los Siete Años).
- 1764-73—Reformas económicas, administrativas y políticas del marqués de Pombal. Abolición de la esclavitud en el reino.
- 1777—Fallece el rey José I; la reina María I asciende al trono.
- 1779—Se crea la Academia Real de las Ciencias.
- 1782—Fallece el marqués de Pombal.
- 1792—El príncipe Don Juan asume el control del gobierno durante la incapacidad de la reina (10 de febrero).

- 1793—Declaración de guerra a Francia, en alianza con Inglaterra y España; campaña del Rosellón (marzo).
- 1796—Paz entre Francia y España.
- 1799—Deposición de la reina María I, declarada demente; regencia del príncipe Don Juan.

Siglo XIX

Invasión francesa. Independencia de Brasil. Revolución liberal.

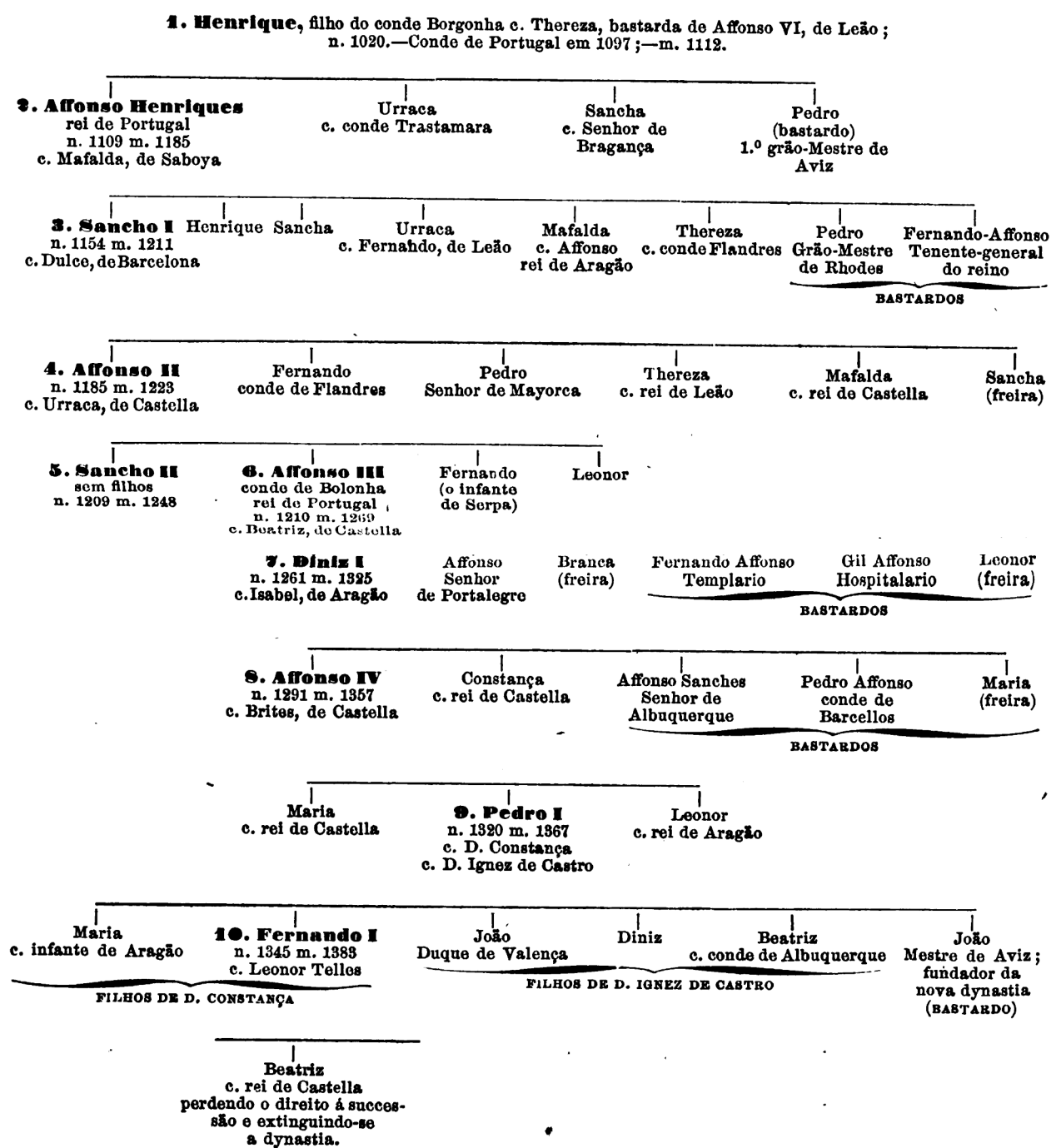
- 1801—Guerra contra Francia y España; invasión del Alentejo (2 de marzo). Paz con España (8 de junio). Paz con Francia (29 de septiembre).
- 1803—Primera conspiración de la regente Doña Carlota Joaquina contra el soberano, su esposo.
- 1807—Tratado de Fontainebleau entre Francia y España para la conquista de Portugal (29 de octubre). Huida de la familia real a Brasil (30 de noviembre); formación de una regencia. Entrada del ejército francés en Lisboa, y ocupación de todo el reino por los franco-españoles. Institución de la regencia.
- 1808—(junio) Sublevación en el norte contra los invasores. Desembarco de las fuerzas auxiliares inglesas (1 de agosto). Batalla de Roliça (17). Batalla de Vimeiro (21). Convención de Sintra (30); evacuación de Portugal por los franceses (ejército de Junot).
- 1809—Confirmación de la nueva regencia por D. Juan (enero). Segunda invasión francesa por Tras-os-Montes: rendición de Chaves (febrero). Captura de Oporto (29 de marzo). Batalla del puente de Amarante (2 de mayo); toma de Oporto por los anglo-portugueses (13) y evacuación de Portugal. (Ejército de Soult).
- 1810—Tratados de comercio y alianza con Inglaterra (19 de febrero). Tercera invasión francesa (24 de julio); ejército de Massena. Batalla de Bussaco, entrada en Coímbra (27-30 de septiembre). Retirada de los anglo-portugueses a las líneas de Torres Vedras.
- 1811—Persecución por los franceses; retirada del ejército invasor a través de Beira (marzo-mayo).
- 1816—Muerte de la reina María I; Juan VI, rey.
- 1817—Conspiración y ejecución del general Gomes Freire.
- 1820—Levantamiento de Oporto (24 de agosto); Levantamiento de Lisboa (15 de septiembre). Gobierno provisional; deposición de la regencia; Proclamación de la Constitución de Cádiz (11 de noviembre); reunión del Congreso Constituyente.
- 1821—Decreto de las bases de la constitución nacional (9 de marzo.) Regreso del rey Juan VI a Lisboa (3 de julio).
- 1822—Brasil declara su independencia (mayo-agosto). Firma de la constitución (23 de septiembre); Juramento del rey (1 de octubre); Juramento general (1 de noviembre); Reunión de las Cortes ordinarias (1 de diciembre).
- 1823—Levantamiento del Conde de Amarante en Tras-os-Montes (febrero). Sedición absolutista (27 de mayo). Jornadas de Santarém y Vila Franca. Disolución de las Cortes (2 de junio). Regreso del Rey a Lisboa (5). Proclamación del absolutismo moderado. Supresión de la Constitución.
- 1824—Asesinato del marqués de Loulé, en palacio (29 de febrero). Sedición absolutista: la *abrilada* (30 de abril); el Infante D. Miguel Generalísimo (4 de mayo); encarcelamientos y persecución de moderados; embarque del rey a bordo del barco Windsor-Castle, en el Tajo (9); destierro del infante.
- 1825—Ratificación del tratado de independencia de Brasil en Lisboa (15 de noviembre)⁶⁷.
- 1826—Muerte del rey Juan VI, regencia de la infanta Isabel María (10 de marzo).

67 Véase la cronología específica de la independencia del imperio en *Brazil e as colonias port.* (2ª ed.) págs. 113-115.

II. CUADROS GENEALÓGICOS DE LAS DINASTÍAS NACIONALES

I

Dynastia de Borgonha

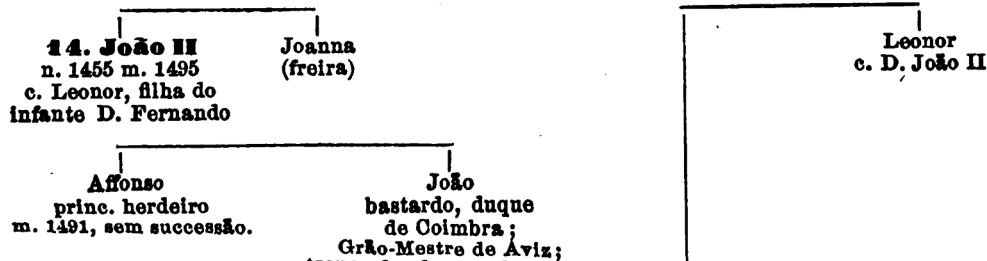
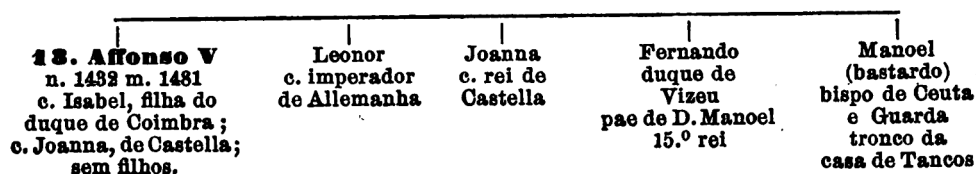
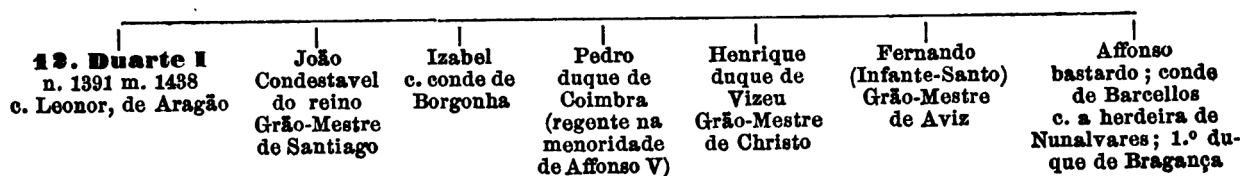


Pela morte de **D. Fernando**, 10.º rei, ficaram pretendendo a corôa, por direito de successão, os dois filhos de Ignez de Castro, João e Diniz ; o rei de Castella D. João I, marido de D. Beatriz ; e João, Mestre de Aviz, a quem a revolução deu o reino.

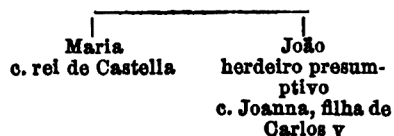
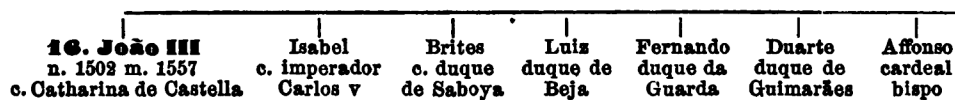
II

Dynastia de Aviz

11. João I n. 1357 m. 1433 ; c. Philippa de Lencaster.



15. Manoel I
n. 1469 m. 1521
c. Isabel, de Aragão
c. Maria, de Aragão
c. Leonor, de Castella



17. Sebastião I
n. 1554 m. 1578
sem descendencia

Antonio
Prior do Crato

18. Henrique I
Cardeal
regente e depois rei
n. 1512 m. 1580
sem descendencia

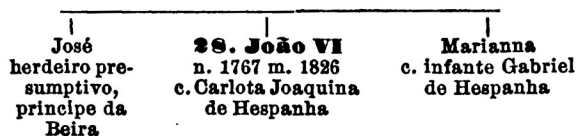
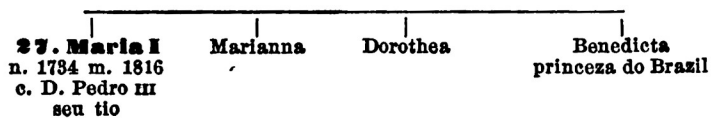
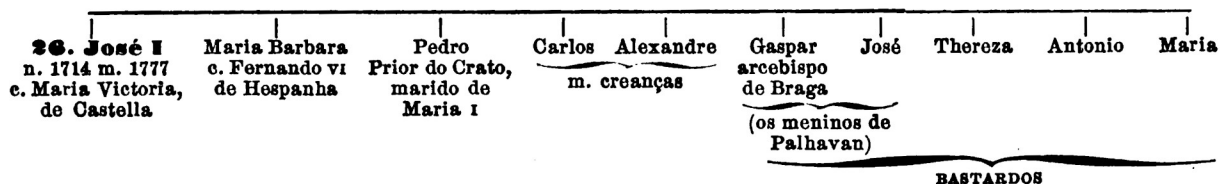
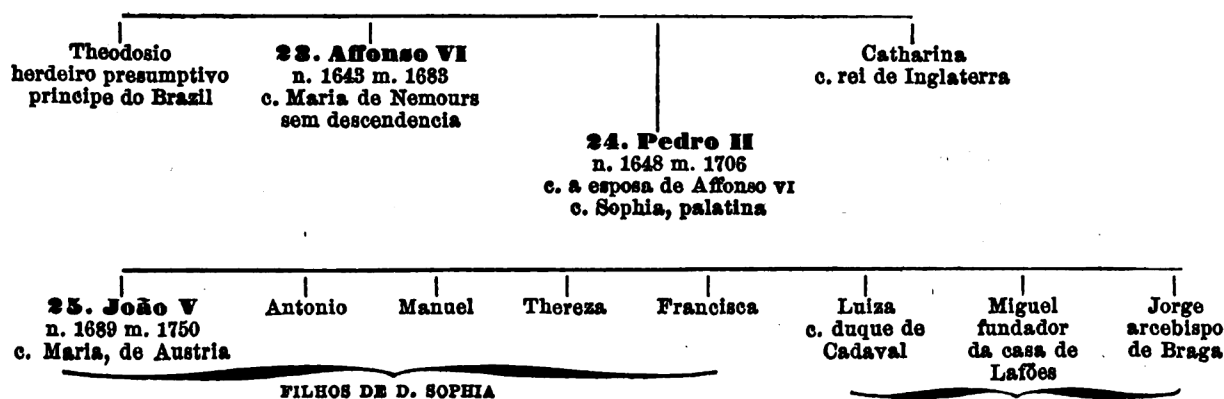
Pela morte de **D. Henrique**, 18.º rei, ficaram pretendendo a corôa, por direito de legitimidade ; a) Antonio, prior do Crato ; b) Philippe II, rei de Hespanha ; c) D. Catharina, duqueza de Bragança ; d) Manuel, duque de Saboya ; e) Raynuncio, duque de Parma, todos netos de D. Manuel ; e f) Catharina de Medicis, rainha de França ; g) Isabel, de Inglaterra ; e h) a Curia romana, invocando o direito da suzerania historica. A força deu a herança ao rei de Hespanha.

(Philippe I, II e III, 19, 20 e 21.º soberanos de Portugal, durante a união á Hespanha).

III

Dynastia de Bragança

22. João IV, duque de Bragança n. 1604 m. 1656 ; c. Luiza de Gusmão.



III.

NOTAS SOBRE LA HISTORIOGRAFÍA EN PORTUGAL

Dada la imposibilidad de incluir aquí un catálogo de todas las obras impresas sobre historia nacional —una tarea demasiado larga y tal vez no solicitada por el lector medio— nos limitaremos a indicar las principales obras y publicaciones, caracterizando brevemente los diversos períodos de la historiografía nacional.

Los *Livros de Linhagem* son los más antiguos de la historia nacional: si a esta expresión le damos el valor de una composición destinada a referirse a acontecimientos pasados; y excluimos, por tanto, todos los monumentos, como cartas, códigos, documentos, etc., materiales históricos, y no historia propiamente dicha. Acontecimientos de una época feudal y semibárbara en costumbres, estos libros, reproducidos con mayor o menor fidelidad en sus sucesivas ediciones, constituyen un valioso documento. La historiografía portuguesa, sin embargo, data de la época del rey Duarte, y su patriarca es Fernão Lopes, el escritor vivaz y pintoresco, cuya pluma supo animar, en sus crónicas (desde el rey Pedro I hasta el rey Juan I), a los personajes dramáticos de la revolución de finales del siglo XVI. Poco después, Azurara, en la *Chronica de Affonso V* y en la de la *Conquista de Guiné*, relata los acontecimientos que presenció, de forma vívida y colorida; Pero Duarte Galvão, que escribió las *Chronicas* de los primeros reyes sin el conocimiento suficiente ni grandes dotes literarias, tiene un valor secundario.

El segundo período de la historiografía nacional corresponde al siglo XVI. En esta época, la literatura histórica ya era rica y abundante. Para dar una idea de su importancia, dividiremos las obras contemporáneas en tres géneros o categorías: a) Literatura histórica o historia propiamente dicha; b) Erudición; c) Crónicas y memorias. En la primera categoría se incluyen las *Chronicas* de Don Manuel I y del príncipe Juan, por Damião Goes, y las de Ruy de Pina; las *Decadas* de Barros (continuadas a finales de siglo por Diogo do Couto) y los *Panegyricos*; la *Chronica de Don João II* de García de Rezende; la *Historia da India* de Castanheda; el *De rebus Emmanuelis* del obispo Jerónimo Osorio; los *Commentarios* del hijo de Alfonso de Albuquerque; y finalmente el *Epitome y Europa, Asia y África Portuguesas* de Faria y Sousa. Se conocen los méritos y deméritos de libros de esta naturaleza y, en cierta medida, su valor como obras literarias de mayor o menor calidad radica en las ideas entonces dominantes sobre el arte de escribir. De la segunda categoría, el ejemplo más notable es el *De antiquitatibus Lusitaniæ* de André de Resende. En la tercera categoría, la cantidad de materiales es tan abundante que sería imposible enumerar aquí todos los que han salido a la luz posteriormente. Estos incluyen: *Memoria de todas as armadas* de Faria e Sousa, colección de *Leis e Provisões de D. Sebastião* de Francisco Correia, las *Ordenações da India*, el *Regimento da Casa da India*, el *Livro de toda a Fazenda* de Luiz de Figueiredo Falcão, la *Chorografía* de Gaspar Barreiros, el *Tombo do Estado da India* de Simão Botelho, *Noticias de Portugal* de Severim de Faria, el *Viagem* del padre Manuel Godinho, etc. Estas obras constituyen un valioso conjunto de información para la historia de la época; mientras que otro género de libros nos revela el carácter de la política y las costumbres, y nos permite comprender mejor a los personajes históricos. Cabe mencionar los *Dialogos do soldado pratico* de Couto, y su *Vida de D. Paulo de Lima*; *Primor e honra da vida soldadesca no Estado da India* (anónimo); el *Tempo de agora* de Miranda; *Miscellaneas* de García de Rezende y de Andrade; el *Espelho de casados* del Dr. João de Barros; las *Lendas da India* de Gaspar Correia; la *Historia tragico-maritima*; las *Peregrinações* de Fernão Mendes Pinto; la *Vida* y la *Chronica do Cardeal-rei* de Miguel de Moura; además de otras obras de reciente publicación que indicaremos oportunamente.

La literatura histórica del siglo XVII es ciertamente copiosa, pero inferior en mérito a la del siglo anterior en todos los aspectos. La corrupción del gusto disminuye la calidad artística de las obras; el escaso interés por los temas debatidos en este período de decadencia generalizada, y la sustitución de la erudición por fábulas eruditas, restan valor a las obras históricas, que ya no merecen propiamente el nombre de obras literarias. El énfasis en el pensamiento y el estilo, junto con la credulidad y la ignorancia, produce libros de valor casi negativo, como los de fray Bernardo de Brito, el sacerdote y maestro de las patrañas, autor del *Elogio dos reis*, la *Chronica de Cistér* y la primera y segunda parte de la *Monarchia lusitana*; la *Chronica de D. João III* de Francisco de Andrade y la *Vida de D. João de Castro* de Jacinto Freire; las *Chronicas* reelaboradas por Duarte Nunes de Leão, quien también es autor de una *Descrição do reino de Portugal* y de la interesante recopilación de *Leis extravagantes*. Las *Chronicas de D. Sebastião*, del P. Bernardo da Cruz y D. Manuel de Menezes, la *Historia sebastica*, la *Jornada de Africa* de Jerónimo de Mendonça, narran el episodio con el que acabó, desgraciadamente, el siglo XVI en Portugal. Obras de otra índole son las *Varias Antiguidades* de Gaspar Estaço, las *Grandezas de Lisboa* del P. Nicolau de Oliveira, los *Dialogos de varia historia* de Pedro de Mariz, las *Antiguidades* de Diogo de Paiva de Andrade; pero la gran copia de las obras históricas de este periodo comprende libros escritos a raíz de, o en relación con, las diversas cuestiones constitucionales que agitaron la vida nacional de la época. João Pinto Ribeiro, con *Usurpação, retenção e restauração de Portugal* y con *Desengano ao parecer enganoso*, se sitúa a la vanguardia de este grupo de escritores políticos, cuyas obras resultan de gran utilidad para el investigador a la hora de comprender la decadencia del conocimiento y del gusto en aquella deplorable era. A *União de Portugal* de Conestagio, *O Portugal cuidadoso e lamentado* de Bayão, *A Restauração de Portugal prodigiosa* de Almeida, *Os Avisos do Céu, successos de Portugal* de Luiz Torres de Lima, *A Lusitania liberata* y *As Excellencias de Portugal* de Souza de Macedo, son libros que sólo una curiosidad erudita puede incitar a leer. No así las revelaciones indiscretas que, despojadas de adornos literarios, documentan la postración real de la época: la *Catastrophe de Portugal* del obispo de Oporto, Lacerda, y los anónimos *Anti-catastrophe*, memorias reales de ese repugnante episodio de Alfonso VI, recientemente esclarecido con la publicación de los documentos judiciales en la *Causa de Nullidade*, etc.; no así los *Ineditos*, cartas y otros documentos del ministro Alexandre de Gusmão; ni el *Casamento perfeito* de Andrade; ni la *Carta de guia* y los *Apologos dialogaes* de D. Francisco Manuel.

A principios del siglo XVIII se despertó la furia de las Academias; y de sucesivos intentos resultó la fundación de la Academia de Historia en 1720, que más tarde se transformó en la actual *Academia real das sciencias*. A pesar de todos los vicios del gusto, a pesar de la interrupción de la tradición de los estudios académicos, iniciada en el siglo XVI, debe reconocerse que las obras de la Academia representan el primer esfuerzo y un paso importante en la constitución de la historiografía nacional. A la vanguardia de las obras que prepararon o acompañaron este movimiento, debemos situar, además de los 14 volúmenes de las *Memorias*, la colosal compilación de la *Historia genealogica da casa real*, donde António Caetano de Souza trató de reunir, lo mejor que pudo, todos los materiales primigenios, dispersos hasta entonces, sobre la historia de los orígenes nacionales. Luiz Caetano de Lima publicó la *Geographia historica de Portugal*; José Soares da Silva, la *Historia de D. João I*; José de Barbosa Machado, el *Catalogo das rainhas de Portugal*; y Diogo, autor de la *Bibliotheca Lusitana*, las *Memorias para a Historia de Portugal no reinado de D. Sebastião*; de la familia Brandões, fray Antonio escribe la 3ª y 4ª parte de la *Monarchia Lusitana*; Fray Francisco escribe la 5ª y 6ª parte, y finalmente Fray Rafael de Jesús escribe la 7ª; el Dr. Alexandre Ferreira compone la *Memoria e noticia da Ordem dos Templarios*; João Baptista de Castro escribe el *Mappa de Portugal*; Antonio Carvalho da Costa escribe la *Corographia portugueza*; José de Seabra da Silva escribe la *Deducção chronologica e analytica*; el conde de Ericeira escribe *Portugal restaurado*; D. Francisco Manuel escribe las *Epanaphoras de varia historia*, el *Tacito portuguez*, el *Echo politico*; y Francisco Ribeiro Freire, *Nova Lusitania*.

En la enumeración que hemos estado haciendo, hemos omitido mencionar las obras que tratan de la historia eclesiástica del reino, a la cabeza de las cuales debemos colocar las del P. Luiz de Souza, la *Vida do Arcebispo*, y la *Historia de S. Domingos*. La segunda mitad del siglo XVII y la primera mitad del XVIII son la edad de oro de la publicación de estas obras, exigidas e inspiradas por la devoción y el carácter clerical del gobierno: el *Agiologio lusitano* de Jorge Cardozo, la *Chronica da Companhia* de Jesus de Balthazar Telles, las *Relações* de Fernão Guerreiro, las *Vidas do padre Vieira* de André de Barros; de Francisco Alexandre Lobo, el *Catalogo dos Bispos do Porto* y las *Historias ecclesiasticas de Braga e de Lisboa* del erudito D. Rodrigo da Cunha, la *Historia ecclesiae lusitane* de D. Thomás da Encarnação, la *Chronica dos canegos regentes de Santo Agostinho* del P. Nicolás de Santa María, la *Historia da Santa Inquisição* del P. Pedro Monteiro, la *Memoria chronologica dos prelatos de Lamego* de Fonseca, la *Chronica de Cistér* de Fr. Bernardo de Brito, la *Varia historia da Christandade oriental* de Fr. João dos Santos, la *Vida do padre S. Francisco Xavier* de Lucena y, finalmente, los escritos de Fr. Antonio da Purificação y de Fr. Marcos de Lisboa.

Antes de estudiar las épocas modernas de la literatura histórica nacional, conviene mencionar algunas obras valiosas, memorias reveladoras sin las cuales no se puede comprender el siglo XVIII en Portugal: se trata de las *Recuerdos* de Ratton, las *Cartas* de Beckford, los viajes de Link, Murphy, Châtelet y Jungk, las *Œvres meslées* y las *Memoires concernant le Portugal* del caballero de Oliveira, el *Testamento politico* de D. Luiz da Cunha y el volumen 15 de las obras de Manuel de Figueiredo, donde su hermano y editor dejó un documento importante para la historia de las costumbres.

En los últimos años del siglo XVIII, la organización de la Real Academia de Ciencias de Lisboa dio lugar a una segunda era de la historiografía académica. Así como el autor de la *Historia genealogica* es la figura principal de la primera, João Pedro Ribeiro es también el primer historiador de la actual, tan paciente, sabio e incansable como un Baluzio o un Montfaucon.

La colección de *Historia e Memorias da Academia*, las *Memorias de litteratura, as economicas* y los *Ineditos de historia portugueza*, junto con otras publicaciones secundarias, conforman un valioso acervo de erudición histórica y revelan la existencia de un grupo de hombres apasionados por su trabajo y perspicaces en su sentido crítico. Entre 1788 y 1795, una comisión de investigación se dedicó a los archivos de monasterios, cámaras y catedrales, y a los frutos de este campo, y João Pedro Ribeiro pudo ofrecer al público resultados de considerable valor. Colaboraron con él en la comisión Joaquim de Santo Agostinho de Brito Galvão, el benefactor Viterbo y Ferreira Gordo, quien fue enviado a España para estudiar los archivos de Madrid y El Escorial. La colección de *Memorias de historia e economicas* incluye muchas de las obras de dicha comisión, además de otras que, aunque ajenas a ella, están relacionadas con el movimiento: de A. C. do Amaral sobre la *Fórma de governo e costumes* de los antiguos portugueses; de Gusmão sobre la *Agricultura*; de Ferreira Gordo sobre los *Judeus*; de Joaquim de Santo Agostinho sobre las *Moedas do reino*, sobre las *Côrtes de Lamego* y la *Tomada de Santarem*; de Villa-Nova sobre *Introducção do direito justiniano*; de Neves sobre *Authoridade do codigo wisigothico*; de J. A. de Figueiredo sobre el *Origem dos juizes*, las *Behetrias* y los *Coutos*; de Fr. Francisco de S. Luiz y A. P. de Figueiredo sobre *Legitimidade de D. Thereza*; de Stockler, de Corrêa da Serra, de Ribeiro dos Santos, de Aragão Morato, de Raphael de Castro, de João Pedro Ribeiro, finalmente, el director de la escuela, sobre la *Introducção do direito canonico*, las *Fontes do codigo philippino*, la *Reforma dos foraes*, etc.

Además de las Memorias, João Pedro Ribeiro recopiló e imprimió las *Reflexões historicas*, las *Dissertações chronologicas e criticas*; Santa Rosa de Viterbo, el *Elucidario*; Lobão, la *Dissertação sobre os dizimos* y la *Memoria para a historia das Inquirições*; Fernandes Thomaz, el *Reportorio* y el *Ensayo politico*; J. A. de Figueiredo, la *Synopsis chronologica*.

La Academia se dedicó simultáneamente a la impresión de obras fundamentales de la historia nacional, y los cinco volúmenes de los *Ineditos* incluyen las *Chronicas* de Acenheiro, compilador sin mérito alguno, de la época del rey Juan III; parte de las valiosas *Chronicas* de Fernão Lopes; las de Pina; el *Livro* de Alfonso V, y una colección de *Foraes e Usos* de diversas regiones del reino. Además de las reimpresiones y nuevas publicaciones incluidas en los *Ineditos*, la Academia publicó los *Documentos arabicos da historia portugueza* del padre Souza, los *Vestigios da lingua arabica* del padre Serra, la *Vida do infante D. Duarte* de A. de Rezende, y los *Dialogos do Soldado practico* de Diogo do Couto. Este libro se vincula naturalmente con el conjunto de *Memorias para a historia das provincias ultramarinas*, en el que, entre otras publicaciones de gran valor, cabe mencionar el *Livro da India* de Duarte Barbosa.

Los violentos sucesos de principios de siglo, hasta el establecimiento del régimen constitucional, interrumpieron el progreso de esta rama de estudio, que, en general, se vio también notablemente obstaculizada por la abolición de las órdenes religiosas. La investigación histórica, fruto de veinte años de arduo y fructífero trabajo, no logró crear una escuela ni una tradición.

La generación que le sucedió, tan pronto como regresaron la paz y la estabilidad política, se puso manos a la obra, pero su trabajo nunca alcanzó la importancia ni el alcance de la anterior. Fue más el esfuerzo y el ejemplo individual de un hombre que el movimiento de una generación. Para Herculano, sin embargo, las ambiciones iban más allá; no sólo se propuso restaurar la erudición, sino también fundar la historia propiamente dicha: un arte científico y literario que podría decirse que se había olvidado entre nosotros desde el siglo XVI. Sus modelos, no obstante, ya no eran los clásicos antiguos, y el nuevo historiador se inspiró principalmente en los tipos modernos del género publicados en ese siglo en Alemania, Inglaterra y Francia. La historia se presentó entonces como la ciencia de las instituciones, o una suerte de nomología; y junto a la historia, se formó un género híbrido y falso: la novela histórica, en la que, lamentablemente, se malgastó tiempo y talento componiendo verdaderos pastiches. El valor de estas obras, a las que se vincularon los nombres de Herculano y Garrett, de Mendes Leal y Rebello da Silva, de Marreca y Bernardino Pinheiro, de Corvo y Arnaldo Gama, de Camillo Castello-Branco y también de Pinheiro Chagas, un valor de escaso o nulo como obras poéticas, reside únicamente en la historia de las costumbres, los trajes, etc., de los aspectos pintorescos de la historia, traducidos por los autores con mayor o menor conocimiento y fidelidad.

La efímera influencia de Herculano en la Academia logró, sin embargo, revitalizar en cierta medida las tradiciones académicas, y se reinició la publicación de obras inéditas en la colección de la *Portugalliae monumenta historica*. Soromenho, un digno discípulo de Herculano en erudición, aún joven y alejado de la literatura y de la historia moderna por la epigrafía y la arqueología romanas, no pudo dar a la *Monumenta* la continuidad deseada. Con él, este fugaz renacimiento de la erudición histórica llegó a su fin. Entretanto, la Academia seguía (y sigue) dedicada a la impresión de obras inéditas de historia ultramarina; y las *Lendas da India*, una valiosa revelación, se publicaron bajo la dirección de Rodrigo Felner, también autor de una curiosa revista, el *Bibliophilo*, donde publicó un relato fiel del viaje africano. Tras la muerte de Felner, la tarea recae ahora en manos del Sr. Bulhão Pato.

Sin embargo, entre 1840 y 1860 se publicaron libros y obras de diversa índole con el fin de popularizar un conocimiento más profundo de la historia; e incluso en este ámbito se hizo patente la influencia, más o menos directa, de Herculano, ya fuera personalmente o a través de sus discípulos. El *Panorama* y otras publicaciones de la sociedad divulgativa fundada por el maestro, el *Archivo pittoresco*, dirigido por su discípulo Tullio, y los *Annaes das sciencias e lettras*, de Lopes de Mendonça y Rebello da Silva, contienen aportaciones históricas, a menudo valiosas, pero con frecuencia meramente curiosas. Herculano, además de ser director de la *Portugalliae monumenta historica*, contribuyó a la historiografía con sus ediciones del *Roteiro de D. João de Castro*, la *Chronica de D. Sebastião* del P. Bernardo da Cruz y los *Annaes de D. João III* del P. Luiz de Souza,

sin olvidar sus numerosas monografías, ahora recogidas en una serie de folletos que próximamente serán publicados (Liv. Bertrand). Numerosas obras individuales e investigaciones curiosas aparecen también bajo el nombre de Camillo Castello-Branco, editor de las *Memorias de fr. João de S. José Queiroz*. Mencionaremos también las *Lendas peninsulares* e as curiosidades de José de Torres, el *Summario de varia historia* de Ribeiro Guimarães, y las *Memorias das rainhas de Portugal* del Sr. Figanière, la edición de las *Obras Completas* del Cardenal Saraiva, por Correia Caldeira, las excavaciones, más curiosas que importantes, de Innocencio da Silva, del Marqués de Rezende, del Sr. José Silvestre Ribeiro y del Sr. Vilhena Barboza.

Todos estos esfuerzos realizados de forma improvisada demuestran la anarquía de los estudios; y cabe creer que, si la erudita tradición de la Academia no se hubiera interrumpido, habrían podido producir un sistema de obras tan homogéneo e importante como el de finales del siglo anterior. La influencia personal de un solo hombre, incluso uno dotado de la capacidad y la pasión por el trabajo de Herculano, no podía compensar la falta de una dirección superior en una institución como la Academia.

Todas las obras de Herculano ya mencionadas —ediciones, monografías, etc.— giran en torno a la *Historia de Portugal*, un monumento imperfecto que revela, junto a sus grandes virtudes, las deficiencias del primer escritor de nuestra época moderna y la influencia de las condiciones en las que trabajó. La *Historia da origem e estabelecimento da Inquisição* es sin duda su mejor obra, como ejemplo paradigmático del género; y, aunque escrita de forma concisa y erudita, el *Ensaio sobre a historia da legislação de Coelho da Rocha* es el libro más útil en la práctica de toda la historiografía portuguesa de este siglo. Rebello da Silva es responsable de una copiosa *Historia de Portugal nos seculos XVII e XVIII* y de una buena *Memoria sobre a agricultura e a povoação*.

Junto a estas obras, cabe mencionar también los trabajos del Sr. Chaby sobre la Guerra Peninsular; y las *Historias do reinado de D. José* y de la *Guerra civil e estabelecimento do governo parlamentar*, del Sr. Soriano; libros que, si bien carecen de mérito literario, tienen el valor de crónicas sobre las que los futuros historiadores relatarán y juzgarán los acontecimientos modernos de Portugal. Igualmente valiosas son las publicaciones periódicas, literatura abundante que contiene la historia nacional, comenzando en la década de 1820 con *Padre Amaro*, impreso en Londres. La colección del *Corpo diplomatico* y el *Quadro elementar*, publicadas por orden del gobierno, también constituyen valiosas, e incluso indispensables, contribuciones a la historia diplomática; al igual que los *Annaes da Marinha portuguesa* de Quintella y los *Quadros navaes* de Celestino Soares para la historia marítima.

La historiografía nacional moderna presenta tres épocas sucesivas de considerable expansión, pero efímeras: en ninguna de ellas fue posible establecer una tradición, fundar una escuela. La primera es la de la Academia de Historia (1720-1731), presidida por A. C. de Souza, con la *Historia genealogica*; la segunda es la de la Academia de las Ciencias (1780-1796), presidida por João Pedro Ribeiro, con la *Dissertação chronologica*, las *Reflexões*, etc.; la tercera, finalmente, es la de Herculano, con la *Historia de Portugal*.

Después de esta última, la historiografía se extingue; y aunque aparecen algunas obras aisladas de mayor o menor mérito, es un hecho que los escritores en general no tienen fuerzas suficientes para afrontar la penuria o dificultad de las obras históricas. La *Historia da philosophia em Portugal* del Sr. Lopes Praça, las *Raças historicas* del Sr. Vilhena, las *Causas da decadencia* del Sr. Quental, *Os D. Sebastião* del Sr. Dantas, *O Marquez de Pombal* de F. Luiz Gomes, los *Quadros historicos* del Sr. Silveira da Motta, las *Rainhas de Portugal* del Sr. Benevides, y las recientes *Memorias de um soldado da India* del Sr. Costa Lobo, no son suficientes para formar una literatura histórica; ni tampoco las obras de peso del señor Th. Ni Braga, ni la compilación que bajo el título de *Historia de Portugal*, dio origen a una Sociedad de Literatos (Sr. Pinheiro Chagas), son suficientes como escuela de estudios históricos.

Finalmente, debemos mencionar algunas obras extranjeras que pueden y deben contribuir al estudio de la historia nacional: la *Historia de Portugal* de H. Schaeffer, cuya primera parte ha sido traducida del alemán original al francés y al portugués; *Portugal pittoresco* de F. Denis, en francés; la *Vida do Infante D. Henrique* de Major, traducida del inglés; y las Noticias archeológicas de Hubner, también traducidas del alemán por Soromenho.

CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 569 Jorge de Sena, *El polígrafo barroco Manuel de Faria e Sousa*
- 568 Manuel de Faria y Sousa, *Epítome de las historias portuguesas*
- 567 Carlos Pereyra, *El mito de Monroe. Seguido de El crimen de Woodrow Wilson*
- 566 Johannes Scherr, *Germania, dos mil años de historia alemana*
- 565 José María Salaverría, *El instante dramático y otros artículos*
- 564 Eduardo Barriobero, *Un tribunal revolucionario. Cuenta rendida por el que fue su Presidente*
- 563 Winston S. Churchill, *La guerra civil española. Artículos y discursos 1936-1939*
- 562 Francisco Javier Simonet, *La mujer árabe-hispana y otros estudios andalusíes*
- 561 Godefroid Kurth, *¿Qué es la Edad Media? y otros artículos polémicos*
- 560 Juan Valera, *Sobre el concepto que hoy se forma de España y otros artículos*
- 559 Ramón del Valle-Inclán, *Visión estelar de un momento de guerra*
- 558 Hans Holbein el Joven, *Danza de la Muerte*
- 557 Megástenes, *La India (fragmentos)*
- 556 Beroso, *Babilonia (fragmentos) seguido del Falso Beroso de Annio de Viterbo*
- 555 Leonor López de Córdoba, *Memorias (1368-1412)*
- 554 Herrada de Lansberg, *Hortus deliciarum. Calcos de las miniaturas*
- 553 Augustin Cochin, *Las sociedades de pensamiento y la democracia en la revolución francesa*
- 552 Manetón, *Historia de Egipto (fragmentos)*
- 551 Horace Greeley, *La Administración Lincoln y la Guerra Civil (1860-1865)*
- 550 DeBow, Lagdon, Van Dyke, *Defensa de la esclavitud. Un panfleto antiabolucionista de 1860*
- 549 John L. O'Sullivan, *El destino manifiesto (artículos)*
- 548 Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los Incas*
- 547 Francis Yeats-Brown, *La jungla europea*
- 546 E. A. Wallis Budge, *La literatura de los antiguos egipcios*
- 545 Yevgeny Ivanovich Zamiatin, *Nosotros*
- 544 *La epopeya de Gilgamesh*
- 543 Joaquín Costa, *Reconstitución y europeización de España*
- 542 Ricardo Macías Picavea, *El problema nacional: hechos, causas, remedios*
- 541 Julio Cejador y Frauca, *Tierra y alma española*
- 540 Havelock Ellis, *El alma de España*
- 539 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los Césares*
- 538 Jacob Burckhardt, *La época de Constantino el Grande. Del paganismo al cristianismo*
- 537 Rufo Festo, *Breviario de las victorias del pueblo romano*
- 536 Lucio Cecilio Lactancio, *Cómo mueren los perseguidores*
- 535 Luis Zapata de Chaves, *Miscelánea o Varia historia*
- 534 Nicolás de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*
- 533 Martin Hume, *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*
- 532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
- 531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
- 530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
- 529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
- 528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
- 527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
- 526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
- 525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*

- 524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de Méjico*
- 523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
- 522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
- 521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos* (2 tomos)
- 520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
- 519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
- 518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanese del siglo XVII*
- 517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
- 516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
- 515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
- 514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
- 513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
- 512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
- 511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
- 510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
- 509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
- 508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Herald*
- 507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
- 506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
- 505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
- 504 Juan Moneva y Puyol, *Política de represión y otros textos*
- 503 Francisco Cambó, *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
- 502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
- 501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
- 500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
- 499 Pere M. Rossell, *La Raza*
- 498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
- 497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
- 496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
- 495 Francisco Raull, *Historia de la conmoción de Barcelona en... julio de 1835*
- 494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
- 493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política... y otros textos*
- 492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
- 491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
- 490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
- 489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
- 488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
- 487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
- 486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
- 485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
- 484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
- 483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
- 482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
- 481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
- 480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
- 479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
- 478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
- 477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
- 476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
- 475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*

- 474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
 473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
 472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
 471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
 470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
 469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
 468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
 467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
 466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
 465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
 464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
 463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
 462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
 461 *Los ilustrados y la esclavitud*
 460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
 459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
 458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
 457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
 456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
 455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
 454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
 453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
 452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
 451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
 450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y otros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
 449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
 448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
 447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
 446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
 445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
 444 Publilio Siro, *Sentencias*
 443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
 442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
 441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
 440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
 439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
 438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
 437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
 436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
 435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzl, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
 434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
 433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
 432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
 431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
 430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
 429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
 428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
 427 Georges Desdevise du Désert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
 426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
 425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en Ken 1938-1939*

- 424 Dolores Ibárruri “Pasionaria”, *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
- 423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
- 422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
- 421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l’Espagne*
- 420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
- 419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
- 418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
- 417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
- 416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
- 415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
- 414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
- 413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
- 412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
- 411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
- 410 Tertuliano, *Apologético*
- 409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
- 408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
- 407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
- 406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
- 405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
- 404 Ángel Pulido, *Espanoles sin patria y la reza sefardí*
- 403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
- 402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
- 401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
- 400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia... desde el año de 1494 hasta el de 1532 (2 tomos)*
- 399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
- 398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
- 397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
- 396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes (2 tomos)*
- 395 *Los españoles pintados por sí mismos (3 tomos)*
- 394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
- 393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine (13 tomos)*
- 392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
- 391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
- 390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
- 389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
- 388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
- 387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
- 386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
- 385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
- 384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
- 383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
- 382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
- 381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
- 380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
- 379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
- 378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
- 377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
- 376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China (1715-1733)*
- 375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china (1723-1740)*

- 374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China* (1602)
- 373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía* 1698-1701
- 372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
- 371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
- 370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
- 369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
- 368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
- 367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
- 366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
- 365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
- 364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardidés de que se sirven los extranjeros...*
- 363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana* 1931-1935
- 362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
- 361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
- 360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
- 359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
- 358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
- 357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid* 1933-1935
- 356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
- 355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
- 354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
- 353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
- 352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
- 351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California* (1774-1799)
- 350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
- 349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra* (1893-1895)
- 348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
- 347 Felipe Guamán Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
- 346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
- 345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
- 344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
- 343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas* 1930-2000
- 342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano* (1936-1939)
- 341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia"* (1931-1936)
- 340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
- 339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
- 338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña* (1640-1648)
- 337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
- 336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
- 335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa* (1869-1871)
- 334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
- 333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
- 332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
- 331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
- 330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas* (Trachtenbuch)
- 329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
- 328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
- 327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
- 326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
- 325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*

- 324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
- 323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
- 322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
- 321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
- 320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
- 319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
- 318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II* (4 tomos)
- 317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos* (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)
- 316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
- 315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo* (Anti-Kautsky)
- 314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
- 313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano* (artículos y discursos, 1930-1932)
- 312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
- 311 Teofrasto, *Caracteres morales*
- 310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry* (Selección de las miniaturas)
- 309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
- 308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum* (selección de los grabados)
- 307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
- 306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
- 305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
- 304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
- 303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
- 302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
- 301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
- 300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia* (2014-2018)
- 299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
- 298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
- 297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
- 296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra...* (1793-1795)
- 295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
- 294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
- 293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
- 292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
- 291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
- 290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
- 289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
- 288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
- 287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
- 286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
- 285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
- 284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
- 283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
- 282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
- 281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
- 280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
- 279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
- 278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
- 277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
- 276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
- 275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*

- 274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
 273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
 272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
 271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
 270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
 269 Homero, *La Odisea*
 268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
 267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
 266 *El orden público en las Cortes de 1936*
 265 Homero, *La Ilíada*
 264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
 263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
 262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
 261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
 260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
 259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
 258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
 257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
 256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
 255 Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
 254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
 253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario Ahora del 16 de febrero de 1934*
 252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
 251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
 250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
 249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
 248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
 247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania... en el año de 1546 y 1547.*
 246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
 245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
 244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
 243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
 242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
 241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
 240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
 239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
 238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
 237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
 236 Platón, *Las Leyes*
 235 Baltasar Gracián, *El Político Don Fernando el Católico*
 234 León XIII, *Rerum Novarum*
 233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
 232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguae latinæ exercitatio*
 231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
 230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
 229 *Concilio III de Toledo*
 228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
 227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
 226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
 225 José Echegaray, *Recuerdos*

- 224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
- 223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
- 222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
- 221 *El Corán*
- 220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
- 219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
- 218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
- 217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
- 216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
- 215 *Textos de Historia de España*
- 214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
- 213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
- 212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
- 211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
- 210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
- 209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
- 208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
- 207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
- 206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
- 205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
- 204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
- 203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
- 202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
- 201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón (4 tomos)*
- 200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
- 199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o... de la guerra contra los indios.*
- 198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
- 197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
- 196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
- 195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
- 194 Platón, *Critias o la Atlántida*
- 193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
- 192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
- 191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
- 190 Tomás Moro, *Utopía*
- 189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
- 188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
- 187 Cayo Velejo Patérculo, *Historia Romana*
- 186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
- 185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
- 184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
- 183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
- 182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
- 181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
- 180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
- 179 Platón, *La república*
- 178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
- 177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
- 176 Dante Alighieri, *La monarquía*
- 175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*

- 174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
- 173 Aristóteles, *La política*
- 172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
- 171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
- 170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
- 169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
- 168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
- 167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
- 166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
- 165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
- 164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
- 163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
- 162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
- 161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
- 160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
- 159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
- 158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico... hasta la época presente* (cuatro tomos)
- 157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
- 156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
- 155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
- 154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
- 153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
- 152 Luis Astrana Marín, *Gobernaré Lerroux*
- 151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix* (*Historia de las Indias y conquista de México*)
- 150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
- 149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
- 148 José María Blanco White, *Autobiografía*
- 147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
- 146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
- 145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
- 144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
- 143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
- 142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
- 141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
- 140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
- 139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
- 138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
- 137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
- 136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
- 135 *Códigos de Mesopotamia*
- 134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
- 133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
- 132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
- 131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
- 130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
- 129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
- 128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
- 127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
- 126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
- 125 Voltaire, *La filosofía de la historia*

- 124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
- 123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España*. Versión de Hinojosa
- 122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
- 121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
- 120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
- 119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
- 118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
- 117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
- 116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
- 115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
- 114 *Crónica de San Juan de la Peña*
- 113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
- 112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
- 111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
- 110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
- 109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
- 108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
- 107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
- 106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
- 105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
- 104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
- 103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
- 102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
- 101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
- 100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
- 99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
- 98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
- 97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
- 96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
- 95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
- 94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
- 93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
- 92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
- 91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
- 90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
- 89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
- 88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
- 87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
- 86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
- 85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
- 84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
- 83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
- 82 Pomponio Mela, *Corografía*
- 81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
- 80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
- 79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
- 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
- 77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
- 76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
- 75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*

- 74 Egeria, *Itinerario*
- 73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
- 72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
- 71 Roque Barcia, *La Federación Española*
- 70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
- 69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de Al-Bayan al-Mughrib)
- 68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
- 67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
- 66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
- 65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
- 64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
- 63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
- 62 Conde de Romanones, *Notas de una vida* (1868-1912)
- 61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
- 60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
- 59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
- 58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
- 57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
- 56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
- 55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
- 54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
- 53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
- 52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
- 51 *Historia Silense, también llamada legionense*
- 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
- 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
- 48 *Anales Toledanos*
- 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
- 46 George Borrow, *La Biblia en España*
- 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
- 44 Charles Fourier, *El falansterio*
- 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
- 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
- 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
- 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
- 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
- 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
- 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
- 36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
- 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
- 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
- 33 Carlos V, *Memorias*
- 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
- 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
- 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
- 29 Plutarco, *Vidas paralelas*
- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
- 25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*

- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
- 21 *Crónica Cesaraugustana*
- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
- 18 Juan de Biclaro, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*
- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)